

MARIAH STONE

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO 1 - 5

Al tiempo del vikingo - serie completa

LIBRO 1-5

MARIAH STONE

Traducido por
CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Called by a Viking - Complete Series* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

El deseo del vikingo
El reclamo del vikingo
La novia del vikingo
El amor del vikingo
La cautiva del vikingo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Otras obras de Mariah Stone

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

EL DESEO DEL VIKINGO

A todos los padres. Sobre todo, a los míos.

PRÓLOGO

Ålesund, provincia de Møre, Noruega, abril de 880 d. C.

—No me decepciones, Einar —dijo el rey Harald—. Debemos expulsar a todos los bandidos de las Orcadas para que allí pueda reinar mi ley y no el caos.

De haber podido, Einar Birgirsson habría destruido al rey que le había arrebatado su hogar durante la conquista de Noruega. En lugar de eso, caminaba a la par hacia el embarcadero. Tres *drakkars* sobresalían contra el cielo gris; los estaban llenando de bolsas, baúles, ovejas y personas. Al lado de Einar, caminaba su hija Svanhild, que tenía diez inviernos, y su hermano mayor, el *jarl* Rögnvald de Møre.

Einar sostuvo la penetrante mirada azul del rey. A pesar de que Harald tenía menos poder físico que él, el hombre tenía la fuerza política necesaria para arruinarle la vida tanto a él como a su familia.

—Los expulsaré de las Orcadas, su Alteza —le aseguró.

Satisfecho, Harald asintió.

—Muy bien. Tengo fe en ti. Tu sobrino rechazó la misión porque cree que es imposible liberarse de ellos. Pero respeto que aceptes el desafío.

Rögnvald se ruborizó al oír la mención del fracaso de su hijo. Como Einar también sintió vergüenza, apretó los puños. Estaba determinado a restaurar el honor de la familia.

De tener un hijo, no le permitiría ocultarse en la aldea. Lo obligaría a responder ante el rey. Ese era otro motivo para alegrarse de no tener más hijos.

Ålesund era una buena ubicación en el brazo del mar del Norte, con acceso fácil a la costa. A sus espaldas, la protegían las montañas altas con cimas planas y pendientes boscosas. Einar echaría de menos la magnificencia del paisaje y el aroma fresco y húmedo del bosque luego de un aguacero. Las islas Orcadas eran bajas y desérticas en comparación con Noruega, pero de seguro el aroma al mar y la brisa del viento serían similares.

—Einar no lo defraudará, su Alteza. —Rögnvald era más bajo y robusto que su hermano, y ya tenía unos mechones grises en el cabello dorado—. La temporada de los vikingos está a punto de comenzar, de modo que es un buen momento para expulsarlos antes de que comiencen los ataques. También es una buena época para la siembra y la cría de ovejas. Eso le dará al asentamiento un buen comienzo para sobrevivir al primer invierno.

Tenía razón. En Ålesund ya estaban listos para llevar a cabo las tareas que precedían a la siembra, y en el aire se oían los bramidos de los hombres y las mujeres que trabajaban. En breve, estarían haciendo lo mismo en las Orcadas.

Llegaron al embarcadero donde los hombres de Einar cargaban los últimos sacos y barriles a los barcos. Las olas salpicaban los cascos de madera. Cuando Einar y Svanhild abordaran, zarparían.

Sin apartar la mirada de Einar, el rey Harald asintió con la cabeza.

—Espero que podamos dejar en el pasado nuestra antigua disputa, Einar. No tengo ningún deseo de ser enemigo tuyo o de ningún hombre como tú.

A Einar se le cerró la garganta. ¿Qué se le decía a un rey que le había arrebatado el hogar y ahora le ofrecía uno nuevo? Por más que estuviera infestado de hombres peligrosos que estaban dispuestos a robar y matar… Pues, se le decía lo que debía decirse.

—Yo tampoco deseo ser su enemigo. —Miró a Rögnvald—. Solo deseo que mi hija se pueda quedar aquí, a salvo. Las islas llenas de bandidos no son sitio para una joven.

A Svanhild se le abrieron los ojos como brazaletes y lo miró.

—Padre, por favor, llévame contigo.

A Einar se le tensó el pecho. En ese tipo de momentos era cuando más echaba de menos y necesitaba a su esposa. Cerró los ojos unos instantes y se despejó. Su esposa sabría qué decir. Los ojos pardos le habrían destellado mientras sonreía y se arrodillaba para hablar con Svanhild. El cabello dorado, casi ámbar, iluminado por los rayos del sol, se habría mecido resplandeciente con el viento.

Sin embargo, al abrir los ojos, solo vio a su hija de pie. Era la viva imagen de su gran amor, de la esposa a la que siempre echaría de menos. Svanhild lo seguía mirando mientras acariciaba al gatito de color gris humo que sostenía en los brazos. Le había dicho que todos los hogares necesitaban un gato para mantener alejados a los ratones.

Como tenía que distraerse del dolor que se le asentó en el pecho y del amor y el temor que sentía por su hija, Einar tomó un saco y se lo arrojó a uno de los hombres que se encontraba a bordo.

—Svanhild, solo estoy pensando en tu seguridad.

—Pero ¿no crees que estaré a salvo contigo? —le preguntó.

Einar se agachó y tomó otro saco.

—En Ålesund, no hay enemigos escondidos detrás de cada esquina. Tu tío y tus primos te protegerán.

Rögnvald asintió.

—Tu padre tiene razón, tesoro. Ya sabes que tus primos estarán contentos de que te quedes, y yo también. Einar, deberías venir a buscarla cuando las islas sean seguras.

El rey Harald frunció el entrecejo.

—Pero eso puede llevar años. ¿No echarás de menos a tu única hija?

A Einar se le tensaron los hombros como le ocurría siempre que tenía que demostrar cariño por su hija. Le arrojó otro saco al hombre a bordo.

—Su bienestar es más impor…

—Si se encuentra contigo, estarás más concentrado en hacer que las islas sean un sitio seguro —lo interrumpió Harald.

Einar apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

—Y echar raíces te hará sentir más en casa —continuó el rey—. ¿No es lo que quieres, Einar? ¿Vivir en tu propio hogar tras haber sido un invitado de tu hermano durante tantos inviernos? ¿No es hora de que vuelvas a ser un líder? ¿De que construyas una dote para Svanhild?

Einar se apoyó las manos en las caderas y sintió la impotencia que le debilitaba los músculos

y la ira que le producía ardor en las entrañas. Oh, qué astuto era el monarca. Astuto, listo y manipulador. Sin dudas, Loki era su dios. Tomó un barril de hidromiel que el rey le había dado; pesaba tanto como Svanhild a los dos años… la última vez que la había sostenido en brazos.

—Sí, su Alteza —le respondió—. Por eso voy. Por ella.

Le arrojó el barril al hombre, que casi lo hizo caer. Einar soltó el aliento. Era bueno hacer algo con el cuerpo, la tensión y el ardor de los músculos le producían alivio.

El rey asintió con la cabeza.

—Muy bien. Sé que un viudo de tu edad debe querer más hijos. Un nuevo hogar y un nuevo comienzo. ¿Por qué no una esposa, Einar?

A Einar dejó de circularle sangre por el rostro. Debió haberse puesto del color del algodoncillo porque tanto Harald como Rögnvald lo miraron con el ceño fruncido.

—No quiero ninguna esposa, su Alteza. —Se secó la frente. De seguro se le había humedecido por la actividad física y no por haber oído la palabra «esposa»—. No habrá más nadie para mí.

—Tonterías. —El rey hizo un gesto con la mano—. Necesitas a una mujer que convierta a las Orcadas en tu verdadero hogar.

Einar negó con la cabeza.

—No.

La expresión de Harald pasó de preocupación a algo parecido al enfado.

—Debes encontrar una esposa y casarte este año.

Einar ahogó un gruñido de furia. ¿Cómo se atrevía ese hombre a decidir sobre su vida privada?

—Sí, de hecho, es mi condición final —concluyó el rey—. Si quieres ser el *jarl* y ser dueño de las islas Orcadas y Shetland, y si quieres una buena dote para Svanhild, debes casarte en menos de dos lunas.

Einar sintió que el embarcadero de madera desaparecía bajo sus pies. Se quedó quieto como un bobo, sin dejar de parpadear y sin lograr cerrar la boca.

—De seguro bromea, su Alteza —murmuró.

—Hablo en serio. —Se volvió y con un ademán llamó a alguien. Un escaldo se aproximó. Era un joven que había recitado hermosos poemas acerca de las victorias de Harald durante el festín de la noche anterior. Los ojos del escaldo ardían de curiosidad.

—Solver Tykirsson. —Harald le apoyó una mano en el hombro—. Irás con Einar a las Orcadas y serás mi enviado. Dentro de dos lunas, verás si se ha llevado a cabo la boda y me lo reportarás.

Solver le sonrió a Einar y Svanhild.

—Sí, señor. Será un placer entretener a los colonos y levantarles el ánimo. Conmemoraré el asentamiento del *jarl* noruego Einar Birgirsson en las islas Orcadas y Shetland.

Einar escuchó con la boca abierta sin poder creer lo que oía. El rey se había atrevido a enviar a un perro guardián para asegurarse de que se casara en dos lunas. La cólera le empezó a circular por las venas.

—No puede hablar en serio, su Alteza —soltó—. No soy su hijo, ni su hermano, ni su…

—Eres mi súbdito —lo interrumpió Harald con una mirada glacial—. Y harás lo que te diga o te puedes olvidar de las Orcadas.

—Su Alteza…

—Es mi última palabra, Einar. Necesito un anexo estable de Noruega, un excelente punto estratégico para comercializar y llevar a cabo expediciones de asaltos. La tierra fértil puede

alimentarte a ti y a muchas generaciones más de nórdicos. Una familia es clave para todo eso. Así que, si no te casas en dos lunas, perderás para siempre la oportunidad de tener tu propio hogar.

Einar montó en cólera por dentro.

—Lo último que necesito es una esposa —dijo.

—Pues, yo creo que es lo primero que necesitas, hermano —lo contradijo Rögnvald.

Einar le clavó una mirada fulminante, pero Rögnvald se limitó a encoger los hombros gigantes. Einar se volvió hacia Svanhild, que abrazaba al gatito, y lo miró a los ojos sin protestar. ¿Acaso la niña querría una madre?

Sintió una puntada de dolor al recordar cómo sostuvo a la afiebrada y moribunda Agdis en sus brazos. Tras cuatro días de trabajo de parto, su segundo hijo había muerto dentro de su esposa, y ella había perdido todo el color, se había desangrado y había atravesado un gran dolor. No podía volver a pasar por eso. Ya tenía una hija. Era suficiente.

Aun así, tenía que liderar el nuevo asentamiento y construir una dote para su hija, y esa era la única opción disponible. Así que accedería a la propuesta de Harald, pero bajo sus propios términos.

Tenía el pecho tan pesado como si le hubieran colocado enormes cadenas alrededor de las costillas.

—Que así sea —acordó Einar.

El rey le ofreció una ancha sonrisa y le apoyó una mano en la espalda.

—Muy bien. Es una decisión sabia. Tienes dos lunas. Que Odín te bendiga en el viaje.

Dio un paso hacia atrás y observó a Einar sin parpadear. El trabajo del rey estaba hecho. Acababa de determinarle el destino, y él había caído directo en la trampa. Pues, que así fuera. Si las nornas tejían otra esposa en su futuro, Einar la aceptaría.

Pero no había nada que pudiera obligarlo a abrirle el corazón o a tener más hijos con ella. Porque, como la vida le había enseñado a los golpes, amar a alguien solo llevaba al sufrimiento.

CAPÍTULO UNO

Orlando, Florida, 3 de mayo de 2019

—HOLLY, cariño, ¿estás segura de que ir a Escocia dos semanas antes de esa importante fusión es lo más sabio? Has trabajado tanto…

Holly apretó fuerte el sujetador de la maleta mientras caminaba con sus padres hacia la zona de partidas para despachar el equipaje. Los ojos marrones de su madre reflejaban preocupación… como siempre, y las arrugas alrededor de la boca se le profundizaron.

—En serio, mamá, ya está todo hecho. Solo estamos esperando que terminen de redactar los papeles. En dos semanas, los firmamos. Y, para entonces, ya estaré de regreso.

—Una persona responsable no se marcharía justo antes de cerrar un trato tan importante —señaló la madre—. No te criamos así.

Holly sofocó un suspiro y se detuvo al final de la fila para despachar el equipaje. A veces, entre tantos comentarios llenos de críticas, le resultaba difícil ver que su madre no tenía malas intenciones. Se volvió para mirar a sus padres. Eran muy diferentes a ella. Su madre era una mujer pequeña de aspecto dulce, con una melena gris de cabello enrizado; su padre, un hombre alto, apuesto y de hombros anchos, todo un hombre del ejército. No era de sorprender que no se pareciera en nada a ellos.

—Mamá, no me he tomado vacaciones desde hace tres años. La investigadora de genealogía de Inverness tiene una larga lista de espera, y la próxima cita disponible es en dos años. Es una oportunidad única de averiguar mis raíces.

—Pero ¿por qué tienes que encontrarlos a *ellos* cuando nos tienes a nosotros? —le preguntó su madre—. ¿No te lo hemos dado todo?

Su padre la abrazó.

—Gemma, déjala. No sabes cómo se siente…

Holly le ofreció una sonrisa de agradecimiento a su padre. Era un hombre de pocas palabras, pero cuando las decía, eran las adecuadas. Holly se parecía más a él que a su madre, que tenía muchas cosas que decir acerca de muchos temas.

La fila se movió, y Holly se acercó al mostrador para despachar el equipaje y pedir la tarjeta de embarque. Cuando terminó, se volvió hacia sus padres.

—¿Vamos a tomar un café? —le preguntó su madre.

Holly le sonrió con dulzura.

—Mamá, será mejor que me vaya. Aún tengo que enviar unos correos electrónicos antes del vuelo.

La madre suspiró.

—De acuerdo.

Los tres se movieron hacia el control de seguridad.

—No dejo de pensar que me he olvidado de decirte algo —le dijo su madre—. Tengo una sensación de ansiedad en el corazón acerca de este viaje. Como si te estuviera viendo por última…

Se interrumpió cuando los ojos se le llenaron de lágrimas. Holly le apretó el hombro.

—Todo va a estar bien, mamá.

Su padre abrazó a su madre.

—Gemma, ha viajado por todo el mundo. Se va a Escocia, no a Siberia. Y es una mujer adulta y exitosa.

Su madre alzó la cabeza.

—Una mujer exitosa no tiene citas con un banco de esperma.

«Ya empezamos…».

—¿Para esto querías ir a tomar un café, mamá? ¿Para regañarme por el deseo de tener hijos?

—No es natural, cariño. Primero debes casarte.

—¿Y si no me puedo casar, mamá? ¿Y si los hombres corren en la dirección opuesta cuando llegan a conocerme? ¿Acaso eso debería detenerme? En la actualidad, una mujer no necesita a un hombre para criar…

—Esos hombres son idiotas. Y, sí, una mujer necesita a un compañero para criar a un niño. ¿Cuántas veces lo has intentado? ¿Cinco? ¿Seis?

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué la gente más allegada a uno siempre tenía la habilidad de causar más daño?

—El mes pasado, fueron siete —repuso—. Tienes razón. Puede ser que no esté destinado a suceder. Debe haber algo mal en mí.

La madre hizo una mueca y abrazó a Holly.

—Sé muy bien cómo se siente, cariño. Dios jamás me dio la oportunidad de dar a luz, pero me dio una hija en ti. Para prepararte para la llegada del hombre adecuado, quizás necesitas comer más sano y dejar de beber tanto café. Ya sabes que te crie para que lograras grandes cosas a pesar de tus defectos.

—Quizás este defecto es demasiado grande y no se puede arreglar —señaló Holly al tiempo que se secaba los ojos y se manchaba los dorsos de las manos, y sin dudas el rostro también, con máscara de pestañas negra.

Por el rabillo del ojo, vio un movimiento. Miró hacia la izquierda y vio a un hombre alto que llevaba un carrito lleno de maletas y marchaba hacia ellos a toda velocidad sin apartar los ojos del móvil. Por fortuna, Holly logró apartar a su madre del camino y mantenerla equilibrada para que no se cayera.

—Señor, por favor, vea por donde va —le dijo Holly.

El hombre alzó la vista del móvil y alzó la mano sin detenerse.

—Lo siento, disculpen, llego tarde a mi vuelo. —Tras la disculpa, continuó marchando con los ojos pegados en la pantalla.

—Gracias, cariño —le dijo su madre—. Siempre me has protegido, desde que eras pequeña. Incluso de las arañas.

Holly se rio. Su madre podía parecer dura a veces, pero le aterraban las arañas.

Se detuvieron delante de la fila para el control de seguridad en la que solo aguardaban tres personas.

—Pórtate bien, Holly. —Su madre le enderezó la blusa como lo hizo el primer día de clases —. No bebas demasiado *whisky*, no te acuestes con cualquiera y no te olvides de nosotros.

Holly soltó un jadeo y negó con la cabeza.

—Mamá, no puedo creer lo que acabas de decir. ¡No me acuesto con cualquiera!

—Bueno, no tienes a ningún hombre en tu vida, y esos *highlanders*… —Le echó un vistazo a su padre mientras se le apagaba la voz.

—Deja de hablarme como si fuera una niña —le dijo Holly—. Tengo treinta y cinco años, por el amor de Dios. Ni hacía falta que me trajeran al aeropuerto. ¡Tengo mi propio coche!

—Oh, no digas tonterías. Alguien tenía que asegurarse de que no te olvidaras el equipaje en algún lado.

Holly inspiró hondo para calmar los nervios. «Tiene buenas intenciones», se dijo. «Tiene buenas intenciones, pero no sabe expresarse».

—Mamá, soy la directora de una empresa multimillonaria. No tengo tendencia a olvidarme las cosas.

Su madre le sonrió y le tomó el rostro entre las manos.

—Tienes razón, cariño. Por favor, llámanos cuando aterrices.

Tras decir eso, la abrazó. Su padre le sonrió disculpándose y la abrazó también. Le depositó un beso en la coronilla y le susurró:

—Te queremos mucho, cariño.

Cuando Holly los saludó con la mano y se colocó en la fila para hacer el control de seguridad, sintió que la tensión en los hombros comenzaba a disiparse. Esperaba que pasar unos días alejada de casa y de sus padres pudiera hacerla olvidar el hecho obvio de que había algo que iba muy mal en ella. En el avión, leería el libro acerca de la Escocia medieval y los vikingos y bebería todo el café que se le antojara.

Y quizás, si podía, averiguaría de dónde había venido y por qué sus padres biológicos la habían rechazado.

~

CERCA DE LA aldea de Tongue, Sutherland, norte de Escocia, 5 de mayo de 2019

HOLLY Y LA SEÑORA VERDANDI, la investigadora de genealogía de Inverness, caminaron hacia el límite de una costa verde que se expandía hacia la derecha y la izquierda. Al borde de los acantilados que tenían en frente, en medio del césped verde, se erguía un gigantesco fresno. Holly sintió una extraña atracción hacia el árbol, como si jalara de ella, y necesitara tocarlo. A lo mejor se debía a que no había más árboles a la vista por varios kilómetros.

Holly aceleró el paso, con cuidado de no abrumar a la anciana, que llevaba puesto un traje de color lila que hacía un contraste curioso con el paisaje que las rodeaba. Pero no tenía nada de qué preocuparse: la señora Verdandi podía lucir como si tuviera ochenta años, pero mostraba más agilidad y fuerza que ella.

Detrás del árbol y los acantilados, se veía el mar del Norte, con tonos azules oscuros bajo los rayos del sol. Una brisa acarreó los aromas a mar, sol y piedras calientes, y Holly tomó una profunda bocanada de aire al tiempo que se le formaba una sonrisa en el rostro. Allí, el aire era muy distinto al que se respiraba en Orlando. Se sentía frío y fresco, con un aroma «verde». Era el

aroma de la libertad.

—Entonces, ¿aquí es donde ocurrió? —preguntó Holly cuando se detuvieron delante del árbol—. Los vikingos secuestraron a mi tatara, tatara, tatara… —Holly se rio—. No sé ni cuántas generaciones debo agregarle a la palabra «abuela».

La señora Verdandi también se rio.

—Sí, aquí —respondió con ese extraño acento que, sin dudas, no era escocés—. El norte de Escocia siempre ha guardado una profunda conexión con los vikingos. —Los ojos se le iluminaron con un dejo de picardía.

—Cerca del fresno, había una gran aldea que iba desde aquí hasta la playa.

La señora Verdandi hizo un gesto hacia la izquierda, donde la superficie verde del acantilado descendía hacia una pequeña y apartada playa de arenas blancas.

—Luego, el clan MacKay habitó aquí. La antepasada a la que secuestraron hubiera sido una MacKay. Tienes sangre escocesa y nórdica, querida —le explicó.

Holly arqueó las cejas.

—Bueno, sí, eso es lo que salió en los resultados de la prueba de ADN de ancestros.

La mujer sonrió.

—Pues, yo no necesito ninguna prueba de ADN para decírtelo. Tienes el legado nórdico escrito por todos lados. En el acero de tus ojos, tu fuerza, tu honestidad, tu honor y también en la resiliencia y el compromiso de proteger a tus seres queridos sin importar nada.

Un pequeño escalofrío le recorrió la piel. Las palabras sonaban ciertas y le resonaron mucho.

—¿Te das cuenta de todo eso solo con mirarme?

A la mujer se le formaron muchas arrugas alrededor de los ojos.

—Solo debes saber dónde mirar. También veo que tienes magia en la sangre. En tu árbol genealógico ha habido muchas *völvas* y brujas.

Holly se rio.

—Claro que sí. Y el cielo se tornó rojo y aparecieron dragones escupiendo fuego. Oh, por favor, dime que no crees eso.

La mujer arqueó una ceja y le dijo:

—Mira el árbol. ¿Qué ves?

Holly se concentró en el árbol. Era gigante, alto y grueso, con grandes raíces que se aferraban al suelo rocoso. ¿Cómo se las habría ingeniado para crecer en esos acantilados? Las ramas sin hojas se movían con el viento. El árbol estaba tan vacío como esas tierras. Eran áridas, tal y como ella misma se sentía.

Las lágrimas le hicieron cosquillas en los ojos. Cielos, ¿por qué sería que eso le importaba tanto? Ni siquiera tenía a un hombre en su vida. Pero siempre había querido tener un hijo. De su propia carne y sangre. Aunque quería mucho a sus padres, quizás esa sensación de estar rota, de ser defectuosa, se debía a que su madre biológica la había rechazado.

Miró el tronco y se le formaron unas arrugas en el ceño. Había algo tallado allí: un patrón complejo, decorado y entretejido. Celta o vikingo. ¿Cómo no lo había visto antes? Lo observó con más detenimiento y vio algo alargado con bordes afilados. Era un huso.

Durante un instante, Holly se volvió a mirar a la señora Verdandi azorada.

—¿Qué significa?

—Míralo —se limitó a responderle con una sonrisa astuta en los labios.

Holly volvió a mirar y soltó un jadeo. En lugar del huso de madera que había visto en el tronco, había uno dorado con patrones que no estaban tallados, sino grabados. Se acercó un paso y recorrió la longitud del huso con el dedo índice. Como lo sintió suave, y un poco vibrante,

apartó la mano.

—Qué buen truco —señaló y soltó una risa nerviosa—. ¿Cómo lo has hecho?

—Oh, ya lo aprenderás. ¿Estabas buscando un árbol, querida? Pues, lo has encontrado.

—No estaba buscando un árbol. Estaba buscando información acerca de mis antepasados.

—Es un árbol genealógico, querida.

Holly sonrió.

—Oh. Bueno, si lo pones así, sí.

—Tus raíces yacen con los vikingos… pero tu futuro también.

—¿Cómo dices?

—Mira el huso, Holly. —Como si estuviera hipnotizada, Holly le hizo caso—. Hay un hombre que te necesita en el siglo IX. Te ayudará a encontrar la respuesta a todas tus preguntas, y su amor curará las heridas de tu corazón.

El huso comenzó a avanzar hacia la superficie del árbol, como si algo lo empujara desde lo más profundo del tronco. Holly soltó un jadeo y, cuando el huso sobresalió por completo de la superficie, alzó la mano para atrapar el objeto antes de que se cayera.

Las palabras de la anciana le resonaron por todo el cuerpo. «Hay un hombre que te necesita en el siglo IX. Tus raíces yacen con los vikingos… pero tu futuro también».

Una fuerza invisible le cogió la mano y jaló de ella; se sentía cálida, dura y de textura leñosa. Holly soltó un grito y comenzó a debatirse mientras se sentía jalada hacia el árbol. Clavó los talones en el suelo, pero la fuerza era demasiado poderosa. Luego el tronco se cerró alrededor de ella y la oscuridad la envolvió.

La luz solar la cegó mientras se veía arrojada hacia adelante con un jalón violento, como si alguien la hubiera empujado por la espalda. Se cayó al suelo y se raspó la piel de las palmas.

Unos gritos perforaban el aire. El olor punzante a humo le llenó las fosas nasales. Sintió temor en el estómago, y la adrenalina hizo que se le pusieran los pelos de punta. Aún se encontraba sobre lo que parecía la misma costa, los mismos acantilados escoceses, pero no vio ni a la señora Verdandi ni el árbol. A unos tres metros de donde se encontraba, había unas casitas de piedra con techos de paja en forma de conos… y estaban en llamas. Más allá de las construcciones, se veía una aldea medieval sobre la pendiente verde del acantilado que conducía a la playa de arenas blancas.

Entre las casas, vio personas vestidas con prendas medievales que luchaban. Algunos tenían hachas y espadas, mientras que otros solo se valían de palos y horquetas. Pero no se limitaban a luchar, también mataban y arrastraban a algunas personas hacia la playa, donde varios hombres cargaban sacos, pieles y a algunos rehenes hacia tres barcos que parecían vikingos.

Pero ¿qué diablos estaba pasando? La anciana le había dicho que viajaría al siglo IX… ¿Al siglo IX?

Pero Holly no podía viajar en el tiempo, ¿cierto? Eso era ridículo. Debía tratarse de alguna alucinación o algún truco. Quizás alguna broma. O el escenario de alguna película.

No obstante, el aire apestaba al olor a hierro de la sangre, y las armas eran de metal y no de plástico ni de goma, porque atravesaban la carne y derramaban sangre. No había ninguna cámara a la vista, ni tampoco ningún director ni nadie diciéndoles a los actores que corrieran o lucharan o hicieran algo de todo lo que estaba ocurriendo.

A Holly se le cerró la garganta, pero se incorporó de un salto y obedeció el instinto de echar a correr y esconderse. Desesperada, buscó un escape, alguna manera de…

Cuando un hombre que llevaba un hacha cubierta de sangre y una mirada de predador le clavó la mirada, sintió que la tierra desaparecía debajo de sus pies. Era alto y ancho, con unos

hombros que parecían peñascos. Mientras avanzaba hacia ella, una trenza le sobresalió del centro de la cabeza afeitada. La barba no logró ocultarle una sonrisa taimada.

Holly giró sobre los talones y echó a correr. Se alejó a toda prisa de la aldea, y regresó al sitio sobre la calle de tierra en el que la señora Verdandi había aparcado el coche. Si lograba llegar al vehículo… Corrió sin parar, y el viento le soplaba contra las orejas, pero el hombre se le estaba acercando. Y la calle de tierra no se podía ver por ningún lado. El coche, tampoco.

Cuando el extraño la alcanzó y la sujetó, Holly se tropezó y se cayó. El hombre la paralizó con su cuerpo, y el impacto la dejó sin aliento. Sintió una punzada de dolor en el centro del estómago y comenzó a asfixiarse bajo su peso. El sujeto la volvió para mirarla con unos perforantes ojos celestes. Los tatuajes del dragón ornamentado que tenía en el cráneo destellaron bajo la luz tenue.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —susurró antes de apretarle el mango del hacha ensangrentada contra la garganta. La barba le produjo cosquillas en el mentón—. Una bruja. ¿Eres una *völva*? Te vi aparecer de la nada. Respóndeme.

Por fin logró tomar una bocanada de aire. En algún punto distante de la mente, registró que hablaba en un idioma extranjero. Holly solo había aprendido español en la escuela secundaria, pero no se trataba de español. ¿Cómo era posible que lo entendiera?

—No importa. Me lo dirás de camino a las Orcadas.

Se puso de pie y la recogió como si no pesara nada para luego arrojársela por el hombro.

—¡Suéltame! —gritó Holly. Pateó y le golpeó los puños contra la espalda, pero fue como si el gigante no sintiera nada. Le dio una palmada tan fuerte en el trasero que le dolió todo el cuerpo.

—Cierra el pico, bruja. Pensé que Odín se había olvidado de Thorir Treebeard, pero me ha enviado una bruja. A Odín le encantan los hombres que desafían el destino. ¿Y qué mejor forma hay de hacerlo que sacrificando a una *völva* para el dios de un ojo?

CAPÍTULO
DOS

North Ronaldsay, islas Orcadas, 7 de mayo de 880 d. C.

—Están ahí. —Einar se acuclilló detrás de un peñasco.

El campamento de Thorir Treebeard consistía de un conjunto de tiendas de campaña y algunas fogatas sobre el paisaje desolado de la isla. Como allí no había árboles, los sonidos de la lluvia pesada que repiqueteaba sobre el césped y las tiendas de campaña eran la mejor protección que podrían pedir.

—Lofarr ha hecho un buen trabajo al encontrar el campamento —le dijo a Solver, que se encontraba agachado a su lado—. Lo debería haber atrapado la semana pasada. Ahora tiene cinco barcos.

—Has luchado bien cuando los ahuyentaste —señaló Solver alegre—. No será una tarea fácil. Por eso el rey te ha escogido a ti.

A sus espaldas, aguardaban los cincuenta hombres de Einar; la lluvia les chorreaba de la barba, y las armaduras y las armas destellaban.

—No deberías haber venido, Solver —le dijo Einar—. No puedo cuidarte la espalda en una batalla. Quédate en uno de los barcos.

A pesar de ser el escaldo, Solver tenía una mejor espada que la de él. Sin dudas, sería un regalo de Harald.

—No tienes que preocuparte por mí, Einar —le aseguró el escaldo—. Debo observar la batalla para conmemorarla en un poema. Para que tus nietos y bisnietos lo escuchen antes de ir a dormir.

Einar negó con la cabeza.

—En ese caso, observa.

Tras una señal, los hombres comenzaron a avanzar agachados. Era probable que los bandidos los superaran en números, era por eso que Einar esperaba contar con el elemento de la sorpresa.

Era evidente que el campamento se encontraba en el estado de somnolencia que procedía a un ataque victorioso. Los hombres se encontraban cansados y ebrios. Habían comido, habían tomado a las mujeres y acababan de satisfacer el hambre por la violencia. No sería de sorprender que se encontraran durmiendo o inconscientes tras beber tanto hidromiel.

Había un centinela sentado frente a la fogata con la cabeza gacha. De una mano le colgaba una taza vacía, y el agua de lluvia chorreaba de ella. Einar hizo una señal silenciosa, y uno de los hombres le cortó la garganta sin producir ni el más mínimo ruido. A través de la lluvia, se oían ronquidos y voces bajas en el campamento.

Einar hizo otro gesto, y los hombres se esparcieron por el campamento y las tiendas de campaña. Ante la siguiente señal del líder, soltarían un grito para advertir a los bandidos y permitirles tomar las armas y enfrentarse a la muerte como verdaderos guerreros. Einar creía que todos los hombres se merecían una oportunidad, incluidos los forajidos. Sin embargo, no muchos compartían la misma opinión.

Los bandidos no se limitaban a atacar. Al fin y al cabo, cualquier granjero se dedicaba a atacar en algunas ocasiones para hacer una fortuna, pero los bandidos cometían actos que carecían de honor: como traicionar, asesinar al *jarl* y violar a la esposa o hija de alguien. Por eso, no podían ser miembros de la sociedad civilizada. Un hombre decente tenía derecho a matar a un bandido al verlo. La muerte de un esclavo se recompensaba, pero la de un forajido no tenía ningún valor.

Afuera de la tienda de campaña más grande, Einar se quedó quieto para escuchar la voz que debía ser de Thorir.

—¿Cómo apareciste de la nada? —preguntaba un hombre en el interior—. Debo saberlo. Por favor, debes decírmelo antes de morir.

—Ya te he dicho que no tengo ningún poder —contestó una mujer—. No soy ninguna bruja. Y estás desperdiciando ese valioso sacrificio con una mujer común y corriente. Déjame ir.

Einar frunció el ceño. ¿Una bruja? ¿Un sacrificio? ¿Sería que Thorir estaba tan loco que estaba pensando en sacrificar a una *völva*? Sin perder tiempo, asintió hacia Lofarr, que le pasó de largo seguido de otros diez hombres para rodear otras tiendas de campaña más alejadas.

Thorir continuó:

—¿Quieres que te envíe ante Odín con varias runas talladas en ese hermoso rostro? Me darás una respuesta.

¡Qué hijo de Loki! Quería torturarla.

—¡Pero por Dios, Thorir, o quienquiera que seas! Si me llegas a poner un dedo encima, echarás de menos un testículo.

Einar respetaba a la mujer. Era evidente que no pensaba darse por vencida con facilidad.

—¿Te envió Odín? —le preguntó Thorir—. ¿O Einar, que nos echó de Mainland la semana pasada? Dicen que es un descendiente directo de Odín, tras cincuenta generaciones. Pero no creo que sea el único. El rey Harald le ordenó que viniera aquí. Yo, por mi parte, no obedezco a ningún rey. Soy libre. Creo libertad para mis hombres. Quiero que la única ley en estas islas sea mi palabra. Si eso no me convierte en descendiente de los dioses, no sé qué lo hará.

A Einar le cosquilleaba la espalda del sudor frío. Tras oír eso, basándose en sus motivos y su discurso, se dio cuenta de lo peligroso y demente que era Thorir. Oyó cómo las botas de sus hombres se hundían en el césped húmedo del campamento al tiempo que una docena de guerreros avanzaban hacia las tiendas de campaña que se encontraban a su izquierda.

—Qué pena matar a semejante mujer. Me siento tentado de mantenerte para mí, como mi esclava sexual.

—¡Ja! Te puedes olvidar de eso. Prefiero sacrificarme a Odín yo misma —replicó la mujer.

Una bofetada resonó en el aire, y la mujer soltó un grito de dolor. Casi de inmediato, algo pesado y leñoso se cayó, al tiempo que los últimos hombres ocupaban sus puestos al otro lado del campamento. Estaban listos.

—¡Cierra el pico! ¡Eres mi camino al Valhalla! —gritó Thorir.

La furia y la preocupación por la mujer ardieron en Einar como un géiser.

—¡Por Odín! —rugió y alzó el hacha en el aire.

—¡Por Odín! —exclamaron sus hombres antes de entrar en las tiendas de campaña.

Einar se agachó en la entrada. Pero antes de que pudiera ver lo que estaba ocurriendo, alguien lo golpeó al costado de la cabeza y lo dejó atónito. La sombra de Thorir se volvía a ceñir contra él, pero Einar estaba listo y esquivó el ataque con el mango del hacha.

El interior de la tienda de campaña casi estaba en penumbras; la única luz se colaba por el lino de las paredes. Por el rabillo del ojo, Einar vio la silueta de algo que parecía un muchacho alto y delgado y yacía al costado de las pieles. Se dio cuenta de que debía tratarse de la mujer.

El rostro de Thorir le pasó por delante, y le vio los dientes. Atacó a Einar con la pata de una silla rota, y este lo esquivó. Thorir hizo un movimiento para patearlo en el vientre, pero Einar lo evitó y le clavó el mango del hacha en el mentón. Thorir se tambaleó hacia atrás, pero se recuperó de inmediato y regresó al ataque. Soltando un rugido, Einar blandió el hacha hacia la cabeza del guerrero, pero el hombre se apartó del camino.

La mujer soltó un gemido, y Einar se volvió hacia ella por temor a que alguien le estuviera haciendo daño. Thorir se aprovechó del momento de distracción para clavarle un codazo en el plexo solar y huir de la tienda de campaña. Einar soltó un jadeo al tiempo que el dolor lo paralizaba y, como no podía respirar, se sentó para recuperar el aliento. La mujer lo observaba con los ojos abiertos de par en par y una herida sangrante en el lateral de la cabeza.

Einar alzó la mano como para hacerle un gesto de espera. Cuando recuperó el aliento, salió disparado de la tienda de campaña, con la esperanza de hallar a Thorir. Sus hombres luchaban contra los de Thorir, que corrían hacia los barcos. Los heridos y muertos yacían sobre el suelo alrededor del campamento. La mayoría eran forajidos. Los esclavos temblaban mientras Solver les cortaba las cuerdas que les sujetaban las muñecas, y algunos de sus hombres pastoreaban las ovejas hacia el campamento. Einar corrió tras los fugitivos, pero la mayoría de los que seguían vivos ya habían llegado a algún barco. Eran unos veinte, los suficientes como para llevarse uno de los cinco barcos.

A pesar de que la lucha había terminado, y Einar había salido victorioso, Thorir había vuelto a escapar. Eso quería decir que se iba a recuperar, recorrer las islas más pequeñas y volver a reunir a un grupo fuerte de hombres. En base a lo que Einar había oído, Thorir no se daría por vencido. Y él tampoco.

Al divisar a Solver, se dirigió a él.

—¿Te puedes asegurar de que los esclavos sepan que son libres y que pueden venir con nosotros a Mainland o buscar la manera de regresar a casa? Nos llevaremos las ovejas y todos los objetos de valor. También deberíamos llevarnos los otros barcos de Thorir, al menos los que estén en buen estado.

—Es una buena decisión, Einar. Lamento haberme perdido tu pelea contra Thorir.

—No hubo nada que perderse. Como puedes ver, ha escapado. Sin embargo, hay una bruja que sigue en la tienda de campaña. Iré a verla.

A Solver se le agrandaron los ojos.

—¿Una *völva*?

Einar se encogió de hombros.

Solver lo siguió y entró en la tienda de campaña primero. Probablemente sentía tanta curiosidad que no podía esperar. Einar oyó un golpe seco que provenía del interior, seguido de un gemido y algo pesado que caía al suelo. Con cautela, entró en la tienda de campaña y, antes de que la pata de la silla le asestara en la cabeza, sujetó a la mujer y mientras la sostenía por la cintura le apretó los brazos en la espalda.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Son todos unos condenados salvajes! ¡Suéltame! ¡No seré tu esclava ni el desayuno de Odín!

—¡No te haré daño! —bramó.

Pero la sangre le seguía manando de la herida. Y era probable que acabara de incrementar el flujo de sangre con tantas patadas, debates y gritos porque la voz se le fue apagando y el cuerpo se le desplomó en los brazos.

La miró por el costado. Estaba pálida, pero era hermosa. Tenía unas pestañas largas y espesas, una nariz derecha y delicada, y unos labios suculentos y rojos como una frambuesa. Llevaba puestas unas extrañas prendas que jamás había visto. Una chaqueta verde corta de un material igual de extraño, unos pantalones negros estrechos, y unas botas grandes con suelas gruesas. Sin importar si era una bruja o no, necesitaba ayuda. Rápido. Debía llevarla a la aldea para que la viera la curandera que había ido con ellos.

Solver gimió y se incorporó sujetándose la cabeza. El escaldo se pondría bien. Einar estaba preocupado por la mujer. Se la podía entregar a alguno de sus hombres para que la cuidara, pero había algo en ella, en el modo en que había hablado con Thorir con gran valentía, en su rareza, en su belleza, en el hecho de que podría ser una bruja, que lo hizo rechazar la idea. La tomó en brazos y la cargó hasta el barco para poder detenerle el sangrado con lo que había dentro de la pequeña caja que le había dado la curandera para que llevaran a bordo.

Y por más que lo intentó, no logró apartar la mirada de esas pestañas largas, de esa boca de frambuesa y de esas piernas largas y esculpidas.

CAPÍTULO
TRES

Mainland, islas Orcadas, 8 de mayo de 880 d. C.

HOLLY SE DESPERTÓ con un intenso dolor de cabeza. Tenía la boca seca, y todo el cuerpo le ardía. Estaba acostada sobre una superficie suave y cubierta con algo cálido y acogedor. A su alrededor, se oían los sonidos amortiguados de voces, un cuchillo que se movía contra la madera y pasos. Inhaló los aromas a piedra, tierra y comida casera.

Por fin abrió los pesados párpados y miró alrededor. Se encontraba en una habitación grande con iluminación tenue. La luz del sol se colaba a través de un agujero en el cielorraso y por la única puerta ancha. Unas lámparas de aceite colgaban de varios postes. Las paredes eran de piedra, y el suelo de tierra estaba cubierto de juncos.

Holly yacía sobre lo que parecía ser una cama en un rincón. En el centro de la habitación, había un gran hogar. Alrededor de este, varias mujeres y niñas picaban verduras, amasaban pan y cortaban trozos de carne.

Holly se llevó los dedos a la cabeza y se tocó una venda. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba?

De pronto lo recordó. Thorir Treebeard la había abofeteado tan fuerte que le había hecho ver las estrellas, luego la había empujado de la silla y la había golpeado con la madera. Al cabo de unos instantes, otro vikingo la había sujetado por la espalda y le había bloqueado los brazos para que solo pudiera patear mientras se debatía contra él. Y luego todo se había vuelto negro. ¿Tendría una conmoción cerebral? Encontró fuerzas para mover las manos por el cuerpo. Aún llevaba puestas sus propias prendas y solo sentía dolor en el costado de un brazo. Por todo lo demás, se sentía bien.

¿La habría secuestrado el otro vikingo? No parecía que la estuvieran reteniendo en contra de su voluntad ni nada por el estilo. Además, le habían vendado la herida.

Un condenado viaje en el tiempo. Era de no creer. Tanto así, que rogó por que se tratara de una alucinación… o de un sueño. Pero todo lo que la rodeaba era demasiado real: los aromas, los sonidos y las sensaciones que experimentaba en el cuerpo.

Cuando se sentó, el pánico le paralizó los pulmones. El movimiento le produjo una explosión de dolor en la cabeza, pero la ignoró y miró alrededor con frenesí. Parecía como si siguiera atrapada en el pasado, pero en un lugar diferente. Por lo que llegó a la conclusión de que debió de haber pasado más tiempo desde que se había transportado a esa época…

Sintió un repentino y abrumado anhelo por su hogar. Su apartamento, con las ventanas que iban del suelo al cielorraso, los muebles blancos con acabados en cromo, y que siempre olía a café recién molido gracias a la empleada que iba todos los días. Echaba de menos el aroma

veraniego de sus ambientadores favoritos, con olor a sandía. Por lo general, luego de cenar, trabajaba en casa. Lo hacía para no sentirse sola en el espacioso *penthouse*. Solía escuchar música *jazz* y beber una copa de vino tinto. Siempre hacía sol y estaba tranquilo, y las vistas del lago Eola, el parque con las palmeras y el centro de Orlando eran mejores que cualquier obra de arte, en especial durante la puesta del sol.

Allí todo era oscuro y frío y olía a animales y a tierra. Hasta su oficina en Sunnybeach Developments estaba llena de grandes ventanales, muebles modernos y arte.

«¡Oh, por todos los cielos! ¡Mi trabajo!».

Podía perder la fusión. Tenía que regresar de inmediato. Tenía que encontrar a la señora Verdandi o a ese maldito árbol con el huso dorado. De lo contrario, se echaría a perder todo el trabajo de los últimos tres años. Y de seguro su madre y su padre estarían muertos de preocupación.

Una figura alta, oscura y ancha apareció en el umbral. Tenía que escapar antes de que algún vikingo decidiera amarrarla. Cuando el enorme vikingo que se la había llevado del campamento de Treebeard entró en la habitación, se le tensaron los músculos del temor. La miró, y Holly sujetó la manta de piel y se la subió hasta el mentón al tiempo que se acurrucaba en el rincón.

El hombre se detuvo y la observó con el ceño fruncido. Cuando había entrado en la tienda de campaña de Treebeard, todo había sido una nebulosa, y no lo había visto con claridad. Pero ahora lo veía… y se quedó sin aliento.

Era… «Enorme» fue la única palabra que se le ocurrió. Alto como un poste, pero no delgado. Por el contrario, tenía muchos músculos. Thorir le había parecido grande, pero no se lo podía comparar con ese hombre, que tenía los hombros anchos y unos bíceps que se le tensaban bajo las mangas de la túnica de color verde pálido. También tenía los músculos del pecho anchos, caderas angostas y unas piernas largas y musculosas que parecían las de un jugador de fútbol profesional.

Tenía el cabello rubio oscuro, casi castaño y una barba corta que le cubría la parte baja del mentón. Logró distinguir unos labios llenos y unos ojos grandes y grises bajo las cejas espesas. El aire que lo rodeaba estaba saturado de poder y fuerza primitiva. Era tan apuesto que, por un momento, no pudo pensar con claridad. Sin embargo, en todo momento, estaba muy consciente del hacha que llevaba en el cinturón, aunque no la estaba tocando.

El hombre se detuvo delante del rincón y, cuando se apoyó las manos sobre las caderas, le bloqueó la vista del resto de la habitación. Los ojos grises se mostraban oscuros y fríos y le quemaron la piel mientras la estudiaba.

Holly alzó el mentón.

—Si me quieres sacrificar para Odín, no deberías haberme vendado.

Él la recorrió con la mirada fría e impenetrable, y Holly se estremeció.

—No tengo ninguna intención de sacrificarte —le aseguró con voz profunda y algo ronca.

—¿Y entonces qué? ¿Me venderás como esclava?

—No. ¿Eres una esclava?

—Claro que no.

—¿Eres una bruja? ¿Una *völva*?

Holly se detuvo y apretó los labios. Detestaba mentir, pero se sentía aterrada. Si decía que era una bruja, ¿evitaría que la vendiera o la matara?

—¿Por qué lo preguntas?

—Oí que Thorir te llamaba bruja. ¿Es cierto?

La mejor defensa era lanzar un ataque.

—¿Y qué te importa? Me has secuestrado, me has llevado a quién sabe dónde, ¿y ahora me interrogas? ¿Cómo sé que no me maltratarás? ¿Cómo sé que no eres el enemigo?

El rostro del vikingo registró enfado. Con un movimiento rápido, se sentó en la cama y la sujetó de los antebrazos. La jaló hacia él con los ojos abiertos de par en par y echando chispas.

—Eres una invitada en mi tierra. No te conozco. No sé por qué Thorir pensaba que eras una bruja. No sé qué intenciones tienes con mi gente. Te interrogaré hasta que consiga todas las respuestas que necesito para decidir si eres una amenaza o una amiga. Debo proteger a mi hija y toda la colonia de ti, de los bandidos y de cualquier amenaza. Así que, respóndeme, ¿quién eres y cómo sabía Thorir que eras una bruja?

Se encontraba tan cerca y era tan grande que Holly se sintió como un pequeño juguete frágil que se podría romper en sus manos. Una vibración profunda y estimulante la atravesó. No era posible que se sintiera atraída hacia él, ¿cierto?

Ninguno de los hombres con los que había salido se parecían a él. Ni Ryan, su primer amor, ni Jack, su último novio, que era cocinero en un restaurante de alta cocina y tenía una barriga redonda que a Holly no le molestaba en lo más mínimo. Por el contrario, lo hacía parecer defectuoso, como ella, y eso le daba una confianza que no tenía frente a sujetos que alardeaban de sus cuerpos tonificados en el gimnasio. Había vivido con Jack, y hasta habían pensado en tener niños… hasta que la dejó.

—Sí —soltó sin pensarlo—. Soy una bruja. Me vio en Escocia mientras atacaba una aldea y me secuestró. Ya sabes el resto.

Cuando la soltó, respiró con más facilidad. Al vikingo se le formó una arruga entre las cejas.

—No pareces una *völva*. ¿Por qué llevas prendas de hombre y un corte de cabello masculino?

Jadeó indignada y se llevó una mano al cabello.

—¡Estas no son prendas de hombre, y el corte de cabello me costó una fortuna!

Al oírla, frunció el ceño confundido.

—¿Cómo dices?

—Soy una mujer, no un hombre. Todo esto es mi elección de moda.

El sujeto la recorrió con la mirada y se rio.

—Pues, tienes un extraño gusto de moda. Pero no me incumbe juzgarlo. Lo que quiero saber es si vienes de Sutherland.

Sutherland era la provincia del norte de Escocia.

—Sí —respondió. Confesar que había viajado en el tiempo podría ser un error garrafal en ese momento. Necesitaba que él se relajara con ella y le permitiera moverse con libertad. Luego buscaría a alguien que tuviera un barco y pudiera llevarla de regreso a Escocia. Quizás, ese hombre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Einar.

—Einar —repitió Holly—. ¿El descendiente de Odín, tras cincuenta generaciones?

—Sí.

—Creo que Thorir está celoso de ti.

—Thorir es un gusano, y muy pronto lo expulsaré de estas islas.

Holly lo miró a los ojos.

—Mira, Einar, no represento ningún riesgo para ti, ni para tu hija o para tu gente. Solo quiero regresar a casa, en Escocia. Quiero regresar a Sutherland.

Einar asintió con la cabeza sin quitarle la mirada seria de encima.

—El único modo de regresar es en barco. Y no puedo prestarte uno hasta que no expulse a

los bandidos de las Orcadas. De modo que serás nuestra invitada por un tiempo.

Holly frunció el ceño desesperada.

—¿Por qué?

—Porque mi prioridad es la seguridad de mi gente, y no los deseos de una escocesa.

La invadió una ola de irritación, y fue como si el dolor de cabeza le hubiera partido el cráneo en dos. Una ola de calor le recorrió el cuerpo. El vikingo se giró sobre los talones para marcharse, pero se volvió a mirarla.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta la hizo exhalar y negar con la cabeza.

—Holly.

—Holly, a menos que tengas algo por lo que valga la pena rentarte un barco y algunos hombres para ir al sur, te quedarás aquí. Además, debes sanar.

¿Algo que valiera la pena para él? Si tuviera dinero, joyas o lo que sea que esos sujetos valoraran, estaría en el primer barco… Pero no tenía nada. Maldición.

Mientras se marchaba, le dijo:

—Si conoces un hechizo para que triunfe, úsalo para ayudarme a expulsar a Thorir Treebeard y su banda de piratas de estas islas, bruja. Hasta entonces, estás atrapada conmigo.

CAPÍTULO

CUATRO

I 2 de mayo

EL *DRAKKAR* AVANZABA RÁPIDO, y la única vela con la que contaba flameaba al viento. Mainland, con sus colinas verdes y rocosas, se aproximaba en el horizonte. El aroma salobre a agua de mar y algas resultaba familiar y calmante. La expedición para buscar a Treebeard en la isla de Westray no había dado frutos; solo habían encontrado un campamento recientemente abandonado. Tras un día de navegación, Einar regresaba a casa con las manos vacías.

Solver, que estaba presente en todo momento y era la última persona con la que Einar quería hablar en ese instante, se acercó a la proa y se paró al lado de él.

—Solo faltan unos días para cumplir con el período de dos lunas en el que el rey Harald espera que te cases.

Como respuesta, Einar gruñó.

—¿Tienes a alguien en mente? —le preguntó Solver.

—Todas las mujeres de la isla están casadas, son ancianas o muchachas pequeñas. —Einar mantuvo la mirada sobre las casas de piedra de la isla.

—La bruja no —señaló Solver.

Einar arqueó las cejas sorprendido y se volvió hacia el escaldo, que continuó hablando impávido.

—No es demasiado grande, ni demasiado pequeña y tampoco está casada.

El escaldo le guiñó un ojo, y Einar soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Loki te ha quitado el juicio. Te lo agradezco, necesitaba una buena broma tras un día tan improductivo.

—No es ninguna broma.

Einar lo volvió a mirar, y Solver se limitó a arquear una ceja. Sin dudas, Holly era hermosa, y a pesar de que no era muy joven, seguía en la juventud. Tenía una piel perfecta sin arrugas, un cuerpo fuerte y hábil y, a pesar de que era delgada, tenía unas curvas irresistibles que había anhelado explorar con las manos el día anterior, cuando se sentó en su cama para hablar con ella. Además, tenía un carácter fuerte, lo que constituía una cualidad muy deseable en la esposa de un jefe o un *jarl*. Y, luego del casamiento, se convertiría en *jarl*.

—Quiere regresar a casa en Sutherland. Quizás tiene a un hombre que la está buscando. Además ¿cómo sabes que no está casada?

—Se lo pregunté.

—¿Por qué?

—Porque es la única mujer en las Orcadas que no es demasiado grande, ni demasiado pequeña y no está casada.

Einar apretó los puños y golpeó el lateral del barco.

—No me casaré con ella. De ninguna manera.

Einar se había prometido hacía mucho tiempo que no volvería a casarse. Eso no significaba que no disfrutaba pasar tiempo con mujeres. Al fin y al cabo, era un hombre con necesidades. Pero siempre se aseguraba de no derramar su semilla dentro de una criada o una joven viuda. No soportaba pensar que otra mujer podría morir dando a luz a su hijo. Además, una esposa querría tener niños, mientras que las mujeres que se llevaba a la cama anhelaban evitar embarazos tanto como él.

—En ese caso, supongo que tendré que ir a darle malas noticias a Harald, y tendrás que regresar con Rögnvald. La pobre Svanhild me ha dicho lo mucho que le gusta este sitio. Tendrá que hacerse a la idea de vivir otra desilusión.

A Einar se le retorció el estómago de la culpa. Sabía que era un mal padre para la niña, y que la pobre estaba creciendo sin una madre. Pero no se podía imaginar volver a casarse.

—No me casaré con esa mujer. No se quiere quedar.

Solver se rio entre dientes y se sentó sobre un banco con una sonrisa de satisfacción.

—Ya lo veremos.

Cuando llegaron a casa, Einar caminó hacia el hogar comunal para ver si Svanhild se encontraba bien. Aunque bien podía ser el caso de que no fuera un gran padre, siempre quería asegurarse de que se encontraba sana y salva.

Caminó por la aldea, que constaba de un pequeño aglomerado de casas de piedra que los pictos habían dejado allí. La mayoría de las casas eran redondas y bastante pequeñas en comparación a las casas comunales de madera que tenían en Noruega, donde los bosques eran abundantes. La suya era la única casa comunal que había construido Thorstein el Rojo. Allí los bosques eran un recurso escaso, de modo que debían construir todo con piedra, el material que abundaba por doquier. A Einar aún le quedaban trozos de madera, pero debían conservar los exóticos árboles que crecían en esa zona de terreno rocoso y clima ventoso. Debía encontrar el modo de alimentar las fogatas para cocinar y para mantener el calor en el invierno. De alguna manera, los pictos habían habitado esas islas antes de que los vikingos las conquistaran y habían sobrevivido durante cientos de años. Einar encontraría el modo de que su gente también sobreviviera.

Le gustaba su nuevo hogar. Le gustaba ser el jefe allí, y le gustaría ser el *jarl*. Construiría una comunidad próspera que pudiera sustentarse, y sería el *jarl* de las Orcadas. Esas tierras serían suyas y, más adelante, pasarían a pertenecerles a los hijos de Svanhild. Debía garantizarles un futuro.

Habían llegado a agradarle esas tierras abiertas y el mar que acarreaba viento de todas las direcciones. Era un sitio con buenos pastizales para las ovejas y tierras fértiles para sembrar cebada, avena y verduras.

Lo único que necesitaba para mantener esas tierras y procurar una dote para Svanhild era una esposa. Pero ¿cómo podía volver a casarse y arriesgarse a sufrir por amar y perder a otra mujer?

Einar entró en la casa comunal y, sin querer, miró hacia el rincón de Holly. Svanhild se encontraba sentada en la cama, y las dos parecían hablar. Einar se puso tenso, sospechó de las intenciones de Holly, y estuvo dispuesto a destrozar a cualquiera que se atreviera a causarle el más mínimo daño a su hija. Pero la niña parecía estar pasándola bien.

Einar avanzó hacia ellas con cautela, pero se detuvo al ver la sonrisa más ancha que jamás

había visto iluminar el rostro de Svanhild. Se parecía tanto a su madre en ese momento, que se le ciñó el corazón y le ardieron los ojos. Entre Holly y Svanhild, caminaba el gato gris al que su hija llamaba Loki, y se frotaba contra Holly.

—No tengo un gato en casa. —Oyó que decía Holly—. Trabajo mucho. El gato probablemente no me reconocería al llegar.

—¿Es muy arduo ser bruja? —le preguntó Svanhild.

Holly puso los ojos en blanco.

—No soy bruja. Soy la directora de una gran empresa.

—¿Una directora? ¿Qué es eso? ¿Una especie de *jarl*? ¿Acaso eres la esposa de un *jarl*?

—No, no. —Holly se rio—. Soy soltera. He leído mucho mientras investigaba mis raíces familiares, de modo que tengo una idea general de cómo funcionan las cosas por aquí. Una empresa es como cuando construyes barcos para comercializar y algunas herrerías. Contratas una tripulación para los barcos y trabajadores para las herrerías. Y luego envías los barcos llenos de… espadas, dagas y lo que hagan los herreros para vendérselos a la gente que los necesita. Luego juntas las ganancias, les pagas a los trabajadores y lo vuelves a hacer.

—Oh, entonces haces el trabajo de un *jarl*, pero eres una mujer —señaló Svanhild atónita.

¿Quién era esa mujer? Einar no podía soportar más su extraña influencia y tomó los últimos pasos hacia ellas. Las dos se volvieron a mirarlo, y el aire cambió por completo. Se les desvanecieron las sonrisas del rostro. Svanhild volvió a adoptar la expresión habitual de cautela que siempre tenía en presencia de su padre. Holly arrugó el ceño y alzó el mentón en señal de desafío.

—Ya es suficiente, Svanhild —anunció Einar—. Ve a ayudar a las mujeres con lo que necesiten.

—Pero acabo de traerle la comida a Holly. Bera, la sanadora, dice que necesita comer más para recuperar las fuerzas. Ha perdido mucha sangre.

Su pobre hija tenía un corazón demasiado bondadoso.

—Escucha a tu padre, Svanhild. Ve. No deberías hablar con gente que no conoces.

—Pero quiero saber acerca de Sutherland…

Agdis hubiera sabido cómo hablarle, pero él no tenía ni idea. Solo sabía dar órdenes.

—Svanhild… —comenzó.

El fuego en la mirada de la niña se apagó y, bajó la vista enfadada pero obediente.

—Sí, padre.

Se puso de pie, se volvió hacia Holly y le dijo:

—Dejaré a Loki contigo. Te hará compañía mientras te recuperas.

Holly le ofreció una gran sonrisa.

—Gracias, Svanhild. Eso es muy bonito de tu parte. Loki y yo seremos buenos amigos.

Svanhild asintió con la cabeza y se alejó. Holly acarició al gato, que se frotó contra su mano. Einar tuvo el extraño impulso de sentir su mano acariciándolo de ese modo.

Sacudió la cabeza para deshacerse del pensamiento. Era probable que Loki, el dios y no el gato, estuviera sentado sobre el hombro de Solver susurrándole ideas alocadas. Porque Einar comenzó a preguntarse si podría llegar a hacer algún acuerdo con esa mujer. Pero antes de que pudiera hacerlo, debía saber más. Seguía sin confiar en ella, en especial luego de oír la historia descabellada que le acababa de contar a su hija.

—¿Te estás recuperando? —le preguntó.

Le observó el rostro, que seguía pálido, y el gran cardenal que se le estaba formando en el pómulo. Al verlo, deseó seguir a Thorir hasta lo más profundo del Helheim y destruir al

bastardo.

Holly se apoyó contra la pared.

—Hoy me pude poner de pie para ir al baño, así que es algo. Tienes una hija muy dulce. ¿Dónde está su madre?

A Einar se le tensó el mentón. Aún no podía hablar de Agdis sin sentir dolor.

—Murió hace mucho tiempo.

—Oh —dijo Holly—, lo siento. No debe ser nada fácil criar a una hija solo.

Con eso, se quedaba corta, pero Svanhild no tenía la culpa de nada. Einar no sabía cómo ser buen padre. Estaba destinado a perder a las personas más allegadas a él, y no soportaba la idea de perder a la única hija que tenía.

—Hummm… ¿Tienes familia en Sutherland? —le preguntó.

El rostro de Holly perdió cualquier expresión.

—Solo a mis padres.

—Eres una mujer hermosa. ¿No tienes marido? ¿O hijos?

Sorprendida, arqueó las cejas y se ruborizó un poco, pero se apresuró a tragar saliva y clavar la mirada en las manos. Con una sonrisa extraña, respondió:

—No.

Einar resistió el impulso de tomarle el rostro entre las manos y acomodarle el mechón de cabello que se le había caído sobre la frente detrás de la oreja. Quería que lo volviera a mirar con esos hermosos ojos azules.

—¿Por qué no?

Holly negó con la cabeza.

—Supongo que no he tenido suerte.

Pues, los que no habían tenido suerte eran los otros hombres. Pero él se consideraba muy afortunado tras oír eso.

—¿Ni siquiera un prometido? —le preguntó.

Holly le sonrió entretenida.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista para una cita?

—¿Cómo dices?

—Oh, no importa. Me gustaría casarme, pero no sé si esto está escrito en las cartas para mí.

—¿En las cartas?

—Si está en mi destino. Trabajo mucho. Y también… bueno, no tengo suerte. Todas mis relaciones han acabo de forma desastrosa. Tiene que haber algo malo en mí, y los hombres prefieren huir.

Einar se rio.

—Pues, lo dudo. ¿Eres una bruja y una comerciante? Jamás he oído nada similar.

Pero eso no quería decir que no fuera posible. Si decía la verdad, tenía habilidades que podrían resultar muy útiles allí. Su belleza y fortaleza lo intrigaban cada vez más. Debía de ser una mujer inteligente para poder hacer todo eso.

Holly alzó la cabeza.

—Créeme, muchas cosas me han sorprendido a mí también en el transcurso de los últimos días. Pero dejando a un lado cualquier hostilidad, te quería agradecer por rescatarme de Thorir y por permitirme recuperarme.

Sus miradas se encontraron, y pudo jurar que la mujer tenía unos ojos del color de los pastizales de las Orcadas. Eran hermosos, frescos y muy atractivos.

Se aclaró la garganta para descartar el pensamiento. No podía comenzar a sentir algo por esa

mujer, en especial si terminaba casándose con ella.

—No tienes que agradecérmelo. Lo hubiera hecho por cualquiera.

Y tras decir eso, giró sobre los talones y se marchó antes de decir o sentir algo que le hiciera poner el corazón en peligro.

CAPÍTULO

CINCO

I 4 de mayo

HOLLY SALIÓ de la casa comunal a la aldea e inspiró una bocanada de aire fresco con aroma a mar y sol. Estaba contenta de por fin tener la fortaleza suficiente como para hacer más que yacer en la cama, comer, arrojarle miradas furtivas a Einar o hablar con Svanhild. La aldea estaba en plena actividad matutina. Los habitantes estaban construyendo dos casas de piedra, mientras que otros traían piedras y otros materiales de construcción en carretas. Varios hombres cargaban sacos pesados por los hombros, y algunas mujeres llevaban agua y leche en baldes, así como también cestas con verduras, harina y lana de oveja. Se oían voces, martillazos contra piedras y ruedas que se arrastraban por el suelo.

A pesar de que no le dolía más la cabeza, sentía pesadez. Pero según sus cálculos, habían pasado nueve días desde que había viajado en el tiempo. Ese día debería estar subiéndose al avión de regreso a Orlando. Si no volvía a su época, el jefe de operaciones, Alan Murphy, firmaría el trato en lugar de ella, y se llevaría todo el crédito por su arduo trabajo. Y quizás también su puesto en la empresa. El puesto por el que tanto había trabajado, el que la había llevado a dejar a un lado su vida personal. Era el puesto que raramente ocupaba una mujer en la industria de la construcción.

Holly miró alrededor y vio los mástiles de los barcos a los pies de la colina. Si Einar no le quería prestar un barco, quizás podía encontrar a un capitán al que persuadir. Todavía no sabía con qué, porque lo único que tenía eran las prendas que llevaba puestas; Thorir le había quitado todo lo demás. Pero ya se le ocurriría algo.

Alzó el mentón y enderezó los hombros y se dispuso a bajar la colina hacia los barcos. Había siete *drakkars* gigantes y varias embarcaciones más pequeñas que probablemente utilizaban para pescar. De seguro tenía más posibilidades de conseguir un barco pequeño, pero como no tenía ni idea de cuánto tiempo le llevaría llegar hasta donde tenía que ir o si ese tipo de bote llegaría a Escocia, debía preguntar.

Divisó a un hombre con el cabello largo y blanco y un rostro curtido que desenredaba redes de pesca y caminó por el muelle hacia él. Se detuvo delante del bote.

—¡Buen día! —lo saludó con la mano.

El hombre le dirigió una mirada rápida antes de reanudar el trabajo.

—Hola.

Holly tosió.

—¿Arriendas el bote?

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Holly. Debo ir a Sutherland.

El hombre se detuvo y la observó con los ojos entrecerrados.

—Holly, ¿no eres la bruja que rescató el *jarl* Einar?

Holly apretó los labios.

—Supongo que sí.

—Pues, no pareces una bruja.

—No importa qué parezco. ¿Me puedes llevar o no?

El hombre reanudó el trabajo.

—Supongo que sí.

A Holly se le llenó el pecho de esperanza. Se acercó un paso al bote.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Pero no lo haré.

Unos pasos pesados resonaron contra las maderas del muelle, y el pescador miró hacia la izquierda de Holly.

—Porque el *jarl* no permite que ningún bote se marche sin su permiso.

Los pasos pesados se detuvieron a su lado, y una forma gigante le tapó el sol. Holly maldijo por dentro. Sabía quién era sin siquiera volverse a mirar. Su presencia calentaba el aire como si él mismo fuera el sol y hacía que se le acelerara el pulso a cien kilómetros por hora.

—Todavía no soy el *jarl*, Rokr —lo corrigió Einar.

—Para nosotros, lo eres.

—Y haces bien en no llevar a esta mujer a ningún lado.

La tomó del antebrazo y la volvió hacia él.

—No te marcharás. Te lo he prohibido.

A Einar se le oscurecieron los ojos grises como nubes de tormenta, y Holly se sintió incapaz de llenarse los pulmones de aire. De seguro estaba asustada. No podía deberse a las olas cosquilleantes que le hacía sentir la mano en todo el cuerpo. No podía ser el aroma de él: a ola de mar, a césped cálido, a cuero curtido y a algo masculino que solo le pertenecía a él. Algo que hacía que las rodillas se le redujeran a agua.

Negó con la cabeza. Eso era ridículo. Debía regresar a Orlando y asegurarse de que la fusión tuviera lugar.

—¿Me lo has prohibido? ¿Acaso soy tu prisionera? —le preguntó.

Los ojos de Einar se convirtieron en granito.

—Claro que no.

—Entonces ¿cómo te atreves?

La sacudió suavemente y se la acercó más a su cuerpo.

—Me atrevo porque soy el jefe aquí. Me atrevo porque debo mantener a mi gente a salvo, no enviar barcos preciados a llevar a una esclava liberada a donde sea que se le antoje ir. Me atrevo porque tú también te encuentras bajo mi protección. Y no es seguro que viajes sola, en especial cuando Thorir te está buscando.

Holly jaló el brazo y lo empujó, pero fue como intentar mover una casa.

—¡Me tengo que ir porque si no todo el trabajo que hice durante los últimos tres años quedará arruinado!

En realidad, no solo el de los últimos tres años. Todas las notas sobresalientes que había obtenido en la escuela, los cinco años de matarse en la universidad y la pasantía en Sunnybeach Developments, que fue lo que la hizo ver que la construcción se trataba de crear algo del puro

caos de piedras, acero, vidrio y cemento. Hacer hogares y oficinas para la gente. Le había encantado desde el principio.

A pesar de que la voz que residía en su cabeza siempre la había hecho dudar y volver a revisar sus decisiones, había llegado a la cima de su carrera. Había aprendido a ser resuelta, a negociar y a demandar lo que se merecía.

Por otra parte, su vida personal era un desastre. Todos los días se mentía a sí misma y se decía que era lo suficientemente buena, que no había nada malo en su forma de ser, a pesar de que cuatro relaciones fallidas decían otra cosa. Decían que podía ser atractiva, inteligente y amable, pero una vez que un hombre llegaba a conocerla bien, se marchaba.

—¿Hablas de esa extraña empresa que mencionaste antes? —le preguntó Einar—. No me importa si pierdes tus riquezas. Necesito todos los barcos aquí para buscar a los piratas. No sabemos cuántos hay ni cuántos vendrán a ayudarlos. Necesitamos hasta los barcos de pesca hasta que todas las islas sean seguras. La vida de mi gente es más importante que tu trabajo.

—¡Eres más terco que un toro! —gritó Holly y se alejó de él. Pero Einar la siguió, le sujetó el brazo y la hizo girar hacia él. Su mano era fuerte y cálida, y le produjo una ola de calor en la piel.

—Necesito que me prometas que no harás nada para intentar escapar —le dijo.

Furiosa, Holly negó con la cabeza. Se liberó y siguió andando.

—No te prometeré nada —le arrojó por encima del hombro.

—En ese caso, te tomaré prisionera —le aseguró a sus espaldas.

La indignación la arrasó como el fuego.

—¿Prisionera? —Se dio media vuelta para volver a mirarlo.

Acaban de llegar al huerto que se encontraba detrás de la casa comunal de Einar.

Con una mirada de acero, se ciñó sobre ella, y la luz le iluminó el cabello dorado oscuro.

—No me dejas alternativa.

Antes de que pudiera decir algo, dio un paso hacia atrás y se quitó la túnica. A Holly casi se le cayó la mandíbula mientras le recorría con los ojos los músculos montañosos de los hombros y los bíceps, las colinas de los pectorales y las llanuras planas de los abdominales cubiertos por una suave mata de vello. Un colgante con el martillo de Thor le colgaba del cuello. Se le secó la boca como un charco en el desierto y se olvidó de lo que quería decir. Einar le dio la espalda, movió los músculos como olas y tomó un azadón que estaba apoyado contra la pared. Luego se inclinó un poco y comenzó a cavar una zanja estrecha.

Holly soltó el aire intentando salir del estupor que le producía la vista de ese cuerpo. En realidad, no creía que la tomaría prisionera. No era ese tipo de hombre.

—¿No eres el jefe aquí? —le preguntó—. ¿Por qué haces trabajo manual?

—Porque prefiero hacer esto que sentarme a esperar a que llegue el invierno para descubrir que no tenemos nada almacenado en las despensas. Los esclavos deben estar ocupados en el campo de avena considerando que no hay nadie a la vista. No tenemos manos suficientes para hacer todo el trabajo.

Vaya. Einar no tenía miedo de ensuciarse las manos. De verdad se preocupaba por su gente. Holly respetaba eso. Sentía lo mismo hacia su empresa. Cuando había comenzado como jefa de ventas, había decidido trabajar una jornada entera en una de las obras para uno de los hoteles de Orlando. Solo había realizado trabajo no cualificado, como llevar carretas con cemento seco, cavar en la tierra y limpiar escombros, pero la experiencia le había enseñado cómo era estar en una obra y construir algo que debía ser seguro, sólido y hermoso al mismo tiempo. Le había ganado el máximo respeto hacia cualquiera que realizara trabajos físicos. Y ahora le parecía que Einar había experimentado en carne propia lo que ella también había vivido.

Por eso, avanzó hacia la pared, tomó otro azadón y comenzó a imitar sus movimientos.

—No sé mucho de jardinería —le dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparo la tierra para sembrar nabos.

—Oh, nabos. Me gustan los nabos.

—No hace falta que hagas eso.

—No, no, está bien. No tengo forma de retribuirte a ti o a tu gente por haberme rescatado, alimentado y cuidado. Si puedo ayudar de cualquier forma, me encantaría hacerlo.

Einar se encogió de hombros.

—Está bien.

—Respeto mucho que estés haciendo esto —señaló—. Si estuviera en tu lugar, haría lo mismo.

—Pero no eres un *jarl*, ¿no?

—No, pero tengo gente a mi cargo. Solo intento decir que entiendo lo que haces. Los bastardos como Thorir no son ningún chiste.

Continuaron cavando en silencio durante un tiempo, y Holly empezó a preguntarse qué más ocultaba ese hombre valiente, apuesto y severo bajo ese perfil tan austero. Y qué estaba dispuesto a arriesgar por su gente.

De la nada, la cabeza le empezó a dar vueltas y se le nubló la vista. Dejó el azadón y se sentó rápido en el suelo. Einar se le acercó con una mirada llena de preocupación. La sujetó de los hombros, y se encontró frente al torso desnudo y brillante. Se quedó sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Es un pequeño mareo. Estoy bien.

—Aún no has sanado por completo.

Se sentó a su lado, y Holly apreció la preocupación y quiso ofrecerle algo de consuelo.

—Einar, vas a triunfar. Liberarás a las islas Orcadas y Shetland de los bandidos. Serás uno de los primeros *jarls* de las Orcadas y establecerás una casa noble noruega exitosa que reinará durante muchas generaciones.

Einar movió un poco de tierra con el azadón.

—¿De verdad?

Holly soltó un suspiro al tiempo que una sonrisa le producía ardor en el interior al ver la esperanza y el alivio que reflejaba el rostro del vikingo.

—Sí, de verdad. Tendrás tres hijos.

¿Se puso pálido de repente o se lo estaba imaginando?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó con la voz estrangulada—. ¿Lo has visto? ¿Acaso te lo han contado las nornas en un susurro?

Holly soltó el aliento. Lo cierto era que eso era uno de los tantos datos aleatorios que había leído mientras investigaba su genealogía. No podía seguir mintiendo. No era ninguna bruja. Además, quizás le creía y cambiaba de parecer en cuanto a retenerla allí. Quizás la ayudaba.

—Nadie me lo susurró, pero lo vi. O, mejor dicho, lo leí en libros de historia.

Al oírla, se le arrugó el entrecejo.

—¿Cómo dices?

—Vengo del futuro, Einar. No soy ninguna bruja. Vengo del siglo XXI, que se encuentra a unos mil trescientos años en el futuro. He viajado en el tiempo cuando toqué un huso dorado en Escocia. —Mientras la escuchaba, la miraba atónito—. Digo, en Sutherland. Llegué en el medio del ataque de Thorir, por eso me vio aparecer de la nada. Cree que soy una bruja, pero no lo soy. Soy una mujer común y corriente del futuro, y necesito que me ayudes a regresar a casa. A

regresar a mi época.

Einar la observó con una expresión pétrea sin decir nada durante unos instantes. Una de las comisuras de la boca le tembló y, al siguiente instante, alzó las dos. Sonrió y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada. Se rio tan alto y con tantas ganas, que Holly temió que toda la aldea se reuniera alrededor de ellos. Jamás lo había visto reír o sonreír. Ni siquiera se había imaginado que pudiera hacerlo. Se percató de que era más apuesto cuando sonreía y deseó que lo hiciera más a menudo.

Oh, maldición. No le creía.

—No te culpo —le aseguró Holly—. Es una explicación descabellada.

Einar se secó los ojos y exhaló antes de soltar una última carcajada.

—Tú deberías ser el escaldo, en lugar de Solver. Eres mucho más divertida. Qué buen chiste, Holly. Una bruja con sentido de humor.

Sin dejar de reírse, negó con la cabeza y se puso de pie para continuar cavando.

—Pero te quedarás aquí. Hasta que te permita marcharte.

Holly soltó un jadeo lleno de furia. Sin embargo, le resultó curioso que la idea de pasar más tiempo con Einar le produjera una sensación cálida en la boca del estómago.

¿Qué le pasaba que estaba pensando en lo agradable que sería pasar tiempo como prisionera de un vikingo en lugar de regresar a lo que de verdad importaba?

Podía imaginarse a su madre diciéndole: «Te lo he dicho. Este viaje era mala idea».

Y por primera vez en su vida, no pudo estar más de acuerdo con ella.

CAPÍTULO
SEIS

I 7 de mayo

EINAR se retorció al llevarse una copa de hidromiel a la boca. Aún no le habían tratado la herida superficial que tenía en el hombro a causa de la batalla y le dolía, pero más tarde lidiaría con esa herida y con todas las demás. No quería apartar a Bera de los que habían sufrido heridas más graves.

El vestíbulo de su casa comunal también era el vestíbulo donde los guerreros se sentaban a beber hidromiel y comer. La atmósfera era alegre porque ese día habían encontrado un pequeño campamento de bandidos en una de las islas al norte y habían salido victoriosos. Solo unos pocos habían logrado escapar.

El salón iluminado con tonos rojos y anaranjados estaba cálido y agradable. En el aire se olían los aromas a carne, estofado, pan recién horneado e hidromiel. Los hombres hablaban, reían, discutían y hablaban acerca de la batalla.

—Y luego, *jarl*, cuando abofeteaste a ese patán como si no fuera más que un niño travieso, si no hubiera tenido que mandar a otro al Helheim, me hubiera hecho encima.

Einar negó con la cabeza y sonrió.

—Lofarr, no soy el *jarl*.

El hombre en cuestión hizo un ademán para ignorar el asunto.

—Lo serás. Ya estamos bien encaminados en el objetivo de desarraigar a todos los bandidos de estas islas.

Einar apretó los dientes porque esa solo era una de las condiciones. Se encontraba muy lejos de cumplir la segunda condición. El matrimonio. El plazo límite se aproximaba rápido.

Miró alrededor en busca de Holly, un hábito que había desarrollado desde que la había rescatado del campamento de Thorir. La vio comiendo con Svanhild en otra esquina de la sala; tenía el rostro suave y una sonrisa en los labios. Le estudió los hermosos rasgos: los ojos grandes, los labios suculentos y el cabello corto que, curiosamente, le sentaba muy bien.

La mujer era un misterio. Tenía algo distinto e intrigante. Lo veía, lo sentía y hasta se lo oía en la voz. Estaba presente en las palabras que escogía, en la manera en que entonaba las oraciones e incluso en las posturas que adoptaba su cuerpo. Jamás había conocido a nadie como ella.

De pronto, se volvió hacia él, y sus miradas se encontraron. La habitación se sumió en el silencio, las personas dejaron de moverse, y todo dejó de existir, excepto sus ojos. El corazón le latió desbocado en los oídos. El hidromiel le entró en la sangre y le produjo una vibración cálida

que le recorrió todo el cuerpo.

—Pero tienes una candidata para el casamiento —señaló Solver, sentado su lado.

Einar interrumpió el contacto visual con Holly para arrojarle una mirada enfadada al escaldo.

—Ya basta con eso.

De hecho, había terminado de comer y no tenía deseos de seguir oyendo bromas y alardeos. Se puso de pie y sintió el dolor que le provocaban los cortes en las piernas.

—Buenas noches —dijo—. No beban hasta el punto que no puedan distinguir a un cerdo de una mujer.

Avanzó hacia el otro extremo de la casa, donde se había construido su habitación detrás de una delgada pared de madera. Era la única habitación en toda la casa. Se detuvo frente a una criada que le servía hidromiel a Holly en una taza.

—Tráeme agua limpia y trapos y pídele a Bera que te dé hierbas para el dolor. Dile que es para mis heridas. —Luego miró a Svanhild—. Buenas noches, hija. Ve a dormir pronto.

—Buenas noches, padre.

Sin mirar ni dirigirse a Holly, caminó hacia su habitación y se recostó en la cama sin poder quitarse de la mente esos ojos verdes, ese cabello caoba y sus palabras: «Serás el primer *jarl* de las Orcadas. Tendrás tres hijos… ». Y luego, la voz de Solver que decía: «Tienes una candidata para el casamiento… ».

Einar soltó un gruñido. ¿Casarse con ella? No, de seguro era imposible. Pero si no se casaba con ella, ¿con quién? ¿Con Bera? Si la curandera tenía sesenta inviernos.

Transcurridos varios instantes, alguien llamó a la puerta. Sin mirar, se incorporó sobre la cama para quitarse la túnica.

—Por fin —dijo—. Pon el agua y los trapos sobre la cama. ¿Qué hierbas te dio?

—Angélica —repuso la voz que lo había acechado desde la primera vez que habló con ella: Holly. Se volvió y la vio parada al lado de la puerta, observándolo con los ojos abiertos de par en par y los labios separados.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Te traje esto. —Por fin se movió y apoyó un gran cuenco de arcilla que contenía agua sobre el cofre que había contra la pared. Luego dejó los trapos al lado del cuenco y una jarra.

—Se lo pedí a la criada. No hacía falta que me trajeras nada.

En respuesta, se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Me gusta ayudar y además quería hablar contigo.

Einar se puso de pie y caminó hacia el cofre para humedecer un trapo y comenzar a limpiarse las heridas. Pero se detuvo delante de Holly, y el aroma a lavanda, hierbas y algo floral y femenino le invadió los sentidos. Se encontraban a solas, y la cercanía hizo que le hirviera la sangre. La tenía muy cerca, a menos de un paso, y anheló aplastarla contra su pecho y reclamar esos labios carnosos. Pero eso solo se debía a que hacía varios meses que no tomaba a ninguna mujer, se dijo. No tenía nada que ver con ella. Debía detenerse.

Se aclaró la garganta, se agachó y humedeció otro trapo de lino en el agua.

—¿Qué quieres? —le preguntó mientras comenzaba a limpiarse el corte que tenía en un brazo. Por lo general, atender las heridas menores de un hombre era el trabajo de una esposa. Agdis lo había hecho muy bien. A ella le había interesado la curación, y se había convertido en su ritual especial. Primero, lo curaba, y luego hacían el amor si las heridas así lo permitían.

—Se me ocurrió una idea. Sutherland queda bastante lejos, pero quizás puedas llevarme hasta la costa escocesa más cercana en uno de tus barcos. Desde allí, podría llegar a pie.

Cuando el agua le alcanzó la piel abierta, se estremeció de dolor, pero tuvo que aguantárselo

porque debía quitarse la tierra.

—Déjame hacerlo —le pidió—. Estás dolorido. Recuéstate.

Se miraron a los ojos. Sería la primera mujer después de Agdis y Bera que haría eso. Lo cierto era que no sería nada malo permitirle curarle las heridas. Al fin y al cabo, era una bruja. Quizás podía hacerle un hechizo para ayudarlo a dormir. Y, aunque no pudiera, deseaba sentir sus manos en el cuerpo.

—Como quieras. —Le entregó el trapo húmedo y se recostó en la cama. Se colocó un brazo debajo de la cabeza y la observó con los párpados semiabiertos.

Holly hizo un gesto de asentimiento y enjuagó el trapo en el agua antes de sentarse a su lado y comenzar a limpiarle la herida del hombro. El dolor le produjo tanto ardor, que cerró los ojos.

—Disculpa, ¿he sido muy brusca? —le preguntó y siguió limpiándole la herida con más suavidad. Einar sintió una ola cálida que se le extendía por toda la piel allí donde lo rozaba, a pesar de que el agua estaba fría. Anhelaba sentir ese tipo de caricias, una conexión del alma y el tipo de cuidados que conllevaba ese tipo de relación.

Aunque a Holly no le importaba él, podría pretender lo contrario.

—Y entonces ¿qué dices? Puedes dejar que un bote de pesca me lleve hasta la costa más cercana de Escocia. Sé que no queda lejos. Recuerdo los mapas.

Einar la observó.

—¿Mapas?

—Sí, mapas. Son dibujos de la tierra y el mar, como si estuvieran vistos desde arriba. ¿Sabes de qué hablo? —le preguntó.

—Sí, vi uno en Jorvik cuando fuimos de visita con Rögnvald. Ubba me mostró uno. Lo descubrió en la tesorería del rey luego de tomar la ciudad. Pero me pareció algo inútil.

—Hummm. Bueno, en el futuro son mucho más avanzados y ayudan a navegar…

—¿Sigues insistiendo con esa broma que me contaste el otro día?

Lo miró rápido y luego le cubrió la herida del hombro con un trozo seco y limpio de lino antes de hacerle un nudo. Se sentía bien tener a alguien que lo cuidara.

—No era ninguna broma, Einar. —Vació el agua usada en la bacinilla, vertió agua limpia en el cuenco y tomó otro trapo limpio. Tras humedecerlo, se lo colocó en el pecho y, con suavidad, le limpió la piel. Einar recibió de buena gana la sensación fría, pero ignoró los aguijonazos de dolor mientras Holly le recorría los cardenales que le habían dejado los escudos.

—Claro que no —repuso.

—Aún no has respondido mi pregunta. —Einar observó cómo se le oscurecían los ojos mientras le limpiaba el pecho. Ahora eran del color de un bosque de pinos en las montañas de Møre. Holly detuvo la mano en el centro del torso y miró más abajo del vientre, donde tenía un rasguño en el lateral derecho. Entreabrió los labios al tiempo que arrastraba los ojos por el estómago hasta el borde de los pantalones… y un poco más abajo.

Einar miró las suaves curvas de los senos que se ceñían sobre él, bajo la prenda ajustada que le envolvía el cuerpo. Le habían ofrecido un vestido más tradicional, pero lo había rechazado y había lavado y enmendado sus prendas tras asegurarles a todos que no se quedaría allí mucho tiempo más.

Se estaba endureciendo mientras le arrastraba el trapo de lino por el cuerpo hacia la cintura y tuvo que sofocar un gemido de placer al percatarse de que no era solo el trapo lo que le recorría el cuerpo, sino también las cálidas yemas de los dedos.

Oh, cómo deseaba que siguiera bajando hasta abrirle los pantalones y limpiarle todo el cuerpo. Y cómo la besaría y la reclamaría para él.

Reaccionó antes de poder detenerse. Estiró una mano y le acarició la mejilla. Era como se la había imaginado: lo más suave que había tocado en su vida. Las dulces pecas eran como arena dorada. Holly contuvo el aliento al sentir la caricia y lo miró a los ojos: los tenía del color del musgo, y Einar no pudo evitar hundirse en ellos.

La tomó de los antebrazos y se la acercó con delicadeza para rozarle los labios con los suyos. Y ese pequeño contacto le produjo una abrasante ola de deseo que le llenó las venas.

La giró en el aire y la acomodó sobre la cama antes de cubrirle el cuerpo con el suyo.

El dulce rostro quedó bajo el de él, y sus ojos reflejaron sorpresa y ardor. Cuando separó los labios, Einar vio la suavidad afelpada en ellos y anheló saborearlos, lamerlos y mordisquearlos.

Cuando de pronto lo envolvió en sus brazos y alzó el rostro hacia él, Einar le aplastó los labios con los suyos. El sabor de Holly, a miel que se derretía en su boca, espoleó su voracidad y lo hizo arder por más. El fuego bulló en su interior mientras le separaba los labios con la lengua y se adentraba en su boca. Enredó la lengua con la de ella, la provocó y la acarició en un juego hambriento que lo fue endureciendo cada vez más. Holly le respondió con una voracidad que lo igualaba y comenzó a mecer las caderas contra las de él. Si no se detenía entonces, no sería capaz de detenerse en absoluto.

Y cuando le pasó la mano por el pecho y la cerró sobre un seno, sintió que se congelaba y se apartaba para interrumpir el beso. Con una arruga en el ceño y sintiéndose desorientado, se inclinó para retomar el beso, pero Holly lo esquivó.

—No me vas a distraer, Einar —le dijo—. ¿Me puedes prestar un barco para ir al punto más cercano sobre la costa escocesa?

Einar respiró con dificultad y soltó un gruñido de frustración porque Holly se había apartado y de enfado consigo mismo por haber comenzado eso. Era evidente que lo único que quería ella era marcharse.

Antes de responderle, se incorporó y se sentó sobre la cama. Holly se irguió con el cabello enmarañado y los labios algo hinchados y oscurecidos. Einar ansiaba reanudar el beso y que ella se quedara. Cerró los ojos durante unos instantes para ordenar los pensamientos.

Y de pronto tuvo una idea. Quizás se debía a las palabras de Solver o quizás al hambre insaciable que le despertaba esa mujer.

—Sí —le respondió con la voz baja y ronca del deseo que le vibraba por las venas—. Creo que sí.

A Holly se le iluminó el rostro y le cubrió la mano con la suya.

—¡Oh, gracias!

—Pero tendrás que hacer algo por mí a cambio. Como te dije antes, tendrás que ganarte el pasaje.

A Holly se le borró la sonrisa.

—No me acostaré contigo a cambio de favores. ¡No soy ninguna prostituta!

—Bueno, qué pena. Pero no es lo que tenía en mente. ¿Te casarías conmigo?

Las cejas se le subieron prácticamente hasta el nacimiento del cabello.

—¿Qué has dicho?

—Cásate conmigo. Y, a cambio, te llevaré yo mismo al sitio que tanto deseas ir.

—¿Acaso has perdido la razón?

—El rey Harald solo me permitirá ser *jarl* y me dará estas islas como propiedad si expulso a todos los bandidos y me caso. Solver está aquí para ser testigo de mi casamiento antes de la próxima luna llena. Luego le llevará las noticias a Harald. Te podrás marchar luego de su partida. No hay ninguna otra candidata apta para el matrimonio. Todas las mujeres de por aquí son

demasiado jóvenes, demasiado mayores o ya están casadas.

Holly puso los ojos en blanco.

—Vaya, gracias por esa propuesta tan encantadora. ¿Cuánto falta hasta la luna llena?

—Creo que cerca de diez días. Nos casaremos en cuatro. Solver debería quedar satisfecho.

Holly suspiró.

—¡Pero necesitaba marcharme ayer!

—Esto es lo más pronto que podrás marcharte.

Lo miró a los ojos durante unos instantes y apretó los labios.

—¿Y puedo confiar en ti? —le preguntó.

—Te doy mi palabra. Todo el mundo sabe que mi palabra es más fuerte que el acero. Te juro que te llevaré de regreso luego de que Solver se marche y te podrás librar del matrimonio.

Soltó un suspiro y lo siguió estudiando.

—Está bien, Einar. Siempre pensé que, si me casaba con alguien, sería por amor. —Tragó con dificultad y bajó la mirada para clavársela en las manos—. Pero no creo que eso me ocurra jamás. Así que, está bien, te tomaré como esposo temporal.

Einar asintió con la cabeza, tomó el trapo húmedo que Holly había dejado sobre la cama y comenzó a limpiarse la mano. Mientras su prometida salía de la habitación, sintió un ardor en la piel por que se quedara. El corazón se le hundió un poco cuando cerró la puerta a sus espaldas. Porque a pesar de que le había dicho que solo sería un matrimonio temporal, lo cierto era que le costaría mucho tiempo mantener las manos y la mente alejadas de ella.

Y, en algún momento, también le sería difícil dejarla marchar para siempre.

CAPÍTULO

SIETE

2 1 de mayo

—AQUÍ TIENES, Holly, está lista. —Svanhild le entregó una corona de flores blancas.

La niña era encantadora, tenía el cabello ámbar, los ojos con forma de avellanas y las pestañas alargadas. Era probable que se pareciera a la madre; aunque Holly le veía cierto parecido a Einar en el rostro. La expresión de Svanhild reflejaba asombro y adoración, y a Holly se le estrujó el corazón.

Al igual que ella, la niña no tenía una madre biológica. Y Holly estaba a punto de convertirse en su madrastra, que era una forma de madre adoptiva. Aunque solo fuera algo temporal, durante un breve período de tiempo, estaba entusiasmada de tener una niña. Le entraron ganas de darle un abrazo.

A pesar de que varios criados y cocineros andaban por el vestíbulo ultimando los preparativos del banquete, Svanhild y Holly sintieron como si estuvieran a solas en el tenue salón. La mayoría de los habitantes de la aldea se encontraban afuera, reunidos en el embarcadero, aguardando a que Holly acudiera para dar comienzo a la ceremonia.

En la casa pendían los aromas a estofado, carne asada y pan recién horneado que provocaban que a cualquiera se le hiciera agua la boca. Todos los barriles de hidromiel que se habían almacenado durante varias lunas se encontraban en el salón. También habían llevado mesas y bancos de otras casas para que toda la aldea pudiera celebrar junta. Varias guirnaldas de flores blancas colgaban de las columnas y de las paredes.

—Gracias, Svanhild. —Holly le sonrió y le acarició la mejilla a la niña antes de colocarse la corona en la cabeza.

Se había puesto un atuendo de lino simple y blanco que le caía hasta los tobillos y un vestido con un delantal blanco con dos hermosos broches de plata que le sostenían los lazos. Los broches tenían una figura femenina en el centro de un círculo con las piernas separadas. Holly se preguntó si sería algún tipo de símbolo místico. Entre los dos broches, llevaba unos hilos con cuencas pulidas de vidrio blanco y grisáceo y piedras lunares.

Holly deseó poder verse en un espejo, pero no había ninguno allí.

—Serás mi nueva madre —le dijo Svanhild mientras la abrazaba—. No recuerdo a mi verdadera madre.

Holly sintió pesar en el pecho y le devolvió el abrazo con lágrimas en los ojos. Sabía cómo se sentía la niña que jamás había conocido a su verdadera madre. Esa había sido la gran sombra oscura que la había acechado durante toda la vida. ¿Qué podría haber tenido ella tan malo como

para que sus padres biológicos la rechazaran?

De niña, siempre se había sentido una forastera, una cosa rota que pretendía encajar. Por eso había querido tener sus propios hijos, porque quería sentir lo que era pertenecer con alguien, y solo una conexión de sangre podía forjar ese vínculo. Desde los doce años, cuando sus padres le contaron que la habían adoptado, había sentido que algo invisible se había roto en su interior. Y quería que cualquier hijo que tuviera se sintiera normal y entero.

¿Sería que Svanhild sentía lo mismo? ¿Podría hacerle sentir eso a la niña? Probablemente no. No podía decirle que se marcharía en la primera oportunidad que tuviera.

—Este tipo de matrimonio —comenzó a decirle con la garganta tensa mientras luchaba por contener las lágrimas—, en el que las dos partes no se conocen, puede acabar mal, tesoro. Pero sin importar lo que pase, tu padre te quiere mucho.

Svanhild parecía confundida.

—Pero casi todos los matrimonios se arreglan entre un hombre y una mujer que no se conocen.

Sin dudas, corrían tiempos muy diferentes a los de Holly. Si hubiera nacido en la época de los vikingos, la habrían casado con alguien, y su marido no habría tenido la opción de abandonarla. No se habría preguntado qué iba mal con ella como para que todos los hombres con los que tenía una relación cercana se marcharan.

Para bien o para mal, estaba a punto de casarse. Había esperado con ansias ese día desde que era pequeña. Pero ¿no era irónico que el único motivo por el que se casaba con Einar fuera para abandonarlo?

—Vamos —dijo Holly y se enderezó la corona en la cabeza con las manos temblorosas.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Svanhild mientras comenzaban a caminar hacia la puerta.

Holly tomó una profunda bocanada de aire y exhaló para intentar aliviar la tensión que le oprimía los pulmones y las vías respiratorias.

—Creo que sí.

—¿Por qué te gusta mi padre? ¿O porque le temes?

Holly sacudió las manos para que le dejaran de temblar. Era una buena pregunta. ¿Por qué estaba tan nerviosa? A lo mejor era una tonta, pero estaba nerviosa porque Einar la hacía sentir como si el sol brillara solo sobre ella. Cuando la rescató de Thorir, cuando se aseguró de que sanara, cuando hablaron y trabajaron juntos en el jardín y, también, cuando por fin la besó. Era amable, grande y valiente, y la hacía sentir como si el aire que respiraba tuviera más alegría y más vida que nunca antes. La hacía olvidar que había algo mal en ella. Estaba nerviosa porque se iba a casar. Estaba nerviosa porque en lo más profundo de su ser detestaba tener que tomar una decisión entre regresar a casa y casarse con el hombre que en realidad le gustaba. Tenía miedo de provocarse dolor a sí misma al abandonar a un hombre y una niña por los que se preocupaba mucho.

Einar era un padre soltero con una hija maravillosa, y no solo era un hombre apuesto que la hacía estremecer de la forma más deliciosa que se podía concebir, sino que también era una persona a la que admiraba: era fuerte y dedicado y estaba dispuesto a arriesgarlo todo por su gente. Era un hombre de honor y fortaleza. Un verdadero líder.

Y también estaba el beso… Nadie jamás la había besado de esa forma. Nadie la había hecho querer desnudarse y saltarle encima con tan solo un beso. ¿Qué ocurriría cuando estuvieran casados?

No, no podía acceder a acostarse con él. Tenía que controlarse. Sin importar lo bien que la besara, o lo cálida y moldeable que la hiciera sentir en sus fuertes brazos o lo excitada que se

pusiera al tener su cuerpo apretado contra el suyo, jamás permitiría que fueran más lejos de lo necesario para mantener las apariencias sociales. Quizás se podían dar un beso o sostenerse la mano.

Holly enderezó la espalda.

—No le temo a tu padre, Svanhild. ¿Y tú?

La niña se encogió de hombros.

—Quizás un poco. Sé que jamás me haría daño, pero no lo conozco. Es como un extraño que me cuida y me dice qué debo hacer.

Holly quería decirle algo, pero en ese momento llegaron a la puerta y la abrieron. Afuera, el pequeño sendero que concluía en el agua estaba cubierto de las mismas flores blancas pequeñas que llevaba en la corona y decoraban la casa. Más adelante, en el embarcadero, varios hombres, mujeres y niños alzaron la mirada para verla avanzar hacia ellos.

Holly buscó a Einar y no tardó en encontrarlo gracias a su figura alta e imponente que se paraba orgullosa sobre un *drakkar*. A su lado se encontraba Solver, que probablemente conduciría la ceremonia. Pudo ver que el barco también estaba decorado con flores.

El corazón le latía tan fuerte que creyó que le podría romper las costillas para escaparse del pecho. Los pies le temblaban. Pero cuando los ojos de Einar se posaron en los suyos, todo lo demás dejó de existir. Fue como si la tierra hubiera dejado de girar, el viento hubiera dejado de soplar y las personas hubieran dejado de respirar. Los nervios que había experimentado se le evaporaron del cuerpo y, en su lugar, se llenó de fuerza y confianza. Einar era una piedra, sus ojos se lo decían. Él la protegería. Siempre.

Holly no podía recordar cómo había llegado allí, pero pronto se detuvo frente al barco, y Einar la ayudó a subir. Sus dedos de piel cálida y callosa la envolvieron. Eran grandes y fuertes, y con una caricia le produjeron una ola de cosquilleos. Cuando se miraron a los ojos, Holly se dejó llevar hacia la profundidad tormentosa que guardaba su mirada.

En el momento en que se detuvieron frente al mástil, Solver les ofreció una sonrisa.

—¿Ves, Einar? Te lo dije. Escucha a Solver. Solver sabe.

—Hummm. —Einar produjo el sonido irónico y miró a Holly.

—Es tiempo de que los prometidos se sostengan las manos —instruyó Solver.

Einar tomó las dos manos de Holly. El bote se inclinó bajo sus pies, pero no supo si se debió a una ola o al roce de su prometido. Solver les envolvió las manos con una toalla de lino blanca bordada con runas y decoraciones vikingas.

—Esta toalla es el símbolo de los lazos que los unirán para siempre —comenzó el escaldo—. Frente a los dioses y a los hombres, bendigamos la unión de Einar y Holly y deseémosles un matrimonio largo, próspero y fértil.

¿Acaso había dicho fértil? Holly se ruborizó. Se le formó un nudo en el estómago. Lo más probable era que fuera una mujer infértil; aunque nada le habría gustado más que dar a luz. Einar debía volver a casarse luego de que ella se marchara si terminaba teniendo tres hijos. Pero cuando lo miró, todos los pensamientos se evaporaron. La conexión que se había formado entre ellos había desaparecido. Y los ojos de su prometido estaban fríos como el hielo y reflejaban pánico.

¿Qué había pasado? Holly negó con la cabeza. No debería importarle. Al fin y al cabo, ese matrimonio jamás sería largo ni fértil. Quizás, él también acababa de recordarlo.

—¿Tenemos una cerda a la que sacrificar para recibir las bendiciones de Freyja? —le preguntó Solver a Einar.

—No —repuso Einar con un duro tono de voz—. Eso no hace falta. Dudo que Freyja nos

bendiga con niños.

El comentario fue como si la hubiera atravesado con un cuchillo. ¿Cómo sabía que no podía tener hijos?

—Como quieras —se limitó a reponer Solver—. En ese caso, pueden intercambiar los votos.

—No tengo ningún voto —dijo Einar.

A Holly se le hundió el corazón. A pesar de que el matrimonio sería corto, eso le dolía. Quería que a él le importara. Y eso solo le decía que, una vez más, un hombre no la quería. Solo era un medio para lograr un fin.

El dolor familiar del rechazo la aplastó. Oyó la voz de su madre diciéndole: «Te lo dije. Nadie se interesará en ti si te comportas de este modo. Si eres demasiado obstinada y fuerte. Ningún hombre quiere a una mujer terca e independiente».

—Yo tampoco diré ningún voto —repuso Holly intentando parpadear para contener las lágrimas.

Incómodo, Solver bajó la mirada a los pies.

—En ese caso, es el momento de intercambiar los anillos y casarlos. Creo que hay una espada, ¿no, Einar?

Einar tosió.

—Sí, así es. —Caminó hacia el banco más cercano y tomó una espada hermosa con las dos manos. Sobre la hoja, yacían dos anillos—. Esta espada les perteneció a mis ancestros —explicó cuando regresó frente a Holly—. Por lo general se le da a la novia para que se la dé a sus hijos cuando puedan sostenerla. Se quedará en la familia. La novia suele darle al novio la espada de su padre. Pero entiendo que has venido sin ninguna posesión, de modo que esta espada cumplirá los dos papeles.

Solver asintió con la cabeza y tomó los anillos mientras Einar le colocaba la espada sobre las palmas abiertas a Holly, que respiró con dificultad, abrumada por la importancia del momento.

—¿Qué hago? —preguntó en un susurro.

—Di: «Acepto esta espada para nuestros futuros hijos» —la instruyó Solver con un guiño de ojo.

A Holly le pareció oír que Einar apretaba los dientes. Alzó el mentón. Jamás tendrían hijos:

—Acepto esta espada para nuestros futuros hijos —dijo con la voz fuerte. Solver se rio. Parecía ser el que más estaba disfrutando de esa ceremonia.

—Déjala sobre el banco, Holly. Ahora intercambiarán los anillos.

Holly hizo lo que le dijo el escaldo y se volvió hacia Einar. Solver sostuvo los dos anillos en la palma de la mano. Eran anillos de plata sencillos con unos patrones vikingos grabados alrededor de la circunferencia. Einar tomó el más pequeño y sostuvo la mano izquierda de Holly. Con una delicadeza que la sorprendió, le deslizó el anillo en el dedo.

—Te tomo como esposa —dijo Einar con una voz aterciopelada, baja e íntima.

Le hizo eco en todo el cuerpo y le produjo un anhelo doloroso en el vientre. Se le aceleró el pulso en la sien. Holly tomó el anillo grande con las manos temblorosas. Sostuvo la palma gigante de Einar y sintió que el calor que manaba de ella le quemaba la mano fría de manera agradable.

—Te tomo como esposo, Einar —le dijo antes de deslizarle el anillo por el dedo.

Einar le tomó la otra mano y permanecieron de pie sin dejar de mirarse a los ojos.

—¡Delante de los dioses y de los hombres, los declaro marido y mujer! —tronó Solver. La voz viajó por el agua, y la multitud de personas irrumpió en vítores. Holly tenía la respiración tan acelerada que pensó que le iba a estallar el pecho. Estaba casada. Con Einar—. ¡Besa a la novia,

Einar! —exclamó Solver con una sonrisa enorme en el rostro y alzando los puños en el aire.

—Será un placer hacerlo —repuso Einar. Le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia su cuerpo y le selló la boca con la suya.

Mientras se hundía en el mar de tortura deliciosa que le infligía la boca de su marido, a Holly le empezó a dar vueltas la cabeza y se le debilitaron las extremidades.

Acababa de cumplir uno de los sueños de toda su vida. Se había casado.

Pero no se parecía a nada de lo que pudiera haber imaginado. Y por más delicioso que fuera el beso de Einar, no podía dejar de pensar que ese sueño bien podría convertirse en una pesadilla.

CAPÍTULO
OCHO

—Ni se te ocurra pensar que deseo esto más de lo que tú lo deseas —le aclaró Holly hablando con los dientes apretados.

Estaba sentada al lado de Einar en la mesa de los novios. En el salón se oían las voces de los invitados y se sentían los aromas a comida e hidromiel. El banquete había durado todo el día y ya había caído la noche. Einar se alegraba de ver a su gente celebrando, con los rostros iluminados y los ojos un poco nublados.

—Oh, pues, yo pretendo disfrutar este matrimonio a pleno —señaló Einar.

Estaba enfadado por sentir alegría de haberse casado con Holly. La atmósfera que lo rodeaba era jovial, completamente todo lo opuesto al conflicto que rugía en su interior, y de vez en cuando alguien se ponía de pie y proclamaba un brindis para bendecir a los recién casados. Svanhild estaba sentada al lado de Einar y jugaba con el gato, dándole de comer pequeños trozos de carne asada de su plato.

—¿Qué quieres decir con eso? —Holly lo miró con una máscara de preocupación en el rostro.

—Hasta que te marches, eres mi esposa. Y yo tu marido. Y planeo saborear lo que ocurre entre una pareja casada en la habitación.

A Holly se le abrió la boca, y Einar tomó un momento para disfrutar de la expresión estupefacta.

—Te puedes ir olvidando de eso —le susurró.

—Ya veremos —repuso Einar. No la obligaría a nada, pero considerando que le respondía los besos como el fuego a la leña, sabía que lo deseaba. Y su cuerpo anhelaba continuar lo que habían comenzado la otra vez.

—Svanhild, deja de alimentar al gato en la mesa —regañó a la niña—. Le estás enseñando a pedir comida cada vez que comes.

—Pero tiene hambre.

—Debe aprender que tiene su propio lugar para comer —le dijo—. Allí, al lado de la puerta.

Svanhild bajó el rostro, y Einar sintió pesar y arrepentimiento por ser tan duro con su hija. Suponía que podría haberle dicho lo mismo de otra manera, pero la tensión que llevaba dentro lo había hecho explotar. Estaba enfadado por haber llevado a cabo un casamiento que no deseaba. Además, lo aterraba disfrutar tanto la idea de que Holly le perteneciera y estaba irritado por desearla. Todo eso le hervía en el interior y constituía una mezcla peligrosa. Movió un pie bajo la mesa y se bebió una copa de hidromiel tras otra porque no podía tolerar la idea de comer algo.

—Debes ser más estricta con él. Es por su propio bien —le dijo Einar intentando usar un tono de voz más suave.

—Sí, padre —respondió la niña antes de llevarse al gato.

Solver, que estaba sentado al lado de Holly, se puso de pie.

—Esta boda no es nada común —comenzó el escaldo—. Como la novia no tuvo a ningún familiar a su lado, no se hizo la tradicional carrera al gran salón. Nunca sabremos si tu familia habría servido hidromiel durante toda la celebración, Holly. Nunca sabremos cómo sabe el hidromiel de la novia que se habría servido durante todo el mes. Pero sabemos que, aunque no se conocen hace mucho, Einar está listo para iniciar la noche de bodas ya mismo.

Todos los presentes irrumpieron en risas y soltaron aullidos de lobos. Einar apretó los puños sobre la mesa, y Holly bajó la mirada.

—Pero como soy un escaldo —continuó Solver—, me gustaría contar una historia que podría inspirar algo de ánimo para su futuro.

Caminó de la mesa hacia el medio de la sala para que todos pudieran verlo y oírlo.

—A veces, las nornas tejen curiosos destinos para nosotros y, al principio, creemos que es lo peor que nos podría suceder. No hace mucho tiempo, visité a un *jarl* en Noruega, Sigurd Randversson. Está felizmente casado con una mujer que se llama Donna.

Einar vio que Holly se inclinaba hacia adelante.

—Tienen una fortaleza poderosa, una aldea próspera y dos hijas jóvenes. Las mujeres allí tienen el mismo derecho a expresar su opinión en todos los asuntos que los hombres. También luchan al lado de ellos si un enemigo ataca. Al principio, Sigurd pensó que Donna era una diosa, pero resultó ser que su esposa había viajado en el tiempo; una norna la había enviado del futuro.

Holly soltó un jadeo y, sin mirar a Einar, le sujetó la mano por encima de la mesa.

—Hay otras más —susurró con los ojos abiertos de par en par.

—Eso es solo un cuento —gruñó Einar, aunque sintió una agradable sensación en el punto en que le tocaba la piel.

—¿Hay otras? —preguntó Holly—. ¿Hay más mujeres que hayan viajado en el tiempo?

Solver la miró con ojos taimados.

—Sí. Conocí al *jarl* Kolbjorn y a su esposa, Rachel. Al *jarl* Hakon y su esposa, Mia. Y he oído rumores del *jarl* Andor y su esposa, Cathy, pero aún no los he visitado. —Esbozó una sonrisa simple—. Puede que conozca a más viajeras en el tiempo.

Holly se volvió hacia Einar.

—¿Ves? Te lo dije.

Einar negó con la cabeza.

—Solver es un escaldo. Su deber es contar historias para que la gente las recuerde.

Holly comenzó a decir algo, pero Solver la interrumpió.

—Y ahora creo que es el momento de acompañar a los recién casados a la cama matrimonial para asegurarnos de que consuman el matrimonio.

A Holly se le agrandaron los ojos de par en par y retiró la mano de inmediato.



HOLLY no lo pudo creer cuando Einar se puso de pie completamente sereno y la ayudó a levantarse. Solver y unos diez hombres más también se incorporaron. Sostenían copas de hidromiel en las manos y aullaban como lobos mientras seguían a Einar y Holly hacia la habitación.

—¿No estarán pensando que nos verán tener sexo en serio? —le preguntó Holly a Einar al tiempo que se soltaba de su codo.

—Claro que sí —repuso Einar sin siquiera mosquearse—. Si no ¿cómo se van a asegurar de que se consume el matrimonio?

En la recámara, todas las lámparas estaban encendidas y unas flores blancas cubrían las pieles. El aroma a lavanda y sábanas limpias permeaba el aire. Einar condujo a Holly al centro de la habitación y aguardó hasta que terminaron de entrar todos.

—Bueno, caballeros, no sé para qué vinieron porque no permitiré que ni él ni nadie más me toque —les aseguró Holly.

Los hombres irrumpieron en carcajadas.

—Tiene buen sentido de humor —le dijo Solver a Einar.

—No es ninguna broma —dijo Holly.

A Solver se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Acaso no deseas este matrimonio? Entonces, ¿para qué accediste a la ceremonia?

Holly se puso pálida.

—¿Cómo dices?

—Si el matrimonio no se consuma, no es válido —le explicó Einar apretando los dientes—. Si me rechazas, todo esto será en vano.

Holly tragó saliva y tomó una profunda bocanada de aire.

—Ah.

No se iba a acostar con él. En especial si había gente mirándolos. No cabían dudas de que estaba muy fuera de lugar entre esos vikingos si todo eso les parecía bien. ¿Y las mujeres que había mencionado Solver antes? ¿Donna, Rachel, Mia y Cathy? Si habían viajado en el tiempo y se habían casado con vikingos, ¿también habrían tenido que hacer eso? No, no importaba. Ella no lo haría.

Se volvió hacia Einar con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas sonrosadas y le susurró:

—Einar, si quieres que el matrimonio sea válido, por favor pídeles que se marchen. No bromeo. Por favor, hazlo por mí. No puedo…

Einar la miró a los ojos, y el granito que reflejaban los suyos se suavizó. Le alzó el mentón con suavidad y le dio un beso en la coronilla. El sorprendente gesto le resultó dulce y reconfortante.

—Está bien, Holly. No te preocupes. Todo está bien —le dijo, y la tensión que le había pesado como un peñasco sobre los hombros se disipó. Él la protegía. Aunque eso iba en contra de las reglas de su cultura, la protegía.

Luego se volvió hacia los hombres.

—Deben marcharse, Solver. El matrimonio se consumará, pero luego de que se marchen.

Los hombres protestaron algo ebrios.

—Mi esposa es de Sutherland. Allí hacen las cosas de otra manera. Y no consumará el matrimonio hasta que estemos a solas.

Solver asintió con la cabeza.

—De acuerdo. De todos modos, no hay nada típico en esta boda. ¿Me das tu palabra?

Einar le sostuvo la mirada durante un largo instante y luego asintió con la cabeza.

—Bueno, vámonos.

Solver condujo a los hombres afuera y cuando cerró la puerta a sus espaldas, Holly se quedó a solas con Einar.

Antes había sentido calor por la vergüenza y el temor que se habían apoderado de ella y hervido en su interior, pero ahora sentía como si la temperatura de la habitación hubiera subido a un nuevo nivel. Einar se cruzó de brazos y la miró con esos ojos poderosos.

—Nada ni nadie te hará daño ni hará nada en contra de tu voluntad mientras pueda evitarlo —le aseguró—. ¿Entiendes?

Holly se rio.

—Excepto que me mantendrás cautiva en tu isla.

—Ya sabes los motivos por los que lo hago. No es para retenerte aquí.

Holly asintió. Luego exhaló profundamente para intentar quitarse la tensión que le provocaba la presencia de Einar.

—Además, pronto te marcharás —añadió con la voz ronca.

A Holly se le cerró la garganta.

—¿Quieres un poco de hidromiel? —Con la cabeza, señaló la jarra y las dos copas que había sobre una mesa pequeña.

—No —repuso—. He estado bebiendo todo el día.

Einar se veía hermoso con la túnica blanca, que le caía por los músculos entallados del pecho y le envolvía los brazos fuertes. Un cinturón rojo le abrazaba la cintura y le resaltaba las caderas angostas. Tenía las piernas largas separadas, formando una pose orgullosa, y llevaba puestas unas suaves botas de cuero. Se había peinado el cabello. Tenía una mirada oscura e intensa. El aire en la habitación se tornó más denso, como si una nube invisible cargada de electricidad se hubiera materializado entre ellos. Holly no se podía mover ni decir nada. De lo contrario, corría el riesgo de ceder y salir volando hacia sus brazos. Y entonces estaría irremediablemente perdida…

—No te voy a mentir, Holly —dijo—. Te deseo. Eres mi esposa. Y tengo todo el derecho a hacerte mía esta noche.

Dio un paso hacia ella, y Holly abrió la boca anonadada, porque esas palabras hicieron que la mente le diera vueltas como un carrusel.

—No haré nada que no quieras —siguió—, pero déjame intentar persuadirte.

Dio otro paso y le sujetó la mano con la suya. La piel cálida y seca de los dedos la abrasó, el más mínimo roce le resultaba estimulante y hacía que el estómago le diera un vuelco.

¿Y si esa era la única noche de bodas que tendría? ¿Estaría tan mal acostarse con su marido? Considerando su pasado con los hombres, era probable que nunca más tuviera otra noche de bodas.

Y en ese instante se encontraba delante del hombre más apuesto que había conocido. No solo eso, sino que también era un hombre amable y responsable, un hombre cuyo cuerpo hacía que el corazón dejara de latirle en el pecho… Y la deseaba. Además, no había ningún riesgo de que la abandonara porque ella lo dejaría a él pronto.

No podía negar que ella también deseaba eso. Lo deseaba tanto que los pezones le dolían de solo pensar en sentir sus labios y sus manos sobre su cuerpo, y a él en su interior.

—Está bien —le dijo—. Inténtalo.

CAPÍTULO
NUEVE

Las comisuras de la boca se le curvaron cuando soltó una carcajada relajada y pícara que a Holly le derritió las entrañas como si no fueran más que mantequilla. Le tomó la mano y se la acercó al cuerpo mientras le envolvía la cintura con el otro brazo para aplastarla contra su pecho. La presión del cuerpo duro contra el suyo hizo que se le endurecieran los pezones.

Oh, cielos, olía tan bien: a cuero, lino y piel limpia… y a Holly le comenzó a latir el corazón desbocado.

—Te vas a desvestir —le dijo—. Y luego te haré mía. Y me dirás si quieres que te lo haga despacio y suave… o duro. —La voz ronroneaba y le hizo eco en el pecho como el rugido distante de una tormenta que se avecina—. Di que sí.

—Sí —logró decir antes de quedarse sin aliento.

Entonces la besó. Al principio, sus labios fueron suaves e inquisitivos. Le mordisqueó el labio inferior, y lo sintió cálido y aterciopelado. Luego, con dulzura, utilizó la lengua para separarle los labios y comenzó a envolverla con caricias profundas y cálidas.

El beso era como un *whisky* escocés caro, añejo y ahumado. Tenía tantas notas de fondo y tantos sabores, que quiso más. Le pasó los brazos por el cuello y se lo acercó más. El sabor, el olor y la sensación de él le hicieron sentir un estremecimiento en todo el cuerpo.

Einar se la acercó aún más y le recorrió la espalda con las manos antes de enterrarle una mano en el cabello y hacerle ladear la cabeza. Interrumpió el beso para recorrerle el mentón con los labios e ir bajando por el cuello sin dejar de darle besos suaves y húmedos. La barba corta le producía picor en la piel sensible.

Le sujetó el borde del atuendo, cerró el puño y le dijo:

—Quítatelo antes de que lo haga añicos.

A Holly se le infló el pecho. Nadie jamás se había mostrado tan autoritario con ella. Ella solía ser la que impartía órdenes todo el día, y eso podría haberse extendido a la habitación también.

La posesividad y el control de Einar, así como también la intensidad de su voz y su mirada de predador la aplastaron como una ola de desorientación agradable. Fue como si le hubiera desatado alguna especie de amarre en el interior. Holly comenzó a suavizarse y a abrirse.

Soltó los broches del atuendo y permitió que el vestido se le deslizara por el cuerpo y le cayera a los pies. Luego desató los lazos que mantenían la túnica interior en la base del cuello y se la bajó por los hombros.

Se detuvo. Estaba a punto de quedarse en ropa interior delante de Einar, y entonces no habría vuelta atrás. Sintió como si se encontrara en el borde del Gran Cañón, con el viento soplando a su alrededor, y la arena y las piedras moviéndose debajo de sus pies. Si daba un paso en falso, desaparecería.

Algo hueco y pesado le dolía en el centro del cuerpo. Algo anhelante y caliente. Lo deseaba mucho. Solo sería durante unos días. No le daría el poder de herirla o de rechazarla.

Decidida, tomó una profunda bocanada de aire y se bajó una de las tiras de la túnica y luego la otra. Observó los ojos de Einar que se oscurecían mientras se deslizaba la túnica por el cuerpo hasta dejarla caer sobre el vestido. Le recorrió cada centímetro de piel con la mirada brillante como quien acaba de ver un amanecer por primera vez en la vida.

—Qué hermosa eres, Holly —dijo casi en un susurro.

Tomó un paso hacia ella y le acarició los hombros con suavidad antes de recorrerle los brazos y hacerle sentir calor. Luego le tocó las caderas y, sin decir nada, le apoyó las manos en el trasero y la levantó para que le pasara las piernas por la cintura mientras la llevaba hasta la cama.

El gesto fue muy candente e inesperado. A través de la tela delgada de la ropa interior, su sexo rozó el lino de la túnica y los músculos duros del estómago de Einar. Sintió el cuerpo ancho entre las caderas y pudo anticipar cómo sería tenerlo encima de ella, entre sus piernas.

Einar la recostó sobre la cama, y se hundió en la suavidad afelpada de las pieles.

—¿Cómo me quieres? —le preguntó.

Al oírlo, se quedó sin aliento. ¿Cómo podía ser tan posesivo y a la vez darle todo el control?

—Duro —le dijo. Quería sentir su peso sobre ella, sus muslos frotándose contra su cuerpo y a él enterrándose en su interior—. Te deseo…

—Estoy para complacerte —murmuró y se quitó la túnica. Holly se mordió el labio al tiempo que observaba ese cuerpo glorioso, alto, de hombros anchos y caderas angostas, hecho de músculos duros. Se arrodilló delante de la cama y se acomodó entre sus piernas. Le sujetó las caderas y la hizo volverse hacia él. Acto seguido, le acarició las caras internas de los muslos con las manos y se fue deslizando con lentitud al tiempo que le masajeaba la carne. Sintió una ola de calor y excitación que le recorrió toda la longitud de las piernas hasta los dedos de los pies.

Cuando llegó a la ropa interior, se detuvo.

—Qué prenda más extraña. —La observó con curiosidad antes de hacer la tela a un lado. A Holly se le estremecieron los músculos internos en anticipación a sus caricias. Con delicadeza le separó los pliegues y le selló el sexo con la boca.

Holly soltó un jadeo y arqueó la espalda. Cerró las manos sobre las pieles. Un escalofrío la recorrió entera. La piel le ardía como si se la hubiera prendido fuego.

—¡Einar, oh, Einar! —gimió—. ¡Oh, por Dios!

Einar siguió jugando con ella. Cuando le deslizó un dedo en el interior, Holly perdió la razón y se dejó llevar por el juego cadente que habían comenzado. Se le cerraron los músculos alrededor de él, le hirvió la sangre, y sintió los pulmones demasiado pequeños como para poder respirar. No sabía si había empezado a gemir, porque solo oía los gruñidos de Einar que le hacían eco en todo el cuerpo.

Holly comenzó a frotarse contra su boca y a mover las caderas en un pequeño baile circular al tiempo que respiraba agitada y gemía. Estaba cerca. Estaba a punto de…

Pero Einar se detuvo y se apartó.

—Por Odín y Freyja, ¿qué me haces? —masculló al tiempo que se abría los pantalones.

Tenía un bulto enorme entre las piernas y cuando se bajó los pantalones, la larga y gruesa erección saltó hacia arriba. Se veía tan deliciosa, que a Holly le dolieron los músculos.

—Te haré mía —le dijo arrodillándose sobre la cama y acomodándose entre sus piernas. Le deslizó la ropa interior por las piernas y la arrojó al suelo—. Ahora mismo.

—Oh, sí, hazme tuya —le susurró. Su cuerpo pequeño y femenino estaba listo para recibirlo.

Le pasó las manos por el pecho duro, por el estómago y luego las volvió a subir para

enterrárselas en el cabello… Tenía un cabello suave y algo rizado.

Einar la volvió a besar, la reclamó con voracidad, con el aliento entrecortado y la respiración agitada. Le frotó la erección contra la entrada humedecida. Holly le pasó las piernas por la cintura y le clavó los talones en las nalgas duras como piedras para instarlo a penetrarla.

Y entonces, con un solo movimiento, la invadió, la estiró y la abrió para enterrarse en lo más profundo de ella. Holly soltó un jadeo y se arqueó para sentir el placer que la recorría como la marea. Einar se retiró despacio y comenzó a embestirle las caderas hasta arrancarle un gemido de placer que le nació en el estómago y le subió hasta la garganta. La volvió a embestir una y otra vez. Sin cesar.

Se arrodilló y le tomó las caderas para no separarse de ella y se las subió hasta que le quedaron más elevadas que el pecho. Se volvió a hundir en su interior sin quitarle los ojos de encima. Era como si la estuviera devorando por completo, con los ojos y con el cuerpo. Estaba disfrutando de tenerla para su placer, y, sin embargo, había algo en su mirada… una especie de dolor o preocupación. Era como si se estuviera conteniendo.

—No te contengas —gimió Holly al tiempo que alzaba las caderas para recibir otra embestida.

Le llevó una mano al clítoris y se lo acarició con delicadeza. Holly sintió una sacudida dulce, y cuando los músculos internos se tensaron alrededor del miembro, supo que estaba a punto de acabar.

—Te gusta eso, brujita —le gruñó ladeando la cabeza al tiempo que le acariciaba el clítoris con los dedos y se valía de la otra mano para mantenerla en su sitio.

La embistió más rápido y más fuerte, y Holly supo que él también estaba al borde del abismo.

La tensión y la pesadez aumentó hasta volverse casi insoportable, y el calor se le extendió por todo el cuerpo.

—Oh, Einar, estoy…

El orgasmo la arrasó como un tornado, la envolvió en una vorágine como si no fuera más que una hoja en el viento. Los músculos internos se le tensaron al tiempo que lo seguía albergando en su interior.

—Oh, Holly —susurró con la voz ronca—. Aguarda… Maldición…

La sujetó con las dos manos y la embistió hacia su cuerpo al tiempo que se retorcía y emitía gruñidos guturales y profundos.

Mientras Holly se seguía estremeciendo del placer, Einar se desmoronó sobre ella y continuó embistiéndola hasta derramar las últimas gotas de su semilla en su interior. Las olas de tensión que recorrían a Holly habían disminuido en intensidad, y lo envolvió con los brazos y las piernas para acercárselo más. Einar le enterró el rostro en el cabello, y Holly sintió la respiración agitada y cálida contra la piel. Los dos estaban sudados, pero a ninguno le importó. Holly aceptaría ese sudor todos los días, varias veces al día.

Exhaló despacio y sonrió deseando acurrucarse con su marido.

Su marido. Estaba viviendo un sueño extraño y conflictivo que de momento le producía felicidad. Era como si estuviera jugando un juego de roles. Un juego de roles que había comenzado a disfrutar mucho. Acababa de hacer el amor con su marido…

Einar se incorporó sobre las rodillas, y Holly abrió la boca para decir que esperaba con ansias pasar cada noche del mismo modo hasta el último día que pasara allí, pero le vio el rostro y calló: llevaba una máscara de piedra, tenía los ojos oscuros y la boca apretada en una línea tensa. Ni siquiera la miró a los ojos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Holly.

—Tú —escupió. Y cuando la miró a los ojos, los de Einar echaban chispas.

Holly se sintió frágil y desprotegida y tuvo el impulso de cubrirse.

—¿Qué he hecho?

—Me has dejado derramar mi semilla en ti.

Holly se incorporó sobre la cama.

—No te obligué a hacerlo.

—Sí, fuiste demasiado dulce, demasiado buena en mis brazos. Me hechizaste. No he derramado mi semilla en ninguna mujer desde que mi esposa falleció. He jurado que no quiero más niños.

Holly se puso de pie y fue a buscar sus prendas. Como necesitaba protegerse física y emocionalmente, se colocó el atuendo. Había sido tan tonta. «Marido». No era más que un desconocido.

—No lo sabía. Me lo deberías haber dicho. Además, no te obligué a acabar en mi interior. Si lo hubiera sabido, te lo hubiera dicho o te hubiera ayudado de alguna manera.

Einar negó con la cabeza.

—Fue demasiado bueno. No me pude controlar. Siempre me controlo.

Holly se sentó sobre la cama deseando ofrecerle consuelo. Einar seguía desnudo, sentado sin vergüenza alguna en toda su gloria. Se le secó la garganta al verlo.

—Mira, Einar —comenzó—, si te preocupa que quede embarazada, olvídalo. Lo más probable es que no sea capaz de tener hijos.

Al decirlas en voz alta, las palabras le supieron como un peñasco que la aplastaba. La voz debió haber dejado traslucir su dolor, porque Einar la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he intentado… muchas veces. Con inseminación, doctores y todo eso. Son técnicas más eficaces que el sexo. Y, a pesar de todo, no pasó nada.

Einar soltó un suspiro, se puso de pie y comenzó a vestirse.

—Puede que sea lo mejor —dijo antes de salir de la habitación.

—¿Qué? —preguntó Holly, pero la puerta ya se había cerrado.

CAPÍTULO
DIEZ

Tras dejar a Holly en la habitación, Einar le informó a Solver que el matrimonio había sido consumado. La información interrumpió la canción ebria del escaldo y causó una erupción de vítores y aullidos en la habitación.

—¡Su jefe será *jarl*! —exclamó Solver por encima del ruido—. ¡El *jarl* Einar de las Orcadas!

Su gente brindó con los cuernos y copas de hidromiel, soltó gritos y saltó de alegría. Sin embargo, Einar no se pudo unir a la celebración y salió del salón ignorando las protestas débiles que terminaron ahogadas por los festejos.

Lo cierto era que podía acabar de condenar a Holly a morir en un parto, al igual que a su futuro hijo, cuando se había prometido que jamás volvería a hacerlo.

Hacía una noche fresca, pero el aire frígido era justo lo que necesitaba para enfriar los pensamientos. Desde el oeste, la línea del horizonte que se veía sobre el mar aún brillaba con los tonos opacos de rosas, violetas y naranjas. Mientras Einar caminaba por la aldea en penumbras, inhaló los aromas a comida e hidromiel que se iban desvaneciendo al tiempo que en el aire empezaban a reinar los aromas a césped, mar y tierra húmeda. A una corta distancia de la aldea, vio un rebaño de ovejas que durante el día había estado pastando sobre la pendiente de una colina alta y ahora dormía. Un perro pastor le ladró mientras se aproximaba, pero comenzó a mover la cola al reconocerlo y volvió a descansar. Las ovejas siguieron durmiendo sin percatarse de nada. A su alrededor, se oían los cantos de los grillos, y los zumbidos de varias moscas y mosquitos que volaban en círculos.

Esa compañía le haría bien. A lo mejor se quedaría dormido, pero lo dudaba. Se acomodó en el césped y miró el horizonte durante un instante prolongado antes de recostarse de espalda y clavar la mirada en el infinito cielo cubierto de estrellas.

¿Sería esa la ciudad de Asgard, el mundo donde vivían los dioses, donde el salón del Valhalla aguardaba a los valientes? ¿Podría Odín verlo desde allí? ¿Y Freyja? ¿Sería la diosa del amor quien lo había poseído esa noche para que acabara dentro de Holly?

Einar buscó otra explicación para entender por qué no se había podido controlar, por qué no había podido contenerse cuando durante los últimos ocho años lo había hecho sin ningún problema con otras mujeres. A menos que la respuesta no fuera la diosa Freyja, ni la magia de Holly, ni nada sobrenatural. La respuesta era que Holly era demasiado dulce, y él no había querido detenerse. Le había encantado sumergirse en ella una y otra vez. Le encajaba como una buena vaina. Y se había sentido como si estuviera haciendo el amor en el reino de los elfos y los dioses, y no en Midgard, en una cama de madera en una simple casa. Había sido como hacerle el amor a una diosa. Se sintió mejor que el hidromiel, mejor que un cerdo recién asado utilizando la receta de su madre. Había sido mejor que inhalar el aroma de una cosecha fresca. Y no se pudo

detener.

A pesar de que había sido su error, Holly podría ser quien pagara por él con su vida.

Einar buscó los tres dijes que le colgaban del cuello. Uno era un Mjölnir de plata, el martillo de Thor que todos los nórdicos llevaban para protegerse. El segundo era un gato tallado en el colmillo de una morsa y era el dije que le había regalado Agdis. El gato era un símbolo del hogar, de una casa donde reinaba la paz. Agdis le había dicho que era para que siempre regresara a casa con ella. El tercero era una runa tallada en el centro de un círculo en el tronco de un abedul. Era ᚹ, *wunjo*, que significaba «alegría». La había tallado el día en que nació Svanhild porque nunca en la vida había sentido una felicidad tan abrumante como cuando sostuvo a su hija envuelta en una pequeña manta. Fue como si hubiera estado listo para abrazar al mundo entero.

Al tocar el metal, el hueso y la madera con los dedos se tranquilizó. Fue como si pudiera absorber la fuerza y el apoyo que simbolizaban y despejarse la cabeza de Holly.

Detestaba saber que se marcharía y nunca sabría si había muerto o si tendría otro niño. Pero lo peor de todo era que no quería dejar de hacerle el amor. De hablar con ella. De observarla hablar con Svanhild. De mirarla a los ojos y sentir que todo a su alrededor dejaba de existir.

Einar se pasó toda la noche recostado intentando dormir con desesperación. Pero al igual que la mayoría de las noches en los últimos ocho años, el sueño lo evadía. Cuando por fin cerró los ojos antes del amanecer, los pastores llegaron para despertarlo con sus voces. Se incorporó para regresar a la casa y los sorprendió.

De seguro, la casa apestaría a hidromiel derramada y el sudor de la gente que dormía en una sala cerrada. Sin embargo, no llegó a la casa porque su esposa comenzó a marchar hacia él a un paso determinado y casi enfadado y con sus extrañas prendas de hombre puestas.

Se detuvo delante de él con el rostro pálido y hermoso y unos círculos oscuros debajo de los ojos. Era probable que ella tampoco hubiera dormido mucho más que él. Al verlo, frunció el mentón.

—Por fin te encuentro —espetó—. Te estuve buscando por todos lados. ¿Dónde estabas, marido?

Pronunció la última palabra con amargura, que la voz se le estremeció y casi se le quebró. ¿Acaso le había dolido que la dejara sola? El pensamiento le resultó perturbador, y apretó los labios para formar una línea tensa. No debería importarle si se sentía lastimada o feliz. Ese matrimonio no era real y acabaría pronto.

—¿Me echaste de menos en la cama, esposa? —le preguntó intentando ocultar el aguijonazo de la culpa.

—Sí —le respondió.

Einar parpadeó. No había esperado escucharla responder eso.

—Pero solo porque quería asegurarme de que estuvieras vivo, de que no te hubieras ahogado en hidromiel o de que los lobos no te hubieran devorado vivo.

Einar soltó un suspiro de alivio. Durante un instante, había pensado que en realidad deseaba que se quedara con ella como lo haría cualquier marido. Pero eso era mejor. Era mejor imponer cierta distancia entre ellos.

—¿Qué querías? —le preguntó.

Holly alzó el mentón e intentó ocultar el dolor apenas perceptible que reflejaron sus ojos.

—He cumplido mi obligación. Me casé contigo. Consumamos el matrimonio. ¿Me puedes enviar a casa ahora?

No era de sorprender. No veía la hora de escaparse de él.

—¿Ahora?

—Sí, hoy.

—Te he dicho que después de que Solver se marche.

—Pues, dile que se marche hoy.

Einar negó con la cabeza.

—No puedo echar a un invitado si quiero ser un buen anfitrión. En especial si es un hombre que envió el rey.

Holly parpadeó, se cruzó de brazos y se golpeó un dedo contra el brazo.

—Entonces miente. Busca un motivo.

Einar la estudió durante varios instantes.

—¿Qué ha cambiado? Ayer estabas dispuesta a esperar a que se marchara.

Holly se sonrojó.

—Ayer pensé que estaba haciendo un trato con un hombre decente. Pero anoche me dejó sintiéndome como una toalla usada sobre la que se masturbó.

Al decirle eso, los ojos se le llenaron de lágrimas, y Einar tuvo que contener el impulso de envolverla en sus brazos y besarla.

—Y lo cierto es que no necesito otro hombre que me trate de ese modo. Por más que nunca vuelva a verlo.

Si Loki se tragara un trol podrido y lo expulsara, Einar no hubiera podido sentirse peor que esa excreción. Se había comportado de forma despreciable al abandonarla luego de lo que habían compartido. Un hombre honorable jamás hubiera tratado a nadie así, ni siquiera a una esclava. Mucho menos a su propia esposa.

Sin siquiera pensarlo, Einar alzó la mano para tomar la palma que Holly había escondido entre el brazo y el pecho. Tenía la piel fría y suave, como una piedra pulida.

—No fue mi intención hacerte sentir así, Holly. No eres ninguna toalla usada. Al ser mi esposa, me estás ayudado a mantener esta tierra y a esta gente a salvo. Te abandoné porque llevo un dolor en el corazón que no tiene nada que ver contigo.

Al oírlo, se le agrandaron los ojos y parpadeó varias veces.

Negó con la cabeza.

—Todos tenemos heridas en el corazón que no sanan bien.

Einar le cubrió la mano con las dos palmas.

—No puedo echar a Solver hasta que no decida marcharse. Y tú no te puedes ir antes de que se marche porque, de lo contrario, todo esto habría sido en vano.

Holly tomó una profunda bocanada de aire y se miró las manos que él le sostenía antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo. Pero debes prometerme que no volverás a comportarte como un patán. Y no te atrevas a desaparecer en medio de la noche.

Einar le soltó las manos. Las palabras le resultaron divertidas porque sonaba como una verdadera esposa.

—Mujer, aprende cuál es tu lugar —le dijo antes de darse media vuelta para dirigirse a la casa comunal. Holly lo siguió. La gente comenzaba a salir a la calle y los saludaba con rostros alegres y amistosos—. Te prometo que te trataré con honor mientras te lo merezcas. Pero no te daré ninguna explicación acerca de dónde me encuentro.

—¿Y dónde se supone que estabas? —le preguntó como si no hubiera oído las últimas palabras.

—Dormí con las ovejas.

—Pues, no duermas con las ovejas esta noche. Quédate en tu cama. Conmigo.

Einar asintió. En lo más profundo de su ser, añoraba estar en la misma cama que ella. Y se detestaba por eso.

CAPÍTULO

ONCE

2 5 de mayo

HOLLY SE DESPERTÓ enterrada bajo un brazo y una pierna cálidos como un horno y pesados como árboles. Aún estaba oscuro y tranquilo, por lo que debía de ser de noche, pero tenía la vejiga llena. Tenía que ir a la letrina que se encontraba en el exterior. Como no quería salir al frío, se acurrucó contra Einar, absorbió su peso e inhaló su aroma familia. Einar se movió en sueños y la abrazó.

Su marido. Bueno, en realidad solo estaba fingiendo. Jugaba al matrimonio como una niña. Oh, ¿estaba tan mal disfrutar tanto ese matrimonio?

Hacían el amor todas las noches, pero él nunca más acabó en su interior. Holly anhelaba que lo hiciera porque la satisfacción que le había producido el orgasmo compartido había sido trascendental. Quería más. Tenía comportamientos obsesivos, como el de terminar una caja de chocolates una vez abierta o el de mirarse una serie entera durante toda la noche a pesar de tener reuniones por la mañana. Pero ese deseo era mucho peor. Sin embargo, era su regla, y ella la respetaba.

Holly se retorció incómoda. Tenía que orinar. Miró a Einar, que dormía tranquilo, y con el rostro relajado y sin ninguna expresión severa, se veía más joven. Se contuvo de estirar la mano y pasarle las yemas de los dedos por el rostro.

Le había contado que sufría insomnio, pero Holly no había notado ningún indicio de eso. Desde que comenzaron a compartir la cama, solía encontrarlo dormido cuando se despertaba por la mañana. Tras abrir los ojos, solía apretarle la erección contra la cadera y le hacía cambiar de parecer en cuanto a detestar el sexo por la mañana.

Holly rodó para apartarse de sus brazos y se puso de pie antes de colocarse el atuendo de lino y salir de la recámara al gran salón donde varias personas dormían y respiraban profundo en sueños. Acurrucados en sus rincones, los invitados, los criados y Svanhild descansaban.

Holly se apresuró a salir. El cielo había comenzado a aclararse en el horizonte, y la gente de la aldea se despertaría en unas horas.

Tras salir de la letrina, oyó un crujido en el césped que la hizo congelarse y volverse. ¿Sería el viento? Entrecerró los ojos y miró hacia la colina oscura, donde divisó las siluetas grises de las ovejas que dormían. El día anterior las habían llevado más cerca de las casas para que tuvieran césped más fresco en el que pastar. Oyó otra vez el mismo crujido y un gemido de dolor seguido de un silencio profundo.

Y entonces los vio y se le congeló la sangre. Eran siluetas oscuras que acechaban entre el

rebaño de ovejas y avanzaban hacia la aldea. Y oyó los balidos molestos de algunos animales mientras las figuras los hacían a un lado.

Holly se agachó en el césped. Los hombres se estaban acercando a las casas. Veía las hachas y espadas que llevaban en las manos, y un destello de luz que se produjo cuando los hombres que encabezaban al grupo encendían unas antorchas.

Tenía que avisarle a Einar. Sin levantarse, se volvió y se escabulló hacia la casa rezando por que los atacantes no se percataran de su presencia.

Cuando llegó a la recámara, lo sacudió.

—¡Einar! ¡Einar!

Abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama sosteniendo una daga.

—¿Qué sucede?

—Creo que nos están atacando —le dijo en un susurro.

—¿Qué? ¿Qué has visto?

—Vi a un grupo de hombres muy cerca de la aldea. Van armados y llevan antorchas.

La expresión de Einar se endureció. Se incorporó de un salto y se subió los pantalones. Luego tomó el hacha y la espada.

—Son bandidos —dijo con los ojos grises casi negros en la penumbra de la habitación—. Les avisaré a los hombres. Quédate aquí.

Pero Holly no podía quedarse allí. Lo siguió con el corazón latiéndole desbocado y sintiendo el pulso en las orejas.

Einar se detuvo en el centro de la sala y dijo:

—Despierten. Nos atacan. —La voz sonaba alta pero tranquila y llegó a todas las esquinas. Todos se removieron y se despertaron—. Que las mujeres y los niños se queden dentro y los hombres tomen las armas y me sigan sin hacer ni el más mínimo ruido.

La habitación se llenó del susurro de las prendas y los roces metálicos de las armas mientras los hombres se vestían y se preparaban para luchar. Holly esperaba que las mujeres gritaran y los hombres maldijeran y escupieran. Pero esos vikingos no entraron en pánico. Hicieron lo que debían hacer, lo que el jefe les había instruido. La mayoría de las personas de su época hubiera temido un ataque. Pero ellos se mostraban tan fuertes y tranquilos como las piedras. Holly los respetó aún más.

Pero ¿Svanhild también estaba tranquila? Holly la encontró en su cama y se sentó a su lado. La niña estaba tensa y miraba a todos con los ojos abiertos de par en par. Era una niña fuerte y valiente. Holly le cubrió la mano con la suya para infundirle confianza.

Cuando los hombres salieron, Svanhild sacó las piernas de la cama y buscó el vestido.

—¿Qué haces? —le preguntó Holly—. Debemos quedarnos dentro.

—Mi gato, Loki —repuso la niña—. Debió haber huido. Tengo que encontrarlo.

—Svanhild, los hombres no están buscando robar un gato.

—Pero puede resultar herido en la batalla.

Ya vestida, se dirigió hacia la puerta sin volver a mirarla.

—¡Svanhild! —la llamó, pero la niña ya estaba afuera. Soltó una maldición por lo bajo y la siguió.

El día estaba mucho más claro, y Holly vio que los pastores llevaban a las ovejas al otro lado de la colina. Luego vio a Svanhild. En una parte alejada del camino, divisó a Einar acuclillado cerca de una casa rodeado de unos cuarenta o cincuenta hombres con los que hablaba en voz baja. Seguía con el pecho descubierto, y a Holly se le estrechó el corazón al ver la vulnerabilidad intrépida del cuerpo poderoso. Agachados, los hombres avanzaron hacia el pastizal. No veía a

ninguno de los enemigos cerca. ¿Dónde se estarían escondiendo? ¿Habrían llegado a la aldea ya? ¿O habrían decidido llevarse a las ovejas? Sinceramente, lo dudaba.

Holly se agachó al lado de Svanhild.

—Mira, están a punto de luchar. Estoy segura de que Loki está en alguna parte de la casa. Regresemos adentro.

Pero Svanhild echó un vistazo entre las casas.

—¡Está allí! ¡Loki! —Echó a correr hacia una pequeña silueta que salió huyendo de inmediato.

—¡Oh, diablos! —maldijo Holly antes de seguir a la niña.

Veía al gato tonto que pasaba corriendo por delante de una casa y se escondía detrás de la esquina.

—¡Svanhild, detente! —gritó Holly con el corazón latiéndole desbocado por el temor y la preocupación. Si alguno de los atacantes se encontraba cerca… —¡El gato estará bien! Regresa.

Pero Svanhild siguió llamando a Loki y corriendo tras él. Colina arriba, detrás de las casas, se oían gritos, gemidos y los ruidos metálicos que cortaban el aire. Holly alzó la mirada. La batalla había comenzado. Vio la espalda descubierta de Einar al tiempo que le hacía un tajo a un enemigo. Y luego vio a Svanhild que se acercaba cada vez más a la batalla.

—¡Svanhild, detente! —le volvió a gritar.

—¡Aquí estás! —exclamó la niña arrodillándose—. ¡Te tengo!

Holly se detuvo a su lado con la respiración agitada. ¡Ay, gracias a Dios! La niña sostenía al diablo disfrazado de gato en los brazos y se lo apretaba contra el pecho.

—Bueno, regresemos a la casa —dijo Holly al tiempo que le echaba un vistazo a Einar para asegurarse de que se encontraba a salvo.

Los hombres se encontraban tan cerca que podía distinguir los rostros. A unos diez metros de distancia, vio a alguien que hizo que se le congelara la sangre. La cabeza afeitada con la trenza larga, los tatuajes y la barba tan tupida como el follaje de un árbol: Thorir Treebeard luchaba contra uno de los hombres de Einar y acabó matándolo.

Los primeros rayos de sol acariciaron el rostro de Holly en el momento exacto en que Thorir alzaba la vista hacia ella. El rostro del vikingo reflejó una expresión de sorpresa. Pero no tardó en entrecerrar los ojos como un predador y curvar el labio superior antes de bajar la cabeza para mirarla por debajo de las cejas. Dio unos pasos hacia ella y luego echó a correr como un lobo tras su presa.

—¡Corre, Svanhild! ¡Corre! —gritó Holly, y el miedo se le aferró a los músculos como un tornillo de banco frío. Si atrapaba a Svanhild… Si se enteraba de que era la hija de Einar… El terror le pesó en todo el cuerpo, le cerró las vías de aire y le oscureció la vista. Tomó a Svanhild por el cuello del vestido y jaló de la niña—. ¡Deprisa!

Entonces oyó un cuerno largo y sombrío, seguido de otro más corto. Holly miró hacia atrás. Thorir estaba de pie con la vista clavada en ella.

—¡Bruuuuuja! —rugió, y todos se volvieron a mirarlo.

Holly se tropezó y cayó. Se incorporó de un salto y jaló de Svanhild.

Con detenimiento, Thorir alzó el hacha ensangrentada y se la apuntó.

—Odín sigue esperando su sacrificio. Y se lo daré pronto.

Tras asegurarle eso, se volvió y echó a correr con todos los hombres de su banda. Einar y sus hombres los siguieron arrojándoles hachas y lanzas, pero los enemigos se retiraron demasiado rápido.

Holly se inclinó y se apoyó las manos contra las rodillas. Sentía que los pulmones le iban a

explotar de correr y del terror que le había producido ver a Thorir. Lo observó hasta que desapareció detrás de una piedra gigante.

La promesa de muerte pendía en el aire como una nube oscura. Qué vida más descabellada era esa. Nadie la había acechado en el siglo XXI.

—Ahora que sabe que estoy aquí, regresará por mí —dijo en voz alta—. Oh, cielos, te estoy poniendo en riesgo a ti y a Einar. Tengo que marcharme.

A Holly le dolía el pecho de saber que no se podía quedar más tiempo con Einar y Svanhild. Debía hacer lo que fuera necesario por regresar a su época.

CAPÍTULO

DOCE

2 8 de mayo

LUEGO DEL ATAQUE, Einar se pasó todos los días recorriendo la isla en busca de Thorir y sus hombres, pero no encontró ningún rastro de ellos. Había visto a Thorir huir, y varios de los hombres de Einar le habían confirmado que el bastardo y algunos de sus guerreros no habían abordado los barcos. De modo que algunos bandidos seguían en la isla, pero era como si se hubieran disuelto en las colinas gigantes de piedras y arbustos perennes.

No había ningún indicio de fogatas ni de trampas para cazar ni tampoco de restos de animales. No había nada que pudiera ser un indicio de la presencia de algún forastero en la isla. Desde el ataque, había comenzado a llover, y eso no ayudaba, porque la lluvia lavaba cualquier huella. Todos los días, Einar regresaba a casa empapado, agotado y enfadado, pero el pensar que Holly lo aguardaba le infundía calor como el fuego en una fría noche de invierno.

Desde el ataque, Einar había puesto a más hombres a hacer guardias, y protegían la aldea de día y de noche. Les prohibió a todos salir de la aldea solos, y las mujeres solo podían ir si las acompañaba algún hombre. Las espadas y las hachas se volvieron el acompañante de todos.

La gente se tornó silenciosa, la alegría que le siguió a la boda quedó reemplazada por la preocupación y el temor. La gente estudiaba las calles y las colinas detrás de la aldea en busca de cualquier señal de amenaza.

Esa noche, en el gran salón no se oían casi voces. Los hombres apenas intercambiaron algunas palabras mientras comían. Einar observó a Holly sirviéndole hidromiel a Solver; ella estaba sentada cerca de Einar en la silla destinada a los invitados de honor. Solver alzó la mirada y le agradeció antes de hacer una broma relacionada con la felicidad matrimonial. Holly le devolvió la sonrisa y, a pesar de que Einar no tenía motivo alguno, sintió un aguijonazo de celos. Si tenía que ser sincero, no quería que le sonriera a ningún hombre que no fuera él.

Tan solo con su presencia, lo hacía sentir mejor. A su lado, podía dormir a la noche; había algo en ella que le resultaba tranquilizador y seguro. Quizás se debía a que sabía que la relación acabaría pronto y por eso podía ser él mismo a su lado.

Holly era la esposa perfecta. No quería niños ni podía tenerlos. Pero siempre estaba dispuesta a entregarse a él. Además, se había involucrado en las tareas del hogar, algo que Einar no esperaba que hiciera considerando que se marcharía pronto. Era una mujer lista y amable y sabía cómo instruir a los criados y darles instrucciones claras. Por su parte, los criados la respetaban y aceptaban su autoridad de buena gana. Se veía con claridad que no era la primera vez que lideraba a un grupo de personas.

La comida comenzó a saber mejor, las sábanas estaban más aireadas, y las prendas, más limpias. En ese momento, estaba actuando como una anfitriona, como una verdadera esposa. Había tomado a Svanhild bajo su ala, y las dos se entendían bien. Einar sospechaba que a Svanhild le agradaba más Holly que él. Desde la muerte de Agdis, los sirvientes y las mujeres que tenían algún tiempo entre manos habían criado a la niña.

Einar empezó a detestar la idea de que Holly se marchara. Si pudiera, la haría quedarse allí para siempre. Disfrutaba compartir la vida con ella, y el hecho de que no moriría durante el parto le resultaba reconfortante.

Einar siguió a Holly con los ojos mientras regresaba a su mesa, que se encontraba en el centro del salón, y le sonreía. Pero había cierta tensión en sus rasgos. Cuando le vertió más hidromiel en la copa y dejó la jarra sobre la mesa, soltó un suspiro y dijo:

—Solver me acaba de decir que disfruta mucho estar en las Orcadas y perseguir bandidos. —Negó con la cabeza—. ¡Y también disfruta la carne asada y los bollos que cociné! No se quiere marchar aún.

Einar se concentró en la arruga que se le formó en el entrecejo. Tenía los ojos opacos por la preocupación. Que Loki lo maldijera. Estaba molesta de que Solver aún se encontrara allí. Quería marcharse. De seguro no dejaba de contar los días para largarse de allí y se acostaba con él por diversión, así como se involucraba con las tareas del hogar para matar el tiempo. Y se relacionaba con Svanhild para disfrutar de la compañía de la niña. La epifanía hizo que se le retorciera el estómago hasta causarle dolor. No se quedaría. Jamás. Al comprenderlo, se le tensó el mentón y el vientre de ira.

—Los bollos están ricos —le dijo sin mirarla—. No me sorprende que quiera quedarse. ¿Es que tan ansiosa estás por marcharte?

¡Pero por todos los troles que habitan en el bosque, no debería haberle preguntado eso! Debería haber reprimido cualquier pensamiento relacionado con ese asunto.

Holly lo miró sorprendida y frunció el ceño. Bajo la luz acogedora de las lámparas de aceite, los ojos de color musgo se veían muy hermosos en contraste con el cabello rojizo.

—Eh… bueno, sí, tenía que marcharme hace un tiempo ya. He sido clara desde el principio. ¿Por qué lo preguntas? —El rostro se le suavizó y tragó con dificultad—. ¿O no quieres que me marche?

Einar tomó una profunda bocanada de aire. Algo en la pregunta hizo que se le disipara parte de la ira y le ardiera una sensación de esperanza en el pecho.

—Nunca dije eso —repuso con la voz ronca—. No… No pensaba que era posible que te quedaras. —Se detuvo con la garganta tensa—. ¿O me equivoco?

Holly abrió la boca y la volvió a cerrar como si intentara decir algo, pero no lograra hacerlo. No era un no. ¿Sería que lo estaba considerando?

Pero antes de poder responder, Svanhild se acercó a Holly con el gato en los brazos. La niña tenía los ojos rojizos, los párpados semicerrados, unos círculos oscuros bajo los ojos y el cabello de color miel enmarañado.

—¿Por qué no estás durmiendo, Svanhild? —le preguntó Einar—. Es evidente que estás cansada.

—No puedo dormir —respondió.

Se sentó en el banco al lado de Holly con el gato acurrucado en el regazo. Holly le sonrió con ternura y le frotó el hombro.

—¿Estás preocupada por algo? —le preguntó.

—Thorir Treebeard sigue suelto en algún lado.

A Einar se le tensaron los hombros. Era su culpa que su hija tuviera problemas para conciliar el sueño. ¿Por qué no había dado con Thorir aún? Holly intercambió una mirada con él. Ella sería quien tranquilizara a la niña, no él.

—¿Y si te lleva, Holly? —preguntó Svanhild—. ¿Y si nos dejas? He oído que eres de otra época. Que eres una bruja. ¿Es cierto?

Einar se tensó aún más.

—No es ninguna bruja —le aseguró.

De eso no tenía dudas. En cuanto a que venía del futuro… no sabía si se lo creía todavía. Parecía nórdica ahora que iba vestida como una mujer de la aldea con un vestido largo y un delantal con broches e hilos con cuencas; pero a menudo utilizaba su chaqueta. No obstante, había muchas cosas distintas en ella. Jamás había oído hablar de su manera de cocinar. Su manera de hablar le resultaba extraña en ocasiones. Las prendas con las que había llegado y el corte de cabello que tenía parecía más masculino que femenino. Todo eso podría significar que había dicho la verdad acerca de venir de otra época, pero él seguía sin creérselo del todo.

Holly se mordió el labio al tiempo que fruncía el ceño y se le formaba una arruga entre las cejas. Se obligó a sonreír y tomó la mano de Svanhild entre las suyas.

—Mira, tu padre no permitirá que Thorir te haga daño. Ni a ti, ni a mí, ni a nadie más.

Einar respiró con facilidad tras oír las palabras de Holly, que le quitaron parte de la tensión de los hombros. Se comportaba como una verdadera esposa.

—Y en cuanto a venir del futuro… sí, es cierto, pero no soy una bruja.

No mencionó la preocupación de la niña acerca de marcharse pronto, y Einar entendió por qué. Era la nueva madre de Svanhild, y si sentía algo por la niña, no quería que sufriera otra pérdida.

—¿Cómo es el futuro? —le preguntó Svanhild.

Holly sonrió.

—Bueno, es mucho más limpio, al menos en donde vivo. Soy de Orlando, Florida, que queda al otro lado del mundo. Es un sitio cálido, no tenemos inviernos, y siempre está soleado. Pero también hay unos animales grandes y peligrosos con mandíbulas gigantes llenas de dientes afilados. Se llaman caimanes y viven en los lagos. Pueden nadar y moverse en la tierra.

Svanhild soltó un jadeo.

—No te preocupes. Parecen aterradores, como una mezcla de lagartos y dragones, pero no hacen daño a menos que alguien quiera lastimarlos. Tu padre les daría una buena paliza —le aseguró al tiempo que le sonreía a Einar y hacía que se le derritiera el pecho. Einar soltó una carcajada suave, y su hija le regaló una sonrisa.

—¿Y cómo has llegado a dirigir la empresa grande de la que me hablaste? —le preguntó Svanhild a continuación—. Debes tener un gran ejército para haberla conquistado y poder protegerla.

Einar negó con la cabeza. Toda esa charla acerca de las empresas y los negocios que podía tener una mujer era de lo más extraña. Tanto así, que dudaba que Holly se lo hubiera inventado.

—No, tesoro, no usé ninguna fuerza para llegar a donde estoy, solo mi mente y el trabajo duro. Estudié mucho en la escuela y aprendí a escribir y a hacer cuentas. Luego fui a la universidad y estudié mucho más. Conseguí una pasantía y fui subiendo la escalera desde allí.

—Dices muchas cosas que no entiendo —señaló Svanhild—. Pero me gustaría aprender. Me gustaría leer, escribir y hacer cuentas. Ya sé contar.

—Si quieres, te puedo enseñar a escribir y hablar en inglés —le dijo—. Te puede resultar útil en el futuro, en especial aquí, en las Orcadas, tan cerca de los reinos donde se habla inglés… o al

menos una versión del inglés.

Svanhild asintió con la cabeza entusiasmada. Que Loki lo condenara, pero tenía razón. Holly estaba siendo más práctica de lo que Einar hubiera deseado.

—¿Y tu familia? —le preguntó la niña—. ¿Tienes padres? ¿Has estado casada?

Einar se había preguntado lo mismo, pero no se había atrevido a preguntar por temor a sentir más cosas por ella de lo que había deseado.

—No —respondió Holly con voz temblorosa—. Nunca estuve casada, pero una vez estuve a punto de casarme. No he tenido suerte en el amor. —Se aclaró la garganta y miró a Einar—. Supongo que algo en mí no estaba bien o no era lo que los hombres deseaban en una mujer.

Einar no podía dar crédito a sus oídos. ¿Qué cosa en ella le podía parecer mal a un hombre? Era hermosa, fuerte, inteligente y capaz. Si decía la verdad, todos los hombres del futuro deberían estar dementes. Aunque no le gustaba pensar que en su vida pudiera haber otros hombres.

—Pero sí tengo padres —continuó Holly—. Pero al igual que tú, tesoro, no conozco a la madre que me dio a luz. Ni a mi padre. Mis padres me adoptaron cuando era bebé porque no podían tener niños.

Svanhild acarició a Loki.

—Ahora te tengo a ti, Holly —le dijo—. Para mí eres como la madre que te adoptó, ¿no?

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas mientras acariciaba la cabeza de Svanhild. Einar exhaló. Tenía suerte de que fuera tan bondadosa; cualquier otra mujer podría no haber sido tan amable con Svanhild. Ni siquiera deseaba imaginarse ese escenario.

—Supongo que sí —respondió.

Svanhild bostezó y apoyó la cabeza sobre la mano.

—¿Cómo viajaste en el tiempo, Holly?

Holly intercambió una mirada con Einar y sonrió.

—Te lo diré, pero luego debes ir a la cama, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Una anciana me llevó a un sitio en Escocia donde había un árbol con un huso tallado en él. Luego el huso se tornó dorado y cayó sobre mis manos. La mujer dijo que tenía que ayudar a un hombre. —Le echó un vistazo a Einar—. Así que supongo que aquí estoy, ayudando.

Einar se removió en el asiento. No le importaba que cuanto más contaba Holly, más verídica sonaba la historia. Si de verdad era del futuro, las posibilidades de que se quedara allí eran menores que si solo era picta.

—¿Ha sido una norna? —le preguntó Svanhild—. Las nornas tienen husos dorados.

—No lo sé —le respondió—. Quizás.

—Entonces tu destino es estar aquí. La norna te quiere aquí, con mi padre y conmigo.

Si era cierto que una norna la había enviado allí, Svanhild tenía razón.

—Supongo que sí, al menos por un tiempo.

A Einar le latió el corazón dolorosamente contra el pecho. «Por un tiempo». No para siempre.

—Bueno, jovencita, se ha acabado la hora de los cuentos. Es hora de irse a la cama.

Svanhild asintió con los párpados pesados.

—Está bien, Holly.

Holly le dio un beso en la mejilla, y Svanhild se fue a la cama con el gato acurrucado en los brazos.

Einar estudió a Holly mientras bebía un sorbo de hidromiel. ¿De verdad venía del futuro? Si

hubiera sido de Sutherland, podría haberla persuadido para que terminara los negocios y regresara a su lado. Hubiera tenido esperanzas. Pero si había viajado en el tiempo, ¿consideraría quedarse con él?

—¿Te gusta tu vida allí? ¿En el futuro? —le preguntó.

Holly lo miró.

—Entonces ¿ahora me crees?

—Respóndeme, por favor.

Holly se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Sí, me gusta mi vida en el futuro. Es segura, y la medicina está muy avanzada. Hay doctores, curanderos, que pueden tratar muchas enfermedades y hacer cirugías increíbles. La gente vive con comodidad. Hay comida suficiente que se puede comprar en cualquier tienda durante todo el día. Tenemos automóviles y café. Se puede volar para estar en otra parte del mundo en poco tiempo. Las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres y hacen trabajos importantes. Como yo, que dirijo una empresa multimillonaria a la que debo regresar lo antes posible.

Einar la escuchó fascinado. Había cosas que no tenían sentido. ¿Volar? ¿La comida que se podía comprar todo el día? ¿Sanación avanzada? Todo sonaba como salido del reino de los dioses.

—¿Por eso quieres regresar? ¿Por la comodidad?

—Bueno, sí, claro. Pero también porque mi compañía se iba a fusionar con otra, y tenía que estar allí. Soy la directora de la empresa. He estado trabajando en la fusión durante tres años. Realmente, no he hecho más que trabajar durante este tiempo. No he tenido ninguna relación, no viajé… Estoy envejeciendo y no estoy ni en lo más mínimo cerca de tener una familia. Así que quiero ver los frutos de mi trabajo duro. Si no superviso la fusión, temo que no funcione. Sin mí, puede que todos estén con los pelos de punta. La policía me debe estar buscando. Mis padres deben estar locos de preocupación. Mis amigos…

Einar asintió con la cabeza. No se quedaría. Y saberlo, dolía.

—Además, Thorir me ha visto. Me está buscando. Creo que por eso se quedó aquí.

Einar apretó los dientes fuerte. No podía negar que debía marcharse. Que estaría más segura en su época, sin la amenaza de Thorir Treebeard. Bajó la mirada a la copa. Lo desgarraba pensar que pronto desaparecería de su vida. Tenía que volver a acostumbrarse a estar solo. Tenía que dejar de engañarse y de aferrarse más a Holly.

—En ese caso, me aseguraré de que te puedas marchar lo antes posible —le dijo.

Y como no podía mirarla más a los ojos, porque le dolía demasiado, se puso de pie y salió de la casa. Esa noche dormiría en el pastizal.

CAPÍTULO

TRECE

30 de mayo

Los ojos de Einar… Los labios cálidos, suaves y duros al mismo tiempo sobre los de ella… El cuerpo grande, duro y cálido frotándose contra el de ella… El peso delicioso sobre ella… Holly sintió un estremecimiento al recordar los momentos íntimos, y el corazón le latió desbocado en el pecho. Cielos, echaba de menos a Einar. Había estado buscando a los bandidos durante varios días, y apenas lo había visto. Su ausencia era como un hueco oscuro que radiaba una sensación de vacío soso en su interior.

Holly chocó las manos para deshacerse de esos pensamientos y de la harina. Acababa de enseñarle al cocinero a hacer pan con levadura. Cuando había estado en pareja con Jack, había pensado que él sería el indicado. Y se había vuelto más doméstica; había tomado clases de cocina y nutrición para ponerse en forma para quedar embarazada, un deseo que creía que Jack compartía. Por eso había aprendido a hacer pan.

Los vikingos solo hacían pan sin levadura, ingrediente que solo utilizaban para hacer hidromiel y cerveza. La harina era bastante dura, no era el polvo fino al que Holly estaba acostumbrada. Había que molerla con una muela de molino y, para lograr que quedara lo suficientemente fina, había que hacerlo varias veces. Ese era uno de los trabajos de los esclavos, pero Holly también lo había intentado no solo para ayudar sino para saber cómo era hacerlo, y los brazos le dolieron al día siguiente.

Admiraba a todas esas mujeres y esos hombres fuertes que hacían labores manuales todo el día sin la ayuda de ninguna máquina. Cortaban leña, fregaban las ropas en un arroyo cercano, molían harina, acarreaban agua y hasta tejían prendas. Holly quería ayudar. Esa gente había hecho mucho por ella, y sentía que podía agradecerles la amabilidad batiendo mantequilla, curando el queso, trabajando en el jardín o realizando otras tareas.

Además, eso la ayudaba a no pensar en Einar y en lo frío que se había mostrado desde la noche en que Svanhild le preguntó acerca del futuro. Desde esa charla, había dejado de dormir en la recámara y la evitaba por completo. El día anterior, se había marchado durante toda la jornada en busca de Thorir, y el anterior, había estado ocupado buscando más leña para almacenar. En la aldea escaseaba la madera porque ya habían utilizado casi todos los troncos que Einar había llevado, y en las Orcadas crecían muy pocos árboles.

¿Quién sabía dónde se encontraba ese día? No estaba en la casa comunal.

Holly intentó convencerse de que eso era lo mejor. Se estaba encariñando mucho con él. El sexo le volaba la cabeza, y cuando él se encontraba cerca, era como si todo el mundo girara a su

alrededor. Como si fuera su eje y, sin él, todo fuera a desmoronarse. Y por encima de todo, lo echaba de menos. La necesidad de tenerlo a su lado le calaba hasta los huesos.

A través de la entrada al gran salón por la que se colaba la luz solar, se oyeron los gritos de los niños. Una de las voces era la de Svanhild, y algo en el tono de la niña iba mal. Holly se limpió las manos con una toalla y se apresuró a salir.

Cuando dio vuelta la esquina de la casa, vio a Svanhild con el rostro sonrosado, los puños apretados y las cejas fruncidas. A sus pies yacía una cesta con flores y plantas desparramadas por todo el suelo. Holly vio a dos niños de la misma edad parados al lado de ella. Uno era más alto y tenía el cabello como un nido de pájaros, y el otro era más pequeño y con el cabello rojizo. Los reconoció a los dos. Los había visto en varias ocasiones en la aldea haciendo labores.

—¿Qué sucede aquí? —les preguntó.

Svanhild clavó la mirada en los zapatos.

—Nada.

Uno de los niños apretó los labios, y el otro frunció el ceño. Holly conocía esas miradas. Al fin y al cabo, la construcción y la urbanización era un mundo de hombres. Y los hombres a veces hablaban acerca de ella, la jefa, a sus espaldas, en especial los que ocupaban los puestos más básicos. Cuando entraba en la sala del personal y los encontraba con las manos en la masa, le resultaba satisfactorio y un poco doloroso a la vez. Le recordaba su secreto más oscuro: que en el fondo era diferente a ellos. Que era defectuosa al punto de que su propia familia la había rechazado. También sabía que esos hombres estaban celosos de que una mujer hubiera tomado lo que ellos creían merecer.

Y, en ese momento, los niños tenían la misma expresión en el rostro. Holly sintió la ira bullendo por dentro. Podían decir lo que quisieran de ella, pero no de Svanhild.

—Svanhild, ¿han hecho algo para que se te cayera la cesta? —le preguntó Holly.

La niña negó con la cabeza sin mirarla a los ojos.

—¿Qué han hecho?

Svanhild se rehusó a responder, y Holly se volvió hacia los niños.

—¿Qué le han hecho?

—Si dice que no hicimos nada, no hicimos nada —repuso el rubio—. Quizás es atolondrada y se le cayó la cesta.

Holly apretó los puños contra los laterales del cuerpo.

—Si no me dicen ya mismo lo que le han dicho, les soltaré una maldición.

Los niños se pusieron pálidos.

—¿Una maldición? —preguntó el más alto.

—Sí, los voy a maldecir para que se pongan verdes como un trol y ninguna niña quiera casarse con ustedes. Jamás.

—No nos puedes maldecir —señaló el de cabello rojizo, pero entonó la oración como si fuera una pregunta.

—Oh, te equivocas. Puedo. Y lo haré. He viajado en el tiempo para salvar al *jarl* y la aldea. ¿Así es cómo me lo agradecen? ¿Mintiéndome?

Como estaba acostumbrada al clima de Florida y siempre tenía frío allí, llevaba puesta la chaqueta de cuero. Se metió las manos en los bolsillos y buscó algún objeto moderno para asustarlos. De pronto rozó algo duro.

—¡Ajá! —exclamó, y los ojos de los niños se agrandaron de terror mientras rebuscaba en el bolsillo. Extrajo un objeto de plástico y se los apuntó como si fuera una espada—. Díganme la verdad. ¿Qué le han hecho a Svanhild?

Los niños miraban el objeto aterrorizados. Holly lo miró y se dio cuenta de que era una prueba de embarazo cerrada envuelta en un papel de plástico azul. El pecho se le tensó al pensar que probablemente jamás la utilizaría. Había comprado muchas pruebas de embarazo al comenzar los tratamientos de inseminación artificial y siempre solía tener algunas encima. Como tenía mucha ansiedad por saber el resultado, las había utilizado en el trabajo, en el hogar e incluso en el lavabo de algún restaurante. Esa prueba no era más que un último recordatorio. Aunque ahora quizás también sirviera para asustar a los niños.

—¿Me van a responder?

—Le dije que no era más que una niña tonta. Que no sabe hacer nada, excepto recoger flores y jugar con las muñecas. Nosotros hacemos todo el trabajo y debería mostrarse más agradecida y hacer algo por nosotros.

El enfado le produjo ardor en el estómago.

—¿Algo como qué? —preguntó sin perder los estribos—. ¿Qué querían que hiciera?

El niño más alto tragó con dificultad sin apartar los ojos aterrorizados de la prueba de embarazo.

—Que nos diera un beso por el trabajo arduo que hicimos.

Sintió que Svanhild se encogía. Holly estaba a punto de jalarles de las orejas a los niños y arrastrarlos hacia la casa de sus padres cuando una sombra se ciñó sobre ellos.

—¿Querían que les diera un beso? —bramó una voz por encima de Holly.

Era Einar. Si antes había pensado que los niños le temían, no había visto nada. Los rostros se les tornaron blancos como el algodón y parecían a punto de caer muertos al suelo. Svanhild tenía un aspecto similar.

Einar tenía una expresión de furia desacatada con el labio superior curvado hacia arriba, las cejas unidas en una línea firme, y las fosas nasales dilatadas. Además, le latía una vena en la sien.

—¡Es la hija de su jefe! —gruñó—. Si se atreven a ponerle un solo dedo encima sin su permiso, si se atreven a decirle una sola palabra que la moleste, tendrán que lidiar conmigo. Ella no tiene por qué responder ante ustedes. ¡Ustedes responden ante ella! Si les pide que limpien el suelo con sus traseros, lo harán. Si les pide que caminen sobre las palmas de las manos, lo harán. Si quiere recolectar flores, recolectará flores. Ya les enseñaré a respectar a mi hija, a mi esposa y a todas las mujeres. Vengan conmigo, tontos.

Con una zancada, los sujetó de los cuellos de las camisetas y los condujo hacia una casa de la aldea. Sin embargo, se detuvo un momento y se dio media vuelta.

—Gracias por protegerla, Holly —le dijo con la voz dura, pero más suavizada—. Svanhild, si algo como esto vuelve a ocurrir, ven a decírmelo, ¿de acuerdo? Por Odín y Thor, qué rápido que estás creciendo.

Tras decir esto último, se alejó a paso acelerado arrastrando a los niños. Holly soltó el aliento y miró a Svanhild. La niña miraba a su padre con la boca abierta.

—¿Te encuentras bien, tesoro? —le preguntó Holly.

Cuando por fin le devolvió la mirada, asintió con la cabeza.

—Sí. —Se arrodilló y comenzó a juntar las flores y las hierbas para meterlas en la cesta. Holly se agachó para ayudarla—. No he hecho nada, ¿sabes? —le confesó Svanhild—. Fui a recolectar las hierbas porque Bera me lo pidió.

—Oh, tesoro, ya sé que no eres perezosa. No tienes que justificarte conmigo. Esos niños son unos tontos.

—Quizás, pero no quería delatarlos. Sabía que no estaban siendo justos, pero no sabía qué

decirles para que me dejaran sola. No sé qué está mal conmigo.

Holly la detuvo y la obligó a mirarla.

—No hay nada malo en ti, Svanhild. Tu padre tiene razón. Eres la hija del jefe. Y pronto, serás la hija del *jarl*. Tendrás voz y voto. Si alguien quiere lastimarte o hacer algo en contra de tu voluntad, les dirás que tu padre y sus hombres les arrancarán las orejas. O lo que sea que les hagan a sus enemigos.

Svanhild sonrió y enderezó la espalda.

—Está bien.

—Sí, está bien —repitió Holly—. No olvides quién eres. Tu padre pondría el mundo patas para arriba si llegara a pasarte algo.

Svanhild se acercó y la abrazó.

—Gracias. Si mi madre estuviera viva, me habría recomendado qué decirles a los bravucones. Mi padre solo me mira con el ceño fruncido. ¿Cómo se supone que aprenda estas cosas?

Holly abrazó a la niña y le dio un beso en la coronilla. Deseaba que su madre hubiera tenido ese tipo de discurso motivacional con ella en lugar de siempre señalar lo que había hecho mal.

—Simplemente no sabe cómo hablar contigo, tesoro. Te quiere mucho, aunque no sepa cómo demostrarlo.

Svanhild se volvió a arrodillar y continuó juntando las hierbas.

—Quizás. Pero sé que los dioses te trajeron a mí. Eres mi nueva madre y me enseñarás todo lo que me he perdido.

Holly se obligó a sonreír, aunque por dentro el dolor y la culpa le clavaron un aguijonazo. Porque, aunque a Einar no le importara si se quedaba o se iba, sabía que su corazón no sería el único en romperse cuando se marchara.

CAPÍTULO

CATORCE

I de junio

ERA UN ATARDECER TRANQUILO. El sol colgaba como el ojo rojo de un dragón entre las nubes rosadas y anaranjadas. El mar casi estaba calmo, e Einar inhaló una bocanada de aire fresco. A su lado, se encontraba su esposa sentada con la piel dorada a la luz del crepúsculo y los ojos brillantes. La había visto descender por la colina pequeña hacia el acantilado y la había seguido para asegurarse de que se encontrara a salvo. Holly se había sentado sin decir nada y había clavado la vista en el atardecer, por lo que decidió sentarse a su lado. Abajo en la distancia, el mar acariciaba la arena blanca con la misma suavidad con la que Einar deseaba acariciar a Holly.

—Gracias, Holly —le dijo—. Lo que has hecho por Svanhild… Debería haberla protegido. Debería hacer estado allí.

—Es una buena niña. —Holly sonrió—. Esos tontos necesitaban aprender una lección. Lo has hecho mucho mejor que yo.

—Y, sin embargo, has protegido a mi hija. Eres una mujer fuerte. Una loba.

Holly lo miró y se rio.

—¿Una loba? ¿Yo? Mi madre encontraría al menos veinte cosas para corregir en esa afirmación. Y, en esta ocasión, tendría que estar de acuerdo con ella.

—Y yo me aseguraría de que tu madre jamás pudiera decir nada en lo que a ti respecta. Por lo que dices, no parece que tenga una opinión que valga la pena de ti.

—Es la crítica más dura. —Holly soltó un suspiro—. Me pregunto cómo era mi madre biológica. Supongo que por eso vine a Escocia y comencé a investigarlo. Porque jamás sentí que estuviera completa. En el fondo, siento como si tuviera algún defecto del que me es imposible librarme y que por eso no tengo a mis padres biológicos. Como si hubieran tenido que deshacerse de mí. —Apretó los labios y bajó la mirada—. Y otras cosas.

—Si piensas eso, debes estar loca. Todo lo que has tocado desde que llegaste ha mejorado la vida aquí. Ha mejorado mi vida.

Sorprendida, lo miró. Y, de repente, se le formó una expresión de pérdida. Einar quiso pasarle la yema de los dedos por la frente para alisarle las arrugas que se le formaron y hacerla sonreír de nuevo.

—Solo estoy pagando mi deuda, Einar. No me puedo sentar y esperar a que me sirvan la comida. Pero si quieres mi opinión personal, tu gente podría trabajar de manera mucho más eficaz.

Einar alzó las cejas y se rio.

—¿Qué dices?

—Los criados podrían hacer muchas más cosas en menos tiempo.

—¿Cómo?

—Bueno, tienes a mucha gente trabajando en la cocina y, en este momento, todos hacen todo. Pero si creas una especie de sistema, todo iría más rápido. Por ejemplo, una persona podría pelar verduras, la siguiente las cortaría y la tercera trozaría la carne. Y ese principio lo podrías aplicar a todo lo demás: la huerta, la cosecha y el tejido.

Al comienzo, Einar pensó que era lo más extraño que había oído en su vida, pero cuando se lo imaginó, se dio cuenta de todo el tiempo que ahorrarían.

—Por todos los dioses, tienes razón —le dijo—. ¿Esa es una de tus ideas futuristas?

—Sí. —Holly le ofreció una sonrisa demostrándole alegría por el cumplido—. También podrías construir una chimenea.

—¿Una chimenea?

—Sí. En este momento, las fogatas llenan el salón de humo. El pequeño agujero en el techo es lo único que permite que salga el humo. Una chimenea es como una torre grande encima de la fogata y canaliza el humo de la fogata hacia el techo. Es segura y habría mucho menos humo en el interior.

Einar la miró atónito.

—Tienes que enseñarles a mis hombres cómo construirla antes de marcharte.

Una expresión de tristeza le atravesó el rostro al oír la última palabra, pero se desvaneció pronto.

—Claro que sí, Einar.

Einar no quería pensar en el momento que lo dejaría.

—¿Qué más puedes recomendar?

—Bueno, tienes un problema al no tener demasiados árboles por aquí, y necesitas el fuego. He oído que en Irlanda hay mucho césped y turba. ¿Sabes lo que es?

Al oírla se quedó perplejo. ¿Cómo no se le había ocurrido a él mismo?

—Sí, lo sé. En Noruega utilizamos la turba de los pantanos. Debo enviar a algunos hombres a recolectar turba en las islas. Tus consejos, tu ayuda… valen más que el oro para mí. Ojalá… —se detuvo al ver que los ojos de Holly se encendían y ardían con esperanza.

—¿Ojalá qué? —le interrumpió.

Ojalá nunca tuviera que marcharse.

—Ojalá nunca hubiera dejado de besarte —le dijo y se acercó. El deseo caliente y codicioso que sentía por ella se le asentó en el vientre. Le cubrió la boca con la suya, y Holly lo recibió con un calor y un deseo que igualaban al suyo.

Más temprano, Solver le había dicho que se marcharía al día siguiente. A Einar se le había hundido el corazón hasta los pies al oír las noticias porque solo le quedaban unos pocos días con Holly, y la necesitaba más de lo que un barco necesitaba el agua.

—He sido un tonto al alejarme de ti —le susurró contra los labios—. Debería haber aprovechado cada oportunidad de estar contigo.

Holly frunció el ceño. ¡Oh, no! Estaba muy feliz sumergiéndose en su aroma delicioso y bebiendo el dulce hidromiel de sus labios.

—¿Por qué? —le preguntó.

¡Pero por las axilas apestosas de Loki! Había esperado poder hacerle el amor antes de compartirle las noticias.

—Solver se marcha mañana —le dijo permitiéndole deslizarse sobre el césped.

A Holly se le agrandaron los ojos y volvió a concentrarse en el mar.

—Ah —fue lo único que dijo.

Sin embargo, no se movió.

—¿No estás apurada por ir a reunir tus pertenencias y estar lista para marcharte lo antes posible? —le preguntó.

Holly negó con la cabeza como si intentara despejarse un sueño.

—No sé cómo despedirme de Svanhild.

Sin dudas, su pobre hija quedaría devastada. Holly habría sido una madre maravillosa para la niña. El pensamiento le produjo un aguijonazo en el corazón.

—Tendrás que hablar con ella —agregó Holly—. Apoyarla. No tiene a nadie con quien hablar.

Era cierto, y Holly estaba dándole donde más le dolía.

—Mujer —le dijo jalándola hacia él—, en este momento lo último que tengo en la mente es hablar.

La volvió a besar con más profundidad. La necesitaba. Sentía un hambre voraz por ella. Con la lengua, le separó los labios y se deslizó en su boca. Holly lo recibió con la lengua juguetona. Lo provocó y lo mordisqueó hasta encenderle el deseo y esparcírselo por la sangre como un incendio forestal.

—Te deseo, Holly —gruñó—. ¿Sientes cuánto te deseo?

La levantó en el aire para acomodársela sobre el regazo de modo que el sexo de ella quedara apretado contra el suyo. Holly movió la pelvis y le generó una ola de deseo ardiente al rozarle el miembro. En respuesta, Einar soltó un largo gemido.

—Mmm… —Oyó el sonido que le salía de la garganta.

—Te gusta eso, ¿no? —le preguntó antes de mirar hacia la aldea. Se encontraban lo suficientemente lejos como para que nadie los viera a menos que fueran a buscarlos. Pero Einar se rehusaba a permitir que nadie viera a su esposa desnuda. Su cuerpo era solo para él.

—Tengo que tenerte ya mismo —le dijo.

—Qué atrevido. —Holly sonrió—. Pero me gusta que seas atrevido.

Einar sonrió y bajó la cabeza a los senos. Le tomó uno en cada mano y los masajeó con suavidad antes de llevarse un pezón a la boca y succionarlo a través de las dos capas de tela y humedecerle el vestido.

—Oh, cielos, qué excitante… —gimió echando la cabeza hacia atrás.

Einar continuó con el juego de seducción. La succionó, la recorrió con la lengua, le mordisqueó el pezón y la volvió a succionar. Holly gimió y gruñó; emitía los sonidos más excitantes que había oído y lo instaba a repetir el proceso con el otro pecho. Luego le enterró las manos en el cabello y le produjo un placer que le recorrió todas las venas.

Con una mano, le recorrió la pierna larga y esculpida que tanto adoraba y, cuando llegó al sexo, le apoyó la palma allí. Le separó los pliegues con delicadeza arrancándole un jadeo y encontró el punto más sensible de su cuerpo. Holly tuvo dificultades para respirar y le enterró los dedos en la espalda al tiempo que él le dibujaba círculos sobre el capullo, y así Holly comenzó a mover las caderas contra él y a retorcerse de placer. Einar le introdujo un dedo en la profundidad cálida y notó satisfecho que estaba húmeda y lista para él. Acto seguido, se abrió los pantalones y liberó el miembro duro.

—Estás lista para mí —le dijo.

—Oh, sí —le aseguró con un gemido.

Se levantó un poco para permitirle acomodar la erección contra su entrada. Mirándola a los

ojos verdes, la penetró. La sintió dulce y estrecha. Holly jadeó al tiempo que el cuerpo se le tensaba de placer y comenzaba a montarlo. Einar se hundió en la profundidad de sus ojos sin dejar de embestirla y moverse al ritmo de sus caderas.

Eran perfectos: su sexo estrecho le envolvía el miembro, el cuerpo de senos suaves y redondeados lo deseaba. Y Einar estaba feliz de complacerla. Le daría todo lo que quisiera todos los días de su vida.

Aceleró el ritmo. Las cuatro noches sin ella habían provocado que no pudiera saciarse. Holly también aceleró el ritmo, y los gemidos se convirtieron en súplicas mientras lo envolvía en su interior estrecho y cálido.

Pronto, oyó los sonidos dulces y agudos que hacía antes de llegar a la cima del placer, y supo que llegaría con ella. Necesitaba tener cuidado y salir a tiempo.

Una embestida. Dos. Tres…

—¡Aaahh! —exclamó, y los músculos se convulsionaron a su alrededor al tiempo que el orgasmo lo invadía como una ola gigante.

Tenía que salir… Un momento más. Aún tenía tiempo… Pero el cuerpo se le estremeció mientras se aferraba a ella, y ella a él. Y volvió a derramarle su semilla en el interior.

Detestaba perder el control. Pero, por todos los dioses, qué bien se sentía cuando se convulsionaba en sus brazos y él la seguía embistiendo en busca de su propio placer.

Más tarde se sentiría de lo más enfadado consigo mismo. Ya podía sentir la tensión oscura de la ira creciendo en algún punto de su interior.

Pero por ahora, por ese momento, lo hizo a un lado.

Y mientras se mecían en los brazos del otro como las ramas de un árbol bajo una suave brisa, Einar le susurró:

—Ojalá pudieras quedarte.

Esperaba que no lo hubiera oído, pero el corazón le dolió al oírla susurrar:

—Sí.

CAPÍTULO

QUINCE

2 de junio

EL MUELLE ESTABA ATESTADO de gente. El viento soplaba fuertes ráfagas contra el rostro de Holly, y le aliviaba las náuseas que había sentido desde la noche anterior. De seguro, el arenque grillado le había caído mal. No había querido comerlo. Olía demasiado fuerte y no se veía fresco. Pero tenía que comer algo, y era el arenque o *skyr*. Y detestaba el sabor intenso del yogurt noruego.

Inhaló el aire fresco y frío y se sintió mejor en el acto. Tenía que mantener la compostura y verse como la esposa perfecta del jefe. Esa sería la última ocasión que tendría de hacerlo porque, al final del muelle, varios hombres arrojaban las bolsas y los cofres con comida y las pertenencias personales de Solver a un barco, junto con el tributo que Einar le enviaría al rey Harald. Por fin Solver se marchaba.

Einar estaba de pie al lado de Holly mientras Solver examinaba las bolsas que le colgaban del cinturón en busca de algo y le decía palabras sabias a Einar. Al futuro *jarl* no parecía importarle nada de lo que el escaldo le dijera. Tenía el ceño fruncido y los ojos ensombrecidos. Se veía tan gris y temperamental como el cielo. Cerraba y abría los puños, y, cuando Holly le colocó una mano encima, notó que tenía la piel fría por primera vez desde que lo conoció.

La miró e inhaló profundo y mientras soltaba el aire, el rostro se le relajó un poco.

—Aquí tienes —dijo Solver—, lo encontré.

Le entregó un colgante con un pendiente, y Holly lo tomó para observar la cadena gruesa de plata y el Mjölnir. Era evidente que era una pieza masculina.

—¿Es tuyo? —le preguntó.

—Sí, pero tengo uno del rey. Acéptalo. Es para la suerte. Eres una viajera en el tiempo que se ha casado con un *jarl* nórdico. —Se rio—. Vas a necesitar la protección de Thor, en especial mientras Thorir siga suelto.

Holly le ofreció una sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora. Tengo que caerle en gracia a la esposa del *jarl* de las Orcadas. Además, quiero agradecerte por los bollos y todos los bocadillos excelentes que has preparado.

—Muchas gracias, Solver. —Quería abrazar al hombre de rostro joven y alegre que la observaba con mucha bondad. El escaldo hizo una reverencia y acto seguido se arrodilló delante de Svanhild, que estaba de pie al lado de Holly.

—Cuida a tu padre —le dijo— Te necesita. Ten —añadió y le colocó algo en la palma—, es

una antigua moneda gruesa de plata que proviene de la península ibérica. La obtuve en una misión comercial muy rentable. Es para que saborees la aventura. A lo mejor un día vayas a conocer la península.

—Ya es suficiente, Solver —lo interrumpió Einar—. Las únicas aventuras que tendrá serán seguras.

A Svanhild se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Que Odín te acompañe en el viaje.

El escaldo se detuvo delante de Einar. Era más bajo que el futuro *jarl*, pero más alto que Holly. Sin embargo, eso no era de sorprender. Todos tenían estatura más baja que Einar.

Solver le apretó los hombros con las dos manos.

—Te deseo suerte, Einar, *jarl* de las Orcadas. La vas a necesitar. Atrapa al bastardo de Thorir. Lamento tener que marcharme y no poder ayudarte en la misión, pero Harald me está esperando, y no quiero darle ningún motivo para venir aquí en persona. La mujer que tienes a tu lado es algo bueno. Que Freyja y Frigg los bendigan con muchos niños. Le diré a Harald que se ha cumplido su voluntad en cuanto a las Orcadas.

Holly casi podía oír los dientes de Einar rechinar. Los dos hombres se dieron un abrazo de oso y se dieron unas palmadas fuertes en la espalda. Luego Solver dio un paso hacia atrás.

El barco estaba cargado y listo para zarpar.

—Relataré un buen poema acerca del *jarl* de las Orcadas y su esposa.

—Que Ran y Aegir te brinden un buen viaje —le deseó Einar mientras Solver avanzaba hacia el barco.

A Holly se le estrujó el corazón. Era difícil despedirse de Solver porque eso significaba que pronto ella misma tendría que despedirse de todos. Incluida Svanhild. Y Einar. ¿Por qué sería que el pensamiento le dolía como si una pared de hormigón la estuviera aplastando?

Al cabo de unos instantes, el barco se encontraba lejos y la gente comenzó a regresar a la aldea. Los centinelas no dejaban de arrojar miradas alertas alrededor.

—Te llevaría a Escocia en persona —dijo Einar con un tono tan suave que la sorprendió y tan triste que hizo que el estómago se le tensara de dolor—, pero con Thorir acechando cerca, no puedo dejar a mi gente. Sin embargo, lo más seguro será que te marches lo antes posible. El barco estará listo en tres días. Tu deseo se cumplirá.

—¿Tres días? —repitió. Pero lo que en realidad quería decir era: «¿Tan pronto?».

—Sí —le confirmó antes de comenzar a andar a paso acelerado hacia la casa.



A LA GENTE le agradaba Solver. Era una buena fuente de entretenimiento, por lo que Einar supuso que no era de sorprender que muchos anduvieran con expresiones tristes en el rostro durante el resto del día.

Einar y Holly estaban pasando por el vestíbulo, que se encontraba calmo y oscuro mientras la gente se preparaba para dormir. El olor de la cena aún pendía en el aire.

—¡Holly! —la llamó Svanhild desde la cama. Einar se detuvo al igual que Holly, y los dos miraron a la niña. Le dolió darse cuenta de que, a pesar de ser el padre de la niña, ella nunca lo llamaba a él.

Holly le tomó la mano y lo condujo hacia la cama. Svanhild tenía la manta apretada contra el mentón y se veía preocupada.

—¿Qué sucede, tesoro? —le preguntó Holly—. ¿Está todo bien?

Svanhild se sentó en la cama.

—Disculpa, padre. Solo quería hablar con Holly.

Eso le dolió aún más, como si un puño le estuviera estrujando el corazón. Pero era su culpa. Asintió y se volvió para marcharse, pero Holly lo detuvo y lo hizo girar hacia su hija.

—Aguarda, quizás tu padre también pueda ayudar. ¿Qué sucede?

Svanhild se clavó la mirada en las manos.

—Te quería pedir si te podías quedar conmigo hasta que me duerma. Los bandidos siguen sueltos, Solver se ha marchado y estoy triste.

A Einar se le rompió el corazón. Su pobre hija. Debería protegerla mejor.

—Claro. Nos quedaremos hasta que te quedes dormida, ¿verdad, Einar?

Einar frunció el ceño. Jamás en su vida había puesto a dormir a su hija. Su esposa nunca le había enseñado cómo hacerlo, y se sentía como un oso gigante y torpe al lado de un ratón.

—No, será mejor que lo hagas tú —repuso.

—No, será mejor que te quedes. Svanhild quiere que te quedes, ¿no, tesoro?

Svanhild le ofreció una sonrisa.

—Sí, padre. No pensé que querrías quedarte, pero claro que puedes hacerlo. Será mejor si te quedas. Tú tienes un hacha.

Holly se rio, y Einar no pudo evitar sonreír. Asintió con la cabeza, y los dos se acomodaron en el suelo al lado de la cama.

—Recuéstate, tesoro —le dijo Holly—. Tu padre te contará un cuento para dormir.

—¿Qué has dicho? —preguntó Einar alarmado.

—Que le contarás un cuento. Ustedes, los vikingos, tienen muchos cuentos. Muchos mitos y leyendas de Thor, Loki, Freyja y otros dioses. Escoge uno que la calme y cuéntaselo. ¿Te gustaría oír un cuento, Svanhild?

La niña asintió con la cabeza entusiasmada.

—Oh, sí. Uno sobre Loki.

Einar se rascó la cabeza. Nunca antes había contado ninguna historia, se limitaba a oírlas. De seguro se sentiría incómodo, y Svanhild lo detestaría. No era un buen escaldo. Pero ¿dónde estaba Solver cuando lo necesitaban?

Soltó un suspiro. Siempre había disfrutado la historia acerca de cómo Loki logró que el poderoso dios Thor se vistiera de mujer y se casara con un gigante.

—Un día, el martillo de Thor, Mjölnir, desapareció —comenzó con voz nerviosa—. Thor era un guerrero muy poderoso, pero no sabía qué hacer. Necesitaba acudir a alguien inteligente. De modo que cuando descubrió que su martillo había desaparecido, fue a buscar a Loki.

—Loki —susurró Svanhild y acurrucó al gato. Einar solo divisó la nariz del animal asomando por debajo de las pieles.

Holly le sonrió y le apretó la mano.

—Loki le pidió a Freyja el abrigo de plumas que le permitía volar. Se lo puso y voló hacia el reino de los gigantes, donde descubrió lo que había ocurrido. El señor de los gigantes, Thrym, había robado el martillo y se rehusaba a devolverlo.

»—¿Qué quieres a cambio? —le preguntó Loki sabiendo que de alguna manera debía convencerlo.

»—A Freyja —respondió el gigante—. Me quiero casar con ella, la diosa de la belleza y el amor.

Svanhild soltó un jadeo, y Einar tuvo que suprimir una sonrisa. Por algún milagro, le daba alegría contar la historia. La voz se le suavizó y comenzó a utilizar diferentes voces.

—Tras oír eso, Loki regresó a Asgard con las noticias, y Freyja se negó a casarse con el gigante. Pero Loki sabía que de alguna manera debía convencerla. Los dioses de Asgard se reunieron y sugirieron que Thor se disfrazara de Freyja y se pusiera un vestido de novia.

»—¡Qué buena idea! —exclamó Loki—. Y yo me disfrazaré de doncella. Recuperaremos el Mjölnir y mataremos al gigante que se lo robó.

»—¡No! —se negó Thor—. No me disfrazaré de mujer. Eso no es nada varonil.

Svanhild se rio.

—Loki es tan listo. —Acarició al gato. Como era la primera vez en su vida que la niña se reía o sonreía por algo que decía él, algo se le derritió en el pecho.

—Pero, por supuesto, Loki sabía que debía convencerlo, y pronto él y Thor se vistieron como mujeres y fueron a la casa comunal de Thrym.

»—¿Estás enferma, diosa? —le preguntó Thrym—. Te estás ocultado detrás de un velo, y tienes las cejas muy tupidas y… ¿Te ha crecido la barba?

»—Solo es un disfraz para protegerla de cualquier peligro en el camino —le aseguró Loki.

»—Me gustaría dar comienzo a la ceremonia —dijo Thor intentando que la voz le sonara lo más chillona posible—. Trae el Mjölnir para bendecir la boda.

»—Como desees, mi amor —accedió Thrym.

»Luego veinte gigantes trajeron el martillo. Mientras que Thor lo podía blandir con un solo brazo, ellos necesitaban muchos hombres para poder cargarlo. Y cuando el precioso martillo le cayó a los pies, Thor se inclinó para levantarlo y lo sintió dulce y familiar.

»—¡Esto te enseñará a no robar mi martillo! —exclamó al tiempo que se arrancaba el velo y le asestaba un golpe en el rostro horrendo al gigante.

»A continuación, volvió a blandir el martillo y mató a diez gigantes más. Con un movimiento más, el resto de los enemigos yacía muerto. Thor se enderezó y soltó un suspiro de felicidad. Luego apuntó el Mjölnir a Loki, que miraba la escena con una sonrisa orgullosa.

»—Y más te vale que nunca más me hagas vestir como una mujer.

»Pero, a decir verdad, hasta un guerrero poderoso como Thor a veces necesita la ayuda de un Loki.

Svanhild soltó un suspiro y una sonrisa alegre le iluminó el rostro al tiempo que se le cerraban los ojos.

—Gracias, padre. Me encantó esa historia.

Einar le devolvió la sonrisa. Luego él y Holly se pusieron de pie y estaban a punto de marcharse, cuando le dio un codazo.

—Bésala —le dijo en un susurro.

—¿Qué has dicho?

—Dale un beso de buenas noches.

Einar tragó con dificultad. ¿Por qué sería que se ponía tan tenso y cavilaba tanto cuando se trataba de mostrarle a su hija cuánto la quería? Pero ese día algo había cambiado, como si el hielo se hubiera roto. Dio un paso hacia la cama, se inclinó y le depositó un beso en la coronilla por primera vez en ocho años. La niña olía a lavanda, a infancia, a algo inocente y querido. Algo que Einar creía haber perdido. Pero allí estaba. Lo había vuelto a encontrar, al igual que Thor con su martillo.

Le acarició la cabeza, y la respiración de la niña se tornó más profunda. Soltó un suspiro en sueños y se le suavizó el rostro.

Con cautela, Einar y Holly se dirigieron a su recámara. A Einar le dolió el corazón como si se le estuviera expandiendo hasta cobrar el tamaño de Midgard.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

4 de junio

MIENTRAS HOLLY CLAVABA la mirada en la ventana blanca, le temblaba la mano con la que sostenía la prueba de embarazo que en uno o dos minutos le indicaría si su vida cambiaría para siempre. Era un día cálido y radiante, pero hacía frío. Se estremeció y se acurrucó contra la chaqueta de cuero. Estaba detrás de la esquina de la casa comunal porque no quería aguardar el resultado en la letrina, pero quería privacidad.

Las náuseas no habían desaparecido. Por el contrario, el estómago se le daba vueltas con cualquier comida, excepto con el pan. A la vez, le habían empezado a doler los pezones y se le habían hinchado un poco los senos. Tenía dolores menstruales, pero eso era normal antes de tener la regla. Sin embargo, no la había tenido. No solía tener ciclos regulares, y ese era uno de los motivos por los cuales no podía concebir un bebé. A lo largo de los años, había leído todos los artículos, hilos en foros y libros de embarazo disponibles. Por eso sabía que los dolores parecidos a los menstruales eran uno de los síntomas del embarazo.

Tenía los pies helados y exhalaba estremeciéndose. Una de las líneas de la prueba apareció indicando que funcionaba bien. La pregunta ahora era si la segunda línea vertical también aparecería para formar un signo de adición.

No podía mirar. No podía aguardar más. Tenía todo el cuerpo tenso y tembloroso. Cerró los ojos y se dejó caer contra la pared hacia el césped cálido por los rayos del sol. Tomó una profunda bocanada de aire y la soltó estremecida.

¿Y si estaba embarazada? ¿Acaso eso cambiaría el hecho de que se marcharía al día siguiente? ¿Cómo reaccionaría Einar? El *jarl* no quería más niños; era probable que perdiera los estribos.

¿Estaba lista para ver el resultado? ¿Había transcurrido un minuto ya? Sin lugar a dudas, se sentía como una eternidad.

Abrió los ojos y vio una línea celeste pálida que cruzaba la primera. Un signo de adición.

Holly jadeó y dejó caer la prueba sobre el césped. Con los dedos temblorosos, la recogió. Los ojos le ardían y se le nubló la vista, pero se apresuró a secarse las lágrimas para asegurarse de que no había alucinado. Miró con más cautela, se alejó la prueba y la giró para poder verla a la luz del sol. En efecto, allí estaba; el signo de adición no había desaparecido.

Se apoyó la mano en el vientre al tiempo que las lágrimas le caían de los ojos y se le formaba una sonrisa de oreja a oreja. Ya no estaba más sola. Estaba embarazada.

El pecho se le expandió como si le estuvieran inflando un globo dentro de los pulmones. El

corazón le daba brincos de alegría, y sintió como si todo el cuerpo estuviera a punto de alzarse hacia el cielo y salir volando.

Aunque Einar no quisiera tener más niños, de todos modos, debía decírselo. A lo mejor cambiaba de parecer.

La idea la hizo ponerse de pie y echar a correr. Tenía que decírselo. Qué irónico que en Orlando no hubiera habido medicina moderna que la ayudara a lograr ese objetivo y que allí solo hubiera bastado una noche con un vikingo.

Sabía que ese día estaba de guardia al otro lado de la aldea.

—¡Einar! —lo llamó—. ¡Einar!

Al oírla, el enorme gigante apareció por detrás de una de las casas y echó a correr hacia ella sin cavilar al tiempo que los ojos buscaban una fuente de amenaza.

—¿Lo has visto? ¿Dónde está? —le preguntó al tiempo que estiraba la mano para extraer el hacha del cinturón.

Holly se lanzó a sus brazos y le enterró el rostro en el pecho de modo que las lágrimas le empaparon la túnica blanca de lino. Einar la abrazó con un brazo sin bajar el hacha que sostenía con el otro.

—¿Qué sucede? ¿Quién te lastimó? —La soltó y le colocó un dedo sobre el mentón para alzarle el rostro—. ¿Quién se atrevió? Dímelo y le cortaré los testículos.

Holly negó con la cabeza.

—Nadie. Es solo que… —Respiró profundo—. Durante toda mi vida pensé que había algo mal en mí. Que era defectuosa. Mis padres biológicos no me quisieron y me pusieron en adopción. Mi madre siempre señalaba todo lo que podía hacer mejor. Y los hombres… todos acabaron dejándome.

Einar suavizó la mirada, y el sol le iluminó el cabello con mechones rubios oscuros y cobres.

—¿Qué dices? Esos hombres fueron unos tontos. Si fueras mía… —Se interrumpió y bajó la mirada—. Si no te marcharas mañana, jamás te dejaría ir.

Holly parpadeó con el corazón lleno de dolor, el cuerpo a punto de derretírsele y las lágrimas rodándole por las mejillas.

—¿Qué estás diciendo?

—Confieso, Holly, que hace dos días que no puedo respirar. Que la sola idea de que te marches para siempre… es como si Odín me estuviera perforando el corazón con su lanza. —Exhaló alto—. Quiero que te quedes. Que seas mi esposa. Todo es mejor contigo aquí. Svanhild es más feliz. —Tragó con dificultad—. Yo soy más feliz. No podría desear una esposa mejor que tú. Quiero construir las Orcadas contigo.

Era como si la estuviera llenando de vida. La cabeza le daba vueltas, el estómago se le llenó de algo liviano, y unas burbujas de alegría le produjeron cosquillas en el corazón.

¿Podía considerar quedarse? ¿Podía abandonar la vida que tenía en Orlando? ¿A sus padres? ¿A sus empleados? ¿A sus amigos? ¿Y qué había del hecho de que había un psicópata suelto en la isla que la estaba buscando para asesinarla en nombre de Odín? No sería solo ella quien muriera, sino también su bebé. En Orlando, nadie quería verla muerta.

A pesar de todo, el corazón le susurraba que le encantaría quedarse, ser la esposa de Einar y criar dos niños con él: a Svanhild y a ese bebé que venía en camino. Le tomó el rostro en las manos y le dijo:

—Creo que me quedaría, Einar.

Einar dejó caer el hacha, la tomó en los brazos y la giró en el aire enterrándole el rostro en el cabello. Al cabo de unos instantes, la depositó sobre el césped.

—Te prometo que ese desecho de trol de Thorir no te tocará ni un pelo de la cabeza. —Se aferró al pendiente de Mjölnir.

—Pero aguarda, hay más —le dijo. Oh, cielos, estaba a punto de decirle al padre de su bebé que estaba embarazada. Sabía que Einar no iba a estar encantado con la noticia, pero quería que se quedara. De seguro, estaría bien con el embarazo. Era un hombre amable. Jamás la abandonaría por un embarazo.

—¿Qué sucede?

Extrajo la prueba de embarazo del bolsillo, se aseguró de que el signo de adición siguiera estando allí y se volvió para mirar a Einar.

—¿Qué significa esa runa? —le preguntó.

—Que estoy embarazada —le respondió casi en un susurro.

Tras oír la respuesta, la sonrisa se le desvaneció del rostro y quedó reemplazada por una expresión de confusión y luego, enfado. Rápidamente se transformó en furia pura, pero Holly también avistó un dejo de temor.

—¿Qué has dicho? —bramó.

—Esto es una prueba de embarazo. La he traído de mi época. Acabo de hacérmela, y demuestra que estoy embarazada.

Con el rostro cenizo y el labio superior curvado, Einar dio un paso hacia atrás.

—No —dijo.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar embarazada? No puede ser mi hijo.

—Por supuesto que lo es. No he tenido sexo con nadie más que tú.

—Pero nos casamos hace dos semanas. Necesitas dos meses para saber…

—No, esta es una prueba de embarazo temprana y muestra…

Einar rugió y cerró las manos en puños al tiempo que se le oscurecían los ojos como si algo terrorífico lo acechara desde lo más profundo.

—No, no me puedes hacer esto —determinó—. Dijiste que no podías tener hijos.

—Estaba equivocada —susurró—. Solo te necesitaba a ti. Es un milagro, Einar.

Pero el *jarl* negó con la cabeza, con la mirada salvaje de un animal acorralado. El mundo de Holly se hizo añicos, y la liviandad, la calidez y la felicidad se evaporaron. El cuerpo entero le dolía.

—No quiero más niños. No quiero una esposa que quiera tener niños. He perdido al amor de mi vida en el parto, y hace mucho tiempo juré que jamás volvería a soportar eso. Pensé que eras perfecta. Dijiste que no podías quedar embarazada, y, aun así, no me quise arriesgar a derramar mi semilla en tu interior. Y ahora esto… —Se pasó los dedos por el cabello—. No puedo soportar que mueras dando a luz a ese niño.

Holly se estremeció, pero en esta ocasión no fue de nervios, sino de dolor avasallante.

Al final, el hombre que más le importaba en la vida, el que le acababa de decir que era perfecta, le había encontrado una falla. Y la falla era lo mejor que le había pasado en la vida.

Einar recogió el hacha y negó con la cabeza.

—Acabas de abrir las puertas del Helheim para mí.

Sin decir más nada, se marchó. Y Holly se deshizo por dentro. Se había equivocado. La felicidad que había compartido con Einar había sido una ilusión. Y, una vez más, la volvían a dejar y se sentía rechazada.

Pero en esta oportunidad no estaba sola. Tenía un bebé al que proteger, y el sitio más seguro para ese niño sería en su propia época, lejos de Thorir y todos los peligros del mundo de los

vikingos.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Más tarde ese mismo día, Einar iba de camino a casa con las manos llenas de liebres y el corazón, de dolor. Había salido luego hablar con Holly, desesperado por distraerse de lo que más lo aterrorizaba en el mundo: conocer a una mujer que le importara. Y que esta corriera el riesgo de morir porque él la había dejado embarazada.

No quería pensar en Agdis ni en Holly, pero mientras colocaba las trampas y aguardaba la llegada de los animales, se le aceleró la mente, y los recuerdos más dolorosos salieron a la luz como las fresas más maduras en el bosque.

Recordó la alegría de sostener a Svanhild por primera vez, y el temor que lo embargó mientras Agdis daba a luz. Recordó cómo, durante el segundo parto, los dolores de su esposa habían sido mucho más intensos, tanto así que toda la aldea la oyó gritar. A pesar de las protestas de la partera, había entrado en la recámara. No había nada que lo asustara más que aguardar al otro lado de la puerta sin saber qué estaba ocurriendo, luchando contra un enemigo invisible sobre el que no tenía ningún poder: el destino.

Le había sostenido la mano a Agdis y le había secado la frente con un trapo frío y húmedo.

—El bebé es demasiado grande —había dicho la partera—. No logrará pasar.

El significado de esas palabras le cayeron encima como un árbol gigante y lo aplastaron hasta provocarle dolor en todos los músculos y todas las extremidades con la agonía de mil muertes.

Si hubiera podido, hubiera muerto en su lugar. Hubiera llevado la carga, el dolor y la desesperación de estar atrapado en un cuerpo que no podía hacer lo que debía hacer. Pero lo único que pudo hacer fue permanecer a su lado, oír los gritos de dolor lacerante y aguardar a que muriera.

Y cuando por fin la perdió, tuvo que salir de la habitación con el cuerpo entumecido, el mundo en penumbras y mirar a su hija de dos años.

—Mamá… —comenzó la niña mientras masticaba la muñeca de madera que le había tallado ese año—. ¿Dónde está mamá?

A pesar de que era muy pequeña, pudo jurar que comprendía que jamás volvería a ver a su madre. Vio algo opaco en sus ojos antes de que rompiera a llorar. Y Einar se marchó. No soportó mirarla a los ojos. La niña necesitaba a su madre, no a él. Jamás lo necesitaría.

De ninguna manera podría volver a atravesar por eso con Holly ni permitir que Svanhild lo hiciera. Ese sería su fin.

Sería mejor que Holly se marchara, que regresara a su época. A juzgar por lo que le había contado, los curanderos podrían ayudarla. Ella y el bebé vivirían. Y Einar prefería saber que se encontraba bien y a salvo en otra época, con su hijo, a que se quedara a su lado y corriera peligro en el parto, algo de lo que jamás podría protegerla.

El sol se estaba ocultando en el horizonte cuando se acercó a la aldea.

—¡Einar! —lo llamó Lofarr, que hacía guardia en la aldea—. Por fin has regresado. No sabíamos dónde estabas.

—¿Qué sucede? —preguntó Einar desechando sus pensamientos y dejando que la furia y el temor de la batalla lo embargaran—. ¿Alguna novedad de Thorir?

—Hemos encontrado el sitio donde se esconden. Hay una cueva al otro lado de la isla. Habían salido a pescar, pero van a regresar pronto y podemos tenderles una emboscada.

—Por fin buenas noticias —dijo Einar—. Preparemos los caballos y vayamos a acabar con esos bastardos.

~

HOLLY OBSERVÓ cómo Svanhild tejía una suerte de croché con una aguja. El vestíbulo estaba en silencio, los criados limpiaban la cocina, barrían el suelo y guardaban los platos y cubiertos limpios en su sitio. La escena del hogar ordenado y las manos de Svanhild haciendo movimientos repetitivos la calmaba y le aliviaba el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Esa era su última noche con la niña que se había convertido en su hija… su última noche con Einar. La última noche en el lugar que la había aceptado con los brazos abiertos. En el lugar donde se sintió parte de una familia por primera vez en la vida.

Holly recordó la primera vez que había visto a Einar, cuando la salvó de Thorir. Luego recordó la boda, el beso apasionado que la había hecho arder de deseo. Y pensó en Svanhild y en lo mucho que quería a esa niña pequeña, amable y encantadora. Atesoró todos los momentos. Los iba a echar mucho de menos. Cuando regresara a casa, tendría que criar al bebé sola. Sus padres la ayudarían, pero jamás volvería a experimentar esa sensación de familia: de tener un marido e hijos. Solo podría contar con el trabajo y su bebé.

—Mira, Holly, no es difícil. Se llama «*nålbinding*», o red sin nudos. —La aguja que sostenía en la mano era gruesa y grande, hecha con algún hueso o marfil, y la niña movía las manos rápido—. Envuelves el ovillo en el pulgar, pasas la aguja por el hueco y formas uno nuevo, pero no lo cierras. Luego colocas la aguja en el nuevo hueco. Y así se forma esta cadena.

—Oh, tesoro, eres muy buena tejiendo. ¿Qué estás haciendo?

—Guantes para el invierno para mi padre. Luego le tejeré medias y un gorro para cuando vaya a cazar.

Holly sonrió, pero unas lágrimas le llenaron los ojos. «Para cuando vaya a cazar…». Las palabras de la niña le hicieron comprender que jamás lo vería cazar en el invierno. En ese momento, había partido en búsqueda de Thorir. Por fin habían encontrado el escondite del psicópata. Y al menos sabría que Svanhild no correría tanto peligro luego de que lo capturaran.

Einar había dejado a algunos guardias en la aldea, pero casi todos los hombres habían ido con él. Todos querían terminar con eso de una vez por todas.

Holly tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Estará muy fe…

De repente, la puerta se abrió de par en par, y se oyeron unos gritos femeninos que atravesaron el aire. Varios hombres se encontraban de pie en el marco. Eran figuras altas, con los rostros sucios y las barbas enmarañadas. Llevaban hachas y espadas cubiertas de sangre. Thorir.

Holly se puso de pie de un salto para escudar a Svanhild. Sintió el cuerpo pesado como el plomo y frío como una escultura de hielo.

—Dame la aguja, Svanhild —le dijo Holly sin perder la calma al tiempo que estiraba la mano

por la espalda. La niña le hizo caso. Holly no solo tenía que protegerse a sí misma y a su bebé, sino también a Svanhild.

Thorir le clavó la mirada de predador.

—Te encontré, bruja. —Avanzó hacia ella con el hacha en las manos—. Por fin Odín tendrá su sacrificio.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Einar y sus hombres se escondieron detrás de los arbustos sobre la cima de las colinas durante mucho tiempo. Cada vez que las olas oscuras rompían contra las arenas blancas debajo de ellos, y nadie aparecía, la preocupación le formaba más nudos en la boca del estómago. Cuando la luna estuvo alta en el cielo estrellado y aún no vieron que nada se moviera en la costa, Einar supo que Thorir y sus hombres no regresarían esa noche. Lo que significaba que…

—Que Thor me embista con su martillo —maldijo Einar y se incorporó de un salto—. ¡La aldea! Están atacando la aldea.

Los hombres soltaron gritos de preocupación y enfado y salieron corriendo hacia los caballos. Se encontraban en el extremo opuesto de la isla. Jamás llegarían a tiempo, pero debían intentarlo.

«Tonto. Tonto. Tonto», parecían decir los cascos del caballo al tocar el suelo.

Se había dejado engañar con demasiada facilidad. Era como si no fuera un hombre adulto, un líder templado en las batallas, sino un niño. Un niño tonto e ingenuo que estaba a punto de perderlo todo, incluidos sus seres queridos. Svanhild, su única hija. Holly, la mujer por la que le dolía el corazón, la que su cuerpo demandaba, la que le nutría el alma. Y otro niño que aún no había nacido.

—¡Arre! —exclamó Einar clavando los talones en los laterales del caballo—. ¡Vamos, amigo!

Su bebé. ¿Sería un niño? Holly le había dicho que tendría tres hijos. Los ojos se le humedecieron. ¿Estaba lloviendo? No, el cielo estaba despejado. Eran lágrimas. Apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que los sentiría partirse. Las sensaciones de impotencia, desesperación y furia le rugían en el interior, convirtiéndole los músculos en piedras mientras algo caliente y doloroso se le arremolinaba en el vientre. Debería haber enviado a Holly a casa ese mismo día.

¿Había alguna posibilidad de que los doce hombres que había dejado en la aldea pudieran proteger a todos? Si Thorir le hacía daño a alguien, Einar consideraría torturarlo con el método del águila de sangre.

En la aldea reinaba el silencio, los techos de paja y las casas de piedra se veían plateadas bajo la luz de la luna. En el aire pendía un olor a sangre apenas perceptible. Cerca de las primeras casas, dos de los hombres de Einar yacían muertos. Encontraron al resto muertos en la aldea y detectaron algunos indicios de batalla. En las calles, había heno, frascos destrozados, granos desparramados, huevos rotos y prendas hechas añicos y desparramadas entre los edificios. No cabían dudas de que los hombres de Thorir habían atacado y se habían marchado.

Con el hacha y el escudo preparados, Einar corrió hacia la casa. Tenía las extremidades

rígidas del temor.

En el interior estaban las criadas de la cocina con cuchillos y horquetas en las manos. Una yacía en una cama con un golpe en la cabeza. La casa parecía como arrasada por una tormenta: las mesas y los bancos estaban dados vuelta, la comida y los utensilios de cocina desparramados por doquier y el aire lleno de olor a hidromiel derramada.

No había ninguna señal de Svanhild. Ni de Holly. Einar sintió que la tierra desaparecía debajo de sus pies, como si los gigantes hubieran cavado una cantera en el suelo y se hubiera caído en el abismo de la desesperanza.

Thorir se había llevado a sus chicas: a su mujer embarazada y a su única hija.

—Estaban vivas cuando se las llevó —le dijo Bera—. Me pidió que te dijera que puedes ir con oro para rescatar a Svanhild.

A Einar le temblaron las manos.

—¿Y mi esposa?

Bera bajó la mirada.

—Dijo que no fueras por ella, *jarl*.

De pronto, se encontró mirando en lo más profundo de un abismo eterno, oscuro y profundo. Era la locura que lo aguardaba si perdía a todos sus seres queridos.

Se volvió hacia sus hombres.

—Al barco. Ya. ¡Ya! No regresaremos hasta no encontrarlas, vivas o muertas.

Los hombres asintieron con expresiones sombrías.

—Y hasta no enviar a Thorir al Helheim.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Navegaron durante mucho tiempo. El viento hacía flamear las velas del *drakkar* que Thorir le había robado a Einar. Holly se acurrucó con Svanhild cerca del mástil y la abrigó con el tapado de piel que les habían dejado llevar. A pesar de que era junio, hacía frío en el mar.

—Todo estará bien —le susurró Holly a Svanhild, a pesar de que no creía sus propias palabras—. Tu padre vendrá a rescatarnos.

Le echó un vistazo a Thorir, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Has oído, Thorir? —le gritó con desprecio—. Vendrá a salvarnos.

Esperaba que corriera hacia ella y le diera una bofetada, como lo había hecho en la tienda de campaña. Pero continuó mirándola casi con pereza y le dijo:

—Eso espero.

Los hombres remaban a ambos lados del navío y le arrojaban miradas solemnes y cargadas. Holly guardó silencio. No había nada que pudiera hacer para liberarlas en ese momento. Aún tenía la aguja de Svanhild y tenía la certeza de que llegaría el momento de utilizarla.

Cuando llegaron al destino ya había amanecido. La isla era igual que cualquier otra de las Orcadas. Había una granja de tamaño considerable, una aldea con edificaciones redondas de piedra desparramadas entre las colinas verdes. Varias vacas y ovejas pastaban en lo alto de las pendientes. Pero como habían navegado durante toda la noche, ¿podían encontrarse todavía en las Orcadas? Debían de estar en otro lado. ¿Sería parte de las islas Shetland? ¿Se encontrarían mucho más al norte?

Varios hombres y algunas mujeres caminaban alrededor del asentamiento con expresiones serias en el rostro y prendas desgarradas. Miraron a Thorir con temor y evitaron hacer contacto visual. ¿Qué sucedería si Einar no encontraba a Holly y Svanhild a tiempo? Holly se estremeció de solo pensarlo.

La encerraron con Svanhild en un cobertizo de piedra. No había ventanas, solo heno desparramado por doquier. Olía a tierra y animales.

Mataría a Thorir antes de permitir que le hiciera algo a ella o a Svanhild. Le atravesaría un ojo con la aguja… o quizás la garganta. Se volvió a estremecer. ¿Acaso estaba planificando un asesinato? Bueno, una madre hacía lo que fuera necesario para proteger a sus hijos. Lo que fuera necesario. Y ahora que tenía el regalo más precioso que había, un bebé creciendo en su interior, no permitiría que nadie lo lastimara mientras le quedaran fuerzas para luchar.

Svanhild y Holly golpearon la puerta y pidieron ayuda a los gritos, pero por supuesto que no ocurrió nada. Pasaron el primer día a solas. Recorrieron la puerta y cada esquina del cobertizo, pero no encontraron ninguna salida. Para distraer a la niña de la situación, Holly le contó más acerca del futuro. Le habló de los aviones, los coches, la televisión, las películas y la música.

Svanhild le contó historias acerca de Einar y de su vida con el tío Rögnvald. Le habló de los primos que eran sus amigos, cómo había encontrado a Loki lastimado y abandonado en el bosque y lo había curado, y cómo el tío Rögnvald le enseñó a jugar *hnefatafl*.

Luego Holly perdió la noción del tiempo. Al final del primer día, la lámpara se había quedado sin aceite, pero al poco tiempo llegó una mujer con otra lámpara, comida y agua. A partir de entonces, acudió una vez al día para llevarles más suministros y vaciar las bacinillas. Holly intentó hablar con ella, pero era evidente que tenía miedo y mantenía la boca cerrada. Por eso, se movía con prisa y se marchaba lo más pronto que podía.

Debió de ser el quinto día cuando Holly oyó unos pasos pesados detrás de la puerta. No se trataba de los pasos de la criada que ya se había acostumbrado a oír. Holly y Svanhild se enderezaron, y Holly cerró los dedos sobre la aguja que llevaba en el delantal del vestido. Alguien quitó la barra que trababa la puerta, y cuando la puerta se abrió, vieron a un guerrero de pie en el marco.

El hombre entró y depositó dos cuencos con comida y una jarra de agua en el suelo. Luego se volvió hacia Holly. Siguiendo un instinto, Holly dio un paso hacia atrás, pero la mano fuerte le sujetó el brazo y la jaló hacia él. Svanhild se incorporó de un salto con una expresión aterrorizada en el rostro.

—Vienes conmigo. Thorir quiere verte —le informó el guerrero.

—Regresaré, Svanhild —le dijo a la niña por encima del hombro al tiempo que el hombre la arrastraba hacia el exterior—. No te atrevas a tocarla, ¿me oyes?

El hombre se limitó a soltar un gruñido. Una vez fuera, miró desesperada alrededor en busca de ayuda, pero nadie le prestó atención. Era como si fuera una cabra o una oveja a la que estaban conduciendo a algún sitio. Sin dudas, estaban acostumbrados a los esclavos. A lo mejor, esas personas eran esclavas.

—¿Qué quiere conmigo? —le preguntó mientras intentaba liberarse el brazo—. Suéltame. Ayúdanos a escapar. Le diré a Einar que nos has ayudado y te dará un tesoro y mucha plata. Jamás tendrás que ver a Thorir de nuevo.

—Cierra el pico —le ordenó.

La arrastró hacia la casa más grande, que tenía la mitad del tamaño de la de Einar. Thorir debía de encontrarse en el interior, de seguro rodeado por sus hombres. Si quería hacer algo para escapar, debía de ser en ese instante.

—Te voy a maldecir —le advirtió—. Ya sabes que soy una bruja, ¿no? Te voy a maldecir. Le pediré a la norna que teja en tu destino que tus partes masculinas se vuelvan verdes y se sequen. Nunca podrás…

El golpe que le asestó en la nuca hizo que le sonaran los dientes. Holly se frotó la cabeza. Al parecer, pretender que era una bruja solo funcionaba con niños pequeños. Pero ¿dónde estaba la prueba de embarazo cuando la necesitaba?

Ingresaron en la casa, que estaba tenuemente iluminada y, al igual que todas las casas de las Orcadas, no tenía ventanas. La habitación estaba llena de hombres que comían. En el aire pendía el olor acre a cuerpos sucios mezclado con el aroma fuerte y dulce del hidromiel.

Al otro lado de la habitación, Thorir estaba sentado en una silla grande de madera que parecía un trono. La silla estaba decorada con huesos de todos los tamaños y con las calaveras de algunos animales. Hasta donde podía ver, no había ninguna calavera de seres humanos, pero, aun así, sintió un escalofrío en la columna vertebral. Thorir se apoyaba contra el brazo de la silla y sostenía un cuerno con hidromiel en la mano. En cuanto entró, le clavó la mirada y esbozó una sonrisa lenta y perezosa.

Holly enderezó los hombros. No le daría la satisfacción de verla con miedo.

Thorir se puso de pie, le hizo un gesto de asentimiento al guardia, y caminó hacia la parte trasera de la casa. Al igual que en la de Einar, había una pared de madera y una puerta. Si quería estar a solas con ella…

Cuando la puerta se abrió, volvió a sentir un escalofrío. Ya había estado a solas con él, y Einar la había rescatado. En esta ocasión, habían pasado cinco días, y era probable que no las encontrara o que no llegara a tiempo. Pero todavía tenía la aguja.

Adentro había una cama grande, un hogar, varios baúles y una mesa pequeña con una silla. A Holly le dolían el cuello y los hombros de obligarse a mantener el mentón erguido. Sentía los pies pesados como el plomo, los pulmones se le contraían en búsqueda de aire y se le cerraban los puños.

El guardia se marchó de la habitación y la dejó a solas con Thorir, que llevaba una espada y un hacha. Además, había dos hachas y un escudo colgados de la pared. ¿Qué podría hacer una aguja de hueso contra esas armas y un sujeto que tenía el doble de su tamaño? Aunque podía tomar una de las hachas y… hacer lo que fuera necesario para salvar a Svanhild y a su bebé.

La idea le infundió fortaleza. Era una loba, se recordó. Einar se lo había dicho. Tenía que creer que su marido estaba en lo cierto.

—Bastardo —le dijo—. ¿Qué quieres de mí?

—Necesito que me cuentes algunas cosas. —Se acercó a ella e intentó sujetarla del brazo, pero Holly se apartó. Thorir la sujetó con fuerza, le hundió los dedos en la carne y la obligó a sentarse en una silla. Holly se llevó la mano al muslo, donde ocultaba la aguja, en el interior del delantal—. ¿Por qué tengo la sensación de que no me lo vas a poner fácil? —se preguntó.

Le tomó la mano y no se la soltó. Se la apoyó contra el brazo de la silla y le pasó una tira de cuero por la muñeca. Holly sintió la presión dolorosa contra la piel.

—¡Pero qué diablos! ¡Suéltame! —exclamó.

Ignorando las protestas, repitió el proceso con la otra muñeca, y Holly le asestó una patada en la espinilla. Thorir se cayó sorprendido y un pequeño hilo de sangre le manó de la boca. Sonrió entretenido, y cuando estaba a punto de incorporarse, Holly se puso de pie con la silla pegada a los brazos y movió el cuerpo para golpearlo. Thorir dio un salto hacia atrás y sujetó una pata de la silla y la sacudió. Al caer, la muñeca de Holly quedó en un mal ángulo bajo la silla pesada. Un dolor cegador se le expandió por todo el brazo.

Thorir volvió a acomodar la silla para que quedara sentada.

—Estoy disfrutando este adorable acto de desafío —le aseguró, y, a pesar de que la sonrisa se le había desvanecido, aún se veía relajado—. Pero estás empeorando las cosas para ti. No tendré piedad alguna para ti, bruja. Y no puedes ganar. Has perdido desde el momento en el que te vi. Me perteneces. Y haré lo que me plazca contigo.

Extrajo una espada corta y se la apuntó a la garganta hasta que la hoja fría se le clavó contra la piel. Tenía el rostro tan cerca del suyo, que inhaló el aliento a hidromiel. Los ojos celestes la perforaban. Sin quitarle la espada de la garganta, alzó la otra mano para quitarle un mechón de cabello del rostro con suavidad, y le produjo un escalofrío.

—Ahora me darás las respuestas que quiero. Y luego te enviaré de regalo a Odín. —Le tomó el rostro entre las manos—. Casi me siento tentado de quedarme contigo. Mmm, eres una mujer hermosa y apasionada. Si te disciplino, solo puedo imaginar las noches que compartiría contigo.

Se arrodilló y comenzó a sujetarle los tobillos a la silla.

—Si mueves la pierna, tendrás una herida tan profunda que te desangrarás como una cabra. Primero vamos a hablar, y luego puede que me permita un bocado de ti antes de que Odín te

tenga entera para él.

—Vete al infierno —le escupió.

—Hummm, no, prefiero ir al Valhalla. —Terminó de sujetarle las piernas a la pata de la silla y se enderezó—. Pues, bien. He visto mucho mientras me ocultaba en Mainland. Vi la cantidad de hombres que tiene Einar y las armas. Sé qué barcos tiene. Ahora tengo toda su plata y la mayoría de sus posesiones de valor, incluidas tú y su hija. Lo que aún no sé es qué tipo de acuerdo tiene Einar con el rey Harald. ¿Harald le enviará refuerzos? El enviado del rey, Solver, se ha marchado. Pero ¿va a regresar con más hombres?

Holly apretó los dientes.

—No te diré nada.

Cuando Thorir la abofeteó, la cabeza le salió disparada hacia la derecha. Los oídos le ardieron y sintió un dolor lacerante en la cabeza.

—Te equivocas —afirmó.

Holly se volvió hacia él.

—Púdrete en el infierno.

Esa contestación le costó otra bofetada en la otra mejilla. La golpeó con tanta fuerza, que la cabeza le dio vueltas del dolor punzante. Oh, cielos, ese dolor y ese estrés no podían ser buenos para el bebé. Pero no podía callarse la boca. Además, algo en ella le decía que, si se mostraba amable, guardaba silencio y actuaba de forma sumisa, empeoraría las cosas. Si quería proteger a su bebé y a sus seres queridos, tenía que hacerle perder los estribos para poder intentar matarlo. Si lograba escapar, Thorir jamás dejaría de perseguirla mientras viviera.

—¿Por qué se marchó el hombre del rey? ¿Ha ido a buscar más hombres? —gruñó Thorir. Estaba perdiendo la paciencia y se estaba enfureciendo.

—¡Sí, por el amor de Dios! —exclamó—. Regresará con un gran ejército y…

—Mentirosa. ¿Crees que será mejor decirme lo que quiero oír?

Tomó la silla y la arrojó al otro lado de la habitación, con Holly incluida, como si no fuera más que un saco pesado. Holly salió volando, y el corazón se le subió a la garganta. Luego se estrelló contra una pared de piedra y se golpeó la cabeza y el lateral. El impacto la dejó sin aliento y ensordecida. La silla se rompió, y algo afilado le atravesó un lateral.

—Es inútil —oyó que mascullaba Thorir antes de abrir la puerta—. Tráiganme a la niña para que la bruja empiece a hablar.

CAPÍTULO
VEINTE

9 de junio

En el transcurso de los últimos días, Einar y sus hombres habían recorrido cada centímetro de tierra de las Orcadas luchando contra los bandidos que Thorir había abandonado tras escapar. El día anterior, uno de los hombres a los que había herido, le informó con malevolencia que Thorir había encontrado una nueva base en una granja en las islas Shetland.

Einar era un tonto. Debería haber ido a las Shetland desde el comienzo. Las islas quedaban al norte de las Orcadas y de Bretland y, por ende, era menos probable que alguien las rigiera. Einar aún no había llegado allí. No le sorprendería que las islas estuvieran llenas de bandidos y de otras bandas, además de la que lideraba Thorir.

Ahora veía la isla en cuestión en la distancia. Einar divisó el barco que Thorir le había robado, el Oso Marino, anclado en el muelle.

—¡De prisa! —ladró, y los hombres remaron más rápido. La gente en la isla echó a correr para prepararse para luchar contra Einar y sus hombres.

—Atrapemos a estas porquerías —dijo Einar—. Encontremos a mi esposa y a mi hija.

El barco se golpeó contra el muelle. Los hombres recibieron una lluvia de flechas y alzaron los escudos para protegerse. Algunos soltaron gritos de dolor cuando las puntas afiladas les perforaron el brazo, pero, aun así, avanzaron.

Mientras se abrían paso entre las fuerzas de Thorir, perdieron a varios hombres. Los bandidos los superaban en número, pero iban desaliñados y mal alimentados en comparación con los hombres de Einar. En el aire resonaron los estrépitos metálicos del hierro contra la madera.

Einar tomó a un hombre del cuello.

—¿Dónde están mi esposa y mi hija? Si me lo dices, no sufrirás una muerte dolorosa.

El hombre señaló hacia la casa, y Einar le cortó la garganta como quien sacrifica a un animal intentando minimizar el sufrimiento lo más posible.

—¡A la casa comunal! —exclamó Einar, y los hombres avanzaron.

La puerta se abrió de par en par. En el interior, los hombres de Thorir formaban una pared protectora detrás de la cual se encontraban Thorir, Holly y Svanhild.

A Holly le sangraba la cabeza y tenía la mitad del rostro cubierto de sangre. Einar cerró los puños al ver la escena, y se llenó de ira y venganza. Svanhild se encontraba bien, solo asustada, y tenía los ojos abiertos de par en par. Thorir le apuntaba un *seax* y, al verlo, Einar sintió punzadas de temor como si le estuvieran clavando miles de agujas en el cuerpo.

—Solo tú, Einar —dijo Thorir sin apartar la espada de la garganta de Svanhild—. Debes

entrar solo.

Einar escupió el suelo y miró a sus hombres.

—Mantengan los oídos alerta. Si oyen el más mínimo inconveniente, si me mata, entren. Deben proteger a Svanhild y Holly.

Tras decir eso, entró en la casa, y la puerta se cerró a sus espaldas.



A HOLLY le latía el corazón desbocado al ver a Einar en el marco de la puerta, con el rostro y la armadura de cuero manchados de sangre, el cabello húmedo, y una mirada que le prometía la muerte a Thorir. Había ido a buscarlas. Había luchado por ella y por Svanhild. La plegaria para volver a verlo, aunque solo fuera por un momento, se había vuelto realidad. Solo esperaba que se tratara de la sangre del enemigo y no de la suya.

Cuando la miró a los ojos, los de Einar reflejaban dolor, temor, esperanza y ternura. Todo se detuvo y le transmitió un mensaje invisible. Había ido por ella, por las dos, y no permitiría que nada malo les ocurriera. Pero debían actuar como un equipo, debía confiar en él. Al comprenderlo, Holly le hizo caso. El corazón le cantó en el pecho, se le expandió y se le aceleró.

Sin que nadie lo notara, se metió la mano que ya no tenía sujeta a una silla con una cuerda de cuero en el delantal. Con cautela, extrajo la aguja larga y gruesa. La guardaba en el delantal a la espera del momento indicado.

—Devuélveme a Svanhild y Holly —dijo Einar cuando la puerta se terminó de cerrar.

Thorir soltó una carcajada.

—¿Has traído el oro?

—Sí, está en el barco.

—Gunnar, ve a ver —instruyó Thorir, y uno de los hombres abandonó la formación—. ¿Cómo me encontraste?

—Uno de tus hombres te traicionó. Pero este debería haber sido uno de los primeros sitios donde buscar.

—Sí, pero supongo que no eres tan sabio como algunos creen. No eres tan sabio como lo sería un verdadero descendiente de Odín.

—Supongo que no —acordó Einar—, pero al menos no huelo a mierda de trol ni vivo en un chiquero.

El rostro de Thorir se tornó serio.

—Ya basta de bromas. Desármenlo.

Holly observó horrorizada cómo uno de los hombres de Thorir se acercaba a Einar, quien le entregó el escudo y la espada de buena gana.

—¿Solver regresará con el ejército de Harald? —le preguntó Thorir—. Tus mujeres se rehúsan a decírmelo.

Einar apretó la boca para formar una línea delgada.

—¿Tú le has hecho eso a Holly?

—No quería comportarse de manera amistosa.

—Pagarás por eso. ¿Quieres que Odín repare en ti? Pues, yo haré que lo haga. Un águila de sangre te llevará volando hasta él.

La sonrisa arrogante se desvaneció del rostro de Thorir, que ahora fruncía el ceño.

—No me amenaces. Tengo a tu hija y a tu esposa aquí.

Le apretó la hoja contra el cuello de Svanhild, y Holly cerró el puño sobre la aguja. No estaba

lo suficientemente cerca como para hacer algo sin atraer la atención del bandido.

El rostro de Einar era una máscara de temor y furia. Se lanzó hacia adelante en vano, pues uno de los hombres que formaban la barrera protectora lo detuvo con un golpe seco en el pecho.

Siguiendo un instinto, Holly avanzó y sintió una punzada en el lateral herido. De pronto, la puerta se abrió, y Gunnar volvió a entrar.

—No hay oro, señor —informó.

El rostro de Thorir se transformó en una máscara roja de furia.

—¿Dónde está el oro, Einar? —gritó.

—La aguja —susurró Svanhild al tiempo que buscaba la mano de Holly.

Holly sintió que la sangre le abandonaba el rostro. ¿Svanhild estaba lista para hacer eso?

—Ahora —susurró.

Holly le pasó la aguja con las manos temblorosas. Oh, pero qué niña más valiente. Era toda una guerrera.

—El oro está escondido. —Einar dio un paso hacia adelante, casi apretándose contra los hombres que formaban la barrera protectora.

—¡Maldito mentiroso! —gritó Thorir, luego se acercó más a Svanhild y le apretó la espada contra el rostro.

Y entonces ocurrió todo. Con un movimiento rápido, Svanhild se volvió hacia él. Echó el brazo hacia atrás, le clavó la aguja en el antebrazo y se la hundió en la carne. Thorir soltó la espada y se sostuvo el brazo sangrante. La niña debió haberle perforado una arteria, porque el bandido se apretaba la herida con la otra mano y se veía conmocionado y desorientado.

El momento había llegado. Era en ese entonces o nunca. Holly tomó la espada pequeña que había soltado y se la clavó en el borde del cuello. A Thorir se le formó una mueca de ira por la sorpresa y la sangre le fluyó de la herida como una pequeña catarata. Luego se cayó y no se movió más.

Los hombres de Thorir miraban al líder muerto como si hubieran sido testigos del fin del mundo.

—¡Lofarr! —gritó Einar al tiempo que pateaba el escudo de uno de los guerreros—. ¡Entren!

La puerta se abrió de golpe, y, cuando los hombres de Einar entraron en la casa, se desató la batalla, que ocupó todo el espacio y lo llenó de gritos y de estrépitos de escudos, espadas y hachas. Sin embargo, los bandidos habían perdido las ganas de luchar, se dieron por vencidos rápido y suplicaron piedad.

A Holly le temblaron las manos mientras observaba el cuerpo sin vida sin poder dar crédito a lo que había hecho. Sintió como si se estuviera viendo desde afuera. Acababa de matar a un hombre. Bueno, en realidad se lo había buscado. Jamás permitiría que nadie lastimara a su bebé, a Svanhild o a Einar.

Cuando Einar la envolvió a ella y a Svanhild en sus brazos, inhaló el querido aroma familiar y se hundió en el consuelo de la persona que se sentía como su hogar.

—Están vivas —susurró y besó a Svanhild en la cabeza y luego a Holly—. Las dos están vivas. Vamos a casa. Nunca permitiré que nada malo les vuelva a suceder.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

I 0 de junio

EINAR TENÍA los brazos fuertes y cálidos envueltos en la cintura de Holly y le apretaba el cuerpo contra la espalda. Holly sentía cómo se le inflaba y desinflaba el pecho al respirar al mismo ritmo que ella mientras yacían en la cama. Inhaló el aroma familiar a polvo que siempre estaba presente en la casa, el de la leña, el cuerpo y el hierro, así como también el de la comida que siempre llegaba a la habitación gracias a las paredes delgadas. Las penumbras le resultaban agradables, con las llamas que bailaban contra las paredes y los sonidos de la gente que cocinaba y comía en el salón principal y la hacían sentir como en casa. Como si por fin hubiera llegado a casa.

Pero no quería pensar en eso en ese momento. A pesar de que ni la fusión ni su trabajo eran lo que más le importaba en la vida, tenía que marcharse por el bien del bebé.

Aún sentía como si le hubieran partido la cabeza en dos, tenía el estómago acalambrado y experimentaba un dolor punzante en el lateral. Durante todo el trayecto de regreso de las islas Shetland se había sentido como un charco de alguna sustancia viscosa. Pero ahora que se encontraba en los brazos de Einar, comenzaba a recuperar las fuerzas.

—Has dejado de temblar —señaló Einar—. ¿Te sientes mejor?

Hasta su voz le resultaba reconfortante. Como si fuera su hogar. Como el cuenco con caldo de pollo y fideos que le había hecho la cocinera especialmente para ella y se encontraba sobre el taburete que había al lado de la cama echando humo. Holly soltó el aliento relajada. La gente allí era muy amable. Les había enseñado a las cocineras a hacer fideos simples el día anterior a que la secuestraran, y habían recordado que le gustaba comer sopa de pollo con fideos cuando se encontraba enferma o necesitaba consuelo.

Cuando vieron que Einar la llevaba en sus brazos, Bera dijo:

—Vayan a sacrificar una gallina. —Y, como Holly supo que iban a hacer sopa, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se apretó más contra Einar.

—Me haces sentir mejor —le susurró—. ¿Svanhild se fue a dormir bien?

—Sí, se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza contra la almohada.

—Qué bueno.

—Todo ha sido mi culpa, Holly. Si hubiera tenido más cuidado…

—Has tenido cuidado. Y no ha sido tu culpa. Fue culpa de Thorir. No podrías haber sabido…

—No, te equivocas. Pero ha pagado por lo que te hizo a ti y a Svanhild.

Holly se estremeció al pensar en Thorir y en cómo la espada pesada se le había hundido en la

piel. Recordó la expresión de sorpresa y dolor. Y la sangre.

A pesar de todo, ahora se encontraba a salvo y, al parecer, el bebé también. Y, dadas las circunstancias, lo volvería a repetir todo. Quizás sí era una loba.

—Debería haber buscado mejor —siguió Einar—. Así habría descubierto la cueva en la que se escondía. Y, aunque no lo hubiera encontrado, no debería haber dejado solo a doce hombres para proteger la aldea. O debería haber pensado en buscarlas en las islas Shetland de inmediato. Debería haber supuesto que escogería las islas más remotas con la menor cantidad de gente. Pero no podía pensar. Fue como si me hubiera quitado todo el aire del cuerpo, toda habilidad de pensar con claridad. Como si mi alma me hubiera abandonado. Tomar a Svanhild y a ti…

Se enterró en lo más profundo de su cuerpo cálido. De haber sido posible, se hubiera envuelto con él como si fuera una manta. Las palabras le llegaron a lo más profundo del alma y le produjeron una alegría cosquilleante tan grande que le vibró y resonó en todo el cuerpo. Y la sanó.

Einar la hizo volverse hacia él y le tomó el mentón entre las manos. Los ojos grises ardían con tal intensidad que Holly sintió que se le estrechaba el pecho y la cabeza le daba vueltas. Pero quizás solo se debía al golpe que había recibido estando con Thorir.

—Me has llenado el corazón, Holly —le dijo—. De solo pensar que estás de pie sobre la misma tierra que yo y respiras el mismo aire que yo siento que me das un regalo que jamás podré devolverte. Como si… —Se le quebró la voz por un momento. A Holly el corazón le latía desbocado en el pecho. Einar soltó el aliento algo tembloroso—. Es como si hace mucho tiempo hubiera perdido la habilidad de respirar y tú me estuvieras ayudando a aprender a hacerlo de nuevo.

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas. Nadie jamás le había dicho ese tipo de cosas antes. Sonaba como si la amara… El estómago se le estremeció de excitación. Sin embargo, una voz en el interior de la cabeza que sonaba como su madre o como alguien a quien conocía demasiado bien, le decía: «Puede que solo se sienta culpable. Ten cuidado. Los hombres no suelen enamorarse de ti. No suelen escogerte».

Se puso tensa y cerró los ojos al tiempo que una lágrima le rodaba por la mejilla. Ese día, escogería ignorar esa voz. Ese día, escogería guardar esperanzas.

—Einar… —Abrió los ojos para decirle que era lo mejor que le había pasado en la vida, pero una contracción grave la hizo retorcerse de dolor y gritar. Sintió un borbotón de algo cálido entre las piernas.

—¿Holly? —Einar se sentó y la pregunta reflejó la preocupación que sentía.

Holly alzó la manta y las faldas y vio que tenía las caras internas de los muslos cubiertas de sangre roja.

—¡No, no, no! —gimoteó al tiempo que unas lágrimas le recorrían las mejillas y sentía como si algo le desgarrara el pecho. Sintió una nueva ola de dolor que le partió el vientre en dos.

—¡Aaahhh! —gimió—. ¡Bera! ¡Einar, ve a buscar a Bera! ¡Algo va mal! ¡Algo va mal!



—AÚN TIENE al bebé dentro, pero podría estar perdiéndolo —le dijo Bera a Einar—. Si quieres mi opinión, es probable que lo pierda. La cantidad de sangre… y las heridas…

La curandera negó con la cabeza al tiempo que se le formaron unas arrugas de preocupación alrededor la boca. Bera y Einar estaban afuera de la recámara. Holly por fin descansaba en la cama. Los dolores intensos que había experimentado se habían reducido tanto que por fortuna

había dejado de gritar.

—Le di un té con valeriana para que se tranquilice —le informó Bera—. Lo que hizo Thorir… Ha sido demasiado para ella.

Einar se secó el sudor que le cubría la frente. Tenía todo el cuerpo tenso como las sogas de un barco en medio de una tormenta.

Era como hacía ocho años atrás. Estaba esperando afuera de la recámara y, al otro lado de la puerta, la mujer a la que amaba estaba siendo torturada, sangraba y posiblemente acabaría perdiendo la vida y la del bebé. Cuando fue evidente que su esposa no lo lograría, lo habían dejado entrar. El dolor que lo embargó al recordar la sangre en la cama y en los muslos de Agdis, los gritos insoportables que no se podían curar con nada, el aire húmedo y espeso en la habitación con aroma a hierro y sudor.

Bera había dibujado unas runas en las muñecas y el vientre de Agdis con carbón. Eran las mismas runas que llevaba ahora Holly. ᛈ, *perthro*, era la runa de la suerte y la tenía dibujada en el vientre. ᛒ, *berkana*, era la runa de la fertilidad, y la tenía en la muñeca derecha. Y, por último, ᚹ, *wunjo*, era la runa de la alegría, la risa y la felicidad y la llevaba en la muñeca izquierda.

—Les recé a las tres diosas, Freyja, Frigg y Eir —dijo Bera—. Ahora está en sus manos.

—¿Se va a morir? —le preguntó Einar.

Bera soltó un suspiro, suavizó la expresión seria en el rostro y le tomó las manos.

—No es probable que muera —respondió—. Le limpiaré el vientre si pierde al bebé. Es muy pequeño, de modo que, si no pasa solo, se lo quitaré.

Einar asintió con la cabeza. Las paredes, el cielorraso y el suelo se le venían encima. No podía respirar, el dolor intenso le molía la cavidad del pecho como la hoja de un *seax* nuevo.

—Iré a hacerle otro té —dijo Bera.

Cuando se marchó, Einar colocó la mano en el pomo de la puerta y vio que le temblaba. Cerró el puño y tomó una profunda bocanada de aire para quitarse de la mente las imágenes de una Holly muerta. Acto seguido, entró en la habitación, y la encontró mirándolo. Estaba pálida y tenía los ojos abiertos de par en par.

—Esperaba que estuvieras durmiendo —le dijo.

Se detuvo en el borde de la cama y no logró acercarse más. Tenía miedo de lastimarla de solo tocarla. Tenía miedo de hacer algo que la hiciera empeorar de alguna manera. Que volviera a gritar de dolor.

—No puedo dormir —le dijo—. Tengo mucho miedo de perder al bebé

Einar tragó con dificultad para deshacerse del ardor de los ojos. Tenía un pensamiento impronunciable, cobarde y terrible en lo más profundo de la mente.

—Quizás sería lo mejor —le dijo.

Holly se sentó en la cama con el rostro tan pálido como el algodón.

—¿Qué has dicho?

Alzó el mentón con los labios tensos y distorsionados. Oyó su propia crueldad y se detestó por ella. Pero el temor, la desesperación de enfrentarse al único enemigo del que no podía protegerla, el parto, lo dejaba sintiéndose indefenso.

—Quizás sea lo mejor, que se acabe ya —le dijo—, en lugar de aguardar, albergar esperanzas y terminar perdiéndote a ti y al bebé cuando no hay nada que pueda hacer para ayudarte.

Holly exhaló temblorosa y apretó las manos contra la manta que le cubría el vientre.

—No lo dices en serio, Einar. No deseas que el bebé muera, ¿no?

El cuerpo le ardía, se le reducía a cenizas. Sintió como si los cuervos lo estuvieran desplumando.

—No deseo que tú mueras —le dijo—. Te necesito. Ese bebé… si te mata…

Se le quebró la voz. No le salieron las palabras; se las obstruía la piedra que se le había formado en la garganta. A Holly se le ruborizaron las mejillas y se le llenaron los ojos de lágrimas que le cayeron por el rostro.

Si el bebé la matara, quedaría reducido a nada. Estaría mejor muerto.

—¿Te das cuenta de que todo lo que hago es defectuoso? —le preguntó—. Siempre cometí un error o me equivoqué en algo en todas las relaciones que he tenido. Primero, no podía concebir. Y ahora no puedo tener al bebé. ¿Será que alguna vez haré algo bien?

Le temblaba el mentón y la voz. Einar quería marcharse. Estaba empeorando las cosas.

—Te estoy haciendo daño —le dijo—. Necesitas descansar.

Pero Holly rompió en llanto.

—Ni siquiera puedo hacer lo único que deben hacer las mujeres. Lo único que no depende de la educación, el ingreso o el intelecto. La tarea más física del mundo: la procreación. Hasta en eso tengo que fracasar.

Bajo la cabeza a las rodillas, se abrazó y se largó a llorar. Como Einar no la podía dejar de ese modo, se sentó en la cama a su lado, la envolvió en sus brazos y la estrechó contra su pecho. Pensó que lo iba a empujar, pero se aferró a él como si pudiera salvarla de ahogarse.

—No tienes ningún defecto, Holly —le susurró—. Te tomaría como eres. Te tomaría con cada detalle de ti que consideras defectuoso. Y no te cambiaría nada.

Lo único que necesitaba era que se mejorara. Holly necesitaba un pilar, y él lo sería. Sería lo que fuera para que ella pudiera seguir viviendo.

Aunque eso significara subirla a un barco que la llevara de regreso a su época.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

I 5 de junio

—Creo que aún lleva al bebé —dijo Bera.

Luego de realizarle un examen pélvico, extrajo los dedos, y Holly se cubrió. No pudo evitar que los labios se le curvaran para formar una sonrisa por primera vez en mucho tiempo.

—¿De verdad?

Tras cinco días de temor intenso, de estremecerse ante cada punzada de dolor y temer despertarse en un charco de sangre, recibir esas noticias fue como si le quitaran una manta pesada y fúnebre de encima.

—Sí —dijo Bera—. No has vuelto a sangrar. El útero se ha cerrado. Por ahora, parece que tendrás un bebé.

Holly inhaló profundo y miró a Einar. Su esposo se había mostrado muy comprensivo durante los últimos días y no la había dejado sola ni un momento. Quería abrazarlo, besarlo y sentir sus brazos fuertes alrededor de ella. Pensó que como la había apoyado tanto quizás se había dado cuenta de que deseaba al bebé…

Pero la sonrisa se le desvaneció pronto. Einar la miraba como si lo estuviera torturando. Tenía el rostro sombrío y los labios apretados en una línea tensa y triste.

Oh, todo lo que había pensado había sido una ilusión. Estaba embarazada, y él no quería que lo estuviera. Holly sintió un ardor en el pecho, como si le hubieran arrojado agua hirviendo.

Cuando quedó a solas con su marido, se enderezó en la cama y pensó con detenimiento qué decir.

—Me has cuidado tan bien durante los últimos cinco días que llegué a pensar que podrías haber cambiado de parecer acerca del…

Einar estaba tan tenso que parecía una estatua gigante.

—Necesitabas todo el apoyo disponible —dijo.

Ahora que lo que más apreciaba en el mundo iba a estar bien, el hombre del que se había enamorado se estaba apartando de ella.

La puerta se abrió de golpe, y entró Svanhild, que se subió a la cama con Holly y la abrazó.

—¿Voy a tener un hermano o una hermana?

Los ojos le brillaban. Los ojos de su padre eran muy distintos a los de la niña: reflejaban un cielo tormentoso. Holly enderezó la espalda y se obligó a tragar el nudo que se le había formado en la garganta. Los ojos le ardían por las lágrimas que intentaba contener con desesperación.

—Parece que sí, Svanhild. Pero debemos aguardar y ver. Es demasiado pronto.

Svanhild abrazó a Holly por la cintura y le apretó la oreja contra el vientre.

—Hola —le susurró la niña—. No te vayas a ningún lado. Les rezaré a Freyja y a Frigg por ti.

Holly le acarició el cabello a la niña. No pudo contener una lágrima que le cayó por la mejilla y se apresuró a secársela.

—Padre, ¿quieres un hijo? —le preguntó Svanhild.

Con el cuerpo rígido y una agonía oculta en los ojos, Einar dio un paso hacia atrás.

—Svanhild, no metas las narices en los temas de los adultos —le ordenó con un tono de voz que azotaba como un látigo.

La niña abrió los ojos de par en par y, por un momento, dejó de respirar. Luego se bajó de la cama despacio.

—Disculpa, padre —le dijo antes de marcharse de la habitación.

A Holly le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué tienes que ser tan duro con ella? No ha hecho nada. No es su culpa que seas tan…

—¿Tan qué?

—Tan cruel. —Al concluir, vio que se le tensaba el mentón y que cerraba los puños.

—Es mejor ser cruel ahora a permitir que se haga ilusiones durante nueve meses y termine destrozada. No quiero que acabe como yo.

Holly se movió para salir de la cama y pararse al lado de él.

—¿Cómo tú? —le preguntó.

—Quiero que sea feliz.

—¿Acaso no eres feliz?

—Lo era —respondió mirándola con tanta ternura que sintió como si sus ojos la acariciaran —. Pero en dos días no lo seré.

Holly frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque en dos días el barco estará listo para llevarte a Escocia o a donde debas ir.

Holly se quiso encoger en una bola y cubrirse por todos lados.

—¿Es porque estoy embarazada? —le preguntó en un susurro.

—Porque no perteneces en mi vida —le dijo—. No debería haber cedido. No debería haberte mirado. No debería haberte besado. Todo lo que pasó entre nosotros ha sido un error. Una broma de los dioses. Siempre dijiste que tenías que regresar a casa. Ese fue el trato desde el comienzo.

Todas las palabras la azotaron y dieron en el sitio que más le dolía. Era lo mismo que le pasó con Jack y con todos los novios que tuvo antes. Todos pensaban que no era lo suficientemente buena. Todos creían que había algo mal en ella.

Y ahora Einar no la quería. El que más la lastimaba. El que más le importaba. El que amaba.

El que era el padre de su futuro bebé.

~

EINAR SABÍA que la estaba lastimando. Como si no hubiera sufrido suficiente dolor en los últimos días. La habían secuestrado, la habían maltratado y casi había perdido al bebé… Y ahora esto.

Pero era mejor hacerlo pronto. Ahora que el bebé aún era pequeño. Ahora que sabía que Holly y el niño tendrían mejores oportunidades de sobrevivir bajo el cuidado de los curanderos del futuro. Ahora que sabía que la amaba y que dejarla ir era la mejor manera de mantenerla a salvo.

—De acuerdo —le dijo Holly—. No puedo creer que llegué a considerar quedarme contigo, abandonar mi carrera, mi vida y a mis padres…

¿Había considerado quedarse? Las palabras se sintieron como un puñetazo en el vientre.

La mente se le llenó de imágenes de los dos juntos con un bebé saludable, o incluso con los tres hijos que había mencionado; un reino próspero en las Orcadas; Svanhild casada con un hombre decente que Einar aprobaba; noches largas llenas de pasión; conversaciones y momentos compartidos con Holly… Y se llenó de paz.

Pero no eran más que sueños. Lo cierto era que probablemente moriría, tanto ella como el bebé, y él quedaría destrozado. Sin embargo, Svanhild lo necesitaba.

—No deberías haberlo considerado. Y yo no debería habértelo pedido. De haber sabido que quedarías embarazada, jamás hubiera compartido una habitación contigo. Los dioses saben que me es imposible mantener las manos alejadas de ti.

—Soy una tonta. De pies a cabeza. ¿Sabes qué, Einar? Estás aterrorizado de perder gente, y lo entiendo. Pero tu hija está creciendo sin el amor y el apoyo que necesita. No tiene una madre, y por como te comportas, bien podría no tener un padre.

Eso le provocó ira. ¿Cómo se atrevía a decirle eso? Sin embargo, en el fondo, una parte de él sabía que decía la verdad. Y le había dado donde más le dolía.

—Tiene a su padre —soltó con la voz tensa—. Todo lo que hago es para mantenerla a salvo.

—No la puedes mantener a salvo de todo. Una vida desperdiciada evitando cosas que nos lastiman… no es una vida que valga la pena vivir. Has perdido a tu esposa y a tu bebé, pero los amaste. ¿Y ahora intentas vivir el resto de la vida sin correr ningún riesgo? Ese no es el hombre que conozco. No es el Einar del que me enamoré.

Al escucharla, se le secó la garganta.

—¿Te enamoraste?

—Sí, Einar, deléitate todo lo que quieras. Me enamoré de ti. Estoy feliz de tener un hijo tuyo. Has ganado. Como todos los hombres, ves las cosas que no están bien conmigo y me has usado. No has podido mantener las manos apartadas de mí, pero no puedes correr el riesgo de sufrir por mí. Sí, si me quedo aquí podría morir. Pero preferiría morir luego de ser feliz, de tener una vida creciendo en mi cuerpo y pasar los nueve meses más felices de mi vida contigo y con Svanhild, que regresar a la seguridad de mi apartamento en Orlando.

A Einar se le cerró la garganta. La observó meterse en la cama y acurrucarse debajo de la manta. Deseó poder cubrirle el cuerpo con el suyo.

—Estaré lista en dos días —le dijo—. En lo que a mí concierne, estaré lista mañana mismo. No pierdas más tiempo aquí, no sea que los preparativos se demoren.

—Holly… —comenzó. El dolor que le oyó en la voz, las palabras, la distancia… Le generaron un torbellino en el alma.

—No —lo interrumpió—. No quieres estar conmigo. Y yo no quiero estar con un hombre que es egoísta y cobarde y se niega a vivir la vida que desea, con una esposa y con hijos. Eres un guerrero, te enfrentas a la muerte casi todos los días. ¿Qué diferencia hay con esto?

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

I 7 de junio

TODOS LOS HABITANTES de la aldea se habían reunido en el embarcadero para despedirse de Holly y desearle un buen viaje con expresiones tristes en los rostros. Holly estaba de pie en el muelle, y las olas rompían contra el *drakkar* a sus espaldas. No había visto a Einar desde la noche anterior. Ahora buscaba su figura alta entre la multitud y el paisaje. Tenía que hacer lo más difícil del mundo: despedirse de él. Un movimiento entre los aldeanos le llamó la atención, y la multitud se abrió paso. Para su asombro, Einar se acercó a ella con la armadura puesta y el abrigo de piel de oso.

Cuando se detuvo ante ella, se le formó un nudo en el estómago al ver el rostro hermoso y serio que tanto había llegado a querer.

—Te llevaré a tu destino. Debo asegurarme de que estés a salvo —le informó—. Tanto tú como el bebé.

Holly volvió a experimentar náuseas tras oír eso. O quizás era pena porque al demostrar lo mucho que le importaba, Einar también le había demostrado lo que había perdido. Lo que ambos habían perdido. ¿Cómo podía demostrar lo mucho que le importaba y obligarla a marcharse al mismo tiempo?

—Vamos a estar bien —le aseguró, pues la idea de pasar otro día con él, de verlo sin poder tocarlo, besarlo ni hablar con él como lo hacían antes era una tortura—. Quédate aquí. No te sientas obligado a…

—Voy, y eso no se discute —la interrumpió y le pasó por delante para subirse al barco.

El pecho se le encogió del dolor, pero se volvió hacia Svanhild. Los ojos de la niña estaban rojos y llenos de lágrimas, pero tenía la espalda erguida y el mentón en alto mientras avanzaba hacia Holly.

—Por favor, no te marches, Holly —le pidió.

Holly se arrodilló delante de la niña para mirarla a los ojos. Los suyos estaban nublados mientras luchaba por contener las lágrimas. Con cariño, le pasó una mano por el cabello dorado.

—Debo marcharme, Svanhild —le dijo—. Si pudiera quedarme, lo haría, pero es imposible. Siento mucho tener que dejarte. Te quiero mucho, tesoro. —Le dio un beso en la frente—. Cuida a tu padre, ¿de acuerdo? Parece un cascarrabias, pero en el fondo no hay nadie más importante que tú para él. Todo lo que hace es por ti. El único motivo por el que está administrando las Orcadas es por ti. Recuérdalo.

Svanhild la abrazó, y unas lágrimas cálidas le humedecieron las mejillas a Holly.

—Por favor, regresa. O llévame contigo al futuro.

A Holly se le hizo añicos el corazón como si le hubiera explotado una granada en el pecho. Le ardía el rostro, y las lágrimas no dejaban de fluir.

—No puedo, tesoro. Tu lugar está aquí, y el mío allí. Dejarte es una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida. Pensaré en ti todos los días durante el resto de mi vida. Y le contaré muchas cosas de ti a tu hermano o hermana. Rezaré porque encuentres un buen marido o tengas una gran aventura si eso es lo que deseas.

Se inclinó para tomar el rostro de Svanhild entre las manos y la miró a los ojos avellanados.

—Hagas lo que hagas, sé fuerte. Sé tú misma. Y no permitas que nadie te diga que no eres lo suficientemente buena, porque lo eres. Eres increíble. Me has salvado la vida a mí, a tu padre y al bebé.

Svanhild asintió con una expresión seria y el rostro lleno de lágrimas.

—Creo que mi madre te ha enviado a mí —le dijo.

Holly le sonrió y sintió tanta gratitud que se le expandieron los pulmones.

—No, tesoro, alguien te envió a mi vida para mejorarla. —Tras decirle eso, le dio un beso en la mejilla y la abrazó por última vez—. Cuídate, Svanhild.

Luego se incorporó y avanzó hasta el barco. Tuvo la sensación de que unas bandas elásticas invisibles la jalaban hacia la aldea, y unos cuchillos cortaban esos lazos y causaban explosiones de dolor por doquier. Dejaba una parte del alma en esa isla. Con Svanhild. Con Einar. Y con los aldeanos.

Abordó el *drakkar* secándose las lágrimas de los ojos e ignorando la mirada dolorosa de Einar, y se sentó en la proa. Al poco tiempo, zarparon. Holly miró la isla Mainland e intentó grabarse cada curva verde y cada acantilado gris en la memoria. Solo apartó la vista cuando la tierra se convirtió en una línea delgada en el horizonte.

Durante todo el día, Einar se mantuvo en su parte del barco, y Holly, en la opuesta; a pesar de que juraba de que podía sentir la mirada pesada de él encima. Al caer la noche, se acercó y se sentó a su lado.

—Te vas a congelar —le dijo—. Déjame darte calor.

Tenía razón, se estaba congelando. No debería hablar con él, pero anhelaba sentir su tacto como una planta anhelaba el agua y el sol. Se dijo que lo hacía por el bebé, aunque en el fondo sabía que era porque probablemente sería la última noche que pasaría con él.

—Está bien —acordó—, pero solo porque me estoy congelando.

Einar se apoyó contra el borde del barco y abrió los brazos para que Holly se abrazara a él e inhalara el querido aroma de su piel: la mezcla masculina con notas de mar, madera y cuero. Los cubrió a los dos con el abrigo de piel de oso, la rodeó con los brazos fuertes y le permitió apoyar la mejilla sobre su cuerpo duro. Al sentirlo cerca, se relajó de inmediato y dejó de temblar.

Un último momento de alegría. «Debes pretender que estás bien. Deja que esta noche dure una eternidad. Escucha el latir acelerado de su corazón. Grábatelo en la memoria para recordarlo en las noches solitarias que tendrás en Orlando».

Sintió que movía el rostro hasta la coronilla y creyó que inhaló el aroma de su cabello. A lo mejor, aún la deseaba. A lo mejor disfrutaba compartir tiempo con ella, pero nada de eso importaba, porque por muchos motivos no había futuro para ellos. A pesar de todo, tenían el momento presente. Aún les quedaba esa noche.

En la oscuridad, bajo las estrellas, el aire fresco del mar le producía un cosquilleo en la nariz. Y él estaba cerca. Él era su hogar. Le tomó el mentón entre las manos, y Einar cerró los ojos. Tenía una arruga en el entrecejo y una expresión de agonía en el rostro.

—¿Qué haces, Holly? —le preguntó.

—No lo sé —le respondió—. Es solo que… No puedo creer que nunca más te volveré a ver. Que es la última vez que me abrazas. Que…

A Einar se le escapó un gruñido bajo, casi animalesco. Abrió los ojos que destellaban apasionados.

—La última vez —dijo—. Te tendré por última vez. Los dioses me lo deben. ¿De acuerdo?

Holly se estremeció excitada ante la idea de sentir sus brazos rodeándola al tiempo que lo albergaba en su interior. Debía de estar loca como para hacer el amor con un hombre que no la quería en su vida. Pero estaba lastimada, y el único bálsamo que le podía quitar el dolor era él.

En lugar de responderle, lo besó, y Einar la devoró como si hubiera pasado hambre durante cien días y ella fuera un banquete. La estrechó contra su cuerpo con tanta fuerza que creyó que le pudo haber roto las costillas. Sintió calor en cada punto en que los cuerpos se fusionaban, donde se rozaban los labios y se enredaban las lenguas en un juego desesperado.

Einar la apartó de su cuerpo para ponerse de lado y tomarle los senos en las manos. El roce le hizo sentir una explosión de deseo tan fuerte, que se tuvo que morder el labio para contener un gemido. Le pasó las manos por la cintura y se detuvo en el vientre plano, acariciando el sitio donde crecía su bebé. Holly contuvo el aliento.

Luego Einar la acercó aún más, bajó la cabeza y comenzó a besarle el cuello. Le acarició toda la pierna hasta llegar al tobillo y comenzó a subirle el vestido hasta las caderas. Tenía las manos cálidas y la piel callosa.

Oh, cielos cómo iba a echar de menos esas caricias. Apretó el trasero contra él para sentir el miembro largo y duro listo para ella.

—¿No nos oirá nadie? —le preguntó. El resto de la tripulación dormía alejada de ellos a lo largo del *drakkar*.

—Si no gritas, no —le respondió con la voz ronca y llena de promesas.

Le acarició el sexo con delicadeza para humedecerle la entrada. Acto seguido le separó los pliegues con los dedos. Holly soltó un jadeo al tiempo que la embargaba un placer intenso. Uno de los dedos de Einar dio con el clítoris, que ya conocía muy bien, y comenzó a acariciarlo con suavidad. Holly arqueó la espalda y ocultó el rostro en el abrigo de piel para contener un gemido.

—Eso es, amor —le susurró—. Guarda silencio.

—Aaahhh —gimió con suavidad sintiendo el placer que crecía en su interior.

Cuando Einar le pasó la otra mano entre las piernas y le introdujo un dedo en el sexo, soltó un gemido más alto y tensó los músculos alrededor del dedo. Pero no le bastaba.

—A ti —le dijo—. Te quiero a ti. Te necesito. Tómame.

Einar apartó las manos, y oyó cómo se bajaba los pantalones. Luego le apoyó la erección dura y cálida contra el cuerpo, y Holly se retorció para acomodarlo donde lo quería: en lo más profundo de su ser. Einar condujo la erección a la entrada y con un movimiento lento la penetró. Holly dejó escapar un gemido de satisfacción al sentir que la estiraba, la llenaba y le saciaba un hambre carnal y voraz.

Durante un momento, no se movió, y Holly se apretó más contra él. Fue como si los envolviera un capullo invisible, como si no fueran dos personas distintas, sino una sola. Como si no solo le llenara el cuerpo, sino también el corazón y el alma.

Luego comenzó a moverse, a embestirla con cautela al principio y luego más fuerte. Le apoyó una mano en la cadera y la otra en el hombro y le provocó una sensación de éxtasis que nunca antes había sentido. La embistió sin cesar dándole placer con cada movimiento y empapándola con una dulce agonía. Holly amortiguó los gemidos contra el abrigo, pero sentía

que estaban meciendo el barco tanto que todos debían estar al tanto de lo que estaban haciendo.

Y de pronto llegó. Se encontró de pie al borde de un precipicio mirando la oscuridad brillante del mar debajo y con la luna y las estrellas destellando encima de ella. Con una embestida más, se dejó caer.

Se estremeció y, en esta ocasión, no pudo contener los gemidos, pero dejó que el abrigo de piel se los tragara. Einar también estaba gimiendo; con el cuerpo duro y tenso, le gruñía al oído. En esa oportunidad, le acabó dentro. Y se sintió muy agradable y celestial; cuánto había echado de menos sentirlo llegar al orgasmo en su interior.

Cuando los dos se recostaron entre jadeos, la acurrucó contra su pecho sin salirse de ella, y Holly no recordó la última vez que se sintió tan en calma, tan bien y tan querida. Y sin darse cuenta, se quedó dormida.

Holly se despertó cálida y con el cuello algo dolorido. Einar no le quitaba la mirada de encima, y quiso sonreírle porque le encantaba despertarse y verle el rostro. Pero los ojos reflejaban tanta tristeza y agonía que recordó todo de inmediato. Se encontraban en el barco, y, en breve, regresaría a su época.

Se aclaró la garganta para decir algo, para rogarle que le permitiera quedarse.

—Estamos en tierra —le dijo Einar antes de sentarse y quitarle el abrigo con cuidado—. Hemos llegado.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

Cerca de la aldea de Tongue, Sutherland, norte de Escocia

EINAR se encontraba de pie sobre la pendiente cubierta de césped con el estómago tenso como si alguien acabara de apuñalarlo en el vientre con un *seax*.

Habían llegado al sitio en que perdería a la mujer que amaba para siempre; un sitio de colinas verdes que se extendían por encima de acantilados implacables hasta el horizonte.

—Creo que es por aquí —dijo Holly, y el viento jugó con sus rizos cortos y le flameó el pelo por el hermoso rostro.

Señaló la colina sobre la que Einar divisó una edificación carbonizada.

Reanudó la subida, y Einar se detuvo de decirle: «No te marches. No me dejes». La noche que había pasado con ella le había mostrado todo lo que iba a perder para siempre: la sensación abrumadora de paz, como si por fin hubiera llegado a casa.

Verla marcharse era como perder una preciada parte de sí mismo. Pero la decisión estaba tomada. Y si quería que viviera, su lugar estaba en el futuro, donde los curanderos podrían asegurarse de que sobreviviera al parto.

Le había mencionado a tres hijos. ¿Y si ese era uno de los tres? Sintió como si los pies hubieran echado raíces en el suelo, pero se obligó a seguir a Holly.

Observó todos los movimientos de las piernas bajo el vestido, y el balanceo de los brazos mientras andaba con la esperanza de detectar algún indicio de duda… una señal de que se daría la vuelta para informarle que no se marchaba a ningún lado y que no le importaba lo que él dijera al respecto. Pero Holly no caviló.

Cuando por fin llegó a la cima de la colina, Einar se detuvo a unos metros de distancia. El mar se veía vasto y oscuro más allá del acantilado, y Holly se quedó de pie anonadada sobre el césped y las piedras al tiempo que miraba alrededor. Había mencionado un árbol, pero Einar no veía ningún árbol por allí. ¿Qué significaba eso? Se atrevió a albergar esperanzas.

La aldea a la izquierda se veía vacía; aunque a Einar le había parecido detectar algunos movimientos detrás de la esquina de una casa. Esa debía de ser la aldea que Thorir había saqueado cuando tomó a Holly de rehén.

—No hay ningún árbol —señaló Holly.

Einar abrió la boca para decirle que podían seguir buscando, aunque una parte de él esperaba que nunca lo encontraran. Pero, por el rabillo del ojo, vio a alguien de pie a unos pasos de Holly. Era una anciana de cabello blanco trenzado en una corona alrededor de la cabeza. Llevaba puesto un vestido común y unos dijes de cuencas coloridas que le colgaban entre los broches. Tenía el

rostro arrugado, pero los ojos no eran los de una anciana; estaban muy llenos de vida y ardían de curiosidad.

Einar apoyó la mano sobre el mango del hacha. Fuera norna, diosa, duende u otra entidad, no conocía cuáles eran sus intenciones, y estaba determinado a defender a Holly de cualquier ser: ya fuera humano o sobrenatural.

—Hola, Holly —la saludó la mujer—. Hola, Einar.

—Hola —respondió Holly y asintió hacia Einar—, te presento a la norna, la señora Verdandi.

Verdandi era la norna responsable de lo que ocurría en el momento presente. Einar sintió un cosquilleo en la piel y abrió la boca. ¿De verdad se encontraba en presencia del ser más poderoso de todos los mundos, el ser que no solo definía su destino y el de todos los hombres, sino también el de los dioses? ¿El ser más poderoso de los nueve mundos?

Como no confiaba en la mujer, no apartó la mano del hacha. A lo mejor era una impostora, y la seguridad de Holly era su prioridad.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, ella ha sido quien me envió aquí.

Einar cerró la boca y tragó con dificultad. La norna le sonreía serena y caminó hacia ellos. Algo dorado destelló en sus manos.

—¿Has venido aquí para regresar a casa, Holly? —le preguntó la norna al detenerse delante de los dos.

—Sí —respondió Holly—, pero no hay ningún árbol.

—No —asintió la norna—. Pero estoy yo. Quiero que sepas que, si decides marcharte, será muy difícil regresar aquí.

Holly asintió.

—Es lo mejor. Aquí no hay futuro para mí.

La norna clavó la mirada en el vientre de Holly.

—Pues, eso lo dudo y mucho, querida.

Holly miró a Einar, que no podía apartar la mirada de la norna. A pesar de que lógicamente sabía que lo mejor era que Holly se marchara, detestaba que la norna estuviera a punto de arrebatarle a la mujer que amaba. Bien podría ser un dragón a punto de escupir fuego.

—No, es mejor que me marche. Einar no me quiere aquí, y debería regresar a mi vida. Mi familia y mis amigos deben estar muertos de preocupación.

—Es lo mejor para ti —afirmó Einar con un dolor lacerante en el pecho—. Y es lo mejor para el bebé. Allí hay buenos curanderos. Eso es lo que importa.

La norna exhaló y se rio.

—*Jarl* Einar de las Orcadas, el destino te ha dado a una mujer perfecta, y tú la apartas de tu lado. Y tú, Holly, tienes tanto miedo de que ningún hombre te quiera que vas a abandonar al que te quiere.

Si apartaba a Holly, era por su propio bien y el suyo. Escogía la vida para ella y no la muerte. La estaba protegiendo tanto a ella como a él. No sobreviviría si moría en sus brazos.

—Se equivoca —repuso Holly con los ojos llenos de lágrimas—. Marcharme es lo mejor para todos.

A Einar se le tensó el cuerpo y le dolió oír la agonía en su voz. Debía marcharse. La idea le resultaba tan agradable como detestable. Holly estiró la mano para tomar el huso.

—Entréguemelo, por favor.

No, aún no.

—Holly… —comenzó Einar con la voz ronca y el pecho desgarrado de preocupación y

dolor.

—Como gustes, querida —dijo la norna—. Como dicen, eres la dueña de tu destino. —Tras esas palabras, colocó el huso dorado sobre las manos de Holly.

Einar dio un paso hacia adelante por instinto, impulsado a hacerle la mano a un lado y dejar que el huso cayera. Pero fue demasiado tarde porque Holly había comenzado a desaparecer, a disolverse como una nube en el viento. ¡No!

Holly miró hacia Einar. La agonía le carcomía el corazón. Estiró la mano para tocarla, para aferrarse a ella, pero acabó atravesando el aire vacío, justo donde debía haber estado su brazo.

—¡Holly! —exclamó.

Aún la veía a los ojos, la última parte de ella a la que se pudo aferrar antes de que desapareciera por completo.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Orlando, Florida, 19 de junio de 2019

—¡Oh, Holly, has venido! —exclamó Kenny, su asistente.

Se puso de pie de un salto desde el escritorio con una expresión que reflejaba alivio y preocupación en el rostro.

Holly atravesó la puerta de cristal que conducía a su oficina, a través de la cual veía a Alan Murphy, el jefe de operaciones, sentado en el escritorio de ella y hablando por teléfono. Tenía un poco más de cuarenta años, era bastante arrogante y le podía vender una herradura a un caballo. A pesar de que era muy bueno en su trabajo, sus ambiciones iban más allá de su puesto.

Holly se había vestido como para ir a la guerra: una blusa de color rojo sangre, un traje de color borgoña hecho a medida, y los tacones más altos que tenía. Así como Einar contaba con armadura de cuero y hierro, ella se valía de sus trajes. Y había regresado a donde pertenecía.

El día anterior, había tomado un vuelo de Edimburgo a Orlando. Todo el trayecto desde Tongue le resultaba neblinoso. Llevaba tanto dolor dentro que no se había percatado a dónde iba. Se había sorprendido de encontrar el coche que había arrendado; la llave se había materializado como por arte de magia en el momento en que llegó. Quizás la norna había demostrado piedad por una mujer embarazada y con el corazón roto y había decidido no ponerle las cosas tan difíciles.

Cuando entró en el apartamento, sintió como si estuviera en un sueño. Como si todo a su alrededor fuera producto de una alucinación. Las ventanas que iban del suelo hasta el cielorraso, los impecables muebles cromados de color blanco, los candelabros de cristal que parecían demasiado intensos luego del entorno de piedra, césped y tierra en el que había pasado varias semanas en las Orcadas. Había bajado las persianas y se había dado una ducha. Luego se había hecho otra prueba de embarazo y, como había salido positiva, acabó llamando a la ginecobstetra ese día para hacer una cita, pero no consiguió una hasta dentro de dos semanas.

Con una taza de té de frutos rojos en la mano, ordenó tacos en su restaurante mejicano favorito y por fin reunió las fuerzas que necesitaba para llamar a su madre.

—¿Holly? —había respondido su madre con la voz baja y débil—. ¿Eres tú?

—Hola, mamá —la saludó Holly tensa y preparada para discutir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mamá, estoy bien. ¿Cómo están tú y papá?

—¡Paul! —lo llamó a los gritos—. ¡Es Holly!

Su padre habló desde otro teléfono.

—¿Holly? ¿Te encuentras bien? —le preguntó hablando rápido en voz alta.

—Hola, papá. Sí, estoy bien. Acabo de regresar.

—¿Dónde diablos te habías metido? —la regañó su madre—. ¡Estábamos muertos de preocupación! Estaba a punto de volar a Escocia para ir a buscarte. ¡No te has contactado en un mes entero! ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Gemma… —comenzó su padre—. Holly, está bien, pero estábamos preocupados. ¿Dónde estabas?

—Lo siento, papá, me dejé llevar en mi aventura por Escocia. No era mi intención preocuparlos o hacerlos enfadar. Estoy bien. Supongo que el estrés y la presión me hicieron comportarme de forma poco característica y… bueno, simplemente desaparecí. Lo siento mucho, mamá.

—¡No, lo has hecho a propósito! —la acusó su madre—. Querías hacerme daño. Querías huir…

Holly soltó un suspiro con los ojos nublados por las lágrimas. No tenía la capacidad emocional de lidiar con eso. Pero necesitaba calmar a la gente que tanto la quería.

—No, mamá, nunca tuve la intención de lastimarte. No podía contactarte, ¿de acuerdo? De haber podido, lo hubiera hecho. Por favor, discúlpame. Lo siento mucho. Y estoy muy cansada. Pero quería avisarles que he regresado y que me encuentro bien. En este momento, no puedo hablar. Nos podemos ver mañana y les contaré lo que pueda. ¿Sí?

—Déjame ir a verte ahora —le pidió su madre—. Te haré una lasaña y podremos hablar.

—Mañana, mamá. Iré a verlos para la cena, ¿de acuerdo?

—¿Y Sunnybeach Developments? —le preguntó su padre—. ¿Pudieron cerrar el trato?

—Estoy a punto de enterarme.

—Está bien, Holly —le dijo—. Te queremos. Descansa un poco. Y llama a la policía para avisarles que te encuentras bien. Te están buscando.

—Pero, Paul… —protestó su madre antes de que cortaran la comunicación.

Holly dejó el teléfono a un lado y se quedó sentada sin moverse durante varios segundos. Ahora comprendía cómo se sentía su madre. Lo destrozada que debió haber estado sin saber si su hija estaba viva o muerta, si la estaban maltratando o si se encontraba en problemas. Detestaba no saber nada de Svanhild. Detestaba pensar que algo podría ocurrirle a su bebé. Pero ¿y si les decía la verdad a sus padres? Nadie le creería. Su madre probablemente la metería en un manicomio. Bebió té y exhaló. Luego llamó a Kenny para enterarse de lo que estaba ocurriendo en la empresa.

Y ahora se encontraba en su oficina enfadada, lista para la batalla y desgarrada por el dolor sin fin que le aquejaba el corazón.

Alan alzó la mirada al tiempo que atravesaba la puerta de cristal; su rostro reflejó una expresión de conmoción seguida de una de autoprotección hasta que logró esbozar una sonrisa amable. Se puso de pie y ladró al teléfono:

—Te llamo en un rato. —La sonrisa falsa se extendió—. ¡Hola, Holly! Qué bueno verte. ¿Dónde habías estado? ¿Qué te pasó?

Holly entró en la habitación y se detuvo delante de él. Colocó el portafolios sobre el escritorio de cristal con un golpe seco.

—Tuve algunos problemas en Escocia. No podía regresar, pero ya estoy aquí.

Alan asintió con la cabeza.

—Pues, me alegra comunicarte que, durante tu ausencia, me hice cargo de las cosas aquí. Aunque, como desapareciste, el trato aún no se ha cerrado. Pero he estado trabajando en eso.

—Muy bien —dijo Holly mientras se cruzaba de brazos—. He oído que eso no es en lo único que has estado trabajando.

Alan se aflojó un poco la corbata.

—¿De qué hablas, Holly?

—Estás intentando quedarte con mi trabajo.

Su mirada se endureció.

—Mira, desapareciste. No oímos ni una palabra de ti. Creímos que jamás regresarías. Alguien tenía que hacer algo.

Holly apretó los dientes. La furia rugía en su interior. Le había hecho frente a Thorir en dos ocasiones y había salido con vida. Estaba lista para engullirse a Alan de desayuno.

—Claro —dijo—. Y tú has estado más que feliz de tomar la oportunidad y postularte para tomar mi trabajo frente a la junta de los directores.

—Nadie sabía si ibas a regresar. La compañía necesita seguir operando.

Holly soltó un suspiro. Tenía razón. Alguien tenía que dirigir la empresa. ¿Acaso ella no habría hecho lo mismo en su lugar? ¿Por qué estaba tan enfadada con él?

Porque necesitaba desquitarse con alguien o con algo en lugar de pensar en Einar, en Svanhild y en las islas Orcadas, en lugar de permitir que el dolor negro como la noche la absorbiera por completo. Necesitaba distraerse de cuestionarse si había tomado la decisión correcta al marcharse. Sin embargo, la había tomado. Einar no la quería. Pertenecía allí. Y le daría al bebé el mejor futuro posible al continuar haciendo lo que mejor hacía: dirigir una empresa.

—Bueno, pues, ya estoy de regreso —le dijo e inspiró una profunda bocanada de aire—. Ya puedo retomar mi trabajo. ¿Por qué no me pones al día?

—¿La junta lo sabe? —le preguntó.

—Nadie lo sabe todavía. Quería evaluar la situación primero. Kenny se los está comunicando en este preciso momento. —Asintió con la cabeza hacia Kenny, que hablaba al teléfono.

—Quizás no estén felices de que hayas regresado… —sugirió.

—¿Y por qué lo crees? ¿Será porque casi echas a perder una fusión perfecta?

Alan se puso un poco pálido.

—Tengo todo bajo control. Estaba al teléfono con…

Holly alzó el mentón. Ese era el tipo de cosas que le encantaba: que le arrojaran problemas y sentir la adrenalina circulándole por las venas como la electricidad mientras intentaba encontrar soluciones creativas.

—¿Por qué no quieren cerrar la fusión?

—No lo pusieron en esos términos. Pero han demorado la firma.

—¿Están hablando con otra empresa?

—No lo sé.

Holly contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Claro que no lo sabía. De seguro, había apabullado a los directores de Kamasaki Enterprises con sus formas bruscas. Kamasaki era una pequeña empresa de construcción que se especializaba en bienes raíces para comercios, y la había fundado un inmigrante japonés hacía veinte años. La empresa tenía una cultura de negocios más sutil, y cualquiera que lidiara con ellos debía comprender su contexto cultural. Alan, con su terquedad y sencillez, de seguro no se había percatado de las diferencias.

—Hablaré con el señor Kamasaki —le informó Holly.

Así había transcurrido casi todo el día a las corridas. Holly había hablado con el señor Kamasaki, se había reunido con los abogados, había visto a los directores, se había encontrado

con los empleados y había examinado los documentos. Pero en cuento tenía un minuto a solas para permitirse siquiera un pensamiento, el mismo le pasaba por la cabeza como una ola de dolor y la arrastraba hacia otro mundo: Einar. Lo echaba tanto de menos que le parecía que si no lo tenía le faltaba un elemento vital para sobrevivir.

Recordó la melena de cabello rubio oscuro ondulando al viento y los ojos grises que reflejaban una tormenta. El rostro serio suavizándose cuando la miraba a los ojos. Las manos… Oh, cielos, esas manos… Eran grandes, cálidas y muy habilidosas, y se adueñaban de su cuerpo como si le perteneciera. La boca que la besaba, la saboreaba y la devoraba. La manera en que la penetraba y le hacía conocer picos de placer que jamás había experimentado. El respeto que le mostraba, la manera en que apreciaba cómo manejaba el hogar y lo mucho que le encantaba lo que le cocinaba. Y cuánto detestaba que hubiera quedado embarazada…

Se obligó a dejar de pensar en Einar y regresar al presente. Con desesperación buscó algo en lo que concentrarse, lo que fuera con tal de distraer la mente de él. Y el corazón.

Y se sumergió en el trabajo como nunca antes.

~

3 DE JULIO

CASI SE PIERDE la cita con la ginecobstetra, y se apresuró a salir de la oficina a las cinco de la tarde. En la sala de espera, sintió que el estómago se le retorcía de nervios. Observó a las otras mujeres que aguardaban a solas, pero también a las que iban con sus parejas, y no pudo evitar sentir celos.

¿Cómo se sentiría tener a Einar a su lado, esperando con las mismas ansias que ella a ese bebé? ¿Y compartir las mismas expresiones de amor y felicidad que compartían las parejas como si no pudieran creer que ese milagro hubiera ocurrido?

Pero para Einar no se trataba de un milagro, sino de una maldición.

Cielos, ¿qué le pasaba que se había enamorado de un hombre que no quería estar con ella porque estaba embarazada? ¿Era masoquista como para echarlo tanto de menos y querer estar con él a pesar de todo?

—Holly —la llamó la enfermera, y se puso de pie de un salto. El corazón le latía desbocado en los oídos mientras entraba en el consultorio donde le dirían si había perdido al bebé o si se encontraba bien.

Cuando la doctora Felder estaba haciendo el ultrasonido, Holly contuvo el aliento mientras aguardaba el veredicto.

—Estaba muy sorprendida cuando llamaste para contarme las noticias —le dijo la doctora Felder—. Pero, felicitaciones. Estás embarazada —le confirmó, y en el centro del monitor apareció un globo grande y negro en el centro de una sustancia grisácea. La doctora siguió moviendo el escáner—. Y ahí está el bebé.

A la derecha, en contraste con la oscuridad, flotaba una pequeña gominola gris. Holly soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

—¡Y allí está el latido del corazón! —exclamó la doctora Felder.

Holly se rio al tiempo que se le escapaban unas lágrimas de los ojos.

—¿De verdad? —preguntó en un susurro.

—Sí, es un embarazo viable. ¿Cómo te las ingeniaste luego de siete inseminaciones fallidas? Bueno, no importa, no es asunto mío.

Holly tragó con dificultad. A lo mejor no había nada malo con ella. Lo único que necesitaba era un hombre que hubiera nacido cientos de años antes que ella. El hombre que amaba.

—Supongo que tuve suerte —respondió.

—A juzgar por el tamaño, parece que estás embarazada de seis semanas. ¿Es cierto?

—Sí, suena cierto.

—Cuando estés de doce semanas, confirmaremos la fecha, pero de momento parece que darás a luz cerca del doce de febrero.

Holly se secó una lágrima. En febrero, conocería a ese bebé.

—Felicitaciones. Estoy muy feliz por ti. Sé cuánto querías tener un bebé.

Holly sonrió, pero no se le iluminó todo el rostro. Tendría que aprender a vivir sin Einar. Y pensar en qué le diría al bebé acerca de su padre. Y decidir qué les diría a sus padres y a sus colegas en el trabajo.

Tendría que aceptar la realidad de que esa sería su vida. Siempre le faltaría algo. Siempre le faltaría alguien. Porque, aunque por fin había logrado la familia que tanto había anhelado, no se sentiría completa sin Einar y Svanhild.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Islas Orcadas, 31 de julio del 880 d. C.

EINAR clavó la mirada en el océano azul infinito y botó el césped que estaba masticando. Había estado mirando el mar todos los días desde que regresó de Sutherland. Todos los días desde que la mujer a la que amaba desapareció delante de sus ojos llevándose consigo su corazón.

Pero ¿qué estaba buscando en el mar? ¿Un bote que la devolviera a su lado? ¿O a un navío de criminales al que pudiera perseguir? Eso le daría una distracción de los pensamientos dolorosos de Holly. No le bastaba pescar, cazar y trabajar en la huerta.

El césped largo susurró a sus espaldas, y se volvió a ver a Svanhild. La niña se acercó para sentarse a su lado y observar el mar. Einar la miró durante unos instantes. A veces no podía creer que esa criatura maravillosa fuera su hija. Era demasiado pura, hermosa, amable y dulce. Los dioses le habían dado la mejor hija que podía desear. Pero él no había sido el mejor padre.

—¿Querías hablar conmigo, padre? —le preguntó.

—Sí —le respondió—. Ahora que las islas están libres de forajidos, por fin podemos empezar a pensar en el futuro. Soy el *jarl*. Las tierras son nuestras. Ya podemos empezar a invitar a más gente a que venga a instalarse aquí y trabajar en el campo. Podemos establecer relaciones de buenos vecinos con el reino de Sutherland entre otros. ¿Sabes qué implicará eso?

Svanhild lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué?

Einar sintió que se sonrojaba. Holly habría sabido explicar los asuntos delicados de los que tenía que hablar con su hija. Einar no sabía qué estaba haciendo.

—Aún eres una niña, pero dentro de cinco o seis inviernos, tendrás la edad para casarte.

Svanhild abrió los ojos aún más.

—¿Qué quieres decir, padre?

—Quiero que estés preparada y empieces a pensar en qué tipo de esposo quieres. Cuando visitemos a los vecinos, mantén los ojos abiertos.

—Pero no quiero un marido.

Einar la miró sintiéndose avergonzado. Quizás había comenzado a hablar del tema demasiado temprano. Su hija tenía el ceño fruncido.

—Bueno, ahora no, pero te estoy hablando del futuro. Eres mi única hija, y quiero que te cases bien y seas feliz.

—Pero no me quiero casar. Jamás.

Einar se volvió para mirarla solo a ella. No pudo evitar sentir que había hecho algo

extremadamente mal en la boca del estómago.

—No sabes de qué hablas, hija. ¿Por qué usas palabras tan duras?

—No quiero morir dando a luz, padre, y dejar a mi hijo del modo en que mi madre me dejó. Y luego Holly se marchó porque tú la echaste por temor a que muriera también.

Las palabras le latieron en la cabeza como el martillo de un herrero contra un yunque. Eso era lo que había hecho mal. Le había dado un mal ejemplo. Un ejemplo que no deseaba que repitiera.

—Svanhild, he cometido errores. No adoptes mis recelos.

—¿Desearías que muera dando a luz?

—¿Cómo dices? Claro que no.

—Bueno, allí tienes. No quiero que mi marido me trate del modo en que tú trataste a Holly. No quiero que me eche cuando quede embarazada.

Einar apretó el mentón.

—Si alguien te echa, te abandona o te hace daño de cualquier forma, responderá ante mí.

—¿Y si acudo a ti embarazada y me echas como la echaste a Holly?

A Einar se le aceleró la mente al tiempo que se imaginaba a una Svanhild adulta y embarazada que acudía a él con lágrimas en los ojos. La imagen lo desgarró.

—Jamás te echaré. No hay nada que puedas hacer para que te rechace, Svanhild.

La niña lo miró. ¿En qué momento había crecido tanto? ¿Acaso separarse de Holly la había puesto tan triste? ¿Y la había hecho tan sabia?

—Pero a ella la rechazaste. Y a mi hermano o a mi hermana también. —Sonaba tan herida que la voz le salió llena de resentimiento.

Einar casi se retorció de la culpa que oyó en la voz de su hija. Pero curiosamente una parte de él se alegraba de que Svanhild le dijera lo que pensaba en lugar de guardar silencio y apartarse de él. Suponía que él también se había abierto más con ella. Había hablado con ella más a menudo y, a veces, le contaba cuentos antes de dormir. Nunca antes se había sentido tan cercano a ella como en el último mes. Y sabía que eso se debía a Holly.

—Están más a salvo en el futuro —le dijo con la voz ronca—. Los curanderos son más poderosos allí. No permitirán que les suceda nada.

Svanhild se volvió hacia él con los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Pero ¿y si no hubieran muerto aquí? Muchas mujeres dan a luz, y tanto ellas como los bebés sobreviven. Mi madre me dio a luz a mí. ¿Acaso no estás dispuesto a ver la oportunidad de que eso ocurra?

Einar suspiró y se volvió. Lo cierto era que sí estaba dispuesto. Soñaba con Holly viva y floreciendo con un bebé en los brazos. Soñaba con otro niño correteando alrededor, riendo con Svanhild mientras él encendía el fuego para cocinar un arenque. Había querido una familia numerosa durante mucho tiempo. Quería dejarle las Orcadas no solo a Svanhild, sino también a más hijos. Había suficientes tierras para todos. No había llegado a experimentar la sensación de paz y bienestar que comenzó a reinar en la aldea cuando se deshicieron de todos los forajidos. Sin Holly no podía haber ni paz ni bienestar.

—Hay una posibilidad de que eso ocurra, Svanhild. Y sinceramente deseé que fuera posible.

Lo cierto era que Holly se había querido marchar desde el principio, y él había estado a punto de convencerla para que cambiara de parecer. Si no hubiera quedado embarazada, habría hecho todo en su poder para que se quedara. La habría llenado de regalos y le habría hecho el amor con tanta pasión que le habría hecho ver a los dioses. Le habría dicho cómo se sentía en realidad. Le habría confesado que la amaba. Que quería dedicar la vida entera a adorarla en cuerpo y alma.

Y ahora su vida estaba incompleta. Y jamás estaría completa sin ella.

Svanhild suspiró y volvió a mirar hacia el océano.

—Si aún estuviera aquí, ¿cambiarías de parecer? —le preguntó—. ¿Le permitirías quedarse? ¿Correrías el riesgo?

Einar abrió y cerró los puños sintiéndose desamparado. ¿Cómo era posible que su hija de tan solo diez años le mostrara exactamente lo que tenía temor de ver por sí mismo? Era lo mismo que Holly le había dicho antes de marcharse: que estaba desperdiciando su vida al esconderse del dolor y huir de la felicidad.

Sin ella sentía que todos los días iba arrastrándose a través de una tormenta de nieve. Todos los días carecían de vida, de sonido y de sabor. Y cada noche yacía en la cama sin poder dormir, tal y como lo había hecho durante años luego de la muerte de Agdis. Acariciaba la sábana fría sobre la que solía dormir Holly, la buscaba sabiendo demasiado bien que no la encontraría allí.

Hasta los habitantes de la aldea la echaban de menos. La cocinera hacía su caldo de pollo favorito a veces, con esos fideos que tanto le gustaban a Holly. Todos en la casa lo disfrutaban y llamaban al plato «la sopa de Holly». A pesar de que nadie le preguntó acerca de ella, sabía que los criados hablaban de ella cuando estaban a solas. Los oía a través de la pared de la recámara. Ellos también la echaban en falta.

El consejo de utilizar turba en lugar de madera los ayudaría a sobrevivir al invierno y a mantenerse cálidos durante muchos años. Tanto en las islas Orcadas como en la Shetland abundaba la turba. Solo tenían que escarbar y ponerla a secar antes de almacenarla para el invierno. No tendrían de qué preocuparse.

Einar sabía que no era la persona más alegre. Pero desde que Holly se había marchado, no había dejado de sentir como si hubiera perdido algo vital. Como si una parte de un barco hubiera quedado destrozada, nadie supiera cómo arreglarla, y el barco se estuviera hundiendo rápido. Y ahora parecía como si Svanhild, el bote pequeño, también se estuviera hundiendo.

Einar suspiró y cerró los ojos durante unos instantes. Lo había tenido todo y lo había perdido. Pero ¿se arrepentía de haberse casado con Agdis? ¿De haber tenido a Svanhild? ¿De haberse casado con Holly? La respuesta fue simple y clara. No. Jamás. Había sido feliz. Se había sentido completo. Su vida había valido la pena.

Y lo volvería a hacer todo. ¿Por qué? Porque a pesar del dolor, de la desesperación y el duelo, los días en los que había sido feliz con Agdis habían brillado con más intensidad y habían sabido más ricos que los días tristes. Y, como resultado, había tenido a Svanhild. Y gracias a que había recibido el mayor regalo que existía, había conocido a Holly y había pasado tiempo con ella. La había hecho suya. Había logrado que le respondiera con el mismo afecto que él sentía por ella.

—Cambiaría de parecer, Svanhild —le respondió—. Le rogaría que se quedara. Y les rezaría a los dioses todos los días para que la protegieran a ella y al niño.

—¿De verdad? —le preguntó Svanhild.

—El riesgo de que te rompan el corazón y el de la muerte valen la pena, Svanhild, por los días, los meses y los años que compartes con la persona que amas y tus hijos. ¿Por qué otro motivo estamos aquí?

Svanhild tragó con dificultad y se acercó a él para apoyarse contra su brazo.

—Fui un tonto —continuó—. Si pudiera buscarla y pedirle que regresara, lo haría. Aceptaría el riesgo de que muera dando a luz si ella también está dispuesta a aceptarlo. Si existiera la más mínima posibilidad de que se encuentre en algún sitio en esta época, ya me hubiera puesto de rodillas para rogarle que se quedara con nosotros.

Svanhild lo observó con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio, padre?

—Sí. —Se atrevió a abrazar a su hija y sentir su pequeño cuerpo delicado antes de depositarle un beso en la coronilla. La niña se acurrucó contra sus brazos, y a Einar se le derritió la zona que le rodeaba el corazón.

—Y espero que no cometas mis errores —le dijo—. Escoge el amor, Svanhild. Sin importar cuánto dure. Escoge el amor.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Orlando, Florida, 31 de agosto de 2019

—¿Quieres más ensalada, cariño? —le preguntó su madre.

Holly la miró a través de la mesa y reparó en los ojos café, el cabello ondulado y grisáceo y la figura delgada. Su madre siempre había sido pequeña y saludable y le había inculcado la consciencia por la salud. Pero ahora que se encontraba en el cuarto mes del embarazo lo único que quería era comer pizza y un gigantesco filete jugoso envuelto en un pollo asado y al menos un balde entero de pure de patatas con salsa espesa.

Pero su madre había leído que, si Holly tenía una dieta con un índice glucémico bajo, el bebé tendría un peso saludable, Holly tendría un nivel de azúcar en sangre más bajo y no permitiría que el bebé se acostumbrara a los carbohidratos. De modo que la cena consistía en una ensalada de espinaca sin aderezos, palta, salmón a la plancha, que al igual que todos los pescados le producían náuseas, y alubias cocidas al vapor. Luego de la cena, Holly pensaba ir a un restaurante de comida rápida.

—Sí, mamá, gracias. —Holly sostuvo el plato, que aún tenía la mitad del salmón. Al menos la ensalada no le producía ganas de vomitar.

Su madre le ofreció una sonrisa formal.

—Come, come. Ahora comes por dos.

—Sí —repuso Holly. Podía comer otra ración de ensalada, pero nada en el mundo le haría volver a tocar el salmón.

—Cariño, cuéntame cómo va la fusión —le pidió su padre.

Holly le sonrió, agradecida de cambiar el tema de la comida, que siempre hacía que su madre le diera una lección como si fuera una nutricionista profesional.

—Firmamos el contrato la semana pasada. Kamasaki Enterprises es nuestra subdivisión dedicada al desarrollo de centros comerciales, galerías con comercios, tiendas minoristas y ese tipo de cosas.

—Has vuelto a salvar el día, ¿eh? —señaló su padre.

—Estoy segura de que fue un esfuerzo del equipo, como con todo. ¿No, cariño? —acotó su madre.

De repente, Holly recordó las cenas familiares durante los años de la secundaria en las que su madre le preguntaba cómo le había ido en el día y ella le respondía que no había tenido un gran día, porque la secundaria había sido una época complicada. Al oírla, su madre solía buscar motivos para justificar por qué no había tenido un gran día y solía encontrarlos en Holly.

Siempre había algo que había dicho, hecho o pensado que había llevado a que sacara malas notas, tuviera problemas con los compañeros de clase o la gente se burlara de ella. Recordó encontrarse en la misma situación en la que había estado Svanhild aquel día con los bravucones de la aldea.

¿Acaso habría sido en esa mesa cómoda, acogedora y familiar donde Holly había desarrollado la creencia de que nunca era lo suficientemente buena? ¿Y quién decía que no lo era? ¿Que siquiera había algo malo en ella? Estaba embarazada. Había conocido al amor de su vida, y sentía que él también la amaba. Se había enfrentado a un vikingo psicópata que había querido asesinarla. Y había salvado la fusión. ¿Había algo de malo en todo eso?

—En realidad, no, mamá —le respondió—. El esfuerzo en equipo sin mí llevó a que Kamasaki casi rechazara el acuerdo. Pero cuando regresé e intervine, pudimos llevar a cabo el trato.

—Oh, está bien, cariño, pero no seas arrogante, ¿no, tesoro?

Holly apretó el tenedor y lo apoyó sobre la mesa.

—Mamá, no estoy siendo arrogante. Me merecía eso. Sucedió gracias a mí, a que construí una relación con el señor Kamasaki y entendí sus motivos para fusionarse con nosotros, que no estaban escritos en ningún papel. Y pude cumplir con las promesas durante la fusión. Alan Murphy y el resto del equipo no pudieron cerrar el trato sin mí. De modo que no es arrogancia, es un hecho.

Su madre la escuchó con los ojos abiertos de par en par, luego inclinó la cabeza y comió.

—No hace falta alzar la voz, Holly. No lo sabía.

—No, no lo sabías, pero lo has asumido, como siempre asumes que todo sale mal por mi culpa. Que hay algo mal en mí.

Su madre tragó la comida y parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Los hombres me dejan porque soy demasiado fuerte, según tú. No me podía quedar embarazada porque no comía bien y bebía demasiado café. Y la lista sigue. Siempre encuentras algo que señalar. Y me haces sentir defectuosa. Como si hubiera algo fundamentalmente mal en mí y en todo lo que hago. Ni siquiera mis verdaderos padres me querían…

Holly supo que había ido demasiado lejos. Su madre soltó un jadeo y se incorporó de la silla de un salto. Su padre se quedó petrificado y pálido, mirando a Holly indefenso y con tanto dolor que su hija sintió como si sus palabras lo hubieran cortado al medio. Quizás se debía a las hormonas del embarazo, pero las lágrimas le produjeron ardor en los ojos y comenzaron a rodarle por las mejillas.

—Lo siento —dijo Holly cubriéndose los ojos con las manos y apoyándose sobre la mesa.

Su madre acercó una silla al lado de Holly y la abrazó con las manos pequeñas y fuertes.

—Eran unos idiotas si no te quisieron —le aseguró su madre—. Pero nosotros te queríamos tanto que dolía. ¿Quién no te querría, cariño? Eres hermosa, por no mencionar que eres la persona más fuerte e inteligente que conozco. No te das por vencida y trabajas más que diez hombres juntos. Y claro que gracias a ti se llevó a cabo la fusión. Cualquiera con un poco de cerebro lo puede ver. Lamento mucho ser muy dura contigo, solo quiero que tengas cuidado y que consideres todas las consecuencias y no te precipites. Nunca quise hacer que te sintieras defectuosa. Solo que tuvieras cautela. Todas las madres quieren que sus hijos estén a salvo. Eso es todo lo que deseo para ti, cariño.

Holly lloró desconsolada en sus brazos. Como siempre, su madre olía a vainilla y se sentía como un refugio. Holly sintió que su padre se movía y tomaba la silla que había al otro lado de

ella antes de apoyarle una mano grande y cálida en la espalda.

—Pero entonces ¿por qué me echó? —susurró Holly—. Si no hay nada malo en mí, ¿por qué los hombres no quieren estar conmigo? Bueno, no los hombres, uno. ¿Por qué ese tonto me echó?

—¿Quién? —le preguntó su madre con cautela—. ¿El padre del niño?

Holly asintió y se enderezó para secarse las lágrimas. No les había contado a sus padres lo que había ocurrido en realidad. Solo les había dicho que había conocido a alguien en Escocia y que se quedó embarazada por accidente. Luego les había pedido que no la interrogaran hasta que estuviera lista para hablar. Luego de que su madre le preguntara con cautela si la habían violado y Holly se asegurara de que había estado a salvo todo el tiempo, su madre dejó el tema. Sin embargo, en ocasiones, Holly tenía la sensación de que le costaba tragarse las preguntas. Pero, por lo general, una mirada dura de su padre le bastaba para morderse la lengua.

—Sí, me enamoré de él, y creo que él también me ama. Pero me echó, aunque lo que más quería era estar con él. Tiene una hija, que es una dulzura.

—¿Quién es? —le preguntó su madre—. ¿A qué se dedica?

Holly soltó un suspiro y se secó los ojos. ¿Debería contarles todo?

—Es un *jarl* vikingo. Viajé en el tiempo al siglo IX, y me salvó. Es mi esposo.

Su madre arqueó las cejas.

—Estoy segura de que eso del viaje en el tiempo es alguna especie de metáfora. ¿Quieres decir que tiene un castillo? ¿Posee tierras? ¿Es de la nobleza?

Holly se encogió de hombros. Si insistía en explicarles la verdad, creerían que había sufrido un colapso nervioso.

—Algo así.

—¿Y te has casado con él? —le preguntó su padre.

—Sí, nunca nos divorciamos. Él solo… me echó. Es decir, quería regresar. De hecho, es probable que hubiera regresado de todos modos. Necesitaba cerrar el trato. Pero el motivo principal por el que me quería marchar era que tenía mucho miedo de enamorarme más de él para que luego acabara rechazándome como lo han hecho todos los hombres en mi vida antes que él.

—Y entonces, ¿por qué te echó? —le preguntó su padre y, por primera vez en su vida, Holly oyó una nota de acero en su voz.

—Él… su esposa anterior falleció dando a luz a su segundo hijo. Tenía mucho miedo de que eso me ocurriera a mí también. Nunca quiso dejar embarazada a otra mujer. Como había pensado que al final me marcharía y no me interesaba tener un matrimonio verdadero, creyó que no querría tener hijos.

—Pero ¿te ama? —le preguntó su madre—. ¿Y solo tiene temor a perderte? ¿A ti y al bebé?

Holly apretó los labios.

—Creo que sí, mamá. Creo que me ama. Aunque eso no garantiza que no acabará dejándome como los otros hombres. Jack me amaba al principio. Y Ryan también.

—Cariño, te queremos mucho y nunca querríamos dejarte ir ni abandonarte. El hombre indicado tampoco lo querrá. Jack, Ryan y todos los demás eran unos tontos. Los habría matado si me hubiera enterado el tipo de tonterías que te metieron en la cabeza. Quizás deberías llamar a este hombre. Invítalo a él y a su hija a Orlando. Que nos conozcan. Es tu marido… ¿Y por qué no nos invitaste a la boda?

—Fue todo muy apresurado. Tenía que casarse para cumplir un contrato.

—Está bien. Bueno, quizás puedan hacer otra ceremonia para nosotros aquí. Pero primero

llámalo. De seguro se arrepiente de todo. Además, no te vas a morir dando a luz. Nadie muere durante el parto en la actualidad.

«Exacto. En la actualidad».

Holly deseaba poder llamarlo. Sus padres habían aceptado la mitad de la verdad demasiado bien. ¿Podría contarles toda la verdad? Como ese día estaba abriéndose y soltando cosas, decidió contarles todo.

—No lo puedo llamar. Aunque no lo crean, de verdad viajé en el tiempo. Y vive en el pasado.

Sus padres guardaron silencio.

—Cariño, no lo entiendo —dijo su madre al fin—. Suenas como una demente, pero sé que no lo eres.

—Sí, no lo soy. Me limitaré a contarles lo que sucedió y esperar que me crean. No hay nada que pueda hacer para demostrárselos. De modo que me pueden creer o no.

Y luego les contó todo. Les habló de la señora Verdandi, que resultó ser una norna, del árbol y el huso, de Thorir, Einar, Svanhild y también de la aldea. Les contó acerca de la boda y del ataque de Thorir. Les relató cómo las secuestró a ella y a Svanhild y cómo Einar las rescató. Y cómo terminó regresando a su época.

Cuando terminó de hablar, sus padres tenían los ojos abiertos de par en par e intercambiaban miradas anonadadas. En la sala reinaba el silencio. Holly les dio tiempo para procesar todo.

Su padre negó con la cabeza.

—Deberías escribir un libro, Holly. Sería bueno. —Se puso de pie—. Voy a lavar los platos.

Sin embargo, su madre se quedó. Le cubrió la mano con la suya y la miró profundamente a los ojos.

—¿Es verdad? —le preguntó.

Holly asintió con la cabeza.

—Sí.

Su madre también asintió.

—Aunque suene de lo más descabellado, te creo.

Holly sintió como si le hubieran quitado un gran peso del pecho.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque te conozco mejor que nadie —le dijo—. Y lo amas, ¿no?

—Sí.

—Amo a tu padre. Me destrozó no poder darle un hijo. Si amas a Einar y él también te ama, deberías regresar a su lado, cariño. Tu vida será una miseria sin él. Te arrepentirás. Y no hay nada peor que vivir una vida llena de arrepentimiento. No quiero que vivas de esa manera. Lo único que quiero es que tengas una vida plena y llena de felicidad.

A Holly se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Mamá, no tienes ni idea de lo que significa eso para mí.

Su madre le apretó la mano.

—Nunca pensé que fueras defectuosa, cariño. Eres la persona más perfecta que conozco. Estoy muy orgullosa de ser tu madre. Y como lo único que quiero es que seas feliz, te tengo que advertir que te arrepentirás si no intentas encontrar al hombre que amas.

Holly tomó una profunda bocanada de aire.

—Pero mi trabajo…

—¿Te hace feliz? ¿Te sientes satisfecha y lograda?

Holly lo consideró unos segundos. Durante los últimos meses, su trabajo había sido una

droga. Una droga para olvidar a Einar. Pero la sensación de soledad y vacío estaba en todos lados, y no hacía más que incrementar. Le encantaba administrar y organizar. Le encantaba estructurar cosas y obtener ganancias.

Pero amaba a Einar. Y podía hacer todo eso en las Orcadas. Podía ayudarlo a incrementar el comercio, a administrar su hogar y mejorar las cosas en las Orcadas. Podía ayudarlo a lograr que las tierras fueran más prósperas que nunca. Y podía darle un hijo. Si era la mujer destinada a darle tres hijos, el primero crecía en su interior en ese mismo instante.

Pero ¿y si la abandonaba? ¿Y si era defectuosa y no era lo suficientemente buena?

No. Era lo suficientemente buena. Ahora se daba cuenta de que siempre lo había sido. Si la abandonaba, no sería porque fuera defectuosa. Y siempre se tendría a sí misma. Su propia aprobación era lo único que le había faltado en su vida y, a la vez, lo único que necesitaba.

—No, mamá. Tienes razón, tengo que intentarlo. Solo viviré una vida a medias si no lo hago. Voy a buscar a mi marido.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Islas Orcadas, 21 de septiembre de 880 d. C.

CON DELICADEZA, Einar le apoyó una mano en los hombros a Svanhild y se los bajó. La niña sostenía un arco en la mano izquierda y jalaba la cuerda con la derecha mientras apuntaba una flecha hacia el objetivo de paja que Einar había recubierto con un escudo roto y algunas prendas de lino. En el centro, había dibujado un círculo grande con un trozo de carbón. El objetivo se encontraba entre dos piedras altas y planas que se erguían como columnas. Un poco más lejos se encontraban dos piedras más, una de las cuales era gruesa y tenía un agujero redondo. Einar quería llamarla la piedra de Odín y utilizarla para rezarle al dios y ofrecerle sacrificios o *blóts*. Al fin y al cabo, el dios lo había ayudado a expulsar a todos los forajidos de las islas y a rescatar a Svanhild y a Holly de Thorir.

—Relaja los hombros, Svanhild —la instruyó—. Imagina que estás tocando algo, pero solo con el brazo.

Svanhild dejó caer los hombros y enderezó los brazos.

—Muy bien —la felicitó con el pecho lleno de orgullo. Svanhild era una niña lista y muy capaz—. ¿Ves el objetivo?

Su hija asintió levemente.

—Muy bien. Suelta la flecha cuando estés lista.

En respuesta, exhaló y relajó los dedos. La cuerda produjo un ruido similar a un silbido, y la flecha salió volando. Al cabo de un momento, perforó el centro del objetivo.

Svanhild esbozó una amplia sonrisa, y el pecho se le infló. Podía estar muy orgullosa de sí misma. Luego de la conversación en el acantilado, le había pedido a Einar que le enseñara a protegerse. Era algo que había querido pedirle desde que las rescató a ella y a Holly de Thorir, pero no había reunido el coraje de hacerlo hasta hacía poco.

Al principio, el instinto de Einar era decirle que no; detestaba la idea de que su pequeña hija sostuviera un arma en las manos. Pero si lo pensaba sin perder la razón de tanto preocuparse por ella, sabía que no podría protegerla todos los días. El mundo estaba lleno de hombres sin honor, y una persona de honor siempre tenía enemigos, aunque no lo supiera. Además, su hija había demostrado mucho coraje al proteger a Holly y a sí misma con una aguja de tejer, y eso lo había llenado de orgullo.

De modo que accedió a enseñarle. Comenzaría con el tiro con arco y luego le enseñaría a luchar para protegerse. Si su hija quería aprender el oficio de un guerrero, le concedería ese deseo. Aunque le doliera pensar que tuviera que recurrir a eso porque deseaba mantenerla

siempre a salvo, por imposible que fuera.

—¡Acerté! —exclamó y se volvió para abrazarlo.

Einar no había esperado ese gesto y, si lo dejó sin aliento, no fue por el impacto físico sino por la emoción. No lo había tocado desde que era una bebé, y algo cálido lo recorrió entero y se le volcó en el corazón como un bálsamo sanador. La envolvió en sus brazos y la estrechó contra su cuerpo sin poder creer que en efecto lo estuviera abrazando.

—Gracias por enseñarme, padre —le susurró—. No pensé que lo harías.

—Venciste a Thorir Treebeard sin saber nada acerca del combate —le dijo—. Eres valiente. Lo menos que puedo hacer es enseñarte a protegerte como es debido.

Einar decidió ser valiente también y le dio un beso en la coronilla. Tenía el corazón lleno de amor y bondad por su hija, pero su felicidad guardaba cierta amargura. El dolor que sentía por Holly le llenaba el cuerpo entero y era como una arrasadora ola de vacío. Deseaba que pudiera estar allí. Deseaba que pudiera compartir ese momento con él y Svanhild. Pero la había perdido, no solo a ella, sino también al bebé, y solo se podía culpar a sí mismo.

Ojalá pudiera verla por última vez. Haría lo que fuera para convencerla de que se quedara.

Ese día, el sol de otoño estaba cálido, y Einar rezó porque el clima se mantuviera cálido para el festival de la cosecha que tendría lugar al día siguiente. Como Solver regresaría ese día, a Einar se le tensó la mandíbula al imaginar lo que diría el escaldo cuando se enterara de que Holly se había marchado.

Luego, detrás de la colina con pendiente poco pronunciada, divisó dos siluetas que se acercaban. Parecía tratarse de un hombre y una mujer. Einar soltó a Svanhild y entrecerró los ojos contra el sol para intentar ver quiénes eran. Loki debía de estar jugando con su mente porque le pareció ver que la mujer tenía el cabello rojizo. Como el de Holly. Pero el cabello de esa mujer era más largo y casi le llegaba hasta los hombros.

Soltó a Svanhild y comenzó a andar hacia los dos. Lo movía la necesidad de ver si era su imaginación o la realidad.

La mujer pareció apretar el paso, y Einar echó a correr hacia ella sin poder contenerse un instante más. El corazón le latía tan desbocado en el pecho que creyó que se le escaparía. Los músculos le cosquilleaban y le dolían. Era un tonto por siquiera guardar la esperanza de que Holly iba a regresar. Estaba a punto de sufrir la mayor desilusión de toda su vida.

Pero el césped verde le pasaba volando bajo los pies, el cielo azul se iluminó, y el sol lo abrasó. De pronto, se encontró lo suficientemente cerca como para ver.

Era Holly. Aún se encontraba bastante lejos cuando se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible y cayó de rodillas.

La observó avanzar hacia él con el hermoso rostro iluminado por una sonrisa y esos ojos grandes y verdes al tiempo que el cabello se agitaba con el viento. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios rojos. Había algo distinto en ella, quizás la redondez femenina de su figura. Tenía el vientre algo crecido bajo el vestido verde con delantal, lo que le indicaba que seguía embarazada de él, y los ojos le ardieron con las lágrimas de alegría que luchó por contener.

No podía dejar de mirarla. No podía quitarle los ojos de encima ni un instante por temor a que fuera una visión después de todo. Pero un destello de lino blanco y cabello dorado le pasó volando por delante y le aseguró que no era ninguna visión. Svanhild no se cayó de rodillas, sino que echó a correr a toda velocidad hacia la mujer.

—¡Holly! —la llamó Svanhild—. ¡Holly! ¡Has regresado!

Luego Einar vio que Svanhild casi la derribaba al suelo al arrojarse en sus brazos y envolverle la cintura. Holly se iluminó aún más sin apartar la mirada de Einar, pero abrazando y

besando a Svanhild.

—Estoy aquí, tesoro —le dijo con voz temblorosa y lágrimas en las mejillas.

Al lado de Holly, se encontraba Solver con una sonrisa de satisfacción. Alzó una mano para saludar a Einar y, de algún modo, ver a Solver volvió la escena más real. Holly se encontraba allí, por algún milagro y por la buena voluntad de los dioses.

Einar se obligó a incorporarse y a caminar hacia ella sintiéndose como si le hubieran amarrado troncos bajo los pies.

—Tesoro, dame un momento para hablar con tu padre —le pidió Holly a Svanhild, que la soltó sin dejar de sonreír y se fue a parar al lado de Solver para observarlos. Holly miró a Einar a los ojos y caminó hacia él.

Se encontraron en el centro. Einar tenía la garganta tan tensa que no logró encontrar palabras. En cambio, se la devoró con la mirada y supo sin ningún lugar a dudas que jamás había visto nada más hermoso.

—Has regresado —dijo con la voz ronca.

—Sí.

Silencio. Holly tragó saliva. A lo mejor a ella también le costaba hablar.

—¿Por qué? —le preguntó Einar.

—Para estar contigo —le respondió—. Para ser tu esposa. Para ser la madre de Svanhild y la madre de este niño también. —Se frotó el vientre hinchado—. Bueno, si me aceptas. ¿Qué dices?

A Einar se le dio vuelta el mundo. Todo se iluminó y ganó color. Una ola de alivio le recorrió el cuerpo de pies a cabeza, seguida de otra de amor que se parecía al calor de la luz dorada del sol, la suavidad de una buena cepa de hidromiel y la frescura de la brisa matutina.

¿Qué le decía? Por fin, el vacío que sentía en el pecho comenzó a llenarse y la sensación de integridad le pareció un parche suave sobre las grietas y cicatrices del corazón.

—¿Preguntas qué digo? —le respondió al tiempo que la envolvía en sus brazos.

Se sentía muy bien, pequeña, suave y cálida apretada contra su cuerpo. Cómo había echado de menos sentirla así, oír su voz al oído y sentir la delicadeza de sus labios.

La besó y se hundió en el sabor de ella. Los labios eran como pimpollos suaves y suculentos. La besó con suavidad, pero un hambre voraz comenzaba a rugir en su interior; era el hambre por su cuerpo, por conectar con ella alma a alma, que no se había saciado desde el primer momento en que la vio.

Cuando se apartó, Holly lo observaba sin aliento.

—¿Eso significa que me aceptas? —le preguntó.

—Te amo más que a la vida misma —le dijo—. Te amo tanto que te acepto de la manera que sea.

Holly le sonrió.

—Claro que te acepto —concluyó.

Holly le apoyó la frente contra el pecho y le frotó la nariz.

—Gracias a Dios. Estaba preocupada de que me rechazaras. Pero me habría quedado hasta hacerte cambiar de parecer. Porque yo también te amo, Einar. Estoy lista para estar contigo, aunque en algún momento te canses de mí o descubras algo de mí que no te guste y me dejes.

Einar se rio.

—Mujer, dices tonterías. Jamás me cansaré de ti, y nada de lo que descubra de ti me hará dejarte. Te tendré a mi lado y te amaré mientras los dioses me lo permitan.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿A pesar de que tendré que dar a luz aquí?

Tragó con dificultad, y se le formó una piedra de temor en el pecho al imaginarla sufriendo los dolores del parto.

—Te tendré mientras los dioses así lo permitan. Haré un sacrificio a diario si es necesario. Pero si llega tu hora de partir, atesoraré cada día que haya compartido contigo. Cada palabra que hayas dicho. Cada beso y cada caricia. Y te amaré hasta el último momento de mi vida.

Al oírlo se iluminó.

—Y yo también —le susurró—. Yo también.

Svanhild apareció a su lado y los abrazó con el rostro lleno de felicidad.

—Solver me contó cómo llegaste aquí.

Entonces el escaldo se acercó al grupo.

—Holly apareció hace una semana en Avaldsnes —le dijo a Einar—. Se encontraba en un barco comerciante de Sutherland y deseaba pedirle al rey Harald que le concediera un barco para venir aquí. Como yo iba a venir al festival de la cosecha, tuve la suerte de traerte a tu amada esposa.

—¿Por qué fuiste a Avaldsnes? —le preguntó Einar—. ¿Por qué no aquí?

—Nadie venía aquí desde Durness, pero había un barco comercial con destino a Avaldsnes, de modo que se me ocurrió hablar con el rey Harald. Le dije que me permitiste visitar a mi familia, pero que el barco que me había llevado quedó destruido en una tormenta y no podía regresar.

—¿Cómo has vuelto a viajar en el tiempo? —le preguntó Einar.

—Tuve que buscar a la norna. No fue nada fácil. Aún se encontraba en Escocia, con otra «clienta». Fue conmigo al mismo sitio en que nos encontramos con ella y me dio el huso dorado. Pero me dijo que no puedo regresar. Esta fue la última vez. Y no tengo ningún problema con eso, Einar. No hay nada que desee más que estar con mi familia. Aquí.

Einar sintió una sonrisa gigante que se le dibujaba en el rostro bajo la barba.

—¿De modo que nunca te podrás marchar? —le preguntó.

—No.

Einar abrazó a su esposa embarazada y a su hija.

—¡Gracias a Odín!

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Islas Orcadas, 19 de febrero de 881 d. C.

—NO FALTA MUCHO, tesoro —le dijo Bera sin apenas apartar la mirada del tejido, bueno, en realidad del *nålbinding* para mirar a Holly. Bera se veía muy cómoda al lado de la turba que ardía en el hogar, que llenaba la recámara de una calidez agradable. Einar estaba pescando en uno de los lagos que había cerca, aunque se había marchado de su lado a regañadientes. Svanhild le había pedido que le enseñara a pescar, y Holly lo había incentivado a ir.

Holly respondió con un mugido similar al de una vaca. Se apoyó contra la cama y se arrodilló en el suelo cubierto de pieles suaves. Esa era la posición más cómoda para respirar entre contracciones.

No, no eran contracciones, se corrigió. Eran aluviones. Eso era lo que decía el libro de hipnoparto que había leído. No debía pensar en eso como algo doloroso, tenso o desagradable. Eran fuertes aluviones de energía, intensas olas que debía montar respirando profundamente.

—Muuuuuu —mugió Holly al tiempo que exhalaba despacio y un dolor intenso le atravesaba el estómago redondeado.

Sonrió y se rio a pesar de que el aluvión y el dolor no habían disminuido.

—Parezco una vaca, ¿no? —le preguntó a Bera cuando la contracción pasó.

—Sí. —Bera le sonrió—. Puedes sonar como el mismo Hel si quieres. Haz lo que sea necesario para que esto sea más fácil para ti.

—¿Los libros que traje te han sido de ayuda?

Holly había llevado muchos libros acerca de la obstetricia e incluso un libro de medicina con una descripción detallada con fotografías de una cesárea. Se los había traducido oralmente Bera.

—La parte de la cesárea me resultó interesante, pero tendré que practicarla con ovejas y vacas antes de intentar hacer algo semejante con una mujer. Me parece maravilloso lo que pueden hacer los curanderos de tu época. Pero tenemos que confiar en que los dioses y las nornas nos tejan un buen destino.

Holly asintió con la cabeza. Debía de estar loca para intentar hacer eso allí, pero había tomado su decisión y se quedaría con su hombre. De modo que respiraría, se relajaría y confiaría en que su cuerpo podría hacer el trabajo. Y pronto sostendría a su bebé en sus brazos.

La siguiente ola fue más intensa y larga que la anterior.

—MUUU.

Unos pasos pesados resonaron desde el otro lado de la pared, y al cabo de unos segundos la puerta se abrió de par en par. Einar se encontraba de pie con nieve en las botas y los ojos abiertos

de par en par.

—Holly, ¿estás…?

—Mmm —gimió Holly. El temor que sentía su esposo la empezaba a afectar, la ponía tensa y le hacía sentir más dolor con la contracción.

—Sí —le respondió Bera—. Y será mejor que salgas de aquí.

Detrás de él, se encontraba Svanhild, que observaba a Holly con los ojos llenos de temor.

Holly exhaló y se enderezó cuando se le pasó el aluvión.

—Einar, Svanhild, todo va bien —les dijo—. Si se quieren quedar, pueden hacerlo, pero deben dejar su temor al otro lado de la puerta. Este no es sitio para la ansiedad. Aquí solo necesito tranquilidad, sonrisas y alegría. Porque sueno como una vaca, y no sé si estás listo para ver a tu esposa como una vaca.

Einar tragó con dificultad y relajó el rostro antes de asentir con la cabeza.

—Y bien, ¿qué deciden? —les preguntó—. ¿Se quedan o se van?

—Esperaré afuera y te haré tu sopa favorita con pollo y fideos —le dijo Svanhild antes de desaparecer.

—¿Y tú? —le preguntó a Einar.

Al principio, el hermoso rostro de Einar era una mueca de angustia. Luego algo cedió en él, y su expresión se convirtió en una decisión final.

—Me quedo —le dijo y se quitó el abrigo de invierno.

—Primero debes lavarte las manos —le indicó Bera.

~

EINAR NO SABÍA cuánto tiempo había transcurrido desde que entró en esa pesadilla. Al igual que con Agdis, Holly estaba sufriendo, desgarrada por el dolor, y no había nada que él pudiera hacer para ayudarla. Le podía llevar agua, sostenerle la mano y secarle la frente. Podía respirar con ella y hacer esos sonidos de vaca que solo le hacían pensar en sacrificios y en la muerte. Y eso hacía que el temor feo y frío que tenía en la boca del estómago creciera cada vez más.

Los «aluviones», como Holly los llamaba, eran cada vez más frecuentes y más largos. Y, por ende, mugía más fuerte.

—Aún estás aterrado —señaló tras un aluvión muy intenso—. Lo puedo sentir y me hace tensar aún más. Y, si estoy tensa, el parto será más largo y más peligroso. Lo único que necesito es relajación absoluta, una actitud de «todo saldrá bien» en la habitación. ¿De acuerdo?

Einar asintió con la cabeza sin creer en nada de eso. ¿Cómo podía creer que todo saldría bien?

—Hazme reír. Bésame. Cuéntame una historia. Pero no te quedes ahí sentado como un tronco seco y viejo ni me fulmines con la mirada.

¿Que la hiciera reír? Por el amor de Loki, ¿cómo se suponía que la haría reír cuando en lo único que podía pensar era en rezar? «Por favor, Odín y Freyja, no se la lleven de mi lado».

—Te puedo besar —le dijo—. Puedo hacer eso.

Cuando Holly sonrió, el mundo se iluminó. Agdis jamás había sonreído durante el parto.

—Está bien —dijo Holly—. Buen chico.

Aún estaba arrodillada en el suelo y apoyada contra la cama. Einar se sentó en el colchón y se inclinó hacia ella. La atrajo hacia él y la besó con delicadeza y dulzura para hacerle saber con los labios y la lengua lo mucho que la amaba.

—Mmm. —En esta ocasión no fue un mugido lo que se le escapó de los labios, sino un

gemido que conocía muy bien. Era un sonido que le encendía un fuego en las venas.

Bera tosió, y tanto Holly como Einar se quedaron petrificados y luego rompieron a reír.

—¡Aaahhh! —Holly cerró los ojos y respiró hondo, pero, para su sorpresa, no dejó de sonreír levemente durante todo el aluvión.

Luego, al cabo de unos instantes, abrió los ojos y le sonrió más.

—¿Ves? —le preguntó—. Esto está mucho mejor.

Einar se rio.

—Si besarte te salvará la vida, jamás dejaré de besarte.

Holly se rio. Luego cerró los ojos y volvió a mugir mientras respiraba hondo. Einar la observó y respiró con ella sin soltarle la mano. Por dentro, admitía que se sentía mucho más tranquilo en ese momento. Si lo consideraba con detenimiento, ese parto era diferente al de Agdis, pero eso no quería decir que iba a terminar bien.

Desechó ese pensamiento. Tenía que creer que todo saldría bien. La norna ya había predeterminado su destino. La única forma de ayudar a Holly era siendo positivo. Y besándola.

Luego de lo que se sintió como una eternidad, Holly abrió los ojos.

—Creo que ha llegado la hora —dijo.

—¿Sientes que debes pujar? —le preguntó Bera.

—Sí.

—Voy a ver.

Bera se puso de pie, se arrodilló detrás de Holly y le alzó la falda de la túnica.

—Oh, sí, muchacha —le confirmó Bera—. Puedo sentir la cabeza. Cuando tengas otro aluvión, puja, querida —la instruyó—. Y deja que tu cuerpo haga lo que quiera hacer.

Ese había sido el momento en el que Agdis no había podido dar a luz. Mucho tiempo había transcurrido, varios días incluso, y solo había conseguido retorcerse de dolor hasta que acabó muriendo en sus brazos.

—Está bien. —Holly sonrió. Tenía el rostro sonrojado y los párpados entrecerrados. Parecía como si lo estuviera mirando desde otro mundo—. Aquí vamos —susurró al exhalar. Luego dejó de respirar, apretó la mano de Einar y se puso tensa.

Con el rostro sonrosado, se retorció un poco y gruñó. Luego exhaló e inspiró una gran bocanada de aire.

—Oh, cielos, esto sí que es trabajo duro —dijo—. ¿Me dan agua, por favor?

Einar le dio el agua, y la bebió sedienta. No se veía como Agdis, que había estado llorando de dolor entre las contracciones. Holly se veía tranquila y relajada, aunque algo cansada. Einar no había estado presente durante el nacimiento de Svanhild, pero se imaginó que un trabajo de parto normal iría como ese. Miró a Bera, a quien se le suavizó la mirada antes de asentirle con la cabeza.

—Esto es bueno —le dijo—. Es bueno.

Einar exhaló justo a tiempo de que Holly le volviera a apretar fuerte la mano. Luego comenzó a gruñir otra vez mientras se le tensaba y sonrosaba el rostro. Inspiró hondo y volvió a pujar.

Luego se relajó unos segundos y cerró los ojos.

—Einar, frótame la espalda —le pidió.

Einar estaba contento de poder hacer algo por ella, lo que fuera que pudiera aliviarla. Se arrodilló en el suelo y comenzó a masajearle la espalda como a ella le gustaba.

—No, más abajo y más fuerte —le pidió.

—De acuerdo, Holly.

Hizo lo que le pedía y le frotó la espalda en movimientos circulares. Holly echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, qué bien se siente —comentó.

Y entonces continuaron. Holly se fue relajando y suavizando para luego tensarse, estremecerse, sonrojarse y gruñir. Einar no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Bera la examinaba debajo de la falda sin decir nada, pero, como el rostro de la curandera permanecía calmo, Einar no le hacía ninguna pregunta para no alarmar a Holly si algo iba mal.

Ahora sus gemidos eran más largos y pronto comenzó a emitir unos sonidos suaves y bajos cada vez que soltaba el aire. Luego, mientras pujaba, gritó de dolor y echó el rostro hacia atrás.

—¡Ay, ya basta! ¡Ya basta!

Bera hizo a Einar a un lado y le alzó la falda a Holly para examinarla.

—Ya asoma la cabeza —anunció—. Estás atravesando el círculo de fuego, muchacha. Sigue. Un poco más y podrás sostener a tu bebé.

Tembloroso, Einar soltó el aliento. ¿Era cierto? ¿Ya casi acababa todo? ¿No la perdería? Bera mantenía las manos apoyadas entre las piernas de Holly.

—¡Aaahhh! —gritó Holly, y a Einar se le congeló la sangre.

—Trae sábanas limpias —le ordenó Bera—. Deprisa.

Einar corrió hacia la pequeña pila de sábanas limpias que la misma Holly había tejido. Sobre la cima había un hilo blanco y uno rojo. El blanco se utilizaría para amarrar el cordón umbilical, mientras que el rojo tenía una cuenca de color ámbar que le pondrían al bebé en la muñeca para que estuviera protegido. También había un hilo negro, y Einar sabía que Bera debió haberlo quemado antes ese mismo día durante el ritual que se hacía para espantar a la muerte y la mala suerte. Holly había preparado los hilos durante el embarazo bajo las instrucciones detalladas de la curandera.

Einar sostuvo la pila de sábanas delante de Bera, que tomó una para cubrirse las manos.

—¡Una vez más, muchacha! —la instruyó Bera.

—¡Aaahhh! —gritó Holly, y el sonido fue un ruego doloroso.

Luego Einar oyó un sonido apenas audible, bajó la mirada y, cuando vio una pequeña cabeza entre las piernas de Holly, sintió que se le detenía el corazón.

—Muy bien —le dijo Bera—. Ya ha salido la cabeza. Si vuelves a pujar, tendrás al bebé en tus brazos.

Holly jadeó con la cabeza colgando entre los hombros. Luego reunió fuerzas, volvió a gruñir y perforó el aire con un gruñido propio de un animal.

El bebé se deslizó tranquilo hacia la sábana que sostenía Bera.

—Eso es —le dijo Bera—. Aquí está tu hijo.

Einar observó cómo giraba al bebé y le daba unas palmaditas en el trasero antes de que el niño llorara. A Einar le latía el corazón tan desbocado que creyó que se le saldría de la garganta. La sensación de dicha y felicidad se le esparció por el pecho, el estómago y todo el ser.

—Ayúdala a meterse en la cama —le dijo Bera—. Aún debemos esperar la placenta, pero necesita descansar ahora.

Con las piernas débiles, Einar ayudó a Holly a meterse en la cama. Las pieles estaban cubiertas con algunas capas de sábanas limpias. El bebé seguía llorando y no le habían cortado el cordón oscuro. Holly miró a Einar a los ojos y le sonrió.

Y entonces supo que no la había perdido. La besó feliz y delirante de sentir la confianza que le inundaba el pecho. Se sentó al lado de Holly mientras su esposa se recostaba contra las almohadas, se abría las tiras de la parte delantera de la túnica y se apoyaba a su hijo contra el

pecho desnudo. Bera sujetó el hilo blanco alrededor de la cuerda oscura que conectaba a Holly con el bebé.

El niño era pequeño, arrugado y muy rosado. Cuando Holly lo cubrió con un trapo de lino y una sábana que Svanhild había hecho, dejó de llorar y se acurrucó contra Holly.

—Está buscando el pecho —le dijo Bera.

—Oh, claro, pequeño —le susurró Holly.

Mientras ayudaba al bebé a encontrar el pecho y comenzar a succionar, Einar no pudo dejar de admirar la imagen que tenía delante de él. Su hermosa esposa y su hijo. Su hijo.

Entonces alguien llamó a la puerta y la abrió. Svanhild echó un vistazo al interior con los ojos abiertos de par en par y llenos de temor y curiosidad.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro que sí —le dijo Holly—. Ven a conocer a tu hermano.

Svanhild avanzó hacia la cama y se detuvo al lado de Einar para mirar al bebé con los ojos abiertos y la sonrisa de felicidad más grande que Einar había visto en su vida.

—Se parece a ti, padre. ¿Cómo lo llamarás?

—Debemos aguardar a bendecirlo con agua delante de los dioses —le explicó Einar—, pero ya tengo una idea.

—¿Cuál es? —le preguntó Holly.

Le sonrió y le pareció que era la diosa de la fertilidad, la belleza y la feminidad. Algo había cambiado en ella: las arrugas alrededor de los ojos se le habían suavizado y un brillo único apareció en lo más profundo de ese verde intenso. Parecía como si acabara de aprender el significado secreto de la vida y la felicidad y como si se lo pudiera compartir a Einar cuando la miraba a los ojos.

—Baldr —le respondió—. Significa fuerte y valiente, y también es el nombre del dios fuerte y atractivo.

—Me gusta —anunció Svanhild.

—A mí también —dijo Holly con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias por dármelo —le dijo a Einar.

—Gracias a ti, esposa —le respondió él—. Este es el primero. Según tu profecía, faltan dos más.

Holly le sonrió y se acercó para besarlo.

—Con mucho gusto, esposo. Hagamos que nuestro árbol familiar crezca fuerte y alto.

Einar sintió que el pecho y el alma se le llenaban de felicidad al besar los labios de su esposa. Y no supo si estaba saboreando amor, paz o plenitud.

Pero decidió aceptarlo todo, durante toda la eternidad, siempre y cuando estuviera con Holly y su familia.

EPÍLOGO

Cercanías de la aldea de Tongue, Sutherland, Norte de Escocia, 5 de mayo de 882 d. C.

—Es aquí —les dijo Holly a Einar, Svanhild y Baldr—. Este es el sitio en el que aparecí hace dos años.

El viento le soplaba en el rostro mientras contemplaba la colina desnuda. A su lado, se encontraban su esposo, su hija y su hijo, a quienes amaba más que a la vida misma.

Svanhild sostenía una bola de pelos grisácea con dos ojos enormes y dorados: el gato Loki, que parecía más un perro que un gato y no quería separarse de la niña ni un instante.

Holly estaba embarazada de nuevo, probablemente en el primer trimestre, aunque sin ultrasonidos ni médicos, era difícil determinarlo con exactitud porque sus ciclos menstruales no eran regulares.

La colina aún estaba desnuda y sin árboles, y Holly sintió que había tomado la decisión correcta. Debían plantar un árbol allí, pues de lo contrario, la Holly del futuro no podría viajar en el tiempo. Por suerte, en la aldea de Tongue no quedaba ningún indicio del ataque que habían sufrido los habitantes hacía dos años. La aldea estaba en plena actividad de primavera, y los lugareños se preparaban para sembrar los cultivos.

Holly y su familia también habían ido allí a sembrar algo. En una mano, Einar sostenía el plantón de un fresno y en la otra, una pala.

Svanhild dio unos pasos hacia adelante.

—¿Y dónde estaba el árbol? ¿Aquí?

Holly entrecerró los ojos intentando recordarlo.

—Quizás un par de pasos a la derecha. —Svanhild se movió y se detuvo—. Sí, creo que allí.

—¿Y crees que este árbol sobrevivirá más de mil años y te traerá de regreso a nosotros en el futuro? —le preguntó Svanhild.

Holly miró a Einar. Los ojos grises de su marido siempre la calmaban. Le encantaba que fuera su roca y que siempre la apoyara.

—Sí, Svanhild —le respondió Einar—. No se ve ningún árbol por aquí, de modo que no es probable que ese árbol sea una casualidad. Holly dijo que era muy viejo, grueso y alto. Debió haber sobrevivido cientos de años.

—Y, al parecer, tengo que tomar las riendas del asunto. —Holly sonrió—. La norna solo me ayudará a llegar hasta cierto punto. Pero a veces el destino de uno requiere que la persona decida ayudarse.

Svanhild abrió los ojos de par en par.

—Entonces enviarás un regalo del pasado al futuro. Pero ¿para ti misma?

Holly asintió con la cabeza.

—Supongo que sí.

Einar avanzó hacia Svanhild.

—¿Aquí, Holly?

—Sí —respondió.

Mientras comenzaba a cavar, Holly se meció para acomodarse a Baldr contra la cadera. Era un niño grande, de cabello rubio oscuro como su padre y unos ojos grises que siempre reflejaban curiosidad y buscaban algo. Miraba fascinado a Einar mientras cavaba y se retorció para que Holly le permitiera bajar antes de comenzar a avanzar tambaleándose hacia su padre. Se aferró a la falda de Svanhild y se quedó de pie observando todo.

—Papá —lo llamó—. Papá.

Holly se rio.

—Probablemente piensa que estás jugando con la tierra, porque él hace lo mismo con la pala de juguete.

Holly revolvió la bolsa de viaje y extrajo un balde y una pala de juguete que Einar había hecho para su hijo, y Baldr pisoteó fuerte y chilló de alegría. Acto seguido, comenzó a cavar, aunque no ayudó mucho. Pero Einar se rio, y toda la familia se le unió.

—Eres mi pequeño asistente. —Einar le sacudió el cabello a su hijo.

Al cabo de unos minutos, el hueco fue lo suficientemente profundo, y Einar colocó el plantón en él antes de cubrirlo con tierra para asegurarse de que estuviera bien plantado. Holly tuvo ganas de decir una bendición o algo para proteger al pequeño fresno que parecía demasiado frágil y pequeño contra el viento fuerte, la vastedad del mar y las colinas sin fin que se erguían a sus espaldas.

Einar la estrechó contra su cuerpo y le pasó el brazo por encima de los hombros. Loki arqueó la espalda y se frotó la oreja contra la pierna de Svanhild, luego se sentó a sus pies y la abrazó con la cola. Svanhild alzó a Baldr en los brazos, y toda la familia observó el fresno.

—Cuando te vi en las Orcadas me hablaste —le dijo Holly al árbol—. Allí no hay muchos árboles, pero algo en ti me hizo detenerme y mirarte antes de seguir andando. Y luego tuve la idea de que necesitaba plantar un árbol para permitir que mi yo del futuro pudiera viajar en el tiempo. Y algo en mí supo que tú eras ese árbol.

Inhaló profundo y exhaló mientras intentaba dejar que las emociones pasaran y no la hicieran llorar.

—Me has llevado ante el hombre que amo, el que estaba destinado para mí y el que me hace feliz. Es el hombre que me demostró que no hay nada malo ni defectuoso en mí. El que me permite florecer y vivir cada día sintiendo gratitud por la felicidad que le da a mi vida. También me has dado a la mejor hija que una mujer pudiera desear: Svanhild. Me has dado un hijo y, con suerte, me darás dos más, algo que deseé desde que era pequeña.

Le apretó la mano a Einar, y su esposo la abrazó por el hombro.

—Jamás conocí a mis padres biológicos, pero siempre quise ser la madre biológica de mis hijos y hacerles sentir el verdadero apoyo y amor que una madre puede dar. Pensaba que era muy importante estar conectados por la sangre, pero ahora veo que la familia se trata del amor que nos une. No hay ninguna diferencia entre el amor que siento por Svanhild y el que siento por Baldr. Ahora sé que mis padres me aman de verdad y que son mis verdaderos padres, algo que mis padres biológicos jamás podrían haber sido. ¿Quién iba a saber que tendría que cruzar cientos de años para darme cuenta de eso? —Se rio—. Bueno, supongo que tú lo sabías, ¿no, pequeño?

Todos sonrieron, y Baldr se movió y le estiró los brazos a Holly, quien lo tomó de los brazos de Svanhild y se lo acomodó contra la cadera.

—Así que ahora puedes crecer, árbol del tiempo. Crece fuerte, crece alto y crece para traerme aquí. Crece como está creciendo mi familia. Crece y echa tus raíces en lo más profundo de esta tierra. Y yo haré lo mismo con las mías.

Abrazó a Einar y Svanhild y apoyó la mejilla contra la cabeza de su hijo. Sentía que los brazos eran ramas largas y anchas, y se sentía enraizada allí, segura y tranquila. El amor se expandía en todo su ser, tanto el amor intenso, apasionado y devastador que sentía por Einar como el amor maternal, cálido y tranquilo que sentía por sus hijos.

Y mientras observaba cómo el viento jugaba con las hojas jóvenes de color verde pastel del fresno, supo en lo más profundo de su corazón que ese árbol sobreviviría y un día la llevaría a casa para estar con Einar, en el sitio donde siempre debía estar.



EL RECLAMO DEL VIKINGO

El poder para las chicas altas.

PRÓLOGO

Hvaldalen, Noruega, 30 de septiembre, 875 d. C.

ANDOR THORNSSON CLAVÓ la mirada en la nube de humo gris que se alzaba por la aldea.

—Está en llamas —dijo Fridstein.

—Sí. Tengo los ojos en el rostro y no en el trasero, Fridstein —le respondió Andor con los dientes apretados a su segundo al mando.

Los dos se encontraban de pie en la proa de un *drakkar* que se abría paso entre las aguas hacia el hogar, una pequeña aldea al final del fiordo en un valle verde entre montañas altas. A Andor le dolían los ojos de forzar la mirada para intentar ver algo a través del humo, y el estómago se le hundió aún más cuando le quedó claro que nadie se movía en la aldea. En el *drakkar* reinó el silencio.

El hedor nauseabundo a madera, carne y cabello quemado le llegó a las fosas nasales, y Andor se aferró al lateral del mascarón de proa con forma de dragón. Como caía una fina llovizna, era probable que la madera de las casas se encontrara humedecida. A lo mejor el fuego estaba a punto de extinguirse. Quizás no era demasiado tarde para salvar a su gente.

—¡Más rápido! —les gritó a los hombres que remaban sin volverse a mirarlos. El último le pasaría la orden a los otros dos barcos que lo seguían a casa—. Deprisa, hijos de Loki. Sus esposas y sus hijos podrían estar heridos.

Su propia esposa, Svana, también. El pensamiento le paralizó el corazón de terror.

A más velocidad, el barco se abrió paso entre las aguas calmas, al tiempo que los hombres soltaban gruñidos cada vez que hundían un remo en el agua.

—¿Ve a alguien, *jarl*? —le preguntó Fridstein.

—No —respondió, y el temor se le asentó en el vientre y le convirtió la sangre en cenizas—. Estén listos para matar a cualquiera que no esté con nosotros. —Desenvainó a Problema de Dragón, la espada que Svana le había dado como regalo de bodas hacía un año.

Su hermosa esposa de ojos verdes y cabello castaño… Svana tenía que encontrarse bien. Tenía que estar a salvo. Por Odín, si no lo estaba… jamás se perdonaría.

—¡Deprisa! —exclamó.

El barco siguió avanzando a paso lento, a pesar de que los remos subían y bajaban más rápido de lo que Andor creyó humanamente posible. Cuanto más se acercaban, más se veían los marcos carbonizados de las edificaciones entre la pared de humo gris. Y más se le estrechaba el

estómago.

En cuanto el barco tocó el muelle, Andor y sus hombres saltaron sobre la plataforma de madera con los escudos, las espadas y las hachas listas para el combate. El cuerpo del pastor yacía sobre el muelle.

—Por el trasero sudado de Thor —maldijo Andor.

—Protejan al *jarl* —Fridstein gritó a sus espaldas, y Andor sabía que su banda leal lo seguía. Hizo un ademán, y los hombres avanzaron sin ocultarse; se movían rápido pero alertas.

Alrededor de la aldea, la gente que Andor había conocido durante toda su vida yacía muerta o lastimada. Habían matado a las vacas, las ovejas y las cabras. El centeno, los nabos, las hierbas y el resto de la comida yacía desparramada por todo el suelo. La mayoría de las casas se habían quemado, aunque algunas más que otras. El fuego ya se había extinguido. Solo quedaba el humo.

El corazón se le hundió al ver la fuente de más humo: el gran salón de su hogar.

—¡Svana! —la llamó Andor.

Los gritos de dolor resonaban por toda la aldea. Cerca de las casas y los arbustos, sus hombres luchaban y caían con las gargantas abiertas. Los atacantes salían por detrás de las esquinas con los ojos embriagados de violencia y las espadas y las hachas alzadas. Sus hombres se lanzaron al ataque, y el aire se llenó de gritos, de ruidos metálicos y de los crujidos de la madera.

—¡Asesinen a esos bastardos! —exclamó Andor.

La furia de la batalla le circulaba por las venas, pero un terror frío se le clavó en el estómago. ¿Dónde estaba Svana? Si alguien le había tocado siquiera un pelo de la cabeza… Tenía que encontrarla. De inmediato.

Esquivó el hacha del primer hombre y lo perforó en un lateral, entre el pecho y las placas traseras de la armadura de cuero. El siguiente, casi lo atraviesa, pero Andor logró girar a tiempo y cortarle el cuello. Fue entonces cuando la vio. El borde de su vestido de lino con flores de aciano asomaba detrás de una esquina de las paredes carbonizadas de su hogar. El corazón se le aceleró en el pecho y las extremidades se le congelaron. Salió disparado hacia ella, perforando y pateando a cualquiera que se le atravesara.

—¡Protejan al *jarl*! —volvió a exclamar Fridstein detrás de él, y supo que sus hombres le cuidaban las espaldas.

Cuando por fin llegó a la casa, la encontró sobre el suelo húmedo, con una herida en el lateral de la que manaba mucha sangre.

—¡Svana! —Andor se arrodilló a su lado y se despreocupó de la batalla. Sabía que Fridstein y sus hombres lucharían contra cualquiera que considerara atacarlo a él o a su esposa herida.

Andor recogió a Svana en brazos y se la acercó. Las pestañas se agitaron y abrió los ojos para clavarlos en él antes de ofrecerle una sonrisa.

—Andor.

—No hables —le dijo—. Kall está aquí. Él te curará.

Su esposa negó con la cabeza.

—Las valquirias de Freyja me esperan para llevarme a Fólkvangr, pero me alegra que me haya permitido verte antes de partir.

Andor se la apretó contra el pecho.

—No. No permitiré que te lleve.

—¿Por qué tardaste? —le preguntó en un susurro—. Prometiste que ibas a regresar hace un mes. ¿Estás bien?

A Andor se le llenaron los ojos de lágrimas y se le tensaron los músculos como sogas. La

culpa lo arrasó y lo aplastó como un peñasco. La herida se veía grave, pero no le permitiría morir.

—¡Kall! —llamó a gritos al curandero—. ¡Ven aquí!

Se volvió hacia su esposa con dolor en el pecho.

—Estoy bien. Me demoré porque Ubba…

Se demoró porque Ubba Ragnarsson le había pedido que atacara un monasterio en Wessex y le llevara una biblia que los sajones valoraban más que al oro. Como recompensa, le había dado tierra, plata y un gran tesoro. Andor se había dicho que lo había hecho por Svana, pero el *jarl* Andor Thornsson era famoso en las tierras nórdicas y en Bretland, y ese era el verdadero motivo por el que había roto la promesa que le había hecho a la mujer que amaba. Pero ¿por qué estaba pensando en tierra, tesoros y plata? Debería estar diciéndole lo mucho que la amaba.

—No importa por qué me demoré, mi amor —le respondió—. Vuelvo con riqueza y fama para nosotros. Pero jamás debería haber permitido que te lastimen. Si hubiera venido cuando te lo prometí…

Svana negó con la cabeza.

—Estoy orgullosa de ti, esposo. —Le acarició la mejilla.

La culpa le cerró la garganta. Svana había sido todo lo que había deseado en una esposa. Lo amaba, mantenía el hogar en excelente estado, y su palabra era de hierro. El orgullo y amor que sentía por ella le llenó todo el ser de calidez.

—¡Kall! ¡Sálvala! —rogó, pero la voz se perdió con el ruido de la batalla.

Svana tragó con dificultad. Se encontraba tan pálida como el algodoncillo y cerró los ojos.

—Ahora debo soltarte, Andor. Quería ser una buena esposa para ti… —susurró.

De repente, se quedó quieta. Yació inmóvil en sus brazos. El pecho dejó de subirle y bajarle.

Una brisa fresca acarreó el olor del humo de las ruinas de la casa de Andor, y le produjo un ardor en los ojos y en la garganta. Se apretó a su esposa contra el pecho y le enterró el rostro en el cabello sedoso para inhalar su aroma mezclado con las notas de hierro de la sangre.

—Debería haber estado aquí —le susurró al oído—. Debería haberte protegido.

Le tomó la mano entre las suyas, la mano que lo había acariciado, la que había anhelado que calmara a sus futuros hijos. La mano que un día lo habría saludado para despedirse de él mientras partía ya viejo y gris hacia su última batalla. Andor le besó la frente tibia. Una ola de vergüenza le quemó el cuello y el rostro como los carbones, que eran lo único que quedaba de la aldea a la que no había logrado proteger.

—Lo siento, Svana —le susurró contra la piel suave. Las valquirias oirían sus palabras y se las llevarían a su espíritu—. Eras todo lo que un hombre podría esperar en una esposa. Nadie te puede reemplazar. Nadie lo hará.

La sostuvo unos instantes más y luego se llevó las manos al rostro para secarse las lágrimas. Con una culpa más pesada que un torques de granito, se incorporó al tiempo que un deseo de venganza le llenaba los pulmones, le secaba la boca y le producía dolor en los huesos.

—¿Quién hizo esto? —rugió—. ¿Quién asesinó a mi esposa?

Fridstein le dio un golpe mortal a un guerrero enemigo.

—Fue ese gusano de Elgr —repuso Fridstein por encima del hombro y con la respiración entrecortada—. ¡Mira! Intenta avanzar hacia los barcos.

A Andor se le escapó un rugido de predador que le subió por la garganta y le resonó por todo el cuerpo. Todos sus hombres seguían luchando contra los invasores, y los barcos habían quedado descuidados y listos para que se los llevaran. Si Elgr lograba subir a diez hombres en cada embarcación, podrían alejarse con todo.

Andor hubiera entregado todos sus tesoros y todos sus barcos por la oportunidad de salvar la vida de Svana, pero era demasiado tarde para eso. Elgr ya se había llevado todo lo que de verdad le importaba. La necesidad de venganza, de derramar la sangre de sus enemigos, se intensificó hasta convertirse en una fiebre. Andor regresó a la batalla y fue tras él. Pero ninguna herida, ningún corte y ninguna vida que tomó le trajo alivio.

Luego de lo que le pareció una eternidad, alcanzó al otro *jarl*. Era un hombre de su misma edad, y sus tierras limitaban con las de él, pero jamás habían sido amigos. Elgr siempre había sentido envidia de cualquier cosa que tuviera, desde sus guerreros feroces hasta sus cultivos abundantes o su hermosa esposa.

—¡Ven aquí, gusano! —rugió Andor apuntándole la espada al rostro—. Enfréntame. Pagarás por su muerte. —Ambos tenían la misma altura, pero Elgr era menos musculoso. Andor, por su parte, era un guerrero que había pasado muchos meses en batallas. No sería una pelea justa, y Elgr lo sabía.

—¿Que pagaré por su muerte? —Elgr lo miró, empujó al hombre contra el que luchaba y avanzó hacia él con un deseo asesino en los ojos—. Acaba de pagar por ser tu esposa.

Elgr blandió la espada hacia él, pero la esquivó.

—Ubba siempre me daba los mejores ataques a mí, pero luego viniste tú —gritó Elgr y lo volvió a embestir—. Me debería haber enviado a mí a buscar la biblia. —Otro ataque más—. Esa plata y ese tesoro me pertenecen.

Andor rugió y atacó blandiendo su arma, Problema de Dragón, contra el escudo de Elgr.

—Eres un cerdo. Un hijo de Loki.

La ira le ardía por todo el ser, al igual que la imagen del rostro moribundo de Svana, su voz resonando más alto que la batalla que lo rodeaba.

—Pagarás. —La palabra rebotó contra el escudo al tiempo que lo embestía y pronunciaba cada sílaba.

Extrajo el hacha y, con la otra mano, atacó el escudo hasta desgarrar la madera. El hacha se quedó atrapada, y jaló tan fuerte que acabó enviando el escudo volando hacia el otro lado.

—Esto es por quemar mi aldea —rugió Andor antes de hundirle Problema de Dragón en el estómago. Extrajo la espada y lo volvió a perforar—. Esto es por mi gente. —Elgr se cayó de rodillas aferrándose el estómago, y Andor blandió la espalda y le cortó la cabeza. —Y eso fue por Svana.

Mientras la batalla continuaba y oía ruidos metálicos y gritos a su alrededor, se quedó petrificado, con el pecho inflándose y desinflándose y los músculos tensos de la ira. Había logrado su venganza. ¿Y ahora qué? No se sentía satisfecho. No se había redimido. No había recuperado a Svana. No la recuperaría jamás.

La voz de su amada le resonó en los oídos: «¿Por qué tardaste…?». «¿Te encuentras bien…?». «Quería ser una buena esposa para ti…». Los gritos de las mujeres y los niños desprotegidos de la aldea se unieron a la voz de Svana seguido del choque metálico de las armas. Andor apretó los puños. El pánico, la culpa y el dolor de la pérdida se le mezclaron en el interior como un remolino en una tormenta.

Cuando los hombres de Elgr se percataron de la muerte de su líder, comenzaron a retirarse como cobardes, y los guerreros de Andor los mataron o los dejaron correr.

Entonces la batalla terminó y la aldea se quedó inmóvil, cubierta de cuerpos sin vida o malheridos, y Andor llevó el cuerpo de Svana al fiordo. Con cuidado, la recostó sobre la playa de piedras y se enderezó mientras observaba el ocaso neblinoso y opaco gracias al humo.

—¿Y ahora qué, *jarl*? —le preguntó Fridstein que se encontraba de pie a su lado. Andor oyó

la misma tristeza que le estrujaba el pecho en la voz de su hermano de armas—. ¿Cuándo comenzamos a reconstruir Hvaldalen?

Andor clavó la mirada en la distancia, en el punto en el que el fiordo desaparecía.

—No la reconstruiremos. Hay demasiados fantasmas aquí, demasiados recordatorios. Regresaré a servirle a Ubba. Me llevaré a los padres de Svana y les daré una granja. La tierra allí es más rica y más fértil. Ubba me lo debe. Todas las familias que han sobrevivido pueden venir. Han perdido el sustento porque fallé a la hora de protegerlos. Esto es lo mínimo que puedo hacer.

Al oír las palabras del *jarl*, Fridstein frunció el ceño.

—Eso no ha sido tu culpa, hermano.

Andor bajó la cabeza e hizo un gesto negativo. Tenía la vista nublada y los músculos de las mejillas le temblaban.

—He roto mi promesa. Y debo pagar por eso.

—Lo mejor que podemos hacer es quedarnos y empezar de cero. Reconstruir la aldea. Devolverle el hogar a tu gente. Ser su *jarl*.

Andor soltó el aliento tembloroso.

—Lo único que me queda es la batalla. No me quedaré en un sitio que respira el recuerdo de mi esposa.

Fridstein apretó los labios hasta formar una delgada línea entre la barba.

—Tu padre hubiera querido que encontraras otra esposa.

Ese comentario fue como una daga en el vientre.

—Jamás volveré a casarme, Fridstein. ¿No lo ves? No puedo proteger a mis seres queridos. —Miró el esqueleto carbonizado del hogar al que jamás regresaría—. No volveré a soportar esto.

CAPÍTULO
UNO

Los Ángeles, 8 de enero de 2019

—Eso está mejor, Brad —dijo Cathy mientras alzaba el tubo endotraqueal para limpiar los restos de espuma de afeitar del rostro de su prometido—. Ahora puedo volver a verte el rostro.

Lo observó con la esperanza de ver una contracción nerviosa, un aleteo de las pestañas o cualquier otro movimiento. Pero lo único que se movió fue la bomba de la máquina de ventilación que tenía al lado y la línea del monitor cardíaco. Se obligó a sonreír y añadió:

—Creo en los milagros. Creo que regresarás a mí.

Cuanto más la decía, la afirmación se sentía cada vez más falsa, como si se estuviera mintiendo a sí misma.

—Solo relájate y descansa, mi amor —murmuró—. Cuando salgas del coma, estarás acicalado y fresco, como si hubieras estado durmiendo mucho tiempo. —Le dio un beso en la punta de la nariz.

Luego le aplicó su loción favorita para después del afeitado. Inhaló la fragancia masculina del producto, y la mente se le llenó de recuerdos de cuando observaba a Brad en el espejo del baño mientras se aplicaba la loción en las mejillas. No podía evitar hacer muecas al sentir el ardor del producto ni soltar exclamaciones de alivio que siempre la hacían sonreír.

Cathy lo observó con cautela con la esperanza de ver el eco de una mueca. Sin embargo, nada. Guardó los productos de afeitar en el bolso y recogió un mechón de cabello rubio oscuro que le caía sobre el hombro.

—Sí, mi amor. Ya es hora de un corte de pelo. Pero mañana.

Las puntas del cabello de Brad estaban decoloradas gracias a toda la luz solar a la que había vivido expuesto a diario como instructor de surf y surfista profesional, pero el nuevo cabello que le había crecido desde que lo habían internado era del color del trigo oscuro. Cathy deseaba poder volver a mirarlo a los ojos celestes. Deseaba verlo sonreírle una vez más. Y escucharlo decirle lo hermosa que se veía ese día y lo mucho que la amaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le tomó el mentón entre las manos y le acarició los pómulos altos con el pulgar.

—Regresa a mí, Brad —le susurró— Por favor, regresa a mí.

Un llamado a la puerta la hizo sobresaltar e incorporarse para limpiarse las lágrimas antes de volverse y ver a la doctora Gentzelman y al padre de Brad, Eric, en el umbral. Eric era un calco de Brad, solo que más grande. Alto, corpulento, con cabello grueso y rubio tornándose grisáceo, tenía los mismos ojos celestes y el mismo mentón cuadrado. Sin embargo, en el transcurso de los

últimos doce meses, los hombros se le habían hundido y le habían aparecido unos círculos oscuros debajo de los ojos. Y, por primera vez, Cathy notó que comenzaba a verse como un anciano.

—Hola, Cathy —la saludó la doctora Gentzelman—. ¿Estamos interrumpiendo?

Cathy se obligó a sonreír.

—No, no. Por supuesto que no. Disculpen, estoy un poco sensible hoy.

La doctora sacudió la cabeza y le ofreció una sonrisa amable.

—No te disculpes. No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser esto para ti. —Miró a Eric y añadió—: Para los dos.

Las arrugas alrededor de la boca de Eric se profundizaron. Cathy se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ya me iba, así que puedes pasar tiempo con él.

Tomó el bolso y estaba a punto de marcharse, cuando Eric la hizo detenerse:

—Necesito hablar contigo, Cathy.

Cathy sintió que el estómago se le hundía, pero asintió con la cabeza y lo miró.

—No está mejorando —comenzó Eric—. Ya ha pasado más de un año. Linda y yo… queremos dejarlo ir.

Cathy cerró los ojos, y un dolor lacerante la arrasó. Sintió como si alguien le hubiera robado el suelo bajo los pies. Cuando abrió los ojos, vio a la doctora y a Eric borrosos.

—No —se negó.

—Debes considerarlo, Cathy —intervino la doctora Gentzelman—. Lamento mucho decir esto, pero es muy posible que el coma de Brad sea permanente. Su cerebro no muestra casi ninguna señal de actividad, y luego de un año las chances de que regrese son casi nulas. Estamos manteniendo su cuerpo con oxígeno y le suministramos nutrientes, pero Brad ya no está con nosotros.

Cathy negó con la cabeza.

—No lo sabes. Podría estar allí todavía. La gente sale de estados de coma todo el tiempo.

—Después de un año, no, Cathy.

A Eric le tembló el mentón. Tenía la vista clavada en el suelo, pero al final la subió para mostrar los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Lo estás torturando, Cathy. Nos estás torturando a todos, incluida a ti misma. Quiere marcharse. ¡Déjalo marchar!

Era como si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Cathy dejó de respirar del dolor que oyó en esas palabras. Al ver su reacción, Eric continuó:

—Jamás te debería haber dado el poder de decidir esto. Somos sus padres. Si la decisión legal estuviera en nuestras manos, ya lo hubiéramos dejado ir. Estamos listos.

La doctora Gentzelman le cubrió la mano con la suya.

—Quizás es hora de que tú también te prepares.

A Cathy le cayeron lágrimas por el rostro. El pecho le dolía, al igual que todo el cuerpo.

—¡No! Mientras aún haya esperanza…

—¡Pero no la hay! —gritó Eric.

La doctora negó con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Cathy miró a Brad, que yacía sereno, como si estuviera dormido y fuera a despertar para ir a la playa.

—No acepto eso —repuso—. Si soy la única que peleará por su vida, que así sea.

Eric soltó un suspiro y se pellizcó el puente de la nariz.

—Te daremos dos semanas para hacer las paces con la idea de dejarlo ir, Cathy. Si no das permiso en dos semanas, tomaremos medidas legales. No puedo permitir que mantengas a mi hijo atrapado en esta cama cuando sé que se quiere marchar.

Unas olas cálidas de ira y temor le golpearon el rostro. Se dio la vuelta, se inclinó y le depositó un beso en la mejilla a Brad. Inhaló el aroma de la loción para después del afeitado mezclado con su propia fragancia. Se encaminó para irse y se detuvo un instante delante de Eric.

—Por favor, escúchame. No te doy mi permiso para interrumpir el soporte vital. ¿Entiendes? —Se volvió hacia la doctora Gentzelman—. No tienes permitido detener las máquinas.

Cathy aguardó el gesto de asentimiento de la doctora y salió de la habitación del hospital.

Salió del edificio en modo automático, con las palabras de Eric resonándole en los oídos. No se detuvo hasta llegar su New Beetle amarillo que había aparcado en el estacionamiento. Al meterse en el Volkswagen, se sintió como una gigante que intentaba encajar en una taza de porcelana. Hubiera preferido conducir una Range Rover, que se adaptaba mejor a su altura y tamaño. Pero Brad tenía razón. Los autos pequeños salvaban el medioambiente, por no mencionar que eran más fáciles de estacionar. Además, el color remitía al del sol y a California, que era todo lo contrario a ella. Y mientras las tablas de surf entraran, era todo lo que necesitaban.

Cathy ya había sujetado su tabla al techo porque tenía planeado ir a surfear luego de dar su lección de yoga. Pero tras la conversación que acababa de tener, yoga era lo último que tenía en mente. Llamó al estudio para dar parte de enferma, encendió el coche y salió del estacionamiento del hospital. Era un día de invierno sorprendentemente cálido.

La pena y la desesperación se arremolinaban en su interior, le hacían hervir la sangre y la atacaban. Necesitaba ir a la playa. Al sitio donde todo había comenzado. Donde había conocido a Brad hacía cinco años. Donde habían planeado abrir una escuela de surf y de yoga. Donde se iban a casar. Y donde la gente que se suponía que eran sus amigos lo habían ahuyentado… hasta que le causaron la muerte.

¡No! Aún no estaba muerto.

Mientras conducía hacia Sonada Beach, Cathy observó la escena familiar que iba dejando atrás: las casas, las palmeras y las colinas que había visto cientos de veces con Brad. Cuando llegó, aparcó en la cima de la colina y se puso el traje de neopreno. Era de un rosa intenso y Brad lo había escogido a modo de broma. «Esto dirá a gritos: “Chica de California”», le había dicho entre carcajadas cuando abrió el regalo y la mandíbula se le cayó al suelo.

Lo cierto era que Cathy no se podía sentir menos californiana con ese traje puesto. A pesar de que había sido vegana durante ocho años y de las horas que pasaba haciendo yoga, su cuerpo se empeñaba en tener curvas. Debajo de la grasa, tenía músculos, pero en ese traje de neopreno, Cathy se sentía como una rosada bola gigante de carne humana.

Echaba de menos a Brad a nivel físico, como si fuera un pájaro y sus alas no le funcionaran sin él. A lo mejor, si entraba en el océano, lograría conectar con él. Quizás podría encontrar su espíritu y pedirle que regresara a su cuerpo. Quizás estaba perdido allí, entre las olas, y si lo encontraba, podría ayudarlo a regresar. O quizás eso era una sarta de tonterías típicas del movimiento de la Nueva Era.

Cathy se recogió el cabello en un rodete despeinado, tomó la tabla de surf y caminó por el camino de piedras que conducía a la playa de arena blanca oculta entre las colinas.

Los divisó desde arriba. Cathy estaba dispuesta a venderle su alma al diablo para que no la detectaran. Pero ni el diablo podría ocultar el traje de neopreno rosado. Los cinco se detuvieron

delante de ella: cuatro hombres de edad media y Miranda. Los hombres no estaban en su mejor forma, un par de ellos tenían barrigas cerveceras y Jason era el más entallado. Miranda era pequeña, pero tenía el físico de una fisicoculturista y el bronceado de alguien que pasaba muchas horas al sol. Todos la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Miranda—. No tienes permitido venir a esta playa.

Cathy se retorció en una bola por dentro. La mayoría de los surfistas no eran como esos sujetos. La mayoría eran como Brad: trotamundos relajados que disfrutaban del océano. Miranda y su banda jamás se habían marchado de California porque habían crecido con una de las playas más magníficas del mundo en el patio trasero y se negaban a compartirla. Por desgracia, los surfistas locales no eran un problema solo allí, y la policía no podía hacer nada al respecto, ni tampoco las protestas públicas. Pero no permitiría que la afectaran.

—¿Siguen intimidando a la gente aun después de lo que le pasó a Brad? Parecen adolescentes en el recreo de la escuela. Maduren.

—Puede ser —repuso Jason—, pero alguien tiene que proteger nuestra playa. Mira esto. —Estiró las manos hacia la playa. Había solo tres personas en el agua y nadie más, excepto Cathy y el grupo. La bahía era espectacular: arena suave, acantilados altos y olas que rompían contra un punto en las rocas—. ¿Por qué crees que Sonada no está tan abarrotada como Malibu o El Porto? Porque la protegemos. Brad también creció aquí. Se convirtió en campeón mundial porque se entrenó con estas olas, con esta libertad. Si permitimos que cualquier turista venga, no se podría ni escupir sin salpicar a alguien.

—En especial, si hubieran abierto esa condenada escuela de yoga y surf —añadió Miranda.

Sí, ese era el motivo por el que habían ahuyentado a Brad de la playa: lo habían hecho escoger entre Cathy y el grupo. Cathy o la playa. Y la había escogido a ella.

«Lucha por ti, Cathy. Enfréntalos como lo hizo él».

—Ni siquiera se arrepienten —continuó—. ¿No ven que casi muere por ustedes?

Miranda negó con la cabeza, y Jason bajó la mirada con las fosas nasales dilatadas.

—Si quieres culpar a alguien de lo que le pasó, cúlpate a ti misma —le dijo Miranda—. Él era uno de nosotros. Nuestro campeón mundial. Jamás hubiera dejado la playa de no haber sido por ti. Tú le sembraste la idea de abrir esa escuela.

A Cathy se le estrechó la garganta.

—Ya basta, Miranda —interrumpió Jason—. Ya no habrá ninguna escuela. No sin Brad.

A Cathy se le nublaron los ojos y se le estrechó el pecho. Tenía razón. No sin Brad.

Jason miró a Cathy, y se le suavizó el rostro.

—Solo por él, quédate y surfea. Solo por hoy. No regreses. Es muy difícil para todos.

Jaló de Miranda, y los cinco se alejaron. ¿De verdad la culpaban por el accidente de Brad? Y peor aún, ¿tendrían razón? El estómago se le revolvió de dudas. Si no la hubiera escogido a ella, de seguro se encontraría sano y salvo, viviendo la vida al máximo.

Con las piernas temblorosas y los brazos como fideos cocidos, avanzó hacia el océano. El sonido de las olas que rompían era familiar y reconfortante, y Cathy se metió en el agua fría y los pies se le entumecieron. Colocó la tabla sobre el agua, saltó sobre las olas y se subió a la tabla para empezar a nadar hacia el mar abierto. El viento no era fuerte ese día, y las olas no eran las mejores para surfear. Pero en realidad, ella no quería surfear. Quería estar en el agua. Conectar con Brad.

Cuando la playa quedó lejos a sus espaldas, dejó de nadar y se sentó sobre la tabla con las piernas colgando a ambos lados. Quizás el alma de Brad se encontraba en algún sitio cercano. Quizás estaba en lo más profundo del océano, donde se había golpeado la cabeza. Quizás Cathy

debía sumergirse y ver si lo encontraba. O quizás sumergirse y quedarse allí y punto. Quizás así ella y Brad volverían a estar juntos. Bajó la mirada al agua azul oscura. Quizás debería soltar todo.

Alguien le salpicó agua fría en el rostro. Cathy soltó un jadeo al tiempo que sentía el escozor de la sal en los ojos. Alzó la mirada y, con los párpados dolorosos, vio a una anciana en una tabla de surf. Quedó tan anonadada que casi se cae cuando una ola la meció.

—Hola, querida —la saludó la mujer.

Llevaba puesto un traje de neopreno con unas líneas verdes. Tenía el cabello blanco, sujeto en un pequeño rodete en el cuello, y los ojos de un color de lo más peculiar: al parecer cambiaban de color. O quizás eran de varios colores al mismo tiempo.

—Eh… hola —repuso Cathy.

La mujer alzó el rostro al cielo.

—Qué día más encantador, ¿no crees?

Cathy miró alrededor para asegurarse de que estuviera hablándole a ella.

—Sí, así es. Lo siento, ¿se encuentra bien? ¿Necesita ayuda para regresar a la orilla?

—Oh, no, querida. Estoy de mil maravillas. Tú eres la que necesita ayuda.

Cathy bajó la mirada a la tabla. ¿Se habría dañado sin que se percatara? No, se veía en perfecto estado.

—¿De qué habla?

—Morir aquí no es tu destino.

Cathy se consideraba una persona espiritual. Sentía que había un poder superior en el universo y creía en la ley de la atracción. Además, enseñaba yoga. Pero jamás había experimentado lo que sentía en ese momento. Como si unas chispas de electricidad fría le estuvieran trepando debajo de la piel.

—¿Y cómo lo sabe?

—No encontrarás su alma allí abajo, querida. Y aunque la encuentres, eso no lo traerá de regreso.

A Cathy se le formó un doloroso nudo en la garganta y se tuvo que obligar a inhalar profundo y despacio, contar hasta cuatro y soltar el aire también contando hasta cuatro. A lo mejor estaba loca, pero había algo especial en esa mujer.

—¿Me puede ayudar a recuperarlo? —le preguntó.

—Oh, querida, no lo puedes ayudar. Sin embargo, hay un hombre al que sí puedes ayudar. El hombre que está destinado para ti.

Cathy frunció el ceño.

—¿Se refiere a Brad?

La mujer sonrió como si fuera una niña dulce y tonta.

—No es Brad, aunque Brad es una parte de él. —Negó con la cabeza—. Menos palabras y más acción.

Abrió un bolsillo en el muslo y extrajo un objeto extraño y bastante grande para el tamaño del compartimiento. ¿Cómo habría logrado meterlo allí?

El objeto destelló en sus manos como el oro. Y era dorado. Era un huso. Tenía la superficie cubierta con unos grabados que Cathy reconoció de la mitología nórdica que siempre le había interesado. Miró el rostro sereno y arrugado de la anciana.

—¿Quién es?

—Soy precisamente lo que temes creer que soy, pero no tenemos demasiado tiempo, querida. Hay un hombre que necesita que lo salves. A cambio, él te salvará a ti.

La mujer le ofreció el huso y, completamente anonadada, Cathy lo observó.

—Deprisa —la presionó—. La batalla está a punto de comenzar, y entonces será demasiado tarde.

Todo sonaba demasiado extraño, incluso para Cathy, pero no podía despegar los ojos del huso. Estiró la mano por voluntad propia. Cuando lo tocó, un suave estado meditativo la envolvió. El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse: el cielo, la costa y la mujer. Lo único que quedó fue la tabla de surf y la voz de la anciana:

—Vas a viajar en el tiempo.

Entonces, como si fuera una ola que la alzaba para sumergirla, Cathy se dejó llevar. La energía la invadió y la llevó hacia una costa desconocida. Y luego, todo se hundió en las penumbras.

CAPÍTULO
DOS

Countisbury Hill Beach, Devon, reino de Wessex, 8 de enero de 878 d. C.

—¡DENSE por vencidos, tontos! —rugió Ubba. Estaba de pie a la izquierda de Andor y las cadenas de la exquisita *brynja* que tenía puesta destellaban bajo la luz grisácea del ventoso día de invierno. A lo largo de la playa de piedra, frente a las fuerzas vikingas, se encontraban las formaciones anglosajonas—. Casi los duplicamos en número. —Luego agregó algo en la lengua sajona que Andor no comprendió.

Un hombre con una refinada armadura se encontraba entre los enemigos. Era el *ealdorman* Odda y gritó algo en respuesta que hizo que Ubba soltara una carcajada antes de decirles a sus hombres:

—No sabe maldecir.

Luego se volvió a reír. Sonriendo, Ubba alzó la mirada por encima de la cabeza de Andor, al sitio donde el viento del océano jugaba con el estandarte del cuervo. Si el cuervo agitaba las alas, la batalla sería exitosa. De lo contrario, acabaría en derrota. Fridstein sostenía el estandarte y se encontraba en la primera fila de la formación, a la derecha de Andor.

Andor observó lo que los rodeaba. Los acantilados se alzaban casi tan altos como los de Noruega. En la cima de uno, se encontraba el castro de Cynwit y más alejado, el camino que conducía a Wessex.

Bajo el cielo hibernal, entre los vikingos y los anglosajones, el mar enfadado enviaba olas grises, violentas, que rompían contra las rocas. A su izquierda, veintitrés barcos se mecían desde donde se habían acercado a la costa. Habían llevado setecientos hombres. Mientras que los territorios del noreste les pertenecían a los nórdicos, el ejército pagano casi no había tocado la costa oeste de Wessex todavía, pero estaban listos para invadirla. El rey Alfredo, un cobarde bastardo, se ocultaba en algún sitio tras la devastadora derrota. No había mejor momento para tomar Wessex, el último reino anglosajón.

—El cuervo no mueve las alas —señaló Ubba con el mentón tenso y las fosas nasales dilatadas.

Andor alzó la vista. El estandarte blanco y triangular con el cuervo negro bordado estaba caído a pesar del fuerte viento. Tenía un borde redondeado sobre el que colgaban varias etiquetas con runas. Según decía el rumor, las tres hermanas de Ubba, hijas del legendario Ragnar Lothbrok, habían hecho el estandarte. Las tres eran *völvas* y habían susurrado la magia de Odín mientras trabajaban en él.

Cuando Andor le había preguntado si esos rumores eran ciertos, Ubba se había limitado a

encogerse de hombros y cambiar de tema con una sonrisa pícara en el rostro. Ubba creía en las premoniciones del estandarte, y, hasta el momento, jamás se había equivocado. Por su parte, Andor no creía que ese estandarte pudiera controlar el resultado de la batalla, pero no tenía dudas de que podía socavar la moral de su comandante y de todo el ejército.

—Ubba, no lo analices demasiado —le aconsejó Andor—. Llegado este punto, no podemos perder. Los duplicamos en número. Los hombres están listos. Tomemos Wessex.

Ubba asintió con la cabeza y tocó el Mjölnir, el dije del martillo de Thor que le colgaba del cuello. Alzó la lanza y así dio comienzo a la batalla.

—¡Odín, toma a estos perros como mi sacrificio para ti!

En la playa resonaron los rugidos de setecientos hombres. Andor se unió a ellos permitiendo que la furia de la batalla se le asentara en el vientre y se le esparciera por las venas como un incendio forestal para acabar arrasando el recuerdo de Svana y el dolor de su pérdida. Si la creencia supersticiosa de Ubba resultaba cierta y moría en esa batalla, abrazaría la muerte de buena gana.

Los anglosajones asumieron una posición de defensa, y Ubba estaba a punto de arrojar la lanza que daría inicio a la batalla cuando vieron un destello rosado entre los dos ejércitos. Andor jamás había visto ese color en toda su vida. Era como el rosado del cielo sobre el mar antes del amanecer… pero mucho más intenso, tan intenso que le produjo dolor en los ojos.

De repente, en el medio de las fuerzas vikingas y anglosajonas se encontraba una mujer. Estaba cubierta con una piel de color rosa intenso, a excepción del rostro, las manos y los pies. Era alta, musculosa y rubia. ¿Se trataría de una elfa? ¿De una giganta? ¿O sería una valquiria? Si se trataba de una valquiria, Ubba tenía razón: estaban condenados, y había ido a buscar a los muertos.

Andor no era el único que la veía. El rugido de los setecientos hombres que lo rodeaban se apagó. Casi todos bajaron las armas y clavaron la mirada en ella. El enemigo tomó ventaja del momento de estupor y se lanzó al ataque. La batalla comenzó, pero la lanza no voló. Odín no los bendijo.

—¡Alcen los escudos! —ordenó Ubba.

Mientras los nórdicos comenzaban a resguardarse detrás de los escudos, Andor se agachó detrás del suyo, y la extraña mujer desapareció de la vista. La furia de la batalla se coció a fuego lento en su interior. Al fin y al cabo, él mismo lo había dicho: lo único que le quedaba, era la batalla.



CATHY QUERÍA GRITAR, pero el terror le paralizó la garganta. Surgió en una playa de piedritas entre un cielo y mar grises y unos acantilados gigantes frente a la costa. Hacía tanto frío que el viento la convirtió en un témpano.

Lo peor de todo era que se encontraba de pie entre dos ejércitos medievales. En un grupo parecían caballeros ingleses, mientras que en el otro…, vikingos.

El aliento se le congeló en la garganta, y el suelo se le hundió bajo los pies, pero vio un rostro que hizo que el calor le volviera a circular por el cuerpo y le derritiera el terror. Era el rostro de Brad.

Se encontraba entre los vikingos, en la primera fila, y la miraba fijo con la boca abierta, al igual que el resto de los hombres barbudos a sus espaldas. Sostenía un escudo redondo y una espada vikinga. Tenía el cabello largo y ondulado, y la parte baja del rostro estaba oculta debajo

de una barba.

—Pero si te acabo de afeitar —susurró. Qué tonta. ¡Como si eso fuera lo más importante en ese momento! ¿Y qué realidad era esa que Brad ya no se encontraba en coma?

De repente, los caballeros soltaron un rugido y se lanzaron al ataque de los vikingos. Y de ella.

En ese momento, le surgió el instinto de lucha o huida. Se le destrabaron los pies y salió volando para apartarse del paso de los hombres al ataque. Se dirigió hacia los acantilados y los arbustos.

Un vikingo rugió:

—¡*Skjaldborg*! —La palabra le sonó rara en los oídos, como si fuera un idioma extranjero. Pero de algún modo, supo que significaba pared de escudos. En los siguientes instantes, oyó varias órdenes similares.

Mientras el metal, la madera y los hombres se enfrentaban a sus espaldas, vio una cueva entre unos arbustos del acantilado. Echó a correr en esa dirección lo más rápido que pudo. Ignoró el dolor que le producían las piedras al clavarse en las plantas de los pies y el ardor en los pulmones hasta llegar a la entrada. Era una cueva pequeña, de apenas un metro y medio de profundidad, y no tenía manera de caber parada en ella. Pero se agachó y entró gateando hasta que la espalda le rozó el techo, y hasta que no supo con certeza de que nadie la había seguido, no logró respirar tranquila.

La respiración agitada resonaba alta y pesada y hacía eco entre las paredes de la cueva. Casi sofocaba los sonidos de la batalla. Las manos le temblaban, y se dio cuenta de lo mucho que le dolían las plantas de los pies. Cuando se inspeccionó un pie, lo vio magullado y con varios cortes superficiales por las piedras.

La pared de la cueva le produjo un escalofrío. Olía a tierra húmeda y algas viejas. Ese sitio no tenía el sabor salado del Pacífico. ¿Dónde se encontraba? ¿Y por qué Brad iba vestido como un guerrero vikingo a punto de luchar contra cientos de personas que parecían haber salido de una película histórica británica?

Los gritos, los rugidos y los golpes de las armas resonaban fuerte en la playa. Cathy hasta creyó que se iban acercando más a ella.

Y esa anciana que había aparecido de la nada sobre una tabla de surf en el medio del mar… ¿Quién era? Y el huso dorado con patrones vikingos…

Cathy sintió un escalofrío. Nunca había probado drogas alucinógenas, a pesar de que sus amigos en los círculos de yoga juraban que tenían cualidades terapéuticas. ¿Sería que en la superficie del huso había habido algún alucinógeno? La mujer le había dicho que iba a viajar en el tiempo, pero eso era imposible, ¿no?

El hombre que se parecía tanto a Brad… ¿Sería que se encontraba en una realidad alternativa como en un programa de ciencia ficción? ¿Y que, en esa realidad, Brad se encontraba vivo y a salvo… y era un vikingo?

La mujer había dicho algo acerca de ayudar a un hombre. ¿Sería que tenía que salvarlo? Oh, cielos, ¿y si fracasaba y él volvía a resultar herido?

Se agachó y se arrastró hacia la apertura de la cueva, hacia la luz, pero no se veía nada desde detrás de los arbustos. Con cautela, salió y echó un vistazo a través de un matorral. Lo que vio, le puso el mundo patas para arriba.

Al haberse criado en una buena familia, en un ambiente sano, solo había visto muerte y violencia en la televisión. Ahora, varios hombres yacían con las tripas desparramadas, los cráneos quebrados, heridas en los pechos, en las gargantas, en los brazos y en las piernas. Otros

luchaban con espadas y escudos. La imagen hizo que se le subiera la bilis a la garganta, al tiempo que el terror le impedía mover los pies.

No se trataba ni de una película, ni de un estudio cinematográfico, ni mucho menos de un juego. La gente de verdad se estaba muriendo delante de sus ojos.

Cuando el vómito se le subió a la boca, vio a Brad. Perseguía a un hombre en armadura que sostenía un estandarte arrugado y desgarrado en la mano. Brad lo sujetó y lo arrojó al suelo antes de patearlo y clavarle la espada en el cuello.

Cathy se aferró a las ramas del arbusto para no caerse de espalda. Su Brad jamás haría eso. Su Brad era vegano y detestaba la idea de matar a otros seres vivos.

Un guerrero se acercó a él por las espaldas y lo golpeó en la cabeza con el pomo de la espada. Brad se dio la vuelta y blandió su arma, pero los brazos se le movieron como espaguetis cocidos. Acto seguido se desplomó en el suelo. El guerrero se inclinó para acabarlo, pero un grito fuerte que provenía del campo de batalla lo hizo detenerse. Se enderezó y echó a correr para unirse a otros soldados.

Sobre la playa, varios hombres seguían luchando, a pesar de que muchos vikingos huían hacia los barcos. A Cathy se le congeló la sangre. Si perdían, era probable que los ingleses fueran a ver si Brad seguía vivo. Cathy tenía que ayudarlo. No podía permitir que resultara herido otra vez.

El corazón le latía desbocado. Sin incorporarse, avanzó hasta Brad, le pasó las manos por debajo de las axilas y jaló de él. Oh, cielos, era gigante y pesado. Apenas lo podía mover. Jaló con toda la fuerza que tuvo, y el cuerpo se movió un centímetro. Tenía que darse prisa. La verían en cualquier momento.

Por fortuna, aún no la habían descubierto. De algún modo, se las ingenió para arrastrarlo hasta la cueva. Era tan grande que, para entrarlo, tuvo que sentarlo. Una vez dentro, apenas hubo espacio para ella.

Tenía que ver qué tan lastimado se encontraba. Le sintió el pulso que estaba débil, pero aún se sentía. Luego le recorrió el cuerpo con la mirada en busca de heridas, pero solo vio rasguños y magulladuras. Por fin llegó a la cabeza. La parte trasera de la cabeza le sangraba, y la herida parecía similar a la que se había hecho surfeando.

A Cathy le temblaron las manos. Tenía que hacer algo para detener el sangrado, pero no tenía absolutamente nada, excepto el traje de neopreno y las llaves del coche en uno de los bolsillos. A lo mejor encontraba algo afuera. Avanzó arrastrándose entre los arbustos y vio el estandarte en la mano de un guerrero. Tras asegurarse de que no hubiera nadie cerca, estiró la mano y sujetó la tela. Al regresar a la cueva, sacudió el césped y la tierra del trapo y se lo apretó contra la herida. A continuación, le estudió el rostro pacífico, como lo había hecho los incontables días que había pasado en el hospital, rezando y deseando que se moviera, se sacudiera y se despertara.

—Creo en la magia de la vida —dijo—. Creo que te vas a poner bien.

Comenzó a repetir las palabras como una plegaria mientras lo mecía como en un estado de meditación. No supo cuánto tiempo transcurrió, pero los sonidos de la batalla cesaron en el exterior, y más luz se coló en el interior de la cueva: el sol se había movido hacia el oeste y pronto se ocultaría.

Estaba acostumbrada a esperar y mirar cada pestaña, cada vena y cada párpado en busca del más mínimo movimiento. Sin embargo, eso no había ocurrido en el año entero que Brad había estado internado. De pronto, abrió los párpados y clavó los ojos celestes en ella.

CAPÍTULO
TRES

Era encantadora. Tenía unos ojos grises grandes y con pestañas alargadas y espesas; mejillas suaves y rosadas; una boca que parecía una flor en plena floración y unas pecas pálidas que le cubrían la nariz como polvo dorado. Llevaba el cabello rubio sujeto en un rodete tenso en la cima de la cabeza, como los guerreros, y el rostro le quedó completamente expuesto ante él.

Tenía una expresión desnuda y abierta. Vulnerable. Lo miró con preocupación y algo que parecía asombro. O, quizás, euforia.

A pesar de que estaba oscuro allí, la piel de ese rosa tan intenso que le comenzaba debajo del mentón destellaba como el último amanecer ante Ragnarok y le producía dolor en los ojos.

—¿Valquiria? —le preguntó con la voz ronca.

La pregunta la hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo dices?

Él parpadeó para permitir que los ojos se le adaptaran a la luz de la cueva.

—Valquiria, ¿has venido a llevarme al Valhalla?

Los labios se le curvaron en una sonrisa dulce y triste. Le tomó el rostro entre las manos, y el roce se sintió suave como una pluma.

—Oh, mi pobrecito, te has golpeado fuerte la cabeza. Otra vez. Pero al menos no estás en estado de coma. —Miró alrededor—. Quizás esta sí sea una suerte de realidad alternativa y hablo un idioma raro que no recuerdo haber aprendido. —Bajó la mirada hacia él y se le suavizaron los ojos—. Pero estás vivo. Y estoy aquí contigo. Eso es lo único que importa.

Andor parpadeó. Las palabras no tenían demasiado sentido y le producían dolor de cabeza. Intentó sentarse erguido, pero la cabeza le dio vueltas y le dolió, y se le subió la bilis por la garganta. De repente, tomó consciencia de la superficie fría y áspera sobre la que estaba sentado, y de las piedras afiladas que se le clavaban contra la piel. No podía estar de camino al Valhalla. No estaba muriendo. Y esa mujer no era una valquiria.

—Brad, mi amor, no te muevas. —Se acercó más a él—. Has perdido mucha sangre, y puede que tengas un traumatismo en la cabeza.

Sea quien fuera esa desconocida, al menos no intentaba matarlo.

—¿Qué significa Brad? —le preguntó.

La pregunta hizo que se le tensara el rostro.

—Es tu nombre, ¿no?

—No.

Había algo mal con ella. Andor empujó la pared de la cueva para sentarse erguido, pero fue un grave error. El suelo se movió como la cubierta de un barco en plena tormenta. Se inclinó para tocar el punto en la parte trasera de la cabeza desde donde le irradiaba el dolor. Como los

dedos tocaron un trapo en lugar de cabello, asumió que le había vendado la herida.

—Y entonces, ¿cómo te llamas? —le preguntó con la voz temblorosa.

—Andor Thornsson.

Ella se humedeció los labios al tiempo que el pecho se le inflaba y desinflaba.

—¿No me recuerdas?

Por un instante, la miró con los ojos entrecerrados.

—Sí que te recuerdo. Te apareciste de la nada en la playa. Creí que eras una valquiria. Y mis hombres también lo creyeron.

Eso la hizo fruncir el ceño aún más.

—Si no eres una valquiria, por todos los dioses, ¿quién eres?

—Me llamo Cathy —le respondió—. Soy tu prometida.

Oh, que Loki lo condenara, ¿su prometida? Si se hubiera encontrado en condiciones de incorporarse y alejarse de esa lunática, lo hubiera hecho. Pero le dolía la cabeza como si un gigante ebrio se la estuviera aplastando con los pies.

—No tengo ninguna prometida —repuso con los dientes apretados—. Déjate de tonterías.

Cathy apretó los labios y se obligó a sonreír.

—Ya veo. Si esta es una realidad paralela en la que tienes otro nombre y llevas una suerte de armadura medieval y… —miró indefensa hacia la boca de la cueva— luchas como un bárbaro, entiendo que no me recuerdes. —Se volvió hacia él con los ojos destellando. Y con gran convicción, añadió—: Pero yo sí te recuerdo.

Andor soltó un gruñido bajo. La mujer lo irritaba con esas palabras extrañas y lo confundía con ese extraño cuerpo rosado… Bajó la mirada y se dio cuenta de que no se trataba de su piel. Era algo que parecía vestimenta. ¿Por qué no llevaba un vestido de mujer?

Llegado el caso, lo que tenía puesto parecía una especie de armadura, aunque una armadura de tela no parecía tener ningún sentido. O quizás daba el aspecto de ser de tela. Quizás los enanos habían confeccionado una armadura tan indestructible como Gleipnir, las cadenas que sujetaban a Fenrir, el lobo gigante.

Ella era el motivo por el que una batalla que debía haber sido una victoria fácil se había convertido en una derrota absoluta.

Ubba… El recuerdo le pasó por la mente: Ubba cayendo muerto, asesinado por el líder de los anglosajones. La ira le rugió en las entrañas, mezclada con la tristeza más profunda que había sentido desde el incendio en Hvaldalen. Desde que Svana… Era la culpa de esa mujer.

Se sentó erguido y, en esta ocasión, la cabeza no le dio tantas vueltas. A lo mejor la ira hacia ella le infundió fuerzas.

—Tú… es todo tu culpa. Te apareciste, y los anglosajones tomaron ventaja de nuestra sorpresa para atacar… ¿De dónde has venido?

Cathy parpadeó.

—De Los Ángeles, California.

Qué mujer más insolente, no dejaba de usar palabras extrañas.

—Por tu culpa hemos perdido…

¿Habían perdido? Andor tenía que ver.

—Pero Brad… —comenzó, pero él la ignoró.

Con mucha dificultad y un dolor profundo, se movió en cuatro patas y gateó hacia la salida de la cueva.

—Brad… Digo, Andor, aguarda…

Cuando salió, la luz del sol le hizo doler los ojos. Aguardó un momento, y cuando recuperó

la vista, siguió gateando para mirar alrededor del matorral que le bloqueaba la vista de la playa. Lo que vio hizo que se le hundiera el estómago.

Un sinfín de cuerpos yacían sobre la playa: los cuerpos de sus guerreros. Los soldados anglosajones caminaban por la playa perforando a los que podrían seguir vivos y buscando soldados heridos de su bando. Los barcos de Ubba, incluidos los cinco de Andor, habían desaparecido. Andor apretó los puños y se volvió hacia ella.

—Has provocado nuestra derrota.

La acusación le hizo soltar un jadeo.

—¡No hice nada! Yo no escogí transportarme al medio de una batalla.

De repente, los ojos se le agrandaron, y clavó la mirada a espaldas de Andor. El vikingo le siguió la mirada. Un anglosajón se acercaba a ellos con la espada sangrienta destellando. Andor se llevó la mano al cinturón en busca de la espada, pero no la encontró.

—¿Dónde está mi espada? —le gritó mirando alrededor.

—¡Allí! —Cathy señaló un punto a su izquierda. A unos pasos de distancia yacía un anglosajón muerto y, al lado de él, se encontraba Problema de Dragón.

Con la cabeza a punto de partírsele, Andor se incorporó y se tambaleó unos pasos. Las piedritas resonaban bajo las botas de su enemigo, y el soldado rugió al lado de él. Andor alzó la espada y giró justo a tiempo de esquivar el arma del anglosajón. Acto seguido, blandió la espada y le apuntó hacia el lateral. Pero se encontraba demasiado débil y lento, y el sajón se las ingenió para desviar el ataque.

El hombre lo embistió sin cesar, y lo único que logró hacer Andor fue agacharse, esquivarlo y desviarlo. Un dolor candente lo arrasó cuando el guerrero le clavó la espada en el muslo. Cathy se estremeció, y cuando el sajón miró hacia ella, el cuello le quedó expuesto. Andor bajó la espada con un movimiento rápido que le produjo un intenso dolor en todo el cuerpo y le cortó la cabeza.

Luego se cayó sobre las rodillas y respiró entre jadeos. El mundo giraba a su alrededor, y el suelo debajo de las rodillas se movía y se hundía. Algo frío y duro se le apretó contra la oreja al tiempo que la tierra se paraba vertical, al igual que el cielo y el mar.

—¡Andor! ¡Andor! —gritó una voz femenina.

Los oídos le resonaban, tenía el cuerpo languidecido y doblado, se sentía pesado y desamparado.

Y fue entonces que se hundió en el mar oscuro del olvido.

CAPÍTULO
CUATRO

Brad colapsó. No, no era Brad. Era Andor.

El hombre se cayó, y la sangre no dejó de manarle de la nueva herida que tenía en la cadera. Cathy ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar a la imagen de la cabeza humana que rodaba como un balón de fútbol.

—¡Andor! —lo llamó—. ¡Andor!

Sin embargo, Andor puso los ojos en blanco y volvió a quedar inconsciente. Había perdido demasiada sangre. ¿Cómo había encontrado la fuerza de luchar contra ese hombre en primer lugar?

Cathy se apresuró a su lado y lo giró. Le examinó la pierna de cerca. Tenía que detener el sangrado de inmediato, pero primero tenía que ocultarlo antes de que más guerreros vinieran tras ellos. Lo arrastró detrás de los arbustos y esperó que les brindaran suficiente protección. Desgarró un trozo del borde de la túnica de Andor bajo la armadura y se lo apretó contra la herida. Se encontraba en la cara externa del muslo y, por fortuna, no cerca de la entrepierna, donde estaba la arteria. Sin embargo, era una herida profunda, y en poco tiempo el trapo quedó empapado de sangre.

—¡Maldita sea, Andor! —exclamó Cathy antes de desgarrarle otro trozo de la túnica. La tela estaba cubierta de tierra y polvo, y estaba algo rígida por la sal marina. Todo eso era malo para una herida abierta, pero era mejor que nada. Era obvio que Andor había pasado mucho tiempo viajando.

Cathy le apretó la tela contra la herida durante varios minutos hasta que de pronto oyó unas voces cerca, detrás de los arbustos. Cuando el trapo dejó de llenarse de sangre, lo volvió a arrastrar hasta la cueva.

Una vez dentro, le sintió el pulso, que se encontraba débil, pero estable. Era probable que tuviera que suturarle la herida del muslo… y quizás la de la cabeza también. Aunque jamás lo había hecho, había acudido a un curso de primeros auxilios y asistencia médica para surfistas con Brad.

Las voces sonaron tan cerca, que entendió lo que decían.

—Padre Paul, este está muerto.

—Que en paz descanse —dijo otra voz.

—Creo que este sigue vivo —añadió la primera voz, que sonaba más joven.

—A ver. —Se oyeron pasos, seguidos de silencio—. No, no puede estar vivo después de esa herida en el cuello. Que Dios te acompañe, hijo. Has luchado con gran valentía en nombre de Cristo y nuestro rey.

Cathy tragó con dificultad. Sonaban como sacerdotes o quizás monjes. Tenía que actuar

deprisa. Si se encontraba en una realidad con caballeros medievales y vikingos al ataque, también tenía que haber monasterios. Y los monjes debían de ser los mejores médicos disponibles.

Echó un vistazo al exterior de la cueva y el espacio donde los arbustos acababan y vio la parte trasera de una carreta de madera que tiraba un burro en la distancia. Dos hombres con sotanas marrones caminaban al lado de la carreta sobre la que yacía un hombre en un lecho de paja.

Los monjes parecían estar buscando a los heridos. Tenía que llevar a Brad… a Andor hasta ellos. Aunque, tenía dos problemas. El primero era que, sin dudas, reconocerían a un vikingo y llamarían a los soldados para que lo mataran. Y el segundo era que, probablemente, la quemarían como a una bruja por llevar puesto el traje de neopreno rosado. Tenía que deshacerse de cualquier cosa que delatara a Andor, quitarse el traje de neopreno y ponerse otra cosa.

Recorrió a Andor con la mirada. No tenía mucha idea entre la diferencia de prendas inglesas y vikingas, pero tendría que arriesgarse. Los ingleses parecían llevar armaduras metálicas y cascos. También usaban armas diferentes. Pero se imaginó que las prendas básicas eran muy similares. Por ende, si lograba quitarle la armadura y ocultar la espada, eso debería bastar, ¿no? Podría decir que se la había quitado para tratarle las heridas.

Con detenimiento, desató las tiras de cuero de la pechera y se la quitó por la cabeza. No le resultó una tarea fácil con un guerrero gigante del tamaño de un concursante de Míster Universo, en especial cuando tenía que evitar rozarle la herida de la cabeza.

Cuando terminó de quitarle la armadura, la siguiente tarea fue hacer algo con respecto a sus propias prendas. Miró alrededor, y lo único que se le ocurrió fue lo último que quiso hacer: quitarle las prendas a un soldado sajón muerto y ponérselas. Se estremeció ante la idea, pero no tenía tiempo para recelos si quería salvarle la vida a Andor.

Determinada, se movió hacia el arbusto. Los monjes se encontraban más lejos, agachándose contra un hombre en el suelo. Cathy corrió hacia el primer hombre que Andor había lastimado, el que sostenía el estandarte del cuervo que había utilizado para vendarle la cabeza a Andor. Le pareció que era la centésima vez que arrastraba a alguien detrás de un arbusto.

Hizo una mueca al ver el rostro pálido y la herida en el cuello. ¿Cómo podía tocar un cadáver? ¿Cómo podría desvestirlo y ponerse sus prendas? Aunque no lo sintió venir, los contenidos del estómago le subieron por la garganta y lo único que atinó a hacer fue darse la vuelta y vomitar. Se estremeció como si tuviera fiebre. Todos sus instintos le decían que se diera la vuelta y echara a correr. Y estaría encantada de hacerlo, pero amaba demasiado a Brad, por más que esa versión no la reconociera.

Tenía que ser fuerte para él, y no la débil cobarde que había sido hacía un año, cuando debió haber insistido en que Brad se quedara con sus amigos y abrir la escuela sin él, en lugar de ahogarse en sus propias inseguridades y necesitar que le diera coraje. Al final de cuentas, ¿a dónde la había llevado eso? Ahora, no cometería el mismo error.

Cerró los ojos durante un instante, tomó una profunda bocanada de aire y buscó su centro. Eso la ayudó a soltar los miedos y el asco y a ganar algo de fortaleza.

Se limpió la boca, que le sabía agria, con la mano

—Discúlpame, quienquiera que seas —le susurró al cadáver. Se prohibió pensar en lo que estaba haciendo y comenzó a desvestirlo. Con gran dificultad, logró quitarle la cota de malla, que debía de pesar al menos nueve kilos. Cuando terminó, estaba empapada de sudor y respiraba entre jadeos. Quitarle el resto de las prendas fue pan comido en comparación con la armadura. Con pesar, se quitó el traje de neopreno agradeciendo por dentro llevar puestos unos pantalones

cortos y una camiseta de buceo debajo.

Entonces vino la parte difícil: ponerse las prendas de un muerto. La túnica apestaba a sudor masculino y sangre. Tanto el cuello como el pecho estaban empapados de sangre, y casi pudo jurar que la tela crujió cuando se la puso.

Le volvió a subir una arcada, pero decidió respirar por la boca. Eso ayudó. Se puso los pantalones y se negó a olerlos. Eran de una tela áspera, como el cáñamo, pero le encajaban bien. De hecho, todas las prendas le encajaban como si las hubieran hecho a su medida; era de lo más deprimente, pero decidió no pensar en eso. Por último, le quitó las medias de lana y los zapatos, que eran de un cuero increíblemente suave, y sin dudas lo más cómodo que llevaba puesto en ese momento.

Si iba a llevar puestas prendas de hombre y estaba a punto de pedirles a los monjes que trataran a Andor, no podía hacerlo como mujer. Por fortuna, aún tenía el cabello sujeto. Si se ponía la cofia de lino medieval en la cabeza, ¿pasaría por un adolescente grandulón? Gracias a la túnica, los pechos y las caderas no se le veían demasiado. Quizás por primera vez en su vida, su peso y su altura le jugarían a favor.

Lo único que le faltaba era ocultar la espada de Andor. La tomó y entró en la cueva. Vio un gran hueco en la parte trasera y colocó la espada allí antes de taparla con piedras y desparramar grava para ocultar el metal de la vista.

Satisfecha, sujetó a Andor y lo arrastró afuera de la cueva para colocarlo al lado de un arbusto. Le arrojó una última mirada y notó un amuleto que llevaba en el cuello con un dije que parecía un martillo. Era probable que se tratara de Thor, Odín o algún otro dios nórdico. Si no era una cruz, debía quitárselo. Decidida, se lo puso en el cuello y lo ocultó con la túnica. Sea lo que fuera, de algún modo la hizo sentirse más cercana a él.

Miró en la dirección en la que se encontraban los monjes, bastante alejados, casi al otro lado de la playa. Notó tres carretas más iguales a la primera y echó a correr a la que tenía más cerca. Cuando se encontró lo bastante cerca como para que la escucharan, bajó la voz y dijo:

—¡Padres! —Entonces se dio cuenta de que estaba hablando otro idioma extranjero. Era diferente al de Andor y más parecido al inglés de alguna manera.

¿Se trataría del inglés antiguo? ¿Cómo era posible que hablara no solo uno sino dos idiomas extranjeros que jamás había aprendido? ¿Qué tipo de situación disparatada estaba ocurriendo allí? ¿Y si de pronto perdía esa habilidad o los monjes se daban cuenta de que no era un muchacho y que ni siquiera era de esa época? ¿Acaso en esa época no quemaban a las brujas? El impulso de huir y ocultarse hizo que se le acelerara el corazón.

Los dos monjes se dieron vuelta. Era demasiado tarde para huir. Tenían las cabezas rasuradas en el centro y el resto del cabello les crecía como si se lo hubieran cortado con un cuenco. Unas grandes cruces de madera les colgaban del cuello. Uno era mayor y examinaba a un hombre que yacía en el suelo, mientras que el otro era más joven y parecía más fuerte. Los dos observaron a Cathy de arriba abajo con los ojos llenos de sospecha.

—¿Sí? —repuso el más grande.

Cathy sintió un estremecimiento y le temblaron los dedos. ¿Habían reconocido que era una mujer? ¿O que no hablaba su idioma? ¿Había dicho algo que traicionara que provenía de otra realidad… y de otra época? Era demasiado tarde. Necesitaba ayudar a Andor a como diera lugar.

—Ayuda —dijo con la voz baja en el intento de sonar como un hombre—. Mi amigo está herido.

Los monjes intercambiaron unas miradas, y el más grande asintió.

—¿Dónde está, hijo?

Cathy sintió que se le relajaban los hombros y señaló hacia el arbusto.

—Vamos, hermano Aethelred —dijo el mayor. Acto seguido, hicieron girar al burro y siguieron a Cathy.

CAPÍTULO
CINCO

A pesar del dolor que le partía la cabeza, Andor recobró la consciencia. Encima de él había un cielo oscurecido; la mitad era de color índigo y la otra tenía tonos dorados y rosados. En esa mitad, vio un hermoso rostro femenino.

Svana. No. No era Svana. Svana tenía ojos verdes y cabello castaño, a diferencia del cabello y los ojos que tenía delante. Y, a pesar de que el rostro era suave y encantador, no era el de su esposa. El corazón le dolió al recordar que jamás volvería a ver ese rostro y oprimió el recuerdo lo más rápido posible para evitar a los fantasmas que aún lo acechaban.

Todo se mecía y movía bajo su cuerpo. Estaba recostado sobre algo suave que le producía escozor. Las ruedas repiqueteaban en el camino. La mirada de la mujer lo reconfortaba.

—Duerme —le susurró—. Te cuidaré. Le apoyó una mano fría en la frente. Con una extraña sensación de seguridad, se volvió a hundir en las penumbras.

Cuando se volvió a despertar, estaba recostado sobre algo suave y cómodo y cubierto con una manta. La luz se colaba a través de los párpados que seguía sin abrir, y le tornaba la visión rosada. El sitio estaba tranquilo, aunque le pareció escuchar la respiración de alguien. Llevó la mano debajo de la almohada, donde solía guardar el *seax*. Sin embargo, la espada corta no se encontraba allí. Despacio, abrió los ojos.

Se encontraba en una habitación con paredes y suelo de piedra. La luz del sol se colaba por una ventana pequeña. Una cruz de madera colgaba en las paredes sin ningún ornamento. Al otro lado de la habitación, cerca de la pared, había un banco de madera sobre el que dormía un muchacho adolescente cubierto con una manta. Andor yacía sobre una cama que parecía hecha para niños, y los pies le sobresalían.

Un dolor distante le latió en la parte trasera de la cabeza. Sintió un ardor en el muslo. Se encontraba muy débil, como si hubieran pasado años desde la última vez que comió o bebió algo.

Tenía sed en todo el cuerpo. Volvió la cabeza y vio una jarra de arcilla y una taza sobre el alféizar de piedra. Debía de ser agua. Intentó sentarse, pero la cabeza le dio vueltas y tuvo que aferrarse al borde del colchón para no caerse de la cama.

—Diablos —masculló.

El muchacho se dio vuelta y alzó la cabeza para revelar unos grandes ojos grises con pestañas alargadas. Andor recordaba esos ojos. No se trataba de un muchacho. Era esa lunática, Cathy, que decía ser su prometida. Luego recordó la pelea. Había creído que había muerto, pero allí se encontraba, otra vez frente a esa mujer.

—Agua —dijo con la voz ronca.

—Claro. —Avanzó hasta la ventana y vertió agua en una taza para luego entregársela. Andor bebió el líquido frío con desesperación y no creyó haber probado algo tan delicioso como eso.

Mientras le rellenaba la taza, la volvió a mirar. Se había quitado la armadura de color rosa intenso, y tenía puestas las prendas de un sajón. Olía a uno también: a uno sucio.

Le entregó la taza de nuevo, y volvió a beber.

—¿Quieres más? —le preguntó, pero negó con la cabeza.

Se sentó en el borde de la cama con una mirada avergonzada.

—¿Dónde estoy? —le preguntó.

—En el monasterio Wilham.

Andor intentó incorporarse sobre los codos, pero tenía los brazos demasiado débiles. El nombre le resultaba familiar.

—Alguien tenía que tratar tus heridas —le dijo—. Y no parece haber hospitales por aquí. Ni electricidad. —Se puso de pie y avanzó hacia la ventana para mirar hacia afuera—. Ni coches. Ni agua corriente. Te trajeron aquí en una carreta tirada por un burro.

—¿Por qué me has traído al enemigo? —escupió—. Me deberías haber dejado morir.

Cathy se estremeció al oírlo.

—Oh, no, amigo. No mientras yo tenga algo que decir. Casi pierdo a una versión tuya en casa. No pienso perder a esta.

—¿Vas a seguir sosteniendo que soy tu prometido? Porque no lo soy.

Ella se cruzó de brazos y alzó el mentón.

—Quizás no lo seas, Andor. O Brad. O quienquiera que seas. Pero no permitiré que mueras.

—¿Dónde están mis armas? ¿Y mi armadura?

En respuesta, se encogió de hombros.

—Tuve que esconder tu espada. Tenía miedo de que te reconocieran como vikingo. Porque eres vikingo, ¿no?

—Claro que soy vikingo. —Echó chispas con la mirada—. Qué mujer más insolente. Si tuviera fuerzas en mí, te doblaría sobre mi rodilla y…

A Cathy se le cayó la mandíbula al tiempo que se sonrojaba. Andor le recorrió el cuerpo con la mirada. Aun cuando llevaba puestas prendas de hombre, podía ver las piernas largas y esbeltas, así como también las generosas curvas de los senos y las caderas. Debía tener unos labios suaves y un trasero digno de un banquete.

Se dio vuelta enfadado e indefenso.

—¿Me doblarías sobre tu rodilla? —repitió—. Disculpa, ¿qué te parece si me muestras un poco de gratitud por haberte salvado la vida? Me tuve que poner las prendas de un muerto por ti, ¿y me quieres castigar?

Andor le dio la espalda.

—Nunca te pedí que me salvaras la vida. Llevarme desarmado a las manos del enemigo es como matarme, solo que lento. Así que, no, siento menos gratitud hacia ti que la que debió sentir Tyr hacia Fenrir por haberle arrancado la mano de un mordisco.

Tras oírlo, apretó los labios.

—Para que lo sepas, no estás solo. Cuentas conmigo.

—No cuento contigo. No te quiero. Estoy solo.

Sus palabras parecieron lastimarla porque los ojos se le llenaron de lágrimas, pero de todos modos alzó el mentón.

—¿Ah, sí? —le preguntó—. Conque estás solo, ¿eh? ¿Hablas inglés antiguo?

—¿Inglés antiguo?

—La lengua anglosajona o como se llame.

Antes de responder, soltó un suspiro.

—No.

—Entonces, me necesitas. Les he dicho a los monjes que eras un soldado inglés mudo para que te traten. Así que, si entran, no digas ni una palabra, ¿de acuerdo?

Andor hizo una mueca. Era un plan simple y audaz. La mujer tenía la mente de Loki. A lo mejor, él se la había enviado.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Ella soltó un suspiro y caminó alrededor de la habitación pateando el suelo.

—Nadie. No… No estoy segura de qué ha pasado, si te soy sincera. Te contaré lo que creo que ha pasado, y si crees que estoy loca, pues te puedes unir al club. O quizás me puedes decir qué piensas. Y darme algún consejo de cómo regresar a casa. Porque debo regresar.

Se sentó en el banco frente a la cama, se inclinó hacia adelante y se apoyó los codos sobre las rodillas. Se estudió las uñas y se masticó el labio inferior hasta que se tornó de un hermoso color rosado oscuro.

Andor se hubiera sentido mucho mejor con esa situación si ella no hubiera tenido nada puesto, pero parecía estar a su merced. Sin embargo, bien podría develar qué tan demente estaba.

—Te escucho —le dijo.

—De acuerdo. Aquí va. En base a todo lo que he visto desde ayer, creo que es probable que haya venido del futuro.

Andor parpadeó. De todas las explicaciones que se podría haber imaginado, jamás había pensado que oiría esa.

Al ver su reacción, Cathy se apresuró a agregar:

—O, quizás, de una realidad alternativa.

No. Esa era la explicación más descabellada. Ya no le cabían dudas de que se encontraba en los brazos de una lunática. Una mujer hermosa, pero loca de atar. Y cuanto antes se librara de ella, mejor.

Pero mientras se encontrara indefenso y herido, no había mucho que pudiera hacer para protegerse de ella o de los monjes ingleses. A decir verdad, en ese momento la necesitaba, al menos hasta que pudiera volver a pararse sobre sus pies. Tenía que fingir que le creía hasta que lo sacara de allí vivo. Luego la obligaría a llevarlo al sitio donde había ocultado Problema de Dragón y la dejaría para regresar a York, a Ubba… No, la mente se le quedó en blanco. Ubba había muerto. Su comandante había caído. Andor cerró los ojos un instante y se le tensaron los pulmones como si algo frío y asqueroso se le arrastrara en el estómago.

¿Y ahora qué? Si tuviera un hogar… Pero no lo tenía. No había motivos para mortificarse con cosas que no tenía intenciones de cambiar. Iría a York para buscar a sus hombres y luchar para Guthrum, el líder nórdico más fuerte en las tierras anglosajones luego de Ubba. Haría lo que fuera necesario para olvidar la oscuridad absorbente y pesada que lo envolvía cada vez que lo visitaba hasta el más mínimo eco de un pensamiento de Svana o de su antiguo hogar.

Miró a Cathy, que lo observaba con las cejas arqueadas.

—Di algo. ¿Qué crees? —le preguntó.

Se aclaró la garganta.

—Que te creo.

Cathy lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad? Ni yo me lo creo. No dejo de pensar en otras explicaciones, pero hasta el momento, esas dos son las mejores que tengo.

—¿Qué pasó antes de que… —tosió para aclararse la garganta—… viajaras en el tiempo… o a este mundo?

—Bueno, ayer por la mañana recibí malas noticias —le dijo con la voz temblorosa—. Y fui a la playa porque quería conectar con Brad. Fui a surfear, aunque en realidad tomé la tabla de surf y floté en el océano.

Andor asintió como si entendiera de qué hablaba. No tenía ni idea de qué era una tabla de surf. Se imaginó una especie de bote.

—Había una anciana de lo más extraña. —Cathy se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación como si estuviera agitada—. Fue una situación muy bizarra. Como si hubiera aparecido de la nada. Nos pusimos a hablar, y me dijo que no podría ayudar a Brad, pero que podría ayudar a un hombre. Y luego me dio un huso de oro.

Andor alzó la cabeza. ¿Un huso de oro? Las nornas tenían husos de oro, pero ¿qué le estaba susurrando Loki a esa lunática?

—Fui una tonta y lo toqué. No debería haberlo hecho. Entonces le pasó algo a mi cuerpo; fue como si algo me absorbiera, como si una ola me cogiera y me llevara con ella. Pero no fue una experiencia física, sino metafísica, ¿entiendes?

No, no entendía nada, pero asintió de todos modos.

—Bueno. Y de pronto estaba de pie en esa playa, entre los chicos de tu bando y los del otro. Y… bueno, ya sabes el resto.

Dejó de caminar y lo miró mordiéndose las uñas.

—Al principio, creí que estaba drogada. Luego pensé que quizás me encontraba en alguna realidad alternativa. Pero tus heridas son reales, al igual que las espadas y las paredes. Y este parece ser el mismo mundo del que vine, solo que varios siglos en el pasado. De verdad no hay electricidad, ni coches… ¡ni nada! ¿De qué otra cosa se puede tratar si no es de un viaje en el tiempo? ¿Qué crees?

Andor soltó un gruñido. No dejaba de preguntarle qué pensaba con la esperanza de que la ayudara, pero él no quería ayudarla. No quería tener nada que ver con ella luego de usarla para salir de allí con vida.

—¿Qué creo? —le preguntó con la ira ardiéndole en todo el cuerpo—. Creo que Loki te ha robado la razón. Creo que quiero que me dejes en paz. Y creo que maldigo cada minuto que paso con la mujer responsable de que haya perdido a mi gente y a mi comandante, la responsable de que me encuentre indefenso a merced del enemigo. Creo que no quiero tener nada que ver contigo.

A la mujer se le agrandaron los ojos y se le llenaron de lágrimas. Además, le tembló el mentón como a una niña, y los labios se le fruncieron. Rompió a llorar, se dio media vuelta y salió de la recámara concediéndole por fin su deseo.

Pero Andor no sintió el alivio que había anticipado. En cambio, tuvo el anhelo de ir tras ella y consolarla.

—Por los testículos peludos de Loki —maldijo.

CAPÍTULO
SEIS

Andor no era Brad.

Si Cathy tenía alguna duda al comienzo, tras las palabras hirientes que acababa de decirle, lo sabía con certeza. Brad no era capaz de lastimarla de ese modo. Ni a ella, ni a nadie. Pero Andor sí.

Cathy fue a caminar luego de la charla porque no podía quedarse en la misma habitación que él. La hacía sentir incómoda y diferente. Pero no en el buen sentido, sino como una asquerosa perdedora.

Así era como la habían hecho sentir los surfistas de Sonada Beach, su padre, un representante de Hollywood, su madre, una reina de la belleza, y su hermana, una *influencer* en las redes sociales. Como si fuera un elefante ebrio en una tienda de porcelana. Pero Andor fue el peor, porque había arriesgado la vida para salvarlo. Como se parecía tanto a Brad, había asumido que podía confiar en él. Pero claramente se había equivocado.

Y, a pesar de todo, lo necesitaba. Si la anciana la había enviado al pasado para salvarlo, había cumplido la misión y ahora debía encontrar el modo de regresar a Los Ángeles. Si no regresaba a tiempo, los padres de Brad podrían conseguir el permiso para desconectar el soporte vital. Se le tensaron los hombros, y el temor le impidió mover los pies. Tenía que descubrir si Andor sabía cómo podría regresar a su época, pero no arriesgaría más nada por él.

Cuando regresó a la recámara de Andor, el monje joven, el hermano Aethelred, se encontraba allí para cambiarle las vendas de la herida. Cathy se detuvo delante de la puerta y observó el rostro furioso con los ojos abiertos y llenos de horror. Andor parecía a punto de destrozar al pobre monje.

—Hermano Aethelred —lo saludó Cathy—. ¿Todo bien?

El monje se volvió hacia ella.

—Oh, Cathan. —Reanudó el trabajo—. La herida de su amigo se ve bien de momento. Me impresiona que no haya gritado mientras la limpiaba.

Cathy se aclaró la garganta en el intento de profundizar la voz.

—No es la primera vez que lo lastiman.

—Oh, bueno, me lo puedo imaginar si es nórdico —dijo.

Cathy se quedó congelada y apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó con la voz ronca.

Andor frunció el ceño y la miró preocupado.

—No alarmes a tu amigo; te quiero contar algo —siguió el monje con el mismo tono sereno mientras le aplicaba un bálsamo en la herida a Andor—. Lo reconozco. Fue el primer nórdico que vi en mi vida. Fue hace tres años, cuando atacó nuestro monasterio y se llevó la biblia

enjoyada que nos habían enviado de Roma. No asesinó a nadie, pero sí que lastimó a los hermanos que la protegían. Me causó una impresión de lo más temerosa. Jamás olvidaré este rostro.

Un sudor frío le recorrió la columna vertebral. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso Aethelred los entregaría a las autoridades locales? Cathy apretó los puños sintiendo los brazos y las piernas duros como leña.

—Cathan, por favor, pregúntale dónde está la biblia que se llevó.

Cathy tragó el duro nudo y tradujo escogiendo las palabras con detenimiento por temor a que un desliz hiciera reaccionar a cualquiera de los hombres. Andor abrió los ojos de par en par mientras la escuchaba, pero mantuvo el silencio. Como no respondió, el monje insistió:

—Dile que solo quiero saberlo. Era el tesoro espiritual más grande que he visto en la vida, y solo quiero asegurarme de que el libro esté a salvo.

Cathy tradujo, y Andor respondió:

—El libro estaba bien la última vez que lo vi. Ubba se lo vendió al rey de Mercia a cambio de tierras.

Cuando Cathy le dijo a Aethelred lo que Andor le había dicho, el rostro se relajó con una sonrisa serena. Asintió con la cabeza, tomó un cuenco de agua y el trapo lleno de sangre que había usado y se puso de pie. Se volvió para marcharse, pero Cathy lo llamó:

—¿Nos va a ejecutar?

El monje se volvió.

—No, es un paciente. Un hombre herido. Un ser humano. Dios nos pide que perdonemos los pecados: los nuestros y los de otros. Y eso es lo que haré.

Una ola de alivio le llenó los pulmones de aire.

—Gracias.

—Pregúntale por qué no está furioso conmigo por haberme llevado la biblia —le pidió Andor —. ¿Por qué me cura? ¿Por qué no le dijo al líder local que estoy aquí?

Al cabo de varios segundos, Cathy le tradujo la respuesta del monje:

—Dice que te ha perdonado. Estaba enfadado contigo y también te temía. Consideró no ayudarte cuando te reconoció, pero eso habría sido fácil. Lo más difícil ha sido perdonarte. Seas vikingo o no, eres un ser humano, al igual que él. Solo te desea lo mejor y te pide que no asesines a más compatriotas de él.

Andor se puso pálido y se le abrieron los ojos.

Con el mentón, Aethelred apuntó hacia el banco donde había dos cuencos con estofado, media hogaza de paz oscuro y un cuenco más pequeño con mantequilla.

—Debe comer. Ha perdido mucha sangre. No me sorprende que no pueda mover ni un dedo.

—Me aseguraré de que coma —le prometió Cathy—. Gracias, hermano Aethelred.

El monje asintió con la cabeza y se marchó. Cathy se cruzó de brazos. A pesar de que seguía enfadada con Andor, reparó en lo pálido que se encontraba y en los círculos oscuros que tenía debajo de los ojos y se preocupó por él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Andor.

—Aethelred ha dicho que debes comer para recuperar las fuerzas.

—Entonces déjame comer.

Le daría su comida sin pensarlo dos veces, pero una pequeña parte vengativa de ella quería que supiera lo mucho que la había lastimado.

—Pensé que no querías mi ayuda. Creí que no querías tener nada que ver conmigo.

—De acuerdo. —Se movió para sentarse, pasó las piernas por el borde de la cama e hizo la

manta a un lado. Se detuvo un momento para aferrarse al borde del colchón respirando con dificultad. Cathy tuvo que reprimir el impulso de regañarlo y hacerlo regresar a la cama. Andor sacudió la cabeza como si se estuviera sacudiendo de un sueño. Tras tomar varias bocanadas de aire, se puso de pie. Solo llevaba puesta una túnica que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Cathy no pudo evitar admirar las piernas musculosas, aunque llevara un muslo vendado. Dio un paso, pero la pierna herida cedió bajo el peso. Cathy apenas llegó a atraparlo antes de que acabara desparramado en el suelo.

—Regresa a la cama —le ordenó. Si le hubiera dado su comida, no se habría caído.

Lo ayudó a regresar a la cama y le acercó el cuenco con el estofado que olía delicioso y mantecoso. Partió la hogaza de pan en dos y le entregó una mitad. El estómago le gruñó. Había comido un poco de pan la noche anterior, cuando llegaron, pero como era vegana, se negaba a comer el queso *cottage* o beber leche. Al parecer, ese día también se limitaría a comer pan.

Andor atacó la comida y se llevó varios trozos de carne, nabos, col y puerros a la boca. Mientras masticaba, la miró.

—¿No tienes hambre?

Cathy mordió un trozo de pan y comprobó que no era fresco.

—Estoy comiendo.

—¿Solo pan?

—Soy vegana.

—¿Qué eres?

—No como productos que derivan de animales.

Al oírla, arqueó las cejas.

—¿Te sientan mal?

—No.

—Y entonces, ¿por qué?

—Por un lado, es más sano. Además, no quiero ser parte del asesinato y la tortura a los animales. Y reducir el consumo de carne ayuda a combatir el calentamiento global.

Andor negó con la cabeza.

—Loki te ha robado la razón. ¿Quién te dijo que no comer carne es más sano? ¿Cómo tendrás fuerzas sin carne, sin la grasa de la leche, el queso y la mantequilla?

—En el futuro, hay muchos productos de origen vegetal que brindan los mismos nutrientes.

Andor siguió comiendo.

—Quizás dices la verdad —masculló con la boca llena—. Ningún guerrero consideraría siquiera evitar la carne y la mantequilla. ¿No vas a comer eso? —asintió con el mentón hacia el segundo cuenco de estofado.

Cathy se lo entregó, aunque la boca se le hizo agua. Oh, lo que daría por un ramen vegano con fideos.

—No soy un guerrero.

—¿Ah, no? Bueno, lo pareces. ¿Quién eres entonces?

Cathy no estaba segura si eso había sido un cumplido o un insulto. Los hermosos ojos de Andor le recorrieron el cuerpo y le encendieron la piel debajo de las prendas. ¿Aprobaría que fuera una guerrera femenina? De seguro, no. ¿Acaso las mujeres femeninas no eran consideradas más atractivas?

—Enseño yoga.

—¿Qué?

—Practicar yoga ayuda a fortalecer las habilidades físicas, mentales y espirituales. Es una

técnica de la India.

Andor dejó de masticar y la estudió.

—A pesar de que hablas mi mismo idioma, dices palabras que no tienen sentido. ¿Por qué la gente practicaría yoga?

—Para estar en forma y conectar con el yo interno. Para vivir una vida más feliz.

Andor negó con la cabeza.

—Para mantenerse en forma, uno entrena como guerrero o trabaja duro en una granja. Hace sacrificios para estar en buenos términos con los dioses. Y juega *hnefatafl* para mantenerse en forma mental. Lo que describes parece una pérdida de tiempo.

Una vez más, la estaba insultando y le despertaba esa necesidad compulsiva de agradarle, de buscar su aprobación y de querer oírlo decir que estaba haciendo todo muy bien. Brad siempre la elogiaba.

—No es una pérdida de tiempo. Siempre hay lista de espera para mis clases. A la gente les encantan. Los ayudo a relajarse de sus trabajos de oficina y a permanecer en forma y saludables.

Andor soltó un bufido y continuó comiendo.

—Quizás sí vengas del futuro. Ni Loki podría inventarse esas tonterías.

Cathy apretó la mano alrededor del pan que sostenía y reprimió el impulso de arrojárselo. Se recordó que debía mantener la calma por Brad. Debía descubrir cómo regresar.

—Mira —comenzó—, finjamos por un momento que digo la verdad. He viajado en el tiempo y ahora tengo que encontrar la manera de regresar. Y debo regresar lo antes posible porque de lo contrario, mi prometido, Brad, podría morir. ¿Qué hago?

Andor frunció el ceño.

—¿Lo hirieron en una batalla?

—Se lastimó practicando surf. Y… está en coma. Quiero decir, está paralizado y lo mantienen vivo, pero no recupera la consciencia. Sus padres quieren detener el soporte vital, y yo soy la única que se opone.

Andor soltó un largo suspiro y negó con la cabeza.

—Tienes suerte de ser hermosa. ¿Cómo hace tu prometido para tolerar estos discursos descabellados?

Una ola de calor se le subió al rostro y, sin poder detenerse, le arrojó el pan. Andor se rio cuando lo golpeó en el hombro. ¿Cómo podía hacerle un halago e insultarla al mismo tiempo?

—Oh, más para mí. —Se llevó un trozo a la boca.

Cathy se puso de pie.

—No estoy loca. Brad me ama.

—Como dije: hermosa.

Cathy soltó un gruñido. Tenía que mantener la calma. Tomó una profunda bocanada de aire para llenarse los pulmones despacio. Contuvo el aire y contó hasta tres antes de exhalar de a poco. Estaba mejor. Ahora podía pensar otra vez.

—¿Qué me sugieres que haga? —le preguntó.

Él la estudió, y una calidez le recorrió la piel allí donde posaba los ojos.

—Está bien. Si dices la verdad, parecería ser que una norna te envió aquí al darte su huso de oro.

Cathy frunció el ceño.

—¿Una norna? ¿Tiene algo que ver con el destino? Me parece recordar esa palabra de la mitología nórdica.

—Sí, las nornas tejen el destino de los humanos.

Cathy se cubrió las mejillas con las manos.

—El destino… ¡De seguro mi destino no se puede encontrar en la época de los vikingos! Mi lugar está junto a Brad. Debo regresar. ¿Cómo lo hago?

Andor se encogió de hombros.

—No soy ni un *gothi* ni una *völva*. No lo sé.

—¿Qué es un *gothi* y qué es una *völva*?

—¿Seguimos jugando a que no sabes las cosas más básicas? Está bien, sigamos fingiendo. Un *gothi* es un sacerdote, y una *völva* es una bruja.

—¿Y dónde los encuentro?

—En Jorvik hay una *völva*, una vidente.

—Jorvik. —Cathy frunció el ceño, y su mente reconoció la palabra y la tradujo—. ¿Hablas de York?

—Los anglosajones la llaman Eoforwic. Conquistamos la ciudad cuando empezamos la invasión hace doce años. Ahora nuestra capital se encuentra allí, y es una de las tres ciudades más grandes de Bretland.

Cathy asintió.

—De acuerdo. Entonces iremos allí. ¿Queda lejos?

—Yo iré allí. A pie, me imagino que podría llevar unas dos semanas. Mis hombres y yo hemos venido navegando desde ese lugar.

Cathy se envolvió en sus brazos.

—En ese caso, será mejor que vayamos juntos.

—Si quieres consentir tus fantasías, hazlo, mujer. Pero sin mí.

Cathy tragó con dificultad.

—Me necesitas. No podrás moverte por territorio enemigo sin hablar el idioma. Fingir ser mudo solo te dejará llegar hasta cierto punto. Yo seré tu intérprete. Te ayudaré a ocultar que eres un vikingo. Y tú pareces conocer el camino.

—No conozco el camino, solo conozco la dirección. Y te he dicho que no conectaré mi destino con el tuyo. Iré solo.

En circunstancias normales, Cathy lo hubiera dejado en paz, pero en ese momento tenía que usar cualquier método posible para regresar a Brad.

—¿Solo, eh? —le preguntó—. ¿Sin tu espada?

Eso logró una reacción.

—Has dicho que la habías escondido. ¿Dónde?

—Te mostraré si me prometes que me llevarás contigo.

—No.

—Si no quieres mi ayuda, no moveré ni un dedo más.

En respuesta, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Esa espada fue un regalo de mi esposa.

Cathy se enderezó.

—¿Estás casado?

—De mi difunta esposa —se corrigió.

—Oh, lo siento.

Andor hizo el cuenco a un lado y se volvió hacia ella con los ojos ardiendo como dos esferas celestes.

—Si te permito venir conmigo, no te protegeré. No serás mi responsabilidad. Si te matan, te lastiman o te secuestran, será tu problema. No te rescataré.

Cathy se quedó pálida. Por fuera, ese hombre no podía parecerse más a su prometido, el amor de su vida, pero por dentro era todo lo opuesto. Mientras que Brad era un ángel, ese hombre era un demonio. Sin embargo, no tenía opción. Haría lo que hiciera falta para regresar a Brad, aunque eso implicara emprender un viaje de carretera con un vikingo enfadado.

—Trato —acordó.

CAPÍTULO
SIETE

I 2 de enero de 878 d. C.

—¿PODRÍAS dejar de temblar cada vez que me tropiezo? —masculló Andor.

La rubia hermosa y demente caminaba a su lado sobre la playa de piedras. Sintió las miradas de soslayo que le dirigía Cathy como si le estuviera tocando la piel.

—¡No tiemblo! —exclamó alejándose un paso de él—. Cáete si quieres, no me importa.

Andor hizo una mueca y evitó pisar una piedra grande.

—Eres como una gallina. No recuerdo que ni siquiera mi madre se preocupara como tú.

—Bueno, perdóname por ser una buena persona —le dijo.

Como la pierna aún le dolía, Andor caminaba lento. Tras haber dejado el monasterio esa misma mañana, le había quedado claro que no lograría ir demasiado lejos sin ayuda. Cathy había encontrado un palo en un bosquecito que lo ayudó a balancear el peso de la pierna y avanzar. El dolor de cabeza había cesado, aunque la nuca aún le palpitaba donde le habían suturado la herida. Y, a pesar de que todavía se encontraba débil por la pérdida de sangre, se sentía fuerte como para emprender el largo viaje que tenían por delante.

La necesidad de marcharse del monasterio había aumentado desde que Andor descubrió que allí era donde habían conseguido la biblia enjoyada para Ubba. La misión que le había impedido regresar a casa a tiempo. El motivo por el que Svana murió.

Sin importar si se encontraba recuperado o no, quedarse sentado en un lugar, y sobre todo en ese, lo dejaba a solas con los recuerdos de Hvaldalen y Svana. Los recuerdos le desgarraban el corazón, lo lastimaban y lo laceraban. Para escapar, estaba dispuesto a ir al Helheim. No había herida física que pudiera incapacitarlo como la que llevaba en el corazón.

Comprendió que el monje tenía razón. El perdón era lo más difícil de lograr. Porque requería enfrentar a los fantasmas de las personas heridas. Y no estaba listo para enfrentarlos aún.

En la playa no quedaba ningún cuerpo. Las piedras crujían bajo sus pies mientras avanzaban hacia la cueva. El viento soplaba fuerte. El aroma a mar y el sonido de las olas al romper lo calmaban.

—Deprisa. —Andor echó un vistazo hacia el castro en la cima del acantilado, pero no era fácil ver si alguien los observaba—. No quiero estar aquí más de lo necesario.

Cathy puso los ojos en blanco.

—Amigo, yo no soy la que nos hace ir a paso de tortuga, pero ya casi llegamos.

Con unos pasos más, llegaron a la cueva.

—Se han llevado el cuerpo —señaló Cathy cuando miraron detrás del arbusto frente a la

entrada.

—¿Qué cuerpo?

—El que tenía tu estandarte.

A Andor se le paralizó la sangre. Se había olvidado por completo del estandarte.

—¿Tenía un cuervo?

—Sí, creo que sí. O un pájaro negro.

Andor maldijo por lo bajo. ¿Cómo se podría haber olvidado del estandarte? Las tropas vikingas no solo habían perdido una batalla importante y a Ubba, sino el legendario estandarte del cuervo: la bendición de Odín. La señal de que los dioses los acompañaban. No se podía ni imaginar lo desanimados que debían estar.

—¿Y dónde está ahora? —le preguntó.

Cathy dio una palmadita en la bolsa que le colgaba del hombro.

—Aquí. —Andor se relajó, y sintió que podría haberla besado. —Vaya, eso es lo más cercano a una sonrisa que he visto en tu rostro. Te sienta bien. Deberías sonreír más a menudo.

—¿Cómo es que lo tienes tú? —le preguntó con la voz ronca.

—Fue lo único que pude encontrar para vendarte la cabeza, y luego cuando me estaba liberando de cualquier indicio vikingo que tuvieras, te lo tuve que quitar. —Cathy extrajo el estandarte de la bolsa y lo estiró para mostrárselo. A Andor se le encendió la sangre—. Pero no quise abandonarlo, así que lo llevé conmigo.

El cuerpo del estandarte volaba en el medio de una mancha de sangre roja oscura. Odín debía de estar encantado. De seguro, ahora le gustaba más.

—Supongo que no estás tan loca —le concedió Andor—. Guárdalo antes de que lo vea alguien. Debo darme prisa y regresar a Jorvik para devolvérselo a mi gente.

—Oh, gracias, Andor —le dijo doblando el estandarte para volver a guardarlo en la bolsa—. Otro cumplido envuelto en un insulto. Deberías escribir un libro.

Andor negó con la cabeza. Sabía qué era un libro y lo mucho que significaban para los sajones. Como esa biblia. Pero no se podía imaginar perder el tiempo creando uno.

—Démonos prisa, Cathy —le dijo—. Ve a buscar mi espada, así nos vamos.

—Sí, señor —accedió y desapareció en la boca angosta de la cueva. Andor se acercó a ella y miró hacia el interior sin despegar los ojos del trasero redondeado de Cathy mientras buscaba en la parte profunda de la cueva.

Pasaron varios instantes, y ella no salió.

—¿Todo bien? —le preguntó Andor con un mal presentimiento.

Cathy guardó silencio durante unos segundos y luego le respondió:

—Hubiera jurado que la dejé aquí. Aguarda. ¿Quizás aquí?

Andor golpeó el suelo con el palo. Si la espada había desaparecido… Problema de Dragón tenía un mango de hierro con un dragón enredado, y la parte que formaba una cruz tenía unos patrones que parecían fuego. El pomo de astas de reno estaba delineado con cuerdas de plata. Svana se la había encargado al mejor herrero, que la había hecho con el acero más afilado del norte. Andor estaba orgulloso de su espada, que jamás lo había desilusionado en una batalla. Pero lo más importante era que sentía como si una parte de Svana siempre lo acompañara.

Al cabo de varios minutos, Cathy salió de la cueva con las manos vacías. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos abiertos de par en par.

—No sé qué ha pasado —le dijo—. No está allí, Andor. Lo siento.

Una tormenta se desató en algún punto de su interior al comprender que había perdido el último objeto que tenía de Svana. Le había vuelto a fallar. La culpa de la que había estado

huyendo todos los días lo arrasó. Y lo hizo sangrar.

—¡Es tu culpa! —masculló. Cathy tragó con dificultad—. ¡Todo esto es tu culpa!

—Andor, lo siento mucho…

—La derrota, el estandarte del cuervo, la muerte de Ubba… y ahora esto. Has perdido lo único que me quedaba de Svana.

Dio un paso hacia atrás con una expresión de horror en el rostro.

—Si fueras un hombre —continuó con la voz baja—, estarías inconsciente a esta altura.

Apretó los puños. El único modo que conocía de lidiar con el vacío devastador, con las voces que se alzaban detrás de la puerta cerrada en su interior, era distraerse y ponerse en movimiento.

—Pero no debería preocuparme. Sin Problema de Dragón, sin un arma, supongo que los dos moriremos pronto. Vamos.

~

CATHY MASTICÓ un trozo del pan duro que Aethelred le había dado. También les había dado prendas abrigadas, incluidos unos abrigos de invierno; bolsas para viajar y más comida. Observó el rostro ceñudo de Andor mientras contemplaba el fuego y unas llamas le bailaban en los ojos de color índigo en la penumbra del bosque que los rodeaba. Andor comía una liebre que había atrapado antes, y Cathy casi estaba celosa al inhalar el aroma de la carne recién asada.

La culpa le pesaba sobre los hombros. Si alguien hubiera perdido la tabla de surf de Brad, estaría devastada. Para ser honestos, solo había abandonado el traje de neopreno que él le había regalado para sobrevivir y salvarle la vida a Andor.

Andor tenía el rostro cenizo, y el dolor le tronaba en la mirada. No le dijo nada cuando emprendieron el camino hacia el norte. Y ella tampoco intentó hacerlo hablar. Él le estaba haciendo honor a su acuerdo, aunque la espada no estaba donde ella la había escondido, y lo respetaba por eso. Era evidente que no había aceptado la muerte de su esposa. ¿Qué le habría pasado? ¿Aún la amaría? Apenas se podía imaginar a ese hombre amargado y casi cruel preocupándose por alguien. De seguro era un patán arrogante y egoísta, ¿no?

Siguió estudiándole el hermoso rostro, que le resultaba de lo más familiar y distante. El cabello rubio, los preciosos ojos celestes, la línea derecha de la nariz que le daba el aspecto de un orgulloso rey guerrero, y los labios apretados en una línea triste y amargada entre la barba corta. Era muy atractivo. Pero ¿cómo pudo haberlo confundido con Brad? Una persona completamente diferente brillaba a través de él.

Bajó la mirada por su cuerpo. Tenía unos hombros anchos y musculosos bajo el abrigo de invierno. Pero ¿sus pectorales se sentirían duros bajo sus dedos si le apoyaba las manos y los recorría? ¿Su vientre estaría tonificado? ¿Tendría la piel suave? ¿Tendría mucho vello?

—Lo estás haciendo otra vez —señaló Andor.

—¿Eh? —Cathy apartó la mirada. Se le sonrojaron las mejillas como si acabara de encontrarla con las manos en la masa.

—Me estás mirando fijo. Deja de hacerlo.

—Oh. Disculpa. —Se le secó la boca.

Eso era lo primero que le había dicho desde que se marcharon de la playa, y quería hacer las paces con él. Tenía que saber que la perdonaría. Se puso de pie, se acercó a él y se sentó a su lado. Andor frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Creí que podíamos hablar.

—¿Hablar?

—Sí. Háblame de ti.

Andor puso los ojos en blanco y clavó la mirada en el fuego.

—Déjame en paz.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo y que me perdones?

—Desaparecer —murmuró.

Las palabras le dolieron. Hasta en la Edad Media la rechazaban.

—Bueno, no puedo, ¿de acuerdo? Tengo que regresar con Brad. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. En cuanto encuentre a la bruja en York, me marcharé.

—Al menos tienes a alguien a quien regresar.

—Las posibilidades de eso se van reduciendo día a día.

Como Andor no dijo nada en varios segundos, Cathy le echó un vistazo y volvió a intentarlo.

—¿Dónde vives? ¿En un castillo?

Andor frunció el ceño como si hubiera olido algo putrefacto.

—¿Un castillo? Claro que no. No soy sajón.

—Por supuesto. Y entonces ¿dónde vives?

Andor suspiró.

—Ya basta de preguntas, Cathy.

Asintió lento con la cabeza y apretó los labios pensando. Pero Cathy sentía mucha curiosidad. Y no podía soportar el silencio. De repente recordó.

—Aguarda, si eres vikingo, vives en una casa de madera, ¿no?

—Yo no.

—Y entonces ¿dónde vives?

—En ningún lado. Deja de hacer preguntas.

—Disculpa. Me da curiosidad saber cómo funcionan las cosas en este siglo. ¿Tienes una granja? ¿Eres una suerte de rey? Oh, no, ya lo tengo… ¿eres un mercenario?

De pronto, todo se salió de control. Andor se volvió hacia ella en una décima de segundo, la sujetó del brazo y la jaló hacia él.

—Ya basta de preguntas —le dijo contra el rostro—. Juro por Odín que jamás he conocido a una mujer tan… tan…

El roce de su mano era fuerte y le provocó una ola cálida en todo el cuerpo. Dentro de sus venas, el fuego se extendió al tiempo que su aroma la embargó: olía a cuero, hierro y algo térreo, algo que le convirtió la piel en un conjunto cálido y anhelante de terminaciones nerviosas. Como si hubiera sentido lo mismo, el enfado de sus ojos se convirtió en otra cosa. Le acercó la boca hasta que lo único que quiso hacer fue besarlo.

—¿Una mujer tan qué? —le preguntó en un susurro.

—Oh, cierra el pico.

Le pasó un brazo por la cintura y la jaló más cerca de él, al tiempo que se valía de la otra mano para acariciarle la nuca y encenderle la piel del cuello. Su boca reclamó la de ella, y la abrumó con la sensación de los labios suaves, la barba delicada que le producía picor en la piel y le impulsaba la excitación. Cuando Cathy entreabrió los labios, le introdujo la lengua y comenzó a lamerla y acariciarla. No fue ni tierno ni suave. Había algo similar a la desesperación en su intensidad. Pero cuando le colocó la mano debajo del trasero y se la subió al regazo para tenerla a horcajadas, Cathy se detuvo.

A Brad le gustaba hacer eso. A Brad. «Pero ¿qué estoy haciendo?». Lo empujó a un lado y se apartó. Y luego miró los ojos furiosos de un vikingo excitado que la miraba como un predador

contemplando a su presa.

CAPÍTULO
OCHO

Andor jamás había probado algo mejor que los labios de Cathy, y jamás había olido algo más delicioso que ella: olía a rosas, la frescura del invierno y la suavidad de una mujer.

Cuando la tocó, fue como si un rayo hubiera caído en el punto en que se rozaron la piel. Ver sus labios rosados y aterciopelados le dio anhelo de sentirlos como una ola hambrienta. Pero había más. Ella se preocupaba por él, le hacía preguntas, quería conocerlo mejor, y una parte de él respondía a eso. La parte que anhelaba algo más profundo, algo que había tenido con Svana y había perdido para siempre.

No obstante, ella se había apartado de él porque estaba pensando en otro hombre. Y Andor jamás se sintió más rechazado.

—Ve a dormir —masculló con las venas en llamas del deseo.

Se quedó de pie, se ciñó sobre él con los ojos grises agrandados, y destellando una miríada de emociones que iban desde el enfado y la confusión hasta el deseo.

—Andor, mi prometido…

—Claramente esto ha sido un error. No volverá a pasar. Ve a dormir. Haré guardia y después te despertaré para que continúes mientras descanso.

Le dio la espalda, se envolvió con la manta e ignoró el modo en que la boca se le abrió como si estuviera a punto de decir algo. Cathy se quedó de pie durante un momento antes de darle la espalda. Las hojas secas resonaron bajo sus pies mientras se dirigía al otro lado de la fogata. Andor la observó de reojo mientras se recostaba sobre el suelo y se acurrucaba con el abrigo. Flexionó un brazo, se apoyó la cabeza sobre el codo y clavó la mirada en las llamas casi apagadas con los ojos abiertos de par en par.

Por todos los troles de todos los bosques podridos, ¿qué lo había llevado a besarla? Sí, era hermosa y se veía muy deseable con su cuerpo alto, fuerte y voluptuoso. Tenía partes de las que agarrarse por todos lados.

Pero una cosa era desear a una mujer y otra era sentir algo más. Él había tenido su buena dosis de mujeres: encuentros breves que no significaban nada y lo ayudaban a huir de los recuerdos y satisfacer el deseo de la carne. Jamás se había sentido culpable por estar con ninguna de ellas.

Había pensado en hacer lo mismo con Cathy, en distraerse y hacerla cerrar la boca. Y, bueno, era una mujer hermosa. Pero había habido algo más en ese beso. Se había sentido demasiado bueno, demasiado delicioso. Como si la mente le hubiera quedado en blanco y diera espacio a algo más profundo, más ancho y más intenso de lo que había sentido con Svana. Algo extraño. Algo que se negaba a definir. La culpa y la sensación de traicionar el recuerdo de Svana le hicieron eco en el alma.

No permitiría que eso continuara ni un instante más. No podía permitirse preocuparse por ella porque no podía proteger a las personas que amaba. Y no podría tolerar otra pérdida. Los fantasmas detrás de la puerta cerrada de su corazón se aseguraban de recordárselo. Tenía que enfocarse en el camino, en llegar a Jorvik.

Al día siguiente continuaron y los dos intentaron fingir que no había pasado nada. A causa de la pierna lastimada, tenía que hacer paradas más largas de lo que le habría gustado. Por fortuna, caminar se estaba volviendo más fácil, por más que siguiera necesitando el palo.

Durante la primera parada, Andor tuvo que encender una fogata para entrar en calor. Retorció la ramita que había tallado antes con las manos y la apretó contra la tabla de la fogata improvisada, al lado del hueco que había cavado en uno de los costados. La fricción produjo aserrín chamuscado.

Cathy lo observó con la boca abierta.

—¿Ves algo interesante? —le preguntó.

—Disculpa. ¿Te puedo ayudar con algo?

—Podrías haber ayudado al no perder la bolsa de mi cinturón. Tenía herramientas para encender una fogata. Y si todavía contara con ellas, ya estaríamos calentándonos los pies cansados.

Cathy puso los ojos en blanco.

—Bueno, discúlpame por salvarte la vida. ¿Puedo hacer algo ahora?

Andor la observó.

—¿Sabes encender una fogata?

—No.

—Entonces puedes aprender. No lo haré yo todo el tiempo. Ven aquí.

Cathy se sentó al lado de él. El aroma de ella, floral y fresco, le produjo un cosquilleo en las fosas nasales y le encendió algo caliente y predador en el estómago. Exhaló para deshacerse de esa hambre voraz. Era la reacción normal de un hombre ante una mujer atractiva. Una mujer a la que no tocaría.

Regresó la atención a la rama y la volvió a retorcer entre las palmas.

—Debo hacer esto hasta que se forme carbón sobre la leña de la tabla y caiga sobre las hojas y las ramas secas que hay debajo. La parte más difícil es retorcerlo y apretar hacia abajo al mismo tiempo. Si lo hacemos los dos, podemos lograrlo más rápido.

Cathy asintió con la cabeza.

—Claro. ¿Quieres que lo tuerza o que apriete?

«Las dos cosas, con suavidad, y no con este palo». Por Loki. Andor tuvo que reprimir un gemido.

—Aprieta —le respondió—. Toma una piedra plana, como esa. —Asintió con la cabeza hacia una piedra que yacía cerca—. Aprieta el palo con tu peso mientras yo lo retuerzo.

—De acuerdo —asintió Cathy.

Tomó la piedra y la colocó encima del palo con la cabeza inclinada cerca de la de Andor. Podía ver su hermoso rostro e inhalar su aroma. Contuvo el aliento durante un instante, luego maldijo por dentro y regresó la atención al palo.

Comenzó a retorcerlo, y le resultó mucho más fácil con la ayuda de Cathy. En breve, el aserrín oscuro comenzó a caer por el hueco hacia las hojas secas. Movió las manos rápido, y la leña comenzó a ceder y oscurecerse bajo el eje. La presencia de Cathy era dulce y lo distraía. Se dio cuenta de que habían comenzado a respirar al mismo ritmo y tosió incómodo por el calor de la cercanía. Las palmas le dolían y tenía las manos casadas, pero por fortuna y de una vez por

todas, unas chispas cayeron sobre la yesca y comenzó a salir humo.

Andor dejó de retorcer la rama y le hizo una seña a Cathy para que se apartara, lo que le brindó alivio y lo hizo protestar por dentro. Se inclinó hacia la yesca que yacía sobre un trozo de madera y sopló con suavidad. El fuego se encendió, y lo llevó hacia la pila de maleza y leña que habían armado. Cuando aterrizó, se encendió la fogata, y Andor sopló un poco más hasta asegurarse de que las llamas no se apagarían con el viento. Cuando ardieron fuertes y cálidas, miró a Cathy, que lo observaba maravillada.

—La próxima vez, lo girarás tú —le dijo para deshacerse de la calidez que le producía esa mirada en el interior.

~

DURANTE LOS SIGUIENTES TRES DÍAS, Andor y Cathy siguieron una rutina. Encontraron un sendero que los llevaba en la dirección indicada y lo siguieron. Con cuidado, se ocultaban detrás de los árboles cuando oían los cascos de caballos o veían a alguien en la distancia. Atravesaron bosques, colinas y pantanos. Solo nevó en una ocasión, pero el suelo quedó cubierto de un manto blanco.

Cathy dejó de hacerle preguntas y de mirarlo fijo como si estuviera viendo a un fantasma en vida, pero Andor se encontró mirándola más de lo que le hubiera gustado. Cuando no lo atosigaba con preguntas, era una buena compañera de viaje.

—Ve a juntar maleza para la fogata —le decía cuando encontraban un sitio para pasar la noche.

—De acuerdo —respondía ella y se adentraba más en el bosque.

—Yo tomo el primer turno y te despierto en unas horas —le ofrecía Cathy luego de cenar.

Aun luego de un largo día de caminar, no se quejaba de estar cansada, por más que se le vieran los círculos oscuros debajo de los ojos. Una sensación familiar de calidez y compañía se le asentó en el pecho; era la misma sensación que experimentaba cuando viajaba con sus leales hermanos de armas. Por fortuna, no intercambiaban muchas palabras, más allá de comunicarse si necesitaban detenerse, juntar leña o decidir quién haría guardia.

Andor no sabía cómo Cathy podía seguir andando tras haber comido únicamente pan duro mientras él se daba banquetes con liebres o aves salvajes asadas.

En la tercera mañana, Cathy se despertó y miró el interior de la bolsa antes de cerrarla con una expresión preocupada.

—No hay más pan. ¿Qué puedo recolectar en el invierno que sea comestible?

Andor se rio entre dientes.

—Liebre —le respondió y le ofreció la pata que había asado la noche anterior.

La miró con anhelo, pero negó con la cabeza.

—No, tiene que haber otra cosa.

—Señora, el invierno no es una buena época para ponerse quisquillosa en el medio de la nada.

El estómago le rugió fuerte, e hizo una mueca.

—Tu cuerpo está de acuerdo conmigo —señaló.

—Bueno, mi cuerpo solo es una parte del sistema. Mi espíritu me lo va a agradecer más tarde. No he practicado yoga en lo que parecen miles de años. —Se olfateó la túnica y arrugó la nariz—. Por Dios, haría lo que fuera por una ducha —masculló para sí misma—. Voy al bosque a hacer yoga, ¿de acuerdo?

Él frunció el ceño al principio sin entender nada de lo que acababa de decir, y luego recordó que yoga era una suerte de entrenamiento que ella enseñaba.

—No vayas lejos —le advirtió.

Arqueó las cejas, y Andor se dio cuenta de que había cometido un desliz.

—Si te atacan, no quiero perder tiempo buscando tu cuerpo antes de reanudar el viaje —le explicó, aunque se retorció por dentro ante la crueldad de sus palabras.

Cathy puso los ojos en blanco y se alejó.

Andor tenía que admitir que sentía curiosidad por eso del yoga. Cuando acabó de desayunar, decidió ir a observarla. Quizás explicaría un poco de dónde había venido esa lunática y por qué le mentía.

Siguió sus pasos por el sendero intentando hacer el menor ruido posible a pesar de la pierna lastimada. Pronto el burbujeo del agua le llegó a los oídos y, al cabo de unos instantes, vio a Cathy cerca de un arroyo.

No le cabían dudas de que estaba haciendo algo. Había dejado el abrigo en el suelo y estaba haciendo una serie de movimientos que parecían… Bueno, lo único que se le ocurrió fue el baile de una bruja. Cambiaba de una posición a otra con movimientos precisos y llenos de gracia, como si estuviera dibujando runas en el aire con el cuerpo. Tenía el cuerpo erguido, los brazos hacia arriba en el aire y luego bajaba para tocar el suelo de manera tal que las piernas y el torso se convertían en dos líneas. ¿Cómo se las ingeniaba para mantener las piernas tan derechas? Luego volvía a subir con los brazos abiertos como las alas de un pájaro y los alzaba hacia el cielo como si fueran dos lanzas.

Continuó descendiendo y estirando las piernas mientras se agachaba y se movía de manera hipnotizante. Cathy fluía, pero sus músculos se veían tonificados y energizados. Andor se perdió mirándola. Una calma que no había sentido en mucho tiempo lo envolvió. La última vez que lo había experimentado había sido cuando Svana había estado viva y había yacido en sus brazos en la cama.

Demasiado pronto, Cathy se detuvo y se sentó sobre el suelo con las piernas cruzadas, las palmas unidas a la altura del pecho y los ojos cerrados. Andor la observó sentada de esa manera durante largo rato. Cuando por fin abrió los ojos, su rostro se veía tan tranquilo y relajado, incluso alegre, y no puedo evitar sentir un aguijonazo de celos. Ese tipo de alegría no era posible para él.

Andor estaba a punto de darse la vuelta y regresar a la fogata cuando comenzó a desvestirse. Se abrió el cinturón y se quitó la túnica por la cabeza. Debajo tenía algo que jamás había visto: una suerte de túnica interior negra que se le aferraba al cuerpo como una segunda piel y le realzaba cada curva. Acto seguido, se quitó los pantalones anchos y quedó con una prenda interior más pequeña que le remitió a unos pantalones muy cortos que se le pegaban a los muslos. Se quitó los zapatos y luego las medias de lana antes de pararse delante del arroyo. De la boca le salían nubes de vapor. Era un día cálido, pero aún estaban en pleno invierno, y tuvo que admirar a Cathy por estar dispuesta a entrar en el agua congelada.

Si antes le pareció hermosa con las prendas holgadas de un hombre, ahora que no tenía casi nada cubriéndole el cuerpo lo dejó sin aliento. Tenía las piernas largas, una cintura delgada, unas hermosas caderas voluptuosas y un precioso trasero redondeado que le daban ganas de acariciar y masajear. Unos senos llenos del tamaño y la forma indicados para que un hombre se olvidara de todo lo que lo rodeaba.

Cathy se quitó la parte de arriba, y vio un lado suave de un seno. Luego se quitó los pantalones cortos, y al verla desnuda de espaldas, se le despertó una necesidad casi animalística

en el interior. Su cuerpo era entallado y suave a la vez. Debajo de las curvas había músculos fuertes. La piel era inmaculada y parecía como si fuera a ser lo más aterciopelado que podría tocar en la vida. La imagen frente a él lo torturó tanto como le agradó, y no pudo despegarle los ojos de encima.

Cathy se soltó el cabello antes avanzar hacia el agua. Sin decir nada, se metió en el arroyo que fluía. Se sumergió por completo y cuando volvió a emerger, comenzó a lavarse. Así debía de verse una diosa, o una valquiria o una princesa: hermosa, llena de gracia y tranquila, como si fuera una parte de la misma naturaleza. Andor la observó hipnotizado.

Al poco tiempo, Cathy se dio la vuelta para regresar a la orilla de césped, y Andor se olvidó de ocultarse detrás de un árbol. Sus ojos se encontraron, y el tiempo se detuvo. El agua solo le cubría hasta la mitad de los muslos. La piel de los senos, el estómago y las caderas se le sonrojó del frío. Andor tomó consciencia de la erección cálida y dura que se le empezó a formar, pero no pudo hacer nada para evitarla.

A Cathy se le abrieron los ojos del asombro y se le sonrojó el rostro de la vergüenza. Para sorpresa de Andor, no se cubrió. Y, sin importar lo que estuviera pensando en ese momento, su rostro no reflejaba ningún indicio de rechazo. De hecho, entreabrió los labios al tiempo que los pezones se le endurecían y los ojos grises se le oscurecían.

Si daba un paso más hacia ella, acabarían juntos en ese sitio y en ese momento. Los dos aguardaron a que el otro diera el primer paso.

No. Andor no podía hacerlo. No debía. Si comenzaba algo con ella, querría protegerla… ¿y si no podía hacerlo? No podía atravesar eso una segunda vez.

Tragó con dificultad y con un esfuerzo similar al que se necesitaría para sacar a una ballena del océano, se dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO
NUEVE

—Eso del yoga que estabas haciendo… —comenzó Andor mientras continuaban avanzando hacia el norte por el bosque—, ¿es un baile?

Cathy le echó una mirada de soslayo sorprendida. Era la primera vez que usaba un tono de voz tan suave para hablarle.

—¿También me viste haciendo yoga? —le preguntó.

El recuerdo de él mirándole el cuerpo desnudo le hizo acelerar el pulso.

Esa mañana más temprano, se había sentido muy bien volver a hacer su rutina de yoga para calmar la mente y conectar con el cuerpo. Y luego bañarse en el arroyo había sido de lo más estimulante y se sentía fresca, por más que la piel le había dolido del frío. Tanto así que, por primera vez desde que llegó a esa época, o quizás desde el accidente de Brad, se sintió fuerte. Se sintió como ella misma. Incluso se había preguntado si necesitaba a ese patán de Andor para encontrar el camino a York.

La dicha se le había evaporado cuando lo encontró observándola. El calor de su mirada bien podría haber hervido el agua gélida del arroyo. Sin dudas, le había hecho hervir la sangre. Las rodillas se le habían debilitado, el corazón se le había acelerado más que nunca y la boca se le había secado. El mundo se había detenido mientras se miraron a los ojos. Si uno de los dos hubiera levantado un dedo, el aire entre ellos se habría quebrado como con un rayo. Nadie jamás la había mirado de ese modo. Ni siquiera Brad.

—Te vi —admitió Andor—. Jamás había visto nada como lo que estabas haciendo.

Las mejillas se le sonrosaron un poco, y una sonrisa amenazó con asomarle al rostro. Ay, pero ¿qué le pasaba? Estaba disfrutando la atención de ese vikingo arrogante. Era una tonta, una patética, una necesitada. Recibía un poco de atención masculina y estaba a punto de desmayarse. Tenía que pensar en Brad, el único hombre que la amaba y a quien amaba.

«Ya contrólate, tonta. No puedes empezar a tener sentimientos por un vikingo solo porque te vio desnuda y pareció gustarle».

—Bueno —repuso—, no lo has visto porque es probable que no hayan oído de la India aún. Pero en el futuro, todo el mundo está conectado. La globalización acerca todo: el *sushi* japonés, las prendas confeccionadas en China y los vinos franceses que se venden en los supermercados. El yoga también se ha vuelto popular en todo el mundo.

Andor hizo un sonido de confusión.

—¿Por qué? ¿Quieres probarlo? —le preguntó.

—¿Probarlo? —se rio—. No, no bailo.

Típico de hombres.

—No es un baile, Andor. Y podría hacerte bien. Podría calmarte y quizás ayudarte a sanar la

pierna más rápido.

Andor negó con la cabeza.

—Me ha recordado a una *völva* que vi bailar alrededor del fuego para conectar con los dioses. Pero su baile era salvaje y caótico, el tuyo… era diferente. No había caos. Me dio…

Dejó de hablar como si estuviera buscando las palabras.

—¿Paz? —lo ayudó Cathy.

—Sí, paz. Una paz me embargó de solo mirarte.

Cathy le sonrió.

—Sí, el yoga tiene ese efecto.

Andor se rio.

—Me había olvidado de lo que era la paz.

Cathy frunció el ceño. No debería estar sorprendida. La vida de un guerrero vikingo no se reducía a banquetes y navegaciones. Sin embargo, había algo en su voz que le hizo pensar que había algo más allí. Andor estaba atormentado.

—Lo que estabas haciendo me pareció mágico —continuó Andor—. Como un hechizo. ¿Por qué otro motivo sentiría una paz como esa de solo mirarte?

A pesar de que no era un cumplido, en la voz oyó aprobación, respeto e incluso sorpresa. Todo para ella… viniendo de un hombre como él. El estómago se le alivianó, y una sonrisa le asomó a los labios. Era el tipo de reacción que le generaba Brad. Excepto que Brad jamás le había dicho ni una palabra maligna, mientras que las palabras de desaprobación de Andor habían sonado muy crueles. Aunque sabía que eso no estaba nada bien, no pudo evitar sentir una calidez que se le expandía por el estómago y el pecho. Se sintió algo mareada, pero quizás solo se debía a que tenía hambre.

—Entonces ¿no crees que estoy loca? —le preguntó.

Andor se detuvo un momento al lado de un arbusto grande y la miró.

—No, no creo que estés loca.

Cathy sintió una ola de alivio y se le agrandó la sonrisa.

—Y aunque lo estés —añadió—, una parte de mí quiere estar loco de ese modo. Si con eso obtuviera aunque solo sea una gota de tu paz.

A Cathy le picaron los ojos. La intoxicación de sentir su aprobación hizo que todas las células del cuerpo le sonaran como un gong de yoga. ¿Sería cierto lo que decía?

—Bueno… —comenzó, pero Andor se volvió para mirar a un punto a su derecha.

—Ese es un avellano —le dijo—. ¿Comes avellanas?

Cathy miró hacia el arbusto alto con las ramas desnudas y vio unas pequeñas nueces en él.

—Sí —repuso—. ¡Oh, gracias! ¡Sí!

Se lanzó hacia el arbusto y comenzó a recolectar las nueces. Encontró una piedra y las rompió una a una. Con los dedos temblorosos, las extrajo de la cáscara lo mejor que pudo y se las llevó a la boca. No tenía ni idea del hambre que tenía hasta ese momento. Sabían térreas y estaban frías y un poco secas, pero tras casi una semana de comer solo pan y beber agua, sabían celestiales. Además, eran orgánicas. ¿Cuán seguido tenía la oportunidad de comer nueces del bosque en su época?

Andor la observó con una sonrisa entretenida.

—Por Freyja y por Frigg, de solo verte, parece que saben igual de dulces que el hidromiel en el Valhalla. Dame una.

Cathy le arrojó una avellana, Andor la atrapó, la masticó y la escupió.

—Saben a polvo.

—Cállate —le dijo con la boca llena—. No es cierto.

—No son jugosas como una liebre asada.

Cathy puso los ojos en blanco. Cuando quedó llena, recolectó todas las avellanas que encontró y las guardó en la bolsa de viaje. Había otro arbusto cerca del primero y continuó recolectando de ese. No era demasiado, quizás le bastaría para uno o dos días si las comía con moderación.

—Si ves más arbustos en el camino, dímelo —le dijo dándole una palmadita a la bolsa.

Cuando se volvieron para continuar, Andor se quedó quieto a su lado. Unas hojas se removieron, y Cathy vio dos hombres que se acercaban por el bosque. Uno llevaba un cuchillo largo, y el otro un hacha. Sintió un escalofrío en la piel. Los problemas habían comenzado mucho antes de lo que había creído. Miró a Andor, que parecía como si estuviera evaluando la situación.

Lo único que llevaba era un cuchillo de cocina que había robado del monasterio; era la única arma que Cathy había podido encontrar allí. Le había sido útil para matar a las liebres y prepararlas para asarlas, pero de seguro que no sería genial en comparación con una espada o un hacha de batalla. Oh, cielos, ¿y la herida de Andor?

Los hombres llevaban lo que parecían harapos, y Cathy dudó que se tratara de guerreros entrenados. A lo mejor eran granjeros o artesanos desesperados. Cathy esperó que creyeran que Andor era un rengo con una muleta, que de seguro acabaría usando de arma, y que ella era un muchacho adolescente algo grandulón.

—Ni una palabra —le advirtió Cathy sin despegar los ojos de los hombres—. Eres mudo, ¿recuerdas?

Andor no le respondió, sino que los observó como un halcón. Los hombres se detuvieron delante de ellos: uno era de estatura baja y algo rechoncho, y el otro era una cabeza más alto y esbelto como la rama de un árbol.

—Hola —los saludó el más bajo apretando fuerte el cuchillo.

—Creo que saben lo que está a punto de ocurrir —intervino el otro al tiempo se apoyaba el mango del hacha en la otra palma.

Cathy tragó con dificultad.

—No tenemos nada.

El primero la recorrió de pies a cabeza con la mirada y entrecerró los ojos. Cathy se percató de que a Andor se le tensaban los músculos.

—De verlos, supongo que es cierto —dijo el primer bandido—, pero me gusta tu abrigo. Se ve mucho más cálido que mi chaqueta.

Llevaba una chaqueta acolchada llena de agujeros.

—Y esas botas. —Le miró los pies, y vio que las del bandido estaban más gastadas.

—Miren —les dijo sintiendo una ola de terror familiar en todo el cuerpo—. Sigan su camino. No queremos problemas.

El más alto la miró.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó.

Cathy se aclaró la garganta y recordó bajar la voz antes de responder:

—Cathan.

El rostro del más alto se suavizó al tiempo que una sonrisa taimada le asomaba al rostro detrás de la barba enmarañada.

—¿Sabes qué, Basil? Yo creo que no es un Cathan. —Con el hacha en alto, avanzó hasta Cathy. Se acercó a ella con el rostro sucio y la boca abierta llena de agujeros donde debía haber

dientes. A Cathy se le retorció el estómago de temor y retrocedió varios pasos—. Es una mu…

Un abrigo y una melena rubia destelló delante de sus ojos, y el hombre se encontró en el suelo aferrándose a la garganta sangrando. El hombre más bajo echó a correr, pero Andor tomó el hacha del otro y se la arrojó. Cayó con el hacha clavada en la espalda.

Cathy ahogó un grito apretándose las manos contra la boca. Los contenidos del estómago se le revolvieron, y el único pensamiento que tuvo fue que si vomitaba probablemente acabaría muriéndose de hambre. Por eso, se contuvo.

Andor se volvió hacia ella sosteniendo el cuchillo de cocina manchado de sangre. Arqueó las cejas y se le curvó una comisura de la boca.

—Parece como si estuvieras a punto de hacerte encima, Cathan. Creí que eras una guerrera.

Ella frunció el ceño y se quitó las manos de la boca.

—Te he dicho que no soy ninguna guerrera.

—¿No? —Caminó hacia el hombre que tenía el hacha en la espalda—. Quizás deberías serlo.

CAPÍTULO
DIEZ

—Gracias por salvarme —le dijo Cathy cuando reanudaron el camino.

Andor apretó los dientes, y el vientre se le seguía retorciendo tras la furia de la batalla.

—No te salvé.

—Sí que me salvaste.

—Te dije que no me volvieras responsable de tu vida. Simplemente he escogido el mejor momento para actuar dada mi desventaja con las armas. Estaba distraído. No hubiera tenido una mejor oportunidad.

Cathy se detuvo para enfrentarlo y lo obligó a detenerse también.

—Oh, y si me hubiera atrapado, no habrías hecho nada. Te hubieras limitado a mirarlo —se detuvo—, a verlo hacerme lo que fuera…

—No leas más cosas de las que hay.

Cathy soltó un bufido.

—Solo digo que creo que eres una mejor persona de lo que quieres que crea.

Andor comenzaba a perder la paciencia.

—No quiero que creas nada. No me importa si crees que soy una buena persona o un engendro de Loki. Detuve a los dos bandidos porque había que detenerlos. Tu bienestar no tuvo nada que ver con eso.

Pero una pequeña voz en su interior le susurraba que había sido más que un buen momento para actuar y más que la practicidad de tenerla de compañera. Cuando ese bastardo casi había llegado hasta ella, todo el cuerpo le reaccionó como una flecha disparada con un arco estirado de más. Había estado en peligro, y el temor por ella le había formado nudos en el vientre. Le había surgido la necesidad de protegerla, como una tormenta que se forma en el horizonte y no se puede detener. No podía quedarse de pie observando cómo la lastimaban; no podía permitir que le ocurriera lo mismo que le había ocurrido a Svana. No podía fracasar por segunda vez.

Detestaba sentirse obligado a protegerla, sabiendo que podría fracasar. Sabiendo que no podría vivir con la culpa del fracaso. Debía obligarse a luchar contra ese impulso. Quizás debía dejar de mirarla, de hacerle preguntas acerca del yoga y de ayudarla a buscar comida.

Cathy reanudó la marcha.

—Una mínima conexión humana y te sobresaltas como un puercoespín. ¿Por qué estás tan a la defensiva? ¿Es algo de vikingos?

Andor siguió observando como la capa se movía delante de él y se le tensaba el vientre. Sus palabras llamaron a la puerta equivocada, la que guardaba todos los recuerdos dolorosos bajo llave. Y los recuerdos oyeron el llamado.

Recordó la primera vez que había visto a Svana. Andor acababa de convertirse en *jarl* tras la muerte de su padre y había estado buscando una esposa. Se debería haber casado con la hija de otro *jarl* para fortalecer las alianzas, pero cuando acudió al banquete que el padre de Svana, Harek, había hecho en honor al nuevo *jarl*, Svana lo hechizó. Andor se había mostrado arrogante y la había deseado.

«Me ganaré el respeto de los otros *jarls* por medio de mis actos y no casándome con la hija de alguien —le había dicho Andor a Fridstein—. Debo casarme con ella». Svana estaba enamorada de él y accedió al casamiento. Y así había terminado. El recuerdo de la herida abierta de Svana, su voz débil, la sensación de su cuerpo suave y cálido en sus brazos…

La voz de Cathy lo devolvió a la realidad y lo liberó de la prisión de los recuerdos.

—Pero, en serio —le decía—. ¿Qué te pasó para que te vuelvas así?

Sabía que no debía ir a ese lugar, pero antes de poder contenerse, barbotó las palabras:

—¿Así, cómo? —Hizo una mueca—. Oh, olvídalo.

—No, no. No lo olvido. Te lo diré. Te comportas como si preocuparse por alguien fuera una debilidad.

Andor se tambaleó como si acabara de darse de bruces con una pared invisible.

—No hables de cosas que no sabes, mujer.

—Tienes razón. No lo sé y por eso te pregunto. ¿Tienes familia? ¿Tienes padres? ¿Qué le pasó a tu esposa?

Sus palabras lo cortaron profundo.

—La perdí —respondió.

Cathy se detuvo.

—¿Cómo?

Era demasiado. La oscuridad se lo estaba tragando. Vio las llamas lamiendo las paredes de la aldea, la vida que se desvanecía de sus ojos y luego más llamas que le consumían el cuerpo cuando el bote funerario se alejó flotando en silencio con su corazón a bordo.

«¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!».

—No, no hablaré de ella contigo.

—Pero te podría ayudar…

—¡Ya basta! —le ladró, y Cathy se retorció—. No necesito hablar de ella, ni de mí, ni de ti.

Cathy bajó la mirada.

—Disculpa.

—Probablemente deberíamos continuar por caminos separados.

—No, por favor, Andor. Lo siento. Cerraré la boca. No diré nada. Debo ir a York lo antes posible. Cuando estoy nerviosa, hablo mucho, y, bueno, con todo lo que ha pasado desde que llegué aquí… Por favor, déjame ir contigo. No haré más preguntas. Tienes razón, no es asunto mío.

Andor la miró fijo. Debería dejarla. Ahora tenía dos armas: el hacha y el *seax*. No lo compensaban por haber perdido Problema de Dragón, pero eran mejor que un cuchillo de cocina. Si iba a ser tan irritante como en ese momento, no habría ninguna capacidad de interpretación que le pudiera ofrecer por arrastrarla consigo. Debería decir que no. Debería dejarla. Pero no podía hacerlo.

—Está bien —repuso—, si lo juras.

—¡Lo juro!

—No, dame tu palabra, júralo por algo importante. Júralo por el yoga.

Ella lo miró con el rostro pálido, curvó los labios y soltó una carcajada.

—Lo siento, pero lo que acabas de decir es muy gracioso.

Andor apretó los dientes.

—No tiene nada de gracioso. Si te vuelves a reír, te dejaré.

—Está bien, no me reiré.

—¿Por qué lo juras?

El rostro se le puso serio e inspiró hondo.

—Por la vida de Brad. Él es la persona más importante para mí.

Su prometido. De pensar en el hombre al que le pertenecía, sintió dolor. Y ¿por qué su vida correría peligro sin Cathy? Ella había dicho algo acerca de que los padres querían matarlo, pero no podía ser cierto. ¿Y cómo podría protegerlo Cathy? No, no le haría preguntas acerca de su privacidad. Determinado, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos. —Se volvió y comenzó a andar, pero de pronto posó la mirada en unos hongos que crecían sobre el tronco de un árbol—. Esos son comestibles.

Cathy frunció el ceño al verlos.

—¿De verdad?

Andor soltó un suspiro.

—Sí, de verdad.

Cathy arqueó las cejas y ladeó la cabeza. Una sonrisa lenta le asomó a los labios.

—Algo más que pan y avellanas… Andor, esta noche me daré un festín.

Sintió una profunda alegría al ver a Cathy recogiendo los hongos. Andor soltó una maldición. Esa mujer le estaba calando la piel.

Pero no podía resistirse a verla complacida. ¡Por los pies apestosos de Thor, se encontraba en problemas!

~

La piel suave de Cathy destellaba a la luz de la fogata. El arco delicado que formaba la cintura, los senos maduros y la curva exquisita del vientre se ceñían sobre él. Se encontraban en casa, en Hvaldalen, en su recámara.

Lo estaba montando a horcajadas. Tenía el miembro duro y cálido en su interior. El cabello dorado se derramaba sobre sus hombros esculpidos y le cubría los senos. Sus gemidos llenaban el aire de la habitación mientras le recorría el estómago y los senos con la palma de la mano y luego le dibujaba círculos alrededor de un pezón hasta hacérselo endurecer.

Cathy lo cabalgaba con los ojos cerrados. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y el hermoso cuello le quedaba expuesto.

—Andor —gemía—. Andor…

—Sí, hermosa. Disfruta. —Le tomó los senos en las manos y se los masajeó haciéndola tensar más alrededor de su miembro.

—Oh, Andor, ¿por qué tardaste? —gimió sin dejar de moverse.

Andor se quedó quieto.

—¿Cómo has dicho?

—¿Por qué tardaste? Prometiste que ibas a regresar hace un mes.

Andor se incorporó sobre los codos y sintió como si tuviera una lanza de hielo atravesada en la garganta.

—No te prometí nada, Cathy. Te lo he dicho desde el principio: no seré responsable de ti.

Cathy dejó de moverse y abrió los ojos. Eran verdes. El olor a madera quemada y la nota de

hierro de la sangre lo embargó.

—Lo prometiste —le dijo.

Andor parpadeó. No era Cathy. Era Svana, y su cabello ya no era dorado, sino castaño. Tenía una herida abierta en el lateral.

El torques de granito, que tenía alrededor del cuello, se tornó más pesado. La gente gritaba de dolor y se oían los choques metálicos de las armas.

—Lo siento, Svana.

La cama estaba en llamas. Las paredes se estaban carbonizando, y un humo pesado y húmedo llenaba la habitación.

—Lo prometiste. Si hubieras venido a tiempo…

—¡Lo siento! —gritó al tiempo que las llamas consumían la cama.

—Andor —lo llamó alguien—. Andor.

Todo se movió, como si un gigante acabara de pisar fuerte sobre el suelo.

—Despierta, Andor.

Andor abrió los ojos. Las llamas iluminaban el rostro preocupado de Cathy, que se ceñía sobre él en la noche oscura. Cathy lo sacudió por los hombros. Inhaló el aroma a bosque, a hojas en descomposición y tierra húmeda. Oyó un búho que ululaba y las ramas que se mecían al viento.

Se estremeció para sentarse erguido y jaló el abrigo para cubrirse la erección. Por Odín y Thor, seguía excitado por el sueño. Deseaba a Cathy a pesar del horror que acababa de ver.

—Solo era un sueño —le dijo Cathy—. Te encuentras bien. Nadie te persigue.

Andor tenía la respiración agitada y el pecho tenso por el eco de los recuerdos.

—Te equivocas en eso —le dijo—. Ve a dormir. Ya estoy despierto, haré guardia.

—¿Estás seguro? Apenas has dormido.

—No voy a poder dormir, por más que lo intente.

Cathy se recostó en el suelo y se acurrucó con el abrigo junto a la fogata. Andor pensó que estaba muy equivocada en cuanto a que alguien lo estuviera persiguiendo. Los fantasmas lo acechaban. Y cuanto más deseaba a Cathy, más lo buscaban. A pesar de eso, no podía dejar de desearla. Pero debía intentarlo.

CAPÍTULO
ONCE

En las cercanías de Ashbury, Oxfordshire, 18 de enero de 878 d. C.

DURANTE LOS ÚLTIMOS TRES DÍAS, lo único que había visto Cathy habían sido árboles, colinas verdes del paisaje de Wessex y el perfil serio de Andor mientras caminaban por el camino que conducía hacia el noreste. El encapotado cielo hibernal y los bosques desnudos eran el espejo perfecto de su estado de humor.

Cualquier signo de admiración y aprecio que Andor le hubiera mostrado en el pasado, solo residía en su cabeza. Le había dejado bien claro que debía mantenerse alejada de él.

«Probablemente deberíamos continuar por caminos separados», le había dicho. No quería tener nada que ver con ella. A lo mejor le había sorprendido verla desnuda y había reaccionado como reaccionaba cualquier hombre ante una mujer desnuda. Quizás lo había malinterpretado todo.

Cathy se bajó la mirada hacia las botas que avanzaban sobre el sendero de tierra húmeda. Tenía la vista nublada, y las lágrimas le quemaban los ojos.

Vestido con la capa de lana dura, con el hacha y una daga más larga, Andor le parecía una parte del paisaje oscuro y malhumorado que en nada se diferenciaba de los árboles solemnes que los rodeaban. Mientras que ella… aun sin el traje de neopreno rosado, se sentía como una forastera, una turista a la que el bosque y el cielo miraban con el ceño fruncido.

Había mantenido la promesa de no hacerle más preguntas de su vida personal, a pesar de que las tenía en la punta de la lengua. Se obligó a tragárselas, como se tragó sus palabras cuando su propia madre le dijo que hablaba demasiado y que ya sobresalía por su altura y peso. La mayor parte del tiempo, se limitaban a caminar en silencio.

Todas las mañanas, Cathy se apartaba del campamento para hacer yoga. No iba demasiado lejos para que Andor pudiera verla, si así lo deseaba. Pero era justo por eso que no se podía concentrar del todo.

En secreto, deseaba que se uniera a ella. Por un lado, hacer yoga le haría bien. Había algo que lo acechaba, y Cathy creía que el yoga y la meditación le harían sentir alivio. Por otro lado, por patético y vergonzoso que fuera y a pesar de su rechazo, anhelaba su atención. Su aprobación y sus cumplidos le resultaban embriagantes. Y quería más. Pero él jamás iba.

Más tarde esa noche, mientras se instalaban en el campamento, no pudo con la ansiedad de tragarse la opinión. Andor estaba agachado delante del fuego para avivarlo.

—Mira, Andor —comenzó, y él volvió la cabeza para mirarla con una advertencia silenciosa en el rostro.

«Oh, no». Debía detenerse, pero no podía.

—Estaba pensando… Deberías venir conmigo mañana por la mañana y hacer yoga.

Él entrecerró los ojos y la observó.

—¿Qué dices? ¿De dónde sacaste eso?

—Bueno, es que… sé que sentías curiosidad antes. Me estabas preguntando al respecto. ¿Te gustaría intentarlo?

—Acabas de romper tu palabra.

—Oh, vamos, en verdad no puedes esperar que no te hable por el resto del viaje.

Negó con la cabeza y regresó al trabajo.

—Déjame en paz.

Podía ayudarlo a salir de eso. Solo necesitaba que lo viera.

—Es evidente que tienes problemas de ira… y que te molesta preocuparte por alguien. Tu corazón…

Se incorporó de un salto, tenía una mezcla de angustia y furia en la mirada.

—Mujer, te lo advierto, una palabra más y lo lamentarás. —Usó un tono de voz bajo y lleno de amenaza que la hizo encoger.

—¿Cómo es posible que intente ayudarte y me respondas solo con ira y odio?

Andor se enderezó. El pecho le subía y le bajaba y tenía los ojos abiertos de par en par bajo el ceño fruncido.

—Porque te la pasas quitándome la paz.

—¿La paz? No tienes paz.

—Sí que tengo paz. O la tenía. Quizás no sea como la tuya, pero es mi versión de paz. Implica no tener que cuidar a mujeres irritantes.

—No necesito que me cuides.

—Creí que dijiste que me necesitabas.

—Solo porque conoces el camino.

—No conozco el camino.

—Bueno, sabes orientarte con el sol o lo que sea. Yo apenas puedo encontrar el camino siguiendo los mapas en mi móvil.

—Por Odín y Thor. No hay con qué orientarse. Sigue el camino. Va hacia el norte. —Hizo un ademán en la dirección del camino que se extendía detrás de Cathy—. Si te pierdes, pregúntale a alguien. Hablas el idioma.

Cathy se cruzó de brazos. Una parte terca de su interior quiso gritarle: «De acuerdo. Iré sin ti». Pero ¿cómo podía dejarlo en territorio enemigo con una pierna lastimada? No podía porque no era una persona cruel… y una parte de ella no quería dejarlo. Lo estudió en busca de alguna señal de que no lo había dicho en serio, de que estaba usando un mecanismo de defensa. Pero lo único que vio fue un hombre hermoso y furioso que no tenía ni el más mínimo interés por ella. Un hombre que quería que lo dejaran en paz. Esa era la historia de su vida, con la feliz excepción de Brad. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Está bien —dijo—. Eres un desagradecido. No eres capaz de decir un simple: «Gracias por salvarme, Cathy». O un: «Gracias por curarme las heridas, monjes». Ni hablar de un: «Disculpen por atacar su monasterio y robar sus tesoros». Estaré mejor sin ti. Ha sido un placer conocerte.

Los hombros se le hundieron casi aliviados. Cathy tomó la bolsa y se dio la vuelta. Empezó a andar por el camino que se abría entre los árboles. El corazón le sangraba en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se volvió a ver si la estaba siguiendo. Qué ingenua. Por supuesto que no la estaba siguiendo. ¿Por qué iba a hacerlo?

Apretó el paso y, cuando llegó al camino, siguió andando. Se secó los ojos, pero las lágrimas no dejaron de fluir. No tenía idea de cuánto tiempo había estado llorando, pero al cabo de un rato, las lágrimas se detuvieron. La cabeza le dolía, y la cofia le producía picor, de modo que se la quitó y la metió en la bolsa. Había oscurecido, y estaba exhausta. Tenía que detenerse a descansar.

Miró alrededor, pero todo le pareció igual: árboles y arbustos grises oscuros y una oscuridad total incluso bajo la luz de la luna.

Excepto… ¿acaso veía una luz brillar entre los troncos? Se detuvo y entrecerró los ojos intentando ver. El viento agitaba las ramas de los árboles. ¿Oía voces? A lo mejor estaba cerca de una aldea o una granja. Quizás podría pasar la noche allí.

Cielos, lo que daría por una cama y una manta. O por el simple hecho de dormir bajo un techo. Le haría bien a Andor… Oh, cierto. Al diablo con Andor. Ahora estaba sola.

Quizás tendrían comida. Se había comido todos los hongos y las avellanas hacía un tiempo ya, y el estómago le rugía.

Avanzó entre los árboles hacia la luz intentando no hacer ruido. Cuanto más se acercaba, más altas se volvían las voces. La gente hablaba y canturreaba una especie de melodía. ¿Sería un festival?

Había una pequeña multitud, quizás veinte personas, de pie alrededor de un círculo y otras tres al lado de lo que parecía una piedra alta y plana. Como si fuera una mesa. La luz provenía de varias fogatas y de las antorchas que sostenían en las manos. Entre ellos, había varios caballos.

A sus espaldas, había una pequeña colina con piedras enormes como columnas. Contra una de las colinas había una piedra enorme y redondeada con un dibujo de un caballo trazado con tiza. Debajo de la piedra, ardía una fogata que hacía que el caballo de tiza se moviera bajo las llamas danzantes.

Un hombre con una sotana larga y un delantal pesado se encontraba de pie al lado de la mesa. La superficie destellaba con algo oscuro. El temor hizo que a Cathy se le formara un nudo en el estómago. ¿Sería sangre? Vio dos cabras muertas al lado de la mesa y una más viva sobre la superficie. Los pies se le congelaron y se le aceleró el pulso. ¡Pobres animales! El hombre llevaba una banda de metal sobre la cabeza con unos grabados. En las manos, sostenía el cuchillo de un carnicero por encima de la cabra. El animal se debatía en las manos de dos hombres que lo sostenían por las patas.

Cathy sintió un estremecimiento al comprender dónde se encontraba. Había llegado a un sacrificio pagano.

—¡Wēland, herrero invisible! Acepta esta moneda de plata y este sacrificio en tu honor. Repara nuestras armas, nuestras cotas de malla y herraduras y danos armas para luchar contra los nórdicos y liberar a nuestras tierras de ellos.

El bosque comenzó a ceñirse sobre ella. Tenía los brazos y las piernas débiles, y comenzó a hiperventilar. Un grito le subió por la garganta, pero se cubrió la boca y lo contuvo. Tenía que largarse de allí. ¿Por qué había dejado a Andor? Qué tonta había sido al pensar que podía llegar a York sin toparse con ningún problema.

El sacerdote dejó caer las manos y con un movimiento ágil le cortó la cabeza a la cabra. Así les puso fin a los gritos del animal y derramó sangre por doquier.

Cathy soltó una exclamación horrorizada aún con la boca cubierta. Mientras otro hombre sostenía un cuenco bajo el altar y reunía la sangre, varias personas se volvieron hacia ella. Y un hombre la vio y entrecerró los ojos.

El horror la tenía paralizada. No podía moverse ni un centímetro y no podía respirar. Era

como si un tornillo de banco la tuviera clavada en ese sitio. Todos sus instintos le decían a gritos que echara a correr, pero lo único que pudo hacer fue ver cómo cinco hombres y mujeres se acercaban a ella. Cuando se encontraron a pocos pasos de distancia, recuperó el movimiento, se dio media vuelta y echó a correr.

Pero bien podría haber estado en una pesadilla. Se apartó demasiado lento, como si fuera una babosa arrastrándose en un pantano. Intentó mover las piernas más rápido, pero los paganos le pisaban los talones. Al poco tiempo, la sujetaron de las manos, y alguien la arrojó al suelo.

Un hombre con mal aliento le apuntó un cuchillo a la garganta.

—¿Quién eres? —le preguntó en inglés antiguo.

El resto se ciñó sobre ella con los rostros oscuros contra la luz de las fogatas encendidas a sus espaldas. Cathy se estremeció. Tenía que mentir.

—Soy de la aldea —respondió intentando bajar la voz para sonar como un muchacho—. Soy el hijo de Katherine, ¿no me recuerdan?

El rostro del hombre cambió de expresión para dar paso a una sonrisa taimada.

—No vengo de ninguna aldea, aquí no hay ninguna Katherine, y tú no eres un muchacho. —Alzó la mirada al grupo—. Estamos de suerte. Hoy sacrificaremos a una mujer para el dios herrero.

CAPÍTULO
DOCE

Andor gruñó al ver que los sajones paganos arrastraban a Cathy hacia el altar de sacrificios.

Reconocía el ritual. Antes de que el cristianismo infectara los reinos de Bretland, los sajones, al igual que los nórdicos, habían creído en los verdaderos dioses. Esa debía de ser una tribu que seguía adorando a los viejos dioses. Andor no entendía el idioma, pero reconocía el nombre de Völundr, el talentoso herrero que se había casado con una valquiria y que había sido esclavo de un rey por sus habilidades. Aunque Völundr el herrero no era un dios para los nórdicos, los sajones paganos le estaban haciendo un sacrificio.

Andor los observó oculto detrás de un árbol. Debería haber ido tras Cathy antes. ¿Por qué lo había dudado? Había sido muy cruel con ella para intentar mantener la distancia entre ellos. Con cada momento que pasaba con Cathy, el recuerdo de su esposa se debilitaba más, y la presencia de Cathy se fortalecía y crecía.

Ella lo llenaba de luz, de amabilidad y de fuerza de voluntad. Aunque le parecía tonto que se negara a comer carne cuando era evidente que tenía hambre y creía que no le hacía bien, esa determinación denotaba fuerza y disciplina. Quizás no era una guerrera, pero tenía el espíritu de una.

Y ahora estaba luchando y gritando y a punto de ser masacrada. Y era su culpa. El sacerdote escuchó al captor de Cathy y asintió con la cabeza. Andor podía ver cómo se le endurecían los ojos bajo la luz de la antorcha.

Le dijo algo a Cathy, que no dejaba de debatirse, y, tras oírlo, se retorció aún más en el intento de liberarse. Andor sintió que el temor por ella le llenaba el estómago. Eso era justo lo que lo había aterrorizado. De eso era de lo que había estado huyendo: de observar a alguien que le importaba morir por su negligencia.

Sujetó el mango del hacha. Contó veintitrés personas allí, entre hombres y mujeres. Él estaba solo. Si no hubiera estado herido y estuviera propiamente armado, hubiera atacado al sacerdote y la hubiera rescatado. Podrían haber tenido una oportunidad. Pero con la pierna herida y sin el escudo, no. Tenía que recurrir al ingenio.

Intentaron subir a Cathy al altar, pero pateó a un sujeto en el estómago y se escapó. Aprovechándose del momento de perplejidad, echó a correr hacia el bosque, pero los espectadores la atraparon. Alguien le dio dos bofetadas, y Cathy se desplomó inerte en el suelo.

Andor apretó los puños hasta sentir las uñas en las palmas.

Lo único que tenía era el abrigo, las armas y las prendas. De repente reparó en los dibujos en las piedras. Miró alrededor y vio varias piedras blancas. Si encontraba tiza, se podía pintar el rostro de blanco. Si querían convocar a Völundr, él se los daría.

Tomó varias piedras que yacían cerca de sus pies y las sintió blandas en la mano. Las molió

con el pomo del *seax* esperando que el murmullo de la multitud acallara el ruido. Luego tomó dos puñados de polvo blanco y se lo frotó por el rostro. Tomó un puñado de tierra de debajo de los pies, se escupió la mano y formó una pasta oscura que se frotó por los ojos. Por último, dibujó una serpiente blanca en la hoja del *seax* y frotó la hoja del hacha para tornarla blanca.

No tenía idea de si funcionaría ese plan. Quizás fracasaba y lo terminaban sacrificando al lado de Cathy. Pero era mejor intentarlo y morir que tener la muerte de otra mujer en sus manos, aunque no fuera responsable por ella. Se lo había dicho y así se había liberado de la responsabilidad. Si intervenía era solo porque podía, se recordó. Era porque quería y no porque debía hacerlo.

Los hombres volvieron a levantar a Cathy sobre el altar, y Andor supo que se estaba quedando sin tiempo. Se apresuró a subirse la capucha y solo dejó ver el rostro blanco.

Abandonó el refugio de los árboles y empezó a avanzar hacia la multitud. Cathy yacía sobre el altar, el sacerdote tenía el cuchillo alzado por encima de su cuello. Ella observaba en silencio, como si una norna le estuviera susurrando su destino, pero de pronto recuperó el sentido y comenzó a gritar y debatirse.

El sacerdote estaba diciendo una plegaria y alzó la voz. Cuando llegó al punto máximo de volumen, Andor salió a la luz y exclamó:

—¡Aaahhh!

Todos se volvieron a mirarlo con los ojos agrandados como platos. El sacerdote guardó silencio anonadado.

—¡Aaahhh! —volvió a exclamar Andor apuntando a Cathy con el *seax*.

Ella lo observó con terror en los ojos.

—Cathy, haz lo que te diga —le dijo en voz baja.

En respuesta, abrió la boca y asintió con la cabeza.

—Diles que soy Völundr y que he venido por mi esposa, la valquiria Hervör, y que, si intentan detenerme, convertiré todas sus armas en óxido.

Cathy tragó con dificultad y miró al sacerdote antes de comenzar a traducir. Los ojos del sacerdote se abrieron de par en par y reflejaron sorpresa. Tenía que sacar ventaja de la perplejidad de los sajones.

—Muévete, Cathy —la instruyó Andor. Cathy se liberó de los brazos de los hombres que la soltaron.

Se bajó del altar de un salto y se acercó a Andor. El sacerdote dijo una única palabra que la hizo detenerse. Luego, le preguntó algo y se puso pálida.

—Quiere saber por qué no hablas su idioma.

—Helheim. Prepárate para huir.

Miró a los caballos que pastaban tranquilos entre la gente. Los animales eran su única posibilidad de escapar.

Hizo un ademán con el *seax* para que la gente abriera paso. Todos los presentes se hicieron a un lado uno a uno y se fueron apartando de Andor como el agua bajo el casco de un *drakkar*. Al sacerdote le brillaban los ojos de mirar a Andor avanzar hacia él paso a paso.

—Dile que es porque no quiero hablar el mismo idioma que un hombre que amenazó con matar a mi esposa. Si quiere que los ayude con la herrería, tiene que hacer lo que le diga.

Mientras traducía, Andor se acercó por detrás a un caballo.

—Dile que prefiero los caballos a las cabras y que me llevaré este. Luego acércate a mí despacio.

Cathy le hizo caso y el sacerdote entrecerró los ojos. Dijo algo más y alzó la voz antes de

clavar la mirada en Andor.

—Deprisa, Cathy —la instruyó Andor.

Cathy echó a correr. El sacerdote frunció el ceño y curvó la boca hacia abajo. La gente intercambió miradas al tiempo que se les tensaban los hombros. A Andor le palpitó el corazón y tenía las manos tensas alrededor de las riendas.

El sacerdote gritó una orden, y varias personas intentaron sujetar a Cathy mientras corría hasta que al fin lo lograron. Andor soltó un rugido, alzó el hacha y comenzó a blandirla. Algunos dieron pasos hacia atrás, mientras que otros corrieron hacia él con hachas y cuchillos listos para atacar. Varios gritos de dolor y terror perforaron el aire.

—¡Wēland! —gritaban—. ¡Wēland!

El último hombre que sujetaba a Cathy se cayó, y la dejó libre para correr hacia Andor, que le extendía la mano. Cathy se aferró al antebrazo con las dos manos, y Andor jaló de ella para acomodarla detrás de él. Mientras más hombres armados corrían tras ellos, Andor jaló de las riendas y espoleó al caballo, que echó a galopar. Volaron por el bosque oscuro siguiendo el sendero iluminado por la luna. Oyeron los truenos de los cascos de otros caballos y gritos a sus espaldas. Andor miró por encima del hombro y vio otros jinetes que los perseguían.

—¡Arre! —Andor espoleó al caballo, y las venas le palpitaron—. ¡Arre!

Si se las ingeniaban para escapar de los paganos, tendrían un caballo. Pero, si los atrapaban, los dos acabarían muertos.

Siguieron galopando varios minutos, pero para el animal era difícil avanzar con dos personas. Solo dos jinetes los seguían a esa altura, y Andor podía enfrentarse a ellos.

Más adelante, entre los árboles, había una gran colina. Aun en la oscuridad de la noche, unas líneas y curvas blancas destellaron desde el lateral de la colina. ¿Qué sería? La imagen lo hubiera hecho jalar de las riendas si no tuviera enemigos tras él. Pero no había tiempo para el temor o la perplejidad. Tenía que pensar rápido. Si subía la colina, podía utilizar la posición a su favor.

—Iremos allí —le gritó a Cathy—. Cuando estemos arriba, desmontaré, y tú debes continuar. ¿De acuerdo?

—¡No te dejaré! —le dijo.

—Sí que lo harás.

Cabalgaron hasta la cima de la colina, se detuvieron, y Andor se bajó. Cathy lo siguió.

—Te he dicho que… —comenzó a gritarle, pero ella lo interrumpió.

—Déjame citarte: «No necesito tu ayuda».

—Agáchate —siseó Andor. Desde abajo, los enemigos no podrían ver si seguían en la colina o dónde se encontraban.

Venían subiendo la colina a ciegas. Andor estaba listo y, con una precisión entrenada, arrojó el hacha hacia el primer hombre que llegó a la ellos. Le acertó el pecho, y se cayó mientras el caballo salía huyendo. Sin ninguna advertencia, el segundo jinete también llegó a la cima. Atacó a Andor, pero este se movió rápido, y la espada apenas le rozó el hombro y le causó una herida superficial.

El jinete galopó más allá de la cima, hizo girar el caballo y se dirigió hacia Andor, que plantó los pies sobre el césped suave. El hombre lo atacó a toda velocidad blandiendo la espada. Era el sacerdote. Andor se mantuvo en su sitio mientras el caballo avanzaba hacia él. Luego, en el último instante, se agachó bajo el ataque del sacerdote y le clavó el *seax* en el lateral. Con la boca abierta en un grito silencioso, el sacerdote se desplomó del caballo y rodó colina abajo mientras el animal se alejaba a toda velocidad.

Andor respiró con dificultad sin dejar de mirar alrededor en caso de que hubiera más

enemigos en camino. Pero no había ninguno.

Cathy lo observó con los ojos grises suaves. Se miraron a los ojos. Habían vencido. La había rescatado. Había ido por ella. Y ella se había quedado por él.

Fue como si el aire entre ellos se hubiera evaporado, como si se sintieran atraídos hacia el otro por una fuerza imparable. Cathy voló hasta sus brazos, y Andor la aplastó contra su cuerpo.

La sintió alta y cálida, con los músculos duros, pero las curvas suaves. Inhaló su aroma, que era fresco como el bosque, dulce como una rosa y tan propio de ella, tan femenino, liviano y seductor que le encendió la sangre.

La besó y se hundió en la suavidad de sus labios y en el placer aterciopelado de su lengua. Lo embargó un hambre voraz por ella. La quería entera. Como un adolescente que emprendía el primer viaje para atacar aldeas en busca de tesoros, el entusiasmo le hizo ceñir el estómago. Como un océano de calor, le envió olas por todo el cuerpo, y en algún lugar profundo de su ser supo que siempre querría más de esos besos, más de sus caricias… Más de ella.

CAPÍTULO
TRECE

La boca de Andor la demandó y la reclamó frotándose contra la de ella con total suavidad. La envolvió en sus brazos, la apretó contra él y le presionó los senos contra el pecho. Se le endurecieron los pezones, y el dolor fue de lo más dulce.

Cathy oyó un gemido que le nació en un punto profundo interno y le subió por la garganta. Andor lo imitó y la besó más rápido y con más voracidad. El deseo le recorría las venas y le derretía cada una de las células. La cabeza le daba vueltas y el cuerpo le comenzó a flotar.

«Más, más profundo, estas prendas restringen tanto…».

De repente, Andor interrumpió el beso y clavó la mirada en el bosque.

—¿Has oído eso? —le preguntó.

—¿Qué cosa? —masculló con los labios hinchados y cálidos.

—Vienen por nosotros.

Cathy recobró la sobriedad y se concentró en el bosque. Divisó las luces que se movían entre los árboles y las personas que gritaban. Había tantos que parecían chispas de una fogata, y toda la excitación se le evaporó para dar paso a un temor gélido.

—Debemos marcharnos —dijo Andor—. Toma una espada y la vaina del sujeto de allí. Veré si encuentro la espada del sacerdote. —Hizo un gesto hacia debajo de la colina, donde yacía la silueta del hombre.

Sin esperar respuesta, se apresuró a bajar la colina.

—¡Aguarda, Andor! —lo llamó, pero él no se dio vuelta a mirarla.

«De acuerdo, Cathy, sé fuerte». ¿Por qué ese viaje tenía que implicar saqueos a los muertos?

Por fortuna, en esta ocasión, no tuvo que hacer nada demasiado espeluznante porque la espada yacía al lado del jinete sobre el césped. Encontró la vaina alrededor de la cintura del hombre, se la quitó y se la colocó alrededor de las caderas. Luego tomó la espada con las dos manos, que se le hundieron por el peso del arma. Pero cuando logró alzarla, los músculos le cantaron.

Las voces fueron en aumento. Guardó la espada en la vaina y corrió hacia el caballo sobre el que habían escapado para tomar las riendas. No tenía idea de cómo lidiar con un caballo, y le tenía temor porque no sabía qué esperar. Aunque había cabalgado sobre ese mismo animal con Andor, no sabía cómo hablarle o lograr que hiciera lo que quería.

El animal la observó con paciencia. Tenía unos ojos grandes y oscuros detrás de unas pestañas alargadas. Cathy chasqueó la lengua como había oído que hacían los otros jinetes.

—Vamos, dulzura —le dijo jalando de las riendas. Para su sorpresa, el animal obedeció—. ¡Qué buen chico!

Cathy lo llevó hacia la cima de la colina y miró hacia abajo. Andor estaba emprendiendo el

regreso. A sus espaldas, la gente con antorchas corría colina arriba. Andor apoyó la mirada sobre la espada envainada y asintió con aprobación. Luego la tomó en sus brazos gigantes, la colocó sobre el caballo y se montó a sus espaldas.

—Vamos.

Salieron volando, y Cathy sintió el torso fuerte de Andor contra la espalda, así como también los músculos del caballo que se tensaban bajo su peso. Miró hacia atrás cuando estaban por comenzar a descender y por fin comprendió qué eran las líneas blancas en el césped: un dibujo gigante similar a los que habían dibujado los hombres sobre las paredes de las cuevas en la prehistoria. Era un caballo gigante.



CABALGARON toda la noche y cuando el animal comenzó a cansarse, salieron de la carretera, se adentraron en el bosque y continuaron hasta llegar a un arroyo. Andor dejó que el animal bebiera y pastara mientras comenzaba a encender una fogata. En breve amanecería, y la oscuridad de la noche cesaría porque los árboles se tornarían plateados.

Cuando el fuego crepitó, se sentó y miró a Cathy a través de las llamas. Era mejor que hubiera algo entre ellos. El beso que habían compartido lo había dejado lleno de deseo y tormento. Cathy estaba sentada con las piernas cruzadas, estiraba las manos al fuego y se las frotaba mientras les respiraba el aire cálido para hacerlas entrar en calor. Andor deseó ser el que la calentara.

—Andor… —comenzó.

—Si me llegas a dar las gracias por salvarte la vida, te pondré sobre mi rodilla —le advirtió.

Cathy se rio.

—Gracias por salvarme la vida.

Soltó un gruñido y sonrió al tiempo que negaba con la cabeza. Si la tocaba, no podría resistirse a continuar lo que habían comenzado en esos bosques congelados.

—Tienes suerte de que tienes una espada ahora. Quizás Völundr el herrero nos ayude. Tenemos un caballo. Tenemos armas. Tenemos más oportunidades de llegar a Jorvik.

Cathy bajó la mirada a la espada envainada que llevaba en la cintura.

—¿Es difícil blandirla?

A Andor le gruñó el estómago. Aún le quedaban unos muslos de liebre asadas del día anterior; solo tendría que calentarlas en el fuego y serían un buen desayuno. Las perforó con un palo largo y las colocó sobre las llamas.

—Es una habilidad, como el yoga que practicas tú. Al principio es difícil y después se va volviendo más fácil con la práctica. ¿Por qué lo preguntas?

Cathy se mordió el labio inferior.

—¿Me enseñas?

Debió haberla oído mal.

—¿Enseñarte?

—Sí, te la pasas diciéndome que no me ayudarás. No quiero ser una carga para ti. Si me enseñas, puedo ayudarte. Has dicho que tengo el cuerpo de una guerrera.

Ella no era una carga. Él lo era. Ella era perfecta tal y como era, con su dieta extraña, su deseo de ayudar y su corazón bondadoso. Si se convirtiera en una guerrera también… podría protegerse, y eso le daría más oportunidades de sobrevivir a las amenazas de su mundo. Y quizás, una pequeña parte de él le susurró desde lo profundo, podría tener un futuro con alguien

como ella. Bueno, no con alguien como ella. Con ella. El corazón le dolía tanto que se ahogó. Qué tonto.

—No me mires de ese modo —le dijo—. Quiero defenderme.

Andor bajó la mirada a los muslos de liebre. Ya había roto la promesa de no ir tras ella. Aunque se había dicho que no era así, lo cierto era que se sentía responsable por su vida. Y aun si le enseñara a luchar, dudaba que la sensación de responsabilidad se fuera a alivianar. Dudaba que pudiera evitar verla y seguir cada uno de sus movimientos para asegurarse de que se encontrara a salvo.

La miró a los ojos.

—No creo que sea buena idea.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque te voy a proteger. Ya comencé a hacerlo.

—Sí, Andor, pero yo también quiero protegerte.

Eso lo hizo reír.

—¿Tú? ¿A mí?

—Sí, ya te he salvado el pellejo, ¿recuerdas?

—Blandir una espada y arrastrar a un hombre inconsciente al interior de una cueva son dos cosas diferentes.

—Sí, pero, aun así, creo que puedo hacerlo. Yo… —Se interrumpió y bajó la mirada al tiempo que apretaba los labios.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Lo miró a los ojos. A Andor le dio un vuelco el estómago al comprender que no se echaría atrás.

—Me gusta —terminó.

—¿Te gusta sostener una espada?

Cathy se puso de pie y desenvainó la espada. Era de un metal simple, pero era perfecta para su tamaño. Cathy se estudió la mano. Los ojos le destellaban, y en ellos se reflejó una nueva fortaleza. Blandió la espada un par de veces con movimientos incómodos y sin sentido porque no la estaba sosteniendo bien, pero con una gracia y una fuerza que le hicieron pensar que podría ser, en efecto, una buena guerrera.

—Sí —repuso y bajó la punta de la espada hacia el muslo de la liebre para recogerlo del palo. El palo se meció y Andor apenas logró rescatar el segundo muslo antes de que cayera sobre el fuego. Andor observó con la boca abierta cómo recogía la carne de la espada con la otra mano y la masticaba con una sonrisa de satisfacción—. Me gusta.

Luego su expresión pasó de sorpresa a disgusto y escupió la carne en el fuego.

—Oh, por Dios, creo que voy a vomitar —dijo. Los carbones sisearon donde aterrizó la comida.

Andor negó con la cabeza.

—Mujer, primero que nada, no uses la espada para comer. Respeta el arma. Y segundo, no desperdicies un buen desayuno.

Se puso de pie, tomó la pata de la liebre del fuego y la mordió.

—Sabe bien.

—Sí, lo que tú digas. ¿Me vas a enseñar o no?

Andor masticó sin dejar de observarla. Luego tragó y suspiró.

—No puedo decirle que no a una guerrera. Tienes todo: el peso, la fuerza y el espíritu. Te enseñaré, pero debes hacer lo que te diga.

Soltó un grito de emoción típico de una niña y saltó repetidas veces. Menos mal que era una guerrera.

—Tengo una condición —le dijo.

—¿Tú tienes una condición?

—Sí.

—Yo soy el que te enseñará. Yo seré el que ponga las condiciones.

Cathy negó con la cabeza y le ofreció una sonrisa llena de encanto que le hizo curvar las comisuras de los labios.

—Tú me enseñarás a luchar, y yo te enseñaré yoga.

Los músculos del rostro se le cayeron.

—No.

—Sí, ya sabes que quieres aprender. Sabes que sientes curiosidad.

—¡No!

—Oh, vamos, solo una vez. ¿Cuándo más tendrás la oportunidad de intentar algo del futuro? Nadie más en esta parte del mundo ha oído hablar del yoga siquiera.

—Si crees que ese argumento me va a convencer, eres la lunática que creí que eras.

—Solo una vez, Andor. Vamos, ¿por favor?

Loki debía de estar revolviéndole el cerebro como un estofado en ese momento, porque quería intentarlo. No podía olvidar la expresión serena en el rostro de Cathy. ¿Y si él también podía sentir eso?

—Solo una vez —accedió.

Cathy volvió a gritar como una niña y aplaudió con las manos.

—Cálmate, Cathy, o me harás cambiar de parecer.

Negó con la cabeza.

—Te encantará.

Frunció el ceño, puso los ojos en blanco y miró alrededor.

—Debemos encontrar algo para que comas o caerás inconsciente después de la primera práctica con la espada.

Cathy le ofreció una sonrisa tan intensa que fue como si el sol se hubiera colado por sus hermosos ojos. Debía de estar perdiendo la razón porque comenzó a sentirse más cálido. Por primera vez en mucho tiempo, los fantasmas detrás de la puerta oscura de su alma guardaron silencio.

CAPÍTULO

CATORCE

Cathy hizo una mueca al morder la cáscara agria de una manzana silvestre.

—Ay —masculló encogiéndose de hombros—. Es ácido puro. Quizás debería reconsiderar la pata de conejo.

Por algún golpe de suerte, habían encontrado un árbol de manzanas silvestres que aún tenía algunos frutos rojos, a pesar de que los pájaros ya se habían dado un festín con ellos. Andor había ayudado a Cathy a juntar las pequeñas manzanas y ahora estaban desayunando.

—Tómalo. —Le ofreció el último muslo.

Cathy lo estudió muerta de hambre. Quizás debería comenzar a comer carne, solo hasta regresar a su época. Debía de ser saludable comer carne en ese sitio y ese año. Además, Andor tenía razón: era difícil recolectar frutos en el bosque en pleno invierno, y se estaba privando de muchos nutrientes importantes. También estaba exhausta tras haber sobrevivido varios días con menos calorías de las que necesitaba. De seguro estaba perdiendo mucho peso, aunque sin contar con proteínas, estaría perdiendo masa muscular y no grasa, de modo que no le venía nada bien. ¿Ser vegana sería la mejor elección durante el invierno cuando una se encontraba un milenio en el pasado? Casi había vomitado porque ya no estaba acostumbrada a la carne, pero, antes de convertirse en vegana, había disfrutado deliciosos platos con carne en casa.

—Está bien, dámelo —le dijo. Una comisura de la boca se le curvó hacia arriba cuando le entregó el muslo.

Mordió la carne aromática y, a pesar de que tenía un sabor algo inusual y estaba un poco dura y fuerte, fue un buen complemento para las manzanas silvestres. Además, tener una comida cálida en el estómago se sintió increíble.

—Mmm —gimió y cerró los ojos un instante.

El estómago se le había encogido tanto en los últimos días que quedó llena con unas manzanas y el muslo.

Andor la observó por encima de las llamas con una expresión pensativa y suave.

—Duerme unas horas. No sirves para nada cuando estás tan cansada. Cuando te despiertes, retomaremos el viaje.

Lo cierto era que Cathy estaba cansada. Sentía los pies cálidos y relajados frente a las llamas, y tenía las extremidades dolorosas de debatirse contra los captores. Ahora que el peligro había pasado y había comido algo y había entrado en calor, su cuerpo estaba tan pesado como una bolsa de piedras.

—De acuerdo, pero luego duermes tú.

—Ya veremos.

Lo miró considerando algo.

—Tu regazo se ve de lo más suave —señaló.

—¿Qué?

Se acurrucó al lado de él en lugar de responderle, se estiró sobre el suelo y recostó la cabeza en la curva que se formaba entre la cadera y la pierna. Por último, se acurrucó más profundo contra el abrigo.

—Te ves duro por fuera, pero tienes un regazo de lo más acogedor —le dijo acomodando la cabeza para ponerse cómoda—. Ves, ya casi me tienes sobre la rodilla, como querías.

Andor no se movió, ni siquiera respiró, y un brazo se le congeló en el aire por encima de ella. Luego, con cautela, lo bajó hasta apoyarle la mano sobre el hombro. Aun a través de las capas de prendas, sus caricias la atravesaron como una ola de calor dulce. Cathy sintió que le acomodaba el abrigo encima. Soltó un suspiro y cerró los ojos al sentir la pierna firme y cálida debajo de la mejilla. A Andor se le movía el estómago contra su cabeza mientras respiraba.

Mientras Cathy comenzó a quedarse dormida, recordó la primera vez que Brad le apoyó la cabeza sobre el regazo. Habían estado saliendo durante un mes y él se había quedado a pasar la noche. Había sido la primera vez que habían tenido relaciones sexuales. Cathy no había podido creer que le gustara, y había esperado que se marchara como un patán a la mañana siguiente, pero él no lo había hecho. Se había quedado a desayunar. Más tarde, habían ido a comer un almuerzo vegano en un festival de comida callejera. Luego habían ido a la playa, y él le había enseñado a surfear. Al acabar la lección, se habían recostado sobre la arena, y Brad le había apoyado la cabeza en el regazo, tal y como lo hacía ella con Andor en ese momento. Cathy le había acariciado el cabello ondulado y humedecido que parecía oro líquido contra su piel bronceada y le había acariciado el rostro con suavidad. Brad había cerrado los ojos y había soltado algunos gemidos sin dejar de sonreír.

«Creo que me estoy enamorando de ti, Cathy», le había dicho y se había quedado quieto mirándola con los ojos celestes llenos de fragilidad.

El pecho le había explotado de ternura, y unas lágrimas se le formaron en las comisuras de los ojos. Sus afirmaciones habían funcionado porque el hombre de sus sueños yacía sobre su regazo y la miraba con intensidad. Le decía palabras de amor.

«Yo también, Brad», había sido lo único que atinó a responderle.

Y ahora Brad se encontraba a muchos años de distancia. Y si no estaba conectado al soporte vital, se habría marchado. Marchado… ¿De verdad podría aceptar eso?

Una lágrima le rodó por la mejilla y cayó sobre los pantalones de Andor.

—¿Fue difícil cuando murió? —le preguntó.

Andor se tensó, y los músculos del muslo se le convirtieron en madera dura bajo la mejilla, al tiempo que el estómago parecía una piedra plana.

—¿Qué has dicho?

—Es que… Puede que tenga que aceptar la posibilidad de que Brad muera pronto. Y quiero saber cómo lidiar con eso. ¿Cómo lo has hecho tú?

No le respondió durante largos instantes y, cuando lo hizo, la voz le salió ronca y rota.

—Puede que no sea la persona indicada para responder. No creo que haya lidiado con eso.

—Oh.

Cathy clavó la mirada en las llamas completamente consciente de la tensión de Andor. Su dolor se palpaba a través de la piel dura.

—¿Y eso es lo que te acecha? ¿Tu esposa?

—No. —Se removió—. No me está acechando. Fue mi culpa. Yo la maté.

Cathy se incorporó con los ojos bien abiertos. La miró a los ojos con una mueca de tristeza,

los ojos rojos y llenos de lágrimas y el rostro cenizo.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó.

—Nos habíamos casado hacía menos de un año y partí con las fuerzas vikingas para atacar Bretland. Le había prometido que regresaría antes del festival de la cosecha, pero Ubba me pidió que lo ayudara a atacar el monasterio Wilham para conseguir la biblia enjoyada. Ubba sabía que el rey sería generoso y pagaría por ella con tierras fértiles, y por eso atacamos. Ubba podría haber enviado a miles de hombres a la batalla para ganar esas tierras, pero se le ocurrió la mejor idea de superar en ingenio a los sajones. Se valió de la astucia y de la debilidad del enemigo para obtener lo que buscábamos sin perder ninguna vida, y eso es algo bueno. Es un acto inteligente. Podría haberle dicho que no, pero me prometió que me nombraría su segundo al mando. Por eso, seguí mi orgullo y mi anhelo de gloria y fama y quebré la promesa que le había hecho a Svana. Creí que se regocijaría con las riquezas que llevaría a casa y las tierras que conseguiría para nosotros. Pensé que me perdonaría la negligencia cuando la bañara en oro y plata. —Tragó con dificultad y apretó los dientes antes de continuar—. Pero ella jamás se enfadó conmigo. Estaba demasiado ocupada protegiendo a nuestra gente de los hombres del *jarl* Elgr que habían atacado en busca de mi tesoro. Regresé a la aldea mientras la atacaban y la incendiaban, y nos estaban aguardando. Habían apuñalado a Svana… y murió en mis brazos.

A Cathy se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Si no hubiera actuado por ambición y hubiera regresado cuando prometí que lo haría… Ubba hubiera encontrado a otra persona que lo ayudara a invadir el monasterio, y ella seguiría viva. La maté. A ella y a toda la gente de mi aldea. Ahora hay vigas carbonizadas donde la gente había vivido durante muchas generaciones. Por más que sea un guerrero fuerte, no puedo proteger a las personas que amo.

Cathy sintió que se le ceñía el corazón. Se le acercó y le tomó la mano. La piel de Andor era áspera y callosa, y sus dedos, fríos, y se los frotó con las palmas.

—Mi prometido falleció… bueno, casi falleció, porque me protegió —le confesó—. Y preferiría que no lo hubiera hecho. Estoy segura de que ella sintió lo mismo.

Andor tomó una profunda bocanada de aire, y se le dilataron las fosas nasales, al tiempo que se le tensaban los músculos del mentón debajo de la barba.

—Si te amaba, Andor, no hay manera de que te eche la culpa por nada de lo que ocurrió. Y tú tampoco deberías culparte.

Andor alzó la mirada al cielo grisáceo por encima de las oscuras ramas de los árboles. Su rostro era una máscara severa. Un cuervo graznó en la distancia.

A Cathy le ardían los ojos de las lágrimas sin derramar. Se preguntó si la esposa de Andor se encontraría en algún sitio. O si Brad estaría cerca. Quizás los dos estaban presentes de alguna manera. A lo mejor eran como ángeles que los cuidaban.

Andor la volvió a mirar con los ojos llenos de dolor.

—Me gustaría creer eso, pero por más que sea cierto, jamás podré perdonarme. No cuando fue mi culpa ponerle la vida en peligro. Lo único que debía hacer era mantener mi promesa y regresar a casa cuando se lo dije.

Cathy le apretó la mano en la suya y le apoyó la cabeza sobre el hombro.

—Hasta ese monje débil, Aethelred, que no puede ni alzar una espada, tiene más fuerza que yo. Él me perdonó, pero no creo que deba ser perdonado, Cathy.

La sensación de impotencia le debilitó los hombros a Cathy. No podía lograr que se perdonara. Andor necesitaba encontrar el modo de perdonarse, y ella solo podía esperar que con el tiempo lo lograra. Lo único que podía hacer era ofrecerle su consuelo.

Y esperaba que a su debido tiempo se obrara un milagro para ella también. Uno que la llevara de regreso al futuro. Aunque, curiosamente, el deseo de regresar a la vida que conocía iba disminuyendo con cada día que pasaba.

CAPÍTULO

QUINCE

—¿A ti te parece que está vacío? —preguntó Cathy señalando entre las dos colinas.

Cathy estaba sentada delante de él sobre el caballo. Con el exquisito trasero entre sus muslos, el viaje ese día había sido más placentero que cualquier cosa que recordara. Ahora que comenzaba a caer el atardecer, y el caballo empezaba a cansarse, tenían que abandonar el camino en busca de un sitio para pasar la noche.

Andor entrecerró los ojos y miró hacia donde señalaba. Divisó dos edificaciones de madera con techos de paja.

—Es difícil decirlo. —Detuvo el caballo—. Iré a investigar. Si hay alguien dentro, es mejor que no nos oigan acercarnos. Quédate aquí.

Se apeó de un salto y la ayudó a desmontar. Luego desenvainó la espada y avanzó hasta las casas. Era probable que hubieran atacado o abandonado la granja; si alguien viviera allí, de seguro, tendría un hogar y unas velas encendidos para resguardarse de la noche. La puerta de lo que parecía un establo estaba abierta y había heno desparramado por el suelo de tierra. La segunda edificación tenía una ventana que daba al sur con persianas de madera. La puerta se encontraba abierta. Andor se detuvo y aguzó el oído, pero lo único que oyó fue el distante ruido del agua que fluía de un arroyo o un río y el viento que mecía las hojas del bosque que se encontraba a unos pocos pasos. Detrás de la casa, había un huerto vacío.

Andor echó un vistazo al interior de la casa y permitió que los ojos se le ajustaran a la oscuridad. Había señales de batalla: jarras de arcilla rotas y utensilios de madera desparramados por el suelo de juncos. El olor a polvo y putrefacción permeaban el aire. En el medio de la casa, había un hogar con un caldero. A Andor le rugió el estómago al pensar en un estofado caliente para variar un poco la dieta de las liebres asadas.

Posó la mirada en la única cama que había en la casa y cerró los ojos un instante. Decidió que dormiría en el suelo porque no sería capaz de contenerse si dormía en la misma cama que Cathy. Ella estaba comprometida con otro hombre y estaba ansiosa de regresar a su lado. Andor debía tener cuidado a la hora de permitir que se le acercara al corazón.

Determinó que no era probable que los dueños regresaran. Y, a menos que otros viajeros decidieran pasar la noche allí, estarían a salvo y podrían disfrutar de un buen descanso por primera vez en mucho tiempo.

Andor regresó a buscar a Cathy, que le ofreció una intensa sonrisa al oír las noticias de que no pasarían la noche a la intemperie. A Andor se le contagió la alegría.

Una vez dentro, Cathy miró el hogar y el caldero con la misma esperanza que había hervido en el interior de Andor.

—¿Estás diciendo que quizás tengamos algo cálido para comer hoy? —le preguntó.

—Quizás sí. Ve a ver el huerto, quizás queden algunas verduras en la tierra. Iré a buscar leña y agua.

Le dio agua al caballo, cortó leña y regresó a la casa. Cathy estaba pelando unos nabos y tenía unas zanahorias al lado.

—Hay una alacena allí. —Señaló la pequeña puerta en el suelo en el extremo opuesto de la casa—. Haré una sopa o un estofado con lo que encuentre, y quizás sería bueno añadirle carne de conejo.

Andor dejó el agua en el suelo y llevó la leña que había cortado al hogar.

—Iré a buscar uno entonces.

Encendió el fuego y colocó el agua en el caldero para que se calentara. Mientras salía por la puerta en busca de un conejo, le echó un vistazo a la habitación, y la imagen hogareña hizo que le doliera el pecho. El calor del fuego que ardía en el hogar, su mujer preparando la cena, él yendo a cazar… Todo lo que se había prohibido tener… todo lo que temía tener. Y, sin embargo, en lo más profundo de su ser, lo deseaba más que el siguiente aliento.

Cathy alzó la mirada hacia él sorprendida de encontrarlo de pie en el umbral. Se miraron a los ojos durante un instante. Cathy era tan hermosa que se quedó sin aliento. Pronto, recordó que no era suya y que jamás lo sería, y, antes de que le pudiera preguntar nada, se dio media vuelta y se marchó.

En el bosque en penumbras, cazó dos conejos. Les quitó la piel y se los llevó a Cathy para que los añadiera al estofado. El aroma en la casa hizo que se le hiciera agua la boca. Observó cómo se le iluminaba el rostro a Cathy al arrojar unas hierbas en el caldero.

—Hasta encontré sal en la despensa —le dijo—. Sal cruda con algo de polvo, pero sal, al fin y al cabo. —Apoyó la mirada sobre los conejos—. ¡Oh! Has cazado dos. Añádelos, por favor.

Andor le hizo caso, y Cathy continuó:

—Muy bien, ahora solo queda esperar.

Andor miró alrededor.

—Por favor, dime que Thor nos ha dejado un barril de hidromiel en esa alacena.

—¿Hidromiel? ¿La cerveza de miel? Oh, claro, ustedes beben eso. No, lamentablemente no había nada de alcohol. No me molestaría beber algo. Pero estaba pensando que mientras aguardamos a que se haga la comida, me puedes enseñar algunos movimientos de esgrima.

Andor se rio entre dientes. Era una buena manera de distraerse del espacio cálido y cerrado, la cama y ella.

—Trae la espada —le pidió y se alejó.

En el exterior, la noche ya había caído alrededor de ellos y estaba oscuro, lo que era bueno porque no era probable que los divisaran desde el camino.

Andor desenvainó la espada y se quedó de pie sosteniéndola con las dos manos a la altura de los hombros. Los recuerdos de Hvaldalen le invadieron la mente: las colinas verdes, las montañas enormes, los bosques oscuros y el espejo quieto del fiordo que se curvaba alrededor de ellos. Recordó cómo su padre, el *jarl* Thorn, le había enseñado a blandir la espada. Su hermano menor, Bari, que solo había tenido cinco años entonces, los había observado fascinado. Bari no había sido un niño saludable y había fallecido unos meses más tarde por una fiebre. El recuerdo le dejó una sensación hueca en el pecho: por el hermano al que jamás vio crecer y el hogar que se quemó por culpa de él y ahora se encontraba vacío, carbonizado y abandonado. ¿Qué le habría dicho su padre? Estaría avergonzado de que su hijo hubiera huido. Estaría avergonzado del hijo que había fracasado a la hora de proteger a su mujer y su gente.

No. Debía marcharse. Tenía que alejarse de esos fantasmas. Necesitaba perderse en la acción

otra vez.

—Ponte de pie así —le instruyó a Cathy—. El pie izquierdo adelante y el derecho atrás. Las caderas derechas. Mírame. Lleva la espada hacia el hombro derecho y sostenla derecha de este modo. Este es un movimiento básico, un simple ataque desde lo alto. Mueve la espada hacia adelante para protegerte de un contraataque.

Le mostró los movimientos y observó cómo Cathy los repetía. Acto seguido, asintió en señal de aprobación.

—Da un paso a la derecha para estar fuera de la línea de ataque del enemigo. Ahora, baja la espada en una línea derecha y golpea al oponente.

Andor bajó la espada y le dio un golpe suave en el hombro. Cathy realizó el ataque.

—Muy bien. Tienes brazos fuertes y un gran alcance. Eso es una ventaja contra todas las personas que son más bajas de estatura. Ahora repite el movimiento.

Cathy dio un paso a la derecha y blandió la espada sin llevar los brazos hacia adelante, y Andor se lo señaló. Le hizo repetir el movimiento varias veces sin dejar de disfrutar de la gracia de su cuerpo, que era hermoso de ver, pero que no le haría ningún favor en una batalla.

—Eres demasiado suave —le dijo—. Esto no es yoga.

—Bueno…

—No. No debes tener miedo de lastimar al enemigo. Esto se trata de la diferencia entre vivir y morir.

De pensar en alguien más fuerte y más habilidoso que ella atacándola, se le congeló la piel.

—Hazlo de nuevo con más fuerza y más ira.

Cathy lo hizo una y otra vez mientras Andor la observaba y la corregía. Sin embargo, seguía cometiendo el mismo error.

Andor se movió para pararse detrás de ella, le colocó las manos en las caderas y casi las aparta al sentir el estremecimiento que lo embargó como una ola de calor. Tenía las caderas firmes, suaves y redondeadas. Se tensó bajo sus palmas y dejó de respirar. Se relamió los labios que se le habían secado de repente y le apretó las caderas con suavidad para guiarlas a una posición derecha.

—Así —le dijo. Tomó consciencia de que debía apartar las manos—. Ahora mueve la espada hacia adelante.

Cathy lo hizo. Debería pedirle que le quitara las manos de encima.

—Da un paso adelante con la pierna derecha.

Los músculos se le movieron bajo las palmas cuando movió el peso de las piernas, y Andor quiso trazar la forma de su cuerpo. No. «Quítale las manos, tonto».

Se movió con ella.

—Baja la espada.

Cathy la bajó, la dejó caer sobre el césped y se giró para mirarlo al rostro. Andor divisó un destello de cabello dorado y le vio los ojos grises antes de sentir los labios de ella sobre los suyos.

Cathy lo besó con suavidad y calor y le despertó un remolino de fuego en el interior. Andor no tuvo la fuerza para detenerse. La recogió, se la arrojó por encima del hombro como si fuera un botín y disfrutó sentir su precioso trasero bajo la palma de la mano mientras la llevaba hasta la casa.

Quizás no estaba destinado a compartir una eternidad con ella, pero en ese momento lo deseaba. Y, por un momento, por esa noche, se podía imaginar que era suya y él de ella, y que ese era su hogar.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Andor arrojó a Cathy sobre la cama y le hizo sentir el duro colchón de paja sobre la espalda, pero no le importó. De hecho, la excitó aún más. Se lanzó sobre ella como si no tuviera otra opción, como si lo atrajera con una fuerza imparable. Se miraron a los ojos y conectaron en un espacio cerrado donde no había nadie ni nada, excepto ellos dos.

Andor se paró en el borde de la cama con los hombros anchos y las caderas angostas. Era un guerrero barbudo con un rostro familiar y un alma desconocida. El aroma a leña y estofado se mezcló con la fragancia a cuero, hierro y hombre de Andor, y Cathy se disolvió en la esencia, la inhaló toda y el cuerpo se le expandió más allá de sus fronteras.

Cathy estiró los brazos a ambos lados y permitió que los dedos recorrieran la superficie áspera y espinosa del colchón, al tiempo que el cuerpo se le derretía bajo la mirada ardiente de Andor que seguía cada uno de sus movimientos.

—Quítate las prendas —le dijo.

Sonaba tan mandón y posesivo que le desencadenó una explosión de dicha en el interior. Con las manos temblorosas, se abrió el cinturón que le rodeaba la túnica y sintió la piel sensible contra el lino. Tenía que liberarse de todo; necesitaba las manos de Andor sobre el cuerpo. Luego tomó los bordes de la túnica y se la subió por la cabeza y solo le quedó puesta la camiseta de licra.

—Esa es una prenda hermosa, pero no tanto como tú. Quítatela.

Cathy se mordió el labio. El momento en que Andor la había visto en el arroyo no podía ni compararse con ese. Si entonces había creído que la había deseado, ahora sus ojos la consumían. Se aferró a los bordes de la camiseta y se la quitó por la cabeza. El aire cálido le produjo un cosquilleo en los senos, y los pezones se le endurecieron bajo la mirada de Andor. Cathy se puso tensa. Ahora la había visto casi desnuda. Y no desde la distancia, como la vez anterior, sino de cerca. Podía ver cada marca, cada rollo de grasa y cada arruga. Cathy cerró los ojos avergonzada, pero excitada.

—Abre los ojos —le ordenó—. Mírame.

Cathy tragó con dificultad, se armó de valor y abrió los ojos.

—Muy bien —aprobó Andor y se abrió el cinturón despacio. A continuación, se quitó la túnica y un exquisito festín de hombre apareció ante ella.

A Cathy se le secó la boca al verlo. Tenía los hombros anchos, con los músculos tensos, y unos pectorales grandes y poderosos como colinas planas. Tenía una cadera angosta con un estómago musculoso que formaba una *v* de músculos por encima de los pantalones bajos. Tenía los brazos como troncos y la piel cubierta de cicatrices: algunas de color plateado, algunas rosadas y algunas más recientes de color rojo. Un tatuaje de un dragón que escupía fuego trazado

con ornamentados patrones vikingos le cubría el lateral derecho. Cathy quiso que ese glorioso cuerpo la cubriera, se deslizara contra ella y la envolviera.

¿Cómo podía ser tan perfecto cuando ella era una colección de contradicciones desafortunadas?

Cuando Andor bajó hasta la cama y se estiró al lado de ella, su aroma masculino hizo que se le hiciera agua la boca. Mientras los ojos le bajaron por el cuerpo, la piel le ardió en todos los sitios que le tocaba la mirada. Instintivamente, Cathy arqueó la espalda para sacar pecho y hacer que la cintura se viera más delgada, como hacía siempre que se encontraba desnuda delante de un hombre. Pero él le dijo:

—Eres muy delgada. Pero no importa, eres hermosa en cualquier forma y tamaño.

El mundo se le dio vuelta, y la cabeza le giró.

—Estas curvas… —murmuró recorriéndole los senos con el dedo y bajando hasta el estómago. Cathy inhaló profundo, no porque quisiera parecer más pequeña, pero porque su roce le hacía sentir olas de placer por todo el cuerpo. Andor le llevó las manos al borde de los pantalones.

—Quítatelos —le pidió con la voz profunda y ronca.

Cathy lo miró fijo. ¿Era lo suficientemente audaz como para quitarse el resto de las prendas delante de él? Respiró entre jadeos.

—Quiero que te los quites —le repitió.

Cathy se lamió los labios cálidos e hinchados y obedeció. De repente, solo se quedó con los pantalones cortos para nadar. Andor los observó con una sonrisa, luego clavó el dedo índice en el borde.

—Me estaba preguntando qué era esto, pero no importa. No pertenecen aquí. Permíteme ayudarte.

Se ciñó sobre ella que todavía seguía recostada en la cama y le pareció una montaña que cubría el fuego a sus espaldas. Le tomó los bordes de los pantalones y se los bajó. La licra se deslizó con facilidad. Oh, cielos, ni siquiera se había depilado. El calor le subió por las mejillas y se le esparció por el pecho con cada nuevo centímetro de piel que quedaba expuesto a ese hombre que la dejaba sin aliento, con o sin prendas.

—Me haces agua la boca sin importar lo que lleves o no puesto —le murmuró Andor contra el tobillo y le empezó a depositar besos por la pierna a medida que iba subiendo y le hacía sentir pequeñas explosiones de agonía en la piel donde la besaba. O quizás había sido el efecto de sus palabras. Llegó a la cadera y siguió la curva con los labios mientras continuaba subiendo por la piel sensible del estómago. Cathy arqueó el cuerpo contra su boca y se aferró a la almohada de paja detrás de la cabeza.

—No puedo creer que estés diciendo eso —le susurró.

Se movió a los senos y le tomó uno entre las manos para llevárselo a la boca y comenzar a succionarlo y lamerlo al mismo tiempo. Un remolino de chispas la recorrió entera.

—¿Qué? —le preguntó.

—Yo… Oh… no puedo creer que te parezca atractiva.

Se quedó quieto, luego enderezó los brazos y se ciñó sobre ella. Tenía el rostro oscuro; el hogar a sus espaldas le proyectaba sombras.

—¿Qué has dicho?

Cathy no podía cerrar la boca. Lo intentó físicamente, pero no pudo. ¿De verdad acababa de decir eso en voz alta? Apenas podía admitirse a sí misma que creía eso…

—Nada.

—¿No crees que me pareces atractiva? —rugió con una voz baja y amenazante.

Cathy tragó con dificultad. «¡Tonta! No se le dicen esas cosas a un hombre. Jamás se le revelan las inseguridades del cuerpo».

—Yo…

Se incorporó e intentó cubrirse, pero Andor la sostuvo en sus brazos. Cathy no podía creer que había iniciado esa conversación en el medio de la experiencia más sensual y excitante de toda su vida.

—Soy gorda, está bien. Me temo que no me encuentres atractiva. Tú eres un hombre hermoso, lleno de confianza y gloria. —Exhaló profundo para liberarse del nudo que se le formó en el estómago—. Allí está la puerta. Puedes dejar un hueco con tu forma en ella.

—¿Gorda? —repitió negando con la cabeza—. Eres la mujer más hermosa que he conocido. Eres femenina y fuerte. Estás llena de curvas y músculos. Eres una mujer y una guerrera. Una valquiria. No eres un ratoncito al que pueda aplastar con mi peso. Tienes el cuerpo más delicioso que he visto en la vida. He tenido sueños en los que me montas. No creo que jamás haya habido una mujer más perfecta en todo Midgard.

Los ojos le escocieron, y una lágrima le rodó por la mejilla.

—En mi lugar de origen te aseguro que las cosas son distintas —le dijo.

Andor la tomó en sus brazos y se la sentó sobre el regazo. Luego le besó la lágrima.

—No conozco el mundo de Los Ángeles, pero déjame mostrarte lo perfecta que eres en mi mundo.

La besó y esparció la humedad salada entre los labios de ambos. El beso fue posesivo y dulce. Fue profundo y suave, y pronto acabó derritiéndose en sus brazos. Quería creerle. Las caricias de las palmas callosas y de la lengua contra la suya le hicieron sentir dicha en cada célula del cuerpo.

Lo deseaba, quería aprender todo acerca de su cuerpo y darle placer. Andor le movió la boca a la mejilla y comenzó a besarle el mentón, luego le mordisqueó el cuello y le desató una ola de deseo. Cuando llegó a los senos, se llevó uno a la boca, lo lamió, lo acarició y lo succionó hasta que todos los pensamientos se le evaporaron de la cabeza. Lo único que logró oír fueron sus gemidos y gruñidos mientras se le expandía una miel cálida por las venas allí donde la tocaba.

Sin dejar de darle placer a los senos con la boca, Andor le deslizó una mano por el estómago y se fue acercando a la entrepierna. Cathy se puso algo tensa, y la voz negativa en la cabeza comenzó a balbucearle. Andor se detuvo durante un momento.

—No —le aseguró—. Te estás poniendo tensa. Pase lo que pase en tu cabeza, detenlo. Quédate conmigo. Saborea este momento.

Cathy soltó el aliento para liberarse de la tensión mientras él continuaba moviendo la mano hasta el punto donde se encontraban sus muslos. Una tensión diferente y dulce comenzó a arderle allí. Andor deslizó un dedo entre los pliegues y comenzó a explorarla con dulzura y suavidad.

—Aaahhh —gimió Cathy hundiéndose en las olas de rayos solares líquidos.

Se arqueó contra su boca, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El dedo de Andor encontró el punto más dulce de su cuerpo y la hizo estremecer, tensar y arquearse aún más. Andor soltó un gruñido de aprobación y le dibujó círculos en el clítoris y le desencadenó un remolino de agonía exquisita más y más rápido. La piel de Cathy se cubrió con una capa de sudor, y la excitación le empapó el sexo y la hizo mover las caderas al ritmo seductor de sus caricias. Le pasó las palmas por el cuerpo, le recorrió la piel suave y las colinas de músculos, así como también la mata de vello que le cubría el pecho. Andor comenzó a gemir, y sus movimientos se tornaron más rápidos y urgentes.

Las sensaciones calientes iban aumentando tanto que pronto Cathy llegó a la cumbre y gruñó.

—Andor, si no te detienes…

—Hazlo, tesoro. Quiero que acabes.

Oh, por todos los cielos… Se le tensó todo el cuerpo y fue experimentando más y más placer hasta que no pudo contenerse por más que lo intentara y explotó en olas de exquisito fuego que la hicieron disolver y evaporarse. Durante una bocanada de aire, dejó de existir.

Al cabo de un instante, cuando recobró el sentido estremeciéndose con las réplicas del orgasmo, se encontró en los brazos de Andor, quien sonreía con satisfacción. Pero Cathy quería más. Lo quería a él. Lo necesitaba.

Algo había cambiado ese día: en ella, en él y en el mundo. Lo empujó hasta que cayó de espaldas sobre el colchón y soltó una carcajada de sorpresa.

—Querías que te montara —le dijo y observó cómo fruncía el ceño—. Tus sueños se harán realidad.

No tenía ni idea de dónde provenía esa confianza, esa audacia en el cuerpo y el alma que solo tenía para él. Pero la aceptó.

A Andor se le desvaneció la sonrisa del rostro, y los ojos se le oscurecieron y llenaron de deseo. A Cathy se le hinchó el centro del ser, que seguía sensible, y se tensó de la deliciosa anticipación. Le abrió los pantalones y se los bajó por la cadera. La erección gruesa y dura la hizo estremecer aún más.

—¡Oh! —exclamó y tragó con dificultad—. Vaya.

Cuando quedó desnudo delante de ella, puro músculo y fuerza, Andor se llevó un brazo detrás de la cabeza. La erección le palpitó, y a Cathy se le tensaron los músculos internos. Quería sentirlo en su interior estirándola, llenándola y haciéndola suya. Quería hacerlo suyo. Todo suyo.

Despacio, le pasó las palmas por las piernas largas y musculosas, y a Andor se le infló y desinfló el pecho más lento y despacio.

—Tú tampoco estás nada mal —señaló, y la voz le salió baja y ronca.

Andor apretó los labios bajo la barba al tiempo que se le oscurecían los ojos aún más.

—Y ¿qué harás para demostrármelo?

Cathy estaba delante de la erección y se humedeció los labios. La tomó con las dos manos y la sintió estremecerse. Era tan larga, gruesa y dura que se humedeció aún más. La acarició hacia arriba y abajo varias veces, luego se inclinó hacia abajo y le lamió la piel aterciopelada varias veces. Andor cerró los ojos, y los músculos del cuello se le inflaron, al tiempo que los del mentón se le tensaban.

Cathy le pasó una pierna por delante, lo acomodó contra su entrada y se sentó sobre él. Estaba hinchada y tensa y soltó un jadeo al sentir la carne sensible llenarse de un placer abrumador. La embistió tan profundo que le dolió un poco y la estiró tanto que la hizo tensarse alrededor de él. Andor soltó un gemido, y Cathy lo sintió retorcerse en su interior.

Cathy comenzó a moverse y saboreó el universo de sensaciones que le generó. Lo cabalgó despacio, hacia arriba y abajo, y lo sintió deslizarse en su interior, dándole placer y consumiéndola. Al principio la observó con los párpados entrecerrados, y luego comenzó a embestirla al ritmo de sus movimientos. Estiró las manos para masajearle los pechos y jugar con los pezones. Le recorrió la curva de la cintura y se sujetó a sus caderas. Soltó un gruñido y comenzó a embestirla a un ritmo salvaje.

Con eso, se deshicieron los últimos pensamientos negativos, las últimas sombras de duda y restricciones, y Cathy se dejó llevar por completo. Fue escalando a la cima de un placer que jamás había experimentado en su interior. Se había convertido en un solo ser con él, en ese baile

sacro que permitía que todas las sensaciones fluyeran en su interior.

Una sensación tras otra la fue bombardeando y la tensión se tornó casi insoportable. Luego explotó y se abrió a un mundo de sol, calor y éxtasis. Era un sitio en el que no estaba sola. Cuando su cuerpo tomó el control, el de Andor hizo lo mismo y se mecieron juntos en el oleaje de una tormenta dulce por lo que le pareció una eternidad.

Cathy se desplomó sobre Andor empapada y respirando con él. Una lágrima le rodó por la mejilla y aterrizó como una gota diminuta sobre el pecho de él. Al verla, Cathy supo que Andor sería parte de ella por lo que le quedara de vida.

Y de pronto recordó a otro hombre que sería parte de ella para siempre, un hombre que yacía en la cama de un hospital y cuya vida dependía de ella.

Un hombre al que, al parecer, estaba olvidando.

CAPÍTULO

DIECISIETE

2 0 de enero de 878 d. C.

—¿Cómo haces para tocarte los dedos de esa manera? —Andor se agachó hacia los pies y quedó doblado en dos. Sin importar lo mucho que sudara o lo profundo que respirara a través del dolor, no lograba estirar las piernas y llegar a tocarse los dedos de los pies.

Mientras atravesaba el Helheim, Ragnarok y lo que se sentía como el aliento de fuego del dragón Fafnir, Cathy se deslizaba en el aire con flexibilidad y gracia. Tenía el torso apretado contra las piernas estiradas, se abrazaba las rodillas y había enterrado el rostro entre ellas. La pose le brindaba una vista hermosa de su trasero, que sobresalía en el aire, y de sus piernas. Una pequeña bendición.

Ya echaba de menos ese trasero, a pesar de que había pasado la noche anterior disfrutando de su compañía. Le había encantado sentirle la piel aterciopelada contra la suya, así como también oír sus gemidos mientras la llevaba a nuevas cimas de placer. Habían comido el estofado sentados en la cama y desnudos, sin dejar de intercambiar sonrisas juguetonas hasta que Andor se quedó dormido sosteniéndola en sus brazos antes del amanecer. En su cabeza, reinaba la paz, los fantasmas guardaron silencio, y se sintió feliz por primera vez desde la muerte de Svana.

Estaba listo para pasar más noches como esa. Para vivir una vida entera de ese modo. El pensamiento lo hizo estremecer. No debía sentirse de ese modo hacia Cathy. Ni hacia nadie.

Debía de estar observándola fijo, porque Cathy asomó el rostro por entre las piernas y exclamó indignada:

—Andor, retoma la pose de *padahastasana*. ¡Y respira!

Andor soltó un gruñido y se miró los dedos de los pies.

—Debes dar un gran paso con el pie izquierdo. —Cathy hizo el movimiento, y Andor la imitó—. Flexiona la rodilla derecha y forma un ángulo pronunciado. Estira la pierna izquierda hacia atrás. Inclínate hacia atrás como si toda la pierna izquierda fuera una línea recta. ¿Sientes la tensión? Qué bien. Estira los brazos como si quisieras tocar el cielo. Arquea la columna vertebral y ladea la cabeza hacia atrás sin dejar de mirar hacia adelante. Esa es la postura ecuestre, ¿ves? Ahora respira por el tercer ojo como te enseñé.

Andor siguió las instrucciones, y esa postura le resultó mucho más agradable que la anterior. La postura ecuestre requería fuerza en ambas piernas y elasticidad. El muslo aún le dolía, pero se alegraba de hacer eso y no estar acostado como un tronco inútil. Estirar era lo que más le costaba. Realizar las posturas cuando necesitaba darse equilibrio con la fuerza le parecía fácil porque estaba acostumbrado a remar durante muchas horas, y eso requería mucha fuerza y

resistencia. Pero estirarse con los músculos tensos le daba vida a partes del cuerpo que no sabía que existían.

Sin embargo, lo que más le gustaba de todo era que la magia del yoga que antes le había parecido un fluir continuo, una historia única, se separaba en diferentes posturas y era como construir una pared de escudos de tres filas. Y también estaba el tercer ojo. Durante la larga cabalgata del día anterior, Cathy había comenzado a explicárselo. Al parecer, se encontraba situado justo en el espacio entre las cejas. Cathy le había pedido que intentara respirar a través de él, y Andor se imaginó un ojo grande entre las dos cejas mirando un punto en la distancia. Pero la imagen no le brindó paz. Además, ¿cómo era posible respirar a través de un ojo?

—Es inútil —acabó diciendo—. Me siento como un tonto.

—No te des por vencido. Es probable que no funcione de inmediato. Lo verás cuando hagamos los ejercicios —le aseguró.

Y ese día, en ese mismo instante, algo había pasado en su interior. Una vez más, se imaginó que tenía un tercer ojo, pero ya no se trataba de un globo ocular. Era como un punto donde se concentraba la energía solar. Mientras respiraba, una nueva fortaleza le inundó el cuerpo. Pudo estirarse más, pudo inclinarse más abajo y respirar con más facilidad.

Pero no se trataba únicamente de fuerza física. De algún modo, la paz que había sentido al ver a Cathy hacer yoga por primera vez lo tocó y se quedó con él. Y en esa paz, no había pasado, ni futuro, ni culpa. Solo existía el momento presente, y pudo ver un vistazo de la vida que podía ser suya si se perdonaba. Pero no podía perdonarse.

Con un estremecimiento, abrió los ojos. La culpa lo embargó. Había jurado que jamás traicionaría el recuerdo de Svana. ¿Y qué estaba haciendo? ¿No la estaba traicionando al permitirse sentir una felicidad que no se merecía?

Andor deshizo la postura y se puso de pie con las fosas nasales dilatadas. Practicar yoga era una mala idea. El yoga no lo distraía de los fantasmas, sino que lo obligaba a enfrentarlos. Y no podía hacerlo.

El aroma a humo húmedo, la imagen de Svana muriendo en sus brazos entre los esqueletos carbonizados de los hogares de su gente y las últimas palabras que le susurró con la voz débil: «Quería ser una buena esposa para ti…». Lo único que podía hacer era huir de eso.

—Ahora pon las palmas sobre el suelo a ambos lados de los pies —le instruyó Cathy sin percatarse de que Andor se había detenido a sus espaldas.

Le pasó por delante y se dirigió a la casa.

—Deberíamos irnos —anunció sin detenerse.

—¡Aguarda, no hemos terminado! ¡Andor!

—Yo he terminado. Ha sido un error. Basta de yoga. Busca tus cosas. Cuando nos detengamos a comer, duplicaremos tu entrenamiento. No tengo ninguna intención de salvarte el pellejo la próxima vez que alguien decida atacarnos.

No miró hacia atrás, pero supo que, si lo hacía, vería que la había lastimado. Y, a pesar de que lo hacía sentir peor, necesitaba recordar que debía mantener la distancia. La cercanía que sentía con ella y las cosas que le había contado en confianza no eran más que una ilusión. Como un festín en el que se bebía mucho hidromiel, se olvidaba de todo y tenía que sufrir las consecuencias al día siguiente.

Ahora había llegado el día siguiente. Y Andor estaba sobrio.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

2 5 de enero de 878 d. C.

—Derecha. Izquierda. Agáchate. Derecha. Izquierda —gritaba Andor antes de blandir la espada contra la de Cathy.

El césped sobre el que entrenaban estaba congelado, pero se iba descongelando a medida que le llegaban los rayos del sol de la mañana. El sonido metálico de las armas interrumpía la paz del arroyo que fluía a sus espaldas.

Ese había sido su ritual matutino durante los últimos cinco días que habían pasado en el camino. Antes de continuar el viaje, Andor la entrenaba hasta que creía que los músculos de Cathy habían aprendido los nuevos movimientos. Cuando se detenían a comer y a dejar que el caballo descansara, reanudaban el entrenamiento.

Antes de luchar con las espadas, la observaba hacer su rutina de yoga y deseaba poder unirse a ella. Pero siempre acababa alejándose porque de solo mirarla sentía una paz y una conexión consigo mismo que lo hacía enfrentarse a los fantasmas que tanto anhelaba evitar.

En ese momento, no podía alejarse ni tampoco podía dejar de hacerle el amor todas las noches. Como dormían afuera y era pleno invierno, tenían que entrar en calor, y el mejor modo de hacerlo era acostarse juntos. Andor estaba feliz de hacerlo, por más que al día siguiente se prometiera que no lo volvería a hacer. Se estaba adentrando en territorio peligroso y se estaba preocupando demasiado por ella. Si algo llegara a ocurrir y no lograra salvarla, no podría vivir consigo mismo.

Pero a su cuerpo no le importaba. En cuanto sentía su hermoso trasero apretado contra él, en cuanto inhalaba el aroma de su cabello, su cuerpo reaccionaba, y la necesidad de estar con ella, de sumergirse en su interior, era más fuerte que los gritos de su alma. Siempre cedía. Cada noche, la tomaba, y ella se entregaba a él. Y ahora…

Quizás los golpes sonaban demasiado fuerte. Quizás cuando la atacaba estaba siendo demasiado duro. Pero ella podía estar a la altura. Tenía brazos poderosos y había aprendido los movimientos rápido. Quizás era porque estaba acostumbrada a ejercitar a diario, pero Andor estaba sorprendido de descubrir que esa mujer era toda una guerrera o una valquiria.

—¡Ay! —gritó cuando la punta de la espada le perforó el hombro.

Andor apretó la mandíbula y resistió el impulso de ayudarla. Si fuera una guerrera de su banda o cualquier otra persona, se habría reído con ella. Pero ahora se detestaba por haberle causado el más mínimo dolor. Tenía que contener esos sentimientos.

—Es normal que haya heridas durante un entrenamiento —le dijo.

Cathy se masajeó el hombro.

—Aun así, apenas logré desviar el ataque.

Andor se giró y clavó la mirada en el camino que yacía a unos metros de distancia.

—Querías entrenar. Esto es un entrenamiento. Hemos tenido suerte durante los últimos días, pero la suerte podría acabarse en la siguiente curva del camino. Y no estamos ni remotamente cerca de Jorvik.

Cathy se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿al menos crees que he progresado algo? Jamás has dicho si te parece que lo estoy haciendo bien, o me regañas o guardas silencio.

Andor le miró los ojos grandes y hermosos llenos de esperanza y vio una sombra de dolor en ellos. Era muy buena, pero decírselo empeoraría las cosas entre ellos. Si quería mantener la distancia, debía guardar silencio.

—Los enemigos serán los jueces de eso, no yo. —Cambió el peso de la pierna sin saber a dónde los llevaría esa conversación—. Reanudemos el viaje. Es suficiente por hoy.

—Aguarda. Has estado muy distante este tiempo… desde esa noche. Creí… que había algo entre nosotros, pero ¿es solo sexo? No puedo evitar la respuesta de mi cuerpo, pero siento que estoy traicionando a Brad. Cada vez que dormimos juntos, me siento avergonzada. En especial cuando te comportas tan frío al finalizar.

Eso era exactamente lo que intentaba evitar. «Huye».

—No, Cathy, no hablaré de esto.

—¿Por qué?

Se volvió y caminó hacia el campamento que habían improvisado.

—Porque requeriría hablar del tema.

Comenzó a ensillar el caballo y oyó que se acercaba a sus espaldas.

—Pero yo quiero hablar del tema. Si te sientes culpable como yo…

Andor se volvió hacia ella con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

—He dicho que no.

—Pero no dejamos de tener sexo y luego te comportas de este modo. Y quiero saber por qué. ¿He hecho algo?

—Si me haces una pregunta más, te puedes olvidar del entrenamiento.

Cathy apretó los labios y alzó el mentón. Detestaba verla de ese modo: confundida, enfadada y con los hombros tensos en lugar de sostener la cabeza en alto. Y él era el motivo de ese dolor. Pero no tenía alternativa. Jamás debería haber comenzado nada con ella, pero por Freyja y Frigg, había sido imposible contenerse. Cathy le había dado la alegría y el consuelo que su alma anhelaba. Y una vez que la probó, quiso más. Y no se lo merecía.

Recogieron sus pertenencias y, cuando el caballo estuvo ensillado, se montaron. Cathy montó detrás de él, lo abrazó y le apretó el cuerpo cálido contra el suyo.

Hacía un día soleado y frío, y mientras pasaban por el bosque y las colinas, Andor sintió la tensión de Cathy a sus espaldas. El silencio entre ellos fue más pesado que nunca antes. Cuando se detuvieron a descansar luego del mediodía, pudo haber cortado la tensión con un hacha. Era evidente que Cathy tenía muchas cosas por decir, que estaba echando humo y mantenía la ira detrás de los labios sellados.

Comieron en silencio, y Andor observó cómo se frotaba las palmas delante del fuego. Deseó poder cubrírselas y calentárselas con el aliento.

—Entrenemos un rato, así podemos seguir viaje. —Se puso de pie y recogió la espada.

Cathy también se incorporó y adoptó la posición que le había enseñado.

—Hagamos un trato.

—¿Un trato?

—Sí, estoy cansada de que guardes silencio y huyas. Sé que te sientes culpable. Yo también. Siento como si estuviera desilusionando a Brad. Y creo que sientes algo similar, pero te niegas a enfrentar esos sentimientos.

Apretó la espada aún más. Las palabras hicieron eco contra la puerta que mantenía a raya a los fantasmas, que comenzaron a arañarla para liberarse.

—¿Cuál es el trato?

—Lucharás contra mí. No te contendrás. Si ganas, continuaremos como tú quieres: puedes huir como un cobarde. Pero si gano, si logro arañarte un brazo o desarmarte, nos sentaremos a hablar. Y no te callarás nada.

—¿Entiendes lo que acabas de hacer?

—Creo que te he desafiado.

La furia lo llenó por dentro con algo similar al rugido del fuego.

—Acabas de llamarme cobarde.

Cathy enderezó los hombros y alzó el mentón.

—Y me mantengo firme. Puede que seas el hombre más fuerte a nivel físico que haya conocido, pero por dentro te niegas a enfrentarte a lo que sea que te acecha. Anda, Andor. Me encantaría darte una paliza que te haga hablar.

«¡Huye!».

No podía hacerle daño a una mujer. Por supuesto que no, menos a la mujer que… ¿A la mujer que qué? ¿La que había jurado proteger? No. ¿La que no podía protegerse? Probablemente no. ¿A la mujer por la que se sentía responsable? La boca se le tensó. Eso era.

Apretó los puños. La honestidad siempre acarreaba un precio. No debería sentirse responsable. Había sido claro con ella desde el principio. Pero entonces, ¿por qué sentía todo lo que se había prohibido sentir?

Qué tonto. Y ella… que buscaba la verdad, buscaba su alma y le encendía el deseo. Debía detenerla. Jamás ganaría el trato.

—De acuerdo —repuso Andor—. No te atrevas a manipularme de ese modo. Prepárate. Protégete.

Se lanzó contra ella, que se apresuró a bloquearlo. La atacó una y otra vez, su espada chocó contra la de ella, que lo desvío en cada oportunidad con una fuerza sorprendente, varios estrépitos metálicos los rodeaban con cada golpe. Luego lo atacó y lo hizo tambalearse hacia atrás. Lo podría haber desarmado si no hubiera sostenido la espada con suficiente fuerza.

—¡Aaahhh! —gritó mientras se lanzó contra él con toda la fuerza que tenía, el rostro distorsionado por la furia de la batalla. Era una valquiria y podría acabar con él. Los fantasmas comenzaron a golpear la puerta y a gritar.

«Si hubieras mantenido tu promesa, estaríamos vivos. Podrías tener un hijo a esta altura. Podrías sostener a tu esposa en tus brazos. Tu padre jamás hubiera permitido que pasara esto. Siempre ponía a su gente por delante de su egoísmo. No. ¡Silencio!».

Andor no podía permitirle ganar. Si hablaba con ella, los fantasmas saldrían a la luz. Sintió el aullido del temor, la culpa y la vergüenza que vino a protegerlo, a acecharlo y a sofocarlo. Soltó un rugido y atacó desde un lateral.

Cuando su hoja encontró la resistencia de su carne, se detuvo y la retiró de inmediato. No estaba luchando contra un enemigo. Estaba luchando contra la mujer que… amaba.

Cathy soltó un grito y se cayó de rodillas. Andor arrojó la espada a un lado y se apresuró a su

lado. Se debatió contra sus brazos para ver qué le había hecho.

—¡Aléjate! —le gritó—. Quítame las manos de encima.

Andor se arrodilló a su lado y observó con impotencia cómo se quitaba el abrigo y se subía la túnica para mirarse un lateral. Tenía un corte superficial en la parte baja de la cintura. Era una herida limpia y nada profunda.

—No necesita ser suturada —señaló Andor ignorando el cosquilleo en las manos por la necesidad de vendarla. La herida estaba sangrando, pero no representaba una amenaza para su vida… a menos que se le pudriera. Aun así, sintió una culpa que le desgarró el pecho—. Al menos, déjame vendarla.

—No, aléjate de mí —le dijo furiosa—. «Al menos, déjame vendarla» —se burló.

Se bajó la túnica y se cerró el cinturón.

—Felicitaciones. —Se puso de pie y tomo la espada—. Has ganado. Regocíjate de ser un patán cobarde que huye de la vida que podría haber tenido. Guardaremos silencio hasta que lleguemos a York y luego iremos por caminos separados. No debería haberme involucrado contigo. No puedo creer que traicioné a Brad contigo. Que me olvidé de él por ti mientras yace en una cama de hospital a punto de despertarse en cualquier momento. Se merece algo mucho mejor que esto. Iré a limpiarme la herida. No te atrevas a seguirme.

Tras decir eso, tomó la cofia que se le había caído durante la pelea y caminó hacia el bosque. Andor la observó marcharse. ¿Debería ir tras ella? ¿Hablar de eso? No. Acababa de silenciar a los fantasmas. Ni ellos soportaban ver que la lastimara de ese modo.

Se le congelaron los pies en el suelo, y el latido del corazón le tamborileó en los oídos. Y, por primera vez en su vida, Andor se sintió como un cobarde.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

El sol se estaba poniendo cuando Cathy emprendió el regreso al campamento.

Como no soportaba encontrarse cerca de Andor, tuvo que tomarse un buen tiempo para calmarse. Se había limpiado la herida con el agua congelada del arroyo, había hecho yoga y meditado a pesar del dolor en el lateral. Andor la había lastimado. Si la hubiera cortado más profundo, se hubiera encontrado en serios problemas. Había pensado que se limitarían a entrenar, no que intentarían matarse.

¿Por qué había hecho eso? ¿Quería demostrar algo? ¿Que ella no le importaba un pepino y que hasta podía hacerle daño?

Era una tonta. No conocía a nadie más tonto que ella. Lo único que quería era un buen revolcón. Quizás era cierto que la creía hermosa; quizás le gustaban las chicas altas y con una estructura ósea grande. Fuera cual fuera el motivo, era evidente que no sentía nada por ella. Que no sentía lo mismo que ella. Pero… ¿cómo se sentía ella? Confundida. Traicionada. Culpable… Enamorada.

Qué tonta. Se estaba enamorando de ese sujeto. Le había demostrado un dejo de conexión emocional, y se había entregado por completo. Era típico. Y en lo único que debería estar pensando sería en regresar a su época para salvarle la vida a Brad.

Brad. Hermoso, inteligente y amable. ¿Qué haría sin él? Sin él, no le quedaría nadie que la aceptara como era. Ni siquiera su familia que sin dudas la amaba, pero eran los primeros a la hora de juzgarla.

«¿Estás segura de que quieres comer eso?», le preguntaba su madre si la veía con una galleta vegana en la mano. «¿Has comido carne?», le preguntaría su hermana si se enteraba de que había comido liebre asada y probablemente publicaría una historia en Instagram para que su millón de seguidores lo viera y la juzgara. «Cariño, usa la membresía de mi gimnasio. Es evidente que el yoga no alcanza», le sugería siempre su padre.

Hasta podía ver cómo sus propios estudiantes, que amaban sus clases, se preguntaban cómo era posible que una instructora de yoga vegana tuviera tantas capas de grasa.

Pero allí no importaba si tenía dos o cinco kilos de más o de menos. Allí lo único que importaba era estar sano y fuerte como para sobrevivir. De hecho, Andor parecía apreciar su fuerza y su altura. Y Cathy comenzó a sentirse agradecida de tener un cuerpo saludable.

Siempre había sabido que había cosas más importantes que la apariencia, pero desde que llegó a la época de los vikingos, había empezado a creerlo en lo más profundo de su alma.

El campamento se encontraba delante de ella y, antes de llegar, oyó varias voces masculinas. Se aferró al mango de la espada con temor a moverse un solo centímetro y soltó el aliento tembloroso. No podía descifrar qué estaban diciendo, pero oyó que hablaban en inglés antiguo.

Con las manos temblándole, avanzó despacio. Tenía que saber qué estaba ocurriendo. ¿Andor se encontraba entre ellos? Por todos los cielos, ¿seguiría vivo?

Se acercó sin hacer ruido, se movió entre los árboles y se ocultó tras ellos, lo suficientemente cerca como para oír lo que decían, pero no para que la vieran. Echó un vistazo por detrás del tronco. Había decenas de hombres… Quizás unos treinta o cuarenta. También había caballos, y los hombres iban armados hasta los dientes y cubiertos con cotas de malla y cascos metálicos.

Y de pronto lo vio. Cerca del hogar, Andor estaba arrodillado, y un hombre que llevaba prendas costosas sostenía una espada contra su cuello. A Cathy se le congelaron las manos y los pies. Andor miró al sajón con un odio silencioso tal que, si las miradas pudieran matar, el hombre habría dejado de respirar hacía tiempo.

—Aunque vas vestido como sajón, no creo que lo seas —dijo el hombre—. No cuando acabo de encontrar esto. —Sostenía algo en la mano y, cuando la alzó, sacudió un trozo de tela, y Cathy vio que se trataba del estandarte con el círculo del cuervo. El hombre aguardó a la reacción de Andor, pero cuando la única respuesta que obtuvo fue un gruñido, continuó—: ¿No deseas hablar, vikingo? Bueno, te informo que tengo los medios para hacerte hablar. Por última vez, ¿dónde están tus acompañantes? ¿Eh? Guthrum, ¿dónde estás?

Cathy sabía que no tenía ninguna oportunidad contra tantos hombres armados. Atacarlos sería un acto suicida. Debería marcharse. Podría llegar a York fingiendo ser un muchacho. Si se encontraba con alguien en el camino, nadie asumiría que era una mujer. No al ver la espada que llevaba. Ahora sabía cómo sobrevivir allí; podía encender una fogata, cazar animales y mantenerse alejada de la carretera. Tenía una chance de lograrlo sin Andor. Y debería aprovecharla. Con cada momento que perdía allí, Brad se encontraba más cerca de la muerte. Y, por todos los cielos, si moría allí, la vida de él también acabaría.

Lo más sabio era marcharse. Abandonar a Andor. Dios sabía que se merecía que lo abandonara tras haberla lastimado. Y haberse apartado. Y… haberla usado.

—Vámonos —dijo el que llevaba las prendas costosas y se guardó la espada en la vaina—. Sujétenle las manos al frente. Puede caminar el resto del camino. Quiero regresar a casa antes del anochecer.

Mientras se ponían en marcha, Andor los observó lleno de furia y luego miró hacia el bosque. A Cathy le pareció que sus ojos se posaron en ella un instante.

Eran unos ojos tan familiares. Eran los ojos de Brad, pero no brillaban ni estaban llenos de vida y alegría. Estaban acechados con un dolor que quería calmar.

No podía dejarlo. Ni en ese mundo, ni en ningún otro. No hasta que su corazón dejara de latir. Aunque no le correspondiera a sus sentimientos. Aunque la detestara. No podría vivir consigo misma si lo abandonaba en ese momento.

Pero ¿podría dejarlo alguna vez?

CAPÍTULO
VEINTE

—¡Déjenlos entrar! ¡Es *ealdorman* Aethelwulf! —exclamó alguien desde la torre de vigilancia sobre la puerta de entrada a la fortaleza.

Cathy había seguido a los sajones durante varias horas. Oculta en el bosque, observó la empalizada de madera y las murallas iluminadas por antorchas en la oscuridad. En el aire pendían los aromas a bosque húmedo y lluvia. Los captores de Andor se encontraban de pie delante de las puertas y aguardaban mientras oían los gritos y el ajetreo que provenían de dentro de la fortaleza. Estaban diciendo algo, pero apenas los oía desde ese lugar. Tras agacharse y acercarse gateando, oyó:

—Ejecútenlo por la mañana y llévenle la cabeza a Guthrum, eso le enseñará algo.

A Cathy se le detuvo el corazón y le temblaron las manos.

Las puertas se abrieron y la procesión entró en la fortaleza. Andor aún se veía orgulloso, aunque se tambaleaba un poco mientras el caballo al que estaba amarrado se movía y la soga alrededor de las muñecas se tensaba. Cada vez más preocupada, Cathy observó las puertas que se cerraban a sus espaldas. ¿Debería haber intentado escabullirse dentro con ellos? No, de seguro la hubieran reconocido como a una forastera de inmediato y la hubieran encerrado con Andor.

La fortaleza era del tamaño de un estadio pequeño. Muchos soldados hacían la guardia, de modo que tenía que ser inteligente. Si podía intercambiar algo por la libertad de Andor, lo haría. Pero lo único que tenía además de las prendas era la espada, y la necesitaría para rescatarlo.

Luego de lo que le pareció una hora observando la fortaleza y devanándose los sesos en busca de ideas que acababa descartando, oyó los cascos de un caballo en algún punto a sus espaldas. Cuando miró hacia la carretera, vio un burro que tiraba de una carreta llena de maleza y un anciano que llevaba la sotana marrón de un monje.

Podría ser la última persona en ingresar en la fortaleza esa noche y, por ende, su última oportunidad de rescatar a Andor. Qué irónico que necesitara la ayuda de otro monje cuando jamás había ido a la iglesia en toda su vida. Creía que había un poder superior cuidándola y le envió una plegaria de agradecimiento silenciosa al universo.

Sin hacer ruido, corrió entre los árboles hasta llegar a la carreta que avanzaba a paso lento y se mantuvo agachada mientras caminaba detrás de ella. Echó un vistazo en el interior y vio que había espacio suficiente para ella y suficientes ramas y leña como para cubrirse.

Se sujetó a la pared trasera de la carreta y se valió de la fuerza de los brazos para alzarse por encima intentando no hacer ni el más mínimo ruido. Por fortuna, no era una gran altura. El anciano volvió la cabeza a un lado, y Cathy se recostó sobre el suelo de la carreta.

Cuando se volvió a dar vuelta, se trepó a la pila de leña y se enterró en ella, colocándose las ramas por encima lo más despacio que pudo. Se estremeció cada vez que se le quebró una rama,

pero los cascos del burro parecían amortiguar el ruido que estaba haciendo. Las puntas afiladas de las ramas rotas se le clavaban contra la piel desprotegida del rostro y de las manos, y una se le clavó en la herida que tenía en el lateral, pero apretó los dientes y guardó silencio.

Al cabo de varios instantes, oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién anda allí?

—Soy yo, el viejo hermano Baldwin. Los aldeanos les envían leña.

—Déjenlo pasar.

Las puertas chillaron al abrirse, y la carreta reanudó la marcha.

—Espero que vayas cómodo allí, muchacho —le dijo el anciano en voz baja, y a Cathy se le congeló la sangre en las venas—. Ahora dime por qué estás aquí. Porque, si tienes malas intenciones, alertaré a los guardias tan alto que te capturarán antes de que tu corazón vuelva a palpitar. Pero como aún no me has matado, no creo que quieras hacer daño.

Cathy tragó con dificultad.

—He venido a liberar a un prisionero.

—¿Qué prisionero?

—Un nórdico. Lo acaban de traer. No quiero matar a nadie, pero el hombre es importante… me ha salvado, y le debo la vida. Lo único que quiero es liberarlo antes de que lo ejecuten.

El hombre detuvo la carreta, y Cathy lo oyó apearse. A través de las ramas, le vio el rostro arrugado. Comenzó a descargar la leña.

—Los nórdicos son enemigos. ¿Por qué debería ayudarte? Han matado a suficientes cristianos que le temen a Dios.

Cathy maldijo por dentro.

—Si lo matan, habrá más muertes. Quieren llevarle su cabeza a Guthrum, el líder de los vikingos, para amenazarlo. Pero eso solo hará que los vikingos se pongan más violentos.

—¿Cómo sé que es un vikingo y no un forajido?

—Tome. —Extrajo el martillo de Thor de plata que le había quitado a Andor y se había colgado alrededor del cuello preguntándose por qué jamás le había pedido que se lo devolviera —. Es un dije vikingo.

Le entregó el colgante y observó entre el hueco de los tablones de la carreta cómo se le agrandaban los ojos antes de asentir solemne.

—Aguarda aquí —le dijo.

—Por favor, prométame que no me reportará con los guardias.

El anciano guardó silencio unos instantes, y Cathy temió que esa era exactamente su intención.

—Te lo prometo, muchacho. Solo me quiero asegurar de que estás diciendo la verdad. De ser así, te ayudaré. Dios sabe que no quiero ver más derramamiento de sangre entre buenas personas.

Se alejó, y Cathy tragó con dificultad. El corazón le latía tan acelerado en el pecho que no podía oír más nada. El olor al banquete le embargó los sentidos y dedujo que estarían celebrando el éxito por capturar a un enemigo. Estaba tranquilo, solo se oían voces y risas distantes.

Al cabo de unos instantes, regresó Baldwin.

—Dices la verdad —concluyó—. Los guardias me hablaron del prisionero vikingo y de la ejecución que tienen planificada. Te ayudaré. Puedes salir.

Cathy miró alrededor.

—¿Nadie está mirando?

—No.

Con cautela salió de debajo de la leña y, tras asegurarse de que nadie la observaba, se bajó de

la carreta. Estaba al lado de una edificación que se erguía a la izquierda de un gran patio y sintió el suelo de tierra duro bajo los pies. En el patio había varias cabañas. A cierta distancia, las paredes de la empalizada se ceñían sobre varias torres a lo largo del perímetro.

Las puertas se encontraban a unos seis metros de distancia. A la derecha, vio lo que parecía un castillo de madera de dos plantas de altura con unas grandes puertas talladas y unas pequeñas ventanas con iluminación tenue. Al lado de la casa principal, que debía ser la función principal del castillo, había una pequeña iglesia de madera con una cruz encima de la puerta. Se encontraba justo frente al patio, en el extremo opuesto de las puertas de entrada que se encontraban a la derecha de Cathy.

—¿Dónde estará? —preguntó.

—Debe estar en uno de los establos. Es donde albergan a los prisioneros antes de ejecutarlos.

Cathy tragó con dificultad.

—No puedo liberarlo sola.

—Yo soy un hombre de Dios y no alzaré armas contra mi gente.

—Debemos engañarlos entonces. ¿Nos puedes sacar de aquí en la carreta como entré?

El anciano frunció el ceño.

—No, no funcionará. Siempre descargo la leña y me marcho al día siguiente hacia las aldeas para llevar lo que le quieran enviar al *ealdorman*.

—Bueno, tendremos que pensar en algo.

El anciano olfateó el aire y miró hacia una cabaña que había al lado de la casa principal.

—Al parecer, la vieja Elflede está preparando un estofado. Iré a ver si tiene desperdicios.

Cathy arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Espero que tu amigo no sea quisquilloso. Puede que sea lo único que me den como para salir de la fortaleza por la noche.

Cathy soltó un suspiro.

—Roguemos que funcione, hermano Baldwin. —Le tomó las manos secas y callosas entre las suyas y lo miró a los ojos—. Gracias. Puede que esté arriesgando la vida por ayudar al enemigo.

El monje asintió.

—Qué Dios te bendiga, muchacho. Si esa es Su voluntad, sobreviviremos esta noche y le evitaremos una muerte violenta a muchos.

Liberó las manos y comenzó a descargar la carreta. Cathy echó un vistazo hacia el cobertizo que le había señalado. Había gente, de seguro criados, que se movían por el patio cargando cosas, y su mejor apuesta era fingir ser un criado. Tomó una pila de leña y caminó hacia el cobertizo. Dos guardias se encontraban de pie a ambos lados de la puerta, y los dos tenían puestas armaduras de cuero y espadas. Cathy les pasó por delante como si estuviera llevando la leña a un sitio en particular y sintió la mirada de los dos hombres siguiendo sus movimientos.

Le dio la vuelta a la esquina del siguiente edificio y dejó la leña en el suelo. El corazón le martilleaba en el pecho y dejó que transcurrieran varios minutos mientras fingía estar ocupada haciendo algo antes de reaparecer y detenerse delante de los guardias.

Miró al más alto y fuerte y le dijo:

—Oye, *ealdorman* Aethelwulf quiere verte.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ha mencionado algo acerca de lo bien que luchaste. Te quiere dar una recompensa. Está a

punto de cenar y quiere que cenes con él.

—Qué afortunado —masculló el otro.

Al hombre se le iluminó el rostro y se movió para alejarse. Pero de pronto se detuvo y miró a Cathy con los ojos entrecerrados.

—¿Quién eres?

—¿Yo? —Cathy sintió una capa de sudor en la piel. Se relamió los labios y tosió intentando que la voz le sonara serena—. Cathan, soy nuevo. He venido de la aldea para servir aquí.

—Ah. Buena suerte. —Empujó al otro hombre en el hombro—. Buenas noches —le dijo antes de alejarse.

El otro centinela soltó un gruñido, dio vuelta la cabeza y siguió a su amigo con la mirada. Era entonces o nunca. A Cathy se le congelaron los pies y sintió que le temblaban las manos cuando dio un paso adelante y golpeó al hombre en la cabeza con el pomo de la espada.

El sujeto se dio vuelta tambaleándose sobre los pies. No lo había golpeado lo suficientemente fuerte. Se llevó las manos a la espada y comenzó a extraerla, pero se encontraba débil. Cathy le dio otro golpe en la cabeza, y se desplomó sobre el suelo como un saco de patatas. Le quitó la espada y miró hacia la puerta, que era grande, pesada y tenía un candado. Se arrodilló al lado del guardia para buscar la llave, pero no la encontró. Dio un paso hacia atrás y miró alrededor en pánico.

Tenía que actuar rápido. Las sombras pasaban por detrás de la edificación. Cualquiera podría venir en cualquier momento. Se acercó al establo y se apoyó contra la puerta.

—¡Andor! —lo llamó en un susurro alto—. ¡Andor! ¿Estás allí?

No oyó nada. Oh, no, no podrían haberlo ejecutado aún, ¿verdad?

—¡Andor! —lo llamó más fuerte de lo que deseaba.

Oyó unos pasos y luego una respuesta llena de sorpresa.

—¿Cathy?

El alivio la inundó y soltó el aire que había contenido en los pulmones.

—He venido a liberarte, pero no sé dónde está la llave. ¿Te encuentras bien?

—Vete. —La voz le sonó tan débil que se le hundió el estómago—. Ve a Jorvik. Te matarán si te descubren aquí.

—No me iré sin ti. Tengo una carreta para escapar. Solo necesito la llave.

—¡Oye! —la llamó alguien, y cuando se giró, vio al centinela alto que se había alejado—. Pero ¿qué demo…?

Cathy se lanzó contra él antes de que pudiera asustarla y hacerla huir. El centinela apenas había llegado a desenvainar la espada a tiempo para esquivar el ataque. Una parte de ella estaba aterrada, pero recordó el entrenamiento y mantuvo la calma. Aunque era un golpe bajo, le asestó una patada en los testículos y lo hizo doblarse de dolor y caer al suelo. Con un movimiento que le resultaba familiar, le asestó un golpe en la sien. Al igual que el hermano Baldwin, no quería matar a nadie si podía evitarlo.

El centinela se cayó al lado del otro hombre. Con la respiración agitada, Cathy miró alrededor para ver si alguien los había oído, pero hasta el momento no veía a nadie. ¿Dónde estaría esa condenada llave?

Se giró hacia la puerta y vio que la llave colgaba por encima del umbral. Soltó una maldición, la tomó y se apresuró a abrir el candado.

Andor estaba sentado en una esquina cubierta de heno. Tenía el rostro cubierto de sangre, un ojo hinchado y un corte en una ceja.

—Oh, Andor —susurró y salió disparada hacia él—. ¿Estás lastimado? —Le cortó las

cuerdas que le sujetaban los brazos y las piernas y lo ayudó a incorporarse. Le pasó el brazo alrededor, colocó un hombro debajo de la axila y lo ayudó a avanzar hasta la puerta.

—Estoy bien. ¿Cómo lograste…? —la voz se le apagó al ver a los dos hombres armados que yacían delante de la puerta.

Cathy se inclinó y tomó las espadas de los dos para entregárselas a Andor.

—Debemos darnos prisa. Espero que Baldwin haya conseguido los desperdicios de la cocina.

—¿Qué?

Al dar vuelta la esquina, oyeron el chirrido de unas ruedas que se aproximaban. La carreta de Baldwin estaba llena de cáscaras de verduras y algo que parecían intestinos de animales.

Desde el asiento del conductor, el viejo monje los miró.

—Esta noche están celebrando con un banquete, y no han tenido tiempo de arrojar los desperdicios desde hace dos días. Están de suerte. Pero solo hay espacio para uno. Sugiero que sea el vikingo. Tú puedes montar conmigo, muchacho. Pareces sajón. Deprisa.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

2 6 de enero de 878 d. C.

—NO DEBERÍAS HABER HECHO eso —le dijo Andor.

Se estaba lavando para quitarse las verduras podridas y los intestinos de encima, sumergido hasta el pecho en el agua gélida de un lago que habían encontrado temprano por la mañana.

—¿Qué dices? —preguntó Cathy, que se encontraba de pie en la orilla y lo observaba llena de culpa. Era una pequeña bendición.

—No deberías haber venido por mí —le dijo apretando los dientes y apenas conteniendo la ira. Era bueno que se encontrara en el agua fría.

—Ay, no seas así, Andor. Jamás te habría dejado. Querían ejecutarte.

—Quizás deberían haberlo hecho. —Se frotó los bíceps con agua para quitarse las cáscaras de remolacha.

Cathy se puso pálida.

—¿Qué has dicho?

Andor se detuvo y la miró.

—Quizás deberías haber dejado que me ejecutaran.

Cathy negó con la cabeza.

—Andor, vamos. No hablas en serio.

—Hubiera sido lo mejor.

—Debes dejar de decir tonterías.

—Si algo te hubiera pasado por mi culpa… otra vez…

—¡Estoy bien! Mírame. Encontré a Baldwin. Derroté a dos centinelas. Escapamos y estamos vivos.

—Pero podría haber sido diferente.

—¿No es bueno que me hayas enseñado a blandir la espada entonces?

Qué mujer más terca. Andor gruñó sin lograr contener la ira, pero al parecer no podría persuadirla de lo contrario. Tomó una profunda bocanada de aire y se sumergió en el agua. Cuando volvió a emerger, caminó hacia la orilla y observó con satisfacción cómo lo miraba con los labios entreabiertos.

—¿Acaso ves algo que te guste? —le preguntó secándose el cuerpo con un trozo de tela que Baldwin le había dado a Cathy junto con un poco de comida antes de dejarlos. También les había dicho que solo se encontraban a cinco días andando de Jorvik. Cathy se apresuró a apartar la mirada.

—Disculpa. No quería mirarte fijo. Debemos esperar a que se sequen tus prendas, así que ten. —Le entregó su abrigo, y Andor se lo puso. Le ardía la piel, el aire se sentía más cálido tras la conmoción de estar en el agua gélida. Pero aceptó el abrigo y caminó con ella hacia la fogata.

Cuando se acomodaron, sacudió la cabeza como un perro para quitarse el agua del cabello. Cathy se secó las gotas del cuello, se quitó la cofia y dejó ver un cardenal a la altura del cabello. Andor se enfadó consigo mismo, se le dilataron las fosas nasales y se le tensaron los músculos del mentón.

—¿Por qué arriesgaste tu vida para salvarme? —le preguntó—. Podrías haber ido a Jorvik sola. Debes salvar a tu Brad. ¿Por qué arriesgarías su vida por salvar la mía?

Cathy clavó la mirada en el fuego.

—Era una buena oportunidad para poner a prueba mis habilidades para luchar con la espada —le respondió, y a Andor se le retorció el vientre de desilusión.

¿Qué esperaba oír? Que se preocupaba por él. Que lo había salvado porque era más importante que su gemelo del futuro. Que se quería quedar con él. Sin embargo, bien sabía que el final del viaje juntos se encontraba cerca.

—Dime la verdad —le pidió.

Cathy tragó con dificultad y le ofreció una sonrisa.

—Ya sabes por qué te salvé.

—De hecho, no lo sé.

—Porque tú habrías hecho lo mismo, Andor. De hecho, lo hiciste. Me rescataste del sacrificio pagano. Te lo debía.

Se lo debía. Eso era cierto, pero no era la respuesta que en secreto anhelaba oír. No importaba. Era lo mejor. No se merecía su afecto. No después de cómo la había tratado, y no cuando el recuerdo de Svana se merecía su devoción absoluta. La devoción que había estado ignorando y reemplazando con sentimientos hacia Cathy.

Eso era lo mejor. Llegarían a Jorvik, ella se marcharía, y él… ¿Qué haría? ¿Continuaría su existencia miserable de atacar, luchar y enviarle riquezas a la familia de Svana? ¿Seguiría ignorando la herida abierta que llevaba en la boca del estómago? ¿Alguna vez acabaría ese dolor?

Andor se acurrucó contra el abrigo al sentir el aire frío contra la piel.

—Has luchado bien —le dijo—. Me has impresionado. Dos hombres… Tienes una guerrera en el interior.

Una sonrisa ancha le asomó a los labios, y Cathy ocultó el rostro.

—Hubiera luchado contra un ejército entero por ti —le confesó sin mirarlo. Luego se mordió el labio inferior como si hubiera dicho demasiado.

Algo se aceleró en el pecho de Andor. Quizás era su corazón, o quizás los fantasmas que llamaban a la puerta porque ellos también la habían oído.

Ahora sabía que no tenía que preocuparse por protegerla. Ella tenía todo lo que necesitaba para encontrarse bien sola. Era capaz de serle de ayuda, de luchar a su lado e incluso de salvarlo. Si se quedara, no tendría que preocuparse por su vida…

—Yo también me hubiera enfrentado a un ejército entero por ti —le confesó Andor. Se miraron a los ojos, y Andor se hundió en los de Cathy como si fueran un mar sin fin. Volvió a sentir un deseo por ella que le quemó las venas, y luchó contra las ganas de acariciarla, de acercársela y de besarla.

Y, de pronto, deseó que esos cinco días que les faltaban para llegar a Jorvik duraran toda una eternidad.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

York, 30 de enero de 878 d. C.

LOS FUEGOS de las torres iluminaban el cielo nocturno.

—Jorvik —anunció Andor.

El final casi había llegado. A Cathy se le retorció el estómago y dio un paso más cerca de Andor. Caminó a su lado como lo había hecho desde que habían comenzado el viaje juntos.

¿De verdad tenía que acabar? Cathy estaba desgarrada por dentro, como si se le hubiera formado un abismo largo y profundo en el interior y le doliera. Tenía que pensar en Brad y en que la necesitaba. Pero ¿cómo haría para dejar a Andor?

Se fueron acercando a las murallas blancas y grisáceas. No parecía una fortaleza de madera. Por el contrario, las murallas eran gruesas y de unos cuatro metros de altura. Andor clavó la mirada en las murallas como si fueran su enemigo personal.

En las puertas, anunció:

—Soy el *jarl* Andor Thornsson. Y esta mujer viene conmigo.

—¡Es el *jarl* Andor! —gritó un centinela—. *Jarl*, soy yo, Anarr. Temíamos que hubieras muerto. Fridstein quería buscarte.

—Déjanos entrar —le ordenó Andor.

Las puertas se abrieron e ingresaron.

A Cathy le martilleó el corazón en los oídos. Lo habían logrado. Estaban en York. Tras tres semanas en la carretera, luchando con espadas, comiendo carne, lavándose en agua congelada y escapando de un culto… Habían llegado.

Cathy tenía que encontrar a la bruja de inmediato y ver si la mujer sabía cómo regresar a casa. Para eso había atravesado todo lo anterior. Pero entonces, ¿por qué las piernas se negaban a alejarse siquiera un paso de Andor? ¿Por qué no podía abrir la boca? ¿Por qué el corazón y la mente le dolían del deseo de quedarse?

Era como si un material invisible la conectara a Andor, como si un tejido vivo hubiera crecido en el espacio que se formaba entre ellos. Podía sentirle el pulso y oírle la respiración. Separarse sería como cortar ese tejido.

Dentro de las paredes, York era un gran asentamiento. Había algunas casas de piedra y otras de madera de acacia con techos de paja. Se encontraban muy cerca unas de otras. El pueblo olía a animales, comida y tierra húmeda. Se oían repiqueteos de platos, voces, llantos de bebés, risas y canciones en el aire.

Unas antorchas distribuidas por las calles proyectaban algo de luz. Pasaron por lo que eran

las casas de los artesanos y vieron las pesadas herramientas afuera, así como también las mesas y los bancos donde probablemente exhibían las mercaderías durante el día. Unos cercos de acacia separaban las casas comunales. No había ventanas en ningún sitio, y el humo se escapaba por unos pequeños huecos entre los tejados. Allí se mezclaban elementos anglosajones, romanos y vikingos y formaban una extraña mezcla de estilos e historia que, de algún modo, parecía funcionar.

Andor se detuvo delante de una de las casas comunales con un tejado de paja; era una construcción de madera con paredes de acacia, al igual que muchas de las otras edificaciones del lugar. Cathy había pensado que la casa estaría vacía durante su ausencia, pero Andor soltó un rugido, y los hombres salieron corriendo a saludarlo, darle palmadas en los hombros y abrazarlo. Luego miraron a Cathy con curiosidad.

—Guthrum querrá verte mañana —le dijo uno de ellos.

Cuando acabaron, Andor se dio la vuelta y la miró. Cathy esperaba ver alivio en su rostro; por fin se encontraba a salvo y con su gente. Pero Andor tenía los labios apretados, y los ojos duros. Era la mirada acechada que le había visto tantas veces.

—Es tarde, Cathy —le dijo—. Será mejor que veas a la bruja mañana.

La voz le salió ronca y baja y tenía una nota de vulnerabilidad. A Cathy se le aceleró el pulso.

—Me puedo quedar una noche más.

Lo cierto era que no estaba lista para marcharse por más que Andor hubiera insistido. Pero ¿se debería a que dejaría atrás a la representación viva de Brad, la que respiraba y hablaba, para regresar a la sombra de su prometido? Si tenía que ser sincera, no lo sabía.

El pensamiento la aterraba y le revolvía el estómago. Incluso una noche podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte para Brad. ¿Era tan egoísta como para arriesgar la vida de Brad para estar con Andor? Ya había pasado una semana más de la fecha en la que Eric le había advertido que tomaría medidas legales para interrumpir el soporte vital de Brad.

«Una noche más, por favor. Quédate vivo una noche más».

Y si regresaba al día siguiente para descubrir que ya no se encontraba con ellos, tendría que vivir con culpa por el resto de su vida. Pero una última noche con Andor lo valía. En ese momento, no había fuerza alguna en el universo que pudiera hacerla dejarlo. Marcharse en ese momento sería como arrancarse una parte del corazón.

Cuando entraron en la casa, se oyeron explosivas carcajadas a su alrededor. Un grupo de hombres estaba sentado alrededor del hogar alargado en el centro de la habitación comiendo y bebiendo. Un par de criadas llevaban comida y bebidas, limpiaban y acomodaban el lugar.

—¿De qué se ríen sin mí? —rugió Andor, y cuando lo miraron, guardaron silencio.

Un hombre más grande, musculoso y con el cabello y la barba blancas se mostró especialmente conmocionado. Se le agrandaron los ojos, se quedó rígido y luego avanzó hacia Andor como una figura de madera incapaz de flexionar las piernas. Sujetó a Andor de los hombros con las dos manos.

—Estás vivo, gracias a Odín —susurró y le dio un abrazo de oso.

—Fridstein, viejo amigo —repuso Andor con un tono cálido y le dio unas palmadas en la espalda.

El resto se acercó rápido y cada uno le dio palmaditas y abrazos, y Cathy sonrió de oreja a oreja. Un calor se le extendió en el pecho al ver cómo esa comunidad lo quería y lo aceptaba. Jamás se había sentido de ese modo en Los Ángeles, ni siquiera en la comunidad de yoga. La única persona que le había hecho sentir eso había sido Brad.

Brad. El calor en su interior quedó reemplazado por el aguijonazo de la culpa. Le debía a Brad regresar a su época y asegurarse de que obtuviera la mejor oportunidad de vivir.

—¿Cómo sobreviviste, condenado trol de montaña? —le pregunto Fridstein.

Andor le echó un vistazo a Cathy con los ojos reducidos a un líquido cálido de color índigo en las penumbras de la habitación.

—Ella fue quien me salvó —respondió, y las palabras hicieron que las entrañas se le convirtieran en lava caliente, le derritieran las caderas y las rodillas y le llenaran los pies de plomo al punto de dejarla clavada en el suelo.

Todos se volvieron a mirarla.

—¿Eso es una mujer? —preguntó Fridstein.

Cathy se quitó la cofia. Asumía que ya no la necesitaba.

—¿Una guerrera? —volvió a preguntar Fridstein recorriéndola con una mirada analítica.

—Sí, una guerrera —respondió Andor.

—Me llamo Cathy. —Estiró la mano para sacudir la de Fridstein, pero él la miró como si le estuviera ofreciendo un pie. Cathy retiró la mano e hizo una reverencia, sin saber con certeza si eso era un buen hábito—. Encantada de conocerte.

A Fridstein se le alzó una comisura de la boca.

—El placer es mío, señora —le aseguró—. Mírate, eres casi tan alta como nuestro Andor.

Había una nota de orgullo y aprobación en su voz, y Cathy volvió a sentir calidez en el pecho. Intercambió una mirada con Andor, que apretaba el mentón.

—No me imagino a nadie mejor para salvarle el pellejo. Al parecer, eres muy capaz de defenderte, Cathy.

El resto de los hombres soltaron gruñidos de aprobación.

—Está cansada —interrumpió Andor, sujetándole el brazo y conduciéndola al otro extremo de la casa.

—Aguarda, déjanos beber con ella. Cathy, quédate y háblanos de ti —le pidió Fridstein a sus espaldas, pero Andor la arrastró tan rápido que ni siquiera tuvo la oportunidad de responder. A Cathy le hubiera encantado quedarse y hablar con ellos; parecían haberla aceptado de inmediato y sin peros.

Andor la condujo a través de una puerta delgada a lo que parecía una habitación. Allí, había una cama doble de madera con un cabezal exquisitamente tallado. La cama estaba llena de pieles, y las paredes cubiertas con espadas, hachas y escudos. Detrás de ellos, se abrió una puerta, y dos criadas entraron con un balde y algo de leña.

—Carbones calientes para el hogar, *jarl* —dijo una y colocó los carbones en el hogar redondeado que había en el centro de la habitación—. El baño estará listo pronto.

La otra añadió leña en el fuego, y las dos se retiraron tras arrojar miradas de curiosidad hacia Cathy. La habitación se llenó de una luz cálida. Cathy debería haberse regocijado de que por fin iba a dormir en una habitación cálida, en una cama y bajo un techo, pero la boca se le secó al ver los ojos oscuros y predadores de Andor. El aire desapareció de la habitación.

—Yo… —comenzó—. Quería hablar con tus amigos. Parecen agradables.

Eran todo lo contrario a como los amigos de Brad habían sido con ella. Parecían haberla aceptado antes de siquiera tener una conversación. ¡Qué locura! Por el modo en que se comportaron con Andor, parecía como si lo adoraran. Las personas que querían a Brad se comportaban del mismo modo.

A Andor se le curvó una comisura de la boca.

—Te aseguro que agradables no son —le dijo—. No quiero luchar con mis hermanos de

armas por una hermosa mujer en la primera noche de regreso.

¿Lo había oído bien? ¿Creía que sus amigos también la encontrarían hermosa? Parecía que sí. Cathy se humedeció los labios y decidió dejar el asunto por temor a espantarlo.

—Y… —comenzó mirando hacia la cama—. Tú duermes aquí.

—Tú duermes aquí —la corrigió—. Debes estar cansada. ¿Quieres un baño caliente?

Cathy lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Oh, Andor, no tienes ni idea de lo que significan esas palabras para mí.

Los ojos se le oscurecieron y se le convirtieron en calor líquido.

—Tú primero.

Entonces, ¿quería que se bañara y durmiera sola? No podía marcharse sin estar con él una última vez. No se habían tocado desde que escaparon de la fortaleza de Aethelwulf. ¿Debería invitarlo?

—Yo… —comenzó Cathy, pero la puerta se abrió, y una criada asomó la cabeza en el interior.

—La casa de baños ya está caliente, *jarl*.

Cathy lo observó con el corazón tan acelerado en el pecho, que podría haberle movido la túnica. Andor miró a Cathy durante un largo instante antes de apartar la mirada.

—Muéstrale a Cathy dónde está. Yo me bañaré después de ella.

—De acuerdo, *jarl*.

Andor le dio la espalda y comenzó a desvestirse. Sintiéndose echada, Cathy se marchó llena de desilusión y dolor en el corazón.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Andor abrió la puerta de la casa de baños. La habitación olía a sábanas limpias, madera húmeda y piedras calientes. En el interior se veían nubes de vapor que se alzaban de los pequeños montículos de piedras, vio el cuerpo entero de la mujer con piernas largas y cabello dorado que hacía que el corazón le doliera y la sangre le hirviera.

Cathy se quedó quieta; tenía un pie apoyado sobre el banco y la pierna flexionada hasta la rodilla y se vertía agua para enjuagarse el jabón. La pose seductora hizo que quisiera sentarse allí mismo, debajo de ella, y ayudarla a lavar el punto más dulce de su cuerpo.

La piel le destelló con el agua, el cabello tenía unos mechones gruesos y húmedos esparcidos por los hombros y la espalda. El estómago tenía una suave curva que quería recorrer con los labios. El trasero hermoso era una combinación de músculos y carne bajo la piel inmaculada que lo hacía endurecer. La curva baja del pecho, llena y deliciosa, se asomaba por debajo del brazo e hizo que la boca se le hiciera agua.

Cathy lo observó con amor y esperanza en los ojos grises. Tenía las mejillas sonrosadas, pero no sabía si se debía al calor que hacía en la casa de baños o a su presencia. Sin decir ni una palabra, comenzó a desvestirse y observó con satisfacción cómo se le separaban los labios suculentos y se enderezaba sin dejar de sostener el trapo en las manos.

Cuando se desvistió, caminó hacia ella con un dolor en la entrepierna, se detuvo delante de ella e inhaló su aroma limpio y delicioso. El aroma que jamás volvería a experimentar cuando saliera el sol.

Apretó el mentón y desechó el pensamiento. Los fantasmas se encontraban silenciosos detrás de la puerta. ¿Dónde estaban cuando los necesitaba?

Alzó la mano y le recorrió la mejilla con un nudillo. Cathy cerró los ojos y se dejó llevar por la caricia liviana.

—No hay mañana, ni ayer —le dijo Andor mirándola.

A Cathy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ni Brad —añadió.

—Ni Svana, ni fantasmas —concluyó Andor en un susurro.

—Solo tú y yo.

Despacio, bajó la cabeza y la besó; le deslizó la lengua en la profundidad aterciopelada de la boca. Cathy lo recibió con ternura y suavidad, y se hundió en ella, se rodeó de ella como si se estuviera sumergiendo en un manantial cálido y burbujeante; las sensaciones se apoderaron de su cuerpo.

El tiempo se detuvo mientras la besaba. El remolino de placer fue girando cada vez más rápido en su interior. Cuando Cathy acabó de besarlo, le dijo:

—Quiero lavarte.

Anonadado, Andor le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Quiero lavarte. Ya estoy limpia y quiero cuidarte.

Andor abrió los brazos.

—Estoy a tu disposición.

Cathy sonrió y hundió el trapo en el balde con agua caliente, lo escurrió y lo frotó por la barra de jabón que olía a miel, salvia y rosa mosqueta. Le apoyó las manos en el pecho y le fue frotando la espuma por la piel. Un placer dulce lo embargó. Quería cerrar los ojos y disfrutarlo aún más, pero no se quería perder ni un momento de mirarla. Absorbió su belleza, cada movimiento de sus labios, el modo en que los ojos cambiaban con sus pensamientos y el modo en que el agua brillaba sobre su piel en la penumbra del hogar y las velas.

Estudió el rostro lleno de amor y preocupación. No quería perderse de ver ese rostro ni por todo el oro de los nueve mundos de Yggdrasil. Quería creer que el corazón de Cathy también estaba lleno de ese mismo amor.

Primero le masajeó el pecho, luego el estómago y, mientras las manos iban descendiendo, la piel dolorosa del miembro le ardía cada vez más a medida que se acercaba a la erección. Andor soltó un gruñido al tiempo que le enjabonó la parte baja del estómago.

—Por favor, sigue —le rogó.

Con una sonrisa ladina, Cathy se enjabonó las manos y comenzó a lavarle el hombro, masajearle el brazo y los músculos hasta convertírselos en mantequilla derretida.

—Oh, sí que me quieres lavar —dijo echando la cabeza hacia atrás—. Creí que querías…

Cathy le había lavado hasta la mano y le lavó la piel entre los dedos masajeándole la palma con la cantidad perfecta de fuerza para aliviarle la tensión de los músculos e inducirlo a relajarse.

—Para que lo sepas —continuó Andor—, no te dejaré salir de aquí hasta no hacerte mía al menos tres veces.

Se rio con suavidad y repitió el proceso con el otro hombro y brazo, luego se volvió a enjabonar las manos y se acomodó detrás de él para frotarle la espalda desde el cuello hasta las nalgas… y más abajo.

Nadie jamás le había hecho un masaje. La sensación era extraña y agradable. Demasiado pronto, descendió para lavarle las piernas, y Andor se tensó de anticipación cada vez que los dedos se le acercaban a la erección. Pero la seductora no lo tocó.

Se puso de pie y lo condujo hasta el banco de madera. Se colocó detrás de él y comenzó a lavarle la cabeza; con los dedos le hizo sentir maravillas en el cráneo. Le vertió el agua caliente con un gran cucharón mientras se valía de la otra mano para quitarle el jabón del cuerpo. Con delicadeza, le lavó el rostro y la barba con un trapo y, cuando acabó, le dio un beso juguetón en la punta de la nariz. Andor no pudo evitar sonreír.

Luego por fin se arrodilló delante de él y le lavó la única parte del cuerpo que aún no había tocado.

—Para que lo sepas —le dijo ella alzando la mirada desde abajo y le resultó seductora y hermosa en extremo—, no te dejaré salir de aquí hasta que estés perfectamente limpio.

—Te he echado mucho de menos.

Cathy ocultó una sonrisa y clavó la mirada en la erección que se retorció de la anticipación. Se frotó las manos y se las apoyó encima; el primer roce se le esparció como la dulzura de la miel, el mareo del hidromiel, la calidez de la luz del sol y todo lo que era delicioso y placentero en el mundo.

Cathy le masajeó el miembro endurecido, y Andor gruñó apretando los dedos contra el borde del banco. Oh, esas manos…

Luego le enjuagó el jabón con agua cálida y aromática. Y de la nada, sintió su boca sobre él. Los labios se cerraron alrededor de su grosor, al tiempo que la lengua comenzaba a lamerlo y arrastrarlo a un mar dulce y profundo de agonía aterciopelada. Cathy movió la boca por toda su longitud sin dejar de provocarlo con la lengua y de reducirlo a hierro fluido.

—Detente, Cathy… —gruñó—. Voy a…

—Mmm —murmuró contra él, lo ignoró y aceleró los movimientos.

Abrió la boca para que le llegara hasta la garganta y lo tuviera por completo en su interior, y Andor no se pudo contener.

Acabó de repente, aferrándose a sus hombros, volando alto, meciéndose sobre las olas de placer que lo recorrían como una tormenta. Cuando abrió los ojos, Cathy se encontraba sobre su regazo, apoyada contra él, con las piernas envueltas a ambos lados de sus caderas.

Andor le acarició la espalda suave que se encontraba seca.

—Eso no cuenta como una de las tres veces —le aclaró.

Cathy le sonrió.

—Contó como una de las veces que te hice mío.

Andor se rio entre dientes.

—Ya soy tuyo. Lo he sido desde el momento en que te vi. Siempre lo seré.

Se mordió la lengua al verle una mezcla de sorpresa, esperanza y dolor en los ojos. No debería haber dicho eso, por cierto que fuera.

—Es bueno que hayamos decidido que no hay mañana. Porque si hubiera un mañana, te preguntaría qué significa eso…

Andor le colocó un dedo sobre los labios.

—No hay futuro. Ni fantasmas. Ni prometido. Ni esposa muerta. No hay preguntas tampoco. Solo tú y yo. Y ahora serás mía.

Tras decir eso, la besó; sabía que sin importar cuánto intentara perderse en ella, el cielo pronto comenzaría a aclarar, el nuevo día comenzaría y la perdería para siempre. Pero, por ese momento, era suya. Y, si podía, lo haría durar una eternidad.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

3 1 de enero de 878 d. C.

ANDOR PASÓ la mano por la piel cálida de Cathy. No se la soltó en ningún momento mientras cruzaban la aldea hacia la casa de la bruja. No habían intercambiado más de algunas palabras desde la noche anterior, que había sido la noche más sensual de la vida de Cathy. Habían hecho el amor y habían expresado todo lo que querían decir con sus cuerpos.

Y ahora Cathy quería que cada paso que daba durara para siempre; quería postergar el momento que se acercaba. El momento en que se marcharía. Saboreó la sensación de la piel de Andor contra la suya y el calor de su cuerpo al lado del suyo. El aire que respiraba se llenó de algo maravilloso. Cathy flotaba a su alrededor con el cuerpo pesado y liviano tras pasar una noche entera sin dormir.

¿Cómo haría para dejarlo? ¿Cómo podía haber traicionado a Brad de ese modo? Las dos preguntas le rondaban la cabeza, luchaban en su corazón y la desgarraban. Arruinaban los últimos instantes que le quedaban con Andor. No podría vivir consigo misma si abandonaba a Brad. Pero tampoco sabía cómo vivir en un mundo en el que Andor no existiera.

Entraron en la casa, que consistía en una edificación normal con techo de paja. En el interior, unas gallinas y gansos ocupaban un compartimiento construido con un cerco de acacia. Frente al hogar, había cuatro niños de distintas edades; las niñas mayores pelaban nabos. Una mujer de unos treinta años tejía con lana y cantaba una canción.

EN UNA HERRERÍA tranquila
Un herrero silencioso hace clac, clac, clac
En una herrería cenicienta
Völundr forja la muerte…

ALZÓ la mirada a Cathy y Andor y dejó de tejer.

—¡*Jarl* Andor! Feliz y saludable. Ustedes dos forman una pareja curiosa.

La mujer tenía el cabello oscuro y los ojos de un marrón cálido. Era una mujer hermosa, pequeña y amigable. Cathy había esperado conocer a una mujer mayor, como la norna, o la imagen universal de una bruja con el cabello gris enmarañado. Tampoco perforó a Cathy con la

mirada ni la hizo sentir como si se encontrara en presencia de un ser con poderes sobrenaturales, como la norna. Por el contrario, parecía abierta y alegre.

—Feliz y saludable —acordó Andor e hizo una pequeña reverencia—. Ljota, te presento a Cathy.

Ljota contempló a Cathy con cautela, y le hizo sentir calidez en todo el cuerpo.

—Has venido de lejos —señaló Ljota.

Se puso de pie y dejó el huso a un lado sobre la silla; para desilusión de Cathy, era de madera y no tenía ningún tallado.

—Sí, se podría decir eso. Vengo del futuro.

Ljota se cruzó de brazos y sonrió como si Cathy acabara de contarle el mejor chisme que había oído en años.

—¿Del futuro? Eso sí que es lejos. ¿Cómo viajaste en el tiempo?

Cathy le contó lo que había ocurrido con la norna y omitió la situación con Brad. Ni siquiera quería mencionar su nombre en presencia de Andor.

—Y ahora…

Las manos de Andor se le retorcieron alrededor de los dedos, y la soltó como si la piel de ella lo hubiera quemado.

—Y ahora debo regresar —concluyó Cathy frotándose la palma que le había soltado—. Andor dijo que podías ayudar. ¿Es cierto?

Ljota se rio.

—Querida, aquí no hay ningún huso de oro. —Se encogió de hombros—. No soy una norna. Soy una madre y una esposa. A veces, tengo visiones. Soy una buena curandera. Puedo hablar con los dioses y hacerles preguntas o pedirles cosas pequeñas, como un buen verano y protección para mi marido cuando va a atacar otras aldeas. Por eso la gente cree que soy una bruja, pero no sé cómo puedes viajar en el tiempo.

A Cathy la atravesó un temblor, y sintió alivio y desesperación al mismo tiempo. Si no tenía manera de regresar a casa, se quedaría con Andor. No tendría que tomar la decisión de abandonarlo. El pensamiento le llenó de burbujas cada célula de su ser y le hizo sentir una energía que ascendía en espiral por la columna vertebral.

Cathy miró a Andor y, si los ojos no la traicionaban, vio la misma reacción en él: alivio y… temor. Era probable que aún les temiera a los fantasmas internos que lo habían acechado desde antes de que lo conociera. Lo comprendía. El fantasma de Brad también la acechaba a ella. A través del rostro familiar de Brad la observaban los ojos tristes de Andor.

—Pero tengo una idea —añadió Ljota.

A Cathy se le hundió el estómago.

—¿Una idea?

—Sí, una posible solución. He oído historias y visto visiones de esto. Hay otras personas que viajaron en el tiempo antes que tú. Si tuviéramos una arboleda sagrada con una piedra como runa, podría funcionar. Sin embargo, no la tenemos aún. De modo que debes encontrar un sitio donde las piedras estén saturadas de magia antigua de vida y muerte, como lo están las piedras de una arboleda sagrada. Podrías escribir runas sobre esas piedras y quizás así logres viajar en el tiempo.

Cathy tragó con dificultad.

—¿De verdad?

Ljota se encogió de hombros.

—Es solo una idea. Podrías intentarlo. Bueno, si de verdad quieres regresar.

Andor apoyó la mirada sobre ella.

—¿De verdad quieres regresar? —le preguntó.

A Cathy se le cerró la garganta hasta que le dolió.

—Debo hacerlo, Andor. No puedo dejarlo morir.

—Pero ¿me puedes dejar a mí? Aunque esté casi muerto, él sigue siendo más importante para ti que yo, ¿no?

A Cathy le dio un vuelco el estómago, pero antes de que pudiera responder, Ljota intervino.

—No, no, no. No hablarán de esto en mi casa, delante de mis hijos. Tomen. —Tomó una tabla de madera con un trozo de carbón y escribió algo en ella—. Estas son las runas que debes escribir en la piedra. Cualquier piedra antigua en un túmulo debería funcionar. Hay una cerca de Jorvik; esa es tu mejor oportunidad. Buena suerte.

Prácticamente los estaba echando de la casa. Cuando salieron, Cathy clavó la mirada en la tabla de madera con las runas y sintió un cosquilleo en los dedos. Acto seguido, miró a Andor, que tenía una expresión tan sombría como las nubes encima de sus cabezas.

—¿Me ayudarás a encontrar el túmulo? —le preguntó.

Andor le sostuvo la mirada, con los ojos tan pesados que Cathy se sintió clavada en el sitio.

—Por favor, Andor.

—No.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

—¿Te niegas a ayudarme? —le preguntó Cathy con los ojos desorbitados.

Andor apretó los dientes. Observarla sufrir por él era como clavarse una daga en el corazón, pero prefería que un trol de bosque se lo comiera vivo antes que entregársela a otro hombre.

—No te voy a ayudar a regresar con tu prometido —le dijo y se alejó de ella.

Cathy lo siguió.

—Me ayudaste a llegar hasta aquí. Me llevaste con Ljota. ¿Cuál es la diferencia?

Andor apretó el paso para avanzar por calles angostas evadiendo a los comerciantes, los aldeanos, los animales y las carretas.

—Es diferente —le respondió.

—¿Cómo?

Se le aceleró la respiración, aunque en realidad estaba intentando calmarse. No debería pensar en eso. No debería explicárselo. Ni siquiera podía decirlo en voz alta, no con el recuerdo de Svana llamando a la puerta. La puerta que se tornaba cada vez más delgada.

—Ya sabes cómo —le dijo.

Lo sujetó del brazo y lo hizo volverse a mirarla.

—¡No lo sé! Dímelo.

—No puedes esperar que te ayude para siempre. El acuerdo era que te trajera a Jorvik para ver a la bruja. He cumplido el acuerdo. Si quieres regresar… —la voz se le estremeció al tiempo que sofocaba un espasmo en la garganta, y se le tensaban los músculos debajo de los ojos—, no te detendré.

La gente caminaba alrededor de ellos. Se encontraban en el medio de la ajetreada plaza del mercado, en la que se podían inhalar aromas a comida y bebida mezclados con cuero y tierra húmeda. Decenas de voces sonaban a su alrededor, así como también relinchos de caballos, balidos de cabras y graznidos de gansos. Se miraron a los ojos, y los de Cathy brillaron grises como el cielo hibernal encima de sus cabezas. Tenía el cabello rubio trenzado alrededor del rostro, y unos mechones dorados le caían por la espalda. Se había puesto prendas limpias de él, que le colgaban como a un espantapájaros, pero se había colocado un cinturón ancho que la abrazaba por la cintura y le realzaba la figura. Con la espada que le colgaba de la cadera, no podía verse más como una reina guerrera.

A Andor se le tensó el pecho.

—Ahora te puedes proteger sola. ¿No has estado intentando regresar a Brad durante las últimas semanas? Vete. No te estoy deteniendo.

—Yo…

—¿No te quieres marchar? —le preguntó con una pizca de esperanza floreciéndole en el fondo del corazón.

Cathy se humedeció los labios.

—No lo sé, Andor.

A Andor se le tensó un músculo entre las cejas.

—Entonces ¿quizás te quieres quedar?

Cathy tragó con dificultad.

—No lo sé. Quizás.

Andor se sintió más liviano. Un «quizás» no era un «no».

—¿Quieres que me quede? —le preguntó—. Creí que no querías a nadie.

Tenía razón. Los fantasmas comenzaron a llamar a la puerta justo a tiempo. «Si se queda por ti y muere porque fallaste a la hora de protegerla, no habrá escape para ti. La locura acabará contigo».

—No quiero ser responsable por nadie. No te puedo proteger.

A decir verdad, Cathy sabía que no necesitaba su protección, que era una guerrera con el espíritu de una valquiria; era más fuerte y más feroz de lo que jamás había imaginado.

—Pero, aunque te quedes, Cathy, jamás podré estar contigo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué todavía amas a Svana?

La aldea rebosaba de vida alrededor de ellos, pero lo único que oía era a ella.

—No —le respondió.

—¿Me amas a mí? —le preguntó a continuación con la voz apenas audible.

—Sí. —El corazón le latió como una batería contra las costillas.

—Y entonces ¿por qué dices eso?

—Porque tengo el corazón lleno de los fantasmas de aquellos que murieron por mi culpa. Y siempre me recuerdan que fallo a la hora de proteger a mis seres queridos.

Una lágrima le rodó por la mejilla al oírlo.

—Conozco a esos fantasmas, Andor —le dijo—. También hacen eco en mi interior.

Andor asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, Cathy. Pero ese no es el motivo principal. Lo más importante es que cuando me miras… ¿puedes decir con total honestidad que es a mí a quien ves? ¿Que es a mí a quien amas? ¿Que quieres estar conmigo y no con el prometido que dejaste en tu época?

Los ojos se le agrandaron y se puso pálida antes de dar un paso hacia atrás y parpadear.

—¿Qué? —la voz le salió ronca.

—¿Te quieres quedar conmigo? ¿O no soy más que la viva imagen del hombre al que de verdad amas? Brad.

Se humedeció los labios mirándolo con intensidad. Y antes de responder, Andor supo que había dado en el clavo.

—No lo sé —respondió.

Andor tragó con dificultad y asintió con la cabeza.

—Eso era lo que pensaba, Cathy. Vivo con mis fantasmas todos los días de mi vida, pero no me quiero convertir en uno para ti.

~

A CATHY se le llenaron los ojos de lágrimas, y el corazón le dolió como si se lo estuvieran

atravesando con una aguja.

Andor creía que seguía enamorada de Brad. Y cuando lo miró, no supo si se equivocaba o no. Se veía igual que Brad, pero parecía una versión de él más musculosa y menos bronceada.

Tanto su corazón, como su alma y su cuerpo seguían buscando a Andor, solo a Andor, pero su mente… Estaba confundida. Y dolida.

—Tienes razón —le concedió—. No deberías convertirte en un fantasma, Andor. Pero, para que lo sepas, vas de camino a eso.

Andor frunció el ceño al oírla.

—¿Qué has dicho?

—Te estás convirtiendo en un fantasma. Tu vida es un escape. Lo único que haces es huir aterrado de lo único que en realidad debes hacer.

Se ciñó como una montaña sobre ella, pero sus ojos le mostraron su dolor, la profundidad de su desesperación y la amplitud de su miedo.

—¿Qué debo hacer, Cathy? —le preguntó con la voz baja y ronca.

—Perdónate.

Andor se estremeció y le dio la espalda.

—No sabes de qué hablas.

—Quizás no —le concedió—, pero reconozco a un cobarde cuando lo veo: el espejo me ha mostrado una demasiadas veces. Estás huyendo de nuevo. Y hasta que no te puedas perdonar, jamás tendrás una vida plena. Bueno, una vida y punto.

Andor la miró con el mentón en alto, los ojos oscurecidos y las fosas nasales dilatadas.

—Quizás ese sea exactamente el destino que me merezco.

Cathy tragó con dificultad y negó con la cabeza.

—No lo es, Andor. Pregúntate si las cosas fueran al revés y tú hubieras muerto porque Svana no logró regresar a tiempo… ¿hubieras querido que ella siguiera con su vida o hubieras deseado que viviera de este modo? ¿Paralizada por la culpa y sin ningún motivo para vivir? Si de verdad la amabas, ¿qué hubieras deseado para ella?

Andor hizo una mueca y el rostro le adoptó una máscara de asco y enfado hasta que los ojos le brillaron de dolor.

—Jamás hubiera deseado que viviera una vida paralizada, ella siempre hubiera mantenido su promesa conmigo. Pero yo no la mantuve.

Cathy negó con la cabeza.

—Y aquí estamos. Un fantasma y una viajera en el tiempo que lo ama.

Andor apretó los puños. Cathy miró alrededor.

—Me tengo que ir. Quizás le pueda pedir a Fridstein que me lleve al túmulo.

—Hazlo.

Cathy le sostuvo la mirada por última vez, y sintió dolor en todo el cuerpo de pensar en marcharse. Fue como si le estuvieran arrancando una parte del cuerpo.

—Adiós, Andor —se despidió.

Sin aguardar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

—Adiós, Cathy —le pareció oírlo decir. Apretó el paso al tiempo que las lágrimas le llenaban los ojos y comenzó a correr antes de terminar regresando a su lado y rogándole que la aceptara de vuelta.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Los Ángeles, 31 de enero de 2019

LAS OLAS rompían contra la orilla. A Cathy el sonido le resultaba familiar y la calmaba; le aliviaba la tensión que sentía en el pecho y le permitía inspirar hondo. El aire era frío y húmedo. Se oían las voces de personas. La luz gris se colaba por entre los párpados cerrados.

¿Dónde estaba? ¿En Inglaterra? No había oído el sonido de las olas en varias semanas.

Con un sobresalto, se sentó y abrió los ojos. De inmediato los entrecerró por la claridad. El sol brillaba en el cielo celeste y se reflejaba contra el océano hasta casi cegarla. Vio las palmeras y reconoció la costa áspera de California con piedras bajas. Algunas personas surfeaban mientras que otras se relajaban en la playa.

Un profundo dolor la recorrió entera, le aplastó el corazón, le robó el aliento y le hizo cerrar los dedos hasta que los puños se le llenaron de arena. Acababa de abandonar a Andor. Fridstein la había llevado al túmulo, y Cathy había escrito las runas sobre la piedra antes de apoyar las manos sobre ella. Y había funcionado.

Ahora se encontraba de regreso, y Andor estaba a cientos de años en el pasado. Ni siquiera existía en ese mundo. Se sintió tan pesada que no logró mover ni un dedo.

Las lágrimas se le acumularon en los ojos y cuando miró alrededor e intentó incorporarse, la cabeza le dio vueltas y el suelo se hundió bajo sus pies. Se enderezó despacio, se llevó el mentón al pecho, cerró los ojos y tomó varias bocanadas de aire profundas.

Cuando la cabeza le dejó de dar vueltas, bajó la mirada. Seguía vestida como una vikinga y tenía la espada colgada de la cadera. Y ahora, ¿qué hacía? Había regresado por Brad, de modo que tenía que ir a verlo y asegurarse de que siguiera vivo y nadie estuviera intentando apagar las máquinas. Si Andor estaba en lo cierto y amaba a Brad y no a él, ¿por qué el pecho le dolía como si una bomba le hubiera explotado dentro y la hubiera hecho añicos?

Caminó por la playa hacia el sendero que conducía hacia la carretera. Debería buscar un caballo y caminar…

Un momento, ¿qué caballo? Caminar sería una locura. Se encontraba de regreso en el mundo moderno, y tenía un coche, por el amor de Dios. Al menos, lo tenía antes de haber viajado al pasado. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Su coche seguiría allí o lo habrían robado? ¿Y si se lo había llevado la grúa? ¿Habría gente buscándola o habían asumido que se había ahogado? De cualquier modo, su coche sería inútil por más que estuviera aparcado allí porque no tenía ni las llaves ni el móvil con ella.

Miró alrededor y vio a varios surfistas que caminaban por el sendero. Quizás uno de ellos la

podría llevar, pero primero tenía que hacer algo con la espada y las prendas… Estaba tan acostumbrada a llevar una espada que ahora se sentiría desnuda al quitársela, pero no podía moverse por Los Ángeles con el arma. Por eso, la escondió detrás de unas piedras grandes que había cerca del sendero. Ya de por sí era difícil conseguir que la llevaran en circunstancias normales, pero del modo en que iba vestida, sería imposible. A menos que… Si se quitaba los pantalones…, la túnica de Andor le llegaba hasta la mitad del muslo, que era la longitud de los vestidos que se ponían las mujeres en esa época. Y las botas eran altas y tenían un aspecto rebelde.

Cathy se preguntó a dónde habría ido su vieja persona, la que jamás asumiría que los surfistas locales la ayudarían o la que tomaría consciencia de tener al descubierto las piernas y las curvas. Se encontraba en modo guerrero; tenía un objetivo en mente y no habría ningún obstáculo que pudiera detenerla. Además, ya no se sentía cohibida por su cuerpo. En lugar de eso, se aceptaba como era: alta y fuerte. Hermosa. Hummm, esa era una nueva forma de verse.

Cathy se quitó los pantalones, los usó para envolver la espada y caminó por la colina hacia el estacionamiento. Al llegar, le sorprendió ver que su coche seguía aparcado donde lo había dejado y le dio unas palmaditas al pasarle por delante.

Allí, vio a varios surfistas que guardaban las tablas de surf sobre los coches, y se apresuró hacia ellos. Escaneó al grupo y reconoció a Jason. Por fortuna, no vio a Miranda.

—¡Hola, Jason! —exclamó Cathy apresurándose hacia el grupo.

Jason se dio media vuelta con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cathy? ¿Qué haces aquí?

—Me gusta ese vestido retro—le dijo una chica que jamás había visto en la playa. Si no se equivocaba, sonaba sincera y quizás hasta algo celosa.

—Gracias —le dijo Cathy. Debió de haber sido el primer cumplido que le hacía alguien de ese grupo—. Jason, necesito que me ayudes. Por favor.

Miró a los dos amigos de Jason que se marcharían en el coche con él, pero ninguno dijo nada. Solo la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jason.

—He perdido las llaves de mi coche y el móvil y tengo que ir al hospital a ver a Brad de inmediato. ¿Me puedes llevar, por favor? ¿Lo harías por él?

Jason miró a sus amigos.

—Disculpen, chicos, la llevaré. Si quieren ir a casa con alguien más, seguro que Ollie y Lance los pueden llevar.

La chica que acababa de hacerle el cumplido repuso:

—No, está bien. No me molesta.

Cathy le ofreció una intensa sonrisa. No podía creer que fueran tan abiertos a ayudarla. Algo había cambiado en esa versión de su hogar.

—Gracias, chicos.

Durante el trayecto, Cathy descubrió que era el treinta y uno de enero. Había pasado tres semanas en otra época, que era la misma cantidad de tiempo que había transcurrido mientras se encontraba en la edad de los vikingos. Pero nadie sabía si Brad seguía conectado al soporte vital o no. ¿Y si sus padres lo habían desconectado?

Cuando llegaron, Cathy corrió hacia la habitación de Brad con el corazón latiéndole acelerado en los oídos. Abrió la puerta e inhaló los olores acres a enfermedad y antiséptico. Las máquinas seguían haciendo ruidos, y los padres de Brad se encontraban de pie al lado de la cama, al igual que la doctora Gentzelman. Linda tenía un pañuelo descartable en la mano, que a

su vez se apretaba contra la boca mientras las lágrimas le rodaban por el rostro. Eric la tenía envuelta en sus brazos, con el rostro tenso lleno de tristeza. Los dos miraban a Brad, que yacía en la misma posición en la que lo habían dejado.

Le había crecido la barba y se encontraba un poco más pálido y más delgado de lo que recordaba, pero se parecía mucho a Andor. El pensamiento la abrumó tanto que tuvo que aferrarse al pomo de la puerta.

La doctora Gentzelman estudió el portapapeles que llevaba en las manos.

—De acuerdo, la decisión de la corte se ve bien, señores Larsen. Cuando estén listos, lo dejaremos ir…

Cathy se sintió mareada.

—¿Dejarlo ir? —preguntó con la voz ronca.

Todos se volvieron hacia ella. Linda abrió los ojos de par en par, y Eric frunció el ceño.

—Ya está decidido, Cathy —le dijo Linda a través de las lágrimas y con la voz temblorosa —. Ya es hora de hacerlo.

Cathy avanzó hacia Brad con las piernas rígidas. Se sentó en el borde de la cama sin quitarle los ojos de encima.

—¿Tienen la aprobación de la corte?

—Sí.

Cathy negó con la cabeza.

—Yo…

Quería decirles que no se los permitiría, que aún podía despertar y que aún podían luchar por su vida. Que lo necesitaba y que no podía vivir sin él. Sin su positividad y la luz que siempre llevaba a cada sitio. Que echaba de menos su voz, que siempre rebosaba de energía. Que la vida con él era más plena. Más importante. Más alegre. Pero… Eso ya no era cierto.

Lo vio en su piel pálida y en sus ojos, que no se movían bajo las pestañas. Lo oyó en los sonidos de la máquina. No iba a regresar.

La epifanía la aplastó como una ola avasallante en una tormenta y la dejó ciega y sorda. Se le tensó el pecho, se le achicaron los pulmones al tamaño de un puño y sintió como si se estuviera hundiendo, como si se estuviera ahogando en el oleaje.

Tragó varias veces, el pánico la paralizó y por fin inhaló una bocanada de aire y soltó un gimoteo. Todos la miraron preocupados.

—¿Puedo tener un momento a solas con él, por favor? —les pidió con la voz ronca.

—¿No vas a discutir con nosotros? —le preguntó Eric.

A Cathy se le llenaron los ojos de lágrimas y solo logró negar con la cabeza.

—Gracias —le dijo Linda y le apretó el hombro.

Cathy le sujetó la mano y se la apretó.

Cuando la dejaron a solas con Brad, le tomó la mano entre las suyas. Su prometido tenía las manos muy cálidas, como si pudiera responder al contacto. Y Cathy deseaba que lo hiciera con todo su ser. Pero no lo haría. Ahora lo sabía.

Era el hombre que la había amado por como era, el que le había enseñado lo que era la felicidad, con el que pensó que pasaría el resto de su vida…

—Tú y yo —comenzó Cathy— siempre sabemos qué decirnos. Pero durante el último año, yo he sido la única que ha hablado. Si hubiera prestado atención, te habría oído. Tu silencio lo ha dicho todo.

Le apoyó la cabeza en el pecho y oyó el débil latido de su corazón. Le pasó los dedos por la túnica del hospital e inhaló el aroma a sábanas limpias y hospital. Brad ya ni siquiera olía como

él mismo.

—Te echo tanto de menos que no puedo respirar. —Tragó el nudo que se le formó en la garganta. El estómago, el pecho y la garganta se le tensaron hasta endurecerse más que una piedra. Los ojos le ardían—. Pero debo dejarte ir —continuó.

El rostro amado y atractivo de Brad no mostró ningún indicio de oírla.

—Estaba buscando tu espíritu en el océano. Creí que quizás lo habías perdido allí y que si lo encontraba podría traértelo de regreso. —Le tomó el rostro entre las manos—. Pero, en cambio, encontré algo que jamás creí posible. Viajé en el tiempo y conocí a un hombre. Un hombre que se parece mucho a ti. Quizás sea un ancestro tuyo de Noruega o quizás simplemente se trate de una alocada coincidencia. O del destino. —Le acarició el costado del rostro—. Me enamoré de él, Brad. Lo siento. Lamento mucho si sientes que te traicioné. Esa no era mi intención. Solo quería regresar a tu lado y que tú regresaras a mí. Él me ayudó y he regresado gracias a él. Pero la vida por la que creía que estaba luchando se ha ido. Tú ya no estás más aquí y jamás regresarás, ¿no?

Las lágrimas le rodaron por las mejillas, pero las ignoró.

—Todo lo bueno en mi vida ha ocurrido gracias a ti. Eres el único que ha creído en mí; me has dado fortaleza y me has animado. Hasta he viajado en el tiempo gracias a ti. Y conocí a Andor. Si me has ayudado a encontrarlo, te lo agradezco, mi amor. Quizás no debería hablarte de él, pero eres mi mejor amigo y, de algún modo, siento que eres feliz por mí.

Tragó el nudo duro que tenía en la garganta.

—Si me estás observando desde algún sitio, gracias. Haría lo mismo por ti. Y lamento mucho que tuvieras que morir por escogerme a mí y por protegerme. Jamás quise que ocurriera eso. Cielos, cómo desearía que no hubieras tenido ese accidente. Cómo desearía que no me hubieras escogido a mí. Ahora estarías vivo, Brad. Pero no lo estás y tengo que hacer lo imposible y dejarte ir.

Lo estudió con el pecho vacío. Lloró en silencio y le sostuvo la mano. Cuando las lágrimas se le secaron y supo que no podía mantenerlo allí más tiempo, se inclinó contra él y le dio un beso suave en la comisura de los labios, donde no lo rozaba el tubo respiratorio.

—Adiós, mi amor —le susurró.

Se quedó un momento más abrazada a él y luego se incorporó y llamó a Eric y Linda.

—Estoy lista —les dijo.

—De acuerdo, cielo —asintió Linda.

Sus suegros le pasaron los brazos por los hombros, y los tres se quedaron de pie como una familia para despedirse de la persona amada. La doctora Gentzelman los observó hasta que Linda asintió con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

La doctora le quitó el tubo respiratorio de la boca y desconectó las máquinas. Un silencio ensordecedor reinó en la habitación. Linda lloró sin emitir sonido. Cathy miró a Brad y saboreó cada momento intentando grabarse su rostro en la memoria para siempre.

Al cabo de un tiempo, minutos u horas, la doctora Gentzelman le sintió el pulso y le oyó el corazón.

—Hora de muerte: 4:28 p.m. Lamento mucho su pérdida.

A pesar de que una parte de Cathy se marchó para siempre con Brad, una fuerza y confianza la llevaron a enderezar los hombros y sacar el pecho.

Esa otra parte era Brad.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Northumbria vikinga, 14 de febrero de 878 d. C.

—AQUÍ ESTÁ. —Andor jaló de las riendas para detener al caballo.

Fridstein se detuvo al lado de él.

—Parece una granja rica y buena. ¿No los has visto en dos inviernos?

El aire estaba húmedo y fresco, y Andor sintió un agradable cansancio en el cuerpo luego de cabalgar todo el día. Cerró los puños antes de responder.

—No.

Debajo de ellos, se extendía un valle inclinado rodeado de un bosque en un lado y de colinas oscuras en el otro. En la cima de la montaña, había una granja enorme con cinco edificaciones que incluían una casa, un establo, dos edificios de almacenaje y un taller de herrería y carpintería. El viento susurraba a través de las ramas de los árboles, pero más allá de eso, en la granja reinaba el silencio.

Como Ubba le había concedido esas tierras, Andor sabía que la granja ya se encontraba allí y contaba con unas edificaciones listas para habitar y trabajar. Le había entregado las tierras a Harek y Nanna, los padres de Svana, que se habían mudado con la hermana de Svana, Ilmr, su marido y sus hijos. Ahora tenían varios criados y esclavos que vivían en otros edificios. Era una buena parcela de tierra, rica para comenzar una nueva vida. A juzgar por el estado de las edificaciones, los techos y las paredes, les estaba yendo bien.

Andor enviaba a un criado de confianza a menudo con plata y tesoros de sus conquistas. Era como si estuviera pagando el precio de haber fallado y no poder perdonarse. Pero ni la plata ni el oro le podían comprar ese perdón. Cathy tenía razón. Había oído su voz, las últimas palabras que le había dicho, todos los días desde que se había marchado. «¿Hubieras querido que ella siguiera con su vida o hubieras deseado que viviera de este modo? ¿Paralizada por la culpa y sin ningún motivo para vivir?».

Con la ausencia de Cathy, era como si el aire hubiera dejado de nutrirle los pulmones, como si el sol se hubiera puesto y jamás fuera a salir otra vez. Como si Ragnarok, el final de la guerra, se encontrara cerca.

Y ahora había ido allí a… Bueno, en realidad no lo sabía. Sabía que no podía vivir un día más sin ver a los padres de Svana. Había llevado plata como excusa para verlos, y Fridstein había insistido en acompañarlo.

Andor necesitaba ver a los padres de la hija que había muerto por su culpa a los ojos porque jamás lo había hecho luego de su muerte. Había evitado mirarlos. Había huido de ellos y había

comprado su perdón con esas tierras y los tesoros que les enviaba. Pero desde que Cathy se había marchado, sus palabras lo habían acechado, y la puerta que había cerrado había comenzado a entreabrirse. Necesitaba mirarlos a los ojos y decirles que lo sentía.

—Vamos —dijo Andor y espoleó al caballo para cabalgar hacia los edificios.

Antes de llegar, la puerta de la casa comunal se abrió y Harek salió con los ojos abiertos de par en par.

—Andor, hijo —lo saludó.

Harek era un hombre corpulento, con el cabello aún oscuro, aunque comenzaba a exhibir algunos mechones grises en la sien.

—Harek. —Andor lo miró, pero no soportó sostenerle la mirada mucho tiempo. Se bajó del caballo de un salto y se paró como una estatua sin poder acercarse un paso.

—Entra —lo invitó Harek señalando la puerta de la casa—. Tú también, Fridstein. La cerveza ya debe estar lista.

Andor asintió en agradecimiento y amarró los caballos al bebedero.

En el interior, estaban reunidos todos los habitantes de la granja. Nanna e Ilmr bordaban mientras los criados cocinaban y cuidaban a los niños. Las dos mujeres se dejaron de mover al ver a Andor.

—Andor —lo saludó Nanna, y el rostro se le arrugó antes de que rompiera a llorar. Ilmr la abrazó y le frotó el hombro.

A Andor se le tensó tanto el mentón que creyó que se le quebraría. Los fantasmas ya no se encontraban más tras una puerta cerrada. Por el contrario, los tenía delante de sus ojos, en carne y hueso.

—Yo… —comenzó—, no debería haber venido. —Se dio la vuelta para salir de la casa, pero Harek lo siguió.

—No, no. Ella… No te ha visto hace mucho. No te vayas.

A Andor se le tensó el rostro. Se volvió hacia Harek, pero no pudo mirarlo a los ojos.

—No molestaré a tu familia.

—Somos tu familia también.

A Andor se le curvaron los labios tensos como una soga.

—La familia que he arruinado.

El silencio pendió entre ellos porque había dicho lo que había ido a decir. Había dado el paso y sabía que no podía huir más. Lo único que podía hacer era quedarse y enfrentarse a los fantasmas.

Con el pecho duro y frío como una jaula de hierro, como congelado de pies a cabeza, alzó la mirada hacia Harek y lo vio a los ojos por primera vez desde la muerte de Svana. Estaba listo para el castigo. Para que lo juzgara. Para lo que sea que le quisiera hacer a su yerno.

Pero lo que vio en sus ojos fue a Svana. No se había dado cuenta hasta ese momento lo similar que eran sus ojos a los de su padre. Y, al igual que en los de Svana, no vio odio, ni resentimiento, ni culpa. Solo amor.

—No has arruinado a tu familia, Andor —le dijo Harek—. Ella no murió por tu culpa. Murió por culpa del *jarl* Elgr. Y la has vengado.

Andor tragó con dificultad.

—¿Sabías que le prometí que regresaría antes? Si hubiera mantenido mi promesa, seguiría viva. ¿Lo sabías, Harek? ¿Aún crees que soy parte de tu familia?

A Harek se le endurecieron los ojos y se le nublaron de dolor.

—No lo sabía. ¿Por qué…? ¿Por qué no regresaste a tiempo?

A Andor le temblaron los brazos.

—Porque Ubba me pidió que le llevara la biblia enjoyada que le serviría como punto de negociación. El *jarl* Elgr atacó porque sabía que regresaría con barcos pesados, llenos de plata y tesoros luego de entregarle el libro a Ubba. Si no me hubiera quedado, si no me hubiera vuelto famoso, si no hubiera escogido el orgullo por sobre tu hija, ella seguiría viva. Así que, como ves, no debes culpar al *jarl* Elgr, sino a mí.

Y luego supo que recibiría su castigo. O lo recibía o tendría que perdonarse. Y no podía perdonarse. Cathy tenía razón. Desenvainó la espada y se la entregó a Harek por el asa. Harek la miró con el ceño fruncido.

—Véngate, Harek —le pidió—. Véngate porque no puedo vivir así. No hay un solo día que pase sin que la eche de menos. He venido con la excusa de traerte plata. —Le entregó un costal lleno de monedas y joyas—. Pero lo cierto es que quería enfrentarte y decirte la verdad. Así que o me castigas o me perdonas.

A Harek se le transformó el rostro con una mueca de dolor y furia. Tomó la espada que le entregó y la sostuvo con la respiración agitada. Luego alzó la punta hasta el cuello de Andor y se la clavó contra la piel.

Andor se limitó a quedarse de pie sin apartar la mirada. La puerta en su interior se abrió de par en par, y los fantasmas se liberaron. Habían estado tronando en su interior, desgarrándole el alma, gritándole al oído y desgarrándole la garganta para que los liberara con un aullido.

Harek bajó la espada con el rostro transformado.

—¿Por eso nos has entregado esta granja y nos envías plata? ¿Es porque te sientes culpable y no porque nos quieres apoyar?

Andor no pudo decir nada; tenía la garganta y la boca duras como una piedra. Harek soltó la espada, que cayó con un estrépito al suelo.

—Tienes razón, Andor. Deberías haberla escogido a ella. Deberías haber regresado a casa antes. Y, si lo hubieras hecho, quizás seguiría viva.

Las palabras lo azotaron como un látigo. Andor cerró los ojos. Sentía tanto dolor que comenzó a sudar.

—Pero te perdono, hijo —continuó Harek—. Es lo que ella habría querido. Jamás habría querido que vivieras con culpa toda tu vida. Habría deseado que te vengaras de sus asesinos, y lo has hecho. Pero luego habría deseado que vivieras una vida plena. Que reconstruyeras tu hogar. Que encontraras una mujer con la que ser feliz. Y que jamás volvieras a cometer el mismo error.

Andor sintió como si una lluvia aliviadora le cayera sobre la piel ardiente y le apagara un incendio. Se calmó tanto que los fantasmas en su interior se acallaron.

—Tú también deberías perdonarte —continuó Harek.

Andor lo miró con los ojos crudos.

—No sabes lo que significa oír esas palabras, Harek.

A Harek se le llenaron los ojos de lágrimas y le apretó el hombro.

—Ven adentro, hijo. Come con nosotros. Bebamos cerveza e hidromiel y recordemos a Svana. Y ya deja de enviarnos tesoros. No nos debes nada.

Andor asintió con la cabeza y siguió a Harek al interior. Por primera vez desde la muerte de Svana, la puerta se abrió, los fantasmas guardaron silencio y sintió paz.

Y ahora que había logrado la paz, lo embargó una necesidad por Cathy que se le asentó en el fondo del estómago. Le dolían las manos de las ganas de tocarla, de tenerla a su lado y de saber que sería suya para siempre. Sabía que Cathy había estado en lo cierto. Svana no habría deseado que sufriera. Por el contrario, hubiera querido que fuera feliz. Svana sabía que con Cathy podría

encontrar la paz.

Pero una vez más, era demasiado tarde. Porque Cathy se había marchado para siempre.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Sonada Beach, Los Ángeles, 14 de febrero de 2019

En la playa reinaba el silencio bajo el frío sol de invierno; solo se oían las olas que rompían contra la arena y los graznidos de las gaviotas. Cathy estimaba que se habían reunido alrededor de cien personas para el funeral. Nadie iba vestido de negro; ella les había pedido que se pusieran un atuendo para la playa. Brad hubiera querido eso.

Los surfistas, incluida Cathy, se habían puesto sus trajes de neopreno. El traje de color rosa intenso que le había regalado Brad se encontraba en Wessex, a varios siglos de distancia. Si había sobrevivido hasta entonces, les habría dado a los arqueólogos todo un acertijo. Pero había comprado uno igual al que le había regalado Brad. Creyó que a Brad le hubiera gustado tener colores y alegría y que hubiera deseado que todos se sintieran agradecidos de tener vida y salud y de que se encontraran allí, aunque él no estuviera más con ellos.

Cathy sostuvo la urna con las cenizas en las manos y miró alrededor. Eric y Linda, sus propios padres, su hermana, Miranda, Jason y el resto de los surfistas locales… Habían ido muchos amigos de Brad, así como también colegas de surf y atletas con los que se había enfrentado en diferentes competiciones por todo el mundo. Todos habían ido a despedirse. Mientras Cathy los miraba, se llenó de gratitud y amor, así como también de tristeza y un vacío doloroso.

Tras la muerte de Brad, Cathy se había mantenido ocupada con los preparativos del funeral, y esa actividad la había distraído del dolor intenso y latente que llevaba en el corazón. Ahora entendía por qué Andor había huido. Cathy estaba contenta de poder distraerse y no echarlo tanto de menos. De no lidiar con haberlo perdido.

Cathy acarició la hermosa urna de madera con los dedos.

—Comencemos —dijo lo más alto que pudo—. Gracias por haber venido. Hoy es el día de San Valentín, el día del amor. Es el día perfecto para despedirme del hombre que me enseñó lo que es el amor verdadero y que siguió a su corazón todos los días de su vida.

La última palabra hizo que se estremeciera, pero estaba determinada a no llorar. Ya se había despedido de Brad, y eso había sido entre ella y él. Ahora estaba lista como su pareja y amiga para ayudar a las otras personas que lo querían a honrar su recuerdo. También sabía que a Brad le hubiera encantado descansar en el mar más que en cualquier otro sitio.

—Brad Larsen era un ser humano extraordinario —continuó—. Era el sueño de cualquier mujer. —Sonrió y miró a las mujeres en la multitud—. Vamos, chicas, es cierto. —Muchas se rieron con los ojos llenos de tristeza—. Pero era mío. Me escogió a mí. Me amó. Al principio, no

supe por qué y busqué un defecto, algo que pudiera salir mal. Pero la verdad era que él me amaba por cómo era. Y estoy segura de que todos sintieron algo similar en su presencia: se habrán sentido apreciados por ser tal y como son. Por eso tenía tantos amigos: porque la gente disfrutaba de su compañía y porque su afecto era incondicional. Si Brad hubiera querido dejar un legado, habría sido que todos estuvieran felices consigo mismos.

Cathy tragó con dificultad y miró a los ojos de todos los presentes.

—Vivan sus vidas aceptándose como son. Ámense: con lo bueno, lo malo y lo feo. Creo que el mundo se ha vuelto un sitio más opaco sin Brad. Pero si todos nos acercamos tan solo un paso hacia quienes somos en realidad, se iluminaría un poco más.

Sonrió y vio que la gente le devolvía la sonrisa y asentía con la cabeza. Encontró la mirada de su madre y vio que estaba llorando. Miranda también lloraba, y Jason tenía una sonrisa llena de tristeza en el rostro. Cathy decidió que viviría su vida como una chica alta de California, con una gran estructura ósea. Se amaba tal y como era.

—Me he aferrado a Brad durante el último año —prosiguió—. No podía seguir adelante sin él. Pero al final aprendí la lección que Brad me quiso enseñar: he aprendido a quererme y por fin estoy lista para dejarlo ir.

Se volvió hacia el océano y tomó la tabla de surf. Caminó hacia las olas y saltó algunas que la alzaban. Luego, se recostó sobre la tabla y comenzó a remar mar adentro para asegurarse de que Brad se quedara en el océano y que el viento se lo llevara con las olas. Abrió la urna y la sostuvo por encima del agua.

—Hasta que nos volvamos a ver, mi amor —susurró y volteó la urna.

Las cenizas flotaron en el aire unos instantes, y el viento se las llevó lejos y las soltó sobre el mar donde se disolvieron y se mezclaron con las aguas del océano. Cathy observó las últimas cenizas regresar al mundo natural que Brad había amado y, por primera vez desde el accidente, sintió su presencia. Quizás se debía al viento, o al agua que salpicaba contra la tabla de surf, pero le pareció oír entre susurros «gracias» y «te amo».

Sonrió alegre y sintió que el viento le besaba la mejilla y jugaba con un mechón de su cabello. Se quedó allí unos minutos disfrutando la paz y la tranquilidad, así como también el suave mecer de las olas y la brisa. Cuando se dio la vuelta para regresar a la orilla, vio a una anciana sobre una tabla de surf al lado de ella.

Cathy se sobresaltó y casi se cae de la tabla.

—¡Ay, por Dios! —Se llevó la mano al corazón, que le latía desbocado contra el pecho—. Me has asustado.

—Hola, querida —la saludó la norna—. Disculpa, no quería interrumpir tu momento con Brad. —Estiró la cabeza y le ofreció una dulce sonrisa maternal—. Lo has hecho muy bien. Has hecho lo correcto.

Cathy estudió a la mujer.

—Me has hecho viajar en el tiempo —le dijo Cathy—. Eres el motivo por el que tuve esa aventura descabellada. Eres el motivo por el que aprendí a blandir una espada y tuve que atravesar varias situaciones cercanas a la muerte. Por ti, conocí a Andor. —Se aferró a los bordes húmedos y fríos de la tabla—. El hombre que amo.

La norna soltó un suspiro, y una comisura de la boca se le curvó.

—¿El hombre que amas?

Cathy asintió con la cabeza.

—Sí, el hombre que amo.

—¿Qué te parece eso? ¿Qué te he dicho? Sabía que estaban hechos el uno para el otro.

—¿Es cierto eso?

—La pregunta es qué vas a hacer al respecto. —Se inclinó un poco hacia adelante—. ¿Estás lista para seguir a tu corazón?

Fue como si la hubiera golpeado en el pecho con un tronco. Cathy se quedó sin aliento y no pudo moverse. Cerró los ojos para reunir todas sus fuerzas y considerar la pregunta durante unos instantes.

—¿Quieres decir que me puedes enviar de regreso? —le preguntó tras abrir los ojos, pero se encontraba sola en el océano.

Cuando regresó a la playa, sus padres se le acercaron con lágrimas en los ojos. Su hermana, por su parte, se tomaba selfis para compartir con sus seguidores en Instagram.

—Cariño, lo que has dicho de aceptarse a uno mismo ha sido muy hermoso —le dijo su madre—. Me has conmovido. Y te felicito por haber perdido tanto peso.

Su padre la abrazó y le quiso decir algo, pero el teléfono le sonó y lo recogió antes de darse vuelta.

—Mamá, no perdí peso a propósito. Ha sido por todo… —se interrumpió antes de contarle el hambre que había pasado viajando en pleno invierno en la época medieval mientras entrenaba con una espada—… el cansancio y el estrés del funeral y de arreglar las cosas de Brad. Te aseguro que no me importa mi peso.

—Bueno, siempre has dicho eso, pero…

—Pero ahora lo digo en serio. Y tú deberías ganar peso, mamá. Te verías preciosa con cualquier tamaño.

Su madre abrió la boca y estaba a punto de decir algo, pero Miranda se acercó, y Cathy se disculpó.

—Oye, Cathy, gracias por esta hermosa ceremonia y por organizar el funeral —le dijo Miranda—. No podría haber sido mejor.

Cathy sonrió, y las dos se volvieron hacia el océano donde había surfistas profesionales de todas partes del mundo disfrutando las olas con Brad.

—Vaya, míralos —dijo Cathy admirando la habilidad de los atletas. Todos llevaban puestos trajes de neopreno de diferentes colores y tablas de surf coloridas—. Jamás se vio tanto talento en esta playa.

Miranda tragó con dificultad.

—Tienes razón. Es cierto. Solo Brad y nosotros, pero en comparación con él somos surfistas aficionados. Ojalá pudiéramos ver más talentos como ese. Podemos aprender mucho de ellos.

Cathy miró a Miranda.

—Pueden dejar de acaparar la playa y permitir que otros surfeen aquí.

Miranda se clavó la mirada en los pies y luego la alzó hacia Cathy.

—Tienes razón. De hecho, ya lo hemos hecho. En recuerdo de Brad. Si no lo hubiéramos echado, estaría vivo.

Cathy sacudió la cabeza y le sujetó el hombro a Miranda.

—No te eches la culpa de eso. Lamento haberte hecho creer que tenías las culpa. No tuviste la intención de que se accidentara.

—Aun así, la playa no nos pertenece a nosotros. Todos deberían disfrutarla y mejorar sus habilidades de surfistas en una playa segura. Quizás veamos más de eso. —Con la mano, señaló hacia los surfistas.

Cathy le sonrió.

—Es una idea excelente.

—Gracias —le dijo y tomó la mano de Cathy entre las suyas—. Lamento mucho tu pérdida.

—Gracias, Miranda.

—Iré a sumarme a los campeones mundiales. —Con una risita, tomó la tabla de surf y echó a correr hacia las olas.

Cathy soltó un suspiro al tiempo que una sonrisa le asomaba al rostro. Pero tras pasar un minuto a solas, el pecho comenzó a palpitarle una vez más al recordar a Andor.

Ahora que todo estaba hecho, Brad se había marchado, la playa estaba libre y no necesitaba la aprobación de nadie más que la suya propia… ¿Ahora qué? Cathy se abrazó y alzó el rostro hacia la fría luz solar. ¿Ahora qué? Ahora quería estar con Andor. Más aún, quería recoger una espada y emprender una aventura descabellada con él. O simplemente hacerle el amor en el medio del bosque en pleno invierno. Quería regresar a la época medieval. Al hombre que amaba.

Considerando que todo estaba hecho y que había cumplido con su trabajo, sabía con cada célula de su ser que no era la imagen de Brad lo que amaba de Andor. Era al hombre mismo: grosero, arrogante, valiente, fuerte, sarcástico… Andor jamás le daba su aprobación a menos que se la hubiera ganado.

Era el hombre que le había enseñado a buscar la propia aprobación en su interior. Le había enseñado a ser una guerrera. Pero lo había dejado. Y él a ella también. No quería estar con ella, pero eso era porque creía que amaba a Brad y no a él. ¡Pero no era cierto! ¿Y si le dijera que en realidad lo amaba a él y que él era el hombre para ella? Que él era el hombre por el que había viajado cientos de años. El hombre al que aguardaría de buena gana hasta que superara la muerte de Svana. ¿Le daría una oportunidad entonces?

Tenía que intentarlo. Si había la más mínima posibilidad, tenía que aprovecharla, de lo contrario se arrepentiría el resto de la vida.

Pero ¿cómo haría para regresar? ¿Podría dibujar esas runas en una piedra y viajar en el tiempo? Todavía recordaba las runas. ¡Tenía que ir a Inglaterra, a York, y encontrar ese túmulo!

El corazón se le aceleró en el pecho y echó a correr hacia el sendero alejándose de la playa.

—¡Cathy! —gritó su madre—. ¿A dónde vas?

—A donde pertenezco.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Hvaldalen, Noruega, 7 de mayo de 878 d. C.

ANDOR BAJÓ el hacha contra el tronco desnudo que yacía sobre los caballetes y repitió el movimiento sin cesar hasta que los músculos de los hombros y la espalda le cantaron de alegría. Disfrutó sentir la calidez de la luz solar sobre la piel del torso desnudo, al tiempo que una brisa lo refrescaba y le secaba el sudor. Hacía un tiempo perfecto para construir. A su alrededor, había docenas de hombres cortando madera con hachas o martilleando, soltando gruñidos de dolor o gritando para coordinar el movimiento de tablas de madera alargadas que apoyarían sobre la tierra o alzarían para que sirvieran de vigas para el techo.

El nuevo gran salón se encontraba en plena construcción. El marco de madera se encontraba erguido, y los hombres trabajaban duro para construir la primera pared. Construir el salón del *jarl* era importante para la gente de Hvaldalen porque era el símbolo de un nuevo comienzo para todos.

Luego de que Andor regresó a Jorvik de la visita a Harek y Nanna, supo que quería regresar a Hvaldalen. Estaba listo para eso. El perdón que había encontrado en la granja le había hecho comprender que debía construir su hogar para saldar la deuda con Svana y las otras víctimas de la matanza. Eso era lo que habrían deseado. No que le diera la espalda a la tragedia y huyera de las consecuencias con el rabo entre las piernas, sino que se quedara a enfrentar su responsabilidad y aceptar la muerte de sus seres amados. Para comenzar de cero. Sabía que los muertos de la aldea los esperarían a él y al resto en el Valhalla, el salón de los asesinados de Odín, y en Fólkvangr, los campos de Freyja para los muertos.

Cuando regresó a Jorvik, llamó a todos los habitantes de Hvaldalen que ahora vivían allí para que regresaran a casa si así lo deseaban y les explicó que iba a reconstruir su hogar. Muchos habían escogido quedarse porque ya tenían vidas construidas en Jorvik, pero muchos otros se le habían unido. Sin dudas, la plata y los tesoros que había conseguido en todos los ataques de los que había participado lo ayudaban. Gracias a esas riquezas, pudo contratar constructores para que fueran a reconstruir la aldea lo más rápido posible.

Para agradecerle a su gente por la lealtad y la paciencia, lo primero que hizo cuando llegaron fue levantar otra piedra con una runa por los caídos, justo al lado de la de Svana.

Sin embargo, la alegría de ver su hogar irguiéndose nuevamente no podía ser plena sin la única persona con la que quería compartirlo: Cathy.

Andor le echó un vistazo a Fridstein, que trabajaba en la casa junto con su esposa, y observaba con tensión en el pecho que provenía de la alegría de verlos juntos y, si era sincero, de los celos. La vista le recordó tanto a la pérdida de Svana como a la de Cathy, y todo el cuerpo le dolió a causa de los recuerdos. Por lo general, hubiera huido de ellos; hubiera buscado una distracción. Pero en ese momento, cerró los ojos y los aceptó porque en ese dolor también había amor y alegría de pensar en las dos.

Al menos Cathy debía de sentirse bien y segura en su época. Andor se había asegurado de eso. Había seguido a Cathy y Fridstein sin perder el tiempo, pero a una distancia razonable como para que no repararan en él. Cuando vio a Cathy tocando la piedra y desapareciendo, el mundo se le hizo añicos; se le estremeció y desmoronó como una piedra bajo el martillo de Thor. El vientre se le retorció hasta que le dolió, y el dolor le rugió por dentro.

Sorprendiendo a Fridstein, que lo había observado todo con los ojos como platos, había caminado hasta la piedra. Andor la había inspeccionado para ver los restos de las runas escritas con carbón que se disolvían en la piedra hasta desaparecer.

Bueno, de algún modo debía haber sido lo mejor. Él le había pedido que se marchara. Aunque ahora daría lo que fuera por verla nuevamente, por tocarla y oír su voz. Pero eso era imposible, y tenía que aprender a vivir sin ella. Su gente lo necesitaba. Tenía que vivir por ellos ahora.

—Mira, un barco. —Fridstein se detuvo al lado de él y señaló el fiordo.

Andor se enderezó con el hacha en la mano y se cubrió los ojos con la otra mano para protegerlos del sol. En efecto, vio un barco vikingo que se abría paso entre la superficie espejada del agua del fiordo con remos que subían y bajaban.

—Parece un barco comerciante —señaló Andor.

—¿Traerán más madera?

—No, ya tenemos toda la madera que necesitamos de momento.

—Será mejor que les advirtamos a los hombres entonces —dijo Fridstein—. Ningún comerciante nuevo vendría aquí con la esperanza de establecer una relación de negocios. No mientras todos en Noruega creen que la aldea sigue vacía. No se podrían haber enterado de la reconstrucción tan rápido.

—Diles a los hombres que tomen las espadas. Ya veremos.

Mientras Fridstein llamaba a los hombres, Andor extrajo la espada y recorrió el sendero hacia el embarcadero de madera. Los sonidos de la construcción se detuvieron al tiempo que algunos hombres lo seguían y otros se quedaban en sus sitios sosteniendo armas en las manos. Fridstein caminaba a su lado.

Se quedaron de pie sobre el embarcadero y observaron cómo se acercaba el barco. Cuando se encontró lo bastante cerca como para distinguir a las personas a bordo, Andor pensó que lo habían cegado. Entre los tonos marrones y grises de las pieles que llevaban los hombres sobre los hombros, entre el amarillo pálido de las túnicas de lino, vio un cabello largo y dorado que flotaba en el viento. Luego vio la silueta alta vestida con una costosa cota de malla y un escudo en la mano. ¿Sería una guerrera? Tenía el cabello y la altura de Cathy.

—¿Ves eso, Fridstein? —le preguntó Andor.

—Sí —repuso Fridstein y el murmullo de sorpresa que se alzó entre los hombres confirmó la inusual imagen—. ¡Es una mujer!

A Andor le cosquilleó toda la piel. Sintió los ojos de Fridstein sobre él, pero no se atrevió a despegar la mirada del barco por temor a que la hermosa mujer desapareciera. ¿Podría tratarse de Cathy? ¿O se estaba volviendo loco de tanto echarla de menos? Apretó los puños y luego cerró

uno alrededor de la espada.

—¿No se puede mover más lento ese barco? —masculló.

Tenía el estómago tan tenso que podría haber experimentado un espasmo, y el corazón le latía tan fuerte que lo único que oía era el martilleo. Los instantes se convirtieron en una eternidad, y Andor llegó a considerar tomar un bote de pesca para remar hacia el barco y ponerle fin al sufrimiento. Y luego la silueta alzó la cabeza y lo saludó con las manos.

—Una valquiria —murmuró Fridstein anonadado.

Andor no podía ver el rostro, pero alzó una mano en respuesta con el corazón rebosando de esperanza. Ya no les temía a los fantasmas, pero le temía a la esperanza. Si eso resultaba ser una broma de los dioses, no estaba seguro de cómo haría para recuperarse.

El barco se acercó aún más.

—Andor —oyó—. ¡Andor!

Era Cathy. Pero no lo creería hasta que no le viera el rostro.

De repente lo vio. Una sonrisa de oreja a oreja, destellantes ojos grises, mejillas sonrosadas y esos labios carnosos que había anhelado besar desde el primer momento en que los vio. Era el rostro hermoso y atesorado de la mujer que amaba.

—¡Andor! —volvió a gritar mientras saltaba una y otra vez.

—¿Es Cathy? —preguntó Fridstein.

Andor no respondió. Avanzó a grandes zancadas hasta el final del muelle, impaciente por ver anclar al barco. No veía a nadie más, a pesar de que el navío iba lleno. Ella era lo único en lo que se podía concentrar.

Por fin, el barco llegó, y sus hombres tomaron las cuerdas y lo anclaron, pero Cathy no aguardó hasta que estuviera amarrado. Se bajó de un salto y aterrizó directo en sus brazos.

Andor la atrapó, dio un paso atrás por el impacto de sostenerla con toda la armadura y se hundió en su aroma a sol, mar y esa nota tan particular de ella. La tenía en sus brazos, la sentía fuerte, cálida y sedosa.

—Andor —le susurró al oído calentándole la piel.

Andor se la aplastó contra el cuerpo con temor a que, si la soltaba, huiría otra vez y se disolvería en el aire. Luego, Cathy se inclinó hacia atrás y se miraron a los ojos.

—De verdad eres tú —le dijo.

—De verdad soy yo. Te encontré —le confirmó Cathy.

Se hundió en sus hermosos ojos intensos y destellantes como las aguas del océano en el verano. Y luego la besó. La besó como si no pudiera hacer otra cosa, como si no pudiera respirar otra bocanada de aire, como si el corazón no pudiera continuar latiendo si no lo hacía.

El beso fue suave y voraz a la vez. La suavidad de esos labios, la lengua aterciopelada y el sabor de su boca… Cathy gimió al tiempo que Andor le enterraba los dedos en el cabello con una mano y la apretaba contra él con la otra.

Cathy se volvió a echar hacia atrás y lo miró con los ojos brillantes.

—Está bien —susurró—. Iré al punto. —Se detuvo—. Te amo, Andor. He venido a decirte que te amo. No amo a Brad, ni a ningún fantasma. Te amo a ti.

El estómago se le tensó. El mundo se tornó más brillante, soleado e intenso. Las palabras de Cathy le resonaron en el interior y en cada hueso y músculo del cuerpo.

—Si todavía quieres que me marche, lo haré —continuó—. Si no estás listo, lo entiendo. Pero he dejado ir a Brad. Tuvimos un funeral y supe que hubiera querido que te encontrara. Por eso he venido. Para encontrarte. Para quedarme contigo para siempre. Si me aceptas.

A Andor se le llenó el pecho de alegría; cada palabra que dijo le resultó como un bálsamo

sanador, como el agua que salpica para quitar el polvo y el abandono del alma.

—Dime algo —le pidió mirándolo con ansiedad—. ¿Quieres que me marche?

A Andor le costó respirar. ¿Estaba listo para eso? ¿Para aceptar su amor? ¿Para compartir la felicidad de una vida?

Cathy frunció el ceño y lo miró al rostro.

—Estás muy callado. ¿Debería interpretarlo como un no? —Dio un paso hacia atrás y se apartó de sus brazos—. Bueno, me marcharé.

No la dejaría ir ni siquiera por un momento, aunque Odín viniera y le pusiera el Valhalla a los pies. Ahora sí podía dar un paso hacia el futuro que tanto había anhelado y se merecía. La tomó de la mano y la jaló hacia sus brazos para apretársela contra el cuerpo.

—Ni se te ocurra moverte —le advirtió, y la sonrisa de Cathy le hizo sentir calidez en todas las venas.

—¿No quieres que me marche?

—No.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

Cathy se humedeció los labios al tiempo que una sonrisa juguetona le asomaba a ellos.

—¿Me amas?

Andor apretó los labios para ocultar una sonrisa. Cathy le miró los labios como si estuviera embelesada y se los acarició con suavidad.

—Estás sonriendo.

El roce le produjo un cosquilleo en la piel y dejó de resistirse.

—Te amo, Cathy.

Cathy soltó una carcajada de alegría.

—He sido tuyo desde Wessex, desde que te vi con esa armadura de color rosado —le confesó. —Cathy se rio y le dio una palmadita en el pecho—. Sé mi esposa. Necesito una mujer a mi lado para que me ayude a reconstruir nuestro hogar.

Cualquier indicio de humor se le desvaneció del rostro.

—¿Ese es el único motivo por el que quieres casarte conmigo?

Andor se rio.

—Sí.

Le volvió a dar una palmadita, pero en esta ocasión más fuerte.

—¿No te va a dar miedo dejarme aquí sola?

—¿Has traído ese extraño traje rosado? Todos los enemigos huirán de solo verlo.

Cathy se rio, y Andor se unió a ella.

—Pero, con toda honestidad —continuó—, no tengo miedo de dejarte sin protección. Serás una gran guerrera, y te ayudaré a entrenar. Y sé que mi vida estará en buenas manos contigo.

Cathy lo besó y le hizo sentir felicidad en las venas.

—Seré tu esposa —le dijo—, pero solo si vuelves a intentar practicar yoga.

Una ancha sonrisa se le expandió en los labios y la felicidad lo llenó como una jarra de hidromiel. Le dijo:

—Ver tu trasero mecerse en el aire cada mañana es la única condición por la que aceptaré nuestro matrimonio.

Selló el trato con un beso que lo hizo desear consumar el matrimonio en ese mismo sitio.

EPÍLOGO

Hvaldalen, 15 de septiembre de 878 d. C.

—AHORA GIRAMOS hacia adentro —le instruyó la voz más dulce del mundo— y respiramos por el tercer ojo.

Andor inhaló profundo a través del punto de luz pura que se imaginó entre las cejas, y el cuerpo se le llenó de luz solar que le llegó hasta cada esquina de su ser, cada músculo, cada vaso sanguíneo y cada nervio.

Tenía las manos y los pies apoyados en el suelo mientras intentaba mantener las piernas y la espalda derechas. Era un ejercicio agonizante. Estaba estirado hasta el límite, pero se sentía bien. El dolor era saludable y hasta agradable. Solo había una cosa que podría mejorar ese momento.

Abrió los ojos y alzó la mirada al punto en el aire donde flotaba el trasero más redondeado de Midgard. Podía ver su hermoso rostro dado vuelta entre las piernas largas y derechas; tenía los ojos cerrados. La vista le llevó a la mente los recuerdos más placenteros. La noche anterior, había sostenido ese trasero en sus manos mientras Cathy le montaba el miembro con los ojos cerrados de pura dicha. Olvidándose del dolor en las pantorrillas, sonrió. La tensión se desvaneció, y las piernas se le estiraron aún más.

—Respira —le dijo su esposa y lo miró fijo—. ¡Andor!

—Estoy lidiando con el malestar como mejor puedo. Al parecer, la imagen de tu trasero es la mejor cura.

A sus espaldas, tres hombres y cinco mujeres que ejercitaban con ellos se rieron. Cathy tuvo que reprimir una sonrisa.

—Tienes que respirar —lo regañó.

Andor alzó y bajó las cejas.

—Me gusta más hacerlo a mi manera.

Cathy puso los ojos en blanco, pero Andor supo que le había arrancado una sonrisa, y eso le iluminó el día.

Inspiró una bocanada del aire dulce de la montaña en la mañana de casi otoño y sintió el aroma a leña recién cortada que provenía de la aldea debajo de ellos. Cathy hacía una rutina de yoga cada mañana. Y Andor había comenzado a ir con ella, lo que había llevado a que otras personas curiosas lo intentaran también. Cathy alentaba a cualquiera que quisiera participar. La vista desde allí era espectacular: el fiordo hacía una curva hacia las montañas y debajo se veía la

aldea recién construida. El gran salón estaba terminado, al igual que varias casas más, el granero, las edificaciones de almacenamiento, la herrería, la carpintería y otras edificaciones necesarias para sobrevivir al invierno en Hvaldalen.

Ese día era el festival de la cosecha. Habían ido invitados a Hvaldalen a celebrar la reconstrucción de la aldea. También se encontraban presentes los amigos y aliados de Andor de Noruega y de la parte vikinga de Bretland, incluyendo a los padres de Svana entre los invitados más importantes.

Cathy continuó con su rutina de saludo al sol, que a Andor le hacía sentir una conexión con su yo interno que había llegado a valorar. En su interior ya no residía ningún fantasma. No había ninguna puerta cerrada. Solo tenía paz, tranquilidad y amor.

Luego de la rutina de yoga, se sentía cálido, sudado y feliz. Fridstein y el resto le agradecieron a Cathy por la sesión, enrollaron las colchonetas de yoga y regresaron a la aldea.

Andor se acercó a Cathy, que le hizo una mueca.

—Estamos sudados.

Se escapó de sus brazos con una sonrisa juguetona que lo hizo soltar un gruñido.

—Oh, en ese caso, será mejor que te lave —sugirió Andor—. Aunque me pareces deliciosa cuando estás algo salada.

Cathy dio un paso hacia atrás.

—Solo si logras atraparme.

Tras soltar un chillido, tomó la colchoneta de yoga y la bolsa con prendas limpias y echó a correr por el sendero hacia el fiordo. Había una ensenada alejada de la aldea, donde un río pequeño fluía hacia el fiordo. Era el lugar favorito de los locales para bañarse los sábados. Pero ese día no era sábado, y todos se mantenían alejados del lugar luego de la clase de yoga porque sabían que podrían ver al *jarl* y a su esposa disfrutando de un baño.

Su hermosa esposa corría rápido con las piernas largas y fuertes, pero Andor la superó. La atrapó casi al final de la colina, se la arrojó sobre el hombro y le apoyó una mano sobre el trasero para darle unas palmaditas suaves.

—No te escaparás de mí —le dijo.

—¡Bájame, Andor! —exclamó—. Esto es de lo más humillante. Se supone que soy la esposa de un *jarl* y me tratas como a uno de tus botines.

—Eres un botín. —Se acercó a la ensenada y la dejó sobre la tierra—. He atacado Northumbria, Mercia y Wessex, y he venido a casa contigo. Ahora, a quitarte esas prendas.

—Lo puedo hacer sola.

—Lo sé, pero eres mi botín y quiero saquearte.

Cathy sonrió y negó con la cabeza para fingir desaprobación, pero Andor supo que lo estaba disfrutando. Y estaba dispuesto a repetir diez veces cualquier cosa que ella disfrutara. La desvistió y se maravilló al observar sus curvas inmaculadas y seductoras. Ya tenía una erección por ella. Cuando acabó de desvestirla, se quitó sus propias prendas.

La alzó en sus brazos y avanzó hasta el agua. El frío lo dejó sin aliento. Cathy soltó un chillido, y Andor la besó cuando se sumergieron en el agua hasta los hombros. Cuando la sangre le hirvió en las venas de las caricias aterciopeladas de su lengua y de la suavidad de sus labios, el frío se desvaneció. Podría ser capaz de hervir el agua de la ensenada con el calor que producía su cuerpo al tocarla.

La tomó con dulzura y suavidad porque no pudo hacer otra cosa. Porque cuando sus cuerpos se conectaban, y el calor delicioso de su esposa lo envolvía, se sentía como en casa. Ella era su hogar.

Cuando acabaron de lavarse, se sentaron en la orilla a lavar las ropas envueltos en los brazos del otro y con la mirada perdida en las montañas y el fiordo. El agua salpicaba contra la orilla de piedras. Tenían que preparar el banquete, entretener a los invitados y, como el día parecía que iba a ser ajetreado en general, Andor quiso disfrutar unos instantes más de paz a solas con Cathy.

—Tengo algo para ti —le informó Cathy con una nota de entusiasmo en la voz.

Andor alzó el rostro para mirarle el perfil: la tenía sentada entre sus brazos, con la espalda apoyada contra el torso y los brazos envueltos alrededor de la cintura.

—¿De verdad? ¿Qué es?

Cathy se puso de pie y le tomó las manos entre las suyas.

—Estaba esperando un momento especial para darte estas dos cosas. Bueno, Fridstein me ayudó a esconderlas. Sin él, de seguro te las habría dado cuando acabaron de confeccionar cada una.

Andor también se puso de pie.

—Ya me has dado mucho. Por Odín y Thor, no necesito más nada. Estás aquí conmigo. Estamos reconstruyendo la aldea. ¿Qué más podría querer?

—Vas a querer esto. Y hoy que celebramos nuestro hogar, nuestro primer festival de la cosecha, nuestra primera habitación verdadera… creo que es el momento indicado.

Andor frunció el ceño.

—¿Qué es?

Cathy se arrodilló, rebuscó entre los arbustos y extrajo el regalo. Se lo ofreció con las dos manos. El objeto era largo, derecho y estaba envuelto en lino.

—Perdí Problema de Dragón, y sé lo importante que era para ti. Ten.

Andor tomó el paquete y se le desvanecieron todas las chispas de humor que le habían bailado en el cuerpo. Era pesado. Parecía una espada: se sentía bien y familiar en sus manos. Con cada capa de lino que desenvolvía, la epifanía le envolvió el cuerpo como un puño cerrado. Cuando cayó la última capa, descubrió que sostenía una espada en las manos. Andor la recorrió despacio con la mirada, desde el borde hasta el pomo, sin dar crédito a sus ojos. Era Problema de Dragón; intacta y destellando como nueva.

La garganta se le cerró al no poder reprimir la gigantesca ola de amor y gratitud que le invadió el cuerpo. Observó el dragón en el pomo de hierro y cada una de las curvas ornamentadas del patrón de las llamas. El hierro parecía pulido y se veía como si estuviera recién forjado. El asa de asta de ciervo con hilos de plata aún tenía algunas marcas, pero a diferencia del metal, era imposible quitarlas. La hoja… se veía como nueva: de acero de excelente calidad, afilada y sin ninguna marca, sin ningún hueco o ningún indicio de que alguna vez se hubiera partido.

Andor sostuvo Problema de Dragón con las dos manos y cortó el aire antes de atacar un blanco invisible por la izquierda y la derecha.

—Es perfecta. —Andor miró a Cathy, que lo observaba con lágrimas en los ojos y una sonrisa en el rostro.

Andor sintió como si de repente no tuviera suficiente aire para respirar. Recordó el día de la boda con Svana, cuando su primera esposa le había regalado la espada. Recordó la espalda erguida y orgullosa de Svana, sus ojos verdes que brillaban llenos de alegría y orgullo mientras Andor intentaba los mismos movimientos que acababa de hacer.

«No hay nadie en este mundo que sea un guerrero más fuerte u honorable que tú, marido», le había dicho. Y Andor había encuadrado los hombros y alzado el mentón sabiendo que su esposa se encontraba detrás de él. Aún se encontraba con él. Esa espada llevaba su bendición. Sentía esa

bendición en el aire y en cada edificación que estaban reconstruyendo. La sentía en su gente. Y, más que nada, en Cathy.

A Andor se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que tomaba una profunda bocanada de aire.

—¿Cómo la encontraste? —le preguntó.

—Cuando regresé a esta época, aparecí en Wessex, en la misma playa en Devon, que era exactamente lo que quería porque estaba determinada a encontrar esa espada. Cuando llegué al monasterio Wilham para preguntar si sabían algo de su paradero, Aethelred admitió que había escondido Problema de Dragón.

A Andor se le abrió la boca de la perplejidad.

—¿De verdad? ¿Estuvo allí todo el tiempo?

—Sí, no querían que asesinaras a nadie. Pero les expliqué lo mucho que significaba para ti y lo que le había pasado a Svana. Aethelred me la devolvió con una condición: no la puedes utilizar en territorio sajón en contra de su gente.

Andor negó con la cabeza.

—Ojalá no hicieras promesas como esa en mi nombre, pero por esta espada, estoy dispuesto a honrar esa condición.

—Qué bien. También les dejé una donación generosa de las cosas que había llevado conmigo. Te salvaron la vida cuando sabían que eras su enemigo y se los quería agradecer. Les dejé medicina, elementos quirúrgicos y varios libros de medicina escritos en latín que compré en una subasta de antigüedades en Los Ángeles antes de marcharme. No solo traje oro y plata conmigo.

—Oh, sí, mi esposa adinerada. Has venido preparada. Pero créeme que te daré todos los tesoros que desee tu corazón. No hacía falta que trajeras nada de tu época. Aunque estoy agradecido de que lo hayas hecho para poder pagar el pasaje para venir hasta mí, y me alegra que les hayas pagado a los monjes por su bondad… aunque hubieran escondido mi espada. Pero dime algo. ¿Por qué no me la diste de inmediato?

—Quería que la repararan. Cuando llegué a York, el herrero que hizo el escudo me dijo que podía reparar la espada aquí porque tenías un buen herrero. De lo contrario, hubiera tenido que esperar demasiado tiempo.

—¿El escudo? —Andor frunció el ceño, y Cathy soltó un suspiro.

—Oh, diablos. Arruiné el segundo regalo.

Volvió a buscar entre los arbustos y resurgió con un hermoso escudo.

—Tienes la espada de Svana, que te dio la habilidad de atacar y defender. Pero quiero darte la habilidad de protegerte con un escudo.

Andor se quedó de pie mirándola anonadado. ¿Podría ser que los dioses lo hubieran bendecido aún más? Estudió el escudo, que estaba hecho de roble de buena calidad y un borde de hierro resistente y tenía un fuerte ornamento de hierro en el centro. La mejor característica del escudo era el rostro: tenía un patrón ornamentado y hermoso de unas olas, una mujer alta y fuerte que se parecía a Cathy de pie sobre una extraña tabla, con las rodillas flexionadas como si estuviera adoptando una postura de yoga. Las olas jugaban y volaban y hacían espuma, en un ornamento sin fin.

—¿Esto es el surf? —le preguntó con la voz ronca de la emoción que le estrechó la garganta. Cathy le sonrió.

—¡Sí! Eso es surf. Y así es cómo se practica, como te lo describí. Eso era lo que hacía Brad. Era el mejor surfista del mundo.

Andor sonrió y estudió el patrón imaginándose cómo alguien podría pararse sobre esa tabla y montar una ola de ese modo. Se quedó sin aliento. Deseó verlo.

—Otra bendición. Tú y yo tenemos a dos personas que nos cuidan, Cathy.

Cathy le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí.

Andor tomó el escudo con las dos manos.

—Veo que es el trabajo de un artesano. —Lo giró para ver la parte trasera—. No es demasiado pesado, está hecho a la perfección, tiene un buen amarre y una tira con el largo perfecto.

Se lo colocó sobre el hombro y le encajó perfecto. Luego lo tomó con la mano y asumió una posición de defensa que utilizaría para ocultarse detrás de él mientras sacaba la espada por encima.

—Se lo ordené a Völundr, el herrero —le dijo Cathy.

Andor la miró con la boca entreabierta.

—Es una broma. —Cathy se rio—. Lo ordené mientras buscaba un barco en York.

Andor se rio y respondió:

—El escudo me protegerá bien, Cathy. Gracias. Es el regalo perfecto.

Cathy se sonrojó. Era evidente que estaba contenta.

—Ahora tienes algo de Svana y algo mío también.

Andor se rio y continuó estudiándolo.

—Por lo general, no se nombran los escudos, pero este amerita un nombre.

—¿El surf? —sugirió Cathy.

—El surf del tiempo. Es un excelente nombre para un escudo.

Cathy soltó el aliento.

—Oh, me alegra mucho que te guste, Andor. Pensé en el surf por el modo en que nos conocimos. Viajé en el tiempo mientras surfeaba en Los Ángeles y llegué a Devon… digo, a Wessex. Y allí también hay mar. Viajé surfeando a través del tiempo.

Andor sintió amor y felicidad que rompían en su interior como olas. Colocó el escudo a un lado y la besó. Se olvidó del tiempo, el espacio, los escudos y todo lo demás.

—¿Qué dices si vamos a la habitación a consumar nuestro matrimonio? —le susurró a los labios.

—Andor, ya hemos consumado el matrimonio infinitas veces. Estarás conmigo hasta el final de los tiempos.

—No te puedo dejar ir sin agradecerte por el mejor regalo de mi vida. Exceptuando el hecho de que hayas regresado a mí.

Cathy sonrió con lágrimas de felicidad a punto de desbordarle de los ojos.

—Está bien, consumemos el matrimonio.

Andor se rio y la levantó para que le pasara las piernas por las caderas. La sujetó del trasero con los brazos.

—Aférrate, mi amor —le dijo—. Estoy a punto de subirte a la ola más alta de tu vida.

—Contigo solo son altas, mi amado vikingo.



Nota acerca de la precisión histórica

Con el paso del tiempo, ciertos detalles se van perdiendo y, a menudo, se debaten. Un ejemplo de ello es la batalla entre Odda, *ealdorman* de Devon, y el líder vikingo Ubba, que en la actualidad se desconoce. Según algunos historiadores, la batalla tuvo a lugar en un sitio cerca de Countisbury Hill, en Devon, mientras que otros sostienen que ocurrió en Cannington Hill, Somerset. Esas dos ubicaciones se encuentran en la zona del canal de Bristol, a unos sesenta kilómetros de distancia. Si bien la ubicación exacta se desconoce, me he tomado la libertad artística de escoger la que tenía más sentido para esta historia.

Otro sitio misterioso de este libro es Wayland's Smithy, un túmulo largo del neolítico, donde elegí que los sajones paganos tuvieran su ritual. Wayland es la pronunciación moderna de lo que en el inglés antiguo se llamaba *Wēland* y en noruego antiguo, *Völundr*. Como los sajones eran tribus germánicas, al igual que las sociedades escandinavas, que incluían a los noruegos, los daneses y los suecos, tenían dioses similares. En este caso, Wayland era un herrero habilidoso que se casó con una valquiria que luego fue esclavizada por un rey vikingo que obligó a Wayland a trabajar para él. Según la leyenda, Wayland trazó un terrible plan de venganza para el rey: se liberó utilizando las herramientas que él mismo había forjado. Es una historia oscura y fascinante, y me pareció que Wayland el herrero era una representación perfecta del temor de los locales. Durante la época de las invasiones vikingas, los reinos que recientemente se habían convertido al cristianismo, como Wessex y Northumbria, sin dudas continuaron oyendo los ecos de un pasado oscuro y pagano al ver a los vikingos.

LA NOVIA DEL VIKINGO

A todos los profesionales de la salud

PRÓLOGO

En algún sitio de Rogaland, Noruega, 15 de octubre de 874 d. C.

EL AROMA de la sangre era tan fuerte que Hakon podía saborear el hierro en la lengua. Las espadas y las hachas chocaban contra los escudos de madera. Varios gritos resonaban en el aire mientras las armas atravesaban la carne y los huesos. Sus hombres estaban cayendo: estaba perdiendo la batalla.

Hakon acuchilló a un guerrero tatuado bajo las costillas con el *seax*, pateó a otro en el estómago y se giró para clavarle el hacha en el pecho a un tercero. El rey Nyr estaba sentado a lomos de su caballo al otro lado del claro donde se liberaba la batalla, alrededor del bosque y las montañas. Observaba a Hakon con una sonrisa triunfal. Hakon se llenó de una furia que le infundió poder. Se convirtió en el rayo que derribaba un árbol, la lanza que atravesaba un ciervo, el martillo de Thor, la venganza personificada. Y el rey Nyr era su objetivo.

Uno tras otro, los hombres fueron cayendo bajo su hacha, pero él solo tenía en la mira al rey Nyr. Los hombres que luchaban alrededor eran simples destellos de cabello, músculos y hierro.

Finalmente, Nyr se encontraba delante de él. Estaba determinado a bajarlo del caballo y a insertar el hacha directo en el corazón del bastardo. Pero al tensar los músculos para lanzarse al ataque, su cuerpo se ralentizó y se detuvo. Sintió como si le sujetaran las extremidades con algo pesado y se hundiera en un pantano. Miró alrededor y vio a los hombres. Lo sujetaban con ojos abiertos de par en par y las cejas fruncidas. Nyr seguía sentado erguido y orgulloso sobre el caballo y lo miraba desde arriba. Con la cabeza calva y los ojos oscuros y sombríos, parecía una calavera.

Hakon rugió y se estremeció con toda su fuerza. Al igual que Fenrir, el lobo gigante sujeto con cadenas inquebrantables, luchó y mordió apretando los dientes y mostrando las garras. Pero no logró liberarse.

—Dicen que eres imparable, Bestia —dijo Nyr—. Pero no es cierto.

Hakon apretó los dientes.

—Thor, cédeme tu martillo para aplastar a esta serpiente.

—¿Por qué tan hostil, Hakon? Tu padre y yo éramos amigos.

—Ya lo recuerdo. «Amigos». Recuerdo tu visita hace dieciséis inviernos, durante una noche congelante en la que mi madre me llevó al bosque luego de una tormenta. Recuerdo las huellas de la manada de lobos sobre la nieve cuando siguieron a su caballo, que se alejaba de mí. Y recuerdo los restos de su cuerpo después de que la despedazaran. Nunca he dejado de preguntarme por qué decidió llevarme con su familia esa noche, por qué no dejaba de decir que

no estaba a salvo en casa. Pero ahora lo sé. Fue por ti.

El rostro de Nyr se enderezó y perdió el color mientras lo oía.

—¿Lo sabes?

Hakon asintió con la cabeza.

—Mi padre me lo dijo en su lecho de muerte hace dos años. Le pediste que dejara que los dioses pusieran a prueba mi maldición.

El ojo izquierdo de Hakon, el que tenía la marca de nacimiento, se retorció.

—Ella murió por culpa de tu plan macabro. Me has arrebatado a la persona que más quería en el mundo. Y ahora es hora de pagar. La Bestia ha venido por ti.

Nyr, atento, lo escuchó con atención y tragó con dificultad, haciendo que la corta barba plateada se le moviera.

—Me estoy cansando de tu furia, Hakon. Nunca tuve la intención de que falleciera tu madre, ni de que nos convirtiéramos en enemigos. Sé mi aliado. Te quiero de mi lado.

Un gruñido animalesco bajo se le escapó de la garganta. La furia le ardía en el vientre como vinagre caliente. ¿Que fuera su aliado? ¿Que se diera por vencido? Jamás. Había perdido una batalla, pero no la guerra.

Nyr alzó el mentón.

—La primera opción es que te mate a ti, a tus hombres y hasta el último alma que reside en tu aldea y me apodere de tus tierras, como he querido hacer hace mucho tiempo. Pero no deseo tu muerte. Quiero tener a la Bestia de mi lado. Quiero que luches por mí como has luchado en mi contra. La segunda opción es que te unas a mi familia.

El deseo de venganza hizo que le picaran y le ardieran las manos, como si acabara de rozar una ortiga con las palmas. Volvió a gruñir con una mezcla de risas y amenaza. Jamás se convertiría en familiar de ese monstruo.

—Te han quitado a tu madre. —Nyr alzó un hombro—. Déjame darte otra mujer que te ame. Cásate con mi hija.

Hakon se quedó petrificado.

—¿Qué has dicho?

—Tengo nueve hijas y ningún hijo. El trabajo de ellas es darme los hijos y las alianzas que necesito.

Hakon no podía creer lo que estaba sugiriendo ese gusano.

—Sé mi yerno. —Nyr ladeó la cabeza—. De ese modo, mantendrás tus tierras y me pagarás tributo como tu rey. Me protegerás si necesito a tus guerreros y me darás apoyo en la asamblea, en la *thing*. ¿Qué dices?

—¿Quieres que me case con una de tus hijas? —escupió—. ¿Qué plan descabellado es ese?

No podía casarse. Y mucho menos con la hija de su enemigo.

—No bromeo.

—¿Acaso odias a tu hija tanto como para casarla con la Bestia? —Hakon oyó la ira en su propia voz.

Nyr ni siquiera se estremeció.

—¿Acaso no quieres tener una familia?

Hakon había abandonado la esperanza de tener una vida normal hacía mucho tiempo.

—Dijiste que estaba maldito. ¿No temes que tu hija también lo esté?

Nyr se rio.

—Tengo tantas hijas que no cambiará nada si una se contagia una maldición.

Hakon observó a Nyr por debajo de los párpados pesados. Sintió como si estuviera atrapado

en una trampa y buscara la manera de escapar. Acababa de encontrar una. Nyr le había dado la forma de destruirlo. Loki debía de haberse sentado en su hombro para susurrarle un plan. Un plan de lo más astuto.

Lo único que necesitaba Hakon era tener aliados con más hombres. Casarse con la hija de Nyr sería el mejor modo de hacer conexiones mientras se ganaba la confianza de su enemigo. Se enderezó y se le relajaron los hombros. La furia le seguía rugiendo en el estómago, pero había tomado forma. La forma de una lanza.

—¿Quieres que me case con tu hija?

—Sí, con mi hija Arinborg. Es la siguiente en edad casadera.

A Hakon no le importaba si se trataba de una anciana. De cualquier modo, no sería un verdadero casamiento.

—¿Cómo sé que nos dejarás en paz?

Nyr alzó la cabeza.

—Te doy mi palabra.

Hakon se rio.

—Tu palabra… Tu palabra es como un escupitajo en el fiordo. No significa nada.

A Nyr se le oscurecieron los ojos.

—¿Qué quieres como garantía?

Hakon entrecerró los ojos. Nyr podría usar a su hija como espía. El único modo de evitarlo era aislarla de su familia. Tendría que estar bajo el control absoluto de Hakon.

—Que venga sola. No la acompañará nadie. Nadie acudirá a la boda. Si viene sola, lo tomaré como una señal de paz. Si oigo, aunque solo sea una rama quebrándose cerca de ella, morirá antes de que pueda tomar el siguiente aliento.

Nyr movió el mentón de un lado a otro.

—Es un camino largo y se acerca el invierno. Que sea para el siguiente solsticio de verano. Vendrá sola.

Una ola de triunfo le embargó el estómago como la calidez de una piedra caliente.

—El día del solsticio de verano. Hay una arboleda sagrada con una piedra que tiene unas runas en la cima de la montaña que se encuentra al lado de mi aldea. La estaré esperando allí.

—Que así sea, Bestia. Envíame un mensaje cuando te hayas casado con ella.

Hakon asintió con la cabeza. Nyr hizo un gesto, y sus hombres lo soltaron. Se le tensó el mentón. Ahora que se encontraba libre, anhelaba tomar el hacha y utilizar la oportunidad para matarlo. Los hombres de Nyr comenzaron a retirarse hacia el bosque, y el rey dio vuelta el caballo y se alejó galopando.

Hakon apretó los puños a ambos lados del cuerpo, aferrándose al aire vacío. Había accedido a casarse con la hija de Nyr, a convertirse en el *mágr*, el yerno, del hombre que había provocado la muerte de su madre. ¿Estaba loco?

La mancha de nacimiento le ardió como para recordarle su maldición.

Mantendría la distancia de su futura esposa; no tenía dudas de que iría a espiarlo, por más que lograra mantenerla alejada de su familia. Pero al menos no tenía que preocuparse de sentir algo por la hija de su enemigo. La capacidad de amar se le había muerto con su madre.

CAPÍTULO
UNO

Boston, 21 de junio de 2019

—¿Crees que es un niño o una niña? —preguntó Carla, la amiga de Mia, antes de beber un sorbo de la taza de café para llevar.

Mia sintió los dedos cálidos al tocar la superficie suave de la fotografía en blanco y negro del ultrasonido del pequeño ser humano. Al ver la forma redondeada de la cabeza, la curva perfecta de la columna vertebral y los cinco dedos que la saludaban, el corazón se le llenó de tanto amor que estuvo a punto de explotarle.

Los olores que la embargaban en la cafetería del Massachusetts General Hospital la hicieron sentir náuseas. Inhaló el aroma a café, por el que hubiera matado, rosquillas y unas notas de lejía. Los doctores y enfermeros en uniformes estaban sentados almorzando mientras que los visitantes se instalaban en otras mesas: algunos charlaban con amigos y familiares, mientras que otros clavaban la mirada cansada en la distancia. En unas esquinas, había un par de yucas frente a las ventanas que cubrían desde el suelo hasta el cielorraso. En la cafetería se oían conversaciones apagadas.

—No lo sé. —Mia tocó la pequeña mano sobre el ultrasonido con el pulgar y sonrió. Era un niño. De algún modo lo sabía. No quería compartirlo con nadie, como si fuera un secreto íntimo entre ella y el bebé.

Carla y Mia estaban sentadas cerca de la ventana. En la mesa detrás de Carla, había una anciana con un traje de color verde pistacho. Tenía el cabello blanco como la nieve y una taza de té sobre la mesa y tejía moviendo las agujas en el aire, de modo que parecían las líneas de un monitor de signos vitales. La anciana le arrojó una mirada llena de curiosidad a ella y a la fotografía del ultrasonido que sostenía en la mano, lo que hizo que Mia se quedara sin aliento. Era de lo más curioso. Como respuesta, le ofreció una sonrisa llena de amabilidad a la anciana.

—El bebé de un jefe mafioso… Todavía me cuesta creerlo. —Carla negó con la cabeza y se acercó más a Mia para bajar la voz hasta un susurro—. Creí que querías romper con él.

Una capa de sudor frío le recorrió la columna vertebral a Mia al oír de su exnovio.

—Lo dejé.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste?

—Hace tres días. Han sido los tres días más felices de mi vida.

Carla apoyó la mirada en el ultrasonido.

—Pero no sabe nada del bebé, ¿no?

—No, claro que no.

—¿Y qué pasaría si se enterara?

A Mia le dio un vuelco el estómago.

—Nunca me dejaría ir. No le has dicho a tu hermano que me viste aquí, ¿no? —Mia miró alrededor—. Debo estar paranoica, pero no dejo de mirar por encima del hombro. No puedo creer que Dan haya acordado a terminar la relación.

Carla se rio nerviosa.

—¡Y yo no puedo creer que los haya presentado en primer lugar! Y pensar que, si no fuera por él, a estas alturas serías una pediatra. Estaríamos trabajando juntas.

Mia se estremeció, y la manga del vestido largo de verano se movió para revelar un moretón amarillo en el antebrazo. Se ruborizó y se movió para cubrírselo, pero Carla lo vio y apartó los ojos de inmediato, como si acabara de ver algo muy privado.

—Es cierto. —Mia apretó los labios—. Nunca dejaré que un hombre me vuelva a tratar de ese modo. Mañana comienzo una nueva vida. Sin hombres. Solo el bebé y yo. Y lejos de Boston.

Carla frunció el ceño.

—¿Te marchas?

—Conseguí un empleo lejos de aquí, en el medio de la nada. Aún no puedo acabar el programa de la residencia, pero un día lo haré. Mañana por la mañana, cuando me suba al avión, empieza mi nueva vida.

Carla arqueó las cejas.

—¿Y me lo dices ahora?

—No me podía arriesgar.

Mientras emitía las palabras, la sombra de una silueta alta se ciñó sobre la mesa. Mia inhaló su aroma: una elegante colonia masculina y una nota suave de lubricante de silicona. Unos estremecimientos dolorosos la recorrieron de pies a cabeza, y movió la mano para ocultar la foto del ultrasonido que se encontraba sobre la mesa, pero la palma pesada la detuvo. La piel seca y cálida le quemó la mano gélida.

—¿Qué es lo que no podías arriesgar? —La voz le ronroneó al oído rozándole la mejilla con el aliento.

Le soltó la mano y tomó la fotografía del ultrasonido, pero Mia la aferró con tanta fuerza que las uñas se le pusieron blancas. Él se la arrebató de las manos y le cortó un dedo. La sangre manchó el borde del papel.

Mia se incorporó de un salto y pateó la silla, de modo que todos se volvieron a mirarla. El pulso le latía acelerado contra la sien, el pecho le dolía y las piernas se le redujeron a gelatina. Afuera esperaban de pie los guardaespaldas de Dan, Romeo y Carl. El estómago le dio un vuelco.

Los ojos de Dan brillaron con intensidad al asimilar todos los detalles del ultrasonido. Era un hombre atractivo, de oscuro cabello corto y grandes ojos oscuros con pestañas alargadas y espesas. Tenía pómulos altos y un mentón cuadrado afeitado al ras. Llevaba puesto uno de sus trajes italianos de color carbón hechos a medida y una camisa blanca sin corbata. Parecía el director de una empresa o el socio de una firma de abogados, la ilusión por la que ella misma había caído hacía tres años, cuando se conocieron. Debería haber sospechado algo desde el comienzo, pero había sido muy ingenua. Ni los directores de empresas ni los abogados eran la montaña de músculo puro que era Dan gracias al entrenamiento en combate diario. Ese error le había costado todo.

Dan la miró a los ojos y le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo.

—No lo puedo creer. Me ocultaste esto. —La voz era como el rugido distante de un camión.

Mia comenzó a temblar.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Un pajarito me contó que fuiste al ginecólogo y quería asegurarme de que estuvieras bien. —Miró a Carla.

Mia la miró perpleja.

—¿Cómo has podido, Carla? —le preguntó.

Carla apartó la mirada.

—¡Lo siento mucho, Mia! ¡No tenía idea de que se habían separado! Además, no se lo dije a él.

—¿Pero se lo contaste a Gabe?

Carla asintió. Gabe era su hermano, que trabajaba para Dan.

Mia volvió a sentir náuseas en el estómago. No debería pensar en eso. No en ese momento. Tenía que lidiar con Dan. Tomó una profunda bocanada de aire, como cada vez que había tenido que lidiar con su temperamento demente. Una vez más tranquila, lo miró.

—Hemos terminado, ¿recuerdas?

Dan se rio y su rostro se convirtió en una máscara carente de emociones.

—Después de esto, no. Estás esperando un hijo mío. ¿Crees que lo dejaré crecer en un hogar roto?

—No hay hogar alguno para él contigo…

—¿Él? —Una emoción pareció asomarle a los ojos—. ¿Es un niño?

Mia soltó una maldición por lo bajo. Dan siempre había soñado con tener un hijo.

—No lo sé.

—Pero crees que es un niño.

—¡No lo sé, Dan! ¿Qué importa?

—Tienes razón. No importa. Niño o niña, no dejaré que crezca con padres separados. Esto lo cambia todo. Regresarás conmigo, nos casaremos y trabajaremos en nuestra relación. Iremos al psicólogo.

A Mia le temblaron los labios.

—Pero no me amas, Dan.

Los ojos se le tornaron negros.

—Te equivocas, nunca dejé de amarte, *bella*.

Las palabras que cualquier mujer anhelaba oír hicieron que a Mia se le congelara la sangre. Negó con la cabeza.

—Hemos terminado. No hay terapia alguna que nos pueda ayudar. Han pasado demasiadas cosas. Las mujeres, tu temperamento…

Solo necesitaba que la dejara ir a casa. Diablos, necesitaba que la dejara ir y punto. Así podría desaparecer.

—Tienes razón, pero me estás convirtiendo en un hombre mejor. Estoy más controlado que nunca desde que eres parte de mi vida. Trabajaré en mi temperamento y no habrá ninguna otra mujer más. Te haré ver al hombre que una vez amaste.

Eso era imposible. Lo había amado hasta que descubrió la verdad acerca de su ocupación: algo que solo le reveló cuando se mudaron juntos. Determinada, alzó el mentón.

—¿Cómo me harás sentir algo por ti? ¿Me volverás a golpear?

La pregunta hizo que se le dilataran las fosas nasales y se le estremeciera una vena en la sien.

—No. Si quieres que trabaje en mi temperamento, lo haré. No te tocaré ni un solo pelo. No de ese modo. —Bajó la voz y añadió—: Detesté haberte hecho eso.

¿Cuántas veces había oído lo mismo en los últimos dos años y medio?

—No regresaré contigo.

Le tomó la mano y la jaló contra su pecho.

—Sí que regresarás.

Mia luchó para liberarse, pero fue en vano. Hacer una escena era la única oportunidad que le quedaba.

—Si no me sueltas, gritaré —escupió.

—No lo harás, *bella*. —Dan movió el brazo para que sintiera el cañón del arma a través de la fina tela de seda del vestido.

Unas agujas la perforaron de pies a cabeza.

—¡No le dispararás a la madre de tu hijo!

—Si me trae problemas con la policía, lo haré.

A Mia se le retorció el estómago y se llevó la mano libre al vientre en un gesto protector. Miró alrededor de la cafetería en busca de ayuda. La gente los miraba con curiosidad y de seguro asumían que eran una pareja teniendo una discusión. Carla tenía la mirada clavada en su café como un cachorro que sabía que se había portado mal. Y la anciana con el traje verde había dejado de tejer y miraba a Mia con preocupación. Pero ¿qué podría hacer una abuela contra Dan y sus dos guardaespaldas?

—Ayuda. —Mia gesticuló con la boca, pero la mujer ni se inmutó.

Dan tomó la bolsa de Mia y se la arrojó para jalar de ella hacia las puertas del personal. Pasaron por las puertas del baño exclusivo para empleados y siguieron avanzando hacia la salida de emergencia. La desesperación la comenzó a quemar como una fiebre. Había estado muy cerca de escapar de él, de darle a su bebé un futuro mejor y una vida normal, alejado de la mafia.

Pero no lo había logrado. Dan ahora tenía un motivo para buscarla a donde sea que fuera. Tenía contactos, maneras de ubicarla y de amarrarla a su lado. Había tenido una oportunidad cuando por fin había accedido a terminar esa relación tóxica que la había consumido física y emocionalmente, pero la había echado a perder. No debería haberse encontrado con Carla. Si hubiera esperado hasta el día siguiente…

Dieron vuelta la esquina del pasillo vacío y, de pronto, oyeron el eco de una voz a sus espaldas.

—¡Aguarden!

Cuando se detuvieron y se dieron vuelta, la esperanza la hizo sentir mareada. Pero solo se trataba de la anciana.

—¿Qué pasa? —ladró Dan.

La mujer se detuvo delante de ellos, pequeña y frágil y sin ningún indicio de temor en los ojos.

—Oye, querida. —Le habló a Mia con un acento que parecía alemán—. Conozco una forma de escapar, pero no es un camino fácil. Hay un hombre que te necesita tanto como tú lo necesitas a él. Es un vikingo.

Dan se rio.

—¿Qué? ¿Un vikingo de Minnesota? ¿De qué diantres hablas?

—Debes esperar cosas extrañas. —No dejó de mirarla mientras hablaba—. No creerás que son posibles, pero serán ciertas.

Mia tragó con dificultad. No sabía de qué hablaba la anciana, pero Dan le apretó el brazo con tanta fuerza que le empezó a doler, y comenzó a preocuparse por la seguridad de la mujer.

—Será mejor que se vaya. De inmediato —le dijo Mia.

—Querida, te has olvidado algo en la mesa. —La mujer introdujo la mano en la bolsa, y Dan le apuntó con el arma. Sin embargo, la anciana extrajo un objeto durado. Mia frunció el ceño. Parecía una especie de huso de cuento de hadas.

Qué situación más descabellada. La anciana se lo ofreció.

—Tómalo, te lo has olvidado.

Pero ¡qué locura! ¿Una manera de escapar? ¿Un huso dorado? ¿Un vikingo que la necesitaba?

Dan comenzó a estirar la mano hacia el huso, pero la mujer tenía una expresión feroz en el rostro y tanta fortaleza que fue como si el destino mismo la estuviera mirando a los ojos. Mia hizo a un lado el brazo de Dan y estiró la mano hacia el huso. La anciana le sonrió.

¿Qué había esperado que ocurriera lógicamente? Nada. Quizás la anciana utilizaría una pistola de descarga eléctrica contra Dan o le arrojaría gas pimienta. Quizás era una campeona mundial de karate retirada. O, quizás, todo era una broma de mal gusto.

Sea como fuere, Mia le siguió la corriente. Cuando el huso le tocó la mano, sintió una vibración que la recorrió entera y la cabeza le comenzó a dar vueltas. Le regresaron las náuseas al estómago. El mundo a su alrededor comenzó a evaporarse, y lo último que vio fue el rostro perplejo de Dan, que estiraba las manos para sujetar el espacio de aire vacío donde había estado hacía tan solo unos segundos. Una ola de alegría le invadió el cuerpo inexistente. Y luego, todo desapareció.

CAPÍTULO
DOS

Lomdalen, Noruega, 21 de junio de 875 d. C.

HAKON ABRIÓ de golpe la puerta de su recámara e inhaló el aroma del festín que estaban cocinando en el gran salón. Los dos hogares que había en el centro de la sala tenían varias filas de calderos. Las mujeres cortaban carne, picaban verduras y amasaban sobre las mesas alrededor de los hogares.

Era el día del solsticio. Por fin, había acabado la larga espera para que las piezas de su plan encajaran, y Hakon brillaba por dentro.

—¡Les dije que prepararan una cena, no un banquete! —les rugió a las cocineras.

Las mujeres alzaron la mirada para verlo con los ojos grandes como platos. Un niño soltó un chillido.

—Continúen. —Solveig se separó de la fila de mujeres.

Como tenía una pierna mala, avanzó tambaleándose hasta él mientras se limpiaba las manos en el delantal. Era la curandera de la aldea y había sido la partera de su madre cuando él había nacido. La mujer le escudriñó el rostro y se detuvo sobre la mancha de nacimiento con forma de lobo gruñendo que le rodeaba el ojo izquierdo y se le extendía por la sien y la mejilla hasta el nacimiento del cabello.

—¡Solveig! —exclamó—. ¿No tienes que atender a los hombres heridos?

Los primeros ataques de la temporada no habían salido bien sin él, que se había quedado en casa porque no quería perderse el solsticio de verano.

—Ven, Hakon. —Se detuvo delante de él—. Hoy todos conocerán a su nueva señora. Quieren una boda.

—¿Quieren una boda? —repitió.

A pesar de que la mujer era pequeña, era la única persona en toda la aldea que no se estremecía de temor cuando le hablaba.

—Es evidente que tú no —repuso.

—Has acertado. Yo no. No es posible una boda feliz con «su» hija. No hay nada que celebrar.

Solveig se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Quizás sí la haya. Quizás ella sea buena para ti.

—No hay nadie en los nueve mundos de Yggdrasil que sea bueno para mí —masculló.

La mujer ladeó la cabeza. Hakon detestaba que lo mirara de ese modo. Lo hacía sentir como un niño pequeño que se había portado mal e intentaba ocultarlo.

—Entonces, hazlo por la gente, *jarl*. Dales esperanza. La esperanza de una vida normal.

Hakon soltó un suspiro profundo y le sostuvo la mirada.

—No hay esperanza para ellos, Solveig. No mientras sea su *jarl*. Ya lo sabes.

Negó con la cabeza.

—Ojalá dejaras de decir esas tonterías. ¿No hay esperanza? —Soltó un bufido—. Espera y lo verás. Quizás esta mujer sea la esperanza que necesitas.

—La única esperanza que necesito es que su padre siga vivo para poder matarlo.

Pasó caminando por delante de ella y se dirigió a la salida.

—¡Dejen de cocinar! —ordenó sin mirar a nadie—. Guarden la comida. No habrá ningún banquete de bodas.

En el gran salón se oyeron varios suspiros de desilusión. Mientras se acercaba a la salida, varias personas le pasaron por delante con pilas de leña y baldes de agua. Los niños llevaban verduras y, como siempre, apartaban la mirada al verlo. Hakon reconoció a Ledis, una niña que pasaba con una cesta llena de nabos y, como no pudo quitarle la mirada de encima, se tropezó en el umbral. Los nabos salieron volando en todas direcciones y estuvo a punto de golpearse el rostro contra el suelo, pero Hakon salió disparado hacia ella y la sujetó de las axilas antes de que se golpeara. Los nabos rodaban por el suelo a su alrededor. La niña lo miró con los ojos bien agrandados, se liberó de sus brazos y echó a correr soltando un grito.

—¿Acaso se piensa que me la voy a comer? —gruñó Hakon.

Solveig se acercó tambaleándose y comenzó a recoger los nabos.

—Quizás sí. Las madres les cuentan historias de terror acerca de ti a los niños para que no salgan en la oscuridad. La boda los ayudará a ver un lado diferente de ti.

—Me han conocido desde que nacieron.

—Y te han temido desde entonces.

Con el mentón apretado, Hakon salió lleno de ira y frustración que le hervían en el interior como las aguas profundas del Helheim. Estaba a punto de invitar a otra persona a su vida que estaría igual de aterrada que el resto.

Hakon se acercó a su caballo nuevo, que estaba de pie cerca de la entrada. El animal soltó un relincho y ladeó la cabeza cuando se le acercó y abrió los ojos de par en par al captar el olor del tapado de piel de lobo.

—Calma, Viento, calma —lo apaciguó acariciándole el cuello—. El tapado ya tiene dieciséis inviernos. El lobo ha muerto hace rato.

Hakon se montó sobre Viento y lo guio a través de la aldea para adentrarse en el bosque. La gente reanudó las conversaciones a sus espaldas, como si acabara de pasar una amenaza.

Su *hersir*, el comandante militar Torfi, se había ofrecido a ir con él en caso de que planearan tenderle una emboscada, pero Hakon estaba seguro de que no sería necesario. Si Nyr hubiera querido matarlo, lo habría hecho el otoño anterior, cuando lo tenía a su merced.

Pasó por delante de las casas comunales oscuras y algo erosionadas que había conocido durante toda su vida, luego pasó por el establo, las rejillas para secar pescado y la cantera de ahumado. Los habitantes de la aldea estaban ocupados con sus tareas mientras todos se preparaban para conocer a la nueva señora, que le pondría fin al peligro que venía del rey Nyr.

Los tejados tenían agujeros, los gabletes estaban desgastados por el paso del tiempo y los cobertizos, los establos y las cercas estaban torcidas. En las calles habían puesto tablones para cuando la tierra se convirtiera en barro con la lluvia. La aldea estaba viva y se oían los sonidos de las actividades diarias: los martilleos del herrero, los mullidos y graznidos de los animales, las conversaciones y los chillidos de los niños que jugaban por doquier. En el aire flotaban nubes de

humo con aroma a carne asada y pan recién horneado para recibir a la princesa Arinborg.

Había algo más, apenas perceptible. Un cambio en el aire, como si el destino estuviera cocinando algo. Hakon esperaba que las nornas estuvieran tejiéndole el mismo destino que había respirado desde la muerte de su padre hacía dos años. El destino de asesinar a su enemigo.

Tras pasar varios instantes subiendo la pendiente baja de la montaña a través de la arboleda, llegó al bosquecillo sagrado. No pudo evitar sentir curiosidad en la boca del estómago. Esperaba que Arinborg también sufriera la maldición de alguna marca o que fuera una mujer fea. Entonces sería más fácil mantenerse alejado de ella. Si descubría su plan de asesinar a su padre, podría advertírselo.

Las piedras del bosquecillo sagrado se encontraban entre árboles ennegrecidos. Se formaba un gran claro, con pinos, álamos temblones y abedules que lo rodeaban como paredes. Unas piedras emergían como los hombros de un gigante entre los árboles y parecían a punto de moverse si uno parpadeaba. En el medio del claro, había una piedra con unas runas, al lado de un altar de piedras donde se realizaban rituales de sangre y sacrificios. Y, al lado del altar, vio a una mujer.

A Hakon le dio un vuelco el corazón y se congeló durante un instante mientras la observaba. Tenía las dos manos apoyadas contra la piedra con runas y respiraba entre jadeos. El largo cabello de color rubio cobrizo le caía en ondas y le ocultaba el rostro. Llevaba puesto un hermoso vestido con una tela exquisita que no se parecía a nada que hubiera visto antes. La tela parecía delgada y le fluía por el cuerpo como el agua. Unas flores gigantes lo decoraban y le daban el aspecto de un espíritu de la naturaleza al despertarse. Parecía una criatura de otro mundo. Por encima del hombro, tenía una bolsa de cuero violeta.

Hakon soltó una maldición por lo bajo. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa?

Antes de que pudiera saludarla, un oso apareció de entre los árboles a sus espaldas. El animal gruñó y se paró sobre dos patas. Al otro lado del claro, a la izquierda de Hakon, había varias abejas zumbando. El año anterior, Solveig había encontrado el panal en el árbol, y nadie lo había tocado porque consideraban que estaba bendecido por los dioses.

A Hakon se le congeló la sangre. El oso quería la miel, pero de seguro pensaba que Arinborg estaba allí por lo mismo. La bestia soltó un rugido, y la princesa alzó la cabeza para mirarlo. Era hermosa: tenía ojos grandes, una boca suave y unos pómulos erguidos. Se le dio un vuelco el estómago de temor por ella. Cuando el oso se lanzó al ataque, espoleó al caballo.

Arinborg lo miró con los ojos abiertos de par en par, y Hakon se inclinó a un lado para sujetarla mientras Viento le pasaba por al lado. Sin mayor esfuerzo, la colocó sobre el caballo delante de él.

El oso los persiguió y los atacó, parándose sobre las patas traseras y desgarrando el aire vacío por el que acababa de galopar Viento. Hakon hizo girar al caballo, y cabalgaron por la piedra de las runas para alejarse del bosquecillo sagrado. Viento siguió avanzando por el sendero a un ritmo demasiado rápido, y Arinborg comenzó a rebatirse antes de gritar:

—Pero ¿qué te pasa, salvaje? ¡Suéltame!

La mujer sonaba determinada, al igual que su padre. Y si se parecía en algo a su progenitor, no sentiría más nada que odio hacia ella.

Echó un vistazo hacia atrás y no vio al oso por ningún lado entre los árboles. El sendero a sus espaldas se encontraba vacío. Hakon tiró de las riendas para disminuir el ritmo del caballo.

—Este salvaje te acaba de salvar de un oso, princesa. —La mantuvo quieta delante de él y sintió como el cuerpo le calentaba la piel a través de la tela suave del vestido. La mujer no dejó de debatirse.

—¡Detén el caballo!

—Lo puedo detener si quieres que nos alcance el oso. Pero permíteme sugerir que quizás sea mejor que nos alejemos lo más posible del animal. Si sigues moviéndote, te vas a caer y te vas a romper el cuello. ¿Eso es lo que quieres?

La mujer guardó silencio. Al poco rato, llegaron a la aldea, y la gente dejó todo para observarlos con los ojos bien abiertos. Nadie se sorprendía de que la Bestia llevara a su futura esposa arrojada sobre el caballo como si fuera un saco de avena.

Hakon detuvo a Viento frente al gran salón y se desmontó antes de ponerle las manos sobre las caderas y ayudarla a desmontar. Era probable que fuera un gesto poco apropiado, pero no le importó. Las curvas de las caderas se sentían redondeadas bajo la tela fina del vestido. Tenía un cuerpo suave, firme y demasiado cálido. La piel se deslizaba bajo el material como si también fuera de seda.

Arinborg apoyó los pies en el suelo y se volvió para mirarlo. Estaba de pie entre él y el caballo y pudo inhalar su aroma dulce y limpio. Olía a flores primaverales y algo más… una suerte de especia que parecía pertenecerle solo a ella.

Tenía los grandes ojos verdes algo sesgados. ¿Cómo era posible que tuviera pestañas tan gruesas? Se estaba ahogando en su mirada. Un rubor del color de una rosa silvestre le cubría las mejillas. Como tenía los labios carnosos, suaves y entreabiertos, sintió el impulso de besarla, de saborear su lengua y su boca y de morderle un labio sensual. El corazón le comenzó a latir desbocado en los oídos.

No, no podía. Había decidido que no se involucraría con ella. No le daría su corazón. Pero la deseaba. Quería explorarle las piernas con los dedos, inhalar su aroma y admirar su belleza. No se podía resistir a ella, pero tenía que hacerlo. Era su novia. Podría tenerla si así lo deseaba… Por Loki, cómo la deseaba.

—¡Malditos sean todos los dioses! —Se inclinó hacia ella para besarla.

Pero al verlo, se le agrandaron los ojos de la sorpresa, se agachó y vomitó. Un líquido cálido le empapó la túnica en el pecho. Hakon cerró los ojos y apretó el mentón. A su alrededor, la gente se reía entre dientes, y su novia se limpiaba la boca con el dorso de la mano mientras lo observaba por detrás de las pestañas.

No era de sorprender que se hubiera sentido asqueada por su marca de nacimiento y no hubiera podido ocultar sus sentimientos. La ira le comenzó a hervir en el interior.

Arinborg miró a todos los presentes y se llevó la mano a la garganta.

—¿Dónde estoy?

—En Lomdalen, obviamente —le respondió Hakon y dio un paso hacia atrás. Tenía que limpiarse la túnica.

—¿Dónde queda eso? —la voz se le redujo a un susurro.

Hakon la miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué hablas, princesa? Ya sabes dónde es, si has venido hasta aquí.

Arinborg tragó con dificultad, y con las manos buscó algo a sus espaldas. De pronto, se dio la vuelta y echó a correr. Las faldas se le volaban al viento, y se le veían las piernas largas y esculpidas. Hakon estaba tan anonadado que no se pudo mover. ¿Sería tan feo? ¿Tan feo que la hizo huir y romper la promesa de su padre?

Hakon miró a su gente para ver si alguien entendía lo que acababa de pasar, pero todos tenían la misma expresión de estupor. Luego recobró los sentidos y corrió tras ella. Tenía que casarse con él. No había otra opción. Lo habían acordado, y todo dependía de eso.

La alcanzó tras pasar por delante de dos casas comunales; no era la corredora más veloz. La

sujetó del antebrazo y la hizo girar hacia él. Respiraba entre jadeos e intentaba patearlo.

—¡Suéltame!

Se la apretó contra el pecho para que dejara de debatirse.

—Princesa, debes honrar el acuerdo de tu padre y casarte conmigo. Si querías cambiar de parecer, lo deberías haber hecho antes. Ahora es demasiado tarde.

—No sé de qué hablas. ¿Estamos en el plató de una película? ¿O en un programa de telerrealidad? ¿Dónde están las cámaras? Suéltame.

Le dio una patada en el tobillo que le produjo un dolor lacerante, pero la apretó con más fuerza.

—¿De dónde sacas todas esas palabras raras?

Las dudas lo arrasaron como una ola fría del mar del Norte y la sacudió ligeramente.

—Eres Arinborg, ¿no?

El rostro de ella adoptó una expresión sobria. Se congeló y lo observó con detenimiento.

—¿Qué pasaría si no lo fuera?

—Si no eres Arinborg, eres una impostora que finge ser una princesa e intenta casarse con un *jarl*. Te juzgaríamos y te mataríamos.

La respuesta la puso pálida, y el pecho le subió y le bajó hasta que, sumamente exasperado, Hakon tomó consciencia de los pechos suaves rozándole la piel y desatándole una ola de deseo líquido y dolor.

—¿Eres Arinborg o no?

Ella se obligó a sonreír y se cubrió el estómago con una mano. Esperaba que no fuera a vomitar por segunda vez.

—Claro que sí. Te estaba poniendo a prueba.

Hakon notó que la mujer se estaba obligando a relajarse y vio lo mucho que le estaba costando. Detrás de la máscara, asomaba esa expresión de temor, el ceño fruncido de alguien que estaba aterrorizado. Era la expresión que había visto a su alrededor toda la vida.

—Qué bueno —le dijo y la liberó, pero no le soltó el codo—. Mira, yo tampoco deseo este matrimonio. Pero lo hemos arreglado entre tu padre y yo. No seré Baldr, el dios de la belleza, pero igual te casarás conmigo. Y si no te agrado… pues mala suerte.

Arinborg arqueó las cejas, sorprendida, pero Hakon la ignoró y continuó.

—Ahora estamos unidos, sin importar que te parezca atractivo o no. Serás mi esposa. Está decidido.

A pesar de que no dijo nada, una resolución fría le tornó los hermosos ojos verdes primaverales de un tono malaquita al oír sus palabras. Se le tensó el mentón y pareció retirarse a algún sitio profundo en su interior.

—Está bien —escupió apretando los dientes.

—Vamos. —Hakon se retorció y la arrastró sin dejar de detestar el hecho de tener que obligar a una mujer a casarse con él en contra de su voluntad. Y sin dejar de detestar que esa mujer despertara una pequeña parte de él que deseaba que no le temiera a la Bestia como lo hacían todos y que quisiera casarse con él de buena gana. Pero acalló a esa parte.

CAPÍTULO
TRES

El aroma del estofado, que echaba vapor en un cuenco de arcilla delante de Mia, hizo que se le hiciera agua la boca. Estaba sentada sola en una mesa larga con el cuerpo tenso y los hombros doloridos.

Miró alrededor de la habitación. Varias mujeres cocinaban sobre fogatas y le lanzaban miradas de reojo. Hakon hablaba con una mujer regordeta de estatura tan baja que apenas le llegaba al centro del pecho y lo observaba como si fuera un poste de electricidad alto.

El pensamiento la hizo percatarse de que allí no había electricidad. La casa oscura no tenía ventanas, de modo que la única luz provenía de las lámparas de gas que colgaban de las vigas. La edificación era de madera rústica, al igual que los muebles. La mayoría de las personas eran rubias. Las mujeres llevaban puestos unos largos vestidos de lana, y los hombres, unas túnicas y unos pantalones que metían en unas medias que les llegaban a la altura de la rodilla.

¿Dónde estaba y cómo había llegado allí? Recordaba estar en el hospital y que Dan la arrastraba. Luego la anciana había ido al rescate, y, cuando Mia tocó el huso dorado, su cuerpo comenzó a disolverse al lado de Dan. De repente, abrió los ojos en un claro en el bosque, y un oso rugió al tiempo que un hombre gigante a lomos de caballo y armado con un hacha y una espada la levantaba en el aire. Se llamaba Hakon.

La peculiaridad del lugar la aterrorizaba, así como también el hecho de que hablaba un idioma extranjero que jamás había aprendido. Hakon la aterrorizaba: no solo su aspecto físico, que lo hacía parecer gigante, poderoso e intimidante, sino también la marca de nacimiento, que hacía parecer como si un lado de él fuera oscuro y el otro, claro. Como si dos criaturas habitaran en su interior: un hombre y una bestia. Y esa segunda era la que le hacía recordar a Dan.

Tenía que marcharse de allí, pero primero debía descubrir cómo hacerlo. Disfrutó la oportunidad de que la dejaran a solas para intentar comprender lo que estaba ocurriendo. Se apoyó una mano en el vientre plano.

—Estamos bien —susurró—. Vamos a sobrevivir.

El estómago le gruñó. ¿Cómo era posible que tuviera hambre luego de vomitar? Pero estaba famélica y tomó una cuchara de madera para llevarse una porción de estofado a la boca. Cerró los ojos de dicha y disfrutó el sabor exquisito.

La mujer con el huso dorado le había dicho algo acerca de… un vikingo. Mia se atragantó y escupió el estofado por toda la mesa antes de incorporarse de un salto. Todos la miraron anonadados.

—¿No te gusta la comida, princesa? —le preguntó Hakon.

—¿Eres vikingo? —le preguntó casi jadeando.

Hakon frunció el ceño.

—Este año aún no he ido a hacer las de vikingo, no me quería perder el encuentro contigo.

—¿Hacer las de vikingo?

La miró con el ceño más fruncido y una intensa expresión de peligro en el rostro. Cruzó la habitación para llegar a su encuentro con unas rápidas zancadas y se detuvo delante de ella, que de repente se quedó sin aire en los pulmones. Habló con la voz baja y ronca y le produjo unos estremecimientos cálidos en la piel.

—Hacer las de vikingo: atacar, robar. ¿Me estás poniendo a prueba otra vez? Haces preguntas sin sentido como si fuera la primera vez que oyes de esto. —La sujetó del brazo y la jaló contra su pecho. Sintió como si se hubiera dado de bruces contra una muralla de ladrillos—. ¿O estás poniendo a prueba mi paciencia? Porque no tengo mucha. Si sigues con estas preguntas, lo vas a ver pronto.

Tenía el rostro tan cerca del de ella que pudo ver las notas verdes en sus pálidos ojos casi dorados. Eran unos ojos magnéticos, los de un conquistador, los de alguien que no se detenía hasta obtener lo que quería.

Dan solía mirarla de ese modo. Los recuerdos la embargaron. Sintió dolor, impotencia y temor y se le cerraron los pulmones y la garganta. «¡No!». Acababa de escapar de Dan y no permitiría que otro hombre hiciera lo mismo que le había hecho él: abusar de su cuerpo, quitarle la libertad, romperle el espíritu… y amenazar a su bebé.

Jaló del brazo para liberarse y lo empujó. Anonadado, Hakon se tambaleó hacia atrás y se le transformó el rostro.

—¡Ya te dije que me soltaras! —le gritó y se dirigió hacia la salida a grandes zancadas. Que la condenaran si se quedaba tan solo un minuto más con un hombre como Dan. ¿Qué le pasaba a ese tal Hakon? No quería saberlo. Lo único que quería era poner a su bebé a salvo.

Salió al exterior e inhaló una profunda bocanada de dulce aire fresco. Alrededor de la aldea, las montañas se alzaban como murallas hacia el cielo, y en un extremo del poblado, un gigantesco brazo de agua quieta se curvaba entre las formaciones. Había varios barcos anclados en la orilla: eran embarcaciones de madera largas con unas proas altas y encorvadas y varios escudos a lo largo de los laterales. Varias vacas y ovejas pastaban, y unas gallinas cacareaban. A una casa de distancia, un herrero martilleaba contra un yunque enorme.

Mia se estremeció y bajó la mirada al vientre.

—¿Dónde estamos, corazón? —le susurró sin poder creer lo que captaba con los sentidos.

—No te escaparás —le dijo Hakon a su lado, y una mezcla de terror y entusiasmo le recorrió la piel como una lluvia de chispas—. Y si quieres que deje de tocarte, debes dejar de comportarte como si Loki te hubiera quitado la razón.

Era como una montaña de carne humana. No la sujetó ni la empujó ni tampoco movió un dedo hacia ella en esta ocasión, pero su calor corporal la acarició con suavidad. Alto y musculoso, se movía con una gracia predadora y cada acción era eficaz y práctica. A pesar de que Dan también era alto, era de estatura mucho más baja que Hakon y tenía menos masa muscular. Mientras que Dan era sofisticado y tenía estilo con sus trajes italianos hechos a medida y el corte de cabello perfecto, Hakon representaba la simplicidad y la dureza. Era como comparar a un aristócrata con un bárbaro.

La mirada de Hakon la dejó anclada en el suelo. El hombre emanaba poder y fuerza de voluntad. Y su aroma… por todos los cielos, olía a heno, cuero y mar. Y tenía una voz profunda, melódica y sensual… perfecta para leer audiolibros eróticos.

La mancha de nacimiento rosada y amarronada que tenía alrededor del ojo lo hacía inolvidable y misterioso… como un superhéroe oscuro que no había decidido si luchaba por el

bien o por el mal. ¿Se sentiría cohibido por esa marca? Era probable que la mayoría de las personas lo hicieran, pero Hakon radiaba ira, como si tuviera un campo de fuerza invisible a su alrededor.

—¿No te quieres casar conmigo? —le preguntó con una voz de acero. ¿Acaso le oyó una nota de vulnerabilidad en la voz? Tenía la vista clavada en un punto delante y un perfil serio.

¿Qué respondería la princesa Arinborg?

—No es mi decisión —le dijo. Ella y Arinborg debían de tener eso en común.

—Te sugiero que sigas tu propia sabiduría. La decisión se tomó por ti. Lo único que debes hacer es obedecer.

Quizás Arinborg hubiera hecho eso, pero Mia no. Miró alrededor. ¿Cómo podría escapar? Hakon la observaba como un halcón. Quizás cuando estuviera dormido u ocupado con otra cosa… Echó un vistazo al bosque que se veía entre los tejados. En algún punto, estaba el sendero por el que habían llegado.

Si volvía a viajar en el tiempo y… oh, pero qué ridícula que sonaba esa idea. Pero a lo mejor, si regresaba al claro donde la había encontrado Hakon, podría hallar el modo de regresar a Boston. Había estado tocando la piedra cuando llegó; recordaba haber sentido una vibración extraña que provenía de la superficie fría y le recorría todo el cuerpo. Los dedos casi se le habían hundido en la piedra. Si la volvía a tocar, ¿regresaría a su propia época?

Había dos problemas con regresar al bosquecillo. Uno era que el oso aún podría estar allí. El segundo era que Dan podría estar esperándola al otro lado. No podía negar que la anciana la había ayudado a huir, pero ¿esa solución sería mejor que estar bajo su control? Si regresaba, Dan se enteraría. Si vivía en el mismo planeta que él, la encontraría. Tenía una vasta red de conexiones en la mafia y, a veces, sentía como si viviera en una película de ciencia ficción y le hubiera implantado un microchip en el cuerpo. Siempre sabía dónde estaba.

Técnicamente, estar allí con esos vikingos era el mejor sitio para esconderse de Dan. Pero, no. Estaba embarazada. Se llevó la mano al vientre. «¿Estás bien, corazón? ¿Te ha lastimado el viaje en el tiempo?». Mia se concentró e intentó sentir la vida en su interior, aunque como médica sabía que no había modo de saberlo con exactitud. Pero sintió el mismo aguijonazo débil en el vientre que había experimentado en varias ocasiones durante el primer trimestre. Sí, se encontraba bien. No tenía dudas.

Ahora que estaba entrando al segundo trimestre, las posibilidades de que algo saliera mal eran mucho menores. También se sentía mejor: no tenía muchas náuseas ni estaba demasiado cansada. Pero había otra cosa a considerar. No podría dar a luz allí. Dar a luz sin medicina moderna era peligroso, y las amenazas a la salud eran enormes. Por no mencionar las condiciones insalubres.

Primero, debía regresar a Boston y luego debía encontrar el modo de escapar de Dan. Por eso, decidió continuar con el papel de la princesa Arinborg hasta esa noche. Haría lo que fuera necesario para salvar al bebé. Cuando Hakon se quedara dormido, se escabulliría y regresaría al claro.

—Tienes razón —le dijo—. Seguiré mi sabiduría. —La voz se le sobresaltó y casi la traicionó.

Hakon la miró.

—Qué bueno. Por fin. —Pero mientras le respondía eso, no dejó de fruncir el ceño.

Seguiría su sabiduría: la de no permitir que ningún otro hombre le dirigiera la vida, sin importar lo poderoso… o atractivo que fuera.

CAPÍTULO
CUATRO

Mia aguzó el oído en la noche. En la casa reinaba el silencio al otro lado de la recámara de Hakon, y el hombre en cuestión dormía pacífico en el suelo al lado de su cama. Mia se incorporó sobre un codo en el colchón, y la manta de piel se le deslizó por los brazos. A pesar de que una criada le había llevado un camisón, se había negado a ponérselo antes de ir a la cama y, por eso, estaba vestida.

Hakon le había informado que dormiría en su recámara, la única habitación en la casa, además del gran salón. Según tenía entendido Mia, por lo general, los invitados dormían en la especie de camas que había en el gran salón. Pero Hakon le había asegurado de que no tenía intenciones de tocarla antes de la boda. Y, por más que le hubiera dicho que escucharía a su sabiduría, sabía que no se fiaba de ella.

Por eso debía aprovechar la oportunidad de escapar. Con el corazón latiéndole desbocado, soltó el aliento despacio y sin hacer ruido hizo la manta a un lado para pararse sobre el suelo de madera. Encontró las sandalias y se las puso con cuidado de no emitir sonido alguno. A pesar de que dio pasos suaves, uno de los tablones del suelo crujió. Mia se quedó congelada en su sitio y tragó con dificultad al tiempo que Hakon se removía y se giraba sobre un costado. Luego tomó la bolsa y se la pasó por el hombro como si fuera una bandolera. El pulso le latía desbocado en las orejas. Apretó los puños y los sacudió para aliviar la tensión.

—Vamos a estar bien, corazón —dijo en un susurro apenas audible y se acarició el vientre.

Luego siguió avanzando por la habitación mientras se le formaba una capa de sudor fría que le recorría la espalda al pasar por al lado de la cabeza de Hakon. Estaba durmiendo sobre un tapete de piel de carnero y se veía de lo más atractivo con el rostro tranquilo y relajado. En el poco tiempo que lo conoció, jamás lo había visto así estando despierto. Se preguntaba cómo sería ser su esposa y sentir esos brazos fuertes alrededor del cuerpo mientras dormían. Qué ingenua.

Por alguna suerte de milagro, llegó a la puerta sin despertarlo. La entreabrió y echó un vistazo para asegurarse de que no hubiera nadie despierto o alrededor. Con el pulso desbocado, como si acabara de correr una maratón, la terminó de abrir. El sudor le empapaba todo el cuerpo y comenzaron a temblarle las manos. Tras poner los dos pies en el gran salón, cerró la puerta a sus espaldas. Como la gente roncaba en las esquinas de la habitación, esperaba que esos sonidos la ayudaran a cubrir cualquier ruido que pudiera hacer de camino a la entrada.

Cuando llegó a la puerta doble, la abrió un poco para echar un vistazo al exterior. Cerca, vio a un hombre sentado sobre una silla que se apoyaba contra una pared y tenía el mentón contra el pecho. Parecía dormido. Mia comprendió que Hakon había dejado a un centinela y que debía tener cuidado. Abrió la puerta poco a poco y oyó el ruido chirriante que hizo. El corazón se le detuvo y se quedó congelada mirando fijo al centinela. El hombre se removió, se enderezó, se

rascó el rostro y miró alrededor. Mia se ocultó detrás de la puerta y aguardó. Al cabo de varios minutos, volvió a echar un vistazo para comprobar que se había vuelto a quedar dormido.

Sintiendo las piernas pesadas, se escabulló entre la apertura. Afuera la noche estaba fría, y pronto se le puso la piel de gallina. El suelo seco le amortiguaba los pasos. El centinela continuaba respirando profundo, y Mia miró alrededor para asegurarse de que nadie la hubiera visto.

Pero el único movimiento fue el del viento que mecía los árboles de la aldea. El pecho se le llenó de esperanza y se apresuró hacia el bosque y el sendero que conducía colina arriba y al claro en el que yacía la extraña piedra de las runas.

~

HAKON MIRÓ la cama vacía en la oscuridad.

Algo lo había despertado hacía un momento: el instinto de verificar que su novia se encontrara bien. Pero ella no estaba allí. Se sentó en el suelo. ¿Habría ido a aliviarse? No. Su instinto le decía que había vuelto a huir. Soltó un gruñido bajo por la garganta.

—¡Despierten! —rugió mientras salía disparado hacia el gran salón y golpeaba la puerta a sus espaldas.

Varios hombres y mujeres lo observaban cansados desde los rincones.

—¡Busquen a la princesa! —les ordenó.

Echó a correr hacia la entrada buscándola. ¿Cómo podría haber confiado en su palabra? Había sentido que algo iba mal, que se mostraba reticente y tenía un comportamiento extraño. Lo había engañado. No, en realidad, se había engañado a sí mismo al permitirse bajar la guardia. Ella le había dicho que aceptaría su destino, y le había creído. Qué tonto. Quería creerle porque una pequeña parte de su ser quería que fuera su esposa, por más obvio que fuera que su maldición la había aterrado.

No debería haberle quitado los ojos de encima ni un solo instante. No debería haberse quedado dormido. Debería haber colocado más centinelas en la entrada.

Había escogido huir… huir de la maldición. «Pues, qué pena», pensó apretando los dientes. La maldición la encontraría.

Al salir, Loker, el centinela que había puesto a hacer guardia, miró alrededor con una expresión de perplejidad típica de alguien que acababa de despertarse.

—¡Que Thor te golpee con su martillo! ¡Te quedaste dormido! —rugió Hakon.

—*Jarl*…

—Ve a despertar a los hombres. Y será mejor que la encontremos antes de que vaya demasiado lejos.

Loker se puso pálido y se apresuró hacia la casa de al lado. Al poco tiempo, varios hombres avanzaban hacia él por las calles de la aldea con los rostros llenos de preocupación y las hojas de las hachas destellando bajo la luz de la luna.

—Busquen a los caballos y los perros. La princesa Arinborg ha huido. Encuéntrenla. Búsquenla en el bosque, en el agua, debajo de los troncos y en las cuevas. Si desaparece o sufre algún daño, estaremos invitando a un enemigo enfadado a atacarnos.

Sus hombres asintieron con la cabeza. Se separaron en varios grupos y partieron en todas las direcciones.

Hakon se montó sobre Viento y miró alrededor. La princesa podría estar en cualquier sitio, pero algo le decía que siguiera el sendero que conducía hacia el bosque. No sabía si era el

instinto o el destino. Podría haber regresado a casa, y el modo más fácil de hacerlo sería por agua si no quería dejar ningún rastro. Podría haberse llevado uno de los pequeños botes de pesca; no era difícil para una mujer remarlo.

Sin embargo, Hakon quiso seguir el mismo sendero que lo había conducido a ella desde el comienzo. Por eso, condujo al caballo en esa dirección. Dos hombres más lo acompañaron. Avanzaron a paso lento entre los árboles oscuros, y a Hakon se le formó un nudo en el estómago. No podía permitir que se le escabullera por entre los dedos. ¿Y si el oso seguía allí? ¿Y si había una manada de lobos? El corazón se le paralizó al pensar que Arinborg pudiera sufrir el mismo destino que su madre.

¿Por qué había escapado? No lo soportaba. El dolor de no ser querido, de ser rechazado le apretó el centro de su ser como un puño de acero. Se sentía como un perro sucio al que nadie quería. La idea de convertirse en su esposa, de tener que pasar el resto de la vida con él y compartir su cama, le debió de parecer tan repulsiva que había decidido romper la promesa de su padre y escabullirse sola en el bosque. O quizás alguien la había ayudado. Quizás tenía a otro hombre.

A pesar de que acababa de conocerla, la idea de que tuviera a otro hombre hizo que le hirviera la sangre como aceite. No toleraría la traición.

De repente la vio. El vestido blanco destellaba entre los árboles negros, y el patrón con flores primaverales se veía oscuro en la noche. No era posible correr colina arriba, pero caminaba lo más rápido que podía. Y, más adelante a la izquierda, vio el claro con el bosquecillo sagrado. Su destino era obvio, pero… ¿por qué? ¿Habría alguien aguardándola? ¿Tendría que entregarle algún mensaje a un espía de Nyr? ¿Habría descubierto algo del plan?

Apretó los dientes. Por todos los dioses, no permitiría que ocurriera eso.

—¡Arre! —espoleó a Viento, y Arinborg echó un vistazo hacia atrás anonadada.

La princesa apretó el paso y siguió avanzando hacia el centro del bosquecillo con los brazos estirados hacia el frente como si quisiera aferrarse a algo.

Hakon llegó al claro, pero no vio a nadie más que a su novia allí. Al reparar en la piedra, se preguntó si habría alguien oculto detrás de ella. Detuvo al caballo, se desmontó de un salto y corrió tras ella con el hacha en la mano por si aparecía alguien.

—¡Arinborg! —la llamó.

Estaba cerca de ella, pero ya casi había alcanzado la piedra. Apretó el paso y, antes de que pudiera tocar la piedra, la sujetó de la cintura con un brazo y cayeron rodando sobre el suelo. Quedó recostado encima de ella, apretándola contra el suelo y mirándole el rostro perplejo que pronto dio paso a una expresión de enfado. Le golpeó el pecho con las dos manos.

—¡Suéltame! —le gritó con las mejillas sonrosadas y la frente destellando de sudor. Tomó consciencia del cuerpo suave y cálido debajo del suyo y de los senos aplastados contra su torso y las piernas que emanaban calor. Se la imaginó deseándolo. Se imaginó que sudaba, pero no de huir de él, sino de no poder saciarse de él. Se imaginó esas piernas largas abiertas para él, envolviéndole la cintura y alentándolo a que la penetrara. Pero eran sueños. El rostro de la princesa estaba tenso y reflejaba desesperación y asco.

—No, no te escaparás —le gruñó. Su expresión lo apuñaló, pero se tragó el dolor. Le echó un vistazo a sus hombres—. Recorran los alrededores. De seguro se quería encontrar con alguien.

Sus hombres salieron galopando alrededor del claro y se adentraron en el bosque.

Cuando volvió a mirarle el rostro, no pudo respirar. Era hermosa. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios como rubíes y el cabello de color miel. Y los ojos… le dolía mirarlos porque eran preciosos. Y estaban llenos de temor y furia.

—¿Con quién te ibas a encontrar? ¿Qué querías decirles?

Unas lágrimas le recorrieron el rostro.

—Con nadie. Quería huir de ti. —Le escupió las palabras en el rostro como si estuvieran cargadas de veneno.

Jamás se había sentido menos querido o más feo. Jamás se había sentido más como una bestia que como lo hacía en ese momento.

—No me dejas otra opción. A partir de ahora, eres una prisionera. Te casarás conmigo en cuanto regresemos a la aldea. Y estarás bajo vigilancia hasta que aceptes tu vida aquí. Y si temes que te vaya a tocar como un hombre toca a su esposa, si es mi fealdad lo que te molesta, te doy mi palabra que de no te pondré una mano encima hasta que no me lo pidas tú misma.

Se puso de pie y la ayudó a incorporarse.

—Puede que me llamen Bestia, pero no soy ese tipo de bestia.

No se atrevió a mirarla mientras le decía eso, sino que la arrastró hasta el caballo. Pero por el rabillo del ojo, le pareció ver que se le suavizaba el rostro.

CAPÍTULO
CINCO

Ese mamut vikingo la había atrapado. ¿Estaría destinada a acabar atrapada por los hombres? Primero en Boston, y ahora aquí, en lo que creía que debía de ser la Escandinavia vikinga.

Mia tenía la espalda apretada contra el torso de Hakon mientras cabalgaban, su cuerpo la calentaba y sentía los brazos fuertes alrededor de ella sosteniendo las riendas. Respiró con dificultad, sintiendo como si no hubiera aire suficiente en su presencia y con las mejillas ardiendo como dos carbones.

Todavía le tenía miedo. Hubiera sido una tonta de no temerle considerando que podría partirla en dos con las manos si así lo deseaba. Sin embargo, no podía negar que la afectaba de modos que Dan jamás lo había hecho; hacía que se le debilitaran las rodillas y se le humedeciera la piel. Y cuando le dijo que no la tocaría, se le había aliviado una tensión en algún punto profundo del vientre. Una parte de ella le creía, aunque había oído promesas similares de Dan en más ocasiones de las que podía contar. Otra parte le gritaba que estaba demente si confiaba en la palabra de Hakon con tanta facilidad. Podría estar equivocada. Al fin y al cabo, no se podría haber equivocado más con Dan. Pero creía que había aprendido la lección.

Mientras entraban cabalgando en Lomdalen, el cielo detrás de las montañas se tiñó de rosado. El aire estaba frío y fresco y acarreaba el aroma del rocío y el césped.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó Mia.

Hakon no respondió durante unos instantes. Cuando lo hizo, el pecho le resonó contra la espalda, y Mia tuvo que suprimir el impulso de apoyarse contra él y cerrar los ojos.

—Estaba demasiado tranquilo todo. Me desperté, y no estabas.

—Pero ¿cómo sabías dónde iba a estar?

—No lo sabía, Arinborg. Tengo un instinto, como un animal. Algo me dijo que te siguiera a través del bosque. Pero por más que me hubiera equivocado, te habría encontrado. Tengo hombres buscándote por todos lados a estas alturas.

Mia se mordió el labio. No podía escapar de él, como no había podido escapar de Dan.

Detuvo el caballo al lado de la casa de Solveig, que se encontraba a tres edificaciones de la casa principal. Saltó al suelo y se quedó de pie a la espera sin quitarle los ojos de encima. Era tan alto, que los ojos le quedaban a la altura de la cintura. Le ofreció la mano y arqueó las cejas.

Hakon era hermoso con su atractivo brusco. El cabello rubio oscuro le caía hasta los hombros y le enmarcaba el rostro. Sus preciosos ojos eran de un color casi café a la luz del amanecer. Eran algo más profundos de lo que se consideraba propio de una belleza clásica. Pero lo volvían inolvidable y viril. La barba incipiente que le cubría el mentón podía verse desde rubia oscura hasta rojiza y ámbar. Algunas cicatrices le cubrían la piel, tres largas y anchas en la mejilla derecha podrían haber sido causadas por un animal.

—Desmonta —le pidió.

—¿A dónde vamos?

—A casarnos.

Oh, no de nuevo. Ser su esposa… Mia se estremeció ante la idea de ir a algún sitio a solas con él. Pero no estaba segura si se estremecía de temor o de excitación.

—¿Hablabas en serio? ¿Ahora? —La boca se le secó más que una hoja en otoño. ¿Por qué era tan importante para él casarse con una mujer a la que jamás había visto?

Hakon asintió.

—No volverás a huir de mí.

«Ya lo veremos», pensó Mia antes de colocar la mano sobre la de él. Aguardaría a que se le presentara una oportunidad mejor para escapar.

Su roce le hizo sentir una luz de estrellas en el brazo. Mientras Mia comenzó a desmontar, Hakon la abrazó por las caderas y el rostro le quedó delante de los senos. Al sentir el aliento cálido a través de la tela del vestido, el mundo se le dio vuelta. Cuando por fin apoyó los pies en el suelo, no la soltó. Se miraron a los ojos como si algo los conectara. Los ojos entre verdes y dorados de Hakon se veían casi ámbares en ese momento, con la luz neblinosa del amanecer. Una cortina invisible se levantó entre ellos, y el rostro le cambió. Se tornó más joven, como cuando lo había visto dormido, vulnerable y abierto. Un dolor crudo se ocultaba en su interior. Y ella no era ajena al dolor.

Hakon parpadeó y se apartó. La soltó, y la cortina volvió a caer. La máscara de la Bestia volvía a estar en su sitio. Mia sintió frío donde antes habían estado sus brazos y dio un paso hacia atrás. No debía quedarse allí. No debería buscar indicios de humanidad en él. Y no debería permitir que hubiera ningún tipo de empatía entre ellos. Esa no era ni su época, ese era su sitio y él no era su hombre. Era una impostora llenando los zapatos de la novia de Hakon. Y su vida y la de su hijo correrían riesgo si él lo descubría antes de que pudiera huir.

Hakon apretó los labios en una línea delgada. Amarró las riendas del caballo a un cerco al lado de la casa al tiempo que alguien salía. Era una mujer de estatura baja que se tambaleaba al andar.

—¡Solveig! —la saludó Hakon, y la mujer se dio vuelta.

—Hakon. —De repente, reparó en Mia—. Oh, la has encontrado.

—Sí, y nos casaremos de inmediato.

—¿Ahora? —Solveig siguió andando por la calle, y Hakon tomó la mano de Mia y le produjo un cosquilleo en el brazo que no se sintió para nada desagradable antes de acercársela.

—Sí, ahora.

—Primero tengo que atender a los heridos —le arrojó una mirada por encima del hombro—. Dos bebés más se enfermaron.

Mia frunció el ceño, el instinto de médica le imploraba que preguntara los síntomas, pero se mordió la lengua. Dudaba que una princesa vikinga supiera demasiado acerca de medicina. El deseo de ayudar, de sanar, de aliviar le pulsaba como un órgano que la mantenía viva. Lo había reprimido e ignorado desde que Dan la había obligado a dejar el programa de residencia pediátrica.

El recuerdo de esa noche la acecharía para siempre. Dan y ella habían estado cenando en el balcón de la mansión en Marblehead para celebrar que se había mudado con él. Con la vista del atardecer sobre el océano y la comida increíble que había preparado el cocinero con experiencia en restaurantes con estrella Michelin, Mia había creído que no había nada más romántico. El hombre que amaba quería ponerle el mundo a sus pies.

Dan estiró la mano bronceada por encima de la mesa para tomarle la suya.

—Creo que es hora de que renuncies a la residencia, *bella* —le dijo.

Mia jadeó.

—¿Quieres que renuncie?

—Ahora vivimos juntos. Yo te cuidaré. Ya sabes que te doy lo que sea que desee tu corazón. No quiero que recibas una llamada en el medio de una cena con mis socios. Además, no te quedaría tiempo para consentirte. Quiero que te sientas como una reina. Como mi reina.

—Pero no quiero renunciar. Solo me quedan dos años en el programa y me apasiona…

Los ojos se le oscurecieron y, por primera vez en los seis meses que habían estado juntos, vio que no se debía a la lujuria.

—¿Te… apasiona? —La mano de Dan se apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y Mia jadeó de dolor—. ¿Hay alguien más del que deba saber, Mia?

—Pero ¿qué dices? Claro que no. Estoy enamorada de ti. Me acabo de mudar contigo.

El rostro se le relajó, pero los ojos seguían siendo fríos. Tan fríos, que la cálida brisa del océano se tornó gélida.

—Si estás enamorada de mí, renunciarás al trabajo —le dijo—. No te quiero compartir con nadie, ni con nada.

Mia no daba crédito a lo que oía.

—Oh, vamos. No me obligues a tomar esta decisión.

Dan se arrojó sobre la mesa y la sujetó del cuello del vestido para tomarla de la nuca. Las copas de champán salieron volando y se hicieron añicos contra las baldosas del patio. La besó con tanta fuerza que fue como si la estuviera mordiendo. Era una amenaza. Luego le dio la vuelta a la mesa y la golpeó. Mia salió volando hasta el otro lado del balcón, y el dolor le explotó en la cabeza y el cuerpo cuando se golpeó la cabeza contra la superficie dura. Dan se arrodilló a su lado y la sujetó del cabello.

—Vas a renunciar al trabajo —le jadeó contra el oído. Mia se tragó las lágrimas. ¿Cómo era posible que un hombre que le había prometido el mundo fuera tan cruel con ella?

Había pasado toda la noche desvelada, oyendo la respiración pareja de Dan a su lado. Por la mañana, mientras él preparaba el desayuno abajo, había preparado la maleta. Cuando apareció en la cocina determinada a dejarlo, los ojos de Dan repararon en el equipaje y se tornaron letales. Dejó la naranja que estaba cortando al medio, pero no el cuchillo.

—*Bella*, no deberías ser pediatra. —Dan caminó lentamente hacia ella—. No eres tan inteligente. No puedes ser médica al mismo tiempo que eres la novia de un jefe de la mafia. Es una u otra. Y te amo demasiado como para dejarte libre.

¿Un jefe de la mafia? Tenía razón, no era tan inteligente. ¿Cómo había podido engañarla tanto como para que llegara a creer que era un empresario legítimo? ¿Cuántas señales de advertencia había ignorado de buena gana?

Se encontraba de pie descalzo y con el pecho al descubierto; solo llevaba los pantalones del pijama de lino blanco, y el cuerpo esculpido se veía tan peligroso como el cuchillo que sostenía en la mano.

—¿De verdad me estás amenazando? —le preguntó.

Le echó un vistazo al cuchillo, se rio y lo dejó sobre la tabla de cortar.

—No creo que lo quieras saber, *bella*. Y que ni se te ocurra huir de mí. Te encontraré en cualquier rincón del mundo.

Entonces supo que jamás la dejaría marchar, que tendría que permanecer a su lado el tiempo que fuera necesario hasta que se cansara de ella. Por eso, renunció al programa de la residencia y

se concentró en sobrevivir a lo que le ocurriera. Hasta que descubrió que estaba embarazada…

Mia se sacudió los recuerdos, pero la sensación de estar atrapada con alguien letal no la dejaba en paz. Solveig se encontraba de pie delante de una casa que parecía más nueva que las otras.

—Solveig, si los bebés necesitan tu ayuda, debes atenderlos primero —acordó Hakon—, pero cuando termines, nos casarás.

Solveig soltó un suspiro e hizo un gesto de desaprobación con la cabeza, pero era obvio que no le iba a desobedecer. Ya había entrado en la edificación, cuando Mia soltó:

—¡Aguarda! Te puedo ayudar.

Hakon y la mujer la miraron sorprendidos.

—¿Puedes ayudar? —repitió Solveig—. ¿Eres una curandera?

Mia tragó saliva con dificultad y miró a Hakon, esperando que lo viera como una amenaza, que demostrara alguna señal de desaprobación, pero él solo se limitaba a estudiarla con una expresión perpleja en el rostro.

—Sí —respondió alzando más el mentón.

La gente en esa edificación necesitaba una médica. Y, con todo el respeto que se merecía Solveig, Mia era la mejor oportunidad de sobrevivir que tenían.

—¿Una princesa y una curandera? —repuso Hakon sin darle crédito a lo que oía.

—Sí. —Mia lo miró a los ojos—. Una buena curandera.

—Si es otro truco para intentar huir, eres una tonta. Iré a observarte.

Mia se encogió de hombros. Al menos no le había prohibido hacer su trabajo. Por el contrario, parecía impresionado.

En el interior, la casa parecía una versión más pequeña del gran salón de Hakon. Había bancos para dormir a lo largo de las paredes y un gran hogar en el centro de la habitación, pero ni una sola ventana. Debía de haber una docena de personas recostadas sobre los bancos, incluidos algunos niños. Una mujer le daba una taza de beber a un niño.

—¿Qué les pasó? —preguntó Mia.

—Muchos resultaron heridos en la batalla contra tu padre el otoño pasado —le respondió Solveig—. Varios hombres recibieron heridas durante algunos ataques en la primavera. El invierno fue duro, y hace tres semanas hemos recibido a un visitante que vino con mucha tos, y los niños se han estado enfermando. Hakon cedió su casa a los enfermos.

Mia lo miró anonadada.

—Tener un solo lugar para todos los enfermos en lugar de un enfermo en cada hogar le ahorra mucho tiempo a Solveig —masculló.

—¿No dormimos en tu habitación? Creí que vivías en la casa más grande.

—¿Hablas de la casa comunal? Antes de este otoño, jamás viví allí. Era de mi padre. Ni siquiera luego de su muerte me mudé allí.

Mia miró alrededor. A pesar de que no era historiadora, la idea de un hospital sonaba extraña en la época de los vikingos.

—Pero ¿no se suele atender a los heridos en sus hogares? ¿No se encargan de hacerlo las esposas, las madres o las hermanas?

—Sí, pero si Solveig los puede ayudar, reciben mejores cuidados. Para ella es difícil andar de un lado de la aldea al otro con esa pierna.

¿Quién era ese hombre? No lo conocía en absoluto. Dan jamás se hubiera molestado en ayudar a otras personas.

—No me mires como si Loki me hubiera robado la razón —le dijo.

Algo se derritió en el pecho de Mia y le sonrió. La anticipación de ayudar a esas personas que la necesitaban le mejoró el ánimo.

—No te miro así, Hakon. —Respetaba su decisión, pero no podía decírselo. Debería mantenerse alejada de él porque cualquier indicio de afecto podría darle la idea equivocada. Miró alrededor y se frotó las manos, ansiosa de comenzar a trabajar por primera vez en dos años—. Vamos a ver cómo están nuestros pacientes.

CAPÍTULO

SEIS

Hakon entrecerró los ojos cuando lo envolvió la penumbra de la casa en la que se olían los aromas dulces e intensos de las hierbas cocidas. Sobre los bancos para descansar de la izquierda se encontraban los guerreros heridos. Y por todo el resto de la casa, había niños. El ruido de las toses desesperadas hizo que le doliera el pecho.

Hakon observó cómo Arinborg se inclinaba sobre una niña de ocho inviernos. El pequeño rostro estaba sonrojado y jadeaba intentando inspirar aire, pero solo producía unos chillidos. Era como si intentara toser una mosca.

—¿Hace mucho que te interesa esto, Arinborg? —le preguntó.

—¿Qué cosa? —Arinborg tomó la muñeca de la niña entre el pulgar y los dedos y se quedó quieta para concentrarse. Luego le apretó la oreja contra el pecho y aguzó el oído. La ayudó a sentarse y le escuchó la espalda, para concluir apoyándole el dorso de la mano contra la frente.

—Curar —le respondió.

La preocupación y la determinación que le leía en el rostro le recordaban a su madre, y el pensamiento le pareció tan dulce como doloroso. Recordó cómo su madre se había inclinado contra él del mismo modo cuando tenía fiebre de niño. Solo su madre y Solveig lo habían cuidado. El resto se mantenía alejado de su maldición, como su padre.

Hakon recordó el rostro de su madre, con los grandes ojos verdes llenos de amor y preocupación. El tono dorado del cabello le brillaba a la luz del hogar. Le tarareaba una canción para ayudarlo a dormir. Le apoyaba la mano suave contra la nuca para mantenerlo sentado y ayudarlo a beber el remedio a base de hierbas. Un dolor agudo le perforó el pecho al revivir ese recuerdo. No quería que se desvaneciera, por doloroso que fuera.

Arinborg no detuvo la examinación, pero se le tensó la boca.

—¿Estaría mal?

Al parecer, Arinborg sabía lo que estaba haciendo y era como si ya lo hubiera hecho en varias oportunidades. Tenía los ojos concentrados, las manos llenas de tranquilidad y confianza y el rostro iluminado de concentración.

—No estaría mal. —Hakon pasó el peso de un pie al otro—. Solo sería inusual.

Solveig se acercó, se detuvo a su lado y observó a Arinborg, que se movió hacia otro niño para también escucharle el pecho.

—¿Porque soy una princesa?

—Sí, pero también porque alguien como tu padre lo permitiera.

Arinborg tocó la frente del muchacho, que se dobló con un violento ataque de tos, y frunció el ceño sin saber qué decir con certeza. Y antes de que Hakon pudiera preguntarle nada, se volvió hacia él y Solveig.

—Le gotea la nariz, presenta fiebre baja, y un silbido alto entre los ataques de tos… creo que estos niños tienen tos convulsa. Como es de lo más contagiosa, pronto habrá más niños y adultos infectados.

Solveig frunció el ceño.

—¿Infect… qué?

Arinborg se pasó las manos por la cintura como para protegerse.

—Quiero decir que habrá más gente enferma. Y la tos convulsa es peligrosa, en especial para los bebés. No tenemos antibió… —Se interrumpió y tragó con dificultad al tiempo que le subía y bajaba el pecho. Era como si estuviera buscando las palabras—. Hierbas… especiales —concluyó mirando a Hakon con gran expectativa.

Hakon intentaba darle sentido a lo que había dicho. Era como si algunas palabras fueran extranjeras, por más que las había dicho en el idioma nórdico. Quizás utilizaba el discurso de los curanderos y de los *gothi*. La sanación era el dominio de los dioses, la magia y los espíritus.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó.

—Siempre quise ser médica… Es decir, curandera. Y estudié. Ayudé a varias personas. Hasta que me vi obligada a dejarlo. —La voz se le quebró y los hombros se le hundieron. De repente, tras decir esas palabras, pareció como si se le hubiera apagado la vida. Hakon apretó los puños. Si Nyr la había hecho sentir de ese modo, ¿cómo más la habría tratado?

—Los puedo ayudar. —Señaló a los niños.

Solveig le echó un vistazo a Hakon.

—La princesa parece saber lo que hace.

Hakon lo creía. Podía ver la habilidad y la pasión por lo que hacía al verla. Su novia era hermosa, amable, fuerte y tenía la habilidad de sanar. Una sensación cálida se le extendió por el pecho, como si proviniera de una piedra caliente, y el hielo alrededor del corazón comenzó a derretirse. Fue una sensación tan dulce como el agua fresca de un manantial en la cima de las montañas. Sintió admiración, que era algo que no quería sentir por la hija de su enemigo. Arinborg lo miraba como si quisiera que dijera algo.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¿Y bien? ¿Me vas a dejar ayudarlos? —le preguntó.

¿Le debería prohibir eso? Qué tonto, claro que debería prohibírselo. Lo había impresionado tanto que se había olvidado de lo más importante: casarse con ella. No dejarla escapar de nuevo.

Por todos los dioses, debía prohibírselo. Si se movía con libertad con el pretexto de juntar hierbas y raíces, podría volver a huir. Sin embargo, si quería ser curandera, eso le daría comodidad y satisfacción en Lomdalen y quizás no querría seguir huyendo. Podría ser de utilidad para su gente. Solveig no tenía la misma fuerza de antes y podría usar cualquier ayuda que tuviera disponible.

—Sí, puedes tratar a los enfermos —le dijo y vio la sonrisa gigante que se le formó en el rostro. Era hermosa y preciosa. Al verla sonreír por primera vez, deseó poder darle algo de qué alegrarse todos los días. No debería importarle la hija de su enemigo. Solo la necesitaba de coartada—. Pero después de que nos casemos —concluyó—. Y mis hombres te supervisarán. No me fío de ti.

Ella asintió con la cabeza.

—Solveig, debes tener hierbas y medicina.

—Sí, princesa.

—Necesitamos algo que contenga ácido salicílico. Déjame pensar… deriva de una planta… la *Filipendula ulmaria*.

Hablaba como si estuviera haciendo un hechizo, y hasta Solveig la miraba confundida.

—¿Qué has dicho, princesa? —le preguntó.

—Sirve para bajar la fiebre.

—Yo utilizo la reina de los prados para bajar la fiebre.

—¡Sí! También necesitamos algo con betacaroteno, como las zanahorias, para fortalecer las membranas mucosas. Y ajo y cebolla para combatir las bacterias… digo, la enfermedad. También avena o centeno para que los cuerpos no pierdan demasiados líquidos. Creo que podemos hacer un estofado. Los enfermos deberían comer mucho y beber muchos líquidos.

Solveig la estudió.

—También tenemos que hervir agua en esta habitación. El vapor y la humedad ayudarán a aliviar la fiebre.

—Princesa —comenzó Solveig—, si tienes razón, puede que seas la bendición de los dioses que tanto necesitábamos. El año en que Hakon nació, la enfermedad de la tos acabó con nueve niños. Hakon también se enfermó, pero logró sobrevivir al igual que otros tantos.

Hakon tragó con dificultad. Las palabras de Solveig le hicieron pensar en su madre, en lo preocupada que debió de haber estado y en lo mucho que lo debió de haber cuidado mientras tosía y tenía el rostro colorado como esos niños.

—¿Sobrevivió la tos convulsa de bebé? —preguntó Arinborg sorprendida.

—Su madre no se apartó de su lado ni un instante. Lo sanó. Creo que renunció a una parte de su alma por él.

A Hakon se le tensó tanto la mandíbula al oír eso que fue como si se le fueran a quebrar los dientes. El dolor de la culpa lo apretó como un puño, y la marca de nacimiento le ardió como si la maldición estuviera activa. Él no era algo por lo que valiera la pena renunciar a nada, mucho menos una parte del alma. Ni mucho menos, la vida. Y el hombre que había sido responsable por ello, seguía vivo.

—Es suficiente —dijo—. Los puedes tratar, Arinborg, pero luego de que nos casemos. Si quieres continuar, acabemos con la boda de una vez por todas.

La princesa lo estudió durante un instante con esos hermosos ojos grandes y apretando los labios suculentos.

—Está bien —accedió—. Acabemos con esto, Hakon. Como quieras.

Solveig pasó la mirada de uno a otro con una sonrisa tímida en los labios, y Hakon soltó un bufido. Por más que Arinborg fuera una bendición, no había motivo para sonreír. De una forma u otra, la maldición tendría un destino terrible para su futura esposa, y no podría protegerla. Como tampoco había podido proteger a su madre.

—Vamos a casarnos —dijo—. Necesitamos testigos.



MIA SIGUIÓ a Hakon afuera de la casa con la mano pequeña rodeada de la grandota de él. Era como si quisiera asegurarse de que no echaría a correr. Mia respiraba entre jadeos llena de ansiedad.

Afuera, el sol apenas había salido, y la aldea ya se estaba despertando. La gente llevaba bolsas, heno y madera, limpiaba cosas y llevaba a los animales al exterior.

Hakon no tenía ni idea de lo que le había dado a Mia al concederle permiso de ayudar a la gente. Le había devuelto el sentido de un propósito. La parte de ella que había apagado e ignorado durante los últimos dos años, la parte que Dan había intimidado hasta reprimir, regresó

a la superficie y comenzó a cantar una melodía alegre.

Sin embargo, era imposible olvidar que Hakon quería controlarla; era otro hombre dominante en su vida. Era evidente que seguía el cliché de las chicas que buscan a hombres que les remiten a sus padres.

Mia recordó a su padre ladrando órdenes en casa, como si su madre y Mia fueran sus soldados. Le acudió a la mente el rostro exhausto de su madre, la bufanda en la cabeza para ocultar una cabeza calva, el olor al detergente de platos y a la cazuela de atún quemada mientras refregaba las sobras en el fregadero. La comida se había quemado porque su madre se había quedado dormida exhausta tras una sesión de quimioterapia. Pero, aun así, su padre había esperado tener comida en la mesa al regresar a casa. Como Mia había perdido a su madre a los catorce años, su padre se había concentrado en ladrarle órdenes solo a ella.

Había pasado los años de la adolescencia cuidando a su padre. Y cuando se graduó y se marchó de San Diego para estudiar medicina en Boston, él jamás la perdonó. Su padre había querido que se quedara a cuidarlo. Mudarse había sido un acto de rebeldía, su primer paso hacia la independencia… y el último. Porque al poco tiempo conoció a Dan. Y ahora se encontraba bajo el control de Hakon.

No se podía ni imaginar lo que le haría si llegara a darse cuenta de que estaba fingiendo ser otra persona. La verdadera princesa Arinborg podría llegar en cualquier momento. Tenía que encontrar la manera de escapar. Pero hasta que lo lograra, era mejor mantener esa coartada para proteger a su bebé y sobrevivir. Y eso implicaba llevar a cabo ese matrimonio.

Hakon se detuvo delante del gran salón y se volvió a mirarla antes de tomarle las manos. Se miraron fijo, y los ojos se le secaron. Los pálidos ojos lobeznos la tenían cautiva y brillaban entre amarillos y verdes con la luz del amanecer.

—¡Atención! —exclamó Hakon—. Acérquense. Su *jarl* se va a casar.

Mientras todos dejaban lo que estaban haciendo para formar un círculo alrededor de ellos, Solveig regresó de algún sitio con un manojo de flores que tejía en una corona y se acercó a Mia.

—Ten, querida —le dijo sosteniendo la corona delante de ella—. Es una corona blanca para la novia. Deberías tener una verdadera boda, con un vestido blanco, un sacrificio y un banquete. —Solveig le arrojó una mirada de reproche a Hakon—. Pero al menos puedes colocarte esta corona.

Mia tomó una profunda bocanada de aire y bajó la cabeza. Al sentir la corona en su lugar, enderezó la espalda. El gesto de Solveig la hizo sonreír.

—Gracias —le dijo Mia.

Hakon no le había soltado las manos en ningún momento, pero no podía mirarlo. Se casaría con él, pero solo porque necesitaba sobrevivir, proteger a su bebé y encontrar una escapatoria. El plan de fingir ser Arinborg no tendría un final feliz. Y cuanto antes se marchara, mejor le iría. Además, ese casamiento con un nombre falso no sería legal.

—Comienza, Solveig —le pidió Hakon.

Solveig soltó un suspiro.

—Delante de los dioses y de los hombres, rogamos que esta unión sea bendecida. Freyja y Frigg, bendigan a la novia con buena salud, fortaleza para administrar un hogar y muchos hijos para Hakon.

A Mia se le ruborizaron las mejillas. Si tan solo supieran que ese plan estaba más cerca de volverse realidad de lo que se habían imaginado… ¿Qué ocurriría si Hakon lo descubría? La duda hizo que se le tensaran los hombros. ¿La juzgaría y sentenciaría a muerte como había dicho antes?

—Y que Odín y Thor bendigan al novio con fortaleza, salud y muchas victorias para mantener la paz para la familia.

Solveig les colocó una cuerda alrededor de las manos y la amarró con suavidad. A Mia le dio un salto el pulso al sentir que Hakon la apretaba más fuerte.

—Hakon, ¿aceptas a Arinborg como esposa?

—Sí. —La voz sonó baja, seca y casi íntima… y parecía guardar una promesa.

—Y tú, Arinborg, ¿aceptas a Hakon como esposo?

Mia no se pudo resistir y lo miró a los ojos para descubrir el calor que reflejaban los de Hakon… y el deseo contenido. De repente, anheló acariciarlo.

—Sí —respondió.

A Hakon le brillaron los ojos, y Mia sintió el gran peso de la culpa sobre los hombros. Lo estaba engañando. Estaba fingiendo ser otra persona, pero las palabras le habían fluido con facilidad y se habían sentido ciertas.

¿Qué? ¿Por qué? «Porque me puedo enamorar de él, por eso». La piel se le congeló. ¡No! Enamorarse de él solo le volvería a romper el corazón. Enamorarse de él implicaría volver a tomar malas decisiones. Enamorarse de él implicaría tener la mente nublada y permitir que las emociones tomaran las riendas de su vida. Por el bienestar de su bebé, no podía permitirlo.

—Hakon y Arinborg, los declaro marido y mujer. ¡Se pueden besar!

Todos los presentes prorrumpieron en vítores. Hakon dudó unos instantes como si le estuviera pidiendo permiso. Mia entreabrió los labios. ¿Ahora era su esposa? A pesar de todo, una pequeña parte de ella deseaba que fuera su marido y que la besara. El pulso se le aceleró.

—¡Oh, Helheim! —exclamó Hakon antes de dar un paso hacia ella y envolverla en sus brazos. Su aroma térreo la embargó y le produjo una descarga eléctrica en las venas antes de que le cubriera los labios con los suyos.

CAPÍTULO

SIETE

En el momento que sus labios rozaron los de ella, supo que estaba perdido. Por Odín, a decir verdad, había estado perdido desde mucho antes. Incluso desde antes que lo aceptara como esposo. Y desde antes de tocarla por primera vez. Ella lo había reclamado desde el primer momento en que la vio de pie al lado de la piedra con las runas.

Tenía unos labios suaves como los pétalos de una flor y olía a primavera: liviana, fresca y floral. Deliciosa. Y como el mar en plena tormenta, la necesidad de besarla, de acariciarla y de abrazarla lo embargó por completo y no la soltó más. Cuando Mia entreabrió los labios, le rozó la lengua con la suya, y un fuego líquido le circuló por las venas. La presionó para beber de su lengua y la oyó soltar un sonido gutural bajo que lo hizo olvidar de todo y envolverle un brazo por la cintura mientras le apoyaba la otra mano en el cuello.

Con un jadeo, se apartó y lo miró parpadeando los ojos verdes, que estaban tan oscuros como un bosque de pinos. Lo empujó para apartarlo de ella y dio un paso hacia atrás cubriéndose los labios con una mano.

Algo iba mal. Hakon respiró entre jadeos, sintiéndose confundido, cálido y abandonado a la vez. Era su primer beso como marido y mujer, pero ella lo había rechazado. ¿Por qué? Porque era asqueroso, y no soportaba mirarlo… mucho menos besarlo.

—¿A esto lo llamas no tocarme? —Se llevó una mano al cuello—. Me lo prometiste.

Todos los ojos estaban fijos en ellos. Hakon echó una mirada de reojo a la multitud y vio los rostros serios con los ojos abiertos como platos. Arinborg estaba a punto de ventilar los trapos sucios delante de todos. No podía negar que había roto su promesa de no tocarla antes de que se lo pidiera. Y ahora la Bestia les había demostrado a todos cómo trataría a su esposa: como un animal.

—Por todos los dioses, mujer, no lo hagas aquí —le pidió apretando los dientes. Luego la sujetó del brazo y la condujo a la recámara—. Esto es entre un marido y su mujer.

Echaba humo de la ira e ignoró sus protestas. Una cosa era que la princesa detestara la idea de tener intimidad con él, pero mostrarlo en público era otra. Pero ¿por qué le importaba? Si todos lo veían como una bestia.

Tras cerrar la puerta de la recámara, se volvió hacia ella.

—¿De verdad eres tan arrogante, princesa?

Ella jadeó.

—¿Arrogante? Dijiste que…

—Ya sé lo que dije, y voy a cumplir mi palabra. Pero un marido besa a su esposa en su boda. Y no hice nada que no parecieras haber disfrutado.

Eso la hizo sonrojar como un amanecer.

—No es cierto. No acordé…

Cubrió el espacio que los separaba y la acorraló contra la pared entre sus brazos. La princesa lo miraba anonadada. Era muy delicada y hermosa. Y Hakon anhelaba volver a besar esos labios suaves.

—Aceptaste, Arinborg. Aceptaste ser mi esposa. Y una esposa no humilla a su marido delante de su gente. No me deberías haber empujado de ese modo delante de todos, como si te hubiera tomado en contra de tu voluntad.

Las lágrimas le caían por las mejillas, pero no dejaba de sostenerle la mirada como una guerrera. Hakon la recorrió de arriba abajo con cautela. ¿Por qué lloraba? ¿La había asustado? ¿O tenía otro motivo? ¿Le habría pasado algo? La idea hizo que sintiera ganas de asesinar a alguien.

—Puede que la gente me tilde de bestia —le dijo—, pero ya te dije que…

—¡Hombres! Todos hablan, ¿no? Pero hablar no cuesta nada, Hakon.

Bien podría haberle asestado una patada en los testículos. Cuando estaba a punto de responderle, alguien llamó a la puerta, y se apartó de ella. Solveig estaba de pie en el umbral con una expresión preocupada.

—*Jarl*, señora. Hay dos bebés más tosiendo, un niño y dos mujeres.

Arinborg se puso pálida.

—Es una epidemia.

Hakon frunció el ceño. Acababa de decir otra palabra mágica que no comprendía. La princesa se dirigió a la puerta.

—Dijiste que podía tratar a los enfermos luego de la boda.

Hakon se apresuró a seguirla.

—Pero ¿a dónde vas? —le preguntó su esposa.

—Soy el *jarl*, y esta gente es mi responsabilidad. Iré a ver qué se puede hacer para ayudarlos.



LOS TRES SE apresuraron hacia el hospital, como Mia había comenzado a llamar en su mente a la casa de Hakon. Avanzaron tan rápido como lo permitía la pierna de Solveig, y Mia tomó nota mental de examinarla más tarde.

Ahora estaba casada. Bueno, técnicamente no, por supuesto. El matrimonio no era real. Pero el beso… El beso lo había sido. Con esos labios suaves y duros, demandantes y exploradores… Hakon la había electrificado de pies a cabeza. La había hecho volar. Le había enviado el pulso a la estratósfera. Hasta que le tocó ese punto en la nuca. El punto que solía sujetarle Dan cuando quería disciplinarla. Los recuerdos la habían empapado como una ducha de agua helada.

No besaría más a Hakon, sin importar lo atractivo que le resultara. Tenía que pensar en sus pacientes. Hakon quería ayudarlos. Y quería ayudarla a ella también. ¿No tenía cosas de vikingo que hacer? Mia sabía que estaba preocupado, lo podía ver con claridad, y eso le derretía el corazón.

Unas toses desesperadas y sibilantes llenaban las paredes del hospital, ahora estaba más atestado que antes. A Mia se le congeló la sangre al reparar en una madre que acunaba a un bebé que se sofocaba de tos. Tras salir del estupor, se apresuró hacia ellos. La beba debía de tener unos seis meses y no paraba de toser, produciendo también sonidos enternecedores de bebé. Sin embargo, cuando quería respirar, no lograba hacerlo. Lo único que lograba hacer era intentar inhalar aire con un sonido que parecía un chillido y no permitía el ingreso del oxígeno que

necesitaba. La beba comenzó a abrir y cerrar la boca sin poder respirar, y los labios se le empezaron a poner azules.

—Ya, ya. —Mia le acarició el vientre con suavidad y miró a la madre—. Tienes que recostarla sobre el estómago y darle unas palmaditas en la espalda para que pueda expulsar los mocos.

La madre aterrada siguió las indicaciones, pero la beba seguía teniendo dificultades para respirar. Mia le dio unas palmaditas en la espalda.

—Todo está bien, ahora puedes respirar.

Todos se quedaron quietos. Los otros pacientes dejaron de toser. Mia contó los segundos en la cabeza, y la beba intentó respirar de nuevo. Pero no pasó nada. Con el siguiente intento, siguió abriendo y cerrando la boca. Pero, al tercero, la beba logró inhalar aire y comenzó a toser los mocos antes de romper a llorar. La madre suspiró aliviada al tiempo que unas lágrimas le llenaban los ojos.

Esperaba que la madre permaneciera sana el mayor tiempo posible. Las epidemias de tos convulsa habían sido muy comunes antes de la inmunización colectiva. Y, si bien eran más peligrosas para los niños, los adultos también se enfermaban con la tos de los cien días, como también se la conocía.

Mia les echó una mirada de reojo a Solveig y Hakon.

—Toda la aldea se enfermará pronto. Solo los que ya la han padecido estarán fuertes. Los bebés serán los que corran mayor riesgo. Necesito ayuda. Debemos juntar leña, agua, hierbas y comida.

Con una expresión sombría, Hakon asintió con la cabeza. Tenía los ojos pálidos y se veía más preocupado que nunca antes. Abrió la puerta y gritó:

—¡Oigan! ¡Frogeir! ¡Torfi! ¡Vengan aquí!

Cuando los dos hombres aparecieron, continuó:

—Hagan lo que les pida la princesa Arinborg. Aunque les pida que cabalguen directo hasta el sol.

Mia apretó los labios. El modo en que Hakon acababa de ladrar esas órdenes le recordó a Dan. Sonaba tan controlador, violento y abrumador como él. Sin embargo, Hakon no quería ni controlarla, ni dominarla ni abrumarla. Había ladrado órdenes para que su gente ayudara a los enfermos. Mia lo estudió en silencio, desgarrada entre sentirse furiosa con él e impresionada por su predisposición a hacer lo que fuera por su gente.

—Sálvalos, Arinborg —le pidió Hakon.

Mia asintió.

—Puede que tenga algo de utilidad en mi bolsa. ¿Pueden traer más leña y agua de momento?

Hakon asintió con la cabeza y se alejó con sus hombres. Mia se quitó la bolsa por el cuello y se volvió para que nadie pudiera ver lo que tenía dentro antes de abrirla. Vio una botella de paracetamol casi llena. Aliviada, decidió que aplastaría las píldoras y solo le administraría el polvo a los que presentaran fiebre alta. Tendría que tener cuidado con la dosis que les diera a los bebés: la dosis equivocada podría resultar tóxica para sus pequeños hígados.

Continuó revolviendo la bolsa y encontró maquillaje, un set de manicura, la cartera, un cepillo de pelo, algunas vendas, el lector de libros electrónicos y el móvil que se había vuelto obsoleto. También encontró algunos bolígrafos, unas bandas elásticas para el cabello, una bufanda, gafas de sol y un brazalete fosforescente completamente opaco que le habían dado en una discoteca gracias a que Dan había insistido en que fueran unas semanas antes. Clavó la mirada en el líquido que se movía dentro del tubo de plástico al tiempo que la mente se le

transportaba a esa noche en la que se había obligado a sonreír y a jugar el papel de la novia feliz. Había intentado ocultarle a Dan que no estaba bebiendo alcohol.

Obligándose a regresar a su papel actual, se apresuró a cerrar la bolsa. Tendría que mantenerla alejada de la vista de todos porque, si la encontraban, sería evidente que no pertenecía allí. Podría aplastar las píldoras sin que nadie la viera, pero lo demás… todas esas cosas podrían delatarla. De modo que iba a tener que esconderlas bien.

CAPÍTULO
OCHO

—Deberías marcharte, Hakon. —Mia estaba cortando hierbas sobre la mesa al lado del hogar del hospital—. Podrías enfermarte.

Al cabo de unas pocas horas, en la casa se oían más toses y sonidos sibilantes, pero Mia estaba contenta de que todos se encontraran bajo un mismo techo. La tos convulsa era muy contagiosa, y tenía que contener el contagio lo máximo posible. Ya había once personas enfermas, incluidos dos bebés, dos niños pequeños, tres niños más, dos mujeres y dos hombres.

—¡Torfi! Trae más agua —ladró Hakon y luego la miró con el ceño fruncido—. Tú también podrías enfermarte.

—No es probable —le respondió. Ella estaba vacunada. Cuando comenzó el programa de la residencia, le habían hecho exámenes para ver el estado de inmunización de su cuerpo, y la vacuna de la tos convulsa seguía siendo efectiva. De modo que lo más probable era que no corriera ningún riesgo al tratar a los pacientes. Su bebé también estaría a salvo porque no había ninguna investigación en la que se sugiriera que esa enfermedad podría afectar el desarrollo de un feto.

—¿Por qué?

—Porque ya la he tenido. —Era lo más cercano a la verdad que podía decirle.

Mia terminó de cortar cebollas y las arrojó en un cuenco con miel y ajo para formar una pasta antibacteriana. Las cocineras habían comenzado a preparar un estofado en el gran salón siguiendo la receta que le había dado Mia a Solveig, y habían enviado a una muchacha al bosque a recolectar más reina de los prados. Los pacientes del hospital pronto acabarían con las reservas de Solveig. Mia tenía pensado moler las píldoras de paracetamol más tarde esa noche, cuando pudiera tener algo de privacidad.

—Y yo también —argumentó Hakon.

—Pero para ti ha pasado mucho tiempo. Tu cuerpo… —buscó las palabras apropiadas para describir el concepto de la inmunización menguante—. Puede que se haya olvidado de cómo combatirla.

La respuesta lo hizo reír entre dientes.

—Mi cuerpo jamás podría olvidarse de cómo luchar. —Se volvió hacia Torfi, que apareció en el umbral, y tomó los baldes de agua que acarreaba para llenar el caldero y ponerla a hervir.

Ahora que Mia había terminado la mezcla, tendría que asegurarse de que los enfermos la tomaran seguido. Como no había miel suficiente para hacer más cantidad, habían enviado a algunos criados a buscar más. Era probable que tuvieran que luchar contra el oso, pero por fortuna, tenían suficiente ajo y cebolla, que también tenían excelentes cualidades antibacterianas. Mia deseaba haber aprendido más acerca de herbología y remedios naturales. Siempre le había

fascinado el tema y había leído mucho más que cualquiera de sus compañeros de clase en la universidad, pero, aun así, había mucho que desconocía.

No podía creer lo rápido que se pasó el tiempo. Cuando terminó de atender a todos los pacientes, supo que había hecho todo en su poder para ayudarlos. Sintió una gran satisfacción por su trabajo que le produjo una vibración en todo el cuerpo, como si tuviera un enjambre de abejas en su interior. Se sentía tan llena de luz que no pudo evitar sonreír. Echaba de menos hacer lo que tanto la apasionaba.

—Es la hora de comer, Arinborg —le dijo Hakon—. Comerás conmigo.

A Mia le gruñó el estómago de pensar en comida. Quería protestar contra ese tono autoritario, pero todos los pacientes estaban alimentados y bien cuidados y le haría bien tomarse un descanso. Además, tenía que comer por el bien del bebé.

Mia siguió a Hakon. La luz del día le hizo doler los ojos tras haber pasado tantas horas en la penumbra del hospital sin ventanas. Oír el canto de los pájaros y el suave movimiento de las hojas de los árboles en el bosque detrás de la aldea era un cambio agradable.

—Entonces, ¿las cosas van a ser así, Hakon? —le preguntó Mia—. ¿Me vas a dar órdenes? ¿Sabes que suenas igual que mi padre?

Y también sonaba igual que Dan, pero mencionarle otro hombre a un esposo vikingo que estaba enfadado no parecía una buena idea.

Continuó andando, pero tras dar varios pasos se dio cuenta de que Hakon no la seguía. Al darse vuelta, lo encontró mirándola con una máscara de destrucción en el rostro que la hizo querer huir. Era la muerte personificada.

Cubrió el espacio que los separaba con tres zancadas y se ciñó sobre ella. Aunque no la tocó, la hizo sentir anclada en su sitio.

—Nunca más vuelvas a decir eso. No me parezco en nada a tu padre.

Hablaba del padre de Arinborg, y quería saber por qué odiaba tanto al padre de su esposa.

—No eres el único que se siente así con respecto a él —le dijo con honestidad—. Pero ¿qué te hizo a ti?

Hakon apretó tanto los labios que se le pusieron pálidos.

—No hablaremos de eso. Ni una palabra. O juro por Odín que voy a matar a alguien.

Los ojos se le oscurecieron hasta tornarse casi ámbar, y las pupilas se le dilataron de la adrenalina que debía de estar llenándole la sangre en ese momento. Mia tragó con dificultad.

—De acuerdo, de acuerdo. No volveré a preguntar.

Él se dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Mia lo siguió observándole la espalda, que era tan ancha que los niños podrían haber jugado al fútbol en ella. Tenía la cadera y la cintura angostas y, bajo las prendas, se le movían los músculos fuertes. Mia apoyó la mirada en el trasero redondeado y la apartó de inmediato sonrosándose. ¿Qué le pasaba? ¡No debería importarle su trasero!

A pesar de su malhumor, se moría de curiosidad. Había pasado algo entre Hakon y el padre de Arinborg. Quizás tenía que ver con su temperamento. Mia había visto su lado bueno y sabía que era un buen hombre. Había renunciado a su casa para que la usaran de hospital, pero tenía mucha ira dentro.

—¿Por qué eres de este modo, Hakon? ¿Por qué tienes la necesidad de decirle a todo el mundo lo que tienen que hacer? ¿Por qué quieres que la gente te tema?

Le dirigió una mirada tan pesada que creyó que la aplastaría.

—Porque es el único modo de lograr que se mantengan alejados de mí.

Había tanto dolor en su voz que Mia contuvo el aliento.

—¿De qué hablas? Si ayudas a tu gente, y tus guerreros te escuchan…

—Sí, pero solo porque soy la Bestia. Soy imparable. Protejo a mis hombres. Me respetan como guerrero y como líder. ¿Acaso no has oído hablar de mí? Tu padre me quiere para él, para que luche por él.

Algo en lo profundo de Mia sangró al oír esas palabras. Era un hombre fuerte que podría partirla al medio si así lo deseaba. No tenía dudas de que era un gran guerrero. Pero ¿llamarse la Bestia? Anhelaba acariciarlo y quitarle el dolor de la voz.

Hakon se detuvo delante de las puertas de la casa principal. Alzó la mirada, y Mia siguió sus ojos. Encima de ellos, debajo del techo, había unos gabletes anchos y, sobre ellos, unos tallados largos y tejidos de mandíbulas de lobos apretando los dientes.

—¿Por qué estamos mirando esto? —le preguntó.

—¿No has oído de la maldición?

Mia frunció el ceño con un millón de preguntas en la mente. Pero Hakon ya había entrado en el gran salón, y, cuando lo siguió, vio que todos estaban comiendo. La sala estaba llena de guerreros sentados a las mesas largas de madera. En el ambiente, reinaban los murmullos de las voces de unos cincuenta hombres y los golpes de las cucharas contra los cuencos o los cuchillos contra las tablas. A su alrededor, los criados servían comida y bebidas. Se olía el aroma de carne y verduras cocidas. Hakon avanzó hasta la mesa que se encontraba encabezando el gran salón.

Mia se sintió incómoda con todos los pares de ojos de tantos hombres armados fijos en ella. Recordó cómo era ir a algún lado con Dan; siempre tenía al menos dos guardaespaldas que la veían del mismo modo: con una combinación de respeto y cautela. Era el juguete favorito de su jefe, y tenían que protegerla con sus vidas, pero también debían seguir cada paso que daba y, si Dan les ordenaba matarla, debían hacerlo.

¿Cómo sería la relación entre Hakon y esos hombres? ¿Serían su ejército, sus hermanos de armas o sus empleados? Era obvio que tenía que alimentarlos. Mia quiso preguntar, pero de seguro era algo que una princesa vikinga ya debería saber. ¿Comerían así todos los días o esa sería una ocasión especial?

Pero lo más importante de todo era que anhelaba saber más acerca de la maldición. Hakon estaba sentado en la cabeza de la mesa, y Mia suponía que tenía que sentarse al lado de él, como su esposa, aunque hubiera preferido encontrar un rincón tranquilo para que nadie la mirara o le hablara por un tiempo. Hakon la observó mientras tomaba asiento, y Mia sintió los ojos sobre ella como un par de cañones de revólver al rojo vivo que le quemaban la piel.

La mesa bajo los dedos tenía una superficie suave y fría, pero el aire de la habitación era cálido. ¿O sería ella? Los criados le trajeron un cuenco de estofado… el estofado que había pedido que hicieran para los enfermos.

—¡Oye! —Mia llamó a la criada—. ¡Ven! ¿Queda más estofado? Lo necesitamos para los enfermos en el hospital.

—Lo hemos servido todo, señora. No lo sabía. Nadie nos lo dijo.

A Hakon se le transformó el rostro de la ira, y a la criada se le formó una expresión de terror, como si el *jarl* estuviera a punto de escupirle fuego. Hakon abrió la boca para decir algo, pero Mia lo interrumpió.

—Está bien. No hay ningún problema. Solo ha sido un error de comunicación. ¿Cómo te llamas?

Al hablar, tomó consciencia de que había vuelto a ponerse en el papel de la mediadora. Era lo que siempre había hecho de niña. Lo había aprendido de su madre, y luego de su muerte, Mia había cumplido ese papel para aplacar el temperamento de su padre. Más tarde, había comenzado

a hacer lo mismo con Dan. Aun cuando las cosas no iban bien entre ellos, Mia era la única que podía calmarlo con suavidad sin socavar su autoridad. Los recuerdos la hicieron estremecer por dentro, pero comprendió que ella era así. Le gustaba mejorar las cosas.

—Me llamo Lifa —le respondió la criada.

—Comienza a hacer otro estofado igual que este, Lifa. Tráeme otra cosa para comer y no toques mi cuenco. Lo llevaré al hospital.

—Sí, señora. —Le dirigió una mirada de soslayo a Hakon y se retiró.

Hakon la siguió con la mirada y una expresión de amenaza silenciosa en el rostro.

—El ejemplo exacto. —Mia lo señaló—. ¿Por qué tienes que ser tan aterrador? Si ya está asustada.

Hakon la estudió y los ojos dorados y verdes registraron sorpresa.

—¿Y tú no estás asustada?

A decir verdad, era una buena pregunta. Había estado aterrada cuando la subió a lomos del caballo y la llevó a la aldea por primera vez. Pero algo en su interior le decía que no tenía motivos para temerle a un hombre que cedía su casa a los enfermos y la ayudaba de cualquier forma que pudiera. También le había prometido no tocarla hasta que ella misma se lo pidiera, y le creía.

—No lo sé —repuso Mia mirándolo a los ojos más tiempo de lo que había querido.

—Deberías. —La voz profunda le acarició las orejas y la electrificó con el zumbido invisible que le produjo en la piel—. No seré un marido que te dé felicidad. No le traigo más que tristeza a la gente.

CAPÍTULO
NUEVE

«Es mía».

Hakon había tenido ese pensamiento todos los días a lo largo de la última semana mientras miraba a Arinborg, la mujer con el cabello de color miel, los ojos que parecían el primer césped de la primavera y una boca más dulce que el hidromiel del Valhalla. Era su esposa. Era suya por ley y ante los ojos de los dioses. Pero no podía hacerla suya en la cama. Se lo había prometido y no rompería su palabra. No con ella.

La necesidad de ganarse su confianza y de hacerla sonreír se volvió más fuerte que el ardor que le producía en las venas cada noche mientras se preparaba para dormir. Había tenido que darle la espalda mientras se ponía las prendas para dormir, y el susurro de las telas contra la piel y el sonido del colchón al hundirse bajo su peso lo habían torturado todas las noches.

Era su esposa, pero no podía tocarla. Cada noche, se encontraba a tan solo un paso de distancia, durmiendo en su cama, acurrucada con sus pieles. Y él yacía sobre las pieles en el suelo, a los pies de la cama. Hakon pensó en el modo que las pieles le acariciaban la piel y deseó que fueran sus manos.

Su respiración pacífica mientras dormía le calmaba el corazón. Tenía la curiosa habilidad de quedarse dormida de inmediato en cuanto se metía en la cama. Debía de estar exhausta de tratar a los enfermos todo el día. También comía la misma cantidad de alimentos que un hombre y con la misma voracidad, pero era más delgada que una adolescente.

En la semana desde la boda, más gente se había enfermado. Los nueve bebés de la aldea estaban en el hospital, como lo llamaba Arinborg, con sus madres, y tosían, vomitaban y se tornaban rojos y azules. Arinborg estaba más preocupada por uno de ellos, que no bebía leche y había comenzado a debilitarse.

Mientras Hakon observaba el cielorraso de la habitación, pensó que había algo muy extraño con Arinborg. En realidad, eran las pequeñas cosas, como el hecho de que se negaba a comer con las manos y un cuchillo, como lo hacían todos, y le había pedido al herrero que le confeccionara una pequeña horquilla para comer la carne y las verduras. También se negaba a beber cerveza o hidromiel y solo bebía agua. Demandaba bañarse a diario y no solo los sábados, como lo hacían todos los nórdicos. Durante los primeros días, se había negado a usar cualquier cosa que no fuera el exquisito vestido en el que había llegado. Solo había aceptado ponerse las prendas que Solveig le había dado cuando las suyas quedaron completamente destruidas y sucias del trabajo en el hospital.

Era una princesa, de modo que debía de ser consentida, pero trabajaba arduo y no se quejaba a la hora de limpiar vómito y mocos o de vaciar bacinillas y cambiar pañales. Hakon no podía evitar admirar las habilidades, los cuidados y el trabajo duro de su esposa. Era muy diferente a

todo lo que asumía que sería la hija de Nyr.

Cuando se puso el vestido de una nórdica, algo había explotado en su pecho, como si una piedra se hubiera desprendido de una montaña y una catarata de agua cálida y transparente hubiera comenzado a fluir por la pendiente. En la simple túnica de lino blanco y el delantal celeste que se sujetaba con dos broches de plata sobre el pecho, era la viva imagen de lo que él sentía como su hogar. Hakon se imaginó cómo lo recibiría en casa luego de un ataque, con una sonrisa gigante en el rostro y un cuerno de hidromiel en las manos. Tal y como lo había hecho su madre cada vez que su padre regresaba a casa. Pero eso no ocurriría jamás. Se sentía asqueada por él, y no quería tener un verdadero matrimonio. Y, por más que un día lograra acostarse con ella y le diera algún hijo, jamás lo perdonaría cuando descubriera lo que planeaba hacerle a su padre.

Sin embargo, no podía frenar su venganza para evitar lastimarla. Ese gusano le había arrebatado lo único bueno que tenía en la vida al quitarle a la única persona que no había visto la maldición en él. Le había despojado una parte de su alma, y la venganza sería la única manera de que sintiera satisfacción. Quizás así lograría perdonarse por la muerte de su madre.

Y, a pesar de la peste en la aldea, Hakon tenía que conseguir aliados. Había enviado un mensajero en secreto a visitar a los tres *jarls* que sabía que se oponían al poder en expansión del rey Nyr. El *jarl* Rafr vivía al norte y se rumoreaba que era el siguiente en el camino de conquista de Nyr. El *jarl* Brunn se encontraba en el sur y estaba interesado en convertirse en rey; Hakon preferiría servirle a él que al hombre que había conseguido todo lo que tenía a través de mentiras y engaños. Y el *jarl* Vefuss era el más grande de todos, y venía de la vieja generación de nórdicos que valoraban la independencia y la fortaleza por encima de todo, prefería morir antes que permitir que alguien dictaminara por quién luchaban él y sus hijos. Hakon los invitó a un banquete en dos lunas para discutir el plan de ataque.

Esa noche, durante la cena, observó el rostro hermoso de Arinborg y su mano delicada moviendo la horquilla pequeña para llevarse a la boca un jugoso trozo de carne asada. Observó cómo movía los labios suculentos mientras masticaba y cerraba los ojos de dicha pura. Soltó el aliento para calmar el fuego que comenzó a quemarle la entrepierna.

El gran salón no estaba tan lleno como de costumbre: habían habilitado dos casas más como hospitales, y Arinborg y un pequeño grupo de mujeres que seguían inmunes ayudaban a cuidar a los enfermos. Veinte hombres y mujeres y casi todos los niños y bebés de la aldea se encontraban en los hospitales. Pero hasta el momento, nadie había muerto.

—En dos lunas, daré un banquete —le dijo Hakon—. Necesito que prepares el mejor banquete posible.

Arinborg alzó la mirada hacia él.

—¿Un banquete? ¿Y yo qué puedo hacer? No tengo tiempo, ya sabes lo ocupada que estoy en el hospital.

Hakon arqueó las cejas.

—Eres la esposa de un *jarl*. Es tu deber ser buena anfitriona. A veces es como si te hubieras criado en otro mundo, Arinborg. ¿De verdad no sabes estas cosas?

La pregunta la hizo perder el color del rostro, y la boca dejó de moverse.

—Sí, tienes razón.

—Hasta ahora, no te he dicho nada acerca de cumplir tus deberes como cabeza del hogar, como manejar a los criados y a los esclavos, preparar la comida y las bebidas y confeccionar prendas, porque sé que estás ocupada en el hospital. Pero tú misma has dicho que en una luna no podrán soportar más la enfermedad. En dos lunas, la gente sanará o morirá, y tendré invitados

porque es necesario.

—¿Por qué?

Hakon apretó los dientes.

—No es asunto de mujeres. Soy el *jarl*, y necesito entablar amistad con otros *jarls*. Tu único trabajo es ser buena anfitriona y hacer que nuestros invitados se sientan bienvenidos. ¿Acaso tu madre no te lo enseñó?

Arinborg apretó los labios.

—Sí, pero si hablas con tus invitados del mismo modo en que hablas conmigo, entonces tu madre te enseñó menos todavía.

La mención de su madre le hizo sentir aguijonazos de hojas afiladas que le cortaban el cuerpo en delgados trozos.

—No te atrevas a decir algo malo de mi madre.

Arinborg bajó la pequeña horqueta y lo miró de lleno a los ojos.

—Hakon, si no quieres que la gente te tilde de bestia, no te comportes como una.

El comentario lo hizo petrificar y lo dejó sin aliento, como si acabara de asestarle una patada en el estómago.

—No sabes de qué hablas —gruñó.

Arinborg le apoyó la mano sobre la suya, y una ola de calor cálida lo cubrió como una manta.

—¿Es por la marca de nacimiento? De seguro, cualquiera se sentiría tímido, pero no tienes de qué preocuparte…

—Muérdete la lengua. No es asunto tuyo.

—Hakon, no puedo evitar verla. Tu gente te teme, y no estoy segura de cuál es el verdadero motivo de eso. Les ladras, pero también los cuidas. Creo que haces más por ellos de lo que ven. ¿Por qué te temen en realidad?

Varias imágenes le llenaron la mente: el invierno; la puerta del gran salón abriéndose; el cuerpo sin vida de su madre en sus brazos; su cuerpo congelado y desgarrado por los lobos. Su padre incorporándose de un salto con el rostro más blanco que la nieve, y los ojos del rey Nyr abiertos como dos lunas llenas. Todos los ojos de los presentes en el gran salón estaban fijos en él: tanto los de los criados como los de los granjeros, los niños y los guerreros. Todos reflejaban el mismo terror y la misma repulsión. No había nada que un vikingo temiera más que la mala suerte. Ni siquiera la muerte. Y Hakon había nacido con ella en el rostro.

—Todos los nórdicos saben por qué me temen. La verdadera pregunta es por qué no me temes tú, princesa.

CAPÍTULO
DIEZ

Mia tragó un nudo duro que tenía en la garganta.

El fuego de las pequeñas lámparas de aceite que colgaban alrededor de la habitación arrojaba una tenue luz anaranjada sobre el rostro de Hakon, y le producía un brillo en los ojos que lo hacían ver diabólico, violento y peligroso. Tan peligroso que el temor que no había sentido en una semana le tensó el estómago como si un puño gélido lo estuviera exprimiendo. ¿Habría cometido otro error? ¿Habría hecho algo más que la delatara? Se llevó la mano al vientre.

—¿Por qué no le temes a la maldición? —le preguntó.

—¿La maldición?

—La maldición. —Se señaló la mancha de nacimiento.

Mia frunció el ceño.

—Aguarda, ¿crees que estás maldito por la marca de nacimiento?

La miró fijo.

—Por supuesto. Todo el mundo lo sabe. ¿Tú no?

Mia soltó una maldición por lo bajo. Deseaba haber leído más acerca de los vikingos. ¿Acaso todos sabían eso? Decidió responder:

—No, claro que lo sabía.

—Y entonces ¿por qué pareces tan sorprendida?

Alzó el mentón.

—Que lo sepa no quiere decir que lo crea.

La expresión perpleja en el rostro de Hakon no tuvo precio.

—¿No lo crees? —La voz le sonó como si acabara de comer gravilla en vez de estofado.

—No, no hay ninguna prueba de eso. ¿Cómo es que una irregularidad de la piel congénita y benigna se convierte en una maldición?

Hakon la miró como si estuviera a punto de comérsela viva.

—Estás usando esas palabras mágicas otra vez.

Mia iba a tener que comenzar a hablar como una verdadera vikinga.

—Disculpa. Quise decir que la marca de nacimiento es la misma piel, pero con otro color. No es ninguna maldición. No tiene ningún propósito, y es algo de lo más aleatorio que simplemente ocurrió. Créeme. Soy una curandera. De hecho, hasta te hace parecer…

Quería decir palabras como «misterioso», «tremendo» o «inolvidable», pero se contuvo. No debería hacerle cumplidos ni darle la idea de que podría sentir algo más de lo que quería por él. Porque no lo sentía. ¡De ningún modo!

En el transcurso de los últimos días, cada vez que había pensado en él, una sensación brillante le había colmado el pecho. Él no se había apartado de su lado. Aunque, sin dudas, se

debía a que no confiaba en ella. Pero también la había ayudado en el hospital. A veces, Mia necesitaba que le hiciera algún recado, y él hacía lo que le pedía sin pensarlo. Cuantas más personas se enfermaban, menos criados había para realizar las tareas del hogar. Hakon había comenzado a servir el estofado y la medicina, a llevar las prendas y los platos al arroyo y a cargar leña y agua, así como también verduras y carne para cocinar.

A Mia siempre se le aceleraba el pulso al oírle la voz o sentir su presencia, como si alguien le acariciara la piel con una pluma.

—¿Qué me hace parecer? —le preguntó Hakon con la voz tan aterciopelada, que le produjo una capa de sudor en el cuello.

Mia se miró las manos.

—No te hace feo —le dijo y tosió—. Si eso es lo que te preocupa, deberías olvidarlo.

Aun así, no lo miraba. Él la estaba mirando con esa intensidad que le quemaba la piel.

—¿No crees que soy feo? —La voz baja y algo ronca, le hizo vibrar la piel.

—No —repuso. ¿Por qué había dicho eso? Todo el aire pareció evaporarse de la sala—. Pero eso no importa, ¿no?

Lo miró a los ojos y se arrepintió. Tenía una mirada tan oscura, que casi se había tornado de color café. La miraba como si sostuviera todo el dolor y la angustia del mundo en sus manos y estuviera a punto de decir qué hacer con ellos.

—¿Y si importa?

La boca se le secó como un papel.

—Creí que este matrimonio no tenía que ver con la felicidad para ti.

—No. Pero ¿con qué tiene que ver para ti?

Mia tragó con dificultad.

—Con la sobrevivencia.

Hakon frunció el ceño.

—¿Con la sobrevivencia? ¿Acaso él te…? —El rostro se le llenó de furia y se tragó las palabras—. ¿Tu padre te está amenazando?

—¡No! No, para nada. Hablo en general. Para una mujer… —No debería haber dicho la palabra sobrevivencia en voz alta. Se estaba cavando su propia tumba con la improvisación y esperaba poder salir de esa situación—. Una mujer deja la casa de su padre para ir a la de su marido. Y depende de él. Depende de los hombres. De modo, que es una manera de sobrevivencia. Mi vida depende de ti, ¿no?

Y, en realidad, no solo la suya, sino también la de su bebé. Oh, cielos. ¿Cómo reaccionaría Hakon si descubriera que estaba embarazada? Un escalofrío le recorrió la piel. Se pondría furioso. Estaría desilusionado. Se sentiría traicionado. Pero algo en lo más profundo de su ser supo que no la lastimaría, sin importar lo que sintiera, y esa epifanía le soltó un nudo de tensión que se le había formado en el estómago.

Hakon ladeó la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Has terminado la cena? ¿Te cupo la pierna entera del cerdo en el estómago?

Mia tosió sintiéndose avergonzada. Había comenzado a tener un apetito voraz desde que entró en el segundo trimestre hacía una semana.

—Sí, terminé.

—Ven, te quiero mostrar algo.

Hakon le ofreció la mano, y Mia le apoyó la palma. Si bien al principio había estado asustada, ahora aceptaba sus caricias sin dudarlo. Una vibración le recorrió las venas. Hakon

siempre tenía la piel de las manos cálida, seca y algo callosa, pero se sentía muy agradable. Su mano fuerte se cerró sobre la de ella y le produjo un excitante cosquilleo en el vientre.

Hakon la condujo hacia la habitación, y Mia se tensó:

—¿Por qué vamos allí?

—Arinborg, hemos estado durmiendo en esa recámara durante una semana y no he hecho ningún avance para tocarte.

En la habitación, ardía el fuego y el aire estaba cálido y agradable. Durante toda la semana, cuando estaban juntos en la recámara, había tomado consciencia de cada uno de sus movimientos hasta que apoyaba la cabeza contra la almohada y caía rendida del cansancio. Pero algo había cambiado; jamás se había sentido de ese modo. A pesar de que tenía los pies cansados y anhelaba acostarse, la electricidad en el aire hizo que se le erizara todo el vello de la piel.

—Tengo un regalo para ti —le dijo y se acercó a uno de los baúles que había contra la pared. Mientras lo revolvía, los músculos de la espalda ancha se le movían. De pronto, se volvió hacia ella sosteniendo algo en las manos.

Era una especie de piel blanca, quizás de zorro ártico o de visón. Se veía exquisita y completamente hermosa. Hakon la observó con angustia y cerró los ojos unos instantes. Cuando los volvió a abrir, la miró y le extendió la piel.

—Es para ti.

Mia tomó el regalo y vio que se trataba de una capa con una capucha: era larga, ancha y tan suave que quiso apretársela contra la mejilla.

—Era la capa de mi madre —le explicó—. Nunca te di un regalo de bodas. Te mereces mucho más que un abrigo de piel. Eres una princesa. Eres la curandera más habilidosa que he conocido y…

Se detuvo, y la necesidad de oírlo terminar esa oración fue tan fuerte, que Mia quiso arrancarle la palabra de la boca.

—¿Y qué?

—Eres la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Mia dejó de respirar. El corazón le latió tan fuerte, que los guerreros que seguían en el gran salón lo debían de haber oído.

—No la puedo aceptar, Hakon. —La voz le sonó a punto de quebrarse.

—¿No? También tengo sus joyas…

—¡No! ¡No! No quise decir que no es suficiente, sino que es demasiado. Sus cosas deben significar mucho para ti.

Mia se sentó en el borde de la cama y sintió las piernas débiles.

—Por favor, Arinborg, quiero que la tengas. Ella lo habría querido también.

Unas lágrimas le nublaron la vista.

—Gracias.

Hakon señaló el abrigo en las manos de Mia.

—Hay un broche para ajustarlo. Mi padre lo mandó a hacer con la plata fragmentada y el ámbar que consiguió durante su primer ataque.

Mia pasó las manos por el abrigo de piel y sintió el metal frío del broche. Era grande y redondo como un pequeño escudo vikingo y tenía un trozo de ámbar en el centro. Alrededor de la piedra, había unos patrones de puntos, ramas entretejidas y bestias.

A Mia le temblaron los dedos un poco.

—Es precioso. —Se le cerró la garganta—. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—Dota. —Hakon se miró las manos.

—Qué nombre más hermoso. Háblame de ella.

A Hakon se le transformó el rostro de la tensión hasta que Mia vio los huesos afilados a través de la piel.

—No he hablado de ella desde que murió.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce inviernos.

—Doce inviernos… qué joven.

El dolor de perder a su propia madre a los catorce años aún le perforaba el corazón. ¿La madre de Arinborg seguiría viva? Como no lo sabía, no podía compartir su dolor con Hakon.

—¿Cómo era? —le preguntó.

Hakon se sentó en el borde de la cama al lado de ella y no respondió durante un largo momento. Clavó la mirada en la distancia.

—Olía a reina de los prados. Tenía el cabello dorado. Le encantaba reír. Era fuerte. Y amaba a mi padre. Además, era la única persona que no creía que estaba maldito.

Mia apretó el abrigo en las manos deseando haber podido conocer a Dota. Hakon la miró con los ojos ardientes.

—Tú eres la segunda persona que no piensa eso.

Mia tragó con dificultad y bajó la mirada.

—En ese caso, Dota era una mujer inteligente.

Hakon se rio entre dientes.

—Le habrías gustado.

Mia sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió como si quisiera huir a ningún sitio.

—¿Qué le pasó?

La calidez le desapareció del rostro como si acabara de asestarle un golpe. Hakon se puso de pie, avanzó hasta el baúl y lo cerró.

—Ya son suficientes historias por un día. Es hora de ir a dormir.

El rechazo le dolió un poco, aunque sabía que era lo mejor. Había visto un nuevo lado de Hakon, y el gesto de darle la capa de su madre había significado mucho para él. Y para ella también.

«Qué buena que eres para mantener la distancia», se regañó a sí misma mientras hacían su ritual nocturno: Hakon le daba la espalda mientras ella se ponía las prendas para dormir.

—Listo —le dijo Mia mientras se hundía en la suavidad de la cama llena de pieles.

Hakon se volvió hacia ella, y comenzó la parte favorita de la noche de Mia. En su mente, la llamaba Hakon encuerado. Oculta entre los pliegues de las pieles para que Hakon no la viera, Mia lo observó. Se quitó la túnica, y los cañones de los músculos salieron a la luz al tiempo que la piel suave le destellaba bajo la luz del hogar. Los hombros y los bíceps eran como piedras. Tenía una tabla de planchar en el vientre con unos músculos laterales que formaban una *v* con unos contornos suaves. Y tenía unos pectorales anchos y fuertes. Los dedos le dolían de ansias de acariciar la mata de vello rubio que le cubría el pecho. Hakon le echó una mirada de reojo, y cerró los ojos de inmediato.

Mia lo oyó recostarse sobre el suelo. Como tenía la respiración despareja, sabía que aún no estaba dormido. Era evidente que hablar de su madre le había molestado, y Mia quería consolarlo y sentir sus brazos fuertes alrededor de su cuerpo y absorber el calor de su piel. Quería abrazarlo y besarlo. Pero no lo haría. Ese sería el comienzo de un desastre.

—Hakon —lo llamó.

—¿Mmm?

—Ven a la cama.

Oyó un movimiento entre las pieles del suelo.

—¿Qué has dicho?

Mia se incorporó sobre un codo y lo miró. Parecía alarmado.

—Ven a dormir a la cama conmigo.

—¿Quieres hacer…?

—¡No! Eso no. Has estado durmiendo en el suelo desde que llegué. Dudo que estés descansando allí. Debes estar exhausto. Ven a acostarte aquí, al lado mío. Pero no me puedes tocar, ¿de acuerdo?

A Hakon se le oscurecieron los ojos.

—No sé si pueda contenerme, princesa.

A Mia se le agrandaron los ojos.

—Oh… En ese caso, olvídalo.

—No, iré.

Se puso de pie con los músculos duros y poderosos y caminó hasta el otro lado de la cama. Sin dejar de mirarla a los ojos, se recostó en el colchón y se cubrió con una piel. Mia le dio la espalda respirando con dificultad.

—Buenas noches —le dijo.

Por unos instantes, no le respondió.

—Buenas noches —logró decirle al final con la voz ronca.

Y, a pesar de que no la veía, podía sentir su mirada ardiéndole en la espalda, y todo el cuerpo se le llenó de calor. Estaba jugando con fuego. Y todo el mundo sabía cómo acababan esos juegos.

CAPÍTULO

ONCE

Pasó otra tortuosa semana en la que Hakon durmió en la misma cama que Arinborg sin poder tocarla. Su esposa había estado exhausta todos los días tras cuidar de la mitad de la aldea. Todos los niños y los bebés estaban enfermos, pero Arinborg había permitido que los primeros tres regresaran a casa, asegurándoles a los padres que lo peor ya había pasado y que se estaban recuperando.

Arinborg dormía a su lado dándole la cara. Tenía una mano apoyada sobre la almohada, con la palma hacia arriba, y Hakon tuvo que contener el impulso de tomarle la suya entre sus manos para sentirla cálida y suave. El rostro se le veía tranquilo y hermoso, con las pestañas alargadas que le enmarcaban los párpados cerrados. Tenía unos labios redondeados y suaves que lo tentaban a besarlos. Hakon gruñó mientras intentaba quedarse dormido y se negaba a bajar la mirada, donde de seguro vería la curva de sus senos bajo el camisón.

Los dioses debían de estar riéndose de él porque la persona a la que sentía más cercana era la hija de su enemigo. Quería darle todo lo que pudiera desear. Pero estaba a punto de arrebatarle a su padre, y esa idea lo carcomió por dentro como un perro hambriento.

Salió de la cama y caminó por el gran salón, que estaba tranquilo, para salir al aire frío de la noche. Estaba inquieto, los músculos le ardían de deseo por ella. Por todos los dioses, cómo deseaba que las cosas pudieran ser diferentes entre ellos.

Ese día más tarde, Hakon estaba en el hospital y vertía agua en un caldero para hervirla mientras Arinborg le administraba agua con ajo y miel a un niño. Un bebé que estaba recostado en una cuna comenzó a toser con desesperación. Hakon miró alrededor para buscar a la madre y que lo calmara, pero no la encontró por ningún sitio.

—Hakon, ¿puedes tomar a Mette, por favor? —le pidió Arinborg.

Hakon apretó los labios en una línea delgada.

—La madre no estará contenta si me ve con su bebé en brazos.

Arinborg hizo una mueca.

—Tonterías. Necesitamos asegurarnos de que la beba no se sofoque con los mocos. Tienes que sostenerla derecha. Anda.

Hakon apretó la mandíbula y colocó el balde que había estado sosteniendo en el suelo, pero no dio ningún paso hacia la beba. Él era la pesadilla con la que la gente asustaba a sus hijos.

—¿Y si se la contagio?

La pequeña Mette seguía tosiendo, y el rostro se le había puesto azulado.

—No estás enfermo, y ella sí. Vamos, si ves que le cuesta respirar.

—No hablo de la enfermedad. Hablo de la maldición.

Arinborg lo miró con el ceño fruncido.

—¡No hay ninguna maldición! ¡Toma a la beba antes de que sea demasiado tarde!

Hakon se apresuró hasta la cuna y cogió a la beba en sus brazos. Era tan frágil, tan pequeña y tensa, que el pequeño cuerpo le temblaba con los espasmos de la tos.

—Sostenla en posición vertical e inclínala un poco hacia adelante para que pueda toser los mocos con más facilidad —le instruyó Arinborg.

Hakon se sentía como un oso que sostenía a una gatita entre las garras.

—¿No la apretaré hasta matarla?

—¡No! ¿Nunca habías sostenido a un bebé?

—No.

—Todo va a salir bien. Deprisa, haz lo que te digo. Dale una palmadita suave en la espalda para que expulse los mocos.

Hakon sostuvo a la bebé en posición vertical y la inclinó hacia adelante como Arinborg le había instruido. Le dio unas palmaditas en la espalda, pero seguía tosiendo desesperada. Luego se detuvo. Jadeó en busca de aire, pero no logró inspirar. Los labios se le tornaron azules. Un temor que no había sentido ni siquiera en un campo de batalla se le asentó en el estómago.

—No respira —murmuró.

—Háblale. Y dale una palmadita más fuerte en la espalda.

Hakon obedeció y le dio una palmada quizás demasiado fuerte y luego otras más suaves.

—Respira, Mette. Por Freyja y por Odín, respira.

La beba tomó una profunda bocanada de aire, tosió mocos y comenzó a llorar. Hakon se apretó el cuerpo pequeño contra el torso sin dejar de sostenerla derecha.

—Qué buena niña. Los dioses están contigo. Respira. Ya estás bien.

—¿Ves? Eso no estuvo tan mal.

Arinborg terminó con el niño al que le estaba administrando la medicina y se acercó al siguiente. Hakon soltó una risa de alivio.

—Supongo que no. Casi me hago encima.

Arinborg también se rio.

—Lo has hecho bien. Eres bueno con los bebés.

Hakon quería responder que no lo era, pero la puerta se abrió, y una mujer entró con los ojos abiertos de par en par. Era Oda, la madre de Mette.

—¡Aléjate de mi bebé, Bestia! —exclamó apresurándose hacia él.

Hakon sintió una vergüenza que lo embargó como una ola gélida en plena tormenta, como si hubiera hecho algo mal. La mujer le quitó a la beba de las manos y se la acurrucó contra el pecho dándole la espalda, como si creyera que la iba a atacar.

—Oda, solo la estaba consolando. Tuvo un ataque… —comenzó Arinborg.

—¡No! No puede tocar a los bebés. Ya en sí es malo que sea nuestro *jarl*. La va a maldecir.

Arinborg dejó de darle la medicina al niño y se puso de pie echando chispas por los ojos.

—¿Qué has dicho? —Comenzó a avanzar lento hacia la mujer.

—La va a maldecir. Él está maldito.

—Déjate de decir tonterías —le ordenó—. No está maldito. Nadie está maldito. Es probable que le haya salvado la vida a tu beba. No había nadie alrededor, y Mette estaba tosiendo.

—Fui a aliviarme.

—Ya lo sé, y no es el punto. Él no maldijo a tu bebé, deja de decir eso. Va para todos. —Se volvió para mirar alrededor del hospital. Había varias personas presentes, algunos dormían, pero muchos la oían—. Tienen suerte de que Hakon Ulfsson sea su *jarl*. Está haciendo de todo por ustedes. Cedió su propia casa para que se puedan curar más pronto. Si deben ser supersticiosos,

su marca es una señal de bendición.

—Lo estás protegiendo, princesa —le dijo Oda mientras mecía a la beba—. Y lo entiendo, es tu marido. Todos estamos agradecidos por ti y tus habilidades sanadoras. Pero ¿sabes lo que le hizo a su madre?

El dolor lo perforó como si Oda acabara de despellejarlo. Arinborg frunció el ceño.

—No —repuso—, pero estoy segura de que nada de lo que ocurrió ha sido su culpa.

—Sí que lo fue. La maldijo, eso es lo que ocurrió.

Arinborg lo miró con los ojos llenos de preguntas. Hakon se sintió derrotado. Jamás había querido que se enterara de eso. Mucho menos de esa manera. Ahora podría perder a la segunda persona en todo el mundo que había sido amable con él. Pero parecía que había llegado el momento.

—Ven, princesa. Te lo contaré. —Le ofreció la mano, y ella la estudió en silencio.

—No vaya, señora —le aconsejó Oda—. Temo por usted.

Eso pareció haberla convencido. Arinborg puso los ojos en blanco y tomó la mano que le ofrecía.

—Vamos. No tengo miedo, y tú tampoco deberías tenerlo, Oda.

Hakon creyó que jamás había sostenido nada más valioso que su mano. La condujo hacia la casa comunal y les pidió a los criados que les llevaran pan, queso, mantequilla y agua, porque sabía que no bebería hidromiel o cerveza. Tomó unas pieles, el abrigo y la capa de piel de zorro ártico de Arinborg.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Arinborg.

—Ya lo vas a ver. Tendremos que pasar la noche allí. ¿Crees que el hospital estará bien por una noche?

Arinborg echó un vistazo hacia la edificación del hospital.

—Supongo que estarán bien por una noche.

—De acuerdo. Nunca he llevado a nadie allí, pero te encantará. ¿Confías en mí?

De repente, su respuesta se volvió más importante que su siguiente bocanada de aire. Lo estudió con el ceño fruncido, pero luego se le suavizaron los rasgos. Le sonrió, y su sonrisa fue lo más hermoso que vio en la vida.

—Sí.

Un témpano gigante se le derritió en el pecho. Los criados les llevaron las cosas, y Hakon se colocó los rollos de pieles sobre la espalda y una bolsa de viaje con comida en el cinturón.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos una larga caminata.

Arinborg le sonrió, y mientras se acercaban a la montaña que había sido su escape desde la muerte de su madre, una felicidad le invadió todo el ser. Pero la idea de compartir la peor noche de su vida le invadió esa felicidad como unos atacantes que aterrizan en una playa vulnerable.

CAPÍTULO
DOCE

Mia pensó que el pecho estaba a punto de estallarle. Habían estado caminando durante más de una hora y, aunque solo estaba embarazada de quince semanas, el esfuerzo la cansó más de lo que creyó posible.

Cuando Hakon le anunció que habían llegado, susurró un «¡Aleluya!» por lo bajo que lo hizo volver a mirarla con una ceja arqueada como si la hubiera oído. Y ni siquiera estaban en la cima de la montaña.

Hakon la condujo a un pequeño claro entre unos pinos y unos peñascos. El claro era una combinación de piedras que formaban un balcón natural sin pasamanos y se alzaba en el aire sobre la pendiente rocosa de la montaña. Cuando se detuvieron en el balcón, el cielo estaba oscureciendo y se sentía tan cerca que si estiraba los brazos quizás podría tocarlo. Y el aire estaba tan fresco que casi podía beberlo. Abajo se encontraba el fiordo que se expandía como una serpiente azulada y ancha entre las montañas. A la derecha, en un pequeño valle, se veía Lomdalen. Parecía una aldea de juguete con las casas oscuras y los techos amarillentos. Como era la hora de la cena, de varias casas salían nubes de humo. Mia veía a personas y animales diminutos que se movían por la aldea. Allí hacía más frío y se acurrucó contra la capa de Dota agradecida de tenerla.

Pero todo lo que veía a su alrededor, incluyendo el fiordo, las montañas y el bosque, perdía el color al lado de Hakon. Había confiado en que la llevara allí, sin saber a dónde iban. Detestaba que su propia gente estuviera tan cegada por las supersticiones y los prejuicios. ¿Cómo era posible que no vieran lo bueno y amable que era? Que no tenía ni una gota de maldición en él. De hecho, era toda una bendición.

Hakon había prometido contarle lo que le había ocurrido a su madre.

—Tenías razón —le dijo Mia—. Me encanta.

Hakon se volvió a mirarla, nunca había visto su rostro tan suave y lleno de paz. La mirada lobuna había desaparecido para dar lugar a ese hombre gigante y hermoso que era libre. Mia se quedó quieta, como si temiera asustar a un animal salvaje.

Hakon sonreía. El mundo pareció moverse, y el balance se tornó tan frágil como una burbuja de jabón que temía explotar. No era una sonrisa ancha, no se parecía en nada a la de un típico hombre estadounidense. Era una semisonrisa que le daba un aspecto mágico a su rostro. Se veía humano y magnífico.

—Tras la muerte de mi madre, comencé a venir a este sitio para ocultarme. Los puedo ver desde aquí, pero también es donde soy libre de ellos.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Un lugar para esconderse. Ese es un lujo que jamás tuve. —Ni en casa, en San Diego, ni

tampoco en Boston, con Dan.

Hakon hizo un gesto para señalar los alrededores.

—Ahora lo tienes.

Mia le sonrió, y una lágrima le rodó por la mejilla. Ahora lo tenía. Con Hakon.

—Gracias —le dijo.

Hakon extrajo las pieles de la espalda.

—Pasé mucho tiempo aquí, pensando alejado de ellos y de sus miradas llenas de temor y culpa. —Estiró las pieles sobre el suelo—. Comenzaré una fogata. Pronto se pondrá más frío.

Cuando el fuego estaba ardiendo y combatía la oscuridad de la noche, Mia y Hakon se sentaron sobre las pieles a observar el baile de las llamas. Mia anhelaba saber más de su madre, pero se contuvo de preguntarle. Sabía muy bien lo que era guardar secretos.

—Esa noche, me despertó —comenzó Hakon sin apartar la mirada de la fogata—. Recuerdo que hacía frío en el gran salón porque era invierno y no quería ir a ningún lado. Me dio un hacha. El hacha de un guerrero adulto. Hasta entonces, jamás había sostenido una verdadera hacha en las manos. —Se rio entre dientes—. Era muy pesada para mí, pero no se lo demostré.

Hakon rompió una rama y la arrojó al fuego.

—Mi padre estaba de pie entre nosotros y las puertas y me miraba como si se me hubiera puesto la cabeza de serpiente. Era la primera vez que me sostenía la mirada más tiempo de lo que le llevaba terminar un cuerno de hidromiel. En ese momento, deseé que volviera a evitarme.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—Más adelante, en su lecho de muerte, me dijo que cuando nací, vio que los dioses me habían marcado. Lo normal en esas circunstancias hubiera sido deshacerse de mí, como si fuera un niño enfermo, pero mi madre no se lo permitió, y la amaba demasiado como para insistir. Los dos esperaban tener más niños que no estuvieran malditos. Recuerdo que hablaban mucho del tema en susurros, pero nunca ocurrió. Quizás me culpaba a mí y a mi maldición por eso.

Hakon tomó otra rama entre las manos, la quebró y la arrojó a la fogata antes de envolverse los brazos alrededor de las rodillas. Mia sintió la necesidad de estirar la mano y consolarlo. Sabía demasiado bien lo estrictos que podían ser los padres emocionalmente distantes. Mientras que a Hakon lo protegió su madre, la de Mia solo se había limitado a obedecer. ¿Cómo habría sido su vida si su madre le hubiera hecho frente a su padre?

—Y más tarde me enteré de que esa noche a mi padre se le ocurrió llevarme a juicio. Iba a dejarme solo en el bosque con un hacha. Si sobrevivía, significaba que no estaba maldito. Si no regresaba, la maldición habría muerto conmigo. De una forma u otra, quería liberarse de la maldición… —Se atragantó con la última palabra—. Y de mí.

Mia quería cubrirle la mano con la suya, pero se detuvo. Él no querría su lástima. Quería que lo escuchara.

—Pero esa noche no lo sabía —continuó con la voz carente de emoción—. Fue todo tan repentino… Mi madre me despertó y me dijo que teníamos que marcharnos solos. Todo me resultó extraño, pero la seguí. Miré el rostro de mi padre cuando se paró en las puertas. Vi la pena, el temor y el adiós…

Hakon hizo una mueca.

—No nos detuvo.

Miró a Mia, y le vio el dolor crudo en los ojos.

—Y nos marchamos. Partimos solos en un caballo. Cuando llegamos al centro del bosque, me dijo que íbamos a la casa de su familia y que me quedaría con ellos un tiempo, hasta que pudiera ir a buscarme, porque en casa ya no estaba más a salvo.

Mia sintió un escalofrío en la piel.

—Pero nos perdimos —continuó Hakon—. Y, en el medio del bosque, vinieron los lobos.

Mia negó con la cabeza.

—¿Los lobos?

—Sí, una manada de doce. El caballo entró en pánico. Mi madre me dijo que me subiera a un árbol y que me seguiría. Íbamos a esperar a recibir ayuda, así que comencé a trepar. Pero cuando llegué casi a la copa, me di cuenta de que no me había seguido.

Mia se aferró al delantal del vestido que le cubría el vientre.

—Oh, no… ¿La atacaron?

Inclinó la cabeza, y Mia cerró los ojos por temor a lo que diría a continuación.

—Sabía que, si se quedaba, los dos acabaríamos muertos. Me dio la oportunidad de sobrevivir y alejó a la manada de mí.

A Mia le rodó una lágrima por la mejilla. Podía ver a Dota y a Hakon, un muchacho convertido en un hombre joven. Dota había hecho todo lo posible por salvar a su hijo. Mia la entendía muy bien. Maldito o no, era su hijo, y estaba dispuesta a cruzar un bosque lleno de lobos para salvarlo. A entregar su vida por la de él… Ella sentía lo mismo por su bebé.

—Y entonces, ¿qué pasó? —le preguntó.

Hakon alzó la mirada y estiró la mano para acariciarle el mentón con suavidad y secarle la lágrima. Luego se volvió hacia las llamas.

—Bajé del árbol y fui a buscarla. Vi los rastros en la nieve. Me di cuenta de lo que había hecho y quise seguirla. La manada se había ido, pero todavía quedaba un lobo allí.

A Mia se le cerró la garganta.

—Era gigante. Bueno, al menos en comparación con un niño de doce inviernos. Yo estaba debajo de ese pino, y se lanzó contra mí a toda velocidad. Era como si volara sobre la nieve. Y algo me dijo que rodara hacia un lado. Sonaba como el viento, pero quizás era mi madre o uno de los dioses que quería continuar torturándome en esta vida. Al final, me aparté, y el lobo aterrizó sobre un banco de nieve debajo de ese árbol. En el banco de nieve, había una rama vieja y seca, pero más afilada que una lanza, y le perforó el cuello. Yo lo acabé con el hacha.

A Mia le latió el corazón en el pecho al imaginarse la escena. Hakon, un nórdico de doce años con un hacha ensangrentada y un lobo gigante a los pies con un charco de sangre sobre la nieve a su alrededor.

—Entonces, seguí las huellas. Habían ido lejos, o quizás solo se sintió de ese modo. No podía correr lo suficientemente rápido. Creí que la sangre se me convertiría en hielo por el temor que sentía por ella.

Hizo una pausa. Tenía el rostro cenizo y los ojos vacíos. Mia se llevó las manos a la boca.

—Y luego los encontré, tanto al caballo como a ella. O lo que quedaba de ambos. Una parte de mí murió en ese momento, cuando la vi de ese modo.

Mia sintió un estremecimiento por toda la piel, los ojos le ardieron de las lágrimas que le costaba contener y la garganta le dolía.

—¿Qué hiciste?

—La llevé a casa. Se merecía un entierro en barco. No podía dejarla allí.

Arrojó otra rama a las llamas. Al cabo de unos instantes, explotó y produjo unas chispas en la oscuridad de la noche.

—Llegué a la aldea alrededor del mediodía siguiente. Deberías haberles visto los rostros cuando entré en el gran salón con su cuerpo congelado en brazos. Había dejado de sentir las manos hacía mucho tiempo del frío y el cansancio, pero prefería morir que soltarla. Tu padre se

puso de pie de un salto y se tocó el Mjölnir antes de que todos hicieran lo mismo.

Mia frunció el ceño.

—¿El rey Nyr estaba allí?

—Sí, estaba de visita. Conoces a muchos de los que me vieron en ese momento. Jamás se olvidarían de ese día. Juro por Odín que lo primero que pensaron fue que yo la había matado.

A Mia se le retorció el corazón de dolor. Ahora entendía por qué la gente le temía tanto. ¿Cómo podían ser tan supersticiosos?

—Pero no es posible que de verdad hayan creído que un niño pudo haber desgarrado a su madre como un lobo —señaló.

—Cuando se pasó la conmoción, no lo creyeron más. Pero se convencieron de que mi maldición le había causado la muerte, mientras que yo había sobrevivido. Y todavía lo creen. Tienen miedo de que les haga lo mismo.

Le echó una mirada con los ojos llenos de angustia.

—Luego del funeral, fui al bosque y busqué al lobo. Para jamás olvidar que le provoco la muerte a la gente que me ama, hice este abrigo con su piel. —Se abrochó el borde de la capa gris que tenía puesta.

Los ojos se le tornaron ámbar bajo la luz anaranjada de las llamas en la oscuridad.

—Ese fue el día que perdí a la persona que más amaba en todo Midgard. Hasta que te conocí a ti.

Mia pudo oír el latido de su propio corazón como si lo oyera a través de un estetoscopio.

—Nunca creí que tuviera más futuro que el camino de la pena y la destrucción. Pero de repente llegaste tú y me mostraste que aún había esperanza para mí. Quizás mi madre me está cuidando desde Fólkvangr, el campo de Freyja para los muertos, porque nunca quise enamorarme de mi esposa.

Mia sintió el peso de la culpa en el pecho. Le estaba mintiendo, y él estaba enamorado de ella. Y no sabía nada acerca del bebé, ni del hecho de que venía de otra época o de que después de que la epidemia acabara y los pacientes no la necesitaran más, se marcharía de su vida para siempre.

La idea le abrió un hueco en el pecho. Se había acostumbrado a verlo a cada segundo. Esperaba con ansias trabajar a su lado en el hospital cada mañana y acostarse a su lado todas las noches. Era como si su mera presencia le brindara alegría e hiciera que su existencia valiera la pena.

Imaginarse una vida en la que él no existía era como apuñalarse en el vientre. Las lágrimas se le acumularon en los ojos, y el dolor le asestó de lleno en el corazón como una bala. Hakon debió de haber visto el cambio en su rostro porque se mostró preocupado.

—No te estoy apresurando para que te acuestes conmigo. Vendrás a mí cuando estés lista.

Y de repente se encontró mirándolo al rostro. Se detuvo a observar la marca de superhéroe, la barba corta, los ojos del color ámbar verde, el cabello rubio que le enmarcaba el precioso rostro con suaves rizos. Era el rostro más querido de todos los mundos…

Un amor le empezó a derretir el hielo en el corazón y a sanar las partes que estaban heridas. Habían pasado solo dos semanas desde que lo había conocido. ¿Cómo podía estar sintiendo eso? ¿Estaba loca de atar? Era una viajera en el tiempo embarazada que fingía ser otra persona… Y, sin embargo, más allá de cualquier lógica o pensamiento racional, era más feliz allí con Hakon de lo que lo había sido en toda su vida.

¿Y si pudiera quedarse? ¿Y si pudiera ser su esposa de verdad? Tendría que contarle la verdad, pero si la aceptaba, ¿cómo se sentiría quedarse allí? ¿Despertar a su lado todas las

mañanas y sentir su cuerpo cálido y duro cubriéndole el suyo? La respuesta no tardó en llegar: sería realmente feliz. Porque se estaba enamorando de Hakon.

Se negaba a pensar en todos los motivos por los que no debería quedarse. Podrían esperar hasta el día siguiente. Por esa noche, le diría la verdad, toda la verdad, y rezaría porque la aceptara y la comprendiera.

Pero antes… Se movió hacia él con el pulso acelerado y se arrodilló al lado suyo. Y muy despacio, le rozó los labios con los suyos.

CAPÍTULO

TRECE

Los labios de Hakon eran tiernos, pero firmes. La barba le produjo un cosquilleo en la piel y la excitó. Le pasó las manos alrededor de la cintura y la apretó contra su cuerpo, que estaba cálido como un horno. A Mia le latió la sangre llena de necesidad. Se arqueó contra él y se apretó contra su cuerpo duro como una roca y con músculos implacables.

Hakon le entreabrió los labios con la lengua, y lo recibió lamiéndolo y saboreándolo. Le mordisqueó el labio inferior con delicadeza, le acarició la nuca y se la sostuvo en un sitio mientras le introducía la lengua en la boca.

A Mia se le endurecieron los pezones, y el cuerpo le empezó a brillar de lujuria. Era tierno, pero firme; lento, pero seguro. Le deslizó la otra mano por la columna vertebral y le dejó un rastro de fuego líquido antes de apoyársela sobre el trasero. Se volvió hacia ella y le movió las caderas hasta que se la sentó a horcajadas. De repente interrumpió el beso.

Mia estaba sin aliento, deliraba e intentaba comprender qué estaba ocurriendo. Los ojos se le oscurecieron. La observaba con tanto anhelo que le costaba respirar.

—Te deseo, Arinborg —le gruñó—. Te he deseado desde que te vi. Juré que no te tocaría hasta que tú lo quisieras. —La voz la acarició como un retumbo distante—. ¿Me deseas?

Mia se mordió el labio con el cuerpo lleno de deseo. Había jurado que no se encontraría vulnerable frente a otro hombre. Y no le había dicho la verdad acerca de sí misma. De hecho, lo más sabio sería evitar cualquier atracción. Pero era demasiado tarde para eso. El corazón le gritaba «¡Sí! ¡Sí!». Había algo en su cuerpo que solo deseaba disolverse en él y mandar al diablo a las consecuencias.

—Sí —repuso escuchando a su corazón.

Hakon soltó un gruñido animalesco.

—Oh, gracias a Freyja. Si hubieras dicho que no, habría tenido que ir al fiordo a calmarme.

Mia se rio entre dientes y, antes de que pudiera decir más nada, Hakon le cubrió los labios con los suyos y la sujetó con los brazos como un tornillo de banco. Mia le pasó las manos por el pecho duro y se los envolvió alrededor del cuello.

Lo deseaba: deseaba su calor, su fortaleza y su masculinidad. Le envolvió las piernas por la cintura y se acercó más a él. Cuando sintió la erección apretada contra la entrepierna, soltó un gemido.

—Quiero que gimas así cuando esté dentro de ti —le susurró contra la boca.

Fue lo más seductor que había oído en toda su vida. Tenía la piel cubierta de sudor y sentía un calor que le atravesaba los huesos.

Le apoyó una mano en el otro seno y se lo acarició a través de las prendas. Jadeó y se arqueó al sentir su contacto. Le dibujó círculos alrededor del pezón con el pulgar y se le endureció aún

más. La caricia le produjo descargas de placer en todo el cuerpo.

—Oh, que los dioses me den la fuerza para no arrancarte estas prendas y arrojarme sobre ti —le gruñó Hakon acariciándole los pechos. Mia le enterró los dedos en el cabello, y el deseo le fluyó por las venas como una nebulosa líquida.

Le deslizó una mano por debajo del vestido y empezó a subir por el muslo. La piel cálida y seca de la palma la acarició y la arañó con suavidad. Cuando le recorrió el vientre con la mano, se paralizó por un instante, por temor a que lo notara duro, pero eso no ocurrió.

Mia se dio cuenta de que se estaba controlando, de que hacía lo mejor por moverse despacio, y su excitación la animó. Hakon siguió recorriéndola con la mano hasta detenerse en un pecho. Luego le apoyó la otra mano sobre el otro y comenzó a jugar con los pezones hasta que casi la dejó sin aliento.

—Quiero verte desnuda —le dijo.

—Yo también quiero verte desnudo.

Hakon alzó la comisura del labio.

—Lo que tú desees, princesa. —Le apartó las manos y comenzó a desvestirse. Mia se olvidó de todo mientras lo miraba.

Se quitó la capa y, con un movimiento rápido, se quitó también la túnica. Mia observó sin aliento el cuerpo desnudo que quedó al descubierto, con unos brazos tan gruesos como postes de electricidad, unos pectorales por los que podría perderse andando y una tabla de lavar que haría llorar a un campeón de fisicoculturismo. No pudo hacer más que admirarlo.

—¿De verdad existes? —se oyó preguntar.

Cerró la boca mientras sus ojos oscuros la observaban con una lujuria predadora.

Luego se arrojó sobre él, lo besó y se dejó caer de espaldas. Le sintió la piel del pecho suave contra la palma de la mano, y la mata de vello que le cubría el pecho, encrespado. Inhaló el aroma masculino con una nota de almizcle.

La hizo rodar y recostó sobre el suelo. Quería sentirlo. Necesitaba deslizar su piel contra la de él. Le abrió los broches, le bajó el delantal del vestido hasta las caderas y le soltó los lazos del atuendo en el cuello. Emitió un sonido bajo mientras le deslizaba el vestido por los hombros algo impaciente, pero eso solo la excitó más.

Cuando se acostó desnuda debajo de él, Hakon se incorporó sobre un brazo y la recorrió con la mirada sin decir nada. Mia estaba segura de que nadie jamás la había observado de ese modo.

—Eres un tesoro que me enviaron los dioses. Jamás he visto a una mujer más hermosa que tú. ¿De verdad eres mía?

Unas lágrimas le ardieron en los ojos al oír esas palabras.

—Sí, soy tuya —le respondió.

Le besó las lágrimas sin dejar de sonreírle y lamerle el rostro. Luego le pasó los labios por el cuello y siguió bajando hasta los senos hasta que la oyó gimotear de anticipación.

Le succionó un pezón y le dibujó círculos con la lengua hasta que la oyó jadear. Se lo mordisqueó con suavidad y le provocó sensaciones excitantes en la piel. Luego se movió al otro pecho y comenzó a succionar uno y otro.

—Es tan rosado y delicioso —le susurró, y los pezones le empezaron a doler. Le pasó las manos por la curva de la cintura—. Tan delgada. Tan hermosa.

Y luego siguió bajando por las piernas. Le deslizó un pulgar entre los pliegues húmedos y se los acarició realizando movimientos circulares hacia arriba y abajo. Mia meció las caderas y soltó un gemido del placer intenso que sintió en todo el cuerpo.

—Nunca deseé a una mujer como te deseo a ti —le susurró.

Mia le abrió las piernas y lo abrazó. Hakon se arrodilló delante de ella, y el torso le resplandeció a la luz de las llamas. Comenzó a abrirse los pantalones sin quitarle los ojos voraces de encima. Cuando la erección quedó libre al fin, Mia se relamió los labios al verla. Hakon se tomó el miembro en la mano, y el gesto le resultó de lo más sensual y carnal.

—Cielos, no puedo esperar un minuto más. Tengo que tenerte —le dijo.

Mia le pasó los dedos por los pectorales duros, el estómago esculpido y se detuvo al llegar a los rizos que le rodeaban el sexo.

—Tenme —le susurró.

Hakon acomodó la erección contra los pliegues hinchados del sexo y la acarició con el miembro hasta producirle olas de dicha pura.

—Te quiero mostrar las estrellas —le dijo.

—Oh, ya las veo.

Hakon encontró el centro de su ser y continuó con esa deliciosa tortura hasta que Mia no lo soportó más. Lo sujetó de la cadera, lo sintió grande, cálido y duro, y lo alentó a penetrarla.

—Tómame —le pidió mirándolo a los ojos—. Ya mismo.

Hakon se humedeció los labios, se apoyó sobre los codos y la besó. Luego se deslizó en su interior y la estiró de manera deliciosa hasta llenarla por completo y arrancarle un gemido de la garganta. Se apartó despacio y la volvió a penetrar con cautela.

—Oh, te sientes mejor que el Valhalla —le susurró al oído.

Mia separó las piernas aún más y lo instó a penetrarla más profundo, pero Hakon se movía despacio.

—Quiero que saborees esto como el mejor banquete de tu vida. El primero de muchos venideros.

La estaba provocando, se estaba tomando su tiempo para estirar el placer, y eso la estaba volviendo loca. No lo soportaba más. Sentía que se estaba conteniendo, pero lo necesitaba. Necesitaba más.

—Hakon, más rápido —le pidió con un gemido—. Necesito que seas tú mismo. Relájate.

—¡Oh! —rugió.

Comenzó a moverse más rápido y más duro, mientras gruñía y gemía, y Mia creyó que jamás había oído algo más sensual. Hakon la embistió cada vez más rápido. Le sujetó el trasero para que el contacto entre sus cuerpos fuera completo y le brindó una nueva intensidad y dulzura al placer que le estaba dando.

Mia disfrutó cada momento, cada embestida, cada jadeo, cada gruñido y cada caricia. Hakon comenzó a estremecerse, y Mia supo que se estaba conteniendo para que ella llegara al orgasmo primero. Y estaba a punto de alcanzarlo.

Al cabo de varios instantes, se dejó llevar más alto hasta que casi no lo soportó más. Hakon se volvió a estremecer, arrojó la cabeza hacia atrás y siguió embistiéndola con los músculos tensos. No dejaba de gritar su nombre falso.

Mia llegó a la cima de la agonía más dulce y se dejó embargar por el orgasmo que fue como una tempestad cálida mientras acababa contra su sexo.

Cuando Hakon se dejó caer sobre ella y se hizo a un lado para tomarla en sus gigantes brazos cálidos, Mia creyó que lo oyó susurrar:

—Te amo.

Sin embargo, no estaba segura de si simplemente se trataba del latido de su corazón que, en un latido, le respondió:

—Yo también.

Un estremecimiento frío la recorrió y, al abrir los ojos, con los brazos envueltos en Hakon, clavó la mirada en el cielo nocturno lleno de estrellas.

Lo amaba. Pero él le había hecho el amor a Arinborg, la princesa nórdica, y no a Mia, una pediatra fugitiva del futuro que estaba embarazada.

Debería haberle dicho la verdad antes de haber llegado tan lejos. La verdadera Arinborg se encontraba en algún sitio esperando a casarse con él. Y cuando por fin llegara, Mia volvería a terminar con el corazón roto. Y Hakon también.

Tenía que decirle la verdad antes de que eso ocurriera… por más que implicara perderlo.

CAPÍTULO

CATORCE

Hakon no quería dormir. No podía. Si los dioses habían decidido perdonarlo, ese era el modo. O, mejor dicho, ella.

Sostuvo a Arinborg en sus brazos durante toda la noche y sintió su aliento dulce que le producía un cosquilleo en el pecho al tiempo que el cabello le caía sobre el hombro y el brazo como una manta. Estaban acurrucados bajo los abrigos y encima de la piel. La fogata se había apagado durante la noche, pero Hakon no se movió para volver a encenderla. Tenía en sus brazos un regalo demasiado precioso como para soltarlo tan solo un momento.

Antes del amanecer, se quedó dormido, pero un movimiento de ella lo despertó. Sintió el cosquilleo de su cabello sobre la piel. La vio sentada al lado de él, cubriéndose los pechos con el abrigo y la cadera sedosa apretada contra su pierna. Inhaló el aroma de su cabello, que le parecía divino.

—Buen día —lo saludó con una sonrisa.

—Es un muy buen día.

El sol había salido e iluminaba el suelo a su alrededor. Arinborg miraba lo que los rodeaba con los ojos llenos de asombro. Estudiaba las cimas de las montañas blancas en contraste con el cielo matutino y las pendientes de tonos verdes oscuros con el frondoso bosque. Un viento suave mecía las hojas de los árboles. A Hakon le encantaba que estuviera tan fascinada con ese sitio como él.

—Ven aquí. —Hakon le jaló de la mano y la hizo caer sobre su pecho con una risa de felicidad. Luego la besó.

Su dulce aroma lo envolvió. Los labios suaves y la lengua delicada le encendieron un incendio en las venas, y el miembro se le endureció en segundos.

—Arinborg, no sé si alguna vez podré saciarme de ti —le susurró.

Ella se quedó quieta y se echó hacia atrás con los ojos agrandados.

—¿Qué dije? —le preguntó Hakon antes de sentarse.

—No, no, nada. —Bajó los ojos y se mordió el labio—. Soy yo. Tengo que decirte algo.

Fue como si le hubiera volcado un balde de agua congelada encima.

—¿Qué cosa?

Arinborg se puso la túnica por la cabeza y evitó mirarlo a los ojos.

—Me sentiré mejor si estoy vestida cuando te lo diga.

Una sensación de pánico le apretó el vientre como un puño de acero. Tenía el presentimiento de que ese sería el final de su felicidad. No, no debería hundirse en el viejo hábito de creer que jamás sería feliz. Lo que tenían, lo que se habían dicho el día anterior… Estiró la mano y le alzó el mentón con un dedo. Arinborg lo miró a los ojos con sus iris verdes oscuros llenos de

lágrimas.

—Arinborg, esposa, nada de lo que digas puede romper el vínculo entre nosotros.

Ella tragó con dificultad.

—Estoy embarazada.

Hakon frunció el ceño. Debía de haberla oído mal.

—¿Estás embarazada? ¿Tan pronto? No lo puedes saber aún.

Ella cerró las manos en puños y luego las relajó.

—No es tuyo. Estaba embarazada antes de casarme contigo.

La furia le llenó la sangre como una fuente de fuego que le comenzó a arder desde el interior produciéndole un dolor agonizante. Se incorporó de un salto completamente desnudo.

—¿Qué has dicho?

Alzó la mirada hacia él con los ojos abiertos de par en par y llenos de tristeza.

—Lamento no habértelo dicho antes.

—¿Lo lamentas? —Hakon sintió como si acabara de enterrarle una daga en el corazón. Se alejó de ella y comenzó a andar de un lado al otro. Quería golpear algo. El pensamiento le acechaba la cabeza como un trueno: su esposa estaba embarazada de otro hombre.

—Lo sentía en mis huesos: eras demasiado buena para ser cierta. Los dioses no me querían conceder la felicidad. Me di cuenta de que no fui el primer hombre en tu vida, pero no me importó. Pero ¿esto? ¿Quién es?

Se detuvo y la fulminó con la mirada. Estaba pálida, sentada sobre las pieles y aferrando los abrigos de piel que tenía envueltos en las piernas. Quería matar al hombre de la manera más brutal. Quería cortarle los testículos y arrojárselos a los cerdos.

—No… no es nadie que conozcas.

Hakon apretó la mandíbula. La siguiente pregunta lo hizo tensarse de pies a cabeza, como si se hubiera convertido en una piedra fría.

—¿Lo amas?

—¿Qué? ¡No! No lo amo. En una época, creí amarlo, pero ya no. Estábamos… —se detuvo como para buscar la palabra adecuada— en una relación.

¿Y eso qué quería decir? ¿Por qué utilizaba esos términos tan raros?

—¿Estaban casados?

—No, pero estábamos a punto de casarnos.

—¿Eran amantes?

Bajó la mirada como si estuviera avergonzada.

—Sí.

—Eran amantes, pero no estaban casados.

Las imágenes de su cuerpo al lado de otro hombre le retorcieron el corazón de agonía.

—¿Por qué no te casaste con él? ¿Te sedujo?

Lo miró a los ojos.

—Nuestro amor murió. No era el hombre adecuado para mí. Y cuando quise acabar la relación, él…

La voz se le quebró y se clavó la mirada en las manos. Algo en el modo en que se le hundieron los hombros y se estrujaba las manos le hizo sentir como si se le hubiera hundido un peñasco en el estómago.

—No me quiso dejar libre.

—¿A qué te refieres? ¿Te retuvo a la fuerza? ¿Te violó?

Tenía los puños tan apretados que sintió que jamás los iba a poder abrir de nuevo. Ella

guardó silencio unos instantes.

—Respóndeme —le pidió.

Alzó la mirada a él con una expresión de amargo desafío en el rostro.

—Sí. Sí, Hakon. —Se frotó la frente con la mano, que le temblaba—. Cielos, es la primera vez que se lo cuento a alguien.

A Hakon se le dilataron las fosas nasales.

—¿Tu padre no buscó vengarse?

Arinborg frunció el ceño.

—No…

Hakon la interrumpió enfadado.

—¿Tu padre engañoso me hizo casar con su hija embarazada y ni siquiera mató al hombre que te tomó en contra de tu voluntad? Es peor de lo que había pensado.

Arinborg se puso de pie con el rostro lleno de preocupación.

—No lo sabía.

—¿No se lo contaste a tu padre? ¿Por qué?

Alzó el mentón.

—No podía.

—¿Por qué?

Arinborg se abrazó.

—No es algo de lo que las mujeres se enorgullezcan, Hakon.

Hakon la recorrió con la mirada antes de ponerse los pantalones.

—Tú y tu padre… —masculló—. Él te ha enseñado a traicionar, ¿no?

—¡No! Hakon, no era mi intención…

—Oh, claro que sí. Lo sabías y esperabas casarte con un *jarl* en vez de casarte con quienquiera que sea, ¿no?

—Te lo estoy diciendo ahora. Luego de lo que me contaste ayer, no podía vivir ni un día más con esta mentira.

—Qué noble de tu parte. ¿Y qué quieres que haga ahora? ¿Quieres que críe al hijo de otro como si fuera mío?

—No lo sé. Depende de ti. Pero si me quieres, debes aceptar a mi hijo.

El dolor de su traición y decepción y la furia hacia el hombre que la había lastimado se mezcló con los celos, y todo le comenzó a hervir y burbujear en el interior. Hakon quería ser el único que le diera un niño.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo dices?

—Quiero su nombre, si tu padre no se vengó, lo haré yo.

—¿Cómo?

—Lo buscaré cuando… —casi le soltó el plan de ir a quemar su hogar hasta reducirlo a cenizas, pero se calló a tiempo. Él también le ocultaba un secreto que aún no le había contado, y la culpa lo acechaba—. Cuando visite a tu padre. Dime su nombre.

Ella lo dudó un instante antes de asentir con la cabeza.

—Dan.

Hakon recogió el abrigo y comenzó a enrollar la piel. No podía mirarla. Era un tonto por haber creído, aunque fuera por tan solo un momento, que los dioses lo habían favorecido. Se volvía a tratar de la maldición.

—Regresemos a la aldea.

Ella le apoyó una mano sobre el brazo, pero Hakon se apartó sin mirarla.

—Hakon, háblame.

Sin embargo, él se limitó a empacar.

—¿Qué pasó con eso de que nada podía romper el vínculo que teníamos? —le preguntó con la voz temblorosa.

Hakon apretó el mentón. Una parte de él deseaba tomarla en sus brazos, pero era una parte muy pequeña. La bestia estaba hecha una furia en su interior, llena de dolor, ira y soledad.

—¡Que Odín me ayude! ¡Me has engañado! Necesito pensar, mujer. Sería sabio que te mantengas alejada de mí.

CAPÍTULO
QUINCE

Durante los siguientes tres días, Hakon no vigiló a Mia ni durmió en su habitación.

Mia se reprendió por pensar en la recámara como su habitación. ¿Acaso no era eso lo que había querido evitar? ¿Enamorarse de un hombre y empezar a pensar en cosas que compartían? Apenas lo conocía. Se había apresurado a meterse en una relación con Dan creyendo que se había enamorado y se había mudado con él demasiado pronto. Y así le había ido.

Pero ya no. El alejamiento de Hakon le dolía. No solo la había evitado, sino que apenas le había dicho una palabra desde el día que regresaron de la montaña. La noche que pasaron allí fue como una corta luna de miel.

Pero no era más que una ilusión creer que todo iría bien y que podría ser la esposa de un vikingo. Era una tonta. ¿Cómo podría haber llegado a considerar quedarse allí? ¿Acaso había perdido el juicio? ¿Dar a luz en ese tiempo? ¿Criar a su hijo allí? Estaba volviendo a cometer el mismo error: estaba dejándose llevar por las emociones en lugar de pensar con claridad. Le había ocultado tantas cosas, y ahora a él no le importaba si se quedaba o huía.

Pero al menos aún estaba a salvo. Si había reaccionado de ese modo a la noticia del embarazo, ¿qué habría hecho si le hubiera contado toda la verdad? ¿Que, en realidad, no era la princesa Arinborg? ¿Qué le haría la gente de la aldea? Lo más probable era que la echaran, ¿no? Le costaba imaginar que le fueran a hacer daño o que Hakon lo fuera a permitir. Pero, a pesar de eso, Mia estaba más segura manteniendo la identidad falsa. Al menos ese día.

Mia y Hakon no se habían visto demasiado durante el día, ella se mantenía ocupada en el hospital. Y Hakon… Bueno, ¿quién sabía dónde estaba? Cuando se veían para la cena y ella se sentaba en la silla de al lado de la de él, sentía las miradas de reojo que le echaba con cautela como si fueran aguijonazos. Pero cuando se volvía a mirarlo, lo encontraba con los ojos clavados en el cuenco y taciturno.

Había intentado hablar con él en varias ocasiones, pero él se limitaba a pedirle que lo dejara en paz. A Mia le costaba mucho quedarse dormida sin él a su lado. Los celos le desgarraban el corazón. ¿Y si, al igual que Dan, estaba buscando consuelo en los brazos de otra mujer? Cada mañana, iba a desayunar todo desarreglado, con heno en el cabello y las prendas todas arrugadas.

En el desayuno del cuarto día, con la voz temblorosa, Mia exigió saber dónde había estado. Hakon le respondió:

—Dormí en el cobertizo de los esclavos.

Un gran alivio la inundó. Los criados y los esclavos compartían una casa llena de heno para dormir. Apenas tenía alguna pared, mucho menos privacidad, al albergar alrededor de doce personas.

—¿Cuándo regresarás? —le preguntó maldiciendo a las hormonas del embarazo que le

comenzaban a retorcer el alivio hasta convertirlo en un tornado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hakon se dio vuelta, se llevó una cucharada de avena a la boca y la masticó.

—No lo he decidido.

—Cuando lo sepas, dímelo. Te echo de menos —le susurró antes de marcharse del gran salón para ir al hospital.

Al día siguiente, cuando Mia estaba oyendo el pecho de un niño de diez años con el tubo que le había encargado al carpintero para ese propósito, la voz de Oda sonó por todo el hospital.

—¡Señora! ¡Princesa Arinborg! ¡Mette se ahoga!

Mia salió corriendo hacia Oda, que mecía al pequeño manojo que era Mette. Desde que Mia y Hakon habían regresado de la montaña, Mette había ido empeorando cada vez más. Las vías de aire se le cerraban todos los días, y los episodios en los que no podía inspirar aire entre ataques de tos duraban más.

Con una mirada, supo que Mette se estaba ahogando. Tenía los pequeños labios azules, y el rostro se le estaba tornando púrpura al tiempo que la piel alrededor de los ojos se le ponía roja del cansancio y movía las pequeñas manos en el aire vacío. Mia sintió que la sangre le abandonaba el rostro y el cuello, y las manos y los pies se le congelaban.

—¡Ay, por todos los cielos! ¡Necesito un tubo de succión! —Miró alrededor desesperanzada. Había estado intentando encontrar una solución viable durante las últimas tres semanas, pero el hecho triste era que necesitaba algo de plástico. Nada de lo que había en la época vikinga funcionaría. Pero no tenía nada más que lo que había llevado en la bolsa, la mayoría de lo cual era inútil. ¿Por qué no tenía un kit de primeros auxilios allí en lugar de todos esos objetos tontos como el brazalete que brillaba en la oscuridad?

La respuesta que había estado buscando le iluminó la mente como una luz en la oscuridad. Si vaciaba el líquido, podría funcionar…

—Tenemos que correr, Oda. ¿Puedes correr?

Sin aguardar respuesta, Mia jaló de la mujer y salieron volando.

En circunstancias normales, era probable que les llevara dos minutos andando llegar al gran salón. Si corrían, podrían llegar en medio minuto. Mette podría tener un minuto hasta quedar peligrosamente privada de oxígeno. No tendría tiempo de verificar si el tubo de succión funcionaría antes de utilizarlo en la bebé. Era simple, debía funcionar. De lo contrario, esa sería la primera muerte en las manos de Mia.

Pasaron corriendo por delante de varias casas y muchas personas, y Mia no soltó a Oda en ningún momento a pesar de que corría más despacio con la bebé en los brazos.

—¡Arinborg! —la llamó Hakon. Era la primera vez que le hablaba desde que le había confesado que estaba embarazada.

—¡Ahora no, Hakon!

Corrieron a través del gran salón y entraron en la recámara. Dándole la espalda a Oda, Mia fue a buscar su bolsa y extrajo el brazalete que brillaba en la oscuridad. Retorció la tapa y vació el líquido en el suelo antes de sumergirlo en un balde de agua fresca. Mette tenía los ojos como huevos y llenos de pánico en ese momento y los labios completamente azules. Le quedaba poco tiempo antes de que no le llegara más aire al cerebro y muriera. Mia le abrió la boca y le introdujo un extremo del tubo con cautela en la garganta. La bebé hizo unas arqueadas al tiempo que Mia se ponía el otro extremo del tubo en la boca y comenzaba a succionar el aire.

La boca se le llenó de mocos que escupió. Volvió a succionar y repitió el proceso, pero Mette seguía sin poder respirar. Debía de tratarse de un espasmo de las vías respiratorias. Mia tenía que

hacerle respiración boca a boca para superar el espasmo. Tomó a la niña de los brazos de la madre y la sintió tensa y dura en los brazos antes de recostarla sobre el colchón. Mia acercó los labios a la boca de la bebé y le sopló con cuidado. Tenía que tener mucha cautela de no darle mucho aire porque los pulmones de Mette eran mucho más pequeños que los suyos.

Por fin, Mette tomó una bocanada de aire y tosió. El sonido que hizo se había vuelto demasiado familiar y solía significar malas noticias, pero en ese caso, la llenó de alivio. La niña volvió a inspirar aire y lloró, luego tosió y volvió a llorar. Oda la sujetó en sus brazos y se la apretó contra el cuerpo sollozando de alegría.

Una sombra apareció al lado de Mia. Hakon le apoyó las manos en los hombros y se los masajeó. Tenía las manos pesadas y cálidas y la devolvieron a la realidad. Se dio la vuelta y se enterró en su abrazo de oso. Su aroma a heno, almizcle y ropa gastada la envolvió. Apretó el rostro contra el pecho y lloró en silencio, aliviada de saber que Mette había sobrevivido, que el brazalete había funcionado y que Hakon era su refugio.

Hakon la envolvió en sus brazos para tranquilizarla y calentarla, y tuvo efecto. Había salvado a la bebé. Alzó la mirada hacia Hakon sin salir de su abrazo y lo encontró observándola con los ojos entre verdes y dorados llenos de ternura.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a su marido.

Hakon arqueó las cejas.

—¿Me estás preguntando si me encuentro bien? ¿Ahora?

—Apenas te he visto en cuatro días, y no estás hablando conmigo. Quiero saber cómo estás.

Le sonrió.

—Ahora estoy mejor.

Mia también sonrió. Quería besarlo, echaba de menos su cuerpo duro y cálido y quería desnudarlo para sentir su piel contra la de ella.

Hakon echó un vistazo hacia el brazalete que había quedado sobre la cama.

—¿Qué es eso?

A Mia se le aceleró el corazón en el pecho y tragó con dificultad.

—Una curandera me lo dio en casa. No sé de qué material es, pero ¿importa? Salvó la vida de Mette.

Hakon la estudió y asintió con la cabeza. Mia le enterró el rostro en el pecho sintiendo el peso de la culpa en el corazón. Él confiaba en ella, le creía sin cuestionarla. ¿Qué ocurriría cuando descubriera la verdad?

Casi se sobresaltó con el sonido de succión a sus espaldas. Por un momento se había olvidado de que no estaban a solas. Al darse vuelta, vio a Mette amamantándose y moviendo los labios con satisfacción.

—Tú. —Mia oyó la voz baja de Oda y se volvió. El rostro de la mujer se veía lívido y fulminaba a Hakon con la mirada—. Tú y tu maldición. Por tu culpa, mi hija casi se muere. ¡La has sostenido! ¡Le has contagiado la maldición! Tu mala suerte le lleva la muerte a todos los que te rodean.

Mia se apartó de Hakon y lo escudó de la mujer.

—Oda, cálmate. No es una maldición…

—¿Y qué otra cosa sería? Todos los niños están iguales o han mejorado, pero mi hija casi se sofoca porque él le echó la maldición.

—No, no hay ninguna maldición. Solo fue mala suerte, pero la salvamos.

—Todo el mundo debería saberlo. Tenemos que hacer algo antes de que nos provoque más miseria.

Mia notó que Hakon se había cruzado de brazos y tenía el ceño fruncido. Como no había nada que pudiera decir para convencer a Oda de lo contrario, decidió jugar según sus reglas.

—Está bien —le dijo—. Está bien. ¿Crees que tiene una maldición? Yo se la quitaré.

Oda frunció el ceño.

—¿Tú?

—Sí, yo. Soy una curandera.

En el tiempo que llevaba en la cultura vikinga, Mia se había dado cuenta de que el misticismo y la medicina iban de la mano. Los curanderos eran chamanes, como Solveig. La gente debía creer que Mia era igual.

—Puedo quitar ese tipo de maldiciones como puedo curar heridas y enfermedades. ¿No crees que sería lo más sabio?

Oda la estudió unos instantes y luego se le iluminó el rostro.

—Sí, sería lo más sabio.

—De acuerdo. —Mia le guiñó un ojo a Hakon y abrió la bolsa. Aún tenía la botella de paracetamol. Le había administrado pequeñas dosis reducidas a polvo a los niños que presentaban fiebre alta sin que nadie viera lo que estaba haciendo. Pero, en esta ocasión, quería que lo vieran.

Solo le quedaba una píldora y la extrajo de la botella a espaldas de Hakon y Oda. Les mostró la píldora y se las puso delante de los ojos. Luego fue al gran salón en busca de un mortero y un cuenco de esteatita que usaba para moler hierbas y tomó una taza de agua. Llevó los instrumentos a la recámara y colocó la píldora en el mortero. Los dos la miraban con los ojos abiertos de par en par, llenos de curiosidad y asombro. Sin prestarles atención, comenzó a moler la píldora para reducirla a polvo. Cerró los ojos y comenzó a tararear la canción *Thriller* de Michael Jackson mientras se movía como en un trance. Cuando sintió que la píldora estaba completamente molida, abrió los ojos, movió los dedos sobre el cuenco y exclamó:

—¡Vete, maldición!

Luego vertió media taza de agua limpia en el cuenco y la revolvió. Era una pena utilizar la última píldora que tenía, pero valdría la pena si Oda le creía, porque se lo contaría a todos los demás en la aldea. Tomó el cuenco con las dos manos y se lo entregó a Hakon.

—¡Vete, maldición! —volvió a exclamar antes de que lo bebiera.

Hakon frunció el ceño, entrecerró los ojos y, como un paciente obediente, bebió. Cuando el cuenco quedó vacío, Mia se lo quitó de los labios y vio la mueca de asco.

—¿Qué era eso? ¿Desechos de pájaros?

—Era amargo, ¿no? —Mia se encogió de hombros—. Es mejor que no lo sepas.

Oda lo observó con cautela mientras Mette dormía pacíficamente en sus brazos.

—¿Y? —preguntó Oda.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Mia.

—¿Cómo te sientes, Hakon?

Hakon parpadeó.

—Como un hombre nuevo.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Cuando Oda y Mette por fin se marcharon, Hakon quedó a solas con su princesa.

La medicina que le había dado le sabía amarga en la lengua, y jamás había probado algo tan asqueroso, pero estaba listo para beber cualquier cosa de sus manos. Le había dicho que no estaba maldito y había plantado en él la semilla de la duda, pero cuando vio que Mette había estado a punto de morir, supo con certeza que Arinborg estaba equivocada.

Sin embargo, le había salvado la vida a la beba. Porque era la curandera. Era la bendición. Y lo había curado a él. Lo sabía. El dolor de cabeza que había tenido desde esa mañana de haber bebido hidromiel hasta quedarse dormido se le estaba pasando. Además, el dolor de una vieja herida en la cadera que lo había estado molestando desde que comenzó a dormir en el suelo se había debilitado.

Arinborg era tan hermosa que no podía respirar. Con los ojos intensos y brillantes, los labios rosados y tentadores, un rubor saludable en las mejillas… Llevaba el cabello sujeto en trenzas sobre la cabeza, pero unos mechones le caían por los hombros y la espalda. No podía creer que esa mujer fuera suya.

Había pasado los últimos cuatro días sin ella, anhelándola. Tras experimentar el sabor de su cuerpo, tras hundirse en su interior y hacerla suya, había sabido que jamás podría saciarse de ella. Las noches que pasaba alejado de su lado eran una tortura.

Un temor se le asentó en el estómago: el temor de perderla. El temor por los dioses, que aún podrían quitársela. Era demasiado buena para ser cierta. Aunque estaba embarazada de otro hombre y se lo había ocultado. El pensamiento le hizo tensar el mentón, y la ira volvió a la superficie.

Arinborg arqueó las cejas.

—¿Estás listo para hablar ahora?

—¿Hablar de qué?

—Bueno, dijiste que necesitabas tiempo para procesar las noticias. ¿Ya tuviste tiempo suficiente?

—No sé si alguna vez tendré tiempo suficiente, Arinborg.

Al oír la respuesta, se abrazó la cintura con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Debería marcharme? ¿Es eso lo que quieres?

De pensar que podría marcharse, sintió como si le clavaran una espada en el corazón.

—No lo sé. Parece que es lo que tú querías cuando llegaste.

—No me puedo marchar todavía, no mientras haya gente enferma. —La voz era apenas audible.

Hakon estaba desgarrado entre el alivio y el dolor.

—¿Ese es el único motivo?

—Dímelo tú. ¿Aceptarás a mi bebé?

¿Aceptaba al hijo de otro hombre? Ni siquiera podía aceptar la idea de convertirse en padre. No luego de haber conocido a su padre. No sabía cómo ser un buen padre. No sabía cómo ser un buen marido. Solo sabía cómo ser un buen guerrero. Y la Bestia…

¿Seguiría siendo la Bestia tras haber bebido esa pócima amarga? ¿Seguiría siendo la Bestia ahora que le había quitado la maldición?

—Quiero que sigas siendo mi esposa.

Con dos pasos más, eliminó la distancia entre los dos y le tomó el rostro entre las manos.

—Y necesito hacerte el amor en nuestra cama.

—¿Qué hay de…?

La besó para callarla. Todavía no sabía si estaba listo para aceptar el hijo de otro hombre, pero sabía que no estaba listo para dejarla ir, y tenía que sentirla en sus brazos. El pequeño destello de felicidad que le había dado era como el mejor hidromiel que había probado. Quería más.

Tenía los labios suaves y la boca, cálida, húmeda y seductora. Gimió contra él, y el sonido le hizo eco en todo el cuerpo hasta que le llegó a la punta del miembro. La lengua le acarició la suya, y Hakon le exploró la boca produciéndole descargas de placer en las venas.

—¿Me echaste de menos? —gruñó mientras le arrastraba los labios por el cuello y le saboreaba la piel como un hombre que acaba de pasar una semana de hambre.

—Como loca. —Las palabras le salieron casi como un suspiro y le enterró los dedos en los omóplatos.

Tuvo la sensación de estar al borde del dolor y el placer, el espejo perfecto de lo que había estado sintiendo desde que la conoció y le hacía vibrar los huesos. Inhaló su aroma como si se hubiera estado sofocando y ella fuera una bocanada de aire fresco. Le deshizo los broches y dejó que el delantal del vestido cayera al suelo. Luego hizo lo mismo con el vestido.

Dio un pequeño paso hacia atrás y le sostuvo las manos para que no se le ocurriera cubrirse. Acto seguido, se deleitó observándola. En la montaña, no había tenido la oportunidad de mirarla. Y ahora…

Estaba de pie con el mentón en alto. Lo deseaba, se daba cuenta. Si tan solo supiera que la hubiera amado, aunque tuviera el cuerpo de un trol… Pero parecía la diosa Freyja en persona. Tenía el cuello delicado, una piel que le destellaba como madreperla, unos senos redondeados como destinados a encajar a la perfección en sus manos. La cintura pequeña con la curva del vientre donde crecía su hijo descendía hacia unas caderas redondeadas, y el triángulo de rizos suaves era lo que le hacía sentir un estremecimiento en el miembro. Quería besar cada centímetro de esas piernas largas.

—Eres muy hermosa —se oyó susurrar—. Los duendes te deben haber hecho con espuma de mar y flores de primavera.

Las palabras la hicieron sorber.

—No, créeme. Es tu turno, señor.

Él se rio entre dientes.

—¿Quieres que me desvista?

—Sin dudas.

Hakon tragó con dificultad. No sabía si era agradable a la vista. Era grande, sí, pero ¿le agradaría lo que vería? ¿No se parecería demasiado a la Bestia? A pesar de sus dudas, la complació. Primero se quitó la túnica y luego los pantalones. Cuando se enderezó para mirarla,

lo estudiaba con los ojos ardiendo.

—¿No te parezco horrible? —le preguntó y vio cómo se le agrandaban los ojos.

—Si oigo una sola palabra más acerca de la maldición, te juro que te arrojaré algo, Hakon. Y será mejor que ruegues que no sea una de tus hachas.

Eso lo hizo respirar más tranquilo, pero debió de haber visto algo en su rostro porque se le suavizaron los ojos. Dio un paso hacia él y apretó su cuerpo cálido y sedoso contra el de él, que la envolvió en sus brazos.

—Hakon… —le apoyó las palmas contra el pecho y lo quemó—, eres el hombre más atractivo que he visto en mi vida. No solo eres hermoso, sino que además eres imposible de olvidar. Tu cuerpo es el sueño de cualquier mujer.

Qué palabras más extrañas viniendo de una mujer. Sonaba como si hubiera visto el cuerpo de muchos hombres y supiera qué querían las mujeres en un hombre de ensueños. Era una sanadora, una bruja y una princesa… y aún le costaba entender las profundidades de ella.

—¿Te gusta cómo me veo? —le preguntó.

—Me encanta cómo te ves, Hakon —le susurró—. Ahora cierra la boca y hazme el amor.

—Como desees, mi dulce bendición.

La besó y se endureció con cada roce de sus labios, cada caricia de su lengua y su sabor exquisito a algo fresco como el arroyo de una montaña. Fue descendiendo por su cuerpo, le apretó los labios contra el cuello y sintió el latido violento de su corazón bajo la lengua. Cuando llegó a los senos, le lamió un pezón antes de succionarlo y sentirlo firme y suave como un pétalo en la boca. Arinborg gimió y le enterró los dedos en el cabello para apretarle el cráneo. Olía a la vida misma y no sabía si se debía al embarazo o si ella era así. Una curandera. Una dadora de vida. Su bendición. Suya.

Hakon continuó la exploración y le adoró el cuerpo, la suavidad de la piel y las caderas angostas. Luego se detuvo en el vientre algo protuberante y se quedó quieto. Colocó la mano sobre el vientre y oyó que ella contenía el aliento. El bebé era una parte de ella, y si ella era suya, el bebé también. No importaba que otro hombre lo hubiera engendrado. Si era de ella, era de Hakon.

Le depositó un beso en el vientre y se lo acarició con la mano hasta oír que volvía a respirar. Luego siguió bajando hacia el objetivo de su exploración. Los rizos de vello púbico. Hundió un dedo entre los pliegues cálidos, suaves y sedosos y la oyó soltar un jadeo. Con cautela, movió el dedo hacia arriba y debajo de los pliegues hasta oírla gemir y sentir que le enterraba más los dedos en el cabello.

Ese era el centro de su placer, y comenzó a frotárselo y dibujarle círculos al tiempo que se intensificaban los gemidos y le temblaban los muslos. Era una buena señal. Extrajo la mano y la besó allí. Le hundió la lengua en la suavidad de los pliegues y comenzó a explorarla, lamerla, provocarla y jugar con su sexo. Gimió, se estremeció y tembló humedeciéndose más.

—Oh, Hakon, no me puedo mantener de pie —gimió. Hakon se enderezó y le sujetó las nalgas para levantarla. Le envolvió las piernas alrededor de la cintura.

—Entonces, yo te sostengo —le dijo.

Su miembro quedó apretado contra su entrada húmeda, y clavó los ojos en los de él al tiempo que le apretaba los senos.

Se deslizó en su interior y sintió como si acabara de regresar a casa tras una temporada de saqueos. Arinborg jadeó y se arqueó contra él, echando la cabeza hacia atrás. Tenía el sexo húmedo y cálido, y Hakon sintió un placer líquido.

Al principio se movió despacio para saborearla y dejar que se acostumbrara a él, para

asegurarse de que lo disfrutara. Los gemidos que soltaba le echaban leña al fuego y lo hacían arder como nunca antes.

Arinborg tenía la piel cubierta de sudor y seguía sus embestidas con las suyas. Pronto, demasiado pronto y, a la vez, no lo suficientemente pronto, se encontró cerca y sintió que el cuerpo se le tensaba.

Con un par más de embestidas fuertes, la sintió temblar a su alrededor, mientras lo acariciaba y lo llevaba a la cima de placer. Hakon montaba las olas de una tormenta de placer, y ella era la diosa del mar que la había convocado.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Mia acarició la delgada cicatriz plateada en el pecho de Hakon. Se estaba hundiendo en la delicia de ese cuerpo fuerte, de los brazos que la envolvían, el hombro que tenía apoyado contra la mejilla y el aliento que le producía un cosquilleo contra la piel. La penumbra de la recámara le resultaba pacífica y calmante, y el fuego que ardía en el hogar, acogedor. La habitación olía a sexo, madera y cuero.

Podría acostumbrarse a eso. A despertar todos los días al lado de él, tratar a la gente, ayudarlo a dar banquetes, cocinar y a cuidar de las cosechas. Hasta podría aprender a tejer, bordar y coser, tareas que hacían todas las mujeres allí. Y su bebé… ¿de verdad podría imaginar a su hijo creciendo en la época vikinga?

La verdad era que no lo sabía. Estaba segura de que tanto ella como su hijo estarían a salvo con Hakon, tanto como fuera posible. Pero ni ella ni Hakon tendrían control de las enfermedades que podrían surgir. No tenía ningún modo de producir antibióticos, ni un laboratorio o ni siquiera un bisturí en caso de que necesitara realizar una cirugía. Quizás con el tiempo podría hacer etanol para desinfectar heridas, pero había tantos tipos de heridas que podrían causar la muerte en ese tiempo…

No era de sorprender que la gente creyera en los dioses, las maldiciones y la magia. Quizás podría ir y volver en el tiempo. Entonces podría tener acceso a la medicina moderna y llevar las drogas y los utensilios que necesitara para ayudar a la gente aún más. Pero si regresaba a Boston, ¿podría volver a la época vikinga? ¿Y si no podía? El pensamiento le produjo un escalofrío, y se estremeció. Hakon se la acercó más.

—¿Tienes frío, Arinborg?

«Arinborg no…», quiso decirle. «Mia». Pero se mordió la lengua. Debía contarle ese secreto, pero no en ese momento. Todavía no sabía cómo se sentía acerca de su embarazo.

—Tenía miedo de que me enviaras lejos si te enterabas de que estaba embarazada. Que me enviaras de regreso… con él. Con Dan. Y todavía tengo miedo de que lo hagas.

Le frotó el brazo con la mano, y un calor delicioso la recorrió entera. Gimió de dicha. Luego le pasó la mano por el brazo despacio, y Mia contuvo el aliento. Se la apoyó sobre el vientre y se lo acarició con suavidad. Mia alzó la mirada para ver sus ojos entre amarillos y verdes llenos de ternura.

—No permitiré que ese hombre respire el mismo aire que tú —le dijo—. Nunca te volverá a tocar ni el pelo. Aceptaré a tu hijo como si fuera mío.

Ella le cubrió la mano con la suya.

—¿De verdad?

Hakon se limitó a asentir con la cabeza como respuesta. Tenía los ojos llenos de intensidad.

Y de pronto, ocurrió algo. Sintió un pequeño aleteo, como unas alas de mariposa en el vientre que había experimentado en el transcurso de las últimas semanas, pero ahora también sintió un movimiento, como si tuviera un pez cálido en el estómago. Mia y Hakon se congelaron.

—¿Has sentido eso? —le preguntó Mia en un susurro.

—Sí.

Una ola de alegría se le extendió por el cuerpo y le apretó la mano.

—Creo que es una señal. El bebé también te quiere.

Le apoyó los labios contra la frente.

—Sí. No seré el tipo de padre que fue el mío conmigo. No fue tu culpa que te violaran, y no es la culpa del niño que la persona que le ha dado vida sea una desgracia de hombre. Al igual que no fue mi culpa haber nacido con la marca de una bestia. Sé lo que se siente que no te quieran. Y no permitiré que ni tú ni este niño sientan eso jamás.

A Mia le latía el corazón tan acelerado, que sintió que estaría a punto de estallarle de gratitud, de sanación y de ternura por ese hombre. Y también de amor.

—Te amo, Hakon —le confesó en un susurro.

Él cerró los ojos como si estuviera tomando un momento para recuperarse de un golpe. Luego los abrió y se vieron intensos, iluminados y brillantes.

—Y yo a ti, Arinborg.

Ese nombre otra vez. Le sonaba como un mazo. Debería decirle la verdad. En ese mismo momento.

—Todavía temo que algo salga mal —le confesó Hakon—. La muerte no me aterra tanto como la idea de que los dioses te hayan enviado a mi vida solo para arrebatarme esta felicidad.

A Mia le dio un vuelco el corazón. No tenía ni idea de lo acertado que estaba. Sería mejor que se lo dijera en ese momento. Entonces no habría más mentiras entre ellos.

Cielos, ¿qué le habría ocurrido a la verdadera Arinborg? ¿Seguiría viva? Por más que algo le hubiera ocurrido, de seguro el rey Nyr iría a ver a su hija en algún momento.

—Y si lo hacen —continuó—, no sé si podría sobrevivir.

El estómago se le puso duro como una piedra.

«¡Díselo de una vez! No soy Arinborg. Me llamo Mia y soy una viajera en el tiempo que ha venido del futuro».

Abrió la boca, pero no le salió ni una palabra. No soportaba cambiar la felicidad de su rostro por dolor. De seguro pensaba que estaba loca. Y, por más que le creyera, no podría ser quien le diera las noticias de que eso era exactamente lo que tenían en mente los dioses. Solo acabaría confirmando en su mente que era la bestia que todos creían que era.

Más tarde. Lo prepararía con tiempo. Le daría señales sutiles para que el golpe no fuera tan duro.

—En ese caso, no te preocupes —le dijo y lo besó—. No permitiré que los dioses te hagan nada.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Los días se pasaron volando como si estuvieran en un sueño feliz.

La epidemia estaba llegando a su fin. Había pasado una luna y una semana, y uno de los hospitales estaba libre de enfermos y había vuelto a funcionar como casa. Gracias a las habilidades de su esposa, nadie había muerto. La gente regresaba a sus actividades diarias y comenzaban a tratarlo con más cariño.

Todo se debía a Arinborg. Su esposa. Su amor. Ella le había prometido que no permitiría que los dioses le arrebataran la felicidad, pero quizás cuando llegara el fin del verano no querría mantener esa promesa. Porque Hakon iba a matar a su padre. Seguía esperando la llegada de sus aliados, pero aún no se lo podía contar. Había discutido su plan con sus hombres más leales, y ninguno se lo contaría ni siquiera a sus esposas, porque le habían dado su palabra a Hakon.

Los preparativos para el banquete iban bien. Estaban preparando hidromiel, había suficiente centeno para hacer mucho pan y verduras para cocinar estofado. Los criados y los esclavos habían recuperado la salud, y Hakon sabía que tenía la mano de obra necesaria para preparar el banquete cuando llegaran los *jarls*.

El vientre de su esposa crecía cada vez más, y con cada día que pasaba, se volvía más hermosa. Era tan hermosa, que había dejado de respirar cada vez que la miraba.

Como tenía más tiempo libre del hospital, Arinborg se había involucrado más con las tareas del hogar. La casa estaba más limpia y la comida sabía mejor. La cama tenía mantas limpias. Como le gustaba bañarse todos los días, los esclavos calentaban la sala de baños para ella. Había hablado con él acerca de las reparaciones que debían hacer en las casas y los cobertizos, y le había dado el control total. A Hakon no se le había ocurrido que las casas necesitarían arreglos; había creído que durarían más tiempo, mientras él se dedicaba a planear la venganza y algunos ataques.

Arinborg había vuelto todo mejor, y la gente la amaba. Hakon la veía ir a juntar hierbas con Oda y otras mujeres y cocinar con ellas, a pesar de que era la esposa de un *jarl* y no estaba obligada a hacerlo. Había tejido una túnica para el bebé, y una mujer le había prestado una cuna que ya habían colocado en la recámara.

Cuando un centinela anunció la llegada del primer *drakkar* una semana después, Hakon se llenó de entusiasmo y temor. El propósito de toda su vida, vengar la muerte de su madre, estaba al alcance de sus manos. Pero le estaba mintiendo a su esposa y, probablemente, destruyendo cualquier oportunidad de ser feliz.

El primero en llegar fue el *jarl* Vefuss: Hakon reconoció las velas blancas y rojas cuando se volvieron visibles. Tanto él como su esposa aguardaron sobre el muelle de madera, listos para darle la bienvenida a los invitados. El *jarl* Vefuss era un hombre de unos cincuenta años, con la

barba y el cabello blancos, pero un poder palpable. Había llevado a sus dos hijos, que eran altos y orgullosos y parecían buenos guerreros, y cincuenta hombres más.

Al día siguiente, llegó el *jarl* Brunn con otros cincuenta guerreros y, al día siguiente, *jarl* Rafr, con treinta más. La aldea estaba atestada de gente, y Arinborg y Hakon estaban ocupados entreteniendo a los invitados.

La noche del día en que llegó el *jarl* Rafr, comenzó el banquete, y Hakon tenía que discutir el asunto del rey Nyr en privado con los otros *jarls*. Los tres observaban a Arinborg con cautela, sabiendo que era la hija del enemigo. A pesar de que era de sorprender que ninguno de ellos la hubiera visto antes, Hakon suponía que no era nada descabellado considerando que Nyr tenía nueve hijas, pero no se podía imaginar cómo era posible que algún hombre no hubiera reparado en una mujer como ella.

El banquete se encontraba en pleno auge, el gran salón, lleno de risas y el sonido de las voces. En el aire pendían los aromas a jabalí asado, verduras hervidas y pan recién horneado. El hidromiel fluía como un río. Y Arinborg estaba tan hermosa que a Hakon se le detenía el corazón cada vez que la miraba. De repente, las puertas del gran salón se abrieron de par en par.

—¿Dónde está Hakon, la Bestia? —rugió una mujer que jamás había visto.

Todos guardaron silencio.

—Aquí —dijo al tiempo que se ponía de pie.

—¿Así es como recibes a tu novia? —le gritó—. ¿Ni siquiera envías a alguien a darme la bienvenida? ¿No te preocupa su paradero?

Hakon frunció el ceño confundido. La mujer tenía el cabello largo y oscuro, una capa de lana abrigada con bordes de piel y un hermoso vestido de color rojo sangre. Era encantadora a pesar de que podría estar demente.

—Mi novia está aquí. —Hizo un gesto hacia Arinborg, que se puso de pie y se veía pálida—. ¿Y tú quién eres?

Los ojos oscuros de la mujer perforaron con la mirada a su esposa, que se removió instintivamente como para protegerse.

—Soy la princesa Arinborg Nyrdotje. Tu futura esposa. Me retrasé porque me lastimé durante el viaje. ¿Quién es ella?

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Mia les había mentido a todos, y ahora lo sabían.

El mundo estaba colapsando en la luz tenue del gran salón. Todos la miraban fijo. Eran los rostros de los hombres y las mujeres a los que había llegado a querer, con los que había trabajado codo a codo a diario para combatir la epidemia o para curarlos a ellos y a sus hijos. Sin embargo, ninguna opinión importaba tanto como la de una persona.

Hakon la fulminaba con la mirada con tanta intensidad que quería esconderse en algún sitio. Una parte de su rostro, la parte oscura con la marca de nacimiento, estaba bajo la luz, mientras que la otra quedaba oculta entre las sombras. Era como si el predador, el lobo que llevaba dentro, se hubiera apoderado de él. Mia se estremeció.

—¿De qué está hablando? —le preguntó con la voz dura y casi chillona.

Desde el comienzo había sabido que eso iba a suceder en algún momento. Ese plan estúpido jamás habría tenido un final feliz. Debería haberle dicho la verdad hacía mucho tiempo.

—Ella es la verdadera princesa Arinborg —confesó.

Todos los presentes en el gran salón soltaron un jadeo. Hakon hizo una mueca como si lo hubiera herido físicamente y la recorrió con la mirada de pies a cabeza, como si la estuviera mirando por primera vez.

—Hakon —comenzó el *jarl* Brunn, que estaba sentado al otro lado de él—, si ella no es la princesa, la hija del rey Nyr…

—Ahora no. Necesito hablar con mi esposa. —Le tendió la mano a Mia—. Ven.

La voz le salió suave, pero tenía una nota de acero. Mia se puso de pie sobre las piernas débiles como espaguetis cocidos y sintió que le clavaban agujas en los brazos y las piernas. Pero sostuvo la cabeza en alto y encuadró los hombros. Ese podría ser el fin de su relación con Hakon, y todo sería su culpa. Pero era su oportunidad de explicarle todo con la esperanza de que volviera a perdonarla por otra traición.

Hakon la condujo al exterior. A pesar de que era de noche, aún había mucha luz natural. El sol estaba comenzando a hundirse detrás de una montaña y le daba un tono rojo y anaranjado al fiordo. El viento susurraba, los grillos comenzaron a cantar, y en el aire se olían los aromas a flores silvestres y césped. Hakon la condujo hasta la playa, donde no habría nadie que pudiera oírlos.

Cuando llegaron a la orilla pedrosa con el agua que rompía a sus pies, a Mia comenzó a latirle el corazón tan desbocado, que amenazó con salírsele del pecho. Como estaba sudada y tenía calor, se arrodilló frente al agua y se lavó el rostro con el agua salada que estaba fría y olía a mar, pero le calmó la ansiedad.

Hakon la estudiaba con una máscara de piedra. Mia sabía que era una jaula que contenía sus

verdaderos sentimientos bajo llave. Pero su mirada ardía. Tenía los ojos oscuros y reflejaban furia, dolor y muchas preguntas.

—Habla —le ordenó.

Mia cerró los ojos un instante considerando si habría una manera o un orden para decir las cosas y que tuvieran sentido. Pero no se le ocurrió ninguna.

—Me llamo Mia Lindsay y vengo del futuro.

Hakon parpadeó.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sé que suena descabellado. Nací en 1993 en San Diego, en los Estados Unidos de América. Eso no debe tener mucho sentido para ti, porque es en el calendario cristiano y las Américas aún no han sido colonizadas. Pero como sea. He venido de mil cien años en el futuro. Soy médica… bueno, casi. Tuve que dejar la residencia por Dan, el hombre del que te hablé. El polvo blanco que te di es un calmante, una píldora que tenía en la bolsa cuando viajé en el tiempo.

Comenzó a hablar cada vez más rápido, intentando buscar los argumentos para persuadirlo antes de que pudiera interrumpirla y perdiera su oportunidad.

—El tubo de succión era un brazalete de plástico que llevaba en la bolsa también. Y todas las palabras extrañas que siempre menciono… el tenedor… la ducha… mi vestido con el patrón de flores… mi bolsa… Todas las preguntas que te hice y a ti te parecían obvias… o conocimiento común.

Hakon cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

—Eres extraña. ¿Me vienes con todas estas tonterías y esperas que te crea?

—¡Sí!

Apretó los labios hasta formar una línea delgada que reflejaba mucho enfado y se le ocultaba entre la barba. Luego dio un paso hacia ella y la sujetó del brazo para zarandearla. Mia se encogió de la sorpresa al principio, pero luego encuadró los hombros.

—Me has estado mintiendo acerca de todo lo que eres. ¡Todo! Tu nombre, de dónde vienes… No me has dicho ni una sola cosa cierta acerca de ti. He estado viviendo con una mujer que no existe. Me he enamorado de una mujer que es una ilusión.

Las palabras le retorcieron algo en el vientre y le produjeron un dolor lacerante.

—Dime la verdad, Mia —continuó—, o quien seas. ¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué fingiste ser alguien que no eres?

Mia apretó el mentón.

—No tuve otra opción. Tú me sujetaste y me colocaste sobre el caballo y luego me amenazaste de muerte si no era la princesa Arinborg. De modo que tuve que convertirme en ella. Luego busqué la manera de escapar, pero comenzó la epidemia. No podía marcharme hasta no estar segura de que todos se recuperaran. Y luego…

Tragó con dificultad. El nudo que tenía en la garganta le dolía. Tenía los ojos y la boca de Hakon delante de ella y anhelaba recorrerle la ceja rodeada por la marca de nacimiento. Era de un color rubio intenso contra la piel oscura.

—Luego me enamoré de ti.

Hakon la soltó y dio un paso hacia atrás haciendo una mueca como si estuviera a punto de escupir.

—No te creo ni una palabra. Si de verdad me amaras, me habrías dicho la verdad.

El dolor le clavó un puñal en el corazón. Tenía razón. Eso era exactamente lo que temía.

—Quería hacerlo y casi lo logré, pero no podía soportar verte herido. Verte así.

Hakon volvió a negar con la cabeza.

—Sabía que los dioses no querrían que fuera feliz. Todo esto ha sido parte de la maldición.

A Mia le dio un vuelco el estómago.

—Te mentí porque al principio te tenía miedo. Tenía que hacer lo que fuera para proteger a mi bebé. Lo que fuera. Es lo que hubiera hecho cualquier madre.

El rostro de Hakon perdió cualquier expresión de ira. Oh, sí, él sabía demasiado bien que tenía razón. Y ahora la estaba escuchando. Mia sintió un rayo de esperanza.

—Luego de Dan… —continuó—, se llama Dan Esposito. Es un jefe de la mafia en Boston, y eso significa que está al mando de una organización criminal gigante. Hace tres años comenzamos a salir. No tenía idea de que era un criminal, de lo contrario jamás me hubiera involucrado con él…

Y entonces se lo contó todo. Las palabras le fluyeron como el pus en una herida. Por primera vez desde que lo conoció, le habló de su verdadero ser. Y se sintió bien.

Le contó cosas que jamás le había confesado a nadie. Le habló del modo en que su padre siempre la había controlado a ella y a su madre, y que luego había encontrado a otro controlador obsesivo en Dan, que al principio había sido el sueño de cualquier mujer. La había cortejado, la había consentido, le había dedicado toda su atención y hasta había nombrado a un barco como ella. Pero luego había comenzado a golpearla porque no sabía cómo retenerla a su lado.

Le contó cómo intentó escapar de él en dos ocasiones, y cómo sus hombres la encontraron y la llevaron de regreso con él. Cómo la había violado la segunda vez que intentó escapar y quedó embarazada. Para esa altura, no habían tenido relaciones en un largo tiempo, y Dan había estado tan enfurecido que no había utilizado un condón. A pesar de eso, había encontrado la fortaleza de convencerlo de acabar esa relación infeliz para los dos. Por último, le habló del día que descubrió que estaba esperando un hijo de él, antes de que desapareciera para siempre.

Y le contó de la anciana que le había dado un huso dorado en el hospital para que pudiera escapar. Al siguiente instante, Mia estaba rodeada de bosques, al lado de la piedra con las runas, y de espaldas al oso que gruñía mientras se lanzaba al ataque. Y así había conocido al hombre que ahora la miraba con el ceño fruncido.

—¿Un huso dorado?

—Sí, ¿por qué?

—Solo las nornas tienen husos dorados.

—¿Las nornas?

—Las nornas tejen el destino de las personas. —Mientras la estudiaba se frotó la frente—. Todo esto que me has dicho… es difícil de creer. Pero si es cierto, entonces una norna te envió aquí. Y la piedra con las runas en la arboleda sagrada debe ser el motivo por el que apareciste allí. Ese es el sitio donde realizamos sacrificios y les rezamos a los dioses. Es un lugar lleno de magia.

Mia inhaló profundo y asintió con la cabeza. El instinto de ir hacia la piedra había sido acertado. Se miraron a los ojos.

—Entonces no eres su hija.

—¿La del rey Nyr?

Hakon se rio con amargura.

—No sé si sentirme aliviado o preocupado. Si no me casé con Arinborg, todo el trabajo de los últimos años para vengarme de mi madre acabó siendo en vano.

Mia frunció el ceño.

—¿Vengarte de la muerte de tu madre?

Hakon se dio media vuelta y anduvo unos pasos antes de volverse hacia ella con las manos apoyadas en las caderas. Mia aguardó la respuesta como si su vida dependiera de eso. El sol se hundió aún más detrás de la montaña, y el cielo de tonos rosados, rojos y anaranjados se tiñó azulado hasta convertirse casi en negro al otro lado.

—Cuando mi padre estaba en su lecho de muerte, me contó lo que de verdad había ocurrido esa noche. Había sido la idea de Nyr poner a prueba mi maldición.

Tenía la sensación de que no quería conocer la respuesta, pero tenía que preguntar de todos modos:

—Y entonces ¿por qué querías casarte con su hija?

—Porque lo voy a matar al final del verano, con la ayuda del *jarl* Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss.

Mia sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

—¿Qué has dicho?

—Este matrimonio iba a ser una distracción. Él me quería de su lado para luchar guerras por él. Y me consiguió. No hubiera sabido qué había ocurrido hasta que lo hubiéramos atacado. Pero ahora que todos saben que no eres Arinborg, no hay chances. Los otros *jarls* tendrán miedo de llamar la atención de Nyr antes de que podamos actuar.

Mia tragó con dificultad.

—Si no tienes más chances, ya no hay necesidad de vengarse, ¿no?

—¿No hay necesidad de vengarse? Jamás dejaré de cazarlo hasta que no haya vengado la muerte de mi madre.

—Entonces, ¿ocultaste de Arinborg, o de mí, el hecho de que ibas a matar a su padre?

Él se limitó a asentir con la cabeza. Algo oscuro se retorció en el vientre de Mia. Algo que no había sentido desde que descubrió cómo se ganaba la vida Dan.

La epifanía de haberse enamorado de la imagen de un hombre en lugar de ver su verdadera naturaleza la dejó sin aliento. El temor le enfrió hasta los huesos. La realidad de ese hombre era aterradora. Era un hombre que estaba dispuesto a matar al padre de la esposa que decía amar. Mia contuvo el aliento.

—¿Y me culpas a mí por mentir? ¡He mentido para salvarle la vida a mi bebé! ¡Tú mientes para matar al padre de tu esposa!

Hakon dio un paso hacia ella.

—¡Baja la voz!

Mia respiró entre jadeos y se abrazó mientras lo veía con otros ojos ahora.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? Creí que por fin había encontrado al hombre para mí, aunque me prometí que no me apresuraría a meterme en una relación, que trabajaría para conseguir mi independencia y cuidar de mi bebé. ¿Y qué hago? ¡Voy y me enamoro de un vikingo de hace mil cien años! Un vikingo que es capaz de anteponer una reyerta familiar por encima de su amor.

Hakon la fulminó con la mirada.

—Pero no es tu padre, ¿qué te importa?

—¿Qué me importa? Me importa porque el hombre del que me he enamorado no existe. Creí que eras noble y amable, que tenías un buen corazón, pero al parecer, eres un asesino a sangre fría. Ya he huido de uno para que mi bebé no sea criado por un hombre como ese, y no permitiré que otro lo críe tampoco.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y dio un paso hacia ella.

—¿Qué estás diciendo?

—Me marcho. Pero ¿qué estaba pensando que me podía quedar en el pasado contigo, dar a luz y criar a mi hijo aquí? ¿Contigo? Estaba lista para olvidarme de las vacunas, de los hospitales modernos y la falta de educación, pero no puedo estar en una relación con un hombre cuyo objetivo principal en la vida es la venganza.

Hakon apretó los puños.

—Es el destino de Hakon, la Bestia.

Las lágrimas le ardían en los ojos.

—Estás bebiendo el veneno de la venganza, y ni siquiera te das cuenta de que tú eres quien está muriendo. Detente, Hakon. Nyr ya ha matado a tu madre. No permitas que te mate a ti también.

Hakon parecía un animal herido. Quería estirar la mano y acariciarlo, pero no había futuro para ellos. No luego de eso.

—Adiós, Hakon. Diles a todos que lo siento —le susurró antes de marcharse y emprender el camino a la arboleda sagrada.

Le pareció verlo alzar una mano como para sujetarla, pero debió de haberlo imaginado.

Solo podía esperar que la piedra de las runas funcionara y se la llevara de regreso. Y que una vez estando en Boston, Dan se hubiera olvidado de ella.

Pero ella jamás olvidaría a Hakon.

CAPÍTULO
VEINTE

—Disculpa, pero no me estás escuchando —la voz de Arinborg lo extrajo de su ensueño, en el que una mujer con un vientre algo hinchado, el cabello de color miel y los ojos como el primer césped del año le decía que lo amaba.

Era un día gris y la lluvia caía sobre la aldea como una neblina delgada. En el aire se olía el aroma a leña húmeda y tierra. Hacía frío a pesar de que era verano, y unas nubes de vapor salían de las bocas de las personas que se encontraban de pie en el muelle observando el fiordo y el *drakkar* que se acercaba. La embarcación tenía los colores del rey Nyr.

Había pasado una semana desde que Mia se había marchado, y los días se arrastraban como si estuviera viviendo en el fondo de un pantano. Hakon estaba desgarrado entre el dolor de la traición, que le partía el corazón como un mazo con clavos afilados, y la preocupación por ella, que le nublaba la mente. Si ese hombre, Dan, la encontraba… Hakon cerró los puños.

Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. Se había marchado; no veía un futuro con él. Y él tampoco con ella. Era lo mejor. Tenía que concentrarse en su objetivo, que se acercaba rápido.

Hakon se volvió hacia Arinborg, que estaba de pie a su lado con las cejas arqueadas y los hermosos ojos marrones destellando enfado.

—¿Qué has dicho, princesa?

—Dije que espero que tengas algo en mente para suavizar el golpe. Está convencido de que estamos casados para estas alturas.

Hakon apretó la mandíbula. Tenía algo en mente que convertiría el golpe en una tormenta.

—No te preocupes, princesa. Tu padre me perdonará cuando se entere de que tendrá el honor de casarnos.

Ella se volvió hacia el barco y masculló:

—Si crees que con eso te perdonará, es evidente que no lo conoces.

Hakon alzó el rostro.

—Quizás no.

Con delicadeza le tomó el mentón entre las manos y le volvió el rostro hacia ella. Era encantadora: tenía unas cejas oscuras y arqueadas, unos hermosos ojos grandes, unos labios suculentos, rojos y tentadores. Era tan alta como Mia, pero tenía más busto. Cualquier hombre hubiera renunciado a su libertad, sus tierras y su plata por ser el marido de una princesa hermosa, lista y fuerte.

Pero sus caricias lo hacían querer apartarse, lo hacían echar más de menos a Mia. Esa mujer no era la mujer por la que le latía el corazón.

La princesa le recorrió el pómulo con el pulgar.

—Accedí a casarme contigo a pesar de lo que hiciste, pero no significa que esté lista para perdonarte. La impostora se ha marchado, y ese es un buen comienzo.

Hakon apretó los puños al oír las palabras de Arinborg.

—Pero ¿qué harías para lograr que te perdone? —le preguntó con la voz ronca, los ojos oscuros como la noche destellando con un significado especial. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Sabía el efecto que tenía sobre los hombres y asumía que tendría el mismo efecto sobre él. Lo cierto era que si el corazón, el cuerpo y el alma no le pertenecieran a Mia, lo habría tenido.

Hakon se había quedado de pie solo en la orilla del fiordo tras la partida de Mia, sintiéndose débil y pinchado como una vela sin viento. Ya se había hecho de noche para cuando decidió regresar al gran salón anonadado, sin ver por dónde iba. Y, de algún modo, cuando estaba a punto de abrir las puertas de la casa, sus pies cobraron vida y lo llevaron hasta el caballo. Se montó de un salto y salió volando tras ella. ¿Cómo podría haberla dejado ir al bosque sola? Podría estar a la merced de los lobos o el oso.

No estaba listo para dejarla marchar ni para perderla. Esa no podía ser la última vez que la veía. La posibilidad de que lo fuera lo aplastó como una montaña. Y cuando llegó a la arboleda sagrada, no la vio por ningún sitio. Había unas huellas apenas visibles en el suelo y el césped algo aplastado. La buscó por los alrededores, alerta a cualquier indicio de algún ataque de animal o de que estuviera oculta en algún sitio por si cambiaba de parecer. Pero se había marchado.

Y ahora, en su lugar había otra mujer. Una mujer hermosa que lo deseaba. Una mujer hermosa a la que no deseaba. Una mujer hermosa que no era Mia.

—Lo que tú quieras —le respondió al fin. Tenía que asegurarse de que le diera la impresión de estar contenta al rey Nyr.

Arinborg se mordió un labio suculento, un gesto que en otro momento le hubiera hecho hervir la sangre. Se le acercó para rozarle el brazo con los senos, y tuvo que detenerse de hacerse a un lado.

¿Viviría así el resto de la vida? ¿Fingiendo sentirse atraído por ella cuando solo podía pensar en Mia? La idea le produjo dolor en todo el cuerpo. Se recordó su objetivo: vengarse del rey Nyr. Lo que ocurriera después no importaba. Pero si era honesto consigo mismo, ya no pensaba eso.

El *drakkar* llegó y, tras atracar, el rey Nyr descendió. Tenía unas pieles exquisitas alrededor de los hombros, y unas cadenas de oro y plata alrededor del cuello. Con una expresión impasible en el rostro, observaba a Hakon y Arinborg.

—Los veo felices y saludables, hijos —los saludó Nyr, y Hakon suprimió el impulso de arrojarse sobre el hombre y hacerlo añicos.

—Estamos felices y saludables, padre —le respondió Arinborg, y Nyr asintió con la cabeza antes de mirar a Hakon en busca de una bienvenida.

Hakon soltó el aliento. Tenía que ganar más tiempo. Luego acabaría con él. Eso era lo que había acordado con sus aliados: Hakon invitaría a Nyr a visitar a su hija y lo mataría mientras los otros *jarls* atacaban y saqueaban su aldea.

—Bienvenido. —Hizo un gesto para señalar la aldea y lo dejó pasar primero antes de comenzar a andar al lado de su hombro izquierdo.

—Confío en que todo salió bien durante la boda —señaló Nyr.

Arinborg caminaba al lado derecho y repuso:

—Aún no estamos casados, padre.

Nyr se detuvo en el borde del muelle de madera y la orilla rocosa.

—¿Cómo?

Pasó la mirada entre Hakon y Arinborg.

—¡No me digas que no lo quieres! —le gritó a Arinborg.

—Sí que lo quiero. —La princesa se sonrojó y bajó la mirada.

—Y entonces, ¿por qué no están casados?

—Me caí y me corté el tobillo con una piedra resbaladiza en un arroyo de camino a Lomdalen. La herida se puso mala, y me tuve que quedar en una aldea hasta que sanó. Como estaba débil y deliraba, no pude enviar a un mensajero. Llegué hace una semana.

Nyr se volvió hacia la aldea y siguió caminando mientras todos lo seguían.

—Necesito un cuerno de hidromiel. Por Odín, se deberían haber casado ni bien llegaste. ¿Por qué no lo hicieron?

Como Arinborg apretó los labios, pero no dijo nada, Hakon respondió:

—Porque ya estaba casado con alguien que se hizo pasar por tu hija, y Arinborg no estaba segura de querer casarse conmigo, pero la convencí.

Nyr se dio media vuelta con el abrigo de piel volando a su alrededor.

—¿Qué has dicho?

—Había una impostora, padre, pero ya se marchó.

—¿Te casaste con una impostora? —gritó Nyr—. ¿Cómo has podido hacer eso? ¿De verdad eres así de tonto, Hakon? No, no lo eres. Es la maldición, que atrae mala suerte, ¿no, Bestia?

Hakon gruñó. El insulto lo golpeó donde más le dolía. Lo embargó una rabia como una ola de fuego, y tomó la espada con la mano. Ya era suficiente.

Con un movimiento más liviano que una pluma, la punta de la espada se apoyó contra la garganta de Nyr. Los ojos del rey se abrieron llenos de sorpresa, y Arinborg soltó un jadeo al tiempo que los hombres de Hakon y de Nyr extraían sus armas.

—¿Qué haces, tonto? —escupió Nyr.

Con la furia rugiéndole por dentro, Hakon saboreó la dulce venganza en la punta de la espada. Por fin había llegado el momento.

—Algo que he querido hacer desde que mi padre me dijo la verdad. Matar al gusano que lo envenenó todo.

Al decir la palabra «envenenó», se acordó de las palabras de Mia: «Estás bebiendo el veneno de la venganza, y ni siquiera te das cuenta de que tú eres quien está muriendo».

Hakon apretó la espada. Podría asesinar al hombre. Con un poco de presión, acabaría con él. Pero ¿y luego qué? Lo más probable era que muriera luchando. Sus hombres también morirían, junto con las mujeres y los niños de la aldea. Después de todo lo que había hecho Mia para mantenerlos vivos. Y no podría ayudar a Mia o a su bebé.

Bebería el veneno. No era dulce, sino amargo. No quería seguir haciendo eso. Su madre había sacrificado su vida por amor a él. No estaba maldito. Estaba bendecido. Si lo hacía, si mataba al rey Nyr, ese sacrificio sería en vano, y acabaría convirtiendo esa bendición en una maldición con sus propias manos.

Porque su propósito estaba mal. Había creído que la venganza le devolvería la felicidad y el amor que había sentido cuando su madre aún estaba viva. Pero ahora veía que la venganza no le daría nada de eso. Mia, en cambio, sí. Y ahora se encontraba en grave peligro.

Quizás era una bestia, pero Mia lo había curado y había reparado la herida que tenía en el alma. Y ahora necesitaba salvar a la mujer que amaba de un verdadero monstruo.

—Pero no lo haré —concluyó.

Apartó la espada, pero no dejó de sostenerla en alto para que Nyr no considerara atacarlo. Hakon se retiró al bosque.

—No se te ocurra atacar la aldea, Nyr —le dijo.

—Oh, ¿y qué me detendrá?

—Mis aliados están saqueando tu aldea en este preciso momento.

El rostro de Nyr se puso pálido.

—¿Qué has dicho?

—Solo accedí a casarme con Arinborg para crear una distracción mientras hacía una alianza con tres *jarls* para asesinarte. Detendrán tu expansión, tomarán tus tierras, y uno de ellos será el siguiente rey. Será mejor que regreses a casa y rescates lo que puedas.

No había planeado decirle eso, pero era el único modo de prevenir que tanto él como sus guerreros atacaran la aldea. Además, Hakon sabía que Nyr llegaría demasiado tarde como para detener a sus aliados, por más que se marchara de inmediato.

—¿Qué decides, Nyr? ¿Lucharás con nosotros para perder tu reino y tu vida o regresarás a casa para intentar salvarlo todo?

Nyr hizo una mueca seguida de un gesto para que los hombres regresaran al barco. Luego se marchó a paso apurado.

—¡Padre! ¿Qué hay de mí? —gritó Arinborg.

—¡Ya has hecho suficiente! —Nyr se detuvo para mirarla—. Has fracasado con el único deber que tenía tu vida.

Tras decir eso, echó a correr hacia el barco.

—Acá no sufrirás ningún daño —le aseguró Hakon—. Quédate todo lo que desees, pero no me casaré contigo. Amo a otra persona.

Sin perder más tiempo, buscó a Torfi.

—Me marcho para recuperar a Mia, la curandera que salvó a tu esposa y a tu hija de la tos convulsa. No sé cuándo o siquiera si regresaré. Estás a cargo durante mi ausencia. Si no regreso, considérate el siguiente *jarl*.

Le apretó el hombro, y Torfi asintió con la cabeza solemne.

Hakon echó a correr hacia el gran salón para tomar un hacha y el escudo y luego se dirigió hacia el bosque para buscar la piedra con las runas e ir en busca de la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Boston, 5 de septiembre de 2019

La oscuridad lo rodeaba. O, quizás, él era la oscuridad. Cuando colocó las manos sobre la superficie áspera, sintió como si la piedra lo succionara hacia el Helheim, enroscándolo como un huso, y luego había dejado de existir.

Volvió a nacer, excepto que no veía. ¿Qué era el pasado y qué era el presente? No lo sabía, pero por fin emergió. Lo primero que notó fue el extraño olor. Era algo acre, como si hubieran estado quemando aceite de ballena durante un largo tiempo. Nada olía a árboles, césped o tierra. Luego notó el sonido del agua salpicando maderas y piedras, algo que reconocería en cualquier sitio. Y oyó un profundo traqueteo, como si miles de tormentas eléctricas se hubieran desatado en simultáneo. Los sonidos de unos estrépitos, unas voces y una música le daban puntadas a la cabeza.

Luego recuperó la vista, y la luz lo cegó. El ambiente estaba cálido. Hacía calor. El suelo bajo sus pies radiaba calor como un horno de barro. En el aire se palpitaba la humedad del mar.

Estaba sentado y tenía las huellas de los dedos sobre una superficie de madera suave y cálida. Cuando los ojos se le adaptaron a la luz, se incorporó de un salto aferrando el hacha con la mano.

A todo su alrededor había casas de piedra. Eran unas edificaciones de color rojo oscuro, perfectamente cuadradas y tan altas como una montaña. Tenían unas ventanas de cristal cuadradas tan transparentes que parecía que no estaban allí. Hakon se encontraba sobre un suelo de piedras suaves del mismo tamaño. Al parecer, todo lo que lo rodeaba era de piedra.

Delante de él se encontraba un puerto cuadrado con varios muelles y muchísimos barcos. Estaban hechos de algo que parecía hierro blanco. Muchos de ellos no tenían mástiles y parecían gigantescos picos de pájaros.

Por Odín, el Padre de todo, Mia había dicho la verdad. Venía del futuro. Y ahora Hakon se encontraba allí, en el mundo que venía luego de Ragnarok.

Se le aceleró la respiración y miró alrededor en busca de alguna señal de peligro, de algún guerrero que pudiera creerlo un intruso o alguna bestia que pudiera querer atacarlo. Mantuvo la mano sobre el mango del hacha como advertencia. No llevó el arma en la mano, quería mostrar que había ido en paz. Había ido a buscar a su mujer.

Vio la gente que pasaba por allí o estaba sentada en los bancos de espaldas al agua. Hakon jamás había sentido ese calor y, por eso, no se le ocurrió cuestionarse por qué las mujeres llevaban pantalones tan cortos y faldas que les dejaban las piernas al descubierto. Tenían túnicas estrechas alrededor del pecho y las cinturas. Los hombres llevaban unos pantalones a la altura de

las rodillas, unas túnicas livianas con mangas que acababan en los hombros y unos zapatos que solo tenían suelas y unas tiras delgadas por encima de los dedos.

Como nadie parecía alterado por su presencia, enderezó los hombros, relajó la mano y miró alrededor intentando entender dónde podría encontrar a Mia. La gente lo miraba fijo mientras les pasaba por delante. Un hombre que tenía el brazo alrededor de los hombros de una mujer, se rio entre dientes y le dijo:

—Qué disfraz más refrescante, amigo.

Hakon lo miró con el ceño fruncido. No tenía sentido lo que le había dicho. Solo entendió que algo en él le parecía refrescante al hombre y, basándose en la risa, lo aprobaba. Hakon no estaba sorprendido. A decir verdad, él también hubiera aprobado cualquier cosa refrescante en ese calor.

La gente que estaba sentada sobre los bancos miraba unos cuadrados negros que sostenían en las manos, y algunos lo apuntaban con ellos. Sintiendo el peligro, extrajo el hacha, listo para atacar, pero nadie se lanzó contra él. Todo lo contrario, la gente parecía relajada y discutía algo mientras lo miraban. Algunos le sonreían. Sostenían esos objetos extraños que no parecían armas, sino escudos y le apuntaban las partes planas a él. Parecían de lo más entretenidos.

Debía de parecerles extraño con el abrigo de lobo, los pantalones holgados y la larga túnica de lino. O, quizás, el entretenimiento tenía algo que ver con lo que tenía de refrescante. Pero no importaba. No había ido allí por ellos. Había ido en busca de Mia.

Si Dan la tenía, tenía que encontrarlo primero. Pero ¿dónde? La boca se le secó como las piedras sobre las que se encontraba de pie. La preocupación le hizo dar un vuelco al estómago como un pez de agua profunda.

De repente, recordó algo que le había dicho Mia: Dan le había puesto su nombre a un barco y administraba sus negocios a bordo, quizás como el rey de su barco, pensó Hakon. Tenía que encontrar un barco con el nombre de Mia. Miró alrededor del puerto. ¿Cómo iba a saber cómo se llamaba un barco? Pero de repente, reparó en las extrañas runas sobre los barcos. Y comprendió lo que decían: Joy, Adrianna, Sunet, Emily y Boston.

¡Boston! Mia había mencionado que vivía en un sitio que se llamaba Boston. Estaba en el lugar indicado.

Se dio la vuelta y vio a un anciano con la cabeza calva y unos círculos de vidrio en la nariz que lo observaba con cautela.

—¡Buen hombre! —lo saludó Hakon y cerró la boca de golpe. Estaba hablando un idioma que desconocía. La sensación en los músculos del mentón y de la lengua que se movían de otra manera era como ponerse la armadura de otra persona. No le encajaba del todo. ¿Mia sentiría lo mismo cuando hablaba su idioma? Volvió la atención al hombre que se encontraba delante de él. —¿Dónde puedo encontrar un barco que se llama Mia?

El hombre dio un paso hacia atrás con los ojos abiertos de par en par y alzando las manos.

—No tengo dinero, no te puedo dar dinero por la actuación.

Hakon frunció el ceño.

—No necesito dinero. Solo quiero encontrar el barco Mia.

El hombre miró hacia la derecha de Hakon y señaló algo.

—¿No es ese?

A Hakon le dio un vuelco el estómago y siguió la dirección en la que señalaba el hombre con la esperanza de que ver a Mia parada por allí de milagro. Pero no la vio. Detrás de la casa comunal más alta y gruesa que había visto en toda su vida, echa con los mismos ladrillos rojos oscuros que el resto de las edificaciones, había otro puerto igual a ese. Y allí, vio la suave carcasa

blanca de un bote gigante. Y, en el lateral, tres runas: M I A.

La magia de la norna en la piedra lo había enviado al sitio indicado. La furia que siempre había sido su amiga en el campo de batalla comenzó a hervirle en la sangre.

Dejó al hombre y caminó por el muelle de piedra. El rugido se fue intensificando, y entre las casas gigantescas vio algo que lo hizo detenerse en seco: unos carruajes de hierro con tejados que se movían a toda velocidad, incluso más rápido que un caballo. Pero ¿qué era esa extraña magia?

Hakon apretó la mandíbula. Era un guerrero. Había visto a la muerte a los ojos en incontables ocasiones, pero, sin embargo, todas esas cosas que no podía explicar le producían gran temor.

Mia debió de haber sentido eso al llegar a su mundo sin ninguna explicación, ningún motivo y ningún conocimiento de dónde se encontraba o si la siguiente persona que se cruzara sería un amigo o enemigo. Y encima estaba embarazada. Debió de haber estado aterrorizada cuando la arrojó sobre el caballo y le dijo que estaba allí para casarse con él.

Y hasta había considerado quedarse. Debió amarlo de verdad. Hakon aceleró el paso. El barco Mia era lo único que veía; no había ningún carruaje milagroso, ni casa con ventana, ni bote sin mástil, ni velas que pudiera distraerlo de recuperarla. En especial si necesitaba ayuda.

Atravesó una puerta de hierro con unas runas que decían «Marina», siguió recorriendo una rampa de hierro que conducía a varios embarcaderos de madera en los que había muchos botes anclados. Aceleró el paso hacia el bote que se encontraba en el extremo.

Había una pequeña rampa para subir a bordo y, en cuanto puso un pie sobre ella, un hombre con una delgada chaqueta negra y unos pantalones negros apareció en el umbral. Hasta donde Hakon podía ver, iba desarmado.

—¿Quién eres? —le preguntó el hombre.

Debía de ser un centinela. Hakon sabía que, si tenían carruajes que se movían rápido y botes de hierro, lo más probable era que las armas fueran igual de sorprendentes y eficaces. Tenía que proceder con cautela.

—Soy algo refrescante, amigo —le dijo, y las palabras le sonaron mágicas. Una sonrisa de sorpresa asomó al rostro del hombre, que recorrió a Hakon de arriba abajo y se relajó un poco. La gente del futuro apreciaba la frescura.

—¿Ah, sí? —le preguntó el hombre—. ¿Te está esperando el jefe? ¿O Mia contrató a un animador? Desde que la encontramos, ha estado leyendo mucho acerca de los vikingos.

Hakon apretó los puños y soltó un gruñido por lo bajo. Se le debió de haber transformado el rostro, porque el centinela frunció el ceño y adoptó una expresión de cautela.

—Ya veo que te estás metiendo en el personaje. Aguarda, le preguntaré al jefe.

—No hay necesidad, amigo. Querrán que los sorprenda —le aseguró Hakon.

—No. Aguarda. ¡Oye, Mia! —la llamó—. ¡Mia!

—¿Qué sucede, Carl? —Hakon oyó una amortiguada voz masculina desde el interior.

—¿Jefe? ¿Ha contratado a un actor vikingo?

—¡Qué gracioso! —Exclamó la voz de Mia, y a Hakon se le aceleró el corazón que no había sentido latir desde que se marchó.

—Si es así, ha llegado.

—¿Qué?

—Ha llegado, el vikingo. Se ve de lo más real. ¿Lo dejo entrar?

Hakon oyó pasos y estrépitos metálicos. Luego su rostro apareció en la entrada de lo que parecía una pequeña casa a bordo del bote. Se quedó sin aliento, el mundo se desvaneció y lo único que pudo ver fue a ella. Eso era todo. Ahora sabía por qué la norna se la había enviado a pesar de que los separaban más de mil años.

Porque era una curandera, y las partes de su corazón y de su alma que estaban rotas, solitarias y rechazadas comenzaron a sanar. Si moría ese día defendiéndola o si lo rechazaba, todo habría valido la pena por volver a verla una vez más.

A Mia se le agrandaron los ojos de la conmoción, y Hakon vio ternura y temor en sus ojos. Echó un vistazo hacia abajo.

—¡Ya regreso, Dan! —exclamó antes de salir.

Tenía puesto un vestido liviano que flotaba y bailaba a su alrededor; era similar al que había tenido puesto cuando la encontró al lado de la piedra con las runas. El vientre le había crecido un poco más, y se veía hermosa y delicada. Hakon quería tomarla en sus brazos y enterrarle el rostro en el cabello.

Avanzó hacia él.

—Está bien, Carl —le dijo.

—¿Quién es, Mia? —preguntó una voz masculina desde el interior del bote, y Hakon oyó pasos.

—Ponte detrás de mí, Mia —le ordenó Hakon estirando el brazo, pero ella seguía en el barco y ni siquiera había pasado por delante de Carl.

El centinela probablemente tuvo la sensación de que algo no iba bien y se apoyó la mano sobre la apertura de la chaqueta al tiempo que Hakon apoyaba la suya sobre el mango del hacha.

Un hombre apareció detrás de Mia, y todo el mundo se detuvo. Llevaba una chaqueta y unos pantalones similares a los de Carl, pero de color gris. Era alto, de cabello oscuro y, detrás de una máscara de amabilidad, lo miraba lleno de peligro.

Había visto esa mirada en los ojos de pocos hombres. La había visto en los del rey Nyr. Eran los ojos de un hombre que no se detendría ante nada para conseguir lo que quería. Y, cuando se posaron sobre Hakon, se le tensó un músculo de la mejilla y apretó el hacha.

El hombre lo miró a los ojos y apretó los dedos contra el antebrazo de Mia antes de jalarla hacia él. A Hakon le dio un vuelco el estómago.

—¿Quién es este, Mia? —le preguntó el hombre que ahora supuso que era Dan.

—Soy Hakon, la Bestia —le respondió—. Y he venido a buscar a mi esposa.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Mia se quedó sin aire en los pulmones. Hakon había ido por ella, había viajado en el tiempo para llevarla a casa. La había perdonado.

Cada célula de su cuerpo cobró vida con unas chispas de alegría. Volver a ver a Hakon era un milagro. Verlo allí, en Boston, en 2019, era aún más desconcertante que haber viajado en el tiempo.

—¿Te has casado? —Dan se volvió hacia Mia y le mató la alegría con el rostro carente de expresión—. ¿Con él?

Entre ella y el hombre que amaba se encontraba el que la había capturado. Mia asintió con la cabeza, y el rostro de Dan se convirtió en una fría máscara de piedra. Un agua gélida le invadió las venas a Mia. Los hombres de Dan la habían encontrado luego de que apareciera en su departamento y la habían llevado de vuelta con él. Pero lo más curioso de todo era que Dan le tenía miedo desde que había desaparecido delante de sus propios ojos. En una ocasión le había preguntado si era una bruja y, como ella no le había dado ninguna explicación, se había vuelto más cauteloso. No la había tocado ni le había dicho ni una sola palabra irrespetuosa. Esa era la primera vez que la tocaba desde su regreso.

—Por favor, entra, Hakon —lo invitó Dan e hizo un gesto para que entrara.

A Mia se le puso el cuello rígido. ¡No!

—No, he venido por mi esposa y me la llevaré conmigo.

Dan jaló de Mia para acercársela y la hizo estremecer. Tenía el cañón frío de su arma apretada contra las costillas, y toda la sangre le abandonó el rostro. Hakon frunció el ceño, y entrecerró los ojos que se le fueron oscureciendo hasta adoptar un tono ámbar que le daba el aspecto de un lobo en plena caza.

—No saquemos los trapos al sol aquí —dijo Dan—. Ven dentro.

Hakon asintió la cabeza y caminó por la rampa para subir a bordo del barco. A Mia se le redujeron las rodillas a gelatina al observarlo adentrarse solo en territorio enemigo. Era una trampa. ¿Qué podría hacer su hacha y su espada contra una pistola?

Carl se enderezó, pero siguió a Hakon con la mirada. Mia conocía demasiado bien el precio de esa atención. Carl parecía un tonto, pero no dudaría a la hora de proteger a su jefe al costo de la vida de otro hombre. A Mia se le congelaron los pies a pesar de que hacía un día cálido.

Dan hizo un gesto para que Hakon entrara en la cabina y bajara una planta hasta donde se encontraban las habitaciones y el estudio. Cuando entraron en el estudio de Dan, el olor a madera pulida los envolvió. Había un gigantesco escritorio de caoba contra una pared lejana, junto a una silla de cuero enorme. A la derecha, había una mesa de conferencia con ocho sillas. Y contra la pared a la izquierda, un sofá de cuero. Una alfombra persa daba la impresión de riqueza y buen

gusto.

Dan cerró la puerta a sus espaldas, sin dejar de sujetar el brazo de Mia y le apuntó el arma a Hakon. A Mia le temblaron las manos mientras Hakon estudiaba el arma con una expresión de entretenimiento en el rostro y probablemente pensaba cuánto daño podría hacer ese objeto tan pequeño. Sin embargo, debió de haber sentido algún tipo de peligro porque se llevó la mano al mango del hacha.

—No, amigo —le advirtió Dan. A Mia se le cerró la garganta. Conocía muy bien ese tono. Dan les hablaba así a los empleados cuando habían hecho algo mal. Y Mia jamás volvía a verlos —. Dudo de que sean reales, pero mantén las manos alejadas de esos juguetes vikingos.

Caminó hasta la mesa arrastrando a Mia a sus espaldas, se sentó contra el borde y estiró las piernas para cruzar los tobillos.

Hakon miró a Mia a los ojos. Mia vio un brillo de amor en ellos y por fin comenzó a entrar en calor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. —Logró sonreírle para tranquilizarlo—. No deberías haber venido.

—¿Y el bebé?

El rostro de Dan se puso furioso.

—El bebé es asunto mío. Es mi hijo.

El rostro de Hakon perdió toda la ternura antes de que se volviera a Dan con una mirada de acero.

—Puede ser, pero de todos modos es mío.

Dan apretó el mentón recién afeitado.

—¿Y quién diablos eres en concreto, Hakon, la Bestia? ¿Eres un luchador? ¿Un estríper? ¿El doble de riesgo de Jason Momoa?

Hakon miró a Mia.

—¿Cuánto sabe?

—Nada —le respondió.

Asintió con la cabeza y volvió la atención hacia Dan, que los miraba a los dos confundido y furioso.

—Soy alguien de quien deberías estar aterrorizado —le respondió. Miró a Dan con un fuego frío en los ojos, y Mia sintió un escalofrío. Por primera vez, vio por qué a Hakon lo apodaban la Bestia. No le hubiera gustado ser la receptora de esa mirada.

—¿Aterrorizado de ti? —Dan se puso de pie y soltó a Mia, que se alejó de él—. No vienes a mi barco y me amenazas. ¿Sabes quién soy?

—Sí, eres el vello del trasero sudado de Loki. Eres los desechos de un trol de bosque que acaba de comer un cuerpo putrefacto. Eres las vísceras que hasta los cerdos vomitan.

El rostro de Dan se estaba sonrosando, y a Mia le temblaron las manos. Cuanto más se enfadaba Dan, más impredecible era.

—Ningún hombre debería ponerle una mano encima a una mujer —continuó Hakon—. Ningún hombre debería hacerla sufrir. Pero tú lo has hecho, de modo que no eres un hombre.

Dan estaba temblando, tenía los ojos entrecerrados y las comisuras de la boca curvadas hacia abajo. Mia se clavó las uñas en las palmas. «Sobreviviremos a esto, corazón. No permitiré que le ocurra nada malo a tu padre». Pero no se refería a Dan.

—Pedazo de porquería —gruñó Dan apuntándole el arma a Hakon.

Mia dio un paso hacia él con las manos temblorosas.

—¡No, Dan! ¡No lo hagas!

—Mia, mantente al margen. —Hakon tenía la mano apoyada en el mango del hacha—. ¿Quieres que lo mate?

—¿Qué? ¡No! De ninguna manera.

Hakon asintió con la cabeza.

—Como desees. —Luego se volvió hacia Dan—. Te mereces morir mil veces por cada vez que le provocaste dolor. Pero no te mataré si ella no quiere, así que resolvamos esto de manera pacífica. Mia vendrá conmigo hoy. ¿Qué quieres para dejarla ir?

Dan curvó el labio superior y le dedicó su mueca de predador. Mia no podía respirar. Eso no acabaría de manera pacífica. Hakon estaba enfadando a Dan cada vez más y no sabía de qué era capaz.

—Deliras si crees que dejaré que la madre de mi hijo se marche —le aseguró Dan.

—¿Qué quieres? Dudo que sea un tesoro, al parecer tienes suficientes riquezas.

Dan apretó la boca en una línea delgada.

—Quiero a mi hijo y a mi mujer. O te largas o te mato.

Hakon arqueó una ceja y clavó la mirada en el arma.

—¿Con eso?

«¡Ay, no! ¡Va a lograr que lo mate!». La preocupación fría que se le había enredado en el estómago explotó y le llenó las venas de agua gélida.

—¡Hakon, tiene una pistola! —exclamó—. Dispara balas. Es mortal. Márchate. Regresa antes de que haga algo.

Hakon frunció el ceño y contempló la pistola antes de extraer el hacha del cinturón.

—Bájala o te disparo —le advirtió Dan.

—Inténtalo —repuso Hakon y salió disparado contra las piernas de Dan.

El disparo del arma generó un sonido ensordecedor. Mia gritó. El terror se apoderó de su cuerpo como un puño de acero. Hakon abrazó las piernas de Dan y lo empujó. Dan se cayó, y sonó otro disparo seguido de un olor acre y químico. Hakon apretó el arma de Dan contra el suelo. Con la otra mano, le apretó la hoja del hacha contra la garganta.

—Si no la dejas ir de manera pacífica, lo harás por las malas. Mia, vete.

—No tan rápido. —Dan giró el brazo con el arma. De pronto, el cañón apuntaba a Mia. El suelo se movió bajo sus pies, y se cubrió el vientre con las manos.

—No lo harás —le dijo Hakon.

Claro que lo haría. Era capaz de cualquier cosa con tal de salvarse.

—Un movimiento, y le disparo —advirtió Dan con la voz ronca.

Un gemido bajo se le escapó de la garganta.

—Ponte de pie despacio —le instruyó Dan.

Hakon obedeció, se puso de pie y se apartó. A Mia se le llenó la boca de un sabor agrio al tiempo que Dan también se ponía de pie.

—Ahora apoya el hacha y la espada sobre el suelo y patéalos hacia mí.

Hakon obedeció. Las armas salieron volando sobre la alfombra hasta los pies de Dan y aterrizaron a dos pasos de Mia, que intentaba tragar la piedra que tenía atravesada en la garganta.

Dan le apuntó el arma a Hakon, y todo quedó congelado. Mia supo entonces que todo había acabado. Dan mataría a Hakon. Era malo que le hubiera arrebatado la libertad de trabajar como doctora, y la oportunidad de que su bebé creciera como un miembro normal de la sociedad y no como parte del mundo criminal. Pero ahora estaba a punto de arrebatarle al hombre que amaba.

Durante toda su vida, había estado siguiendo los caprichos de los hombres: primero, su padre, luego, Dan… Y Hakon también al comienzo. ¡Ya era suficiente! Un gemido de ira le

nació del vientre como una pared de fuego. No permitiría que el hombre que le había arruinado la vida le arrebatara la única oportunidad de ser feliz.

Se arrodilló y tomó la espada de Hakon. Era pesada. Demasiado pesada. Pero la ira le infundió más fuerza de la que sabía que tenía. Quizás eran los años de furia de batalla que había bebido la espada, pero sintió que le vibró ligeramente en las manos. O quizás era la furia que le provenía del interior, pero los brazos se le llenaron de fuerza y la adrenalina le circuló por las venas como la electricidad a través de los cables.

Su cuerpo tomó el control. Sabía qué hacer, como si algo ancestral en su sangre la impulsara a proteger a sus seres queridos. Cada célula en su cuerpo le gritaba: «¡Ya basta!». Ya basta de tiranos, de abusos y de permitir que un hombre le arrebatara las cosas que más quería. La pierna adoptó una postura fuerte y los brazos le apuntaron la espada contra la espalda de Dan.

Mia acababa de abrir la boca para ordenarle a Dan que soltara el arma, cuando Hakon se lanzó hacia adelante como un relámpago gigante de piel y hombre. Dan se tambaleó y dio un salto hacia atrás. La pistola se disparó en su mano con un destello intenso de fuego y humo. Mia cerró los ojos al tiempo que saltaba hacia atrás del repentino impacto. Pero no se cayó.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio sangre. Era la sangre de Dan que manchaba la espada que tenía enterrada en la espalda, a la altura del corazón.

Dan soltó un aullido con los ojos abiertos de par en par y reflejando perplejidad mientras la miraba. Movió la boca sin emitir ningún sonido y agitó los brazos en el aire para intentar sujetarla. Pero el corazón le estaba fallando. Puso los ojos en blanco y se desplomó sobre su estómago sin vida.

A Mia el aliento le salió agitado y sintió el cuerpo entumecido. Debería sentir arrepentimiento. Debería sentir culpa. Acababa de matar a un hombre.

Pero en lugar de eso, tenía más espacio en el pecho para respirar. Le habían quitado un peso de los hombros, y el tornillo de banco que siempre había sentido que le apretaba el estómago había desaparecido. Recordó todas las ocasiones en que la había golpeado, cada vez que había salido volando contra una pared por sus puños y la noche en que la tomó en contra de su voluntad… el recuerdo más doloroso de todos.

Pero ya se había acabado. Era libre. ¿Acaso los vikingos se sentían de ese modo al matar a sus enemigos? Hakon la estudiaba con una ternura que hizo que el corazón le diera un vuelco. También se sostenía el hombro.

—Oh, cielos, ¿te encuentras bien? —Se apresuró a su lado, le apartó la mano del hombro y la envolvió en un abrazo de oso que la llenó de calor.

—Solo es un rasguño. Estoy orgulloso de ti, valquiria —le susurró contra el cabello antes de mirarla a los ojos—. Eres una verdadera vikinga.

Mia le sonrió y luego miró el cuerpo sin vida de Dan.

—Tenemos que largarnos de aquí.

—Sí, vamos a casa.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

—¿Cómo hacemos para encontrar a la norna? —preguntó Hakon contra el cabello de Mia.

Su aroma era como miel contra las fosas nasales y podría hundirse en él hasta embriagarse. La tenía en sus brazos, sentía su vientre redondeado apretado contra el estómago y su cuerpo cálido.

—Cielos, te eché mucho de menos —le susurró Mia al tiempo que inhalaba la esencia de su túnica.

—No podía respirar sin ti.

Mia alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Gracias por haber venido por mí.

—Iría a buscarte hasta lo más profundo del Helheim.

Mia le sonrió.

—Creo que lo acabas de hacer.

—Morí mil muertes cuando tomaste esa espada. Una curandera, una madre y ahora una guerrera…

Tenía el corazón tan lleno de amor por ella que lo sintió más grande que Midgard.

—Y tuya —le dijo antes de besarlo y llevarlo a un mundo de felicidad, magia y dulzura.

Quería que ese momento durara toda una eternidad, pero no podía ser. Mia se apartó con cautela y con el pecho agitado.

—Me encantaría retomar esto pronto, pero debemos marcharnos —le dijo. Miró hacia atrás, donde yacía el cuerpo de Dan y se apartó de los brazos de Hakon, que sintió un aguijonazo de desilusión—. No sé dónde podemos encontrar a la norna, pero sé que no podemos quedarnos aquí mucho más. El estudio de Dan está insonorizado, pero Carl podría venir en cualquier momento a ver qué está ocurriendo. Además, a pesar de que esa mañana estaba solo, eso no es normal. Más guardias podrían llegar pronto. Tenemos que estar lo más lejos posible de aquí para cuando lo encuentren.

Hakon asintió con la cabeza, caminó hacia el cuerpo de Dan y le extrajo la espada. Limpió la sangre con la chaqueta de Dan y tomó el hacha. Mia abrió la puerta y echó un vistazo hacia el exterior. Luego se volvió a mirarlo con las cejas arqueadas.

—No tenemos que buscar a la norna. Ya está aquí.

Hakon frunció el ceño al tiempo que se le congelaba la sangre en las venas. Estaba a punto de conocer a una de las normas, que conocían los destinos de todas las personas, todos los dioses y todas las criaturas de todos los nueve mundos de Yggdrasil. Hasta Odín estaba a la merced de ellas. Las nornas habían predicho el Ragnarok, el fin del mundo.

Jamás había oído de nadie que hubiera conocido a una norna, además de Mia, ni siquiera en

las leyendas, pero ahora estaba a punto de conocer a uno de esos seres poderosos y místicos. Su destino estaba en sus manos. ¿Lo enviaría de regreso? ¿Le diría que su destino yacía allí, en el futuro? ¿Le arrebataría la vida?

Fuera cual fuese el destino de Hakon y el de ellos dos, se enfrentaría a él como siempre se había adentrado en cada batalla y como siempre había vivido su vida: con la cabeza en alto. Hakon enderezó los hombros y siguió a Mia a través de la puerta.

En el fondo de las escaleras había una pequeña anciana sentada. Llevaba puestas prendas del futuro y tejía con una sonrisa serena. Como si no hubiera un cuerpo sin vida en la habitación contigua. Como si no hubiera un centinela arriba. Como si no hubiera ningún peligro de guardias que podían ir tras ellos en cualquier momento.

Hakon se detuvo al lado de Mia, que se encontraba de pie al lado de las escaleras y observaba a la mujer. Sin mirarlo, le tomó una mano y se la apretó. El corazón le latió más tranquilo.

—Oh. —La norna pasó la mirada entre los dos con curiosidad—. La pareja supuestamente casada. Me gusta la rica complejidad de su historia. Lo han hecho bien.

—¿Nos puede enviar de regreso? —le preguntó Hakon.

La norna dejó de tejer, se puso de pie y avanzó hasta él. Cuando los ojos celestes y atemporales lo miraron, sintió un escalofrío. Era una sensación familiar. La conocía del campo de batalla, cuando el destino había saturado el aire, la sentía en la esencia de la sangre, en el destello de acero, en el sonido de la carne perforada y los huesos rotos. Cada momento, cada aliento y cada paso determinaban si viviría o moriría.

Eso es lo que vio en sus ojos. Un sinfín de nacimientos y muertes. Guerras, el ascenso y la caída de reyes, descubrimientos de nuevas tierras, nuevos mundos y nuevas criaturas. Vio felicidad y tristeza. Amor e indiferencia. Valentía y cobardía. Vio su destino.



—Los puedo enviar de regreso —repuso la norna.

Un colibrí aleteó las alas donde yacía el corazón de Mia. De regreso…

Desde que había viajado en el tiempo al pasado, la vida se le había llenado de milagros. Ese día era el remate. Hakon había viajado en el tiempo para ir a buscarla. La amaba, la perdonaba y la quería. Y por fin se había plantado ante Dan y era libre.

Enderezó los hombros y la tensión se le evaporó. Cada célula del cuerpo estaba llena de energía. «Soy suficiente», cantaba una voz en su cabeza.

Mia recordó a su madre, su obediencia y su docilidad. Deseó poder haberle dado el regalo de la fuerza y la independencia que radiaban de su interior como una bola de luz cálida y destellante. Y con eso llenar los huecos en el alma de su madre, llenar las células con la energía y el amor que le habían faltado. Porque Mia era suficiente. Era suficiente para ella y para su bebé. No permitiría que nadie dictaminara cómo debían vivir su vida ni ella ni su hijo. Ella misma tomaría todas las decisiones.

De pronto, supo que su vida no se encontraba en la época vikinga. Si iba a determinar la vida de ella y de su bebé, no lo haría sin acceso a medicina moderna y seguridad. Un dolor le explotó en el pecho, en el vientre y en cada parte de su ser. Porque eso quería decir que viviría sin Hakon.

La norna se volvió hacia Mia, y la anciana dulce que había conocido por primera vez en la cafetería del hospital ahora parecía otra persona. Otra cosa. Algo que le producía un estremecimiento en todo el cuerpo: el destino, pero no el suyo.

—¿Quieres ir? —le preguntó la norna. Revolvió la bolsa y extrajo el huso dorado.

Hakon inhaló profundo.

—Nunca creí que iba a ver el huso dorado con mis propios ojos —comentó con la voz baja y solemne.

Mia se volvió hacia él. Las palabras que estaba a punto de decir le supieron amargas en la lengua.

—No iré contigo, Hakon.

Su rostro… El cambio en él le hizo eco en el interior como si la espada con la que había matado a Dan le hubiera cortado el corazón en dos. La felicidad, la alegría y la maravilla dieron paso a expresiones de pérdida y desesperación.

—¿Qué has dicho? —le preguntó con la voz ronca.

Mia se escurrió las manos.

—Lo siento. Debo quedarme en mi época. No puedo vivir en la época vikinga.

—Pero dijiste que querías estar conmigo…

Mia no podía respirar. Un puño le apretaba los pulmones y se los retorcía.

—Estaba equivocada. Ahora que estoy libre de Dan, por primera vez en mi vida siento que soy mi verdadero yo. El yo que siempre debí de ser. La persona que siempre debí ser. Por fin puedo vivir mi vida. Puedo darle a mi bebé el mejor futuro posible. Solo para nosotros dos. Quiero terminar mi residencia. Quiero convertirme en médica. Quiero criarlo con amor, seguridad y prosperidad.

—Yo te puedo ofrecer todo eso. Yo te protegeré, aunque no necesitas demasiada protección. Yo te daré más riquezas de las que puedes imaginar. Y ya sabes que nadie te amará ni a ti ni a tu hijo más que yo.

Mia sentía que le desgarraban el alma.

—Ya lo sé. —Le tomó las manos entre las suyas e intentó sostenérselas durante un largo tiempo, pero luego las soltó. Mia dio un paso hacia atrás, y un abismo se abrió entre ellos—. Pero el amor no lo es todo, y acabo de recuperar mi independencia. Necesito pensar en mi vida… en nuestra vida. —Se colocó una mano sobre el vientre y sintió una patada.

Hakon inhaló sin aliento como si no pudiera obtener suficiente oxígeno. Sin mirar a la norna, le estiró la mano.

—Envíeme de regreso. Ahora. Antes de que empiece a rogarle o me la lleve por la fuerza.

Mia miró a la norna, que tenía la misma expresión curiosa y entretenida y una semisonrisa en los labios, como si la vida de Mia y Hakon no acabara de terminar.

—Es una elección interesante, Mia —comentó la norna—. Como desees, Hakon.

Cuando Hakon colocó la mano sobre el huso que tenía en la palma, Mia estiró la suya como para intentar detenerlo, pero la imagen de él ya comenzaba a evaporarse como el humo. Todo el cuerpo le dolía como si la estuvieran golpeando con miles de martillos. Se miraron a los ojos y, a pesar de que acababa de ponerle fin a su felicidad, Hakon tenía la mirada llena de ternura y no la despegaba de la de ella.

—Te amo —le dijo sin emitir sonido alguno.

Y luego se marchó.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Denver, 18 de octubre de 2019

MIA SE BAMBOLEÓ despacio en la entrada de auto iluminada por el sol delante de la casa con las bolsas de provisiones en los brazos. Era una tarde fría de octubre, y le salían nubes de vapor de la boca.

Las Montañas Rocosas se veían hermosas en el horizonte; eran altas, blancas y encantadoras. Verlas hacía que el corazón se le detuviera al recordar a las otras montañas, donde había sido realmente feliz por primera vez en la vida.

Mia se dio vuelta y abrió la puerta. Había vivido en esa casa durante unas seis semanas, y el olor a muebles viejos aún pendía en el aire. Había arrendado la casa amueblada y era obvio que nadie había estado viviendo allí antes de que se mudara. También era obvio que los arrendatarios anteriores habían sido ancianos.

Colocó la comida sobre la mesada de la cocina y se detuvo durante un segundo para apoyar las manos sobre la superficie mientras bajaba el mentón al pecho. Se observó el vientre, que le había crecido y se veía hermoso y redondeado hacia el final del segundo trimestre. Recordó a Hakon acariciándolo, y el dolor y la pérdida la arrasaron como un tsunami que la dejó sin aire, la ensordeció y la cegó con una negrura que se lo podría haber tragado todo.

Se obligó a inspirar y exhalar y contó hasta cuatro. Poco a poco, la oscuridad la soltó y pudo mirar alrededor y asimilar la normalidad. La cocina vieja de color marrón, la nevera que siempre había olido a pesar de lo mucho que la había limpiado, el lazo amarillo de las cortinas en la ventana.

¿Acaso eso era mejor que el calor en el hogar del gran salón de Hakon, el aroma al estofado recién hecho, el canto de las mujeres que tejían con lana y hacían velas? ¿Era mejor que sentir los brazos fuertes de Hakon alrededor de ella, el corazón latiéndole contra la palma, la voz rica y baja diciéndole que la amaba?

Mia negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas. No. No hacía falta que se arrepintiera de algo. Había escogido eso. Había sabido que tendría que pasar desapercibida, adoptar una nueva vida con un nombre falso, irónicamente, por segunda vez en su vida, pero en esta ocasión sería para siempre. Había sabido que tendría que renunciar a la idea del amor. Había sabido que jamás sería una mujer feliz en toda su vida. Ningún hombre podría hacerla feliz. Solo Hakon podría.

Cuando Hakon había regresado a su época, la norna le había asegurado que Carl no repararía en ella, pero que debía darse prisa si quería escapar. Mia no había aguardado ni un solo

momento. Se había apresurado a su viejo apartamento, donde tenía dinero y la identidad falsa que había preparado cuando había querido escapar de Dan en junio.

Por temor a dejar demasiados rastros, no había tomado un vuelo. Había comprado un coche de segunda mano en los suburbios de Boston y se había marchado con la mente en blanco, los nervios entumecidos y los dedos temblando.

Acababa de empezar una residencia en la universidad de Colorado, y el trabajo era un bienvenido tornado de actividad que le consumía todos los pensamientos, la energía y la atención de la herida pulsante y al descubierto que tenía en el pecho.

Mia soltó el aliento, se secó las lágrimas y enderezó la espalda. Tenía hambre, como siempre desde que había comenzado su segundo trimestre. Tenía que cocinar algo para mantener al bebé saludable.

Haría tacos de pescado. Los comería sola, como todas las cenas que había tenido en el transcurso de los últimos dos meses, con la televisión encendida para mantenerse acompañada. Esas eran las alegrías de la vida moderna.

«Tú lo has escogido», se recordó mientras clavaba un cuchillo en el envoltorio de plástico del bacalao congelado. «Querías tomar control de tu vida. Ahí lo tienes. Esta es tu vida. Disfrútala. Podrías haber ido con él», le dijo otra parte. «Él te quería. Viajó en el tiempo y lo arriesgó todo por ti».

Lo había arriesgado todo… y ella lo había rechazado. Se había quedado, y él no había intentado controlarla. Había respetado la decisión por más que le doliera por dentro.

Mia extrajo el pescado del papel, y los filetes congelados le quemaron los dedos mientras los colocaba sobre el plato para descongelarlos en el microondas. Hakon la amaba demasiado como para encerrarla en otra jaula. Aunque de más estaba decir que no se lo hubiera permitido. Hakon prefería ser infeliz toda su vida que obligarla a estar con él. Pero quería estar con él tanto… Era imposible. Había tomado una decisión. Lo hacía por su bebé.

Durante el último ultrasonido, le habían confirmado que iba a tener un niño. Se había imaginado la vida que tendrían: Mia estaría cansada y se obligaría a seguir sonriendo y a concentrarse en su hijo como si fuera la única alegría en su vida. Sería mitad humana, mitad herida abierta. Quería la mejor vida para su hijo.

Pero ¿ver a su madre en ese estado sería lo mejor para él? Crecer y aprender que la vida era sacrificio y que la seguridad era lo más importante. Pero ¿de verdad pensaba eso? Mia había creído que estaba tomando el control de su vida, pero no era control, ¿verdad? Era miseria.

Contuvo el aliento al tiempo que se le ocurría una idea. ¿Por qué asumía que tenía que elegir una cosa o la otra? La esperanza le produjo un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies, como si unos petardos le hubieran estallado en los brazos y las piernas.

«No, no tengas esperanzas. Puede que no funcione». Pero si no funcionaba, encontraría otra manera.

Tomó las llaves del coche y una bolsa de mini zanahorias peladas y salió por la puerta principal dejando el pescado que había metido en el microondas en el olvido.

Contuvo el aliento en la garganta y susurró:

—Voy en camino, Hakon.

~

POR SUPUESTO que la norna no estaba en la cafetería del hospital de la universidad de Colorado.

La desesperación la embargó al comprender que la norna no se lo pondría nada fácil. Había

rechazado la única oportunidad de viajar en el tiempo. Quizás no se le presentaría otra. Pasó una desgarradora semana entera, y Mia no estaba ni remotamente cerca de encontrar a la norna.

De repente, una noche, Mia abrió la puerta del coche y casi se cae al suelo al ver a alguien sentado en el asiento del copiloto. Mia se sobresaltó y se apoyó las manos en el pecho.

—¡Ay, por Dios! —exclamó mientras se acomodaba en el asiento del conductor y fulminaba a la norna con la mirada—. Estoy embarazada, por todos los cielos. ¿No podrías haber esperado al lado del coche?

La norna se rio. Era extraño ver a un ser que determinaba el destino de los dioses y las personas riéndose. Mia no sabía si ocurría a menudo, pero la risa le resultó dulce, un poco infantil, pura y llena de alegría. La anciana casi soltó un resoplido.

—Ay, humanos… —La norna se secó un ojo y soltó las últimas carcajadas—. Son adorables. Pero, en fin, me estabas buscando. Pensé en ahorrarte algo de tiempo considerando tu situación —le dijo mirando el vientre prominente de Mia—. ¿Qué tienes en mente?

Mia exhaló. Se había preparado para una negociación, pero ahora que la había tomado por sorpresa, necesitaba un momento para recordar qué quería decir. Pero tenía los pensamientos desparramados como las cuencas de un collar roto.

—Eh… —comenzó Mia—. Quiero regresar con Hakon.

—¿Ah, sí? ¿Has recuperado la razón?

—Sí. ¿Me puedes enviar con él?

—Tu alma brilla cuando están juntos. Sacan lo mejor del otro. Me gusta mucho la historia de ustedes dos.

Mia sonrió, y una gran parte de la piedra que tenía en el pecho se le levantó, pero no por completo.

—Bueno —prosiguió Mia—, sin embargo, ya no estoy hablando solo de mí, ¿sabes? —Con delicadeza, se colocó la mano sobre el vientre—. Si regreso, no le daré ninguna alternativa a mi bebé. Estoy tomando una decisión por él, y no me parece justo.

—Los padres se mudan de ciudades y de países todo el tiempo.

—Pero no es lo mismo. Las ciudades y los países siguen teniendo más o menos el mismo desarrollo médico… al menos en comparación con la época medieval. Las vacunas, los antibióticos y los hospitales están disponibles. Yo lo estaría transportando en el espacio y en el tiempo.

Los ojos de la norna brillaron llenos de curiosidad y se le acercó más.

—Entonces, tienes una propuesta para mí, ¿no?

Mia tragó con dificultad. ¿Qué haría si la norna se negaba a su petición?

—Sí, tengo una propuesta. Quiero poder viajar en el tiempo. Concédeme una visa de múltiples entradas, por favor.

La norna abrió los ojos de par en par indignada y sorprendida.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

Mia se colocó las manos sobre el vientre en un gesto protector.

—¡Solo para emergencias! Si mi hijo se enferma, por ejemplo.

La norna se cruzó de brazos sobre el pecho.

—¿Para ti y él?

—Sí, solo en situaciones de vida o muerte, para poder salvarle la vida.

—De acuerdo, pero solo una vez.

—Cinco.

—Tres.

—Y una para Hakon.

La norna frunció el ceño.

—¿Y no para ti?

—No, estaré bien. Necesito proteger a mis hombres.

—Está bien, cuatro veces.

Mia asintió con la cabeza y soltó el aliento. La norna la estudió con un brillo entretenido en los labios.

—Eso no es todo, ¿no?

—No. —Mia apretó las manos contra el volante y se las miró antes de volverse hacia los ojos ancestrales de la norna—. No quiero robarle la elección a mi hijo. Lo he concebido aquí, pero lo llevaré al pasado sin preguntarle si quiere que su futuro se encuentre allí. Cuando cumpla los dieciocho años, quiero que pueda escoger si se quiere quedar con nosotros en la época vikinga o venir al siglo XXI y vivir aquí.

La norna arqueó las cejas.

—Yo determino los destinos. ¿No crees que ya sé qué va a decidir?

Mia alzó el mentón.

—¿Sabías que no me marcharía con Hakon? ¿Y que más tarde cambiaría de parecer?

La norna sonrió y alzó un hombro. Como no dijo nada, Mia continuó:

—No, ya me parecía. No quiero creer que todo está determinado el día en que nace alguien, como lo creen los nórdicos. Creo que yo soy quien controla mi destino.

La norna se encogió de hombros.

—Bueno, pero eso no es completamente cierto, ¿no? Si lo fuera, jamás habrías viajado al pasado y jamás habrías conocido a Hakon. Aún estarías a la merced de Dan.

Mia frunció el ceño.

—Supongo que tienes razón, pero yo decidí tomar el huso.

—¿Y qué me darás a cambio de que le dé la elección a tu hijo y de que puedan viajar en el tiempo cuatro veces?

Mia hizo un gesto con las manos.

—¿Qué te gustaría?

—Hummm. —La norna se golpeó los labios con el dedo índice—. Me gustaría que sacrifiques una cabra en la piedra con las runas en mi honor todas las noches y que bailes desnuda al amanecer todas las mañanas.

A Mia se le cayó el mentón.

—¿Cómo has dicho?

La norna soltó una carcajada y le apoyó una mano sobre el muslo sin dejar de reírse.

—Era una broma, como dicen ustedes. ¡Oh, mira la expresión que tienes en el rostro!

Mia soltó el aliento y fingió secarse el sudor de la frente.

—Cielos, hoy estás chistosa, ¿eh?

La norna soltó un largo suspiro de satisfacción y la miró a los ojos.

—Cariño, a menudo, los destinos de los hombres y los dioses son trágicos. No tienen esperanza porque jamás aprenden. Soy como una maestra, y tengo mis alumnos favoritos en la clase. Tú eres una de ellas y te mereces la felicidad. Hakon también. Y tu hijo. Accederé a tus términos si tú accedes a una condición mía.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por supuesto. ¿Cuál?

La norna se le acercó y le apretó la mano.

—No desperdicies ni un solo momento de tu vida. Que cada instante valga la pena. No desperdicies los regalos que te doy. Si alguna vez te encuentras frente a una situación similar, debes estar segura de saber qué es lo correcto. Porque no te daré otra oportunidad.

Mia asintió entusiasmada con las lágrimas rodándole por las mejillas.

—No te preocupes. No lo haré. Ya he empacado. Por favor, llévame con mi hombre.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Lomdalen, Noruega, 25 de octubre de 875 d. C.

HAKON ESTIRÓ la mano sobre el fuego del hogar y el calor le acarició la palma. En el gran salón reinaba el silencio, como si la casa entera estuviera conteniendo el aliento. La mitad de la aldea se había reunido alrededor del hogar esa noche. Había hombres, mujeres, niños, criados y esclavos presentes. Solveig oía atentamente con el rostro sombrío.

—Y luego, ¿qué ocurrió, *jarl*? —le preguntó Ledis, jalando de su abrigo, sentada en su regazo.

Hakon la miró y parpadeó. Era la niña de ocho años que antes le había tenido tanto miedo como para soltar una cesta llena de nabos al verlo. Había sido el día del solsticio. El día que conoció a Mia. El recuerdo de Mia, el modo en que la echaba de menos, se aferró a sus pulmones y se le hizo difícil respirar. Eso había ocurrido desde que había regresado. ¿Cómo se encontraría? ¿Y el bebé? Esperaba que fuera feliz y estuviera a salvo y que se hubiera convertido en la curandera que había querido ser.

Soltó el aliento con la garganta apretada y la esperanza de soltar el dolor, pero, por supuesto, fue en vano. Mia siempre estaba con él. Era una parte de él: de su cuerpo, de su alma y de su todo.

—Y luego la norna extrajo el huso dorado —continuó Hakon.

Su gente soltó un jadeo y se acercó más. Debía de ser la décima vez que contaba la historia de cómo había viajado en el tiempo, y seguían jadeando cada vez que la contaba. Hakon alzó una comisura de la boca. Desde que había regresado, todo había cambiado. Era como si hubiera llegado a una nueva aldea. Tanto las miradas asustadas como el silencio hacia él y el temor y la ira escondida de la gente habían desaparecido.

Todo eso había comenzado a cambiar luego de que Mia le diera el remedio contra la maldición. Pero todo había cambiado definitivamente cuando regresó del futuro. La gente apreciaba y respetaba cómo había lidiado con el rey Nyr.

Además, les encantaba el hecho de que había viajado en el tiempo para ir en busca de Mia al futuro. Todos la querían, a pesar de que había asumido otra identidad. Había salvado muchas vidas, y la gente no lo olvidaba.

Cuando por fin Hakon les contó toda la verdad acerca de que Mia era una viajera en el tiempo y una norna la había enviado al pasado y que él mismo había visto y hablado con la norna, la gente comprendió que no podía estar maldito. Todo lo contrario: estaba bendecido. Una norna lo había favorecido. Había visto el huso dorado y lo había tocado. Había viajado en el

tiempo y les había llevado historias del futuro. Desde entonces, había repetido la historia del viaje al menos dos veces a la semana, y cada día iba más gente a oírlo.

—¿Y qué aspecto tenía? —le preguntó Ledis.

—Era de oro puro y tenía tallados de los dioses. Vi a Fenrir, el lobo gigante, y a Yggdrasil, el árbol del mundo, y a Odín y Freyja. Fue lo más hermoso que vi en toda mi vida.

Excepto por Mia.

La gente murmuraba, miraba alrededor y asentía con la cabeza; todos tenían los ojos abiertos de par en par.

—¿Y luego? —le preguntó Ledis.

—Y luego… —se le quebró la voz—. Mia dijo que se quería quedar en su época.

—Fui una tonta —dijo la voz de Mia, y a Hakon le explotó el corazón de dolor como si mil lanzas se lo hubieran atravesado. Debía de estar echándola tanto de menos que comenzaba a imaginarse cosas.

Pero alzó la mirada en la dirección de la que provenía la voz y se preguntó quién habría hablado. Por un momento, dejó de vivir. Porque en la oscuridad del salón, al lado de las puertas de entrada, había una mujer con el vientre redondeado. Hakon sintió como si el mismo Thor lo acabara de golpear con el Mjölnir. No podía ver su rostro en la oscuridad, solo su silueta. ¿Sería un espíritu?

En lo que le pareció una eternidad más tarde, cuando Hakon recuperó el hilo de sus pensamientos, colocó a Ledis sobre el regazo de su madre y se puso de pie entrecerrando los ojos para ver mejor.

—¡Acércate, mujer! —exclamó alguien—. No te ve.

La recién llegada dio un paso hacia adelante y se detuvo bajo la luz anaranjada del fuego con un vestido simple y un delantal blanco. Hakon estudió cada movimiento: su andar, el modo en que las faldas se le movían alrededor de las piernas de modo tan familiar… No podía permitirse guardar esperanzas. La mujer comenzó a tambalearse al avanzar; tenía el vientre más pesado y redondeado. Cuando se encontró lo suficientemente cerca como para que el fuego le iluminara el rostro, no pudo negar más la verdad.

—Mia —dijo con la voz ronca. No logró decir más nada.

Ella le sonrió.

—Fui una tonta. Pertenezco donde tú estés.

Hakon no se podía mover. Sentía los pies pesados como peñascos. La gente lo miraba fijo. De repente, sintió que alguien le jalaba de los pantalones y bajó la mirada.

—Ve —le dijo Ledis—. Ha regresado, ¿no lo ves?

Hakon asintió con la cabeza.

—Sí que lo veo.

Avanzó hasta Mia. La gente se hizo a un lado cuando saltó un banco y siguió andando por delante de los que tenía en el camino. Todos lo miraban. Cuando se detuvo delante de ella, el corazón le latía desbocado en el pecho.

—¿Qué significa esto, Mia? —le preguntó—. ¿Por qué estás aquí? No me digas que has venido solo por un día. No sobreviviré si me vuelves a dejar.

Nunca antes había estado tan hermosa como en ese momento. Brillaba por dentro, irradiaba más luz que el fuego en el hogar, y comprendió que era suyo. Le pertenecía por completo. Se encontraba a merced de ella.

—No me marcharé —le aseguró casi en un susurro—. Si me aceptas… bueno, si nos aceptas, nos quedaremos donde pertenecemos.

A Hakon le latía el pulso en los oídos.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —le preguntó—. He ido por ti y me dijiste que me querías. Y luego cambiaste de parecer y me sentí morir.

Le vio el dolor en los ojos, probablemente era el mismo dolor que él mismo había sentido todos los días sin ella. Mia asentía con la cabeza nerviosa. Luego introdujo la mano en la bolsa que había dejado caer al suelo al entrar y extrajo una pequeña caja negra. Acto seguido, se arrodilló con algunas dificultades por el vientre y le ofreció la caja.

—¿Y esto qué es? —Clavó la mirada en la caja—. ¿Qué estás haciendo?

Mia abrió la caja y, sobre una almohadilla negra, había un anillo negro con pequeños rubíes en el centro. Mientras el fuego destellaba, Hakon vio el centro, donde los rubíes tenían un hueco y el metal negro se convertía en el mentón de un lobo. Hakon miró el anillo que era la joya más hermosa que había visto en toda su vida.

—Así es cómo la gente se declara en mi época —le dijo—. Hakon Ulfsson, ¿te quieres casar conmigo? Conmigo, Mia, no con la princesa Arinborg. Ni con nadie más. Conmigo.

Hakon la miró a los ojos y, en ellos, vio algo. Brillaban con amor y paz. Y la paz y el amor que había anhelado desde la muerte de su madre lo envolvieron y le llenaron las grietas del corazón.

La tomó de los codos y la ayudó a incorporarse, al tiempo que soltaba un suspiro de gratitud. Debía de sentirse incómoda en ese estado.

—No permitiré que mi esposa se encuentre por debajo de mí —le dijo, y Mia le sonrió.

Su cercanía le produjo una ola cálida, como un rayo de sol, que le recorrió las venas. Se la acercó más sin que soltara la caja con el anillo, y la tomó en sus brazos antes de que pudiera evaporarse como la última nieve del invierno. Sus labios buscaron los de ella y se apoderaron de su boca. Le explotó una ola de deseo que se intensificó con cada caricia. Le introdujo la lengua en la boca y le rozó la de ella, se la provocó y se la saboreó.

Cuando alguien se aclaró la garganta, se separaron. Se encontraban sin aliento y buscaron la fuente del sonido. Todos en la multitud los observaban con las cejas arqueadas y unas sonrisas gigantes en el rostro.

—¿Y bien? —preguntó Solveig.

—¿Y bien, qué? —le dijo Hakon.

—Te hizo una pregunta. ¿Te quieres casar con ella?

Hakon se rio y se volvió hacia Mia que lo miraba como una gatita tímida que se había portado mal. Arqueó las cejas y le volvió a ofrecer la caja con el anillo. Hakon la aceptó.

—Me quiero casar con ella —dijo, y Mia le regaló una sonrisa hermosa y enorme que casi lo cegó. Todos los presentes prorrumpieron en vítores y aplausos, y los niños soltaron gritos de alegría. Mia le colocó el anillo en el dedo, que le encajó a la perfección.

La volvió a besar con voracidad y desesperación. El tiempo se detuvo. Todo desapareció. Lo único que existió fue él y ella y sus almas que se disolvían en el beso.

Cuando se separaron, Hakon miró alrededor y vio que la gente bebía hidromiel, hablaba y reía. Ledis estaba sentada sobre el regazo de su madre, pero cuando vio que Hakon y Mia habían dejado de besarse, sonrió.

—¡Cuéntanos una historia, Mia!

Todos guardaron silencio y se apartaron para que Hakon y Mia pudieran tomar sus lugares al lado del hogar. Hakon jamás se había sentido más liviano, suave y cálido como lo hacía en ese momento. Era como si estuviera nadando en el amor y la aceptación de todos los presentes en la sala. Mia le tomó la mano.

—¿Conoces la historia del niño que mató a un lobo que lo duplicaba en tamaño? —le preguntó.

La niña negó con la cabeza. Tenía los ojos bien abiertos y una expresión seria en el rostro. Mia miró a Hakon.

—Quizás es hora de que la gente conozca la historia de cómo nació la Bestia.

Hakon sonrió y miró alrededor. Solveig asintió con la cabeza.

Tenían un largo invierno por delante lleno de veladas acogedoras alrededor del hogar contándose historias y leyendas. Pero serían tiempos felices. Porque tenía a su esposa, el amor de su vida, una guerrera, una curandera y una viajera en el tiempo, a su lado.

Y crearían muchas historias para contar en las noches de invierno de los años por venir.

EPÍLOGO

Lomdalen, Noruega, 21 de junio de 876 d. C.

HAKON LIMPIÓ la hoja del hacha de batalla con un trapo, y la superficie pulida destelló bajo la luz del sol del día cálido. Las decoraciones ornamentadas de oro a ambos lados de la hoja exhibían una manada de lobos gruñendo y un cazador. Hakon jamás había visto algo más hermoso, excepto Mia. Y Ulf, su hijo de cinco meses. El hacha era el regalo de bodas de toda la aldea, y a Hakon le brillaban los ojos de agradecimiento y aprecio.

La ceremonia estaba a punto de comenzar, y la aldea estaba en plena actividad a su alrededor. Sobre un campo cercano, estaban colocando mesas para sentar a los quinientos invitados: además de todos los habitantes de la aldea, el rey Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss junto con sus hombres. Entre los invitados también se encontraba la verdadera princesa Arinborg, que se encontraba de pie al lado del *jarl* Rafr.

Rafr se había enamorado de ella cuando apareció en la asamblea de aliados hacía casi un año. A pesar de que en ese entonces ella se había mostrado interesada por Hakon y había creído que se casaría con él, no había tenido sentimientos profundos. Luego de que los aliados asesinaran a Nyr, que había insistido en atacar a pesar de que había llegado demasiado tarde como para recuperar sus tierras, Brunn se había hecho responsable de ella y de sus hermanas. Arinborg había conocido a Rafr mejor durante el invierno que pasó viviendo en el hogar de Brunn y, al final del invierno, Rafr había pedido su mano en matrimonio. Brunn se había mostrado de acuerdo, y ahora la pareja estaba felizmente casada… aunque no eran tan felices como Mia y Hakon.

Hakon estaba satisfecho con su trabajo y se acomodó el hacha en el cinturón con orgullo. Su gente le había dado un regalo digno de un rey. Y se sentía como uno también.

Se puso de pie e inhaló el aroma que provenía del banquete: carne asada, pescado ahumado y verduras hervidas. Varios músicos tocaban la lira, una flauta hecha de cuerno de vaca y un harpa para entretener a los invitados antes de la ceremonia y el banquete.

Hakon deseó que Mia y Ulf se encontraran con él para poder compartir esa sensación que le expandía el pecho como una vela abriéndose al viento. No la había visto desde esa mañana porque la estaban preparando y ya la echaba de menos. Sin embargo, unas horas de espera valían la pena. Estaba a punto de reclamarla por el resto de sus vidas.

Hakon se enderezó la túnica que le habían confeccionado especialmente para la boda. Era del color césped quemado por un verano largo y cálido: entre verde y dorada. Mia había dicho que era del mismo color que sus ojos. Los bordes de la túnica estaban bordados con varios patrones

en hilo dorado. Había querido ponerse un atuendo especial para el día que recordaría hasta la muerte. Y de solo pensar que hacía un año le había ladrado a Solveig que dejara los preparativos para un banquete… Ese año, estaba listo para ladrarles que se dieran prisa. Aunque, no hacía falta. Mia se había asegurado de que todo fluyera como el agua.

Oda se acercó a Hakon con Ulf apoyado en la cadera y la pequeña Mette caminando a su lado con pasos llenos de temor. Frogeir y Torfi también iban con ella.

Cuando Ulf vio a Hakon, estiró los pequeños brazos hacia él y comenzó a gritar con una sonrisa gigante en el rostro.

—¡Ay!

A Hakon se le llenó el pecho de amor mientras tomaba a su hijo en brazos. El bebé tenía el cabello de color miel, como su madre. En la parte izquierda de la sien, llevaba una marca de nacimiento. No era tan grande como la de Hakon, tenía el tamaño de la uña de su dedo pulgar y la forma de un corazón. Ni Mia ni Dan habían tenido algo así. Solo Hakon.

El día en que Ulf nació, Hakon supo que la marca era una bendición y no una maldición. Porque solo alguien que había sido bendecido por los dioses podría ser tan afortunado como lo era él. Los aldeanos se habían mostrado de acuerdo y habían tratado a Ulf como a un pequeño príncipe. Le habían puesto el nombre del padre de Hakon.

—Me encanta ese nombre —le había dicho Mia—. Es fuerte y hermoso. Creo que tu madre lo habría aprobado. Ulf Hakonsson.

Ponerle al hijo que amaba el nombre del padre al que tanto había temido era el último acto de perdón. Ya no permitiría que el enfado o el resentimiento lo consumieran. Honraría el recuerdo de su padre amando a su hijo y sintiéndose orgulloso de él.

—Solveig dice que debes ir a la pradera —le dijo Oda—. La señora está lista e irá pronto.

A Hakon se le aceleró el corazón en el pecho como si estuviera por escapársele.

—Muy bien —dijo—. Frogeir, Torfi, llamen a todos para que vayan a la pradera.

Los hombres asintieron con la cabeza y partieron. Oda estiró los brazos para tomar a Ulf, pero Hakon negó.

—Lo llevo yo.

Mientras Hakon caminaba por la aldea, Ulf jugaba con la nariz de su padre.

—Tu madre te vistió muy bien —le dijo Hakon mientras Ulf le apretaba las fosas nasales y se reía. Hakon observó la túnica de Ulf, que era una versión en miniatura de la suya—. Un niño tan pequeño y todo un hombre.

Hakon y Ulf llegaron a la pradera atestada de gente. Había un pequeño ejército de hombres y mujeres alegres y algo embriagados que hablaban y reían. Algunos hasta bailaban.

Siguiendo las órdenes de Mia, el carpintero había construido un arco de madera que estaba cubierto de flores blancas y, sobre el suelo, yacía un trapo de lino blanco como si fuera un sendero. Solveig se encontraba de pie debajo del arco, y Hakon tomó su sitio al lado de ella, todavía con Ulf en brazos. El rey Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss se encontraban de pie en la primera fila, que era para los invitados de honor, y detrás de ellos, la gente que Hakon consideraba leal y alentadora. Los niños de la aldea, incluida Ledis, estaban curados de la tos convulsa y reían entusiasmados. Era la mejor multitud que podría haber deseado para presenciar su casamiento con la mujer que amaba. Había valido la pena esperar para que todos pudieran acudir.

Estaban hablando y bebiendo hidromiel de los cuernos al tiempo que las criadas y los esclavos recorrían la pradera sirviendo bebidas. De pronto, todos guardaron silencio, y Hakon se quedó sin aliento. Mia se acercaba.

Hakon le entregó el bebé a Oda y observó cómo la multitud se abría como el hielo bajo un patín. Mia caminaba por el sendero de lino blanco, y los nueve mundos de Yggdrasil dejaron de girar.

No solo era hermosa. Era celestial. Era la puerta al Valhalla. Su vestido blanco le caía por el cuerpo como una cascada. Tenía el cabello trenzado como una nórdica y decorado con flores blancas. Y el rostro… se podría morir de solo mirarla sonreír. Era la luz. Era la primavera. Era la vida.

Cuando se detuvo delante de él y le colocó las manos sobre las suyas, sintió como si estuviera a punto de alzarse volando al cielo como un dragón. Era uno con el mundo, con los dioses y con la persona más importante: ella.

Mia había pedido que no hicieran el ritual de sacrificar una cabra para Freyja y había discutido con Solveig un discurso para la ceremonia que combinaría elementos tradicionales de su época con otros de la de Hakon.

Solveig se aclaró la garganta y comenzó.

—Queridos hermanos —comenzó y se rio. Mia también se rio, como si fuera una broma privada—. No, eso no. Todos conocimos a Mia como la princesa Arinborg —comenzó Solveig y asintió hacia la princesa, que arqueó la cabeza. La gente se rio—. Y estos dos ya se habían casado hacía casi un año exactamente. Pero entonces eran personas diferentes. Mia era Arinborg, y Hakon era la Bestia. Lo que tienen, lo que han superado juntos y lo que se han convertido al final es puro amor. Un amor que cruza el tiempo. Un amor que cruza los destinos. Un amor que lo conquista todo.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló el labio inferior.

—No le pedí que dijera eso —le susurró a Hakon.

Hakon le apretó la mano en respuesta, era lo único que podía hacer considerando que las palabras de Solveig le parecían ciertas en su corazón.

—Ahora, Hakon, delante de los dioses y los hombres, ¿qué le juras a Mia?

Hakon tenía la garganta casi cerrada de las emociones y apenas podía respirar.

—Te prometo, Mia, que jamás te confundiré con otra persona. —Mia se rio al oírlo, y la multitud se unió—. Te doy mi palabra de que mi cuerpo y mi alma, todo mi ser, son tuyos. Te protegeré de cualquier daño como una montaña. Te alabaré como a un ruiseñor. Viajaré en el tiempo todos los días si es necesario para encontrarte y traerte a casa. Te amaré hasta el último aliento porque no sé cómo vivir sin ti. Seré tu marido y mi corazón latirá por ti hasta que deje de funcionar.

Se estaba hundiendo en sus ojos verdes como un nadador que se sumerge en un océano cálido.

—Hakon Ulfsson —comenzó Mia—, te juro que seré tu esposa en todos los sentidos de la palabra. He venido de otra época, al principio de casualidad, pero después regresé porque no podía seguir viviendo sin ti. Para estar juntos, tuvimos que viajar en el tiempo y negociar con el destino. Has aceptado a mi hijo, Ulf, como propio.

Se detuvo y los ojos le brillaron llenos de amor. Luego se inclinó para añadir en un susurro:

—Y ahora te daré otro niño para que ames, uno que es carne de tu carne.

Hakon clavó la mirada en el estómago plano. El mundo se tornó cálido como agua hirviendo.

—¿Cómo has dicho? ¿Estás…?

Ella asintió con la cabeza y le sonrió de oreja a oreja.

—Es demasiado pronto, pero sí. —Se enderezó y continuó en voz alta—: Y te prometo que si el destino me lo permite… —Miró entre la multitud, y Hakon le siguió la vista. Se quedó

anonadado al ver a la norna vestida con prendas de nórdica—. Si el destino me lo permite, te daré muchos niños más. Te amo más que a la vida. Te prometo que seré tu compañera, tu esposa y tu amiga en este matrimonio. El matrimonio del tiempo.

Hakon no creyó que el pecho pudiera albergar más aire ni más sentimientos, pero se equivocó. Se le expandió hasta que se convirtió en pura luz y puro amor.

—Delante de los dioses y de los hombres, los declaro marido y mujer —concluyó Solveig.

La multitud soltó vítores que se desvanecieron cuando Hakon tomó a Mia en sus brazos y la besó hasta disolverse en su amor. Y supo que ni el Valhalla se sentía tan bien como los besos de su esposa.

~

EL AMOR DEL VIKINGO

Para M y M.
Siempre.

CAPÍTULO
UNO

Buskeland, Noruega, julio de 874 d. C.

En el gran salón se oían los vítores y las risas. Mientras avanzaba hacia el asiento elevado de su padre, Kolbjorn se sintió liviano, como si acabara de beber una jarra de cerveza. Sin embargo, no era el alcohol lo que le producía entusiasmo en el estómago anudado, sino la esperanza.

La temporada de saqueo había ido bien, y el gran salón estaba atestado de guerreros que comían y bebían, intercambiaban anécdotas y cantaban canciones de borrachera. En el aire pendían los aromas a verduras cocidas, carne asada y miel fermentada. En el exterior hacía un día claro, pero allí dentro reinaban las penumbras. La luz provenía de las llamas de las lámparas de aceite que colgaban de los pilares tallados con lobos entrelazados. El lobo era el animal del clan de *jarl* Bjorn.

Kolbjorn pasó por delante de las mesas y los bancos del gran salón y varios hombres lo saludaron. Al pasar, les hizo un gesto con la cabeza. Muchos de ellos le habían salvado la vida en varias oportunidades durante los saqueos de los últimos años. Modolfr, su mejor amigo y hermano de armas, le tomó el brazo y lo jaló para que se sentara en el banco al lado de él.

—Hermano —le dijo e hizo un gesto para que un esclavo llenara un cuerno de beber. El aliento le apestaba a hidromiel y no podía sostener la taza firme—. Quiero beber por ti. Has ganado cada batalla en Pictland. Me has salvado el pellejo al menos tres veces. Odín no dejaba de cuidarte, hermano.

Los otros hombres asintieron con la cabeza al oír a Modolfr. Una calidez se le extendió por el estómago ante el afecto y la aprobación de su amigo más cercano. Kolbjorn se rio y miró hacia donde se encontraba su padre, el *jarl* Bjorn. La calidez desapareció como si la hubiera ahuyentado una ventisca invernal. Al parecer, todos lo aprobaban, excepto la única persona que en verdad le importaba. Kolbjorn negó con la cabeza.

—No bebo. Comeré con ustedes luego de averiguar para qué me llamó mi padre.

Modolfr bajó la cabeza.

—¿Crees que al fin te reconocerá como su verdadero hijo? Si no lo hace luego de esta temporada de saqueos, no sé cuándo lo hará. Gracias a ti, tiene más plata que Njord agua.

Kolbjorn tragó un nudo duro que se sintió como una piedra.

—No exageres.

Modolfr miró con el ceño fruncido a los dos semidioses rubios que se encontraban sentados al lado del *jarl*. Eran sus hijos nacidos del matrimonio con su difunta esposa. Llevaban puestas unas costosas *brynjas* que destellaban bajo la luz de las llamas.

—Pues, de seguro te fue mejor que a esos dos cerdos. Lo único que hicieron fue alardear delante del *jarl*.

Kolbjorn sintió una ira tormentosa en la sangre al pensar en Alfarr y Ebbe. ¿Cuántas veces había apartado a Alfarr de mujeres que gritaban mientras Ebbe no hacía nada? ¿Y su padre? Se limitaba a mirarlos a los tres como si fueran niños jugando con espadas de madera. Alfarr y Ebbe insultaban a Kolbjorn cuando nadie los veía, y había tenido que reprimir la ira, a pesar de que lo que más había deseado era enseñarles una lección. El *jarl* Bjorn nunca lo defendía ni se ponía de su lado. Además, no les ponía ningún límite a Alfarr y Ebbe, pero Kolbjorn tenía que seguir el código de honor al pie de la letra: debía actuar con coraje, grandeza, fuerza, lealtad, generosidad, integridad y respeto.

Aun así, no era lo suficientemente bueno. Bastaba una palabra mala acerca de Kolbjorn para que perdiera cualquier oportunidad de alcanzar lo que deseaba más que a su próximo aliento: convertirse en el hijo legítimo de su padre, convertirse en un Bjornsson. Entonces sería el siguiente *jarl*. Sospechaba que sus medios hermanos tenían intereses muy distintos en ese asunto.

Una, la criada, le rozó el brazo con los pechos mientras le servía hidromiel en el cuerno.

—¿Por fin comienzas a beber, Kolbjorn? Dime si quieres que me asegure de que no huyas volando esta noche como un cuervo a la merced del viento tormentoso.

Era hermosa. Tenía unas trenzas de color rubio rojizo, ojos verdes y labios carnosos. Olía a heno y flores, y algo dulce y femenino que le despertaba el deseo. Pero también le producía tristeza. Se había acostado con varias mujeres que acudían a él por voluntad propia para compartir su cama y darle placer. Y, aunque tenía su propia casa, no se casaría hasta poder darles un nombre honorable a sus hijos. Además, todavía no sabía lo que era sentir el cariño y el cuidado de una mujer. Le sonrió a Una y le pasó el cuerno a Modolfr.

—Aún no bebo, Una. —Miró a su padre, que se volvió a él y le hizo un gesto para que se acercara. Unas agujas se le clavaron en la piel. Quizás había llegado el momento.

—Guárdame un buen trozo de ese jabalí, Una. —Se puso de pie del banco y asintió con la cabeza hacia el asador—. Voy a querer carne, sin importar si regreso con noticias buenas o malas.

Kolbjorn pasó la pierna por el banco, se levantó y caminó hacia su padre. El *jarl* Bjorn era un hombre grande y aún joven como para acabar con la vida de muchos guerreros en una batalla. Era la imagen ideal de un *jarl*: poderoso y alto, con una orgullosa barba dorada bien acicalada y trenzada. Kolbjorn tenía la altura y contextura física de su padre, pero debía haber heredado el cabello castaño y los ojos pardos de su madre. Se preguntaba si el mismo Freyr, el dios del sol naciente y la fertilidad, había bendecido a la línea legítima de su padre, aunque la madre de Alfarr y Ebbe les había asegurado a todos que había sido Odín. El día en que nació Alfarr, un cuervo había entrado volando al gran salón y caminó hacia ella, y fue entonces cuando entró en trabajo de parto. La mañana del día en que Ebbe nació, el amanecer había destellado como si se hubiera derramado sangre por el cielo. Kolbjorn se preguntaba cómo habría sido el día en que había nacido, pero jamás lo sabría.

Se detuvo delante de su padre bajo su mirada pesada. Y, a pesar de que no era un hombre pequeño, ni mucho menos uno cobarde, un escalofrío lo recorrió como una brisa por aguas calmas.

—Kolbjorn, hijo, siéntate —le ordenó su padre.

Con un gesto, señaló la silla a su lado, y Kolbjorn la ocupó. Alfarr y Ebbe susurraron algo y le arrojaron unas miradas asesinas. Era la primera vez que Kolbjorn se sentaba en la mesa de honor desde la que su padre reinaba, recibía invitados, negociaba e impartía castigos. Allí era

donde se sentaba la familia. ¿Acaso Kolbjorn era parte de esa familia ahora? La pregunta hizo que se le acelerara la respiración.

—Los llamé para discutir un asunto importante.

Kolbjorn se acercó.

—¿Recuerdan que visitamos al rey danés, Eirik, este verano? Bueno, ha ocurrido algo. Necesito la ayuda de su ejército y rápido. Quiero que los suecos sepan que no pueden venir a invadirnos.

Kolbjorn frunció el ceño. Eso no era lo que esperaba oír, pero el hecho de que su padre discutiera asuntos políticos con él hizo que se le llenara aún más el pecho de esperanza.

—¿Has oído rumores, padre? —le preguntó Kolbjorn—. ¿Acaso planean atacarnos?

—Cierra el pico, bastardo. No es asunto tuyo —dijo Alfarr contra el cuerno.

Su padre alzó una mano.

—Silencio, Alfarr. Necesito la ayuda de Kolbjorn.

Alfarr negó con la cabeza y bebió el resto del hidromiel. A Kolbjorn le latía el corazón acelerado en los oídos. Esa era la primera vez que su padre lo había defendido. Sonaba demasiado bueno para ser cierto.

—Bueno, Kolbjorn, la alianza con el rey Eirik también involucra grandes rutas comerciales y más riquezas de las que jamás imaginé. Puede que un día me convierta en rey. ¿Te gustaría que tu padre fuera un rey?

Kolbjorn tragó con dificultad. No le importaba si su padre era un *jarl* o un rey.

—Me gustaría que fueras un rey si eso es lo que deseas.

—Sí. Lo deseo más que nada en el mundo. Y, para lograrlo, debo impresionar a Eirik. Quiero crear joyas que podamos vender por más plata y oro de lo que obtendríamos saqueando. Las tierras del sur nos ofrecerán grandes pagos por esas joyas, y es un negocio mucho más rentable que los saqueos. Invité al mejor joyero del norte para que venga a trabajar aquí. Jamás ha habido alguien más habilidoso que él. Según cuentan, se instruyó con los enanos. Quiero que ustedes dos lidien con el rey danés a mi lado, Alfarr y Ebbe. Para asegurarme una amistad y una alianza, debo darle el mejor regalo que haya recibido. Eirik vendrá para las fiestas de Yule, junto con muchos otros *jarls*. El regalo debe estar listo antes de su llegada.

Yule era el festival de invierno, que se celebraría en seis meses. Kolbjorn apretó tanto la mandíbula que creyó que se rompería los huesos.

—Quieres que Alfarr y Ebbe te ayuden a impresionar al rey, pero ¿qué necesitas de mí, *jarl*?

Bjorn apoyó la mirada pesada en él durante un instante y, si Kolbjorn estaba en lo cierto, vio un destello de pena en los ojos de su padre que le produjo una ola de ira.

—Necesito que estés al frente de los saqueos durante el resto de esta temporada y toda la siguiente, para llevarle al joyero una montaña de plata, oro y piedras preciosas más alta que él mismo. Necesito que hagas lo que mejor se te da, Kolbjorn: saquear y luchar.

A Kolbjorn se le dilataron las fosas nasales. Sabía a dónde iba eso. Si no iba a lidiar con el rey, eso quería decir que nada cambiaría para él. Tenía que saber si estaba en lo correcto.

—¿Me reconocerás como tu hijo legítimo?

Las palabras se le escaparon delante de los tres como si fueran los huesos de la bolsa de un hechicero, y, mientras aguardaba una respuesta de lo que el destino tenía en puerta para él, no pudo respirar.

—Padre, no lo puedes reconocer como hijo legítimo —chilló Alfarr—. Este mestizo, el hijo de una esclava, no puede ser nuestro hermano.

—Esa no es tu decisión. —*Jarl* Bjorn apretó la mano en un puño—. Puedo hacer lo que

quiera.

—Padre, tienes más sentido común que esto. Prometérselo es arrojarle un buen hueso a un perro, pero no puedes estar pensando en convertirlo en un Bjornsson de verdad.

El *jarl* apretó los labios y frunció el entrecejo.

—Alfarr, cierra la boca. —Miró a Kolbjorn a los ojos—. No puedo permitir que un bastardo lidie con el rey —dijo en voz baja.

Kolbjorn sintió que el rostro se le quedaba sin sangre. Era un tonto. Alfarr y Ebbe se codearon y se rieron, pero a Kolbjorn no le pudieron importar menos sus insultos. Alfarr tenía razón. Era un perro al que su padre atraía con un hueso.

—Quiero que hagas lo que mejor se te da, que saquees —continuó su padre—. Todavía no te puedo aceptar en la familia, pero si continúas trabajando duro y mostrándole tu dedicación al clan del lobo, lo reconsideraré, Kolbjorn. Te lo prometo.

Kolbjorn asintió con la cabeza y, sin decir más nada, se marchó del lado de su padre y del gran salón. Salió al exterior fresco del día tras ignorar los gritos de sus amigos y hermanos de armas para que se uniera a ellos.

Debía de ser un tonto, y lo era aún más por saberlo y seguir guardando esperanzas. Pero en sus veinticinco años de vida jamás había habido nada que deseara más que convertirse en un verdadero Bjornsson.

Por más que las posibilidades fueran diminutas, lo haría. Pondría el mundo patas para arriba con tal de conseguir la aprobación y el cariño de su padre y, al final, su aceptación en la familia. Haría que Bjorn se sintiera orgulloso.

CAPÍTULO
DOS

Chicago, septiembre de 2018

RACHEL SE SENTÓ en uno de los bancos en Navy Pier y observó a su madre y su hermano alejarse. A pesar de que hacía un día caluroso, el hielo que sentía en los huesos se expandió. Su madre tenía un brazo envuelto alrededor de los hombros anchos de James para darse apoyo.

Kendra se había vuelto una sombra de la artista vibrante y radiante que había sido hacía seis años. El cabello caoba se le había vuelto castaño claro, y había reemplazado los atuendos coloridos por desgastadas camisetas y pantalones deportivos. Tenía el cuerpo más delgado que un fósforo, y la piel blanca, húmeda y pegajosa. El único objetivo diario que tenía era vivir hasta la siguiente mañana.

La cita con el médico esa mañana había conmocionado a Rachel hasta la médula.

—Encontramos un tumor canceroso en el tejido renal de tu riñón izquierdo, Kendra —había dicho el doctor Khatri—. Al estar en la etapa final de la insuficiencia renal, podrías sobrevivir con diálisis, como lo has hecho durante los últimos años, pero ahora que estamos hablando de cáncer… Lo siento mucho, pero mi diagnóstico es que te quedan seis meses de vida como máximo. Si no recibes un trasplante de riñón, eso es lo mejor que podemos esperar.

La temperatura corporal de Rachel debió de haber bajado unos cuantos grados.

—¿Cómo recibiré un riñón? —había preguntado.

—Como sabemos que los riñones de tus hijos no son una opción, debes inscribirte en la lista de espera para un trasplante. La cirugía y la medicación costarán alrededor de doscientos mil dólares. Como no tienes seguro médico, no podemos hacer nada por más que haya un donante, a menos que puedan reunir los fondos necesarios.

Los dedos de Rachel rozaron un hueco en el banco laqueado de paneles de madera, y un aguijonazo doloroso la devolvió al presente. Se quitó la astilla y soltó el aliento. El lago Michigan destellaba bajo el sol radiante y cegaba a los transeúntes, pero Rachel tenía la mirada clavada en un espacio vacío. Una brisa suave transportó los aromas a palomitas y *pretzels* de canela.

Habían ido a Navy Pier después del hospital para distraerse y pensar en una solución, pero la desesperación se había aferrado a ellos como una segunda piel. Al poco tiempo, a su madre le había agarrado mucho calor, y James la había llevado a casa.

Rachel les había dicho que, como tenía que ir a trabajar en breve, no tenía sentido volver a casa en los suburbios. Lo cierto era que su trabajo de camarera era lo último que tenía en la mente. Luego de seis años de temor, de aguardar un milagro y de tener las esperanzas hechas

añicos, sintió cómo su apocalipsis personal le respiraba en la nuca. Ese sería el día en que perdería a la persona a la que era más allegada en todo el mundo. Hacía once años, había perdido a la persona que siempre la había hecho sentir segura y protegida: su padre. Sin embargo, no había muerto. Peor aún, se había marchado.

Rachel recordaba cómo le había dolido todo el cuerpo con el dolor de la pérdida. En ese momento, solo había tenido once años, y fue entonces cuando comenzó a proteger su corazón. Porque si algo similar le volvía a ocurrir, temía que no podría recuperarse. Como si perdiera a su madre. Excepto que, en esta ocasión, Rachel podía impedirlo. Solo necesitaba doscientos mil dólares.

Gruñó por dentro ante la imposibilidad de conseguir esa suma de dinero. Bajo ninguna circunstancia podría hacer esa suma de dinero trabajando como camarera. Tampoco guardaba ninguna esperanza de ganar la lotería.

La conversación de tres ancianas, que debían de haberse sentado al lado de ella en el banco mientras divagaba, la hizo volverse a la derecha.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó una de las ancianas. Las tres habían dejado de tejer para mirarla fijo. Tenían un aspecto similar, como si fueran hermanas. Lo único que era diferente era el color de sus prendas: lila, verde pistacho y azul celeste.

Rachel se aclaró la garganta. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había preguntado si se encontraba bien.

—Estoy bien.

La que estaba más cerca de ella la estudió a través de unas gafas redondeadas.

—No te ves muy bien. —Tenía un acento europeo. ¿Sería alemán? —A veces, la vida te da una solución y tienes que actuar. No tienes ni idea de la aventura que tienes por delante.

Las otras dos intercambiaron unas sonrisas elocuentes y comenzaron a guardar los tejidos en sus cestas.

—Gracias —masculló Rachel anonadada. ¿Quién le decía ese tipo de cosas a una desconocida? ¿O la habría oído mal? La mujer le guiñó un ojo a Rachel, y las tres se marcharon.

Algo de oro destelló en el banco al lado de ella. El sol se reflejaba sobre el objeto y le hizo doler los ojos un instante. Entrecerrándolos, miró al costado para encontrar la fuente de ese brillo. A su lado, había un huso de oro que parecía salido de un cuento de hadas. ¿Cómo se llamaba ese cuento para niños? ¿Algo así como *La bella durmiente*? Rachel giró la cabeza para ver mejor.

El huso tenía unos bordes muy afilados, casi tan delgados como unas agujas. Era difícil de creer que, en efecto, fuera de oro, pero los años que había pasado observando a su madre trabajar en la forja de una joyería le había entrenado el ojo para detectar un metal precioso cuando lo veía. La superficie brillante estaba entallada con patrones ondulados y un sin fin de ramas de árboles, bestias con las mandíbulas abiertas y dientes afilados. La palabra «vikingo» se le vino a la mente.

Rachel tragó con dificultad al tiempo que una capa de sudor le cubría la nuca y se llevaba la mano al colgante de plata que su madre le había hecho cuando nació. Tocar el colgante siempre le daba alivio en momentos de estrés. Tenía una cadena sencilla y delicada que resultaba única, un pendiente ovalado con su nombre tallado con elegante caligrafía.

¿Acaso las ancianas se habían olvidado el huso? Casi se puso de pie lista para correr tras ellas y devolvérselos, pero algo la detuvo. Podía quedárselo, y nadie lo sabría. Parecía pesar al menos trescientos gramos. ¡Eran trescientos gramos de oro! La mente se le aceleró haciendo cálculos. La última vez que había averiguado, el gramo de oro valía cuarenta dólares. ¡Si lo

multiplicaba, ganaría doce mil dólares! ¡No estaba pensando en robar! Había sido honesta toda la vida, siempre había hecho lo correcto. Pero ¿a dónde la había llevado eso?

El huso estaba a una distancia prudencial… sencillamente podría estirar la mano y tomarlo. Rachel echó un vistazo alrededor y vio que no había nadie más cerca como para notarlo. Tampoco veía a las tres ancianas. Si lo hacía, no habría vuelta atrás. Sería una ladrona. Pero la idea de perder a su madre, hizo que se quedara sin aliento. Cuando su padre se marchó, le había dolido todo: cada célula, cada cabello y cada pestaña. Perder a su madre sería su fin.

Rachel se acercó al huso. El corazón le latía como si alguien la hubiera golpeado en el pecho con un mazo de madera. Al tiempo que movía la mano hacia el huso, estaba empapada de sudor. Podía sentir el frío del metal a pesar del sol.

—Que Dios me ayude —susurró. Y con el estómago hundido, cubrió el huso con la mano y lo ocultó debajo de la chaqueta.

Sin embargo, en cuanto tocó el metal, el mundo a su alrededor desapareció. La cabeza le dio vueltas como si estuviera en una lavadora, la piel le dolió y todo el cabello del cuerpo se le erizó. Algo la absorbió, como si un tornado acabara de descender solo para ella.

A través del terror y el pánico, un pensamiento se le vino a la mente: «¿Este es mi castigo? ¿Estoy muriendo?».

Luego no hubo más nada.

CAPÍTULO
TRES

Buskeland, Noruega, septiembre de 874 d. C.

RACHEL SINTIÓ unas gotas frías que le azotaban el rostro. Abrió los ojos bajo la luz grisácea de un día de lluvia. Estaba recostada en el suelo y, a su alrededor, varios pinos se alzaban hacia el cielo como lanzas, con ramas verdes que se ceñían sobre ella como un cielorraso oscuro. Inhaló el dulce aroma a hojas compostadas y tierra húmeda.

El cuerpo le dolía. Los brazos y las piernas le temblaban con pequeños espasmos. El cálido y soleado Navy Pier había desaparecido, y un frío se le colaba por las prendas y le calaba los huesos. Pero no fue hasta que oyó algo en la distancia que la hizo quedar alerta que la sangre le regresó a los dedos. El corazón se le aceleró en el pecho. Eran animales que mugían, balaban y graznaban. No podía estar en Chicago. Entonces, ¿dónde estaba?

Se sentó erguida y se llevó la mano al cuello en busca del colgante. Al sentir la forma calmante del relicario bajo los dedos, tomó una profunda bocanada de aire. Al lado de ella había una gran piedra tallada, el dibujo parecía el círculo grande e irregular de unas vías férreas acompañado con varias runas.

Para su sorpresa, comprendió lo que decían las runas: «Esta piedra fue erguida para Odín, Thor y Freyja y para las tres nornas que rigen el destino de las personas. El tiempo es la respuesta.». Negó con la cabeza. ¿Qué diablos significaba eso? ¡Más desconcertante aún era el hecho de que comprendiera las palabras!

Miró alrededor y, a una distancia de donde se encontraba, colina abajo, por un sendero visiblemente transitado a pie, había unas casas de madera alargadas, sin ventanas y con techos de paja. Varias voces provenían de esa dirección. Más allá de la aldea, vio una serpiente de agua gigante que se curvaba entre las montañas altas y unos barcos vikingos amarrados en el muelle.

Rachel sintió una vibración en la piel, y el pánico le cerró la garganta hasta producirle dolor. ¿Cómo había llegado allí? Lo último que recordaba era haber robado el huso de oro y una sensación de ser absorbida… ¿Hacia dónde? ¿Acaso era como Dorothy y se encontraba en la tierra vikinga de Oz?

Rachel se obligó a tomar una profunda bocanada de aire y luego otra más. ¿Dónde estaba el huso? Miró alrededor del césped, en los arbustos y detrás de la piedra, pero no se veía por ningún sitio. Una voz de la aldea se oyó más cerca que antes. Rachel se quedó congelada y, tras recuperarse, corrió hacia el bosque.

Se apoyó contra el tronco de un pino hiperventilando y con el pulso tan desaforado que la ensordecía. Sentía como si hubiera aterrizado en una pesadilla o en una extraña realidad virtual.

Necesitaba encontrar una forma de regresar a Chicago. Si pensaba con lógica, quizás alguien había tomado el huso sin verla y lo había llevado a la aldea. Inspiró hondo y exhaló.

Se apartó del árbol y avanzó entre el bosque colina abajo en dirección a las casas. Al cabo de un tiempo, llegó a la primera casa de la aldea y se apoyó contra la pared, que se sentía dura contra los dedos y olía a madera, alquitrán y leña.

Echó un vistazo desde la esquina, a través de las ramas de un arbusto. Más lejos, entre más casas, había algo que parecía una plaza central en la que la gente se detenía a hablar delante de puestos con mercaderías. Uno de ellos tenía joyas. Rachel entrecerró los ojos para ver si podía divisar el huso de oro, pero desde esa distancia lo único que veía era hierro y plata.

Los hombres llevaban puestas túnicas, unos pantalones holgados y unos calcetines que les llegaban hasta las rodillas y sostenían en sitio con unos lazos envueltos alrededor de las piernas. Tenían unas capas de lana y piel de animal sobre los hombros cerradas con broches de plata. Muchos de ellos tenían espadas y hachas en los cinturones, y Rachel sintió un cosquilleo en la nuca al ver las armas. Las mujeres llevaban unos vestidos largos y rectangulares con unos tirantes y también tenían broches de hierro y plata.

Parecía que el cabello de la gente era de diferentes tonos de rubio, desde color miel oscuro hasta casi blanco. Si ponía un pie sobre la calle, iba a sobresalir con la moderna chaqueta negra, los vaqueros y el cabello caoba. ¡Todo eso se veía tan extraño! Era como si Rachel hubiera aparecido en el plató de una película histórica.

Con el estómago hundido y las piernas temblorosas, gateó alrededor del borde de la edificación y se mantuvo agachada. El suelo estaba húmedo y embarrado y se le pegaba a las suelas de los zapatos. Cuando alguien salió de la casa, se volvió a ocultar entre los arbustos.

—Cuídalas con tu vida, Kolbjorn —dijo un hombre en voz baja.

Rachel estaba jadeando tanto que se tuvo que cubrir la boca con la mano por temor a que la oyeran. Vio a dos hombres de pie: eran unas montañas gigantes de músculos. El que había hablado le daba la espalda y tenía el cabello rubio a la altura de los omóplatos. Estaba parado con las piernas separadas, una mano en el mango del hacha que le colgaba del cinturón. Todo en su postura decía a gritos que era alguien poderoso.

—Me sorprende que me lo pidas a mí y no a tus hijos legítimos, padre —dijo el más joven—. Querías que ellos lidien con el joyero y el rey.

Al verlo, el tiempo se congeló. Kolbjorn… Qué nombre más extraño y hermoso. Era más alto que el hombre mayor, pero tenía la misma contextura poderosa y unos hombros que parecían piedras. Llevaba el ondulado cabello castaño corto, una barba corta de color chocolate que le cubría la parte inferior del rostro. Rachel sintió el impulso de tocarla para ver si sería suave o dura al tacto.

Con esos ojos avellanados y los pómulos altos, podría ser una estrella de cine en su mundo… sin importar en qué mundo se encontrara en ese momento. Todas las células de su cuerpo lo estudiaron. Lo que la dejaba sin aliento era el modo en que se movía: la espalda erguida, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados clavados en el hombre que tenía delante.

Había algo en él que le resultaba demasiado familiar y pensó que debía de ser una roca, un hogar y un protector. Sintió que podía confiar en él. «Ay, pero ¿qué dices? ¿Por qué deberías confiar en él?». No lo había visto nunca en su vida y, si todo salía bien, nunca más volvería a verlo tampoco. No necesitaba otra persona a la que cuidar.

—Para lidiar, sí, hijo. Pero no hay nadie en quien confíe más que en ti para mantener las joyas a salvo. En especial, estas joyas de oro y plata. Para ser sincero, eres mucho mejor guerrero que tus medios hermanos, y sé que preferirías morir antes que decepcionarme, ¿no?

Rachel tenía las palmas cubiertas de sudor. Joyas de oro vikingas… ¿Podría el huso encontrarse entre ellas?

Kolbjorn enderezó los hombros al tiempo que el rostro se le iluminaba lleno de determinación.

—Lo haré, padre.

—Muy bien. Bueno, solo nos quedan cuatro meses hasta la fiesta de Yule, y el joyero está trabajando sin parar. Deberíamos tener suficiente como para asegurarnos de que el rey quiera ser nuestro aliado. El colgante de las auroras boreales hará que hasta la misma Freyja quiera convertirse en la concubina del rey.

El hombre mayor se rio y le dio una palmada en el hombro a Kolbjorn.

—Vamos a comer. Puedes dejar el cofre. Nadie sabe que está allí, y nadie pensaría en robarle nada al guerrero más peligroso de Noruega a plena luz del día.

A Rachel le pareció que algo sonaba raro en esa relación. Sin embargo, no era asunto suyo. Mientras los dos gigantes se alejaban por la calle, una pequeña parte de ella no quiso que Kolbjorn se alejara.

Cuando se encontraron lejos, se enderezó. Tenía que entrar a buscar el huso, pero el estómago le dio un vuelco de solo pensarlo. Dio vuelta a la esquina y avanzó hasta la puerta. Era probable que no hubiera más nadie allí, pero llamó a la puerta con la mano temblorosa para asegurarse de no llevarse ninguna sorpresa. Si alguien respondía, diría que estaba buscando a una anciana con el cabello blanco a la que le gustaba tejer.

Como eso no sucedió, abrió la puerta despacio y echó un vistazo al interior. Estaba oscuro, y la única luz provenía de un fuego casi apagado en el alargado hogar que ocupaba el centro de la casa. Olía a leña, paja y polvo… y algo más. Algo masculino.

Las paredes estaban cubiertas con espadas, hachas, escudos y armaduras de cuero. Varios cascos yacían sobre los cofres de madera que había contra una pared. Rachel se dirigió a los cofres con el estómago revuelto. Quizás el huso de oro se encontraba dentro de uno. Levantó una tapa, pero solo vio prendas y pieles. El siguiente tenía utensilios de cocina. Pero el tercero…

Los contenidos destellaron dorados en la luz tenue del fuego. Había colgantes, pendientes, collares, broches, anillos y anchos brazaletes que probablemente le quedarían bien a un hombre. Rachel hundió las manos en el cofre y sintió el metal frío y afilado contra los dedos al tiempo que tomaba dos puñados como una pirata.

Acercó las manos a la luz para estudiar los detalles de las joyas. La mayoría de las piezas no tenían piedras valiosas, pero algunas tenían ámbar. Las joyas consistían en bucles enredados de plata y oro, cabezas de bestias haciendo muecas, ramas onduladas y retorcidas, cuerpos de serpientes, patrones de hojas, puntos distribuidos con minuciosidad y microscópicas espinillas sobre la superficie suave. No eran simétricas, como las joyas modernas que se hacían con máquinas. Cada pieza era única, como si la hubiera confeccionado una persona diferente.

Podría vender esas joyas por mucho dinero en subastas de antigüedades. Ese día, Rachel se había convertido en una ladrona. Y, ahora que había cruzado esa línea, parecía más fácil dar el siguiente paso. Eso era lo que salvaría a su madre.

Rachel se llenó los bolsillos de la chaqueta. Tomó todas las piezas, aunque la culpa le formó varios nudos en el estómago. ¿Qué le pasaría a Kolbjorn? No, no podía pensar en eso. Su vida no pendía de ningún hilo. Su madre necesitaba ese tesoro más que él.

Al ver el cofre vacío, se volvió a escabullir hacia la puerta y echó un vistazo al exterior. Ahora que tenía los bolsillos llenos de joyas robadas, sentía como si estuviera caminando en puntas de pie. No había encontrado el huso, pero era demasiado peligroso buscarlo. Tenía que

largarse de ese lugar.

Regresaría al bosque y ocultaría todo allí. Luego intentaría pensar en un plan más sólido. No serviría de nada que la atraparan con los bolsillos llenos de joyas robadas. Tenía la sensación de que el padre de Kolbjorn no sería muy indulgente.

Por fortuna, la calle seguía vacía. Salió y dio la vuelta para tomar el sendero colina arriba por el bosque. Pero su suerte llegó a su fin. Kolbjorn apareció por detrás de una de las casas.

Se miraron a los ojos un instante. Al verlo, se quedó sin aliento. No se pudo mover, y el mundo a su alrededor desapareció. Solo existió él, ella y la eternidad. Él también parecía afectado a juzgar por los labios entreabiertos y los ojos que la perforaban.

Rachel se recompuso. Si la atrapaba, acabaría muerta. Y su madre también. Debía de verse de lo más extraña para él en esas prendas modernas, pero quizás si actuaba con naturalidad, la dejaría pasar. ¿Cuál sería el comportamiento más normal allí? Tragó y asintió con la cabeza. A él se le agrandaron los ojos, pero Rachel se dio la vuelta y comenzó a subir por el sendero como si tuviera asuntos urgentes que atender. Tuvo que reunir toda su voluntad para no echar a correr.

«Por favor, por favor, no me sigas».

Nadie gritó ni la llamó a sus espaldas. Tampoco oyó pasos acelerados tras ella. Pero, de todos modos, siguió alejándose. Al cabo de un rato, miró hacia atrás y lo encontró de pie, observándola desde la distancia. El vello de la nuca se le erizó.

Mientras caminaba hacia el claro, volvió a ver la piedra y recordó las palabras: «El tiempo es la respuesta». ¿Podría tratarse de alguna pista? ¿Podría haber una manera de regresar oculta alrededor de la piedra? El corazón le latía acelerado, y los vasos sanguíneos le cosquilleaban llenos de adrenalina.

La leyenda decía que la piedra era para Odín, Thor y Freyja. Recordaba a Odín y Thor de las historietas y las películas. Eran dioses vikingos, ¿no? Freyja también debía de serlo. A Rachel le dio vueltas la cabeza. Todo en su ser gritaba que había viajado en el tiempo y saqueado a vikingos que la duplicaban en tamaño, estaban armados con afiladas hachas y espadas y se dedicaban a matar gente. Jamás podría regresar allí.

Con el pulso latiéndole acelerado en la sien, dio un paso hacia la piedra. Soltó un jadeo y sintió la atracción que la jalaba como un remolino. A lo mejor no necesitaba el huso…

Al apoyar las manos en la superficie áspera, el mundo desapareció, y Rachel también.

CAPÍTULO
CUATRO

Buskeland, Noruega, diciembre de 874 d. C.

UNA FUERTE ráfaga de nieve le golpeó el rostro, y los recuerdos de una hermosa mujer de cabello caoba se evaporaron y le dejaron el corazón vacío. Le había consumido los pensamientos desde que la había visto hacía tres meses. Había preguntado por ella en la aldea, pero siempre había muchos visitantes al final de la temporada de saqueos, y nadie sabía quién era. Modolfr le había sugerido que podía tratarse de la hija de un comerciante.

Los sueños que tenía de ella lo embriagaban. La vana esperanza de volver a verla le encogía el corazón de desilusión cada vez que creía ver una silueta delgada vestida de negro.

Kolbjorn estaba haciendo la guardia en el taller del joyero en la luz tenue de la mañana hibernal. Tenía los ojos llenos de lágrimas por el frío y la nariz húmeda de la condensación del aliento contra la capa de piel de oso. Todavía reinaba la calma, pero la tormenta se aproximaba. La sentía al igual que siempre había podido sentir el movimiento de la cubierta del barco antes de una gran ola.

La aldea se veía vacía bajo la lluvia de copos de nieve porque todos se habían resguardado en la calidez de sus hogares. Deseaba poder estar acurrucado frente al hogar con la belleza de cabello caoba.

Kolbjorn había oído el traqueteo de los platos de arcilla que provenía de la casa a sus espaldas durante un tiempo. El joyero debía de estar preparando unas gachas de avena para desayunar.

Debía de ser un tonto por estar allí parado en ese clima, pero desde que su padre lo había escogido para cuidar al joyero hacía dos semanas, solo se había detenido para dormir unas pocas horas o para aliviarse. Gracias a Una y Modolfr, que eran los únicos lo suficientemente valientes como para acercarse a la casa maldita, hasta comía allí.

Los vikingos no le temían a la muerte, pero no había nada a lo que le temieran más que a la mala suerte. Unas joyas recién hechas habían desaparecido en cuatro ocasiones durante los últimos meses y de las formas más extrañas… Además, antes de eso, habían robado joyas de la casa de Kolbjorn.

Jamás había visto a su padre tan furioso. «Te debería haber echado de la aldea. —Los ojos del *jarl* Bjorn echaban chispas—. Debería tratarte como a un forajido. Los dioses jamás se han sentido más avergonzados que cuando te miran, y yo tampoco», le había dicho.

Kolbjorn había deseado que la tierra se hubiera abierto bajo sus pies para tragárselo. Todo su cuerpo debió de haber brillado como un carbón al rojo vivo de la vergüenza que sintió. Había

fallado en la tarea más importante que le había asignado su padre en toda la vida. Había decepcionado a su *jarl*. La mezcla de furia y desesperación habían hecho que la bilis le subiera por el estómago. El *jarl* Bjorn le había prohibido acercarse al gran salón y le había quitado todas las posesiones que tenía: la casa, la plata, todas las armas, excepto un hacha, una espada y su armadura.

Durante los últimos tres meses, había vivido con los padres de Modolfr en su granja. Los había ayudado con los animales para ser de utilidad y agradecerles por darle un sitio donde quedarse, pero cada movimiento que hacía y cada aliento que tomaba estaban empapados de abatimiento.

Lo único que le había dado fuerza y energía era la esperanza de encontrar a la muchacha de cabello caoba. Había estado desgarrado entre el deseo ardiente de encontrarla y hablar con ella y la esperanza de que su padre lo perdonara y lo invitara a regresar a la aldea. No obstante, se había quedado en su sitio. No tenían ningún futuro. Al ser un bastardo, no podría darles un nombre honorable ni a ella ni a sus futuros hijos… si es que las cosas llegaban tan lejos. Y ahora ni siquiera tenía una casa o un trozo de plata para comprar pan.

Pero la oportunidad de redimirse había llegado mucho antes de lo que había esperado, cuando Modolfr llegó para llevarse a Kolbjorn de regreso a la aldea.

Tras pararse delante de su padre, el *jarl* le había dicho:

—Te perdonaré y te devolveré tu posición y tu sitio en el barco de saqueo si te aseguras de que no desaparezcan más joyas. El joyero acabará con el regalo del rey, el colgante de las auroras boreales, justo a tiempo para celebrar Yule.

La esperanza había ardido en el pecho de Kolbjorn.

—No te decepcionaré, *jarl*. Ordena mi muerte si permito que alguien o algo toque el colgante.

Pero en las dos semanas que Kolbjorn había vigilado la casa, no había ocurrido nada fuera de lo normal. Oyó historias acerca de cómo habían desaparecido las joyas de los hombres que habían cuidado al joyero antes.

La primera vez había sido de noche. El joyero jamás había reparado en el intruso, pero por la mañana, las joyas ya no estaban allí. La segunda vez, habían aparecido bocadillos y bebidas del Valhalla en una carreta en la plaza del mercado: salchichas ahumadas tan aromáticas que a los hombres se les había hecho agua la boca a varias manzanas de distancia, pastelillos cubiertos de miel que parecían nubes esponjosas, panes oscuros que olían a pecado de Loki, bebidas tan dulces que parecía como si hubieran venido de una fuente de sabiduría al lado de las raíces del Yggdrasil. La tercera vez, una mujer transparente se había materializado de la nada. Era tan hermosa que debía de ser la diosa Freyja personificada bailando en el aire, quitándose las prendas y enviándoles besos. Los había hecho aullar como lobos hambrientos, y no habían visto más nada. Solo a ella. La cuarta vez, una avispa gigante había volado por delante de los centinelas. Parecía como si estuviera hecha de hierro. Tenía cuatro alas que vibraban y se movían como una libélula y un solo ojo. Los hombres la persiguieron con hachas y espadas, pero todos los intentos fueron en vano, y mientras se encontraban lejos, más joyas habían desaparecido.

El hechicero de la aldea, que había presenciado todo, había afirmado que la casa del joyero estaba maldita y que los gigantes y los espíritus malignos querían las joyas para ellos. A pesar de eso, el *jarl* Bjorn estaba listo para luchar con cualquiera, hasta con los mismos dioses, por lo que era suyo. Kolbjorn no sabía quién estaba robando las joyas, pero no creía que fuera ningún espíritu. Quienquiera que fuera, lo atraparía y le haría pagar.

A través de la densa nevada, Kolbjorn vio que un esclavo se acercaba con los ojos bien

abiertos. El niño se detuvo a unos metros de distancia.

—El *jarl* Bjorn invita al joyero a desayunar en el gran salón. Pronto habrá una tormenta, de modo que no hay más nada que hacer más allá de esperar y comer.

—Díselo tú mismo. —Kolbjorn se rio. No les temía a los espíritus. A lo que le temía era a volver a desilusionar a su padre.

El esclavo no se movió.

—Ya tengo suficiente mala suerte en mi vida —le dijo. Y, con eso, se dio la vuelta y regresó corriendo al gran salón.

Kolbjorn sacudió la cabeza y entró. Pero lo que pensó que era el desayuno resultó ser hidromiel. El aroma intenso a miel fermentada pendía en el aire. La superficie de la mesa estaba cubierta con líquido, la jarra de arcilla se encontraba sobre la mesa, y el maestro Olfar vaciaba un cuerno para beber.

—Kolbjorn —masculló Olfar—. Ven, hijo, únete a mí en este hogar maldito. Acabo de terminar el colgante de las auroras boreales. Los espíritus deben estar por llegar. Conozcámoslos como nórdicos: borrachos.

A Kolbjorn se le tensó el mentón.

—El *jarl* te invita a que aguardes a que pase la tormenta en el gran salón. Me quedaré aquí a proteger el colgante. Ven, veo que no podrás llegar por tus propios medios.

Aunque iba a tener que dejar su puesto un rato, Kolbjorn estaba seguro de que nadie se acercaría al taller maldito en ese tiempo. Además, ¿qué alternativa tenía? No podía enviar al joyero solo en el estado en que se encontraba.

En el gran salón, el banquete estaba comenzando. Al parecer, todos en la aldea estaban listos para celebrar, excepto Kolbjorn. Alfarr y Ebbe lo siguieron con miradas malignas en el rostro y algo más, una suerte de triunfo que hizo que se le erizara la piel.

Kolbjorn recordó la primera vez que había visto una expresión similar en un Alfarr de cinco años luego de que su madre le hubiera susurrado: «Ve a jugar con los perros, mestizo». Alfarr lo había gritado a todo pulmón para que todos los que estaban en el gran salón lo oyeran, y su madre se había reído. Había sido la primera vez que Kolbjorn experimentó el rechazo, la primera vez que se sintió sucio, excluido e insignificante. La primera vez que las mejillas se le sonrojaron. Su deseo de la infancia de ser parte de la familia, de ser más allegado a sus hermanos, había quedado hecho añicos. Y ya no tenía ninguna ilusión de que alguna vez se fuera a realizar.

Kolbjorn dejó al maestro Olfar en el gran salón y regresó al taller. La tormenta de nieve se había intensificado y el viento soplaba más fuerte. Aguardaría a que pasara la tormenta dentro de la casa del joyero. Quizás hasta se permitiría dormir un poco. No era probable que un ladrón, humano o no, fuera a actuar con ese clima. Pero cuando abrió la puerta, vio a una figura agachada frente al cofre de las joyas y se llevó la mano al hacha que le colgaba del cinturón.

La figura tenía la cabeza cubierta con una capucha, pero al oírlo entrar, alzó la cabeza con los ojos abiertos de par en par. Kolbjorn sintió un escalofrío al reconocerla. Era ella.

El colgante de las auroras boreales le destellaba en la mano. ¡Ella era la ladrona! La conmoción lo golpeó como una pared de hielo. Luego sintió ira.

—Tú —la palabra se le escapó de la boca llena de esperanza y angustia. Detestaba que la primera mujer que le había hecho acelerar el corazón resultara ser una ladrona—. Deja el colgante.

Al oírlo, cerró el puño alrededor de la joya y se la ocultó entre los pliegues del abrigo. Luego se enderezó y su rostro se transformó en una máscara severa.

—No, por favor, Kolbjorn. Déjame ir. Lo necesito más de lo que te imaginas.

¿Cómo sabía su nombre? Cuando alzó el hacha, ella agrandó los ojos verdes aún más, y una dureza interna destelló en ellos. Kolbjorn dio un paso hacia ella, que se adentró más en la casa.

—Devuélvemelo —le advirtió—, o tu próximo aliento será el último que tomes.

Ella miró a un lado. Dio unos pasos más hacia atrás con el rostro lleno de dudas y luego gritó:

—¡Detrás!

Kolbjorn se dio la vuelta, y el hacha voló para chocar con otra. Reconoció el rostro sediento de sangre de Alfarr delante de él. Kolbjorn lo apartó con un rugido.

—¡Gusano traidor! —exclamó.

—Tú eres el gusano. ¿Estás solo en esta casa maldita en esta tormenta? Nunca tendré una mejor oportunidad de liberarme de ti. La gente creerá que fueron los espíritus. —Alfarr se lanzó contra él como un toro y, cuando enterró la cabeza en el plexo solar de Kolbjorn, lo dejó sin aliento.

Salieron volando por la mesa, y el hacha le golpeó la mano. Cuando aterrizaron en el suelo, vio un movimiento al costado. ¡La muchacha! ¡La joya! Iba a escapar.

Kolbjorn reunió todas sus fuerzas y apretó el mentón de su hermanastro con una mano. Con la otra, buscó el hacha que había perdido en el suelo. Tras cerrar el puño sobre el mango, golpeó a Alfarr en la cabeza, y se desplomó encima de Kolbjorn. Sin perder tiempo, empujó al hombre inconsciente y se incorporó de un salto. Pero no la vio por ningún lado.

Corrió afuera y, a pesar de la nieve espesa, vio la figura oscura que corría colina arriba hacia la arboleda sagrada. Convocó a todos los dioses que lo estuvieran oyendo y valiéndose de todo su cuerpo y su alma, Kolbjorn se apresuró a perseguir la última oportunidad de volver a caerle en gracia a su padre.

CAPÍTULO
CINCO

Rachel avanzó con dificultad por la nieve con el colgante de las auroras boreales en el bolso bajo el abrigo de lana. El viento soplaba de todas las direcciones, y los pulmones le ardían de correr pendiente arriba con la nieve aferrándose a sus pies. Tenía que llegar a la piedra antes de que ese vikingo gigante la alcanzara.

Hacía un par de horas, había aparecido un riñón para su madre, y tenían que llevarla al hospital en veinticuatro horas porque, de lo contrario, sería demasiado tarde. Rachel necesitaba el dinero de inmediato, y el colgante de las auroras boreales era la última pieza del rompecabezas. Cuando se lo había descrito al subastador, le había dicho que esperaba venderlo por al menos cien mil dólares.

La silueta alta de Kolbjorn subió por la colina a sus espaldas y se veía blanca a través de la cortina de nieve. Rachel corrió por su vida. Siempre había sido una buena corredora y había sido imparable en la cancha de fútbol en la secundaria, pero la estaba alcanzando.

Podía ver la piedra gris entre los árboles de la cima de la colina. Solo le faltaban unos diez metros. Los músculos le ardían, pero ya casi había llegado. Ya casi se encontraba en el claro. Cuatro metros más… Tres… Dos…

Ya podía ver la superficie áspera y las runas. Estiró las manos hacia la piedra, pero una mano le sujetó el abrigo y la hizo tambalearse contra la nieve. Se golpeó la cabeza contra la piedra y se quedó sin aliento.

«¡No!».

Kolbjorn la retuvo contra el suelo, y el cuerpo de Rachel se negó a obedecerle. Tanto los brazos como las piernas parecían espaguetis cocidos y la cabeza le daba vueltas. La piedra se encontraba allí. Rachel se retorció y, poco a poco, recuperó fuerza en las extremidades.

—¡Suéltame!

Kolbjorn comenzó a revolverle el abrigo, y la sensación de sus manos le produjo electricidad en la piel.

—Devuélveme el colgante.

Rachel intentó empujarlo, pero era como intentar mover una montaña.

—¿Dónde está?

Sintió que la mano de él llegaba a la bolsa, y sintió una oleada de terror. Tenía que actuar. Sabía que era un golpe bajo, pero con el resto de las fuerzas que le quedaban, le asestó una patada en la entrepierna. Un gemido se le escapó de la boca a Kolbjorn y la soltó. Solo fue un segundo, pero le bastó para escabullirse debajo de él y apresurarse hacia la piedra.

Para su sorpresa, cuando por fin apoyó las manos en la piedra, no ocurrió nada. La superficie gélida y húmeda por la nieve le quemó la piel.

—¿Qué? —susurró Rachel. Estaba a punto de volver a apoyar las manos sobre la piedra, pero Kolbjorn se arrodilló a pesar del dolor lacerante y estiró las manos hacia ella.

Rachel tenía que largarse de allí y alejarse de él. Con el corazón hundido y la ansiedad girando en su interior como un remolino, echó a correr colina arriba hacia el bosque para escaparse de él.

La nevada se convirtió en un temporal, y las ráfagas de viento le hacían perder el equilibrio y la dejaban sin aliento. Se volvió y descubrió que la estaba siguiendo, aunque más despacio que antes.

Rachel no supo cuánto tiempo había estado corriendo. Pronto, la nieve estaba tan alta y el viento era tan fuerte que lo único que quiso hacer fue recostarse y respirar. La eternidad en la que caían los copos de nieve y la pinchaban como abejas, la necesidad de parpadear y la imposibilidad de ver algo a través de la blancura la ralentizaron. No podía sentir más el cuerpo. Era como si estuviera flotando en el aire como un espíritu.

«No. ¡Piensa en tu madre!».

Se obligó a continuar, pero no aceleró el paso. Vio el atractivo rostro de Kolbjorn a través de la neblina a la izquierda, y sus ojos avellanados la tranquilizaron. La tomó del codo, y Rachel dio un paso y se cayó, pero él la atrapó. Se agachó, la sujetó de las caderas y se la arrojó por encima del hombro. El mundo quedó patas para arriba. Rachel quiso protestar, pero no le quedaban fuerzas.

—Hay una cabaña —le dijo Kolbjorn—. Moriremos en esta tormenta de nieve si nos quedamos en la intemperie.

Tenía razón. Tenían que esperar a que pasara la tormenta, por más que eso significara quedar atrapada con él para sobrevivir. Cuando llegaran a la cabaña, lucharía para recuperar el colgante con su vida de ser necesario.

Sin importar lo que pasara, no cedería ante el flechazo que había sentido desde la primera vez que lo vio.



DENTRO DE LA CABAÑA, aún sentía el aire frío en el rostro, pero al menos estaba calmo y seco. Kolbjorn cerró la puerta y el aullido del viento quedó amortiguado, aunque las paredes se estremecían con las ráfagas que soplaban sin cesar.

La casa tenía una sola habitación. En el centro de la cabaña, había un pequeño hogar sobre el suelo de tierra, una pila de leña contra la pared y un banco para dormir en el extremo más alejado. También había una pequeña mesa, un balde con agua congelada y un cofre donde almacenaban utensilios de cocina.

Kolbjorn dejó a la mujer sobre el banco de dormir y vio que tenía los ojos nublados y la frente y el lateral del rostro cubiertos de sangre. Cuando el cuerpo le rozó la superficie de madera cubierta de pieles, abrió los ojos de par en par y se sentó erguida. A pesar de la herida, se veía hermosa en la penumbra de la cabaña. La piel traslúcida y el cabello caoba le brillaban. Podría haber sido la hija de Thor.

Kolbjorn maldijo por dentro. ¡Era una ladrona! Había pasado muchos días imaginando quién era, cómo sería su vida y qué se le daría bien desde la primera vez que la vio. Y lo que se le daba bien era robar. Gracias a ella, había perdido el honor delante de su padre. Y ahora Alfarr había intentado matarlo, y quién sabía qué mentiras le contaría al *jarl* Bjorn cuando despertara. Llevar el colgante de regreso se había vuelto un asunto de vida o muerte.

Se arrodilló delante de ella. Tenía las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos y un rubor en las mejillas. Olía a madera húmeda, a nieve, a manzanas y bayas dulces cubiertas por la primera nevada. El aroma le produjo el impulso de arrancarle las prendas para saborear su piel. Pero no. No podía tener ningún sentimiento hacia ella, excepto desprecio.

Ahora que la tenía, lo primero que debía hacer era recuperar el colgante. Le introdujo las manos en el espacio cálido entre el abrigo y el cuerpo en busca del sitio donde lo había ocultado, pero solo le rozó la cintura delgada bajo las prendas… y los senos suaves. Ella comenzó a apartarle las manos.

—¡Quítame las manos de encima, Kolbjorn!

Sin embargo, no se movió.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Comenzó a arañarle las manos como una gata.

—¡Ya basta!

Encontró la bolsa de cuero, que estaba cerrada con lo que parecían unos pequeños dientes metálicos. Mientras jalaba de una suerte de manivela, comenzó a deslizarse, y la bolsa se abrió como la boca de una bestia. ¿Quién era esa mujer que tenía ese objeto mágico?

La mujer soltó un jadeo e intentó incorporarse de un salto, pero él la volvió a bajar al banco.

—¡No te vas a ningún sitio, ladrona!

Ella se rebatió con las manos.

—Kolbjorn, por favor, lo necesito. ¡Sin él, mi madre morirá!

Kolbjorn revolvió la bolsa.

—¿Tu madre se morirá sin un colgante? ¿De avaricia como tú?

En lugar de responderle, le arrebató la bolsa de las manos, pero Kolbjorn la recuperó y continuó inspeccionándola. Los contenidos le resultaron de lo más extraños. Un contenedor largo y redondeado de color verde con un líquido, unas bolsas delgadas y transparentes de un material que no reconocía, y, por fin, el metal frío que buscaba.

Extrajo el objeto y vio que se trataba del colgante de las auroras boreales. Los diamantes le brillaban en la palma de la mano. La mujer soltó un grito doloroso e intentó recuperarlo, pero Kolbjorn le esquivó las manos y se puso de pie.

La mujer lo miró adolorida y se mordió el labio inferior al tiempo que el pecho le subía y le bajaba. Algo en el interior de Kolbjorn lo hizo querer devolverle el colgante y hacer lo que fuera con tal de evitar que lo mirara de ese modo. No. Era una trampa.

—Deja de fulminarme con la mirada. —Se guardó el colgante en la bolsa de cuero que siempre llevaba encima—. Tus trucos no funcionarán.

Acto seguido se dio la vuelta para encender una fogata. Siempre había leña en la cabaña. Como Kolbjorn había ido a cazar a menudo con el *jarl* Bjorn, Alfarr, Ebbe y otros, conocía bien los alrededores. Al recordar los escasos momentos de felicidad y el destello de cómo habría sido formar parte de una familia, Kolbjorn apretó los puños de dolor. En esos momentos, solo habían sido hombres cazando. Él y sus hermanos habían estado concentrados en un objetivo común y no se habían odiado. Pero era en vano desear que las cosas fueran diferentes.

Cuando el fuego crepitó y el acogedor aroma a leña llenó la habitación, Kolbjorn estiró las manos hacia las llamas, y la calidez le produjo ardor en los dedos fríos. Sintió los ojos de la mujer fijos en él, como garras. Podía sentir su desesperación.

—Mírame todo lo que quieras. —Se frotó las manos—. No te escaparás. Los que cometen crímenes siempre reciben su castigo.

El aroma a manzanas jugosas le produjo un cosquilleo en la nariz cuando ella se sentó en el

suelo al lado de él. Sintió que le apoyaba las manos en el brazo y, cuando se volvió a ver sus ojos llenos de súplica, algo le dolió.

—No tienes ni idea de lo que haría esto, Kolbjorn. Sé que eres un buen hombre. Devuélveme el colgante. Vas a matar a una persona inocente, alguien que no merece morir. Estoy a punto de salvarla. Solo necesito el colgante. ¡Por favor!

Se le tensó la garganta. Una pequeña parte de él deseaba poder aliviarle el dolor, pero la acalló y la enterró en algún sitio remoto. No podía confiar en ella.

—No voy a matar a nadie. Es tu culpa. ¿De verdad creíste que tus actos no tendrían consecuencias?

Tragó con dificultad, y unas lágrimas le brillaron en los ojos al tiempo que le apartaba las manos.

—La única consecuencia que me importa es que mi madre viva. No me importa nada más.

Kolbjorn estaba desgarrado. Su tono y la manera en que había hablado le decían que no mentía. Jamás había conocido el amor de una madre, jamás había conocido a la mujer que lo había dado a luz. Había crecido viendo cómo la madre de Alfarr y Ebbe los cuidaba, los quería y los consentía. A menudo, se había preguntado cómo habría sido su vida si su madre hubiera vivido.

El fuego calentó el aire, y dejaron de salirles nubes de vapor de la boca con cada aliento. El viento continuaba soplando en el exterior y arrojaba ráfagas de nieve contra las paredes de la cabaña.

—¿Qué le pasó a tu madre? —le preguntó Kolbjorn antes de poder detenerse.

Maldijo su tonto corazón. No debería importarle. No debería creerle. Iba a llevarla ante la justicia y, lo más probable era que su padre le cortara la garganta. La idea hizo que el estómago le diera un vuelco, pero así eran las cosas. No podía cambiarlas. Era una ladrona.

—Mi madre está enferma y necesito el dinero para pagar su tratamiento. El tratamiento está disponible, es un nuevo riñón, pero debo decirles a los médicos mañana si podemos pagarlo o no, porque hay otras personas que también lo necesitan. Cuesta una fortuna, pero es la única manera de salvarle la vida. Ya tengo la mitad del dinero, solo necesito ese colgante. Ya tengo compradores esperándolo.

—¿Un riñón es un tratamiento? ¿Qué tipo de brujería es esa? Eres una tonta si crees que ese tipo de trucos le salvará la vida a tu madre.

A ella se le dilataron las fosas nasales.

—Ese no es el punto. Funcionará. ¡Tiene que funcionar!

Kolbjorn se preguntó si hubiera hecho lo mismo si hubiera sido lo bastante grande como para prevenir la muerte de su madre, por más que requiriera hacer actos deshonrosos. Probablemente sí, pero también habría aceptado el castigo. Y eso era lo que debía hacer ella.

—¿Comprendes que cuando pase la tormenta de nieve te llevaré ante mi padre y es probable que te castigue?

La mujer perdió el color en el rostro.

—¿Que me castigue?

—Has robado las joyas que necesita para convertirse en rey. Puede que te mate.

—No. ¡Si muero, ella también morirá! ¡No puede morir!

Kolbjorn se puso de pie de un salto. Ya había tenido suficiente.

—¡Pues, que muera! A veces, las madres se mueren.

Ella lo siguió.

—Está bien, quédate con las joyas —le dijo con la voz atragantada de la emoción—. Que tu

padre sea rey. Me las rebuscaré de otra manera. Sin el colgante, el panorama es malo. Pero sin mí, no tiene ninguna oportunidad. Déjame ir.

Kolbjorn dio un paso hacia ella. La sangre en la frente le brillaba bajo la luz del fuego. El hermoso rostro estaba iluminado por la cálida luz dorada, y unos rubíes le destellaban en el cabello. A pesar de todo, sintió deseo por ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Rachel.

Kolbjorn frunció el ceño. Era un nombre extraño, uno que jamás había oído. Pero era hermoso y fuerte. Como ella. Sacudió la cabeza y se deshizo de ese pensamiento.

—No te vas a ningún sitio, Rachel. Pagarás por lo que has hecho.

CAPÍTULO
SEIS

A Rachel le latía la cabeza como si alguien se la hubiera partido con un hacha. Pero más dolorosas aún le resultaban la desesperación y la angustia que la quemaban como la sal sobre una herida abierta.

Él le había quitado el colgante, y no podía recuperarlo a la fuerza. Además, la iba a llevar con su padre para que la castigara de algún modo. La idea le produjo un estremecimiento en los huesos. Si tan solo entendiera, si tan solo supiera…

Quizás podía seducirlo y hacerle ver la situación de otra manera. Sin dudas, sería un juego peligroso: Kolbjorn era demasiado atractivo y ella no tenía experiencia con los hombres porque había evitado a cualquier chico que le hubiera demostrado algo de interés. Desde que su padre se había marchado, se había sentido aterrada de perder a más personas que amaba, y desde que su madre se había enfermado, no le quedaba ninguna capacidad emocional para nada más.

Abrió la boca, pero no logró decir nada. Fue como si se hubiera olvidado de cómo pronunciar las palabras. Frunció el ceño. La cabeza le dolía. Kolbjorn le tomó la mano, y la calidez se le expandió por el cuerpo, aunque los dos estaban fríos.

—Todavía estás sangrando. Te curaré la herida.

La ayudó a sentarse al lado del hogar, probablemente para poder ver mejor. Luego, revolvió un cofre que se encontraba en el extremo opuesto de la habitación.

—¿Vive alguien aquí? —preguntó Rachel mirando alrededor—. Parece muy básica la cabaña.

—No. Es una cabaña de caza en las tierras de mi padre.

Extrajo un paquete de tela que debía contener lo que a Rachel le pareció un botiquín de primeros auxilios medieval que incluía una especie de aguja de hueso e hilo. El estómago le dio un vuelco al verlo.

—¿Qué diablos, Kolbjorn?

—Quédate quieta. —Se sentó cerca de ella y le examinó la frente. Rachel sentía un cosquilleo en la piel donde la tocaba—. No sé si mi padre decidirá matarte o no, pero no tendré tu vida en mis manos si decide perdonarte y acabas muriendo porque se te pudre la herida. —Le apretó la piel para unirle el corte. Eso le dolió, pero Rachel entreabrió los labios sin emitir ningún sonido. Su roce le hacía sentir calor en todo el cuerpo, como una lluvia caliente en una mañana fría.

Tenía el rostro de Kolbjorn delante de ella. Quizás debería hacer algo si deseaba seducirlo para recuperar el colgante. Si se movía unos centímetros, encontraría sus labios. El vikingo la miró a los ojos y, por un segundo, un hilo invisible los conectó como había sucedido en el primer momento en que se habían visto.

«¡No! Qué tontería, Rachel. No puede haber nada entre ustedes». Bajó la mirada para interrumpir el contacto visual.

—Te va a doler —le dijo—. Cuando trato las heridas de mis guerreros, hablamos de caza o pesca o les pido que me cuenten su anécdota favorita acerca de los dioses o de las mujeres que les interesan. No sé nada de ti. Cuéntame algo que disfrutes. Eso te va a distraer.

Le perforó la piel, y el dolor la embargó como una corriente eléctrica. Se mordió el labio, pero no dejó que el sollozo se le escapara de la boca.

—Lo único que me importó en los últimos seis años ha sido que mi madre se recuperara de su enfermedad.

Quería decirle que había dejado la escuela para buscar trabajos, cualquier cosa que fuera legal y le permitiera ganar algo de dinero, ya fuera limpiando, lavando platos o atendiendo mesas. Quería contarle que la mayor alegría que podía imaginarse era que su madre volviera a estar sana. Cuando ese día llegara, soñaba con ir a acampar con ella y James, como lo habían hecho en los tiempos más alegres con su padre. Sin la máquina de diálisis y sin el peso del temor que había sido parte de su vida desde que su madre se enfermó. Soñaba con hacer una fogata como esa para asar malvaviscos, reírse, bromear y conversar. Y no hablarían de insuficiencia renal ni de las facturas del hospital. No hablarían de nada en particular y hablarían de todo al mismo tiempo. Sin embargo, no podía abrirse ante él.

—¿Y qué hacías antes? —le preguntó Kolbjorn, y Rachel sintió el atroz jalón del hilo por la piel. Apretó la mandíbula para contener un grito—. Habla —le dijo—. Y respira.

—Iba a la escuela —repuso apretando los dientes—. Me gustaba trepar y jugar al fútbol. Pero ¿para qué te hablo de eso? ¡Ni siquiera sabes qué es el fútbol!

Kolbjorn le volvió a dar otra puntada, y Rachel tomó una profunda bocanada de aire. La frente le ardía como si le hubiera volcado aceite hirviendo.

—No, es cierto. —Frunció el ceño—. ¿Qué es el fútbol?

—Es un deporte con dos equipos y un balón.

Los ojos avellanados la miraron con intensidad un instante y le produjeron un cosquilleo.

—Es el último punto. ¿Y de dónde eres? ¿Dónde se juega al fútbol?

La aguja le perforó la piel, probablemente más duro de lo que era necesario, y en esta ocasión, Rachel no logró contener el grito de dolor.

—¿De dónde crees que soy?

Kolbjorn jaló del hijo y le provocó más dolor en la piel. De seguro le quedaría una cicatriz de por vida, aunque eso no le importaba en realidad. El vikingo hizo un nudo en el hilo. A pesar de que la frente le ardía de dolor por él, no quería que le quitara las manos de encima. A continuación, Kolbjorn se apoyó una mano sobre la rodilla y con la otra le apuntó la aguja.

—Creí que eras la hija de un comerciante de la aldea vecina. Eso es lo que me dijeron en la aldea cuando pregunté por ti, la muchacha hermosa de cabello caoba que iba vestida de negro.

Rachel se olvidó del dolor, del colgante, del viento en el exterior y del hecho de que se encontraba a más de mil años de distancia de su casa. Se quedó sin aliento.

—¿Preguntaste por… mí?

Kolbjorn puso manos a la obra y guardó la aguja y el hilo.

—Sí. Pero ya no importa, ¿no?

Luego tomó un trapo sucio del botiquín y movió la mano para colocárselo sobre la frente a Rachel, pero ella se apartó.

—¿Qué diablos crees que haces?

—Te quiero limpiar la sangre, no estrangularte.

—¿Con ese trapo sucio? No lo quiero ni remotamente cerca de mi herida. ¿Bromeas?

—Siempre uso un trapo como este con mis guerreros.

—Kolbjorn, escúchame. Lo que describes como una herida putrefacta es una infección, y esa suciedad… —pellizcó la tela gris entre el pulgar y el dedo índice—, es exactamente lo que la provoca. Lávalo con jabón y luego hiérvelo en agua durante al menos cinco minutos. Recién entonces lo puedes aplicar sobre heridas abiertas, ¿de acuerdo?

Él la observó con seriedad.

—¿Eres una bruja?

Ella se rio.

—Probablemente sea algo similar para ti.

Kolbjorn la recorrió con la mirada.

—Entonces ¿me has hechizado? Ese momento, la primera vez que te vi, no me pude mover. Quería seguirte, pero era como si me hubieras pedido que no lo hiciera. ¿Se trató de un hechizo?

El pulso de Rachel debía de estar más acelerado que un coche de la Fórmula Uno. Lo tenía delante de ella e inhaló ese aroma primitivo a heno, cuero y hombre que había sentido al entrar en su casa varios meses atrás. Tenía los cálidos ojos avellanados y la barba que había anhelado tocar durante mucho tiempo… La mano se movió como por voluntad propia, y los dedos le recorrieron la barba corta. Era encrespada, pero se sentía muy bien contra las yemas de los dedos.

Quizás sí le estaba haciendo un hechizo. Pero quizás él también se lo estaba haciendo a ella. Todo perdió significado y el tiempo se detuvo, como había pasado la primera vez que se vieron. Ahora, lo único que importaba era él, ella y la atracción.

Que se unieran era tan inevitable como el amanecer. Kolbjorn le pasó los brazos por el cuello, al tiempo que ella le besaba los labios firmes y cálidos. Él la apretó más contra su cuerpo, y cada parte de la piel que entraba en contacto con el cuerpo del vikingo le comenzó a arder, a pesar de las varias capas de prendas.

Le lamió el labio inferior, y a Rachel se le debilitaron las rodillas. Le permitió deslizarse en su boca, y sus bocas se encontraron para acariciarse y frotarse. El calor la embargó, y la piel se le cubrió de sudor. La necesidad de estar con él, piel contra piel, alma con alma, y de sentirlo desnudo y puro contra ella la poseyó como una intoxicación y comenzó a abrirle el abrigo.

Las manos de Kolbjorn también comenzaron a abrirle la capa a ella, pero de pronto, una fuerte ráfaga de viento azotó contra la cabaña. Las paredes se estremecieron y algo crujió por encima de ellos. Una lluvia de copos de nieve cayó sobre la mejilla de Rachel, y los dos cesaron la exploración para clavar la mirada en el cielorraso: se había hecho un gran hueco, unos tablones colgaban y el heno caía al suelo sobre la pila de nieve que se estaba formando.

El viento siguió soplando, y a pesar de la calidez del hogar y de las manos y los labios de Kolbjorn, el frío de la tormenta le produjo escalofríos en el cuerpo ardiente a Rachel. Y, al parecer, a él también.

El vikingo tenía los ojos tan duros como piedras y se apartó de ella como si acabara de arrojarle un balde de agua congelada.

CAPÍTULO

SIETE

—¡Por los testículos peludos de Thor! —exclamó Kolbjorn al apartarse de Rachel y dirigirse hacia el hueco, a pesar de que el cuerpo le ardía por continuar con lo que habían comenzado.

El beso había hecho que se le evaporaran todos los pensamientos junto con la lógica. Debía de ser una bruja. ¿Cómo sino podría hacerle olvidar el objetivo más importante de su vida?

Debía llevarla ante su padre, que de seguro la castigaría. No podía ceder ante el impulso de tenerla, de besarla hasta el final de la eternidad, solo para que la terminaran matando cuando acabara la tormenta.

El viento que seguía soplando acarreaba el olor de la nieve y le enfriaba la piel, le apagaba el deseo y le devolvía la cordura. Estudió los daños. Las vigas de madera que le daban soporte al techo seguían intactas. La paja y dos tablones de madera podridos se habían roto debido a la presión de la nieve y la fuerza de la tormenta.

—Tengo que arreglarlo porque si no moriremos —murmuró.

—Déjame ayudarte. —Rachel se detuvo al lado de él.

Kolbjorn la ignoró y miró alrededor. Hacía bastante tiempo que no reparaban la cabaña, y ese era el resultado. Lo que necesitaba era un hacha, clavos, que quizás podía reutilizar de la madera podrida, y tablones nuevos, que no tenía. En el otro extremo de la cabaña, había una pila de leña y quizás podía cortar los trozos más grandes para cubrir el hueco de manera temporal.

Sin embargo, no iba a poder hacerlo solo, al menos no antes de que se murieran congelados los dos. Miró a Rachel, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Deprisa —señaló las vigas caídas—, busca clavos que se puedan reutilizar.

Rachel asintió con la cabeza, se arrodilló en el suelo y comenzó a revolver las vigas de madera podridas que yacían en una pequeña pila de nieve que iba creciendo con cada nueva ráfaga de viento. Detrás de la leña, Kolbjorn encontró un tronco y lo colocó en el centro de la habitación. También había un hacha para cortar leña. La tomó, apoyó el hacha para la batalla contra la pared y comenzó a dar hachazos contra el tronco.

—Tengo seis clavos —anunció Rachel—. ¿Es suficiente?

—No. —La primera corteza salió volando del tronco.

Lo más inteligente que podía hacer Rachel en ese momento era hacer clavos de madera con el hacha para cortar leña mientras él acomodaba las cortezas, pero Kolbjorn no confiaba en ella con un hacha.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—Nada —ladró al tiempo que la siguiente corteza salía volando.

—Oh, vamos, no soy una princesa de sangre azul. Puedo hacer cosas. Sé cómo trabajar el

metal y conozco lo básico de la joyería.

—¿Qué? —El siguiente hachazo extrajo una nueva corteza.

—Mi madre es una joyera. La observaba trabajar cuando todavía trabajaba.

—La joyería no ayudará en nada aquí.

—Bueno, técnicamente, no, pero puedo hacer algo. Déjame martillar los tablones al cielorraso. Has dicho que debíamos darnos prisa.

Kolbjorn se enderezó y tomó una profunda bocanada de aire antes de mirarla. Estaba de pie, erguida y orgullosa como una diosa en una batalla, con la herida en la frente y la sangre empapándole la piel pálida, los labios carnosos y oscuros, las mejillas sonrosadas de la escarcha y el cabello caoba volando al viento. Lo que más quería hacer era tomarla en sus brazos y llevarla al banco de dormir y hacer que los labios se le hincharan y las mejillas le ardieran por otros motivos. Pero se deshizo de ese pensamiento.

—¿Puedes hacer más clavos de madera?

—Me las puedo ingeniar.

Kolbjorn estaba sorprendido por su predisposición. Señaló la esquina opuesta de la habitación.

—Ve allí. De momento, te confiaré con el hacha. Si das un solo movimiento en falso, estarás muerta antes de que puedas elaborar el siguiente pensamiento.

Rachel frunció el ceño.

—¿Por qué tan desconfiado?

—Podrías matarme para conseguir el colgante, ¿no? Es la vida de tu madre contra la mía, ¿a quién escogerías? Aunque si me matas, no podrás arreglar el techo sola y acabarás muerta. Y tu madre también.

—Pero jamás te mataría, Kolbjorn. —Estiró la mano—. Dame el hacha. Ya me las arreglaré.

Kolbjorn le entregó el hacha para cortar leña y la observó con cautela mientras se alejaba de él. Luego se volvió hacia la leña y encontró algunas ramas de madera lo suficientemente gruesas y duras como para convertirse en clavos. Se las entregó a Rachel, junto con otros trozos de leña.

El viento soplaba y acarreaba más nieve, y tras una nueva ráfaga, el techo crujió. Kolbjorn alzó la mirada hacia el hueco para ver si se habían caído más vigas, pero de momento, seguían en su sitio.

Entre los hachazos que daba con el hacha de batalla, le arrojaba miradas de soslayo a Rachel para asegurarse de que no hiciera ningún movimiento extraño o planificara algún truco, pero ella parecía estar completamente absorta en su tarea. La punta de la lengua le asomaba por la comisura de la boca y le daba un aspecto aniñado. Kolbjorn tuvo que ocultar una sonrisa.

—Y ¿cómo está tu padre? —le preguntó Rachel, y Kolbjorn se congeló con el hacha por encima de la cabeza.

—¿Por qué?

—No lo sé, es muy intenso.

—Eso no es asunto tuyo. —Cortó otra corteza.

—Tengo curiosidad.

Kolbjorn arrojó el hacha contra el tronco, pero cayó en el ángulo equivocado, y una fuente de astillas salió volando.

—¡Por los desechos de Loki! ¿Te atreves a preguntar por mi padre? ¿Tú? ¿Sabes lo que me has costado? ¿Sabes que me lo quitó todo?

No hablaba de sus posesiones, sino de cosas más importantes. Todo por lo que había trabajado tan duro toda su vida. La aprobación de su padre y la oportunidad de pertenecer a su

familia.

Rachel se quedó petrificada con el hacha en las manos.

—Nunca tuve la intención de meterte en problemas.

El viento acarreó otra lluvia de nieve que hizo sisear el fuego en el hogar.

—Por eso debo entregarte a él, para que me perdone. Ser un bastardo no me juega a favor.

—¿Eres ilegítimo?

—Soy el mayor, pero soy un bastardo. Tiene dos hijos legítimos.

—¿Y tu madre?

—Era una esclava. Murió. Nunca la conocí.

Rachel cortó una astilla.

—Lamento mucho que haya muerto. Qué descabellado. Tú jamás conociste a tu madre, pero tu padre forma parte de tu vida todos los días. Y yo lucho por mantener a mi madre con vida cuando mi padre me abandonó como a una bolsa de basura.

Kolbjorn la miró con intensidad. ¿Qué era esa extraña situación en la que se encontraban? Rachel y él eran opuestos en muchos sentidos, pero algo visceral los conectaba y resonaba en lo más profundo de su interior cuando la miraba y oía su voz.

Entendía bien el fuego en ella que la llevaba a hacer lo que fuera para salvar a su madre. Él también prefería morir antes que permitir que algo malo le ocurriera a su padre. En algún punto del vientre, sintió que Rachel era igual.

A Kolbjorn se le cerró la garganta. Las nornas que tejían los destinos de las personas eran muy crueles. En otra vida, bajo diferentes circunstancias, hubiera luchado por Rachel también. Golpeó el tronco por última vez, y una corteza perfecta se desprendió. Luego se enderezó.

—Esto debería bastar. Ven, ayúdame a arreglar el techo.

Se acercaron al hueco, y Kolbjorn se paró en una pequeña silla para martillar las cortezas con el mango del hacha. El viento le arrojaba nieve en el rostro y lo hacía atragantar, pero continuó trabajando. Había calculado bien: las cortezas eran bastante largas como para cubrir los huecos entre las vigas.

—No entiendo algo acerca de tu padre —dijo Rachel cuando le entregó la siguiente corteza y más clavos—. Sabe que eres su hijo. Te confió el tesoro más valioso a ti, y no a sus hijos legítimos. Pero, aun así, ¿no eres parte de la familia? ¿Por qué no te puede reconocer? Podría decir: «Legalmente, Kolbjorn es mi hijo».

A Kolbjorn se le tensó el mentón. Había dado en el clavo, ¿no?

—Sí, puede decirlo.

—¿Y por qué no lo hace? ¿Por qué te manipula de ese modo?

Kolbjorn se quedó congelado y la miró.

—¿Me manipula? —Había tenido esa misma sospecha en el pasado, pero no había querido creerla. No podía renunciar a su objetivo luego de todo ese tiempo. Kolbjorn martilleó un clavo, y la corteza cubrió una parte del hueco. El viento dejó de soplarle en el rostro. —No me manipula —masculló—. Tiene condiciones.

—Oh. Condiciones.

—Sí, y por tu culpa, no las cumplí. Estoy más lejos que nunca de lograr mi objetivo.

—¿Tu objetivo? ¿De modo que quieres que te reconozca legalmente como parte de la familia?

Era como si le estuviera azotando el corazón con un látigo. Todos en la aldea estaban al tanto de la situación, del acuerdo tácito entre el *jarl* y su hijo bastardo que colgaba como un tapete en la pared del gran salón. Modolfr era la única persona que le había preguntado abiertamente al

respecto, pero se había limitado a responder con monosílabos o gruñidos.

Kolbjorn jamás pronunciaba las palabras. Era como si el decirlas en voz alta pudiera ser un mal presagio y hacer su objetivo inalcanzable. Pero algo en Rachel, su rareza y su familiaridad, el hecho de que su propio padre la había abandonado, el hecho de que se preocupaba por su familia al igual que él por la suya, le hizo sentir que, a lo mejor, lo comprendía como nadie más podía.

—Lo que más deseo es que mi padre me reconozca —le confesó con voz ronca.

Kolbjorn se quedó petrificado, y Rachel también. Las palabras quedaron pendiendo en una nube blanca y luego se evaporaron en el viento.

—Lo peor es que me lo prometió hace mucho tiempo. Hasta los cinco años, ni siquiera sabía que era un bastardo. Incluso me había dicho que estaba tan contento de que hubiera nacido que me había nombrado con una versión de su nombre. Kolbjorn significa «Bjorn oscuro». La tradición es nombrar a todos los primogénitos como el padre, pero como era un bastardo, eso fue lo mejor que pudo hacer.

Kolbjorn martilleó el clavo en la madera.

—Las criadas de la cocina y los esclavos se aseguraban de que me alimentaran y vistieran, pero todos los días de mi vida él estaba allí. Dormía en un rincón en su casa y me dejaba comer con él en la mesa. En cuanto fui lo suficientemente grande como para sostener una espada, me entregó la suya y me enseñó a blandirla.

Kolbjorn tomó otro clavo de las manos de Rachel. Los dedos le ardían donde la tocaban, pero no se apresuró a apartarlos. Ella lo escuchó sin interrumpirlo. Kolbjorn comenzó a martillear otro clavo contra la corteza y logró bloquear un poco más esa tormenta interminable.

—Pero luego se casó, y cambió todo. Antes del banquete de la boda, me dijo que me convertiría en un Bjornsson si le demostraba que era un gran guerrero y un hombre honorable, de modo que ese objetivo ocupó toda mi vida.

Kolbjorn hizo una mueca de amargura.

—Luego nació Alfarr, y no lo pudo llamar Bjorn, porque yo había tomado parte de ese nombre. Aun así, tenía a su hijo legítimo y se olvidó de mí. Aún hablaba conmigo en ocasiones, pero era para asegurarse de que me estuviera entrenando bien. Quizás veía algo en mí.

Kolbjorn tragó y pensó que quizás, como Rachel había dicho, su padre solo había querido manipularlo y mantenerlo cerca por si lo necesitaba. Continuó:

—Mi padre decía que como era un bastardo, solo podía aceptarme en la familia si era digno, si era un ejemplo de honor y el mejor guerrero de toda Noruega. Y que si cumplía todas las tareas y le traía todo lo que me pedía, un día me reconocería legalmente como su hijo. Pero debía hacerlo sentir orgulloso.

Rachel frunció el ceño.

—Pues, debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Creo que has cumplido sus tareas y mucho más. No debería hacerte trabajar tanto por su atención. Ningún padre debería hacerlo. —Las palabras le salieron estranguladas.

Lo que Rachel le dijo le resonó como un dolor apagado, pero a pesar de que volvió a experimentar dudas en el estómago, se negó a verlo de esa manera.

—No sabes nada.

—Cualquiera que tenga ojos y te vea lo sabe. Apuesto a que no encontrará un hijo más digno que tú, aunque le dé la vuelta al mundo.

A Kolbjorn se le llenaron los ojos de lágrimas, de seguro por el viento que le volaba en el rostro, y no por sus palabras, que le dieron fuerza y energía mientras seguía martilleando los

clavos contra las cortezas para hacerle frente a la tormenta… Mientras la hermosa mujer que lo había hecho hablar más con sus preguntas que un torturador con carbones calientes se quedaba de pie a su lado.

Cada vez que le entregaba las cortezas, le rozaba los dedos más tiempo del necesario. Y ella aceptaba su caricia con una sonrisa, y la conexión se extendía una eternidad. Al mismo tiempo que la calidez se le extendía por todo el cuerpo con cada roce, también se oponía a la fría certeza de que su futuro sería demasiado corto.

CAPÍTULO
OCHO

Rachel observó cómo Kolbjorn añadía un trozo de leña al fuego, que crujió al tiempo que las llamas comenzaron a consumir la madera. Habían terminado de reparar el hueco justo a tiempo antes de que el corto día de invierno llegara a su fin y la noche absoluta se tragara el mundo. Había vuelto a reinar la oscuridad en la habitación.

Rachel y Kolbjorn se sentaron frente al hogar con las piernas casi rozándose. La cercanía del poderoso cuerpo de Kolbjorn le producía cosquilleos por doquier. Además, los músculos le vibraban del desgaste físico del día. En la habitación, se volvía a sentir el tranquilizador aroma de la leña, pero a pesar del fuego, hacía frío en la cabaña, y el arreglo que habían hecho no era más que una solución temporal.

Rachel miró de reojo su hermoso perfil, que no despegaba la mirada de las llamas, sus ojos avellanados y el cabello castaño de un tono muy encantador, los pómulos altos y la nariz recta. Tuvo una extraña sensación, como si ella y Kolbjorn estuvieran entre dos mundos, los dos escudados y amenazados por la tormenta que los aislaba de todo lo demás, incluidas sus preocupaciones. Y, al menos de momento, mientras no podía hacer más nada que esperar, Rachel se permitió relajarse.

—¿Tienes hambre? —le preguntó. Cuando alzó la mirada para verla, le sonrió, y la sensación se sintió extraña en sus labios.

—Estoy muerto de hambre, pero no hay nada en la cabaña.

—Claro que sí. —Revolvió su bolsa.

Extrajo la botella de vino, dos paquetes de salchichas y una bolsa con panes. Había llevado todo eso para distraer a los guardias de ser necesario. Pero, al final, no había necesitado ni eso ni la distracción principal: una bolsa de plástico con trescientos zafiros sintéticos que planeaba arrojar en las calles para que la gente se peleara por ellos. Le entregó las salchichas a Kolbjorn, que las miró con curiosidad y removió el envoltorio de plástico con los dedos.

—¿Qué material es este? ¿Cuero? ¿Cómo lo hacen?

Rachel abrió la boca para contarle la verdad, pero se contuvo. No estaba segura si debería confiar en él. Le daría más poder sobre ella del que ya tenía. El pensamiento la hizo sentir culpable porque Kolbjorn había confiado en ella antes.

—No sé cómo lo hacen. —Eso era verdad: no tenía ni idea de cómo fabricaban el plástico. —Pero comeremos lo que está dentro, las salchichas y el pan, y beberemos el vino. Tenemos fuego, perros calientes, que es como se llama este plato, y palos. Comeremos la mejor comida de la vida. Al menos, para mí. ¿Las puedes asar? Abriré el vino.

Mientras Rachel retorcía la tapa metálica de la botella de shiraz australiano, Kolbjorn abrió el paquete de salchichas y las miró con curiosidad.

—Nunca vi salchichas así —señaló.

—Ponlas en un palo para asarlas sobre el fuego. Aquí tienes los panes. Es más rico si están tostados, pero no tenemos una parrilla.

Kolbjorn colocó las salchichas sobre una rama delgada y la sostuvo por encima del fuego. El aroma celestial a salchichas asadas le embargó los sentidos a Rachel y, pronto, se le hizo agua la boca.

—Salud —dijo alzando la botella como para brindar antes de beber un sorbo.

El vino era bueno. Tenía unas notas intensas a uvas y moras que le llenaron la boca mientras el líquido le circulaba por la garganta y le producía un agradable ardor en el estómago. La cabeza le comenzó a dar vueltas casi de inmediato. El alcohol le entró directo en el sistema ya que tenía el estómago vacío. Le ofreció la botella a Kolbjorn, que negó con la cabeza bruscamente.

—Oh, vamos, eres un vikingo —señaló—, ¿no se supone que se la pasan bebiendo?

—Yo no. Nunca bebo.

—¿Por qué no?

—Porque el alcohol me nubla la mente y el juicio.

—Sí, es cierto. Pero a mí me vendrían bien unas nubes en este momento. Además, es exquisito.

—Si tú lo dices.

Rachel bebió otro trago y gimió saboreando el vino.

—Oh, bueno, tú te lo pierdes, amigo. Pretendo disfrutar esta noche al máximo porque ¿quién sabe? Puede que no tenga otra mañana.

A pesar de que estaba bromeando, el pensamiento le produjo un escalofrío en la piel, pero se deshizo de él. Esa noche no pensaría en el mañana. Kolbjorn la observó con una mirada que le quemaba la piel y la hacía sentir más ebria.

—Todas estas cosas… —comenzó—. Las salchichas, el vino… Cuando la gente probó la comida que dejaste en la carreta, dijeron que venía del Valhalla. Pero tú no puedes venir del Valhalla. ¿De dónde eres en realidad?

Rachel bebió otro sorbo de vino. Se sentía libre, y la alegría le llenaba el pecho. El hombre más atractivo que había visto en su vida se encontraba sentado a su lado asando salchichas. Quizás era el alcohol, pero estaba considerando de verdad contárselo todo. Él había sido honesto con ella. ¿Qué tan mal podía reaccionar? A lo mejor, hasta dejaba de ser tan duro con ella. Sin embargo, lo más probable era que no le creyera.

—Vengo del futuro, Kolbjorn —le respondió y, al oír las palabras, las comisuras de la boca se le tensaron. Estaba mucho más ebria de lo que debería haber estado tras unos pocos sorbos.

—¿Qué has dicho?

—Vengo del futuro. Del año 2018. Casi mil doscientos años en el futuro. —Clavó la mirada en un punto vacío mientras consideraba el número que acababa de decir. —Vaya —susurró.

—No pienses que te creo —masculló Kolbjorn, aunque no dejaba de mirar el envoltorio de plástico de las salchichas, la botella con el cierre a rosca y un punto debajo del abrigo de Rachel, probablemente donde guardaba la bolsa. Esto último la hizo sonrosar.

El alcohol siempre la volvía terca, y demostrarle a Kolbjorn que le decía la verdad se convirtió en lo más importante en ese momento.

—¿No me crees? ¿Cómo explicas esto?

Encontró una barra de chocolate en la bolsa, abrió el envoltorio y se la entregó.

—Prueba. Es chocolate, pero jamás lo habías probado. ¡Es delicioso!

Mientras giraba el chocolate con la mano libre y lo olfateaba con cautela, Rachel buscó más

pruebas. De repente, encontró la cartera.

—¡Ajá! —exclamó y le mostró la licencia de conducir—. Mira la fecha.

Kolbjorn tomó la tarjeta y la estudió mientras rozaba las esquinas laminadas con los dedos.

—Veo que es un excelente retrato, pero no puedo leer esas runas.

—Ese excelente retrato es una fotografía y se hace con una máquina que se llama cámara de fotos.

La miró con perplejidad.

—¿Una máquina?

—Si pudieras leer esas runas, verías que nací en el año 1997 en la ciudad de Chicago, en el país Estados Unidos de América.

Kolbjorn frunció el ceño y la recorrió de pies a cabeza con la mirada. Una de las salchichas explotó, y apartó el palo del fuego.

—Del futuro… —dijo con la mirada en blanco y una entonación que sugería que todo comenzaba a tener sentido—. La avispa de hierro, la comida y las bebidas… La diosa que bailaba en el aire, ¿ese también era uno de tus trucos del futuro?

—Sí, lo logré con un pequeño proyector que me cabe en el bolsillo.

Kolbjorn entrecerró los ojos.

—Supongamos que te creo. ¿Cómo viajaste en el tiempo?

—Hay un huso de oro en Chicago y, cuando lo toco, algo me succiona y acabo apareciendo aquí. Lo tenían tres ancianas, pero… —se le ruborizaron las mejillas—, se los robé.

Kolbjorn se quedó paralizado con los ojos abiertos de par en par.

—Tres ancianas, un huso de oro… Son las nornas, ¿no?

—¿Quiénes?

—Las tres nornas que tejen el destino de las personas. Tienen el poder de hacer lo que quieran con las vidas de las personas. Debe ser cierto. De seguro te enviaron aquí. —Kolbjorn la estudió unos instantes—. Dámela. —Estiró la mano para tomar la botella. Rachel se la entregó sorprendida. —Bueno, no todos los días conozco a alguien del futuro.

Bebió un gran sorbo y, cuando se apartó la botella de la boca, la miró con aprecio mientras sonaba los labios. Rachel quería besárselos y sentirlos succionándole los senos y acariciarle la piel. Sintió un estremecimiento. Kolbjorn bebió un poco más.

—Las salchichas están listas. —Movió el palo en el aire.

Rachel buscó el paquete de pan.

—Pon una en cada pan, así. —Extrajo una salchicha con las puntas de los dedos y la colocó en el pan—. Debería tener mostaza y kétchup en la bolsa. —Encontró unos pequeños paquetes, abrió el del kétchup y lo apretó hasta formar una línea encima de la salchicha—. ¡A comer y repetir!

Le entregó el perro caliente, y Kolbjorn casi se lo tragó entero.

—Mmm —gimió lamiéndose los dedos. Rachel se mordió el labio, y la boca se le hizo agua al verlo.

Preparó uno para ella y lo mordió. El jugo de la salchicha con gusto a leña le invadió la lengua, y pensó que jamás había saboreado nada más exquisito.

—La comida y el vino son del futuro —comenzó Kolbjorn bebiendo otro sorbo de la botella —. ¡Odín estaría celoso, pero la norna se debe estar riendo de mí en este instante! El hijo bastardo de un *jarl* varado en una cabaña de caza con la mujer más hermosa que ha visto en toda su vida, y es de otra época.

A Rachel se le sonrojaron las mejillas del cumplido. Debía de ser el vino hablando. No quería

decir lo que había dicho, pero Rachel deseaba que así fuera.

—Pues en ese caso, se debe estar riendo de mí también —le aseguró tomando la botella de vino. Sus dedos se rozaron, se miraron a los ojos, y a Rachel se le aceleró el corazón a mil por hora. No logró apartar la mano. Era como si estuvieran pegados, como si todo el mundo hubiera sido creado por ese roce—. Hace que me importe alguien que no debería significar nada —concluyó.

—¿Qué? —Kolbjorn casi se atragantó.

Rachel apartó los dedos y apretó la botella en la mano. La piel le cosquilleaba donde él la había tocado. Apretó los labios contra el vidrio húmedo para beber un sorbo y pensó que los labios de él acababan de posarse allí. Era como si se estuvieran besando a través de la botella. Cerró los ojos.

—Kolbjorn, en realidad no debería decir esto, pero eres un gran chico. Si te hubiera conocido en mi época…

Se detuvo antes de decir demasiado, antes de decir las palabras que lo cambiarían todo. Pero la mirada ardiente de Kolbjorn no se apartaba de ella. Los ojos de color avellana se oscurecieron hasta adoptar un tono caoba, y unas llamas le bailaban en ellos. Se acercó a ella y la dejó sin aliento.

—¿Qué?

Rachel tragó con dificultad.

—Estaría en problemas.

Se volvió a acercar hasta que quedó sentado al lado de ella, y su cercanía hizo que a Rachel se le debilitaran las manos y las rodillas. Le acarició la mejilla con los nudillos de los dedos, le tomó un mechón de cabello, y la electricidad le produjo un cosquilleo en toda la piel.

—Estás en más problemas de lo que sabes —le dijo.

Acto seguido, le tomó los hombros y la jaló hacia él para cubrirle la boca con la suya. Perdida en el incendio forestal que se le propagó por todo el cuerpo, Rachel supo que él tenía razón.

CAPÍTULO
NUEVE

El beso comenzó lento, exploratorio, y Rachel se derritió con cada caricia de los labios y la lengua de Kolbjorn. Le recorrió el pecho y el estómago con las manos y se deleitó con la dureza de los músculos debajo de la túnica. Le despertaba un fuego interno, en un punto profundo, y el fuego la atravesaba como el mercurio.

Kolbjorn tomó control del beso. Le ladeó la cabeza hacia atrás para tener acceso completo a su boca. Sabía a vino y a él, y la estaba volviendo loca. Quería más de él: cielos, lo quería todo. ¿Cómo podía gustarle tanto tras haber pasado unas pocas horas con él?

No podía negar que se estaba enamorando de ese hermoso vikingo. Había estado soñando con él todas las noches, y se había imaginado ese momento desde la primera vez que lo vio. Su ausencia en las siguientes veces que fue a la aldea la había dejado desilusionada. Había estado muy entusiasmada con la idea de volver a verlo.

Con la lengua suave la provocaba, con los dientes juguetones le mordía los labios, y con las manos le exploraba la espalda por debajo del abrigo hasta dejarle los músculos suaves aún más maleables. El corazón le latía en los oídos. Sin quitarle el abrigo, Kolbjorn le deshizo los broches que le sujetaban las anchas tiras del vestido, que cayeron pesadas a sus espaldas. Le bajó el vestido hasta el estómago y la dejó en una camiseta de lino. Le masajeó los senos a través de la tela y le arrancó unos gemidos de aprobación que silenció con su boca. Se le tensaron hasta los músculos más profundos.

Rachel le abrió el cinturón que le mantenía la túnica en su sitio y lo dejó caer. La bolsa de cuero se golpeó contra el suelo, y Rachel registró en la distancia que allí guardaba el colgante. Sin embargo, estaba demasiado excitada y alejada de la realidad como para interesarse en eso. Necesitaba sentir esas manos grandes en el cuerpo, las necesitaba en la piel. No podía recordar la última vez que se había sentido tan fuerte o tan seductora.

Le succionó la lengua con detenimiento y lo oyó gemir al tiempo que le tomaba un puñado de cabello en un gesto tan primitivo que la hizo arquear la espalda para apretarse contra la mano que le acariciaba el pecho. Le acarició un pezón y la hizo frotar los muslos.

—Te sientes tan bien, Rachel —murmuró cuando le soltó la boca para recorrerle el cuello con la lengua.

La soltó para levantarla en el aire. El vestido le colgó mientras la llevaba hasta el banco de dormir, que estaba cubierto de pieles suaves. Le abrió el abrigo y se lo bajó por los hombros antes de quitarle la camiseta. El aire fresco se sintió algo gélido contra la piel desnuda y la hizo estremecer.

—Yo te daré calor, no te preocupes —gruñó al tiempo que se abría el abrigo a toda prisa. Luego se quitó la túnica de lino, y Rachel se quedó sin aliento al verlo delante de ella.

El cuerpo de Kolbjorn era puro músculo. Unos suaves rizos de vello castaño oscuro le cubrían el pecho, y un rastro de rizos más pequeños seguían descendiéndole por la cintura. Todo lo que se había imaginado en sus sueños más eróticos se había vuelto realidad. Unas cicatrices plateadas le recorrían el hombro izquierdo y el pecho. A Rachel se le ciñó el corazón de imaginárselo luchando por su padre, quien jamás apreciaría su dedicación… tal y como el suyo no lo había hecho. Le depositó besos suaves en las cicatrices, y lo sintió temblar bajo sus labios.

Kolbjorn colocó su abrigo de piel alrededor de los dos, y el aroma a animal salvaje se mezcló con el del cuero y su propia esencia térrea. Le tomó los senos desnudos y se los acarició con las yemas callosas de los dedos. Luego se llevó uno a la boca y lo provocó con la lengua. Los labios le torturaban la piel de la manera más deliciosa.

Rachel se estremeció de placer y quiso darle placer a él también. Con los dedos, halló el estómago sólido como una piedra y recorrió la línea suave de rizos que descendía hacia los pantalones. Le desató la cuerda que hacía de cinturón y le bajó los pantalones por los fuertes muslos. La erección le saltó a la mano, y se mordió el labio al sentirla firme en la palma.

Kolbjorn tomó una profunda bocanada de aire y, alentada por su reacción, Rachel lo acarició y sintió la piel suave y aterciopelada bajo las yemas de los dedos. Pero no la dejó continuar. La empujó con suavidad hacia atrás para que se recostara de espaldas, y el abrigo de piel los cubrió como la pared de una cueva al tiempo que la montaña de su cuerpo se ceñía sobre ella. Rachel le pasó los brazos alrededor del cuerpo desesperada por más, y la besó con voracidad introduciéndole la lengua en la boca para que danzara con la de ella. Los labios de él le producían un cosquilleo, la provocaban, le exploraban el cuello, la piel del pecho y el vientre acalorado para acabar desatándole un incendio cuanto más descendía. Nadie jamás le había hecho eso. Nadie. Bueno, tampoco era que tuviera demasiada experiencia.

Con los dedos, le acarició la cara interna de los muslos. La piel áspera de las yemas le desataban un remolino de placer. Las mejillas se le sonrosaron de la vergüenza, y sintió el calor que rugía en su interior. «Por el amor de Dios, no eres virgen. ¿Qué te pasa?». Pero bien podría haberlo sido porque nadie la había besado «allí». Y estaba contenta de que Kolbjorn fuera el primer hombre con el que compartiría esa experiencia.

Con suavidad, le introdujo los dedos en el centro cálido y húmedo y le dibujó unos círculos sobre el tejido suave que palpitaba por atención. Le desató unas olas de placer urgentes, rápidas y feroces. Pero cuando sintió la boca contra la piel, la barba suave intensificó todas las sensaciones, y las mejillas le ardieron aún más. Cielos, todo el cuerpo le ardió.

Un placer violento le nació en cada punto que le rozaba la lengua, y Rachel nunca se sintió más lasciva, atrevida o presente. Ni su cuerpo, más libre. Era como si por fin hubiera despertado a un mundo de colores tras haber vivido muchos años en un gris. Y no quería regresar. Jamás. Su cuerpo estaba listo. Tenía los nervios saturados y empapados de placer.

—Kolbjorn, voy a acabar —gimió.

—Qué bueno —le murmuró contra la piel.

—No —le jaló de los hombros que eran tan gigantes que las palmas solo le cubrían las puntas—. Te deseo. Por favor. Te quiero dentro.

Él alzó la cabeza de entre los muslos con una sonrisa hambrienta en los labios.

—Como desees.

Se le acercó a la boca, le rozó la piel con la suya, y la mata de vello suave del pecho le produjo un cosquilleo contra la piel que la hizo arder con un fuego líquido. Pero Rachel quería experimentar aún más cosas por primera vez esa noche. Lo empujó a un lado y, con un movimiento rápido, lo dio vuelta y se le montó a horcajadas. Kolbjorn soltó un gemido de placer

y sorpresa. Le llevó los dedos al sexo y la provocó al tiempo que se deslizaba en su interior y hacía movimientos circulares que le generaban una presión dulce en los músculos internos. Luego apartó los dedos.

—Estás tan húmeda —susurró—. Estás lista para mí.

—Oh, sí. —Se le escapó un gemido—. Sí.

Se retorció encima de él. Ardía por él, pero quería que ese momento, el instante previo al acto en el que sería suya y él de ella, durara una eternidad.

Cuando Kolbjorn le acercó la erección dura como una piedra a la entrada, se miraron a los ojos, como la primera vez que se vieron en la aldea. El tiempo se congeló, y una eternidad los conectó. Y mientras le hundía esa dureza cálida en el interior y la estiraba, le daba el placer más extremo que jamás había sentido. Sus corazones latieron al unísono, y comenzó a embestirla hasta que se movieron juntos.

Rachel tenía los músculos tensos del placer, y la conexión entre los dos la estaba consumiendo. Como una ola en una tormenta distante, su orgasmo comenzó pequeño y se fue intensificando con cada embestida. Cuando él se acercó a la cima y comenzó a jadear y gruñir con cada movimiento, la ola la terminó de arrasar y reventó con un placer que nunca antes había sentido. Se amplificó con el orgasmo de Kolbjorn, que la hizo estremecer y la llevó a mover el cuerpo a la par de él.

Y, mientras sus respiraciones creaban una canción, pensó que jamás se había sentido más completa.

CAPÍTULO
DIEZ

El silencio abrumador más allá de las paredes de la cabaña fue calando la consciencia de Kolbjorn, que comenzó a despertarse despacio. El cuerpo también se sentía pacífico. La casa ya no temblaba, y el viento no se colaba por entre las grietas del techo reparado a las apuradas. Era como si Fimbulvetr, el gran invierno antes de Ragnarok, hubiera pasado, y todo el mundo fuera nuevo y tranquilo.

El aire fresco le enfriaba la nariz y las mejillas, pero cuando miró el hogar, vio que el fuego seguía ardiendo sobre la madera chamuscada. No habían dormido mucho tiempo si el fuego aún no se había apagado. A pesar del aire gélido, se sentía cálido y acogedor bajo el abrigo de piel de oso.

Sintió el cuerpo cálido y sedoso de Rachel encima de él y respirando al unísono con él. Tras envolverla en sus brazos, sintió que todo estaba bien en el mundo. La noche anterior había sido la mejor de su vida. La mujer del futuro… Era fuego, amor y… Se puso tenso, y la sensación de paz se evaporó. Una ladrona.

Nunca se había sentido aceptado por su padre y, por culpa de ella, su padre lo había exiliado. ¿Qué estaba pensando? ¿Cómo llevaría a casa a una ladrona y la haría su mujer? ¿Cómo podía haber sido tan débil? ¿Cómo podía haber bebido su vino? Él, que había jurado vivir una vida de sobriedad porque temía hacer ese tipo de cosas cuando bebía. Temía dejarse engañar y perder el control.

Pero se había acabado. La tormenta había pasado y, con ella, el capullo protector que los envolvía a ambos. Tenía que llevar a Rachel y el colgante ante su padre, y cuanto antes, mejor.

Cuando se movió para quitarse a Rachel de encima, abrió los ojos somnolientos y buscó su mirada. Le ofreció un beso y le depositó un beso en el pecho. Era tan hermosa con el cabello caoba extendido por su pecho, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados de hacer el amor que le pedían a gritos que los volviera a besar.

—Vuelve a dormir —le pidió con la voz ronca—. Te daré espacio. Debo ser pesada.

¿Pesada? Era más liviana que una pluma, y la sensación de tenerla apretada contra él era tan dulce como la miel.

—La tormenta ha pasado. Debemos regresar.

Rachel se apartó de él con el rostro pálido. Sabía lo que significaba eso tan bien como él. Ella también parecía haberse olvidado de todo lo que existía más allá de la tormenta, todo lo que los ponía en extremos opuestos del juego.

Se movió debajo de ella y, cuando salió de debajo del abrigo, el aire frío hizo que se le pusiera la piel de gallina. Sintió la mirada de ella encima mientras se vestía.

—¿De verdad me vas a llevar con tu padre? —le preguntó.

Se volvió a enfrentarla, y le resultó una visión: los delicados hombros desnudos le sobresalían por debajo de la piel y le asomaban las cimas de los senos. Se le secó la boca y sintió una ola de calor en la entrepierna, pero se deshizo del sentimiento.

Había cometido un error al permitirse actuar sobre su atracción. No habría ningún futuro para ellos. Era una ladrona y, además, pertenecía a otra época.

Aunque Kolbjorn se permitiera pensar en lo que ocurriría si decidía quedarse con él, presentarle una futura esposa que era una ladrona a su padre era imposible. Iba contra todo lo que el *jarl* quería que él fuera. Con una ladrona de esposa, su padre jamás lo aceptaría en la familia. Siquiera considerar esa posibilidad era tonto, porque estaba seguro de que su padre mataría a Rachel, por más que intentara convencerlo de que le perdonara la vida.

No, debía olvidar cualquier sentimiento que tuviera hacia ella; eran sentimientos que jamás debió albergar en primer lugar. Era probable que estuviera intentando manipularlo.

—Te llevaré con él —le respondió Kolbjorn al tiempo que se ponía las prendas—. Será mejor que te vistas.

Sin volver a mirarla, Kolbjorn caminó hasta la puerta. Necesitaba ver qué tan mal estaba la nieve. Abrió un poco la puerta para ver, y una brisa se coló en la cabaña. La nieve le llegaba hasta los talones. Volvió a cerrar la puerta. Podían partir, pero la caminata sería difícil.

—¿Quieres desayunar algo? —le preguntó Rachel con una sonrisa nerviosa—. Todavía quedan algunas salchichas. Las podemos cocinar.

A Kolbjorn le gruñó el estómago de pensarlo, pero no quiso ceder ante el recuerdo de la noche más feliz que había tenido en su vida.

—Vístete. Tenemos que irnos.

Rachel se sentó y se apretó los bordes del abrigo contra el cuerpo.

—¿Por qué te comportas de este modo?

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo. Como si no hubiera pasado nada ayer.

La miró a los ojos, que estaban agrandados y llenos de emoción.

—No pasó nada ayer —le respondió—. Te tuve como un hombre, como también tuve a esclavas y criadas. ¿Cuál es el problema?

Rachel se apartó como si la hubiera golpeado.

—No fue solo sexo y lo sabes.

Sí que lo sabía. Nada se había parecido jamás a lo que sentía con ella. Era como si todo el cabello de su cuerpo estuviera lleno de ternura y placer. Y no solo placer, sino algo más. Completitud. Como si hubiera encontrado un hogar. Ella.

—Fue un error —le dijo—. No me debería haber embriagado, y no debería haber… Bueno, no me arrepiento de nada. Debo llevarte con mi padre y tú… debes enfrentarte a las consecuencias de tus actos.

Rachel se puso pálida y paseó la mirada por la habitación como si estuviera buscando una respuesta.

—Mira, tengo una solución —le dijo apoyando la mirada en la bolsa—. No tienes que llevarme con tu padre. Déjame llevarme el colgante.

Kolbjorn se aferró la bolsa que tenía en el cinturón, donde había guardado la joya, pero Rachel estiró la mano como si estuviera calmando a un animal salvaje.

—No, no, escucha. Déjame llevármelo para salvarle la vida a mi madre. A cambio, te puedo traer cosas del futuro. Cosas valiosas. Comida y bebidas, joyas modernas con muchas piedras preciosas. La tecnología moderna nos permite producir piedras que parecen rubíes, esmeraldas y

diamantes por una fracción del costo. Casi no se diferencian a simple vista. Tu padre tendrá muchas más riquezas que con este colgante. Se convertirá en rey en poco tiempo. Traeré muchas. Mira mi bolsa. ¡Quédate con las que he traído conmigo!

Kolbjorn la escuchó con el ceño fruncido. Si le decía la verdad, tenía razón. Esa sería una muy buena solución. Aunque lo más probable es que hubiera mentido; no regresaría.

—Mira, mira —lo urgió poniéndose de rodillas. El abrigo de piel se le deslizó con el movimiento, y Kolbjorn apretó la mandíbula ante esa vista tan deliciosa.

Kolbjorn tomó la bolsa y extrajo un paquete del mismo material transparente que la bolsa de las salchichas. Estaba lleno de zafiros. Todos tenían el mismo tamaño y destellaban bajo la luz como los ojos de la serpiente de Midgard. Había al menos cien. Los estudió sin poder creer que estuviera sosteniendo semejante tesoro en la palma de su mano. Tenía razón, eso era mucho más valioso que el colgante solo.

—¿Y en tu época los hacen?

—Sí, los producimos.

—¿Con qué?

—Con minerales.

—¿Y son baratos?

—Sí, en comparación con los reales, sí. Pero se ven casi igual.

Kolbjorn no veía la diferencia.

—¿Y por qué los tienes encima?

—Quería arrojarlos en la calle para que la gente se pelee por ellos si me quedaba sin suerte y el joyero o los guardias no se marchaban de la casa. Quédatelos. Solo dame el colgante de las auroras boreales y déjame ir —le pidió con la voz casi quebrada.

Kolbjorn abrió la bolsa transparente, vació las piedras preciosas sobre la palma y las vio destellar como verdaderos zafiros.

—¿Algún día la gente podrá hacer eso?

—Sí.

Negó con la cabeza como si se estuviera deshaciendo de un mal sueño y luego volvió a guardar las joyas en la bolsa transparente.

—Debes creer que soy un tonto para sugerir que confíe en tu palabra.

Rachel frunció el ceño.

—Ya sé que parezco una ladrona… Bueno, lo soy. Pero regresaré. Lo juro por la vida de mi madre.

Parecía sincera. Si creía cualquier cosa que hubiera dicho antes, para ella no había nada más importante que su madre. Pero no importaba. No se alejaría del sendero del honor, ni siquiera por ella.

—No.

Rachel soltó un bufido y se deshizo del abrigo. Los senos se le balancearon delante de él, que se dio vuelta al sentir que se le endurecía el miembro por la vista y la necesidad de tomar la hermosa carne en la boca, un seno tras otro, hasta que no pudiera contener los gemidos.

Mientras se vestía, Kolbjorn le dio la espalda y respiró intentando calmar la lujuria. La voz de Rachel sonó más cerca, y pudo oír el ajetreo de las prendas a sus espaldas.

—No entiendo por qué eres tan terco. Te he demostrado que vengo del futuro y me crees, ¿no? Entonces ¿por qué no puedes confiar en mí cuando te juro algo sobre la persona más importante en mi vida? ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—No regresaré con las manos vacías.

—¡No lo harás! Llévate la bolsa con los zafiros. ¡Hay trescientos zafiros dentro!

—Esas piedras falsas no comprarán mi lealtad.

Rachel apareció delante de él con la túnica y el vestido puestos; los pies descalzos debían de estar congelándose sobre el suelo de tierra. Tenía los ojos bien abiertos, la boca redondeada y los labios suculentos. Le estaba rogando, y detestaba verla de esa manera.

—Kolbjorn. Lo que quieras: medicina, prendas, comida, más piedras preciosas. Diablos, incluso armas. Pídeme lo que quieras y te lo traeré. Cosas que harán que tu padre te ruegue que te unas a la familia. Seré tu genio personal. Solo devuélveme el colgante y déjame ir.

Kolbjorn la miró. Aunque no quisiera admitirlo, en algún punto profundo, le creía. Sin embargo, no había nada que demostrara que lo cumpliría, y sería un tonto por confiar en ella. ¿Dudaba que era del futuro? No. Todas las cosas que tenía, incluidas la comida y el vino, eran pruebas irrefutables. Además, las nornas podían hacer cualquier cosa, hasta enviar gente al pasado.

Necesitaba que se quedara para poder restaurar su buen nombre delante de su padre. Pero una gran parte de él quería que se quedara por un motivo muy distinto.

CAPÍTULO
ONCE

—No.

La voz de Kolbjorn la golpeó como una bofetada en el rostro. ¿No? ¿Simple y llanamente no? ¿Luego de todo lo que había dicho y todo lo que le había ofrecido?

No podía darle más nada. No podía decir nada que lo hiciera cambiar de parecer. Casi había dicho que sí, lo había visto en sus ojos, y le habían florecido sentimientos de esperanza y temor en el interior. Esperanza por su madre y temor de separarse de él.

La primera vez que lo había conocido, le había parecido que era una roca. Ahora, sabía que toda su fuerza y solidez iban acompañadas de una terquedad extrema. Era imposible hacerle cambiar de parecer.

Y su respuesta confirmó su mayor temor. Se estaba enamorando de él, y él jamás la escogería. Por el contrario, la destrozaría. Tenía que protegerse antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Sabes qué, Kolbjorn? ¿Quieres ser el verdadero hijo de tu padre? ¿Quieres ser el hijo del *jarl*? ¿Quieres que él te apruebe y te deje tomar decisiones importantes a su lado? ¿Quieres ser el próximo *jarl*? Estás tan obsesionado con tus principios, con hacer lo que sea para complacer a tu padre, que ni siquiera puedes ser un poco flexible para hacer lo que es mejor para ti. ¡No ves que te está usando como un perro! Porque eres como un perro: no tienes tus propias reglas, sino que vives según las de tu amo.

Kolbjorn se sonrojó, y supo que había tocado una fibra sensible.

—Sí, así es. ¿Crees que la mejor manera de complacer a tu padre es obedeciendo cada una de sus órdenes? ¿Sacrificando todo lo que eres para que te ame y te acepte? ¡Él ya sabe que sin importar lo que haga, siempre estarás a su lado! Te ha entrenado bien.

—Silencio.

—¿Silencio? ¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de oír la verdad? Digamos que te acepta como su heredero y te conviertes en *jarl*. ¿Cómo planeas ser un líder si todo es cuestión de honor para ti? ¿Qué harías si alguien te amenaza con una guerra, Kolbjorn? Esto es igual que en mi mundo. Responder como un soldado rígido, con violencia, no siempre es la mejor solución para tu gente. Eso es lo que hacen los grandes guerreros, que probablemente acaban muertos, dicho sea de paso. Pero para los líderes, el honor es una herramienta. Y si no lo entiendes, no eres más que un instrumento que está allí para ser utilizado y botado a la voluntad de tu padre.

—No sabes nada. Eres una forastera de otra época.

—¿No? Bueno, quizás no. Pero sé una cosa. Daría lo que fuera por salvar a mi madre. Lo que fuera. Como puedes ver, estoy dispuesta a robar, viajar en el tiempo y ofrecer cosas que jamás hubiera creído, como armas. Su vida depende de mí, y tengo una fecha límite. Nada de lo que

haces por tu padre basta y jamás bastará tampoco. ¿Cuándo vas a dejar de vivir siguiendo las reglas de tu padre y comenzarás a seguir las tuyas?

Kolbjorn se había puesto pálido de la ira. Oh, no. Se había pasado de la raya.

—¿Harías lo que fuera por tu madre? ¿Y a dónde te ha llevado eso? Primero, le has robado un huso de oro a tres ancianas. Acto seguido, robaste joyas de mi casa, sin preocuparte por que mi vida quedara patas para arriba. Luego robaste aún más joyas, un colgante que sería un regalo importante para ayudar a mi aldea. ¿Qué harás a continuación, Rachel? Estás viviendo la vida de una forajida. ¿Cuándo crees que acabarás con todo eso?

Rachel jadeó al oír las palabras que la desgarraron. Había dado en su punto más vulnerable, justo donde se negaba a mirar, porque si lo hacía, no sería capaz de hacer más nada. Y si su madre llegara a descubrir lo que estaba haciendo por ella, jamás podría mirar a su hija de la misma manera. Rachel le había mentido y le había asegurado que el dinero era de un benefactor anónimo, de un admirador de su trabajo.

Sin embargo, Kolbjorn tenía razón. Primero: no había pensado en su futuro más allá de salvar a su madre. ¿Qué haría cuando su madre se encontrara recuperada? ¿Para qué sería buena? ¿Para robar, hurtar y engañar? Había estado tan concentrada en cuidar de su madre durante los últimos seis años, que no había considerado qué le gustaría hacer con su vida. Y segundo: ¿qué había de las consecuencias? ¿Cómo habían impactado sus actos en las vidas de las personas a las que les había robado? ¿Cómo haría para mirar a su hermano y a su madre a los ojos?

Un sudor frío le cubrió todo el cuerpo. En ese instante se dio cuenta de que tenía los pies descalzos y, como se encontraba de pie sobre el suelo de tierra, los sentía como dos témpanos de hielo.

A pesar de todo, sentía que enfrentarse a todo lo que había hecho y a todo lo que le estaba pasando era mejor que ver el ataúd de su madre. El pensamiento hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Kolbjorn seguía furioso, pero su expresión se había suavizado un poco. Al verlo alto, orgulloso y honorable, se calmó. Era una roca, un hogar y un refugio. Y tenía razón. Ese hombre enorme y exasperante que veía a través de ella y la atraía como la gravedad… Se secó las lágrimas. Tenía miedo de dejar que alguien se le acercara al corazón porque no quería experimentar un dolor lacerante, pero era demasiado tarde. Eso era precisamente lo que había hecho.

—Si fueras mía —comenzó Kolbjorn—, te enderezaría, aún después de todo lo que has hecho. Te enderezaría como un hombre a su…

A Rachel se le tensó el estómago de un dolor dulce. El silencio quedó colgando entre ellos pesado y saturado. Una pequeña luz de esperanza se encendió en alguna parte de ella y le aceleró la respiración al tiempo que le producía una excitación que le hizo vibrar el cuerpo como un millón de luciérnagas.

La vena del cuello le pulsó al mismo ritmo violento que el corazón de ella. A Rachel se le secó la boca. Y la misma atracción que habían experimentado al estar cerca y que los había unido con tanto poder como la fuerza de la tormenta la hizo olvidar de todo lo demás.

—Si fuera tuya… Hazme tuya.

~

ESA FUE la única invitación que necesitó.

Se acercó a ella, la tomó en sus brazos y la devoró con la boca. La sintió helada, y decidió

hacerla entrar en calor. Había visto en sus ojos que se podía redimir, que sus palabras acaloradas habían hecho efecto. Había visto una herida oculta y un dolor que había sentido él mismo.

Si fuera suya… Ella lo deseaba tanto como él. Aunque no tenían un futuro, podían preocuparse por eso más tarde. Tenían ese momento. Y se encontraba en sus brazos. Todo era posible.

Mientras tuviera su piel contra la de ella y la sintiera cálida, hermosa y feroz con esas atractivas curvas, nada más existía. La deseaba como jamás había deseado a nadie ni a nada en el mundo. El deseo ardía en su interior, despertado como una bestia feroz que solo la necesitaba a ella. No podría respirar ni moverse. Su corazón no podría continuar latiendo si ella no era suya. Si no pudiera disolverse en ella.

Lo único que deseaba era hundirse en su interior estrecho, pero eso no bastaría. Necesitaba saborear cada instante, cada beso, cada movimiento de sus labios y caricia de su lengua, la plenitud de sus senos y la piel tersa de su vientre…

Le subió las faldas hasta la cadera, la levantó en sus brazos y la hizo envolverle las piernas alrededor de las caderas, de modo que su sexo quedó apretado contra su erección. La sensación lo hizo soltar un gruñido. No podía dejar de besarla, de saborear el aroma a manzana dulce de su cabello y la embriagadora esencia femenina que lo hacía endurecer aún más.

Sosteniéndola con un brazo, se abrió los pantalones con la otra mano y le apretó el miembro contra el trasero desnudo. Se le endureció aún más. Rachel se movió para frotarse contra él. Se acercó a él y se colocó sobre su erección, de modo que su humedad aterciopelada lo rodeó y le produjo un estremecimiento de placer en todo el cuerpo.

Era suya. Por todos los dioses, era suya. Esa hermosa mujer de otro mundo que acababa de darle vuelta la vida y se había adueñado de su corazón desde el primer momento en que la había visto era suya.

Se deslizó en su interior sujetándole el trasero con las manos y moviéndola sobre su miembro. Rachel movió las caderas al mismo ritmo de sus embestidas. Estaba tan húmeda y estrecha para él, que la fricción de los cuerpos moviéndose al unísono le hizo perder la mente.

—Mía —gruñó, mientras le apartaba los labios de la boca y bajaba la cabeza para depositarle besos húmedos y voraces en la oreja y el cuello e inhalar el delicioso aroma de su cabello.

—Sí —gimió Rachel—. Oh, sí.

Las embestidas eran devastadoras. Le produjeron placer y satisfacción, pero no le bastaron. Nada le bastaría para hacerla suya para siempre.

Las olas de dicha le invadían la sangre cada vez que se hundía más en su interior. Como el oleaje de una tormenta que se avecina, se hundió cada vez más rápido en un mar de placer. Las embestidas se tornaron más duras y urgentes, al igual que los gemidos de placer de Rachel.

El baile primitivo los elevó cada vez más, hasta que sintieron como si sus almas se hubieran conectado. Y cuando el orgasmo consumidor lo hizo estremecer, sintió los espasmos internos de Rachel que seguía moviéndose contra él y le intensificaban todas las sensaciones para hacerle olvidar todo excepto ese momento. Todo excepto la hermosa mujer valiente y feroz que tenía en sus brazos.

No recordó cómo regresaron al banco de dormir, pero luego del orgasmo, Rachel se acurrucó contra él, la envolvió en sus brazos y los susurros de «mío» y «mía» fue lo último que oyó antes de quedarse dormido.

CAPÍTULO
DOCE

Rachel sintió un cosquilleo en todo el cuerpo al tomar consciencia de los brazos de Kolbjorn envueltos alrededor de su cintura y del pecho que se inflaba y desinflaba pacífico contra su espalda. Sentía los músculos suaves, como si se los hubieran empapado con chocolate caliente. Unas lágrimas se le asomaron a los ojos, y una le rodó por la mejilla.

Sería la única lágrima que derramaría por él. Las emociones le batallaban en el interior. Sentía lágrimas de felicidad, alegría y de esa fuerte y profunda conexión física y trascendental con el primer hombre del que se había enamorado. Pero también lágrimas de pérdida, porque estaba a punto de traicionarlo.

Kolbjorn estaba profundamente dormido, y la tormenta había acabado. Rachel se marcharía para salvar a su madre, pero también para evitar que ese hombre le hiciera añicos el corazón.

No le temía a la muerte. Apenas se había recuperado cuando su padre se marchó, y ahora corría peligro de perder a su madre. Pero perder a Kolbjorn sería el fin de su alma. Y eso era lo que pasaría cuando la abandonara y la sacrificara para complacer a su padre. No veía otra alternativa y se lo había dejado claro.

Rachel se secó las lágrimas y le depositó un beso en el brazo fuerte que le envolvía los hombros.

—Lo siento —murmuró y comenzó a deslizarse debajo de él, centímetro a centímetro, hasta que apoyó los pies en el suelo. Se puso los zapatos y se colocó el abrigo por encima del vestido que nunca se había quitado.

Oyó algo que crujía afuera de la casa. Debía de ser el viento. A lo mejor se acercaba otra tormenta. La luz del día se colaba por el hueco del techo. Debían de haber transcurrido unas horas desde que Kolbjorn había intentado abrir la puerta. Tenía que darse prisa para regresar a casa antes de que le dieran el riñón a otra persona.

Rachel se arrodilló y, con las manos temblorosas, hurgó en la bolsa del cinturón de Kolbjorn hasta encontrar el colgante. Le dejó los zafiros para que no tuviera que regresar ante su padre con las manos vacías.

Un golpe suave contra la pared la hizo congelar y echar un vistazo en esa dirección, pero no vio más nada. Debía de tratarse de una rama meciéndose al viento. Kolbjorn seguía dormido y respirando profundo. A Rachel le hubiera encantado recostarse de nuevo en el banco de dormir con él y acurrucarse contra la calidez de su cuerpo grande, pero era imposible.

Le arrojó una última mirada y deseó tener una cámara delante de sus ojos para capturar para siempre esa imagen en su mente. A pesar de que había hablado en serio acerca de regresar y llevarle cosas, él no quería que lo hiciera porque estaba determinado a llevarla ante su padre. No podía arriesgarse. Tenía que marcharse.

Sin emitir ni un solo sonido, avanzó hasta la puerta y jaló para abrirla, pero no se movió. Qué extraño. Había esperado que la nieve se derramara en la cabaña. ¿Sería que la puerta estaba trabada por el hielo? Volvió a jalar con más fuerza, pero no logró abrirla.

De repente, oyó algo. Unas voces que provenían del exterior. Otro golpe contra la pared opuesta. Y otro más contra otro lateral. Rachel jaló de la puerta con frenesí, pero se sintió como si estuviera bloqueada del exterior. Inhaló olor a quemado y vio la línea de una llama que titilaba entre los tablones de las paredes. Se sintió horrorizada y salió volando al lado de Kolbjorn para sacudirlo.

—¡Kolbjorn, despierta!

Él abrió los ojos.

—¡La cabaña está en llamas! —A pesar del pánico, no podía mover los labios lo suficientemente rápido—. ¿Qué vamos a hacer? ¡La puerta está bloqueada!

Pero Kolbjorn parecía tranquilo. Tenía el ceño fruncido y miraba alrededor de la habitación para evaluar la situación. Luego reparó en ella y se tornó más gélido que el hielo antes de comenzar a vestirse.

—Te ibas a marchar. —La voz de acero la hizo estremecer. Miró la bolsa—. No está. No me sorprende.

A Rachel se le congeló la sangre. No porque temiera a la amenaza de su voz, ni porque estuviera adentro de una cabaña en llamas sin manera de escapar, sino porque había cruzado la línea. No podría regresar. El último destello de esperanza murió.

—No cambiarás —dijo con un tono desilusionado que la desgarró como una daga—. Y yo tampoco lo haré.

Con un movimiento rápido, le arrebató la bolsa y le cortó las tiras con el hacha. Rachel se aferró a sus manos mientras revolvía el interior, pero él movió las manos para quitárselas de encima como si fueran moscas, encontró el colgante y lo volvió a guardar en su bolsa.

Rachel lo observó como si fuera una película de terror en cámara lenta. Lo había perdido todo. El colgante, la oportunidad de salvar a su madre y el último indicio de esperanza de que Kolbjorn la amara. Ahora también estaba a punto de perder la vida en un incendio. El terror le paralizó el corazón. Sentía los brazos y las piernas débiles, como reducidas a gelatina, y le dolían los pulmones.

Por su parte, Kolbjorn parecía indiferente y se veía tranquilo. Avanzó hasta la puerta e intentó abrirla jalando con todas sus fuerzas. Sin embargo, era evidente que algo mucho más fuerte que él la trababa desde el exterior.

Una nube de humo gris comenzó a colarse por las hendiduras entre los tablones de las paredes, y Kolbjorn tosió. Tomó el trapo sucio de su farmacia improvisada, lo empapó en agua helada que se había derretido en un balde en la esquina y se lo entregó a Rachel.

—Cúbrete la boca y la nariz y respira. Y ni se te ocurra decir nada de la suciedad.

Rachel asintió con la cabeza. Se sentía entumecida por la conmoción y la sensación de pérdida, pero lo obedeció. En alguna parte de la mente, sabía que él tenía razón y que respirar a través del trapo húmedo la ayudaría a no sofocarse por el carbono. Pero él no tenía nada. El hecho de que hubiera antepuesto su bienestar por encima del suyo le derritió el corazón.

—Tenemos que salir. —Estudió el techo que habían arreglado la noche anterior.

—¿Estás considerando…?

—Sí, es la única manera de salir de aquí.

Se puso de pie sobre la misma banqueta que había utilizado para reparar el techo antes y comenzó a quitar los tablones. Qué ironía.

El fuego rugía detrás de las paredes que los rodeaban y el humo se espesó cada vez más hasta que Kolbjorn comenzó a toser. ¿Qué hacía Rachel parada como una estatua? Tenía que ayudarlo. Se sacudió el estupor, buscó el hacha para la leña con la que había cortado los clavos y la encontró detrás de una pila de madera. Movió la mesa hacia Kolbjorn y se paró sobre ella.

Acto seguido, se amarró el trapo detrás de la cabeza para poder valerse de las manos. Uno de los dos tenía que encontrarse bien por si el otro perdía la consciencia.

—¿Qué haces? —Kolbjorn tosió.

Se las había ingeniado para quitar la primera corteza, y la nieve se coló por el agujero y permitió el ingreso de una ráfaga de aire fresco en la cabaña.

—Te estoy ayudando. ¿Qué crees que estoy haciendo? —Rachel continuó moviendo el hacha. El trabajo era más arduo de lo que había anticipado, pero poco a poco se las ingenió para quitar la segunda corteza mientras Kolbjorn trabajaba en la tercera. La habitación estaba cada vez más cálida, y Rachel comenzó a sudar.

Kolbjorn tosía sin parar, y Rachel temía que le ardieran los pulmones de inhalar tanto humo. Por fortuna, por el hueco más grande se coló más aire fresco y, en breve, tuvo el tamaño suficiente como para permitirles salir.

Kolbjorn se puso de pie sobre la mesa y se subió a Rachel sobre los hombros para ayudarla a alcanzar el techo. Las paredes estaban en llamas, pero el techo seguía intacto: una gruesa capa de nieve lo cubría. Rachel se volvió para ofrecerle una mano y ayudarlo a salir.

Cuando Kolbjorn se encontró de pie a su lado, Rachel miró alrededor. Al lado de la puerta, a través del grueso humo gris, vio a unas personas.

Kolbjorn dijo:

—Iré primero y te atraparé. —Luego saltó sobre la nieve, gran parte de la cual ya se había derretido por el calor del fuego.

Rachel arrojó el hacha en la nieve y saltó. Se quedó sin aliento, pero la cabaña no era alta. Y cuando dejó atrás el calor que le mordía la piel y los brazos fuertes de Kolbjorn la atraparon, por fin exhaló. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Hay algunas personas…

—Ya lo sé. Son los hijos legítimos de mi padre. El hombre que intentó matarme en la cabaña del joyero es el mayor de mis hermanastros, y debe haber visto en qué dirección me marché. No quiero ni imaginar qué mentiras le habrá contado a mi padre.

Rachel tragó un nudo doloroso.

—Bueno, no nos vieron. Vámonos.

—Oh, no voy a huir. Quédate aquí. Esto es entre ellos y yo.

CAPÍTULO
TRECE

A Kolbjorn le latía el corazón acelerado contra los oídos. Los pulmones le ardían de inhalar el humo y los músculos estaban exhaustos del arduo martilleo contra el techo por lo que se había sentido como una eternidad.

Caminó hacia ellos sin ocultarse, y mientras emergía por la esquina de la edificación en llamas, vio a Alfarr, Ebbe y otros tres guerreros. Deberían haber sabido que Kolbjorn no podría ir muy lejos con esa tormenta. Además, ese era el único refugio cerca de la aldea de su padre.

A Kolbjorn le hirvió la sangre. Esos gusanos habían tenido la audacia de intentar matarlo. Por supuesto, como los cobardes que eran, habían intentado apuñalarlo por la espalda porque no tenían las agallas de enfrentarlo. Y ahora eran cinco contra uno.

Rachel tenía razón, sería un *jarl* inepto con su código de honor y la rigidez de sus creencias. Era tan bueno como un peón en un juego de *hnefatafl*, un guerrero que ejecutaba las órdenes de los *jarls* y reyes ingeniosos que manipulaban y traicionaban. Como esos dos.

Reconoció a los guerreros al lado de sus hermanastros: Ulf, Garpr y Haki. Había saqueado con ellos desde que se habían unido a la fuerza de su padre hacía unos años. A pesar de que nunca habían sido amigos, había confiado en ellos en una batalla. Y ahora tenía que enfrentarse a ellos porque su padre les había creído a sus hijos, las dos serpientes que habían querido matar a Kolbjorn desde el momento en que pudieron distinguir un hacha de una espada.

Esos hombres estaban descansados, mientras que él estaba exhausto. Además, estaban completamente preparados para una batalla con escudos, espadas, hachas y *seaxes*, mientras que él solo tenía un hacha.

«Odín, ¿será que hoy te conoceré?». No sería una mala muerte: tendría el hacha en la mano y estaría enfrentándose a sus verdaderos enemigos. Pero…

La sangre se le congeló en las venas y el aliento, en los pulmones. Se tambaleó un instante. Si moría, ¿qué le harían a Rachel? Los recuerdos de cómo se comportaba Alfarr con las mujeres durante los saqueos hicieron que se le estremeciera la piel.

No. No podía morir. Al menos, no hasta saber que Rachel se encontraba fuera de peligro lejos de ellos. Qué irónico: estaba haciendo de todo por salvarle la vida, pero si tenía éxito la llevaría delante de su padre. Echó un vistazo hacia atrás y la vio de pie con los ojos abiertos como platos y una nube de vapor saliéndole de la boca.

—Corre —le gritó—. Corre, Rachel. Ve a casa con tu madre.

—No te dejaré. Si te lastiman o algo aún peor… quizás te pueda ayudar.

—Corre.

Sin embargo, ella se limitó a negar tercamente la cabeza. Eso lo complació, pero también le hizo sentir una capa de sudor en la piel por temor por ella.

Que así fuera. La norna había tejido otro punto en el tapiz de su vida. Su mujer quería quedarse a su lado… Oh, por todos los dioses, ¿por qué pensaba en ella como su mujer? Como fuera, Kolbjorn prefería morir antes que permitir que le ocurriera algo.

Se tocó el Mjölnir, el martillo de Thor, para invocar la protección del dios de la batalla que jamás lo había abandonado ni le había permitido perder ni una sola pelea.

—¡Thor! —gritó al tiempo que se lanzaba como una lanza hacia sus enemigos.

Rugió mientras corría casi trepando entre la nieve que le llegaba hasta la rodilla y convocaba al sagrado rugido de batalla. Era uno contra cinco. La furia y el hacha eran lo único que tenía. Era difícil correr en la nieve y sería más difícil aún luchar en ese terreno. Pero había una cabaña en llamas, que podría ser su aliada o su mayor enemiga.

Se enfrentó a los tres guerreros mientras Alfarr y Ebbe se quedaban alejados y permitían que los otros hicieran su trabajo sucio. Ulf cortaba el aire con un hacha cerca de su rostro, pero Kolbjorn le perforó el hombro y lo pateó hacia el fuego. El guerrero soltó un grito agonizante. Garpr lo golpeó con el escudo desde un costado. Kolbjorn se tambaleó y casi se cayó, pero logró girar y la hoja de su hacha le cortó el pie al enemigo, que se cayó. Kolbjorn le quitó el escudo para protegerse, pero fue un error. Haki tomó ventaja y le desgarró el antebrazo con la espada. El dolor se sintió como un relámpago.

Oyó el grito que soltó Rachel y maldijo por lo bajo porque estaba seguro de que Alfarr y Ebbe también la habían oído. Se dio media vuelta y fue tras Haki blandiendo el hacha, que solo logró dar contra el escudo. Varias astillas salieron volando debajo de la hoja metálica. Su brazo herido lo estaba debilitando. Por lo general, a esa altura ya habría logrado perforar la madera.

Desvió la mirada hacia sus hermanastros y vio que solo Alfarr se encontraba de pie allí. La preocupación fue como una patada. Ebbe debía de estar corriendo tras Rachel. Cielos, esperaba que se hubiera ocultado o estuviera huyendo. Tenía que llegar a Ebbe antes de que la encontrara.

Tras soltar otro rugido, atacó a Haki, blandiendo el hacha como un herrero martilleando contra un yunque. Uno de los golpes, asestó en el objetivo y partió el escudo en dos. El siguiente dio en la cabeza del hombre. La sangre salpicó como una fuente, y el hombre se arrodilló antes de caerse de costado sobre la nieve.

Kolbjorn se retorció y, con la mirada, buscó a Ebbe y Rachel, pero no los veía por ningún sitio. Alfarr había comenzado a acercársele con un ojo negro gracias al golpe que le había dado Kolbjorn el día anterior. Alfarr apuntó al brazo herido, cosa nada sorprendente de ese despreciable gusano, pero Kolbjorn se escapó de su espada y le asestó un golpe por detrás con el escudo.

No podía matar a su hermanastro. A pesar de que se merecía la muerte por todo lo que había hecho, Kolbjorn sabía que su padre quedaría devastado. Simplemente no podía causarle semejante dolor. Alfarr no era un mal guerrero, y lo embistió con la espada hasta que casi le perforó el hombro. Kolbjorn se agachó y le asestó un golpe con el mango del hacha.

—¿Tienes miedo de derramar mi sangre, gusano? —gruñó Alfarr mientras le golpeaba el escudo y le embestía la espada hacia el espacio vacío entre el brazo y el cuerpo de Kolbjorn y casi le perfora una costilla.

—No te tengo miedo —escupió al tiempo que lo pateaba. Su hermano tuvo que dar un paso hacia atrás para evitar caerse. Al ver una oportunidad, Kolbjorn le desgarró el muslo, y la sangre se derramó como un rayo rojo. Alfarr se cayó de rodillas aferrándose la pierna mientras soltaba un alarido. Kolbjorn lo dejó y avanzó entre la nieve en busca de Rachel.

La cabaña seguía rugiendo, la tierra a su alrededor se había tornado negra y varias nubes de humo se alzaban contra el cielo blanco. Detrás de la casa, vio unas huellas anchas, y un

escalofrío lo embargó. Se apresuró hacia el sonido lo más rápido que pudo, enfrentándose al ventisquero con el corazón latiéndole desbocado en los oídos. Y de pronto los vio.

Ebbe se encontraba al lado de un árbol, y Rachel varios metros más arriba, abrazada al tronco del árbol como si fuera el mástil de un barco. Ebbe soltó una maldición y golpeó el tronco con su hacha, pero no tenía ninguna lanza ni ningún arco como para lastimarla.

—¡Aléjate, deshecho de Loki! —rugió Kolbjorn.

Los dos volvieron las cabezas hacia él. Ebbe se puso pálido y huyó. Kolbjorn lo persiguió, pero el hombre era más veloz que un ave. Además, no estaba herido ni tampoco acababa de luchar contra cuatro hombres.

Cuando comprendió que no iba a poder alcanzarlo, se detuvo apoyando las manos sobre las rodillas y exhalando varias nubes de vapor que le nublaron la vista. Los pulmones le ardían por el humo y el desgaste del ejercicio. Tosió con tanta fuerza que le dolió la garganta y se le desgarró el pecho.

—Por el trasero sudado de Loki —masculló cuando se le pasó la tos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Rachel, que comenzó a bajarse del tronco con cautela y soltando varias maldiciones—. ¿Quién iba a decir que bajarse de un árbol iba a ser más difícil que subirse a él? —masculló—. ¿Te encuentras bien?

Al final, saltó y se hundió de trasero en la nieve. Kolbjorn la ayudó a incorporarse.

—¡Estás herido! Déjame ver. —Se volvió para examinarle el brazo.

—No es nada.

—Alguien debe verla. Sí es algo. Estás sangrando mucho.

Se volvió a mirar el brazo.

—He tenido heridas peores. Vamos. Tenemos que llevar a Alfarr con nosotros. No lo puedo dejar aquí. Está sangrando mucho más que yo.

Avanzaron hasta el frente de la cabaña. Alfarr estaba acostado en la nieve, que se había tornado carmesí a su alrededor. Los otros tres guerreros yacían muertos. Rachel soltó un jadeo y se llevó la mano a la boca.

—Tenemos que sujetarle la cadera para detener la pérdida de sangre —masculló.

Kolbjorn la miró. Estaba más pálida que la nieve y tenía los ojos abiertos como platos. Parecía alguien que había visto la muerte por primera vez.

—Sí, yo lo haré. —Se arrodilló y arrancó un trozo del borde del delantal del vestido para hacer un vendaje, luego sujetó la pierna de Alfarr lo mejor que pudo. Tenían que darse prisa. Alfarr había perdido mucha sangre y tenía la piel grisácea y sudada.

—Tenemos que hacer un trineo. No podré llevarlo a casa a través de la nieve. Cortaré unas ramas de pino lo suficientemente anchas como para recostarlo sobre ellas.

—Te ayudaré —le dijo moviendo el hacha para la leña.

Kolbjorn la miró a los ojos y sintió un profundo alivio al verla sana. Su rostro hermoso le ofreció una sonrisa ancha que iluminó el día, y no logró ver más nada que no fuera ella.

No. Era una ladrona. Lo había traicionado, le había destrozado la esperanza que había sido tan tonto como para experimentar. Había tenido razón desde el comienzo. Tenía que ocultar sus sentimientos. No tenían un futuro, y sería mejor que lo recordara.

Rachel le sujetó el brazo y le produjo un cosquilleo.

—Me alegra mucho que te encuentres bien —le susurró con labios temblorosos.

Tenía el plexo solar y el pecho en llamas, desgarrados entre el deber hacia su padre y el amor hacia la mujer que amenazaba todo lo que había sido importante para él.

—No te alegres. No ha cambiado nada. Me has traicionado. Has jugado conmigo desde el

comienzo. Pero se acabó.

CAPÍTULO

CATORCE

La caminata pendiente abajo fue mejor de lo que Kolbjorn había esperado, pero, aun así, le resultó difícil. No tenían esquís, y la nieve se le colaba por cualquier hueco entre las botas y los pantalones. Jalaba del trineo sobre el que Alfarr yacía inconsciente. Rachel le había ofrecido ayuda, pero no podría jalarlo.

El brazo le dolía cada vez más, como si tuviera la herida encendida en llamas. El mundo estaba quieto y se había teñido de blanco a su alrededor, y el único sonido que acompañaba sus pasos era el crujir de la nieve cada vez que se les hundían las piernas en ella.

Kolbjorn no podía dejar de observar a Rachel. Se había dicho que tenía que asegurarse de que se encontrara bien, pero lo cierto era que estaba disfrutando demasiado la vista. Rachel jadeaba, tenía las mejillas de un tono rosado delicioso por la escarcha y el cabello oscuro le resaltaba los rasgos en contraste con la nieve. La imagen de ella sonrosada le recordó lo que le había hecho con las manos y el miembro y, a pesar de sí mismo, sintió una ola de deseo.

No hablaron. ¿Qué quedaba por decir? La estaba llevando ante su padre y, lo sabía. Kolbjorn se preguntó en qué estaría pensando. ¿Estaría intentando planificar el escape? Dudaba que se daría por vencida si se le presentaba la más leve oportunidad.

¿Qué haría su padre cuando llegaran? Kolbjorn sabía cómo lidiaba con los ladrones: les cortaba la garganta. Jamás había tildado a nadie de forajido, por más que ese era un castigo peor. Un forajido vivía al margen de la sociedad, y cualquiera tenía derecho a matarlo… o a hacer lo que le viniera en gana. Fuera lo que fuese.

Kolbjorn tragó un nudo duro. Se imaginó a Rachel de rodillas, la mano de su padre sujetándola del cabello y el *seax* apuntándole a la garganta. Sintió una sensación de agonía en el vientre ante la imagen y quiso soltar un aullido. Se le estremeció la piel ante la idea de vivir en un mundo sin ella. Le ardieron los pulmones y la garganta, como si un enjambre de avispas enfadadas lo estuvieran picando por dentro.

Rachel tenía razón. Era demasiado rígido. ¿Habría algo que pudiera hacer y le permitiera salvarla al mismo tiempo que su padre recuperara el colgante y ella salvara a su madre? ¿Podría dejarla marchar? ¿Podría decirle a su padre que había huido, pero que había logrado recuperar el colgante? Ella se marcharía. La idea le hizo sentir una angustia que le retorcía el vientre como una mujer escurriendo una prenda de ropa. Se convertiría en un mentiroso, pero al menos estaría viva.

Abrió la boca para decir algo, pero Rachel lo detuvo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

La aldea se encontraba más adelante, y ya podía ver las paredes oscuras de las casas. La arboleda sagrada se encontraba a una corta distancia de allí. Delante de la arboleda, vieron a

varias personas en esquís.

Kolbjorn se movió al lado de ella para adoptar una posición protectora.

—Mi padre y sus hombres —le respondió sintiendo como si un peñasco se le hundiera en el estómago.

~

RACHEL SE QUEDÓ congelada y sintió como si estuviera atrapada en las vías de un tren que se dirigía hacia ella a toda velocidad.

—Aún tengo tiempo de huir —dijo con la voz estrangulada—. Cúbreme. Déjame ir.

—Es demasiado tarde —le dijo Kolbjorn con la voz apenas audible—. Ya te ha visto.

Los pies se le negaban a moverse, pero, para su sorpresa, tener a Kolbjorn a su lado la tranquilizaba. Acababa de salvarla del fuego y de su hermanastro. ¿La salvaría de su padre?

Los hombres en esquís se aproximaban rápido, y varios perros ladraban alrededor de ellos. Al ver tantas armas, a Rachel se le cerró la garganta como un puño. Jamás había estado tan cerca de una muerte asegurada.

El *jarl* Bjorn se encontraba delante del resto. Rachel solo lo había visto una vez, desde la distancia, pero era un hombre que no se olvidaba. Era la imagen típica de la palabra «vikingo»: rubio, de cabello largo, estoico, espalda erguida, hombros anchos y más poderoso que tres hombres modernos juntos. Sintió escalofríos en la columna vertebral y se sintió pequeña bajo su mirada penetrante. Los ojos de alguien que había reinado la vida y muerte de mucha gente la miraban, y en ellos se encontraba su destino. No se veía bien.

Ebbe se encontraba al lado de su padre cubierto en nieve y jadeando.

—¡Mira, padre! ¡Casi mató a Alfarr!

El *jarl* Bjorn posó la mirada en el trineo a espaldas de Kolbjorn y frunció el ceño al tiempo que una máscara de preocupación le deformaba el rostro orgulloso.

—¿Está vivo? —preguntó.

—Sí, pero necesita ayuda de inmediato —repuso Kolbjorn.

El *jarl* asintió con la cabeza, y tres hombres se acercaron para llevar el trineo con Alfarr hacia la aldea.

—¿Es cierto? ¿Casi lo mataste? —le preguntó el *jarl*.

—Sí, porque tus hijos intentaron matarme primero. Incendiaron la cabaña de caza, donde me refugié de la tormenta.

—Ebbe te vio con ella, la mujer que robó todo. Sabemos que estás detrás de todo. Los envié yo.

Rachel contuvo un jadeo. Kolbjorn asimiló la noticia con el mentón en alto y un dejo de dolor en los ojos, pero se apresuró a ocultarlo. Se llevó la mano a la bolsa de cuero en el cinturón.

—Tus hijos son gusanos traidores. Alfarr me atacó en secreto e intentó matarme para hacerme parecer culpable. —Miró a su padre—. Y parece que lo logró.

El *jarl* soltó un suspiro.

—No he dicho que les haya creído.

—Pero los enviaste a quemarnos vivos.

—Les pedí que te encontraran a ti, a la ladrona y al colgante. No sabía si habías sobrevivido la tormenta de nieve —repuso con la voz casi quebrada—. ¿Dónde está el colgante?

Kolbjorn apretó la mandíbula y miró a Rachel con una mezcla de calor y preocupación que le

hicieron vibrar el cuerpo de esperanza. Intercambiaron un mensaje en silencio. Todo y todos dejaron de existir, solo quedaron él y ella, que le pedía que la escogiera. Rachel intentó recrear la misma atracción que habían sentido los dos la primera vez que se vieron, como si fuera una bruja, una hechicera, y pudiera lograrlo de solo desearlo.

Pero el fuego se murió en su mirada, y supo incluso antes de que sacara el colgante de la bolsa que había fallado. Tenía el pecho tenso y herido, como si se lo estuviera apretando un tornillo de banco. Lo había perdido. Kolbjorn había perdido la batalla contra sí mismo. Había escogido a su padre.

El colgante destelló en sus manos: era oro puro con patrones de ramas enredadas, los cuerpos de bestias y dragones gruñendo y, entre ellos, Freyja, la diosa del norte. Era una joya tan delicada que parecía hecha de lazo de oro. Los detalles de los rostros, los ojos y los cuerpos eran tan precisos que parecía como si se hubieran quedado petrificados y pudieran volver a moverse en cualquier momento. Varios rubíes, esmeraldas y diamantes decoraban los ojos de las bestias, la corona de flores de Freyja y sus prendas de piel. Las piedras preciosas eran de diferentes tamaños, y ahora que lo había visto con sus propios ojos, Rachel sabía que se vendería en cien mil dólares con facilidad. Pero podía obtener mucho más. Era impresionante. No obstante, lo más importante era que salvaría a su madre.

El oro y las piedras preciosas eran los únicos colores en contraste con la blancura que los rodeaba, y todos tenían los ojos puestos en la mano de Kolbjorn. Rachel echó un vistazo hacia la arboleda sagrada, que se encontraba a unos pocos metros de distancia. Hasta podía ver la piedra. ¿Podría tomar el colgante y salir corriendo? ¿Podría llegar a la piedra a tiempo? La última vez no había funcionado, de modo que podría estar sentenciándose a una muerte rápida bajo un hacha vikinga.

Se puso tensa al tiempo que el cuerpo se le llenaba de adrenalina y se preparaba para echar a correr. Sin embargo, Bjorn tomó el colgante y se lo guardó entre los pliegues del abrigo. La desilusión y la desesperación la invadieron como si se estuviera hundiendo en una piscina de lava hirviendo. Al ver al *jarl* a los ojos fríos y furiosos, se quedó petrificada.

—Veo que no eres ningún traidor, Kolbjorn. Has traído a la ladrona y devuelto el colgante.

A Rachel se le formó un nudo en el estómago. Los ojos del jarl le prometían la muerte.

—No perdono a quienes me hacen quedar como un tonto delante de un rey. Y, en especial, a quienes amenazan mi posibilidad de convertirme en uno también.

Dio un paso hacia Rachel y la tomó del brazo. Ella soltó un grito de terror y se quedó congelada. Luego retorció el brazo para intentar liberarse y huir. Sin embargo, el *seax* brillaba en la mano del *jarl*, que la hizo volverse con un movimiento rápido y experto. Así le dio la espalda y enfrentó a Kolbjorn y los otros guerreros y se hundió de rodillas en la nieve al mismo tiempo.

—Que lo sepan todos. No hay perdón para ladrones en mi reino. Díganle a todo el mundo lo que le ocurre a quienes me quitan lo que me pertenece.

Rachel sintió la hoja gélida y afilada contra la garganta y se le aceleró el pulso. Se rebatió contra él, intentó luchar por su vida, pero Bjorn le pasó un brazo que bien pudo haber sido de acero alrededor de los hombros. Luego le apretó la hoja contra la piel.

Era el final. La muerte había ido por ella. Era el momento de recibir su castigo.

—Lo siento mucho, mamá —susurró con unas lágrimas nublándole la vista. Pero, a través de las lágrimas, vio a Kolbjorn. Al menos moriría mirando a los ojos al hombre que amaba. Al menos, en su vida corta y estúpida, había sentido lo que era amar a un hombre y compartir un momento corto e intenso de felicidad con él.

Kolbjorn la observó. Su rostro era una máscara de terror y angustia.

«Está bien», quiso decirle. «Estoy bien».

Cuando el *jarl* alzó la hoja hacia un costado para dar el golpe que le abriría la garganta, Rachel se preparó para su último momento de vida.

CAPÍTULO

QUINCE

—¡Detente!

Kolbjorn se oyó gritar la palabra que había estado gritando en su cabeza. Tenía que detener eso. Ver a Rachel a punto de morir rompió algo en su interior. No podría vivir consigo mismo si permitía que su padre matara a la mujer que amaba.

Rachel tenía que vivir, aunque eso implicara traicionar a su padre. Tenía que vivir, aunque implicara romper el código de honor por el que había vivido toda su vida. Tenía que vivir, aunque su padre jamás lo aceptara, aunque lo matara, aunque lo convirtiera en un forajido.

Su padre alzó la mirada para verlo irritado por la interrupción.

—¿Qué? ¿Por qué?

A Kolbjorn se le formaron unas gotas de sudor en la frente. Jamás había tenido que mentir, jamás había tenido que engañar a nadie. Eso era nuevo, y Rachel había tenido razón cuando le dijo que no podría lograr nada con su honor. En ocasiones, había que ser un embustero. Y, en ese momento, intentó serlo.

—Detente, *jarl*. Es una bruja. Estás cometiendo un error al matarla.

—¿Por qué?

Como la experiencia de mentir era completamente nueva para él, tuvo que buscar explicaciones verosímiles.

—Hay más tesoros en su tierra de origen.

A Rachel se le agrandaron los ojos y el rostro se le puso pálido. Estaba orgulloso de ella; aceptaba la muerte como toda una guerrera: con estoicismo y la cabeza en alto, sin rogar ni humillarse.

—¿De qué hablas?

—La avispa de hierro, la comida y las bebidas, la diosa que bailaba en el aire… es todo obra de ella. Es una bruja. Nos engañó con su magia.

Bjorn la sujetó con más fuerza.

—Sí, es una bruja, y debe morir. Ni una *völva* me roba y sale con vida.

«Loki, dios de las travesuras, ayúdame. Siéntate en mi hombro y susúrrame las palabras que salvarán a la mujer que amo». No sabía si Loki oyó su plegaria o no, pero, de algún modo, se le comenzó a formar una mentira en la cabeza.

—Pero puede traer más tesoros. Tesoros que valen cinco veces más que el colgante de las auroras boreales.

El *jarl* lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo puedes demostrar?

Kolbjorn asintió con la cabeza y extrajo la bolsa transparente con los zafiros que tenía

colgando del cinturón. Las piedras preciosas brillaron con más intensidad que antes gracias al contraste con la nieve. Se acercó a su padre con los zafiros en la palma abierta. Su padre apartó el *seax* de la garganta de Rachel, y Kolbjorn pudo respirar más tranquilo. El *jarl* tomó la bolsa y metió un dedo para tocar las piedras preciosas.

—Parecen reales. ¿Por qué me robaste mis joyas si tienes esto, bruja? —le preguntó a Rachel.

—Le gustan las joyas. Es adicta a ellas. Tiene la materia prima, pero no tiene este tipo de belleza, este tipo de joya artística que has mandado a hacer.

—Pero ¿por qué las robaste? ¿Por qué no las intercambiaste?

—Porque Loki es su dios y le dijo que haga travesuras —repuso Kolbjorn.

Tejer mentiras era difícil para él. Era más difícil que luchar contra diez hombres y matarlos. Cada palabra era como una piedra húmeda y resbaladiza, y tenía que escoger con mucha cautela dónde se paraba.

Su padre lo miró durante un instante largo con los ojos entrecerrados. Kolbjorn no apartó la mirada, pero sintió el sudor que le bajaba por la columna vertebral. Su padre lo descubriría. Vería las mentiras en su rostro. Lo conocía como nadie más. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y bajó la mirada a Rachel.

—Es difícil de creerlo, pero jamás he oído ni una mentira de ti, Kolbjorn. Si tú lo dices, te creo. Y si hay más tesoros, debo tenerlos. ¿Qué dices, bruja? ¿Cambias tu vida por más de estas piedras preciosas? —Movió la bolsa en el aire.

Rachel asintió con la cabeza, y a Kolbjorn se le escapó una nube de humo de la boca. Era la primera vez que le mentía a su padre. Se sentía más sucio que la axila de Loki, pero Rachel seguía viva, y eso era lo único que importaba. Ahora tenía que lograr que regresara a su época con la joya.

—Necesita el colgante.

—¿Qué has dicho?

—Para el hechizo —se apresuró a añadir—. De lo contrario, no funcionará.

El *jarl* Bjorn la estudió con cautela, y Kolbjorn pensó que le diría que no y la volvería a sujetar. En esta ocasión, no la dejaría ir. Bjorn estudió los zafiros. Se llevó una mano al interior del abrigo y extrajo el colgante, pero no se lo entregó.

—¿Cómo puedes demostrar que regresarás con más tesoros?



RACHEL TRAGÓ CON DIFICULTAD. Se metió la mano en el abrigo y tomó el colgante de plata que tenía alrededor del cuello. Lo abrió, se lo quitó y se lo colocó en la palma temblorosa para que Bjorn lo viera. Separarse de ese colgante era como separarse de su madre, de su infancia y de una parte integral de su ser.

—Es de mi madre —pronunció las palabras como un susurro doloroso.

Bjorn lo estudió, luego lo tomó y lo examinó.

—Es un simple colgante de plata. No se puede comparar con el de las auroras boreales.

—Pero significa todo para mí. Regresaré por él. —Le echó un vistazo a Kolbjorn, que la observaba con tal intensidad que creyó que le encendería la piel en fuego.

El *jarl* asintió con la cabeza y colocó el colgante de las auroras boreales en las manos de Rachel, que sintió como si dejara un trozo de su corazón con el colgante de plata. Sin embargo, era el precio a pagar por la vida de su madre.

Sin dejar de temblar, con la espalda tensa, los hombros doloridos como si un tornillo de banco se los estuviera apretando, Rachel avanzó tambaleándose entre la nieve hacia la arboleda y la piedra que se veía negra contra la blancura que la rodeaba. Sintió la mirada pesada del *jarl* encima.

—Regresa mañana —le dijo a sus espaldas, y casi se retorció—. En una semana es la fiesta de Yule.

—Mañana —acordó con la respiración agitada y temblorosa. Como era una mentira, no quería mirar a Kolbjorn.

Continuó avanzando, y Kolbjorn se le acercó. El resto de los guerreros y el *jarl* también la siguieron. Estaba consciente de la figura alta de Kolbjorn que caminaba a su lado, y, a pesar de que no era posible, sentía como si su presencia le infundiera calor.

No podía creer que Kolbjorn hubiera mentido y que hubiera engañado a su padre por ella. La había escogido. Una ola de calor se le extendió por todo el cuerpo, y la alegría le burbujeó en el estómago. Él la había escuchado. No seguiría cumpliendo las reglas de su padre. Al comprenderlo, quiso sonreír, pero se contuvo por temor a hacer algo que llevara a Bjorn a dudar de sus intenciones.

El rostro de Kolbjorn era una máscara de piedra. Tenía el ceño fruncido, los ojos clavados al frente, pero sin concentrarse en ningún punto en particular. Parecía tenso. ¿Acaso a él también le dolerían los hombros?

La piedra con las runas se encontraba muy cerca cuando Rachel por fin comenzó a creer que de verdad se marcharía con el colgante en la mano y viva. También tuvo la certeza de que se alejaría de Kolbjorn.

El temor y la adrenalina que le habían inundado el cuerpo desde el día anterior y, en especial, durante las últimas horas desaparecieron. Estaba a punto de perder a Kolbjorn para siempre. Un absorbente y desgarrador tornado de dolor comenzó a girar en el centro de su ser. Se llevó una mano al vientre en el intento vano de calmarlo.

Él todavía se encontraba a su lado, y al poco tiempo se detuvieron delante de la piedra. Solo se veía un tercio de la superficie debajo de la pila de nieve. Y, aunque Rachel quería marcharse, y tenía que hacerlo, la piedra por la que casi había luchado hasta la muerte el día anterior ahora parecía una promesa de fatalidad.

Se volvió hacia Kolbjorn. El vapor le salía de la boca y la nariz con un ritmo rápido e inestable. Los ojos avellanados se veían serios. Parecía como si quisiera decir algo, pero se estuviera conteniendo.

Rachel tenía que marcharse, bajo ningún punto de vista podría quedarse ya. Y, aunque su madre se encontrara bien, no pertenecía allí, en esa época o con él. ¿Cierto?

Tragó con dificultad. El corazón le sangró al mirar a Kolbjorn, alto, hermoso y amable. Se había enamorado tan profundamente de él que no estaba segura de que sus sentimientos tuvieran final. Sin embargo, no podía aguardar ni un minuto más. Había muchos vikingos allí que no le despegaban los ojos de encima. Y tenían hachas y espadas y los rostros llenos de desconfianza.

No podía quedarse ni un minuto más porque con cada instante que pasaba, era más difícil dejarlo. El remolino de dolor en el vientre se aceleró y la consumió cada vez más.

Por eso, se apoyó contra Kolbjorn y buscó sus labios para plantarle un último beso desesperado a pesar de que todos la estuvieran mirando. En respuesta, la envolvió en sus brazos y la apretó en un abrazo demoledor.

—Te amo —le confesó en un susurro y le empapó la oreja con sus lágrimas.

Luego, sin mirarlo a los ojos, lo empujó para apartarse de él, y la soltó. Se volvió hacia la

piedra, colocó las manos sobre la superficie áspera y las hundió en la nieve. El hielo le quemó las palmas.

Y, cuando comenzó a absorberla una sensación giratoria, se volvió para mirar a Kolbjorn por última vez. El mundo comenzó a desaparecer, hasta que lo único que vio fueron sus ojos, como la primera vez que se conocieron y la eternidad los conectó, a pesar de que la oscuridad comenzó a abarcar todo lo que la rodeaba.

Hasta que no hubo más nada.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Chicago, 24 de diciembre de 2018

LAS LUCES del árbol de Navidad destellaban en la penumbra de la noche en el patio trasero de Rachel. Tanto ella como su madre y James estaban sentados alrededor de una fogata improvisada y asaban perros calientes y malvaviscos, su cena navideña completamente inusual, pero de lo más divertida.

Rachel experimentó una sensación de gratitud en el pecho al ver el tinte rosado en las mejillas de su madre y el rostro concentrado de James. Todo gracias a Kolbjorn.

—Mamá, ¿quieres más té? —le preguntó Rachel al tiempo que tomaba el termo que se encontraba al lado de su silla.

—No, Rachel, estoy bien. —Kendra jaló del borde de la manta que le cubría casi hasta el pecho. Había subido de peso y recuperado el color en el rostro. Los ojos le habían vuelto a destellar, y la semana anterior había insistido en teñirse el cabello de color caoba. Como solían hacer antes, Rachel se lo tiñó.

—¿Tienes frío? —Rachel se inclinó hacia adelante para tomar otra manta o ayudarla a levantarse para ir dentro.

—Me encuentro de maravilla. Hacer una fogata y cocinar perros calientes y malvaviscos para celebrar Navidad ha sido una idea excelente, tesoro.

James extrajo el palo con unos perros calientes de la fogata y los sirvió en el plato que tenía en el regazo.

—¿Quién quiere otro?

—¡Yo! —exclamó Kendra, y Rachel frunció el ceño.

—¿No te va a hacer mal comer tantos perros calientes?

Su madre hizo un ademán y tomó el pan de las manos de James.

—Lo estoy pasando muy bien —le dijo con la boca llena—. Me siento entera y sana otra vez. Creo que mañana será el día en que regrese a la joyería.

—¡Qué bueno, mamá! —exclamó James mordiendo su perro caliente.

Rachel sonrió. Quizás su madre estaba lista para volver a trabajar. La canción *I'll be home for Christmas* sonaba de fondo en el móvil de James. Rachel tomó una profunda bocanada de aire y se llenó de paz. Se apoyó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Inhaló el aroma a perros calientes, leña y vino tinto. Ese aroma siempre le recodaría al hombre que jamás volvería a ver. El hombre que anhelaba más que a su próximo aliento. Kolbjorn.

Habían pasado poco más de tres meses desde la cirugía. Tres meses de esperanza,

preocupación y angustia que se habían enraizado en el corazón de Rachel desde el día en que se alejó de Kolbjorn. Cada día, se había sentido desgarrada entre la alegría de ver a su madre recuperándose y la pérdida de abandonar al hombre que amaba. A menudo, se quedaba con la vista perdida en el espacio pensando en Kolbjorn y sintiendo que algo significante le faltaba en la vida, que había perdido una parte de su alma en alguna parte del camino. Y sabía exactamente dónde: en la Noruega del siglo IX.

Ahora su madre se encontraba bien, y el riñón estaba funcionando. James, que siempre había sido bueno para la tecnología informática, se había graduado de la secundaria más temprano y comenzaría a trabajar en enero como un desarrollador web mientras estudiaba en una universidad en línea. A pesar de que Rachel había insistido en que aplicara a un curso presencial de tiempo completo y se dedicara solo a estudiar, él le había dicho que era lo suficientemente mayor como para ganar dinero, y que ella no era la única que quería apoyar a la familia. Era hora de que él también lo hiciera. Rachel respetó su decisión, aunque no estuviera de acuerdo. Pero sabía que no tenía que cuidarlo. Su hermano iba a estar bien.

—Me voy a dormir —anunció James.

—En otras palabras, es hora de hacer una videollamada con la novia… —lo provocó Rachel con una sonrisa.

James se sonrojó. Se puso de pie y le dio un beso en la mejilla a su madre antes de revolverle el cabello a Rachel y dirigirse hacia la casa.

—Sigues siendo un niño —le dijo Rachel a sus espaldas mientras se peinaba el cabello. Cuando su hermano desapareció, sintió los ojos de su madre encima—. ¿Qué sucede?

—¿Tú no tienes a nadie con quien hacer una videollamada?

Rachel sintió que le ardían las mejillas. ¿Cómo podía ser tan intuitiva su madre?

—No —repuso. Técnicamente, era cierto. Sería imposible hacer una videollamada con Kolbjorn. Pero Rachel sabía que la pregunta de su madre no era tan literal—. Pero tengo alguien a quien quiero.

—Sabía que esas miradas perdidas al borde del llanto significaban algo. ¿Quién es? ¿Acaso es el que te conectó con el filántropo anónimo que pagó la cirugía?

Rachel sintió unas lágrimas inoportunas que le hacían arder los ojos.

—Sí, me ayudó.

—Bueno, ¿y dónde está? ¿Lo puedo conocer?

¿Cómo debía responder eso?

—No lo creo, mamá.

—Háblame de él.

¿Qué le hablara de Kolbjorn? ¿Por dónde podía comenzar?

—Es increíblemente apuesto. Y fuerte. Y de lo más terco. —Se rio y se secó las lágrimas—. Y tiene un corazón gigante. Nunca conocí a nadie como él, y nunca volveré a hacerlo. Teníamos una conexión que detenía la tierra, implosionaba estrellas y nos calaba hasta el corazón. Y de no ser por él, no estarías aquí.

Y ella tampoco, pero no se lo contó a su madre, que la miraba con ternura y le sonreía.

—Nunca tuve nada similar con tu padre —le dijo.

Rachel se enderezó.

—¿Cómo has dicho?

—Lo amé, pero no era nada como lo que describes. Ese hombre suena muy especial, Rach. ¿Por qué no pueden estar juntos?

Rachel abrió la boca para responder que tenía que estar allí, en esa época, para asegurarse de

que su madre se encontrara bien, para asegurarse de que tuvieran dinero, para cuidar de James… Pero al ver a su madre sonreír y comer perros calientes mientras planificaba regresar a trabajar al día siguiente, ya no estaba segura si la familia la necesitaba tanto. James también iba a trabajar y a estudiar. Y todo parecía indicar que su madre iba a estar bien. Pero ¿qué había de Rachel? ¿Estaría bien?

—No podemos estar juntos porque….

Pero el único motivo que se le vino a la mente era que no tenía más el huso de oro. Cuando había regresado con el colgante, el huso había desaparecido. Y, sin importar lo mucho que lo hubiera buscado, no lo encontró por ningún sitio.

—¿Por mí? —le preguntó Kendra—. Tesoro, estoy bien. Has hecho de todo por mí… de todo y más también. Puedes vivir un poco.

Rachel casi se ahoga con una carcajada de alegría.

—Mamá, no te estás interponiendo en mi felicidad. Es más complicado.

—¿Qué cosa es complicada?

—No… tengo la manera de encontrarlo.

—Oh. ¿Y si la tuvieras?

Rachel consideró la pregunta. ¿Qué haría si tuviera el huso de oro? ¿Regresaría con Kolbjorn? ¿Abandonaría a su familia y las comodidades de la vida moderna, la lujosa seguridad de la sociedad en la que vivía? ¿Y qué había del *jarl* Bjorn, que había querido matarla? Para su sorpresa, una respuesta fácil le afloró al corazón.

—Sí —le dijo—. En un parpadeo.

Su madre le sonrió.

—En ese caso, deberías encontrar el modo.

—Pero ¿y si requiere que jamás te vuelva a ver a ti o a James? ¿Y si nunca más puedo hablar con ustedes?

Su madre frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo puedo explicar. Pero respóndeme. ¿Aun así querrías que encontrara a ese hombre?

Su madre se le acercó y le tomó las manos entre las suyas. Tenía las palmas cálidas y la envolvieron y la hicieron sentir mejor.

—Tesoro, cuando eché a tu padre…

—¿Qué has dicho?

Kendra soltó un suspiro.

—Sí, lo siento. Nunca te lo dije porque no quería que tuvieras esperanzas de algo que jamás iba a ocurrir. Lo eché porque se había involucrado con el crimen organizado, y no lo quería más cerca de ti. Lo eché, y cuando asumiste que te había abandonado, no te corregí porque no quería que lo buscaras. Quería protegerte a ti y a James. Me sentí fatal. Me rompió el corazón que comenzaras a detestar a tu padre, pero era mejor que arriesgar tu vida.

—No escogió marcharse. ¿Lo echaste?

La confesión la golpeó como un tren. La mente se le aceleró al tiempo que recordaba todas las ocasiones en que había llorado por él, todas las veces que se había prometido que jamás volvería a querer a nadie y los momentos en que se preguntó por qué su padre había decidido que ya no los quería. Pensó en lo mucho que la aterraba dejar que se le acercara alguien porque podría perderlo algún día. Pero, lo más importante, era que había temido permitir que Kolbjorn tuviera un lugar en su corazón. Pero él no la había abandonado, sino que la había escogido.

—Sí —dijo su madre—. No quería que estuvieran en peligro por culpa de él, y no quería que

aprendieras nada acerca de crímenes.

Era demasiado tarde para eso, pensó Rachel, y la culpa le pesó en el pecho como una piedra.

—Entonces, no nos abandonó —dijo en voz alta—. Nos estabas protegiendo.

—Sí, tesoro.

Rachel pensó que tenía que estar enfadada con su madre. ¿Por qué no se lo había dicho antes? Pero ella jamás le había contado lo que había hecho y lo lejos que había ido para salvarle la vida.

No necesitaba temer más. Algo en su interior sanó. Y sintió como si todo estuviera bien en el mundo, excepto una cosa. No había ningún tipo de comodidad moderna o cercanía con su familia, sin importar lo mucho que los amara, que pudiera compensar el hecho de que la vida de Rachel jamás estaría completa sin el hombre que era dueño de su corazón y su alma.

Y por microscópica que fuera la oportunidad de encontrar la manera de regresar a su lado, tenía que tomarla. Su misión allí estaba completa. Ahora podía marcharse. No podría vivir consigo misma si no intentaba ver si la felicidad yacía más de mil años en el pasado con un vikingo.

—Tienes razón, mamá —dijo Rachel incorporándose de un salto—. Tengo que encontrarlo.

—¿Dónde? ¿En Tayikistán?

Rachel se rio.

—Sí, algo similar. ¿Aún querrías que lo hiciera, sabiendo que sería feliz con él pero que jamás me volverías a ver?

—¿Me puedes garantizar que no es un criminal?

—Sí —repuso Rachel con una sonrisa. Kolbjorn no era ningún criminal… bueno, por tratarse de un vikingo. Con amargura, Rachel pensó en la ironía de todo: ella era la criminal. Esperaba que su madre jamás se enterara de la verdad acerca de cómo había conseguido el dinero para la cirugía. Y, sin embargo, Rachel lo volvería a hacer de vuelta de ser necesario.

A Kendra se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entiendo —le aseguró asintiendo con la cabeza—. Y la respuesta es sí, tesoro. Cuando eres madre, es muy difícil dejar ir a tus hijos. Pero tú eres toda una adulta. Has sido una madre para mí en los últimos seis años. Y me has salvado la vida. Te echaré de menos a cada segundo, Rachel, pero tienes que vivir tu propia vida. No puedes vivirla por mí. Tienes que vivirla por ti.

Rachel le dio un fuerte abrazo.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti. Y te esperaré todos los días de mi vida, pero saber que eres feliz es todo lo que necesito.

Rachel se quedó un rato más con su madre, disfrutando de su compañía y pensando que acababa de recibir el regalo más preciado de Navidad. Podía regresar con Kolbjorn. Si todo iba bien, esa sería la última Navidad que pasaría con su familia y quería saborear cada momento.

Luego de apagar la fogata y limpiar, Rachel se dirigió a su habitación sintiendo un aleteo en el pecho como una bufanda al viento. Miró alrededor de la habitación que había sido su oasis durante toda su vida: las paredes de color lila con carteles de estrellas de fútbol, la jamba con las marcas de su altura mientras crecía, el escritorio con el viejo ordenador portátil de su padre, que era grueso y pesado como un maletín. Había fotografías de los cuatro acampando juntos en el que había sido uno de los días más felices de su infancia, antes de que su padre se hubiera marchado y antes de que su madre se hubiera enfermado. Rachel debería llevárselas con ella.

Se sentó en su cama y pasó los dedos por el edredón plateado que le había tejido su madre. Decía su nombre con las mismas letras doradas del colgante. Quizás se lo llevaría también. El

corazón se le ciñó de dolor al despedirse de su vida.

Varias lágrimas se le acumularon en los ojos, y con una sonrisa en el rostro de pensar en el futuro que la aguardaba con Kolbjorn… o eso esperaba.

Al cabo de un rato, se secó las lágrimas, abrió el ordenador portátil, que tardó al menos cinco minutos en cargar, y comenzó a buscar sitios en los que podrían estar ocultas las nornas en esa época en Chicago.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Buskeland, Noruega, 24 de diciembre de 874 d. C.

—NO TODOS los días un hombre recibe a un nuevo hijo. —La voz del *jarl* Bjorn resonó por todo el gran salón en el festival de Yule.

Las voces presentes en el banquete se apagaron, y hasta el rey, que estaba sentado a su lado, lo escuchó.

El día siguiente a la partida de Rachel, su padre se dio cuenta de que era la primera vez que Kolbjorn lo había engañado. Kolbjorn recordaba que su padre lo había mirado fijo como si lo estuviera viendo por primera vez.

Tras recibir trescientos zafiros, Eirik se había convertido en el nuevo aliado del *jarl* de buena gana.

El *jarl* continuó:

—Y es incluso más raro cuando ese hijo es un adulto. Pero solo cuando los dioses interfieren, ese hijo es épico. Hoy es mi día de suerte, porque Kolbjorn, a quienes muchos conocen como mi bastardo, se unirá a los lobos de mi clan y se convertirá en parte de esta familia.

Kolbjorn había estado comiendo en el medio del salón con Modolfr y sus hermanos de armas, escuchando sin entusiasmo sus conversaciones. Pero lo único que oía eran las palabras que le había dicho una ladrona de cabello caoba antes de desaparecer y llevarse su corazón con ella. «Te amo».

Al principio, no logró comprender el significado de las palabras de su padre. Luego sintió todos los ojos en el salón como dedos inquisitivos, y miró alrededor hasta que por fin comprendió lo que había dicho el *jarl*. Las palabras que había anhelado oír durante toda su vida. Kolbjorn se incorporó de un salto con una expresión de piedra en el rostro y apretando los puños. Abrió la boca para dar el discurso que había practicado tantas veces en su cabeza a lo largo de los años, pero no le salió nada.

Por fin podía sentirse aceptado y parte de la familia. Su padre lo amaba. Pero esas cosas ya no le importaban. Lo que importaba era que fuera sincero consigo mismo. Esa epifanía lo abrumó más que las palabras de su padre.

Lo único que había necesitado desde el comienzo había sido su fuerza interior, su aprobación interior para vivir bajo sus propias reglas. Ni como bastardo, ni como hijo de un *jarl*, ni tampoco como el *jarl* mismo. Mientras tuviera eso, iba a estar bien. Nadie podría quitárselo.

Kolbjorn se demoró mucho en responder al anuncio de su padre, que adquirió una expresión furiosa. El rey lo observaba entretenido, y Ebbe parecía a punto de escupir veneno. Era probable

que también estuviera enfadado por su hermano, que se estaba recuperando en la casa del curandero.

Kolbjorn se incorporó del banco. Tenía que responder con respeto. Ahora que no necesitaba la aprobación de su padre, no le importaba hacerlo esperar. Caminó hacia el *jarl*, y los zapatos le resonaron contra el suelo de juncos. Luego se detuvo delante de él, y se miraron a los ojos.

El *jarl* estaba frunciendo el ceño, mientras intentaba ocultar el enfado. Kolbjorn notó con extraña satisfacción que Bjorn estaba esperando a ver si su bastardo lo aceptaba como padre. Y por supuesto que lo haría. Sin dudas. Rechazarlo sería el mayor insulto que le podría hacer al *jarl* Bjorn, en especial delante del rey.

—Padre —comenzó—. Esto es todo lo que siempre deseé.

A Kolbjorn no le salió tan tensa la voz como le habría salido antes en esa situación, sino que utilizó un tono suave como la ofrenda de paz de un diplomático. Al *jarl* se le relajó el rostro. Se puso de pie y se detuvo delante de Kolbjorn para apoyarle las manos en los hombros y apretárselos con firmeza.

—Ya no eres más simplemente Kolbjorn. ¡Eres Kolbjorn Bjornsson! —rugió la última palabra, y todos en el gran salón prorrumpieron en vítores, golpearon las mesas y soltaron aullidos de lobo.

Su padre añadió con suavidad para que solo Kolbjorn lo oyera:

—Kolbjorn Bjornsson, el siguiente líder de la manada. Mi heredero.

Kolbjorn aún intentaba asimilar todo lo que había ocurrido cuando comenzaron la caza de ciervos hibernal tres días más tarde. Como era un día cálido, a veces los osos salían de sus guaridas de invierno. Ese día no fue la excepción. Se trataba de una bestia enorme, que se detuvo a pocos metros de ellos y olfateó el aire sin mostrar ninguna señal de agresión.

—¡Los dioses nos están sonriendo! —le dijo el rey al *jarl*—. Creo que un estofado de oso para la cena y un buen abrigo de piel me vendrían muy bien. Si lo matas, te ayudaré a convertirte en rey para la próxima fiesta de Yule, Bjorn.

Kolbjorn miró a su padre con preocupación y notó la sonrisa ebria que le asomó a los labios.

—Creo que a mí también me gustaría cenar estofado de oso, Eirik. Y ser rey el año que viene. Hijo, dame la lanza.

Kolbjorn no movió ni un dedo.

—Padre, ¿te parece sabio? Déjalo ir.

—¿Qué has dicho? Kolbjorn, ¿dónde perdiste los testículos?

—Estás ebrio.

—¿Y? No me tiembla la mano. Dame la lanza.

Kolbjorn apretó el mentón. El temor por su padre le congeló la piel como una brisa hibernal. Tenía que mantener a su padre fuera de peligro.

—Será mejor que lo mate por ti.

El rostro del *jarl* perdió cualquier indicio de diversión.

—No.

—Parece que tu nuevo hijo cree que eres demasiado viejo como para matar a un oso —señaló Eirik.

Bjorn soltó un bufido y extrajo el largo cuchillo de caza.

—Tendré que matarlo con mis propias manos.

Antes de que Kolbjorn pudiera dar un paso para detenerlo, su padre soltó un rugido y echó a correr hacia el oso.

Al principio, el animal huyó, pero se movía lento por la nieve, estaba adormilado y débil

luego de hibernar y no consumir ningún alimento por varias semanas. Bjorn lo alcanzó y le hundió el cuchillo en el punto entre los omóplatos. Kolbjorn había echado a correr hacia su padre con el corazón acelerado.

El animal estaba furioso y ahora bien despierto. Se volvió hacia Bjorn con un rugido y le mostró los dientes y las garras. El *jarl* se movía con sorprendente agilidad considerando la cantidad de hidromiel que había bebido durante el festejo de Yule. Movía la daga y la hundía en el animal, pero no fue lo suficientemente rápido. Cuando Kolbjorn llegó a su lado, su padre se cayó aferrándose el lateral, y una mancha escarlata se extendió en la nieve a su alrededor.

El oso se alzó con un rugido doloroso y furioso que le resonó en los oídos a Kolbjorn. Estaba a punto de saltarle encima a su padre para asestarle el ataque mortal, pero su hijo le apuntó la lanza, que perforó al animal en el pecho y lo arrojó hacia atrás al tiempo que acallaba el rugido. Se hundió en la nieve a los pies del *jarl*.

Cuando llevaron al *jarl* Bjorn a casa, Kolbjorn recordó el consejo de Rachel y quiso decirles a los curanderos que lavaran e hirvieran los trapos antes de aplicárselos contra la herida. Pero fue demasiado tarde; ya habían utilizado los trapos sucios.

En consecuencia, al *jarl* se le pudrió la herida. Kolbjorn deseó contar con un colgante, un tesoro o algo que robar, algo por lo que luchar y morir de ser necesario, con tal de ver a su padre saludable otra vez. Comprendió a Rachel como nunca antes.

Su padre luchó contra la herida, pero al final, perdió la batalla. Al cabo de dos semanas, supo que se estaba muriendo. Y, en el lecho de muerte, se encontraron sus hijos: Alfarr, Ebbe y Kolbjorn. Pero, el *jarl* solo miró a Kolbjorn a los ojos y le dijo delante de todos:

—No hay un padre más orgulloso de su hijo. Sé el mejor *jarl* que pueda tener esta tierra.

A Kolbjorn se le llenaron los ojos de lágrimas. Deseó que Rachel se encontrara a su lado. Había tenido razón desde el comienzo. Cuando dejó de importarle lo que su padre pensaba y comenzó a vivir siguiendo sus reglas, acabó consiguiendo todo lo que había deseado: excepto que ya no tenía un padre. Ni tampoco a la mujer que amaba más que a la vida misma.

~

BUSKELAND, Noruega, junio de 875 d. C.

KOLBJORN ARROJÓ la bolsa de avena dentro de un *drakkar*, y la brisa le refrescó una parte del pecho que tenía descubierta. A pesar de que ese no era el trabajo de un *jarl*, detestaba la idea de ponerse por encima de sus hermanos de armas, que siempre le habían cuidado la espalda en los saqueos y siempre lo harían. Kolbjorn había aprendido que a excepción de Ulf, Garpr y Haki, el resto de los guerreros de la aldea le eran leales y se habían negado a atacarlo junto con sus hermanos.

Los músculos le dolían del ejercicio físico, y esperaba con ansias el ardor satisfactorio que sentiría en los hombros tras remar durante mucho tiempo. Una brisa acarreó el aroma al mar más allá de la curva del fiordo que lo llamaba. Kolbjorn esperaba que la aventura fuera una distracción agradable para dejar de pensar en Rachel a cada momento de su vida.

Zarparían más tarde ese día, luego de cargar todos los barcos con los bienes necesarios y hacer el sacrificio a los dioses para un viaje exitoso. Ese sería su primer saqueo como *jarl*. Era el *jarl* Kolbjorn Bjornsson, pero ahora quería otras cosas. Lo que más quería era a Rachel.

Kolbjorn, un bastardo hacía unos pocos meses, se había convertido en el nuevo *jarl*, pero nada de eso importaba. Ni un ápice. Porque ahora no tenía ni a su padre ni a Rachel.

El mundo a su alrededor se desvaneció mientras recordó el día en que se paró en ese embarcadero hacía unos meses con el corazón herido…

El barco en llamas con el cuerpo de jarl *Bjorn se alejó navegando entre las montañas. El mundo jamás volvería a ser igual. Deseaba que Rachel se encontrara a su lado. Quería sentir su mano suave sobre la suya, sentir su consuelo y comprensión. Su amor.* «*Te amo*»*, le había dicho.*

Sin apartar la mirada del barco, notó que había comenzado a nevar con tranquilidad, la brisa le susurraba, y entre los copos de nieve que le rozaban las orejas, sintió los besos fríos y húmedos de las valquirias que habían ido a llevarse a su padre al Valhalla y le prometían que un día se encontraría con él allí.

Sus hermanos se marcharon del reino luego del entierro, a pesar de que Kolbjorn les había prometido sitio en los barcos de saqueos. Alfarr estaba lisiado y no podía luchar bien. Ebbe era un cobarde que siempre se había quedado al final de la batalla.

Kolbjorn regresó al presente con un estremecimiento y arrojó otra bolsa de avena que había cosechado la gente de su aldea. Su hogar.

Gracias a la alianza con el rey Eirik, los suecos ya no posaban una amenaza, y Kolbjorn estaba construyendo un hogar próspero y nuevo. Echaba de menos a Rachel tanto que le dolían los huesos. Si pudiera cambiar el reino, su nombre y toda la plata y el oro por una noche con ella, lo haría.

A menudo, había ido a la arboleda sagrada a rezar y hacer sacrificios, a demandar que las nornas le regresaran a Rachel. En una o dos ocasiones le había parecido ver algún movimiento detrás de los árboles: su abrigo o su cabello caoba, pero cuando miraba, no estaba allí. Y sangraba por dentro. El dolor era tan fuerte como si un martillazo le estuviera golpeando los huesos y quebrándoselos como piedras.

Tras arrojar la última bolsa a bordo del barco, se enderezó, y la brisa cálida del verano le produjo un cosquilleo en la piel sudada. Lo más extraño de todo fue que la brisa acarreó unas notas a manzanas dulces que siempre asociaría con Rachel. El pecho le dolió como si se lo hubieran perforado con una cuchilla. Tenía que olvidarla. Pero sabía que incluso cuando se encontrara en su lecho de muerte, sería la única en sus pensamientos.

Se volvió para regresar a la aldea, y vio una silueta de cabello caoba con un abrigo de lana de pie en el embarcadero. El corazón se le detuvo y sintió una vibración en la médula. Se aclaró los ojos y los entrecerró para asegurarse de que no estaba soñando. Y ella le sonrió.

Era Rachel.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Rachel pensó que el corazón se le iba a detener al verlo. El pulso le latió en la sien, el estómago le dio un vuelco y se le secó la boca.

Kolbjorn se veía más hermoso de lo que recordaba. Los músculos del pecho y los hombros le rodaban como olas, y la piel le brillaba del sudor al arrojar las últimas bolsas en el barco. Se podía imaginar cómo el vientre se le tensaba y relajaba debajo de la túnica. Rachel casi podía oler su aroma masculino y saborear la sal en su piel. Las rodillas se le debilitaron.

Luego la vio. Sus miradas conectaron, y el mundo dejó de girar. Kolbjorn tenía la respiración agitada. Sin dudas, se debía al ejercicio y no a que la estaba viendo.

Rachel presintió que algo había cambiado en él. Era como si hubiera crecido más. Tenía los hombros encuadrados y la cabeza en alto. Y estaba por partir. A pesar del calor del sol, se estremeció.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó.

Pero qué tonta. De todas las cosas que podía decir, ¿eso era lo que se le ocurría? La observó incrédulo, como si estuviera pensando lo mismo, y la hizo ruborizar.

—Sí, me voy —le respondió.

A Rachel le temblaron las manos. Había esperado volver a conectar como antes cuando se volvieran a ver, como si nada más existiera, excepto ellos dos. Pero algo iba mal.

Caminó hacia él, y las botas de invierno con suelas gruesas resonaron con suavidad contra el muelle de madera. La observó con el ceño fruncido, el pecho subiéndole y bajándole, pero no se movió. No dio ninguna señal de alegría, ni tampoco se movió hacia ella. ¿Acaso la había olvidado? ¿O había conocido a alguien más? La duda la atravesó como una daga en el vientre, y casi se dobló del dolor.

—¿A dónde vas? —le preguntó deteniéndose delante de él. Se quitó la mochila pesada que estaba cargando. Llevaba todos los tesoros que había prometido y más.

El calor que irradiaba Kolbjorn le produjo un cosquilleo en la piel. Los labios le dolían por besarlo, con las manos casi le acarició la barba, para sentir su cuerpo fuerte bajo las yemas de los dedos. Como atraída por un imán invisible, avanzó hacia él, ansiosa de sentir sus brazos envolviéndola. Pero él se quedó quieto como una montaña y la atravesó con los ojos avellanados.

—A saquear. A las tierras de los pictos.

—Oh, Escocia. ¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que llenemos los barcos de tesoros.

—¿Y no echarás de menos a tu esposa? —La última palabra se quebró como una rama seca.

Kolbjorn parpadeó.

—No.

Rachel asintió con la cabeza.

—¿Tienes esposa?

—No.

Se rio aliviada y le ofreció una sonrisa nerviosa.

—¿Cuánto tiempo he estado lejos?

—Medio año —le dijo y luego añadió casi en un susurro—: ¿De verdad estás aquí?

La tensión se evaporó de la frente de Rachel.

—Sí —le contestó—. De verdad.

Estiró la mano para tomarle la palma izquierda entre las suyas. Tenía miedo de que se apartara de ella o la rechazara de otra manera. Pero cuando lo tocó, Kolbjorn le apretó los dedos y bajó la mirada. Luego se llevó las manos de ella al rostro y las estudió con detenimiento hasta que le hizo arder la piel. Tenía la palma cálida y seca, y la piel callosa y áspera, y un calor agradable la invadió entera. Kolbjorn se llevó sus manos a los labios, y el roce húmedo le produjo un cosquilleo en todo el cuerpo. Cerró los ojos, y la piel se le arrugó alrededor. Le sostuvo las manos de esa manera varios instantes, hasta que la preocupación de Rachel se derritió, el estómago se le relajó y los pulmones se le expandieron. Kolbjorn no era indiferente a ella. Al comprenderlo, una lágrima le rodó por la mejilla.

—De verdad eres tú —le susurró contra los dedos, y sintió el aliento cálido contra la piel—. Puedo sentir tu mano y es tan suave como la recuerdo. Creí que jamás te volvería a ver.

Rachel no soportaba pasar un segundo más alejada de sus brazos. Dio un paso hacia él, que se abrió para recibirla y, cuando la envolvió contra su torso, el mundo se volvió a detener. Le pasó las manos por la espalda e inhaló su aroma a mar, a sol y a sudor fresco. Respiró su aroma como si fuera oxígeno que necesitaba para vivir. Oyó el latido de su corazón contra la oreja; estaba igual de acelerado que el de ella.

—¿Qué haces aquí? —Sintió las palabras cálidas de Kolbjorn contra la oreja, y el simple sonido de su voz hizo que se le debilitaran las rodillas.

—He regresado —le respondió sin soltarlo. Él se apartó un poco para observarla.

—¿Has regresado?

Rachel tragó con dificultad. Esa era la parte difícil: decirle que no tenía ninguna intención de regresar a su época. Abrir el corazón para él y dejarlo a su merced.

—Sí, para siempre. Si me aceptas —añadió.

Kolbjorn abrió los ojos como platos.

—¿Y tu madre?

Rachel le sonrió con inmensa alegría.

—Se encuentra bien gracias a ti. Gracias al colgante.

A Kolbjorn se le relajaron los hombros.

—Esas son buenas noticias. ¿Cómo has regresado?

—Bueno, como ya no tenía más el huso de oro, tuve que ir en busca de una norna. No fue nada fácil. En Chicago, los que celebran la cultura pagana celebran las fiestas de Yule, y la encontré allí. Dijo que disfrutó mucho de nuestra historia y que creyó que la iba a ir a buscar antes. Tenías razón: estaba al tanto de todo. Y dijo que debería reunir mis cosas y me enviaría de regreso, pero por última vez. Ya no podría regresar más a mi época.

A Kolbjorn se le agrandaron los ojos.

—¿No?

—No, estoy atrapada aquí. He venido a redimirme, y he traído este *wergeld*. —Alzó la mochila—. Traje vino, perros calientes, medicina para las infecciones… digo, las heridas

podridas, analgésicos para el dolor. Y más piedras preciosas, de las sintéticas. Como los zafiros. ¿Aceptas este *wergeld* como compensación de todo lo que robé?

—No.

A Rachel se le hundió el corazón.

—¿Por qué no? También puedo ayudar al joyero hasta saldar mi deuda.

Kolbjorn negó con la cabeza.

—No basta, Rachel.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Te aceptaré aquí, te permitiré trabajar con el joyero y aceptaré el *wergeld* con una condición.

—¿Cuál?

—Que seas mi esposa.

Rachel abrió la boca, pero no logró decir ni una palabra. ¿Lo había oído bien? ¿Acababa de proponerle matrimonio? Se le secó la boca.

Le dio una palmadita en el pecho y sonrió.

—Con que al final sí tienes un embustero dentro, ¿eh?

Él se limitó a alzar la cabeza.

—¿Y entonces? ¿Qué dices? ¿Quieres ser la esposa del *jarl*?

—¿La esposa del *jarl*? ¿Eres el *jarl*?

—Sí.

—Entonces tu padre te aceptó. —Kolbjorn asintió con la cabeza—. Hubiera sido un tonto si no lo hacía. Aguarda. Si eres el *jarl*, ¿dónde está tu padre?

—Murió durante el invierno.

A Rachel se le ciñó el corazón. Los dos habían perdido a su padre. Le apretó el rostro contra el pecho.

—¡Lo siento mucho, Kolbjorn!

Alzó la mirada y le estudió el rostro y, como de costumbre, la miró con estoicismo.

—¿No necesitarás a una mujer honorable como esposa del *jarl*?

—No me importa lo que piense la gente. Tenías razón. Tenía que vivir siguiendo mis propias reglas. Y, en cuanto comencé a hacerlo, conseguí todo lo que siempre había querido. Excepto lo que más quería: a ti.

Rachel le sonrió y sintió que sus almas conectaban en algún nivel que no lograba comprender.

—Serás una buena compañera. Has traído tesoros y medicina, y estás dispuesta a redimirte. Y, no me malinterpretes, te vas a redimir. Debes devolver lo que has robado de una u otra manera. El amor y la dedicación que le demostraste a tu madre y a mí al regresar aquí con el *wergeld* me dice que serás la mejor compañera que puede desear cualquier hombre. ¿Qué dices?

Había una cosa que tenía que saber antes de comprometerse con él.

—Dije algo antes de marcharme, ¿recuerdas?

—Sí.

Le recorrió la mejilla con los dedos con suavidad, y la caricia le produjo olas de dulce anticipación por la piel. Se apoyó contra su mano.

—¿Qué dije?

—Que me amabas. —El pulgar le acarició la boca y el labio con suavidad y le encendió la piel.

—Antes de darte mi respuesta —continuó viendo cómo se le dilataban las pupilas mientras le

observaba el labio que se movía bajo su pulgar—. Tengo que saberlo: ¿me amas?

Kolbjorn la obligó a mirarlo a los ojos como la primera vez que se conocieron. Luego se llevó las manos al cuello y se quitó algo que tenía oculto bajo la túnica. Era el colgante que la madre de Rachel le había regalado, el que Rachel le había entregado al *jarl* Bjorn antes de marcharse. Lo acarició con los dedos y notó que tenía la calidez de su cuerpo. Unas lágrimas se le formaron en los ojos. Kolbjorn lo había tenido todo el tiempo cerca de su corazón.

—Sí, con cada gota de mi sangre, con cada parte de mi alma, con cada esquina de mi corazón. Te amo, mi viajera en el tiempo.

Las palabras terminaron de derretir la tensión como el fuego derretía la nieve, y le obsequió la sonrisa más ancha y feliz de toda su vida.

—En ese caso, me casaré contigo, mi vikingo.

Lo tomó en sus brazos y por fin besó los labios que había anhelado besar durante tanto tiempo. Kolbjorn le devoró la boca como si temiera que al siguiente segundo fuera a desaparecer y tuviera que tomar todo lo que pudiera conseguir. La levantó en sus brazos, le pasó las piernas alrededor de los muslos hasta que le apretó el sexo contra la erección y le hizo sentir olas de placer mientras comenzaba a caminar.

—Tengo que tenerte —le gruñó contra la boca—. La vida me ha privado de tenerte, y debo recuperar todo el tiempo que he perdido.

Rachel bajó la mirada al tiempo que Kolbjorn se subía al casco del *drakkar*.

—¿Qué? ¿Aquí mismo?

Caminó hasta la esquina más alejada del navío, donde había varias pilas de bolsas y barriles. El suelo se movió, y a Rachel le dio vueltas la cabeza aún más, lo que le intensificó al ardor que sentía en todo el cuerpo. Se arrodilló con ella detrás de una montaña de provisiones.

—Sí, aquí. En cualquier sitio.

Se hundieron en el fondo, protegidos de cualquier par de ojos de la aldea, y cuando los labios de Kolbjorn se volvieron a fundir con los de Rachel, se derritió en sus brazos fuertes y respiraron y se movieron como uno. Por fin, Rachel se sintió completa, y mientras miraba los ojos cálidos de Kolbjorn, supo que él sentía lo mismo.

EPILOGO

Buskeland, Noruega, cinco años después

KOLBJORN MIRÓ ALREDEDOR del gran salón que estaba atestado de gente. Se oían risas, anécdotas de borracheras y discusiones amistosas de hombres que habían bebido demasiado. El gran salón estaba tenuemente iluminado y cálido y olía a los platos del banquete: miel fermentada, carne asada y verduras hervidas.

Como siempre, el *jarl* tenía la cabeza despejada… al menos del alcohol. Pero la tenía llena de pensamientos agradables de su familia, que se encontraba cerca de él. Su esposa estaba sentada al lado de su gran silla. Era una hechicera de cabello caoba que había venido del futuro para darle más felicidad de la que podía aceptar. La mano le colgaba del brazo de la silla al igual que la de él, y se rozaban las palmas. Si bien la conexión de su piel era casi invisible, la de sus almas, casi irrompible.

Su hijo de dos años, Bjorn, dormía en su recámara acunado por el canturreo del banquete. Tenía el cabello castaño de Kolbjorn, pero este no consideraba que su hijo fuera una paria. Y tampoco seguía pensando en él de ese modo.

Con o sin título, Kolbjorn era y siempre había sido el hijo del *jarl*. Siempre había llevado el linaje en la sangre, así como también lo llevaban su hijo y el segundo niño que esperaba Rachel.

El rey Eirik estaba sentado al otro lado de Kolbjorn con una hermosa criada en el regazo y los ojos destellantes. Acababa de renovar la alianza que había retirado luego de la muerte del *jarl* Bjorn. Unos rubíes destellaban en el colgante de oro del Mjölnir que llevaba en el cuello. Era la joya más hermosa que Kolbjorn había visto. Cuando el rey había posado la mirada en el colgante, no se había movido ni un instante.

—¿Lo ha hecho el mismo Thor?

—No, mi esposa —había aclarado Kolbjorn sacando el pecho orgulloso.

Rachel había ocultado una sonrisa e inclinado la cabeza en señal de humildad y respeto. Rachel había hecho el colgante para el rey, como regalo para asegurarse su alianza con Kolbjorn.

Un movimiento le llamó la atención, y vio a tres personas acercándose entre los bancos del gran salón: una mujer, un hombre y una niña. Los guardias de Kolbjorn se movieron al mismo tiempo que el resto de los guerreros presentes en el gran salón, listos para proteger al *jarl*, a su esposa y al rey Eirik ante cualquier paso en falso. Sin embargo, Kolbjorn hizo un ademán, y los hombres se relajaron un poco sin dejar de mostrarse recelosos.

El hombre que avanzaba hacia Kolbjorn le resultaba familiar. Al ver el rostro curtido, reconoció a Ebbe. Kolbjorn intercambió una mirada con Rachel. Era evidente que estaba tan

sorprendida como él.

—Ebbe Bjornsson —lo saludó Kolbjorn—. ¿Qué te trae por aquí?

Ebbe hizo una reverencia.

—Te presento a mi esposa, Liv, y a mi hija, Aslaug.

Kolbjorn asintió con la cabeza para saludarlas. Ver a su hermanastro le generó profunda tristeza ante el recuerdo de su padre, que ya no se encontraba entre ellos, y el recuerdo de la traición de sus hermanastros.

—¿A qué has venido, Ebbe? No hemos partido en los términos más amistosos.

—No, es cierto. Y me arrepiento de eso.

Kolbjorn arqueó las cejas sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Sí, siempre me vi arrastrado a los planes de Alfarr, siempre fui un seguidor. Pero desde que me casé y comencé mi propia familia, me di cuenta de que ya no quiero seguir el liderazgo de otro hombre, en especial un hombre como Alfarr. Debo decidir cómo criar a mi hija, y no quiero que sea como Alfarr. O como yo.

Rachel se le acercó para susurrarle con una sonrisa:

—Estoy segura de que es la influencia de Liv. Debe ser una buena mujer.

—¿Vienes a hacer las paces? —le preguntó Kolbjorn, sin poder creer que su hermano hiciera eso.

—Sí —le dijo con una reverencia—. Y he venido a rogarte protección. Alfarr ha enfadado al jefe del clan vecino. Sus guerreros lo mataron, y ahora vendrán por nosotros y destruirán nuestra granja.

Kolbjorn sintió un aguijonazo de dolor ante la noticia de la muerte de Alfarr. A pesar de que no le sorprendía, una parte de él sintió que su hermano probablemente había obtenido su merecido.

—Somos simples granjeros —continuó Ebbe—. No somos guerreros. No puedo proteger a mi familia solo. Necesito tu ayuda.

Kolbjorn le echó un vistazo al rey, que observaba la conversación con gran interés. Sin dudas, comprendía quién era Ebbe. Kolbjorn miró a Rachel, que le asintió con la cabeza. Los dos estaban pensando lo mismo. La familia era familia. Kolbjorn no permitiría que esa niña creciera sin padres. No sentía resentimiento hacia Ebbe, ni tampoco la necesidad de vengarse de él, como muchos otros harían. Su padre lo había reconocido al final y lo había valorado más que a sus hijos legítimos. Kolbjorn había ganado hacía mucho tiempo.

—Te ayudaré —le dijo, y los rostros de Ebbe y Liv reflejaron inmenso alivio—. Enviaré a veinte guerreros. ¿Es suficiente?

—Sí, sí, gracias, hermano.

Era la primera vez que Ebbe lo llamaba de ese modo, y una sonrisa le asomó a los labios al tiempo que volvía a sentir ese deseo olvidado de tener un hermano.

—Únanse al banquete. Coman, beban y quédense.

A Ebbe se le iluminaron los ojos.

—No eres un gusano, Kolbjorn; jamás lo has sido, sin importar lo que dijera Alfarr. —Ebbe habló con la voz baja, pero Kolbjorn lo oyó, y los ojos le ardieron de las lágrimas—. Eres el lobo —concluyó su hermano volviendo a hacer una reverencia antes de encontrar un asiento para su esposa y su hija.

Cuando Kolbjorn miró a Rachel, su esposa le dio una señal en el modo especial en que se frotó la mejilla, y acordaron buscar un lugar a solas para los dos. Él quería ir a la recámara con

ella, pero Rachel lo condujo afuera del gran salón.

—Quiero tomar aire fresco.

Se excusaron con el rey y salieron. Era una tranquila noche cálida de verano, y el aire olía a mar y lilas. Sin detenerse, Rachel condujo a Kolbjorn colina arriba hacia la arboleda sagrada, y un escalofrío le recorrió la piel.

—¿A dónde vas? No vas a regresar a tu época, ¿no?

Rachel se rio, y el sonido le derritió algo en el interior.

—No, tonto. Ya te lo he dicho miles de veces: no me iré a ningún sitio. Estás atrapado conmigo para siempre.

—Y se lo agradezco a los dioses —le aseguró con un suspiro de alivio.

—La arboleda sagrada es un lugar muy tranquilo porque la gente teme acercarse allí tras haberme visto desaparecer. Y quiero un momento de paz a solas contigo. Bjorn está durmiendo, y no quiero escuchar a la gente embriagándose al otro lado de la delgada pared mientras hacemos lo que tengo en mente.

A Kolbjorn le agradó el giro que había tomado la velada.

—¿Y qué sería lo que tienes en mente?

Pasaron por delante de la antigua casa de Kolbjorn, el sitio donde se habían visto por primera vez. El momento en que sus vidas habían cambiado. No dijo nada, sino que se limitó a mirarlo y arqueó las cejas. Eso siempre lo hacía reír.

—Estoy embarazada, estoy excitada y te deseo.

—Será un placer ayudarte, esposa.

Al llegar al claro, Kolbjorn colocó el abrigo de piel sobre el suelo. El corazón le cantaba mientras la besaba por primera vez en lo que esperaba que fuera una larga noche.

—¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta? —le preguntó Rachel él mientras comenzaba a besarle el cuello e inhalaba su aroma dulce a manzanas que siempre lo hacía sentir más vivo.

—¿De qué? —le preguntó contra la piel.

—El colgante de las auroras boreales… nos unió. A través del tiempo. Y salvó a mi madre. Nos conectó. Sin él, no estaríamos aquí. Es la joya del tiempo.

Kolbjorn se apartó para mirarla y ver su piel traslúcida casi plateada en la oscuridad, el tono rubí del cabello caoba y las perlas de sus dientes.

—No —le dijo—. No ha sido el colgante. Has sido tú.

Rachel le ofreció una sonrisa tímida. Él le tomó el rostro entre las manos.

—Tú eres mi joya del tiempo.

LA CAUTIVA DEL VIKINGO

CAPÍTULO
UNO

Vörnen, Noruega, 870 d. C.

A SIGURD se le hundió el corazón al ver los nueve *drakkars* que aparecieron detrás de una montaña en el fiordo. Estaba de pie al lado de su padre, el *jarl* Randver, en la playa de la aldea. Diez docenas de sus mejores guerreros aguardaban al enemigo a su lado, con hachas, escudos, espadas y arcos listos para la batalla.

Las velas rojas y azules de los barcos anunciaban a gritos la llegada del enemigo, el *jarl* Fuldarr, lo que suponía que la hermana de Sigurd, Vigdis, había fracasado en la misión de negociar la paz y se encontraba muerta o capturada de rehén y probablemente a bordo de uno de esos navíos. A Sigurd se le congeló el corazón ante la idea, eso implicaba que no podían disparar una lluvia de flechas sobre los barcos por temor a lastimarla. Por eso aguardaron a descubrir qué tendría que decir Fuldarr.

—Es mi culpa —le reconoció Sigurd a su padre, que sujetaba el hacha con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos—. No la debería haber enviado, debería haber ido yo.

—Sí, es tu culpa, hijo. ¿Cuántas veces te dije que no puedes confiarles cosas importantes a las mujeres? —Su padre señaló los barcos con el hacha—. Mira las consecuencias.

—Me suplicó que le diera responsabilidades. Y siempre consigue lo que quiere.

Randver gruñó al tiempo que una sombra de dolor le atravesaba el rostro. Había estado enfermo durante más de un año. Tenía una enfermedad desconocida que lo carcomía por dentro, y el dolor le quitaba el sueño y le drenaba el cuerpo. Sigurd había estado cumpliendo con el papel de *jarl*. Había comenzado a construir una fortaleza alrededor de la aldea para anticiparse a los ataques. El reino se estaba debilitando; muchos guerreros fuertes se habían marchado porque Sigurd no podía ir a saquear. Había tenido que negociar la paz con Fuldarr, ya que no se encontraban en situación de soportar semejantes ataques. Enviar a Vigdis le había parecido una buena idea: a pesar de que era una mujer, era la hija de un *jarl* y estaba orgullosa de que le hubieran encargado la tarea de un hombre.

—Debería haber sido más estricto con ella —reconoció Randver—. De ese modo, no habría asumido que el mundo le debe nada. Se habría limitado a cumplir con sus deberes, como su madre y como cualquier otra mujer. No deberías haber confiado en ella. —Se volvió a Sigurd—. Nunca confíes en una mujer, hijo.

Las palabras le recordaron a su madre e hicieron que los músculos le dolieran como estremecidos antes de tener fiebre.

Lo que le había ocurrido a Vigdis había sido su culpa. La culpa le colgaba del pecho como una piedra; esperaba no haber enviado a su hermana a la muerte. Si Fuldarr le había tocado tan solo un pelo de la cabeza, Sigurd le arrancaría el corazón y se lo daría de comer a los cerdos.

Los barcos llegaron. Varias decenas de guerreros de Fuldarr los miraban con los ceños fruncidos, pero nadie se movió. En el barco más grande, Sigurd vio al *jarl* Fuldarr con la *brynja* más costosa que había visto en toda su vida, la barba larga trenzada, el cabello oscuro peinado y engrasado y un abrigo de piel de marta sobre los hombros, que lo debía de haber protegido de las noches frías a bordo del barco.

Fuldarr los observaba sin moverse. Sigurd apretó el mango del hacha de batalla listo para atacar o construir un muro de escudos al oír la orden de su padre, pero un movimiento le llamó la atención y volvió la mirada a la silueta de una mujer que apareció al lado de Fuldarr. Sin dar crédito a lo que veía, parpadeó.

Era Vigdis y estaba sana y salva. Tenía la espalda erguida, el largo cabello dorado oculto debajo de un pañuelo plateado, un indicio de que estaba casada, y el rostro frío de una reina. Llevaba puesto el vestido más hermoso que había visto en la vida, del color de un cálido atardecer de verano, y joyas de una belleza tal que solo había visto en una ocasión cuando saquearon en Francia. Tenía una bufanda de marta cibelina alrededor del cuello. Se veía hermosa, como su madre. Sigurd sintió el dolor de la pérdida de la primera mujer que había traicionado a su familia. Su padre tenía razón, como de costumbre.

—¿Te encuentras bien, Vigdis? —le preguntó Randver.

Su rostro perdió la expresión orgullosa durante un instante efímero y registró culpa.

—Sí, padre.

—En ese caso, veo que tus negociaciones han ido bien —repuso Randver—. Jamás creí que te casarías con nuestro enemigo.

—Fuldarr me ofreció algo que tú jamás me ofrecerías. —Alzó el mentón—. Igualdad de voz y voto en su mesa. Para siempre. Me trata como a una reina, y no como tú has tratado a mi madre. O a mí.

Randver escupió sobre la playa de piedras sin interrumpir el contacto visual con Fuldarr.

—¿Y a qué has venido, Fuldarr? Ahora somos familia, ¿no?

En la playa reinó el silencio. Randver le susurró por lo bajo a Sigurd:

—Le ha contado todo acerca de nuestras defensas. Por eso se casó con ella. Ya sabes qué hacer. Vete.

—¡He venido a reclamar lo que me pertenece! —rugió Fuldarr.

Sigurd le respondió a su padre en voz baja:

—No te dejaré aquí. Nos duplican en números.

Randver se rio, y los ojos celestes le brillaron por primera vez en mucho tiempo.

—Hijo, recibiré agradecido esta muerte. Un arma me quitará la vida y no la enfermedad que me ha tenido agarrado de los testículos como un crío. Odín me recibirá en el Valhalla hoy, y beberé hidromiel con él y con mi padre. Te estaré esperando allí cuando llegue tu momento. Pero no te des prisa.

Lo sujetó del hombro y se lo apretó.

—Ahora, vete. Protege la aldea.

A Sigurd se le cerró la garganta. La traición de su hermana, el enemigo a sus pies y la muerte certera de su padre hicieron que se le subiera la bilis por la garganta. Lo último que quería hacer era abandonar a su padre y a sus mejores guerreros en la primera línea de defensas, pero sabía que Randver tenía razón. La aldea necesitaría a Sigurd para liderar a los guerreros cuando cayera

la primera línea.

—Te veré en el Valhalla, padre. —Sigurd le apretó el hombro poderoso a su padre, y se despidieron con un asentimiento de la cabeza mientras se miraron a los ojos por última vez.

Dejó la fila de guerreros mientras comenzaron a moverse bajo el último grito de su padre:

—¡Muro de escudos!

No podía creer que su hermana lo había traicionado luego de cómo la había protegido durante toda la vida. Recordó las palabras de su padre: «Nunca confíes en una mujer, hijo».

Mientras corría hacia la aldea, una lluvia de flechas comenzó a clavarse en el suelo a su alrededor. Sigurd se tocó el colgante con el martillo de Thor que siempre le daba suerte y susurró:

—No lo haré, padre. Te lo prometo.

CAPÍTULO
DOS

Ciudad de Nueva York, 2018

DONNA COX TENÍA que ganar el caso porque, de lo contrario, sus cuatro clientas no iban a poder comprar el pan el mes siguiente. Estaban aguardando la audiencia en la sala de espera de la corte. Marta y Helena, sentadas a su derecha, estaban casi a punto de parir. A su izquierda, se encontraban Teresa y Gloria, dos madres solteras que susurraban en español mientras movían los cochecitos que parecían haber visto tiempos mejores.

Las cuatro mujeres habían trabajado en una empresa de limpieza, Cinderellas Inc., hasta que el supervisor las despidió al enterarse de que estaban embarazadas. Donna estaba contenta de que hubieran sido lo suficientemente valientes como para demandarlo porque la mayoría de las mujeres en esa situación no lo hubiera hecho.

El teléfono de Donna comenzó a sonar, y la pantalla se iluminó con la palabra «Mamá». Su madre era su socia en el despacho de abogados que compartían en Brooklyn. Donna alzó un dedo en el aire para indicarles a sus clientas que regresaría en un minuto y salió al pasillo.

—Hola, mamá, no puedo hablar. Estoy a punto de entrar en la audiencia.

—Por eso te llamo. Ha habido un cambio, y necesito que mantengas la calma.

—¿Un cambio?

—Sí, me enteré hace un minuto. Ferguson and Partners reemplazaron a Virginia con… oh, maldita sea, con Daniel Gleason.

Donna se ruborizó. Daniel Gleason representaba todo lo que detestaba con pasión en el mundo y era el motivo por el que se especializaba en casos de discriminación. En Nueva York abundaban las personas como él, que gozaban de tener demasiado poder sobre las mujeres. Ese tipo de hombres dirigían despachos de abogados, fondos de protección y compañías de seguros. A veces, enseñaban en las escuelas, conducían taxis y preparaban cócteles. Y uno de ellos le había roto el corazón.

Daniel parecía un dios nórdico vestido de traje. Al ser el típico macho alfa, creía que solo las mujeres hermosas debían de ser secretarias y que todas las directoras de empresas y las mujeres en política eran lesbianas. Hacía tres años, había insistido en que Donna dejara de trabajar, buscara un marido adinerado y diera a luz a cinco hijos varones. En esa época, ella había deseado en secreto que él fuera ese marido. A pesar de sí misma, había considerado seguir esa sugerencia porque había estado enamorada.

Gracias a todos los cielos no lo había hecho. Y él tampoco se lo había propuesto. En retrospectiva, estaba contenta de que hubiera dejado de acostarse con ella de un día para el otro.

Le había enseñado una lección. Una lección que había sido parte de su ADN, algo que su madre soltera le había dado de desayunar todos los días: jamás, bajo ninguna circunstancia, debía enamorarse de un hombre apuesto que le hiciera agua la boca y tuviera un ego gigante y una sonrisa seductora.

Por eso ahora solo salía con ñoños, que a menudo eran escritores o desarrolladores web. Eran hombres que respetaban a las mujeres. ¿Y cuál era el problema si el sexo era más plano que una botella de champán abierta sin burbujas? Eran hombres inteligentes y graciosos, que le rogaban tener otra cita, sin esperar a que fuera ella la que les rogara a ellos.

—¿Donna? ¿Estás allí?

Donna parpadeó y notó que le temblaba la mano.

—Sí, mamá.

—Cariño, escúchame. Esta es la demanda más importante de tu carrera. De nuestra carrera. Esto podría ser muy trascendental para nuestro despacho. Haz la ira a un lado. ¿Estás segura de que puedes arreglártelas?

Donna soltó el aliento, pero eso no la ayudó.

—Apuesto a que fue justo por eso que le asignaron el caso.

Su madre soltó un suspiro.

—Saben contra qué tipo de hombres nos enfrentamos. Pero no importa. Tú puedes.

—Está bien. Regreso a la sala de espera.

—Buena suerte.

Donna colgó el teléfono y sacudió las manos para aliviar la tensión. Cuando volvió a entrar, vio a una anciana en su asiento. Parecía la típica abuela con unas pequeñas gafas redondeadas. Estaba tejiendo una bufanda ancha con un patrón de ramas de árboles entretejidas, y le recordó al arte celta o vikingo. En el regazo, tenía un huso dorado. Donna no tuvo tiempo de analizar lo peculiar que era todo, porque al lado de la anciana, en el asiento de Marta, se encontraba Daniel.

Al verlo, se congeló como si acabara de golpearse contra una pared de cristal. No lo había visto en tres años y se veía más atractivo y más arrogante que antes. Alto, de hombros anchos y contextura perfecta, estaba sentado con las piernas largas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. La observaba con una sonrisa condescendiente, como si ella fuera una tierna gatita a punto de enfrentarse a un toro.

A Donna se le sonrojaron las mejillas de la vergüenza al recordar el pasado sin resolver, y el odio ardió en su interior como ácido. Daniel estaba utilizando los sentimientos del pasado en su contra con su simple presencia.

Donna frunció el ceño. Algo no estaba bien en esa escena. Su clienta estaba embarazada de ocho meses y se encontraba de pie frotándose la parte baja de la espalda al tiempo que se apoyaba contra una pared y hacía una mueca de dolor, mientras que ese hijo de su santísima madre ocupaba su silla como si estuviera aguardando un masaje en una sauna turca. No. ¡Eso no acababa de pasar! La furia le hizo hervir la sangre. Avanzó hacia ellos con los tacones repiqueteando enfadados contra el suelo de mármol del tribunal de justicia.

—Pero ¿qué crees que haces, Daniel? ¡Qué simio más egocéntrico! ¿Le has quitado el asiento a una embarazada? ¿Le has dicho que regresara a México también? ¿Te das cuenta de que te podemos demandar por esto? Tenemos testigos. —Señaló a la anciana.

El rostro de Daniel perdió el color, y la sonrisa se le cayó como una toalla húmeda. Se incorporó de un salto.

—Donna… No, yo jamás… No fui…

Eso era nuevo. Jamás lo había visto tartamudear de esa manera. Quizás debería hacerle

acusaciones más seguido. Marta la miró con timidez.

—Donna, por mucho que disfrute de este espectáculo, el señor Gleason no me robó el asiento. La espalda me está matando. Necesitaba caminar.

Donna sintió el golpe de la mortificación como el impacto de una bola de nieve. Daniel se cruzó de brazos y volvió a ofrecerle esa sonrisa arrogante que le iluminaba el rostro.

—Y ahora ¿quién demandará a quién, Donna? Pero me siento generoso. Estoy dispuesto a olvidar los insultos si me dejas comprarte un trago cuando termine de derrotarte. Me encantaría ponerme al día contigo.

Donna tomó una profunda bocanada de aire. Se dio cuenta de que Daniel había conseguido lo que tanto había buscado. La sacó de quicio, la hizo sentir emocional y le demostró quién tenía control de la situación.

No, no le daría esa satisfacción. Era una excelente abogada. Se había graduado de Harvard. Tenía que enseñarle cuál era su lugar. Pero antes debía encontrar el valor. Todos la estaban mirando, incluso la anciana, que le ofreció una sonrisa tímida.

—¿Sabes qué, Daniel? No te dejaré ganar jamás. Te puedes meter el trago por la nariz.

Sabía que sonaba de lo más ridícula, pero la ira y la vergüenza la hicieron atragantar. ¿Por qué no se le daba bien lo de ser grosera?

Volvió la espalda hacia Daniel y, tras fingir que miraba los documentos de la demanda, salió de la sala de estar para entrar en el gran salón como una estudiante de secundaria. Por fortuna, el pasillo estaba vacío, y pudo respirar un momento.

—Disculpa… Eres Donna, ¿no?

Donna se dio la vuelta con las mejillas sonrosadas. La anciana con el tejido se encontraba de pie a sus espaldas.

—Sí. —Dio un paso hacia ella.

La mujer la estudió con la curiosidad de una científica. Tenía un acento que no lograba identificar.

—No pude evitar oírte. Al parecer, tienes problemas con los hombres fuertes.

Donna frunció el ceño.

—¡No tengo ningún problema con los hombres fuertes!

—Oh, claro que sí, querida. Te necesito en un sitio. No, me equivoqué. Hay un hombre que te necesita.

—¿A mí? ¿Como abogada? En general, represento a las mujeres frente a los hombres, así que…

La anciana sonrió.

—Exacto. ¿Me puedes sostener esto, por favor?

Le entregó el huso, y Donna notó que estaba tallado con ramas de árboles, serpientes y hojas entretejidas en un patrón sin fin. Se preguntó quién usaría un huso en la modernidad al tiempo que cerraba la palma alrededor de él.

El metal le produjo ardor en las puntas de los dedos como una taza de té caliente tras un día helado. Era frío y afilado. La sala de espera desapareció. Fue como si algo le hubiera succionado toda la sangre del cuerpo, miles de hachas le hubieran atravesado la piel y un horno le derritiera los huesos. Gritó de dolor, pero solo oyó el canto de un hombre, y comenzó a girar y girar como el huso dorado.

Y luego, no quedó más nada.

CAPÍTULO
TRES

Vörnen, Noruega, 871 d. C.

A SIGURD le dolían los músculos de la espalda y los brazos. Tenía el cuerpo agotado, los puños envueltos en una cuerda y jalaba un poste que sería parte de la fortaleza. Estaba hecho con pino antiguo y era el doble de alto que él. El tronco estaba plantado en una zanja profunda.

Sigurd solo tenía un ayudante, Floki, que empujaba el poste desde el otro lado para ponerlo en posición vertical. Necesitaban al menos un hombre más para jalar de la soga y otro más para ayudar a empujar.

Estaban construyendo una empalizada bajo un gigantesco arco de piedra que los dioses debieron haber tallado cuando crearon el mundo. Parecía que una fuerza invisible había pegado unas piedras de diferentes tamaños para formar una línea áspera entre las paredes de granito de la montaña y crear una puerta natural sobre el sendero de tierra que conducía a la aldea.

La empalizada debajo del arco protegería la aldea como parte del sistema de fortificación contra las amenazas del oeste. Por el norte, la aldea estaba protegida por las montañas, pero era vulnerable a los ataques por tierra del este. El lateral sur necesitaba la mayor defensa posible, porque limitaba con la playa, de donde provendrían todos los saqueos por mar.

El barro se pegó a las botas de Sigurd y le dificultó sostener el punto de apoyo. Hasta el momento, el poste iba ganando.

—¡Aguarda! —gritó Floki con el rostro rojo y las venas del cuello sobresaliendo.

Había sido trabajo arduo construir la fortaleza. La batalla a fines de verano del año anterior en contra de Fuldarr había acabado con la mitad de la población masculina. Sigurd esperaba que su padre estuviera comiendo con Odín en el Valhalla, porque había caído en batalla como un héroe y se había llevado a muchos enemigos con él. Por fortuna, Sigurd había salido victorioso, gracias a que su segunda línea de defensa dio vuelta la batalla a su favor. Fuldarr se había retirado con un tercio de sus barcos y con Vigdis.

Fuldarr no se recuperaría pronto de semejante derrota, pero la aldea de Vörnen tampoco. La batalla había durado muchas horas, y los había convertido en un blanco fácil para cualquier otro atacante. Gracias a los dioses, se había librado al final de la temporada de saqueos, de modo que nadie los había atacado. Pero ahora estaban en junio, y la mayoría de los vecinos estaban ocupados plantando los vegetales, el centeno y la cebada de ese año. Aún era demasiado temprano para los saqueos. Pero tenían que terminar la fortaleza lo antes posible, y, sin dudas, antes del final del verano, porque de lo contrario se convertirían en una presa fácil para

cualquiera que quisiera atacar. Lo que más lo preocupaba era el año siguiente, ya que de seguro Fuldarr lograría reunir un nuevo ejército para entonces.

La cuerda le ardió en la mano y crujió con suavidad. Tenía que jalarla porque, de lo contrario, el poste se caería encima de Floki. Si tan solo tuviera más hombres… Se llenó los pulmones de aire y rugió:

—¡Ahora! —Jaló de la cuerda hacia él, con la esperanza de que Floki empujara al mismo tiempo.

Asa, la esposa de Floki, apareció en el sendero con la cesta del almuerzo. Los ojos se le agrandaron como platos y, tras tirar la cesta en el suelo, salió corriendo hacia ellos. Tomó la cuerda detrás de Sigurd y jaló con él. Sigurd sintió que la cuerda se movía hacia ellos al mismo tiempo que el poste, pero gruñó:

—Pero ¿qué haces, mujer? Vete.

Ella lo ignoró y jaló con más fuerza. La punta del poste se alzó demasiado pronto. ¿Cómo era posible que una mujer fuera tan fuerte?

—¡Vete, Asa! —La voz de Sigurd sonaba alarmada. De seguro iba a cometer un error. No tenía ni idea de cómo hacer eso e iba a lograr que los mataran a los dos.

—Necesitas ayuda, *jarl* —lo contradijo apretando los dientes.

Sigurd sintió la ira como bilis cálida en el estómago. Había visto el tipo de ayuda que podían brindar las mujeres…

—¡Les prohibí a las mujeres que se acerquen a la fortaleza!

La ira le daba fuerzas que no sabía que tenía. Jaló de la cuerda, y el poste se alzó. Quedó en posición vertical durante un instante, pero luego perdió el equilibrio y cayó contra la pared izquierda con un estruendo. El arco por encima del sendero se quebró en la parte más delgada por el golpe, y, en consecuencia, se desprendió una lluvia de arena y piedras sobre el camino. Por fortuna, Floki se apartó de un salto, y el arco no se rompió.

—¡Qué mujer más tonta! —masculló Sigurd—. ¿Cómo vamos a construir la muralla cuando las piedras se nos pueden caer encima en cualquier momento?

Sigurd captó un movimiento y apartó la mirada al suelo, al lado de la zanja. Vio a una mujer recostada. El aire cambió, como si hubiera comenzado a irradiar calor de la tierra, pero luego desapareció. Freyja, la diosa del amor, yacía desparramada en el sendero, y su famoso cabello dorado estaba esparcido a su alrededor. Sigurd parpadeó. ¿Cómo había llegado allí?

En ese momento, el poste comenzó a deslizarse hacia el suelo. La fricción del tronco pesado contra la pared quebró el balance del arco partido, y una piedra del tamaño de la cabeza de un niño comenzó a desprenderse y caer hacia la mujer.

Todo sucedió en un instante efímero, pero Sigurd lo vio como si ocurriera ralentizado. Salió disparado hacia la mujer inconsciente y la levantó a tiempo. La piedra cayó en el punto exacto en el que había estado su cabeza. Todos contuvieron el aliento.

Sigurd la miró fijo. Era la mujer más hermosa que había visto. Tenía la piel perfecta, los párpados le destellaban con tonos de nebulosas doradas y los suculentos labios rosados parecían pedirle un beso. Tenía puestas las prendas más extrañas que había visto en toda su vida: un abrigo gris que le abrazaba la cintura y los brazos, de modo que no le quedaba demasiado espacio para moverse, una falda que se le aferraba a las caderas y le caía hasta las rodillas dejándole al descubierto unas hermosas piernas. En el talón de los zapatos, tenía unos palos afilados que podrían perforarle el ojo a un hombre. ¿Los utilizaría como armas?

En el cuello llevaba un delgado colgante de oro tan delicado que solo lo podrían haber confeccionado los enanos de las leyendas. Tenía unas perlas en los lóbulos de las orejas y un

brazalete alrededor de la muñeca con un círculo blanco, unas diminutas runas alrededor del borde interno y dos flechas que las señalaban y parecían agujas de hueso. El brazalete hacía tictac, y una de las flechas se movía. No cabían dudas de que manos humanas no habían confeccionado esos objetos.

—Debe ser una diosa —susurró Sigurd.

Asa se le acercó.

—¿Está viva?

Sigurd le apoyó la oreja contra el abrigo que se encontraba cálido por el calor del cuerpo. Oyó el latido fuerte y asintió con la cabeza en respuesta. Recorrió a la mujer con la mirada para ver si se encontraba lastimada, pero parecía sana. De repente, tuvo una epifanía y miró a Asa y Floki.

—Los dioses deben haberla enviado para ayudarnos con la fortaleza.

Si bien no confiaba en las mujeres mortales, una diosa era un caso aparte. Los dos asintieron con la cabeza y abrieron los ojos de par en par para reflejar sorpresa. Quizás era una diosa que lo había favorecido. Quizás haría magia y le daría la fuerza que necesitaba para terminar la fortaleza antes del final del verano. Con la cantidad de hombres que tenía en ese momento, no tenían esperanzas.

—Bueno, *jarl*. —Asa se puso las manos como jarras—. ¿Qué vas a hacer con ella? Parece que está bien a primera vista, pero debería examinarla adecuadamente. Y tratarla, si es necesario. Pero imagínate lo que va a pensar si se despierta en un banco en mi casa con los pies de Floki en el rostro, caca de gallina por todo el suelo y los mugidos de las vacas de fondo. Ni siquiera debería dormir en un banco en tu gran salón.

—¿Por qué no? —preguntó Floki—. Fue lo bastante bueno para Vigdis toda su vida. Hasta los reyes duermen allí cuando están de visita.

Asa abrió los ojos aún más.

—¿Acaso quieres ofender a los dioses, Floki? —Sin aguardar respuesta, se volvió hacia Sigurd—. Tiene que estar en el mejor sitio de la aldea para sentirse honrada.

Sigurd sabía a dónde quería llegar Asa, pero no le gustó ni un ápice la idea de tener una desconocida en su cama. Diablos, cómo detestaba cuando las mujeres tenían razón.

—En mi recámara —concluyó—. Tienes razón, debería sentirse honrada. Necesitamos un milagro para terminar la fortaleza.

Sigurd tomó a la mujer en sus brazos como si fuera el tesoro precioso de un saqueo y comenzó a andar hacia la aldea. En donde le rozaba la piel, le cosquilleaba. Quizás, al final de cuentas no sería nada malo tener una diosa en su cama.

CAPÍTULO
CUATRO

Alguien estaba respirando al lado de ella. Qué extraño. Debía tratarse de un sueño. No recordaba haber tenido una cita la noche anterior. De hecho, no recordaba demasiado, la mente le vibraba como un gong de meditación.

Qué bien. El sabor amargo de algo desagradable que le había ocurrido estando despierta le asaltaba las esquinas de la psiquis como un ladrón. Quería olvidarse del asunto y hacerlo desaparecer. Si ese era uno de esos sueños con un hombre a su lado, sería mejor que disfrutara de su compañía.

Abrió los ojos y vio la silueta de alguien que yacía de espaldas a ella. En efecto, se trataba de un hombre. Eso sí que era nuevo. Sus sueños eróticos solían comenzar más cerca de la acción y solían involucrar a un caballero, un pirata o incluso un samurái que se le acercaba para susurrarle algo dulce al oído, y la tomaba como si estuviera famélico y ella fuera su última comida. Estando despierta, detestaba a ese tipo de hombres. Pero en la privacidad de sus fantasías, solo los hombres fuertes y poderosos le hacían hervir el cuerpo.

Donna estudió la habitación en la que se encontraba. Estaba oscura, y la única fuente de luz provenía de las cuatro lámparas que colgaban en las esquinas. El techo de paja tenía una pendiente alta por encima de su cabeza. Varias espadas, escudos y hachas colgaban de los tablones de las paredes. Había tres baúles cerca de la puerta de madera, que tenía unos huecos que ofrecían muy poca privacidad, y no había ninguna ventana. El viento aullaba en el exterior, y el olor de la lluvia le llegó a la nariz. No era su departamento en Nueva York, eso era seguro. Qué fantasía más extraña.

Se giró a un lado, y las pieles le produjeron un cosquilleo en los tobillos. Se volvió debajo de la manta de piel. Tenía una especie de camisón de lino puesto. Parecía una prenda medieval.

Sentía curiosidad por qué tipo de hombre se le había ocurrido a su subconsciente en esta oportunidad. A juzgar por la habitación, era un vikingo… Estiró la mano hasta el gigantesco hombro y le recorrió la forma con los dedos. El hombre se removió y le golpeó la mano como si fuera una mosca. Donna frunció el ceño. «Uy, esto es demasiado real, ¿podemos endulzarlo un poco, por favor?».

Se acercó al hombre, le acarició el omóplato con la mano y fue bajando por los músculos de la espalda. Pero antes de llegar a las nalgas, que de seguro serían deliciosamente firmes y redondeadas, el hombre se volvió, la colocó contra el colchón y le acercó una daga a la garganta.

Donna soltó un jadeo al tiempo que la adrenalina le aceleraba el corazón. El hombre la estudió. Luego se le relajó el rostro y rodó sobre la espalda. Donna se aferró a la manta de piel bajo el mentón y se arrastró hasta la esquina más alejada de la cama.

—Diosa, eres tú —la voz del hombre resonó como el ronroneo de un león e hizo la daga a un

lado—. No se juega con un guerrero dormido.

Ni hacía falta que lo mencionara. Donna tragó con dificultad. Al tiempo que se le calmaba el latido del corazón, se dio cuenta de que la había llamado diosa. No había forma de que eso fuera real.

Lo observó. Era hermoso: tenía el cabello rubio oscuro, la barba corta y los ojos de color plomo. El aire zumbaba a su alrededor, y aunque no la estaba tocando, el aura de su presencia le producía un cosquilleo en la piel como la electricidad estática. Nadie jamás la había afectado de esa manera, ni siquiera Daniel. Eso bastaría. Donna soltó el aliento y se rio.

—Bueno, tú también me has asustado.

Mientras las palabras le salían de la boca, supo que había hablado en un idioma extranjero. Pero no tuvo ninguna dificultad a la hora de buscar las palabras para comprender al hombre. Ese sueño iba a ser divertido.

—¿Cómo te sientes? Has estado inconsciente desde ayer.

Al oírlo, frunció el ceño.

—¿De verdad? No recuerdo cómo llegué a este lugar.

—Te apareciste de la nada. Y te traje aquí. Espero que lo encuentres satisfactorio.

—Oh. —Donna le sonrió—. Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

—Sigurd Randverson. Soy el *jarl*.

Donna se mordió el labio. Recordaba de la clase de historia que un *jarl* era como un conde. Y se encontraba en la cama con un *jarl* vikingo de lo más atractivo. La anticipación le calentó el cuerpo. Estiró la mano y le rozó el labio inferior con el pulgar. A Donna se le aceleró la respiración.

—Bienvenida. ¿Cómo te puedo llamar, diosa?

—Donna.

—Donna —pronunció el nombre como si fuera un dulce en la lengua. Le recorrió el cuerpo con la mirada, y le produjo un cosquilleo en la piel—. Mi hermosa diosa.

A Donna se le encendieron las mejillas, y las palabras la hicieron derretir como el caramelo al sol. La mujer de Nueva York que llevaba dentro ya se habría burlado de él y de ella misma por reaccionar de ese modo. Pero la mujer de Nueva York que llevaba dentro podía tomarse un descanso.

Donna le pasó los brazos por el cuello y se lo acercó con delicadeza. Su aroma la envolvió. Olía al océano, a pino y al almizcle de un hombre. Oh, con qué facilidad habría podido perderse por completo en él. Lo recorrió con las palmas hasta aterrizar en su torso musculoso cubierto por una mata de rizos rubios, mientras que él le recorría los antebrazos con los dedos y le masajeaba los músculos de los brazos. Sus manos la calentaron y la relajaron.

—Tienes una piel suave como la seda —le murmuró—. Esta no es la piel de una mortal. ¿Te quieres acostar conmigo, diosa?

¿Acostarse con él? Estaba lista para vender el alma con tal de pasar una noche con su compañía.

—Sí.

El hombre ladeó la cabeza y le selló la boca con un beso. Los labios firmes eran suaves y estaban llenos de necesidad al tiempo que se apretaban contra los suyos con suavidad. Le saboreó la lengua con la suya y se la acarició.

Le bajó las manos por las piernas y le jaló el camisón para quitárselo por la cabeza y dejarla libre de la prenda. La piel desnuda le ardió de deseo. Le dibujó círculos alrededor de los pezones, pero no se los tocó. Le produjo una ola de electricidad, y los senos le dolieron de placer. Donna

retorció el cuerpo contra el de él, impaciente de experimentar más de esa dulce fricción que la volvía maleable y cálida. Estiró la mano hacia sus pantalones, pero la detuvo.

La recostó sobre el colchón y le colocó los brazos por encima de la cabeza para mantenerlos en ese sitio con una mano y regresar a los senos y masajeárselos con la otra mano. Donna arqueó la espalda y se apoyó contra su palma. Se mordió el labio inferior en el intento fallido de contener un gemido.

—Quiero que me supliques —le dijo con la voz ronca que le hizo eco en el pecho.

«Oh, no hará falta demasiado para eso…».

Bajó la mano por un lateral y la llevó a la entrepierna para provocarla con los dedos. Un roce del pulgar sobre el clítoris le arrancó un gemido. Cuando le deslizó un dedo largo en el interior húmedo, a Donna se le escapó un jadeo por la garganta. Acto seguido, sintió otro dedo que se deslizaba en su interior, y la excitaba más despacio de lo que había deseado, pero la envió a un mundo de dulce agonía que no sabía ni siquiera que existía.

—¿Te gusta esto? —Sigurd inclinó la cabeza para depositarle una línea de besos y lamerle el cuello con delicadeza antes de morderle el hombro.

—Oh… —Deliraba de placer. —Es el mejor sueño que he tenido.

Él continuó con la dulce tortura.

—¿Un sueño? Diosa, si esto es un sueño, entonces soy un enano de Nidavellir.

Ella estaba demasiado excitada y demasiado involucrada como para comprender esas palabras.

—Sí, sí, lo que digas… por favor, no te detengas. —Su cuerpo continuaba moviéndose en olas contra el suyo, pero él se quedó quieto.

—Donna, esto no es un sueño. Estás aquí, conmigo, en Vörnen, Noruega.

Eso era demasiado preciso. Abrió los ojos y lo vio ceñirse sobre ella con el ceño fruncido. Luego tragó con dificultad.

—¿En Vörnen, Noruega? ¿Y tú eres un *jarl* vikingo?

—Sí, un *jarl* nórdico.

Sintió una capa de sudor frío en la piel. ¿Y si no estaba soñando? Aún excitada, tomó consciencia de su desnudez. Se sacudió para quitarse las manos de debajo del brazo y se cubrió, pero él la volvió a acorralar contra la almohada y la empujó contra el colchón.

—Pellízcame —le pidió.

—¿Cómo has dicho?

—Si no es un sueño, me va a doler. Pellízcame.

—Qué lógica más extraña, diosa.

Él le pellizcó el lateral desnudo de la cintura, y le produjo un dolor intenso mezclado con un cosquilleo. Donna se congeló al tiempo que los recuerdos la arrasaban como una avalancha. Estaba en la corte de justicia. Recordó a Marta, a Daniel y a la anciana con el huso. «Hay un hombre que te necesita…».

Una ola de horror le recorrió la columna vertebral. Acababa de comenzar una situación sexual con un hombre al que acababa de conocer. Pero, más importante aún, ¿dónde estaba? ¿Estaba alucinando? Todo era demasiado real, y el pellizco de Sigurd le dolió. ¿Acaso la había secuestrado una cómplice de la anciana? No recordaba más nada luego de haber tocado el huso. ¿Se habría caído inconsciente? ¿Se habría golpeado la cabeza? No le dolía la cabeza. ¿Dónde estaba y qué le había pasado? Sentía una necesidad incontrolable de huir en busca de refugio que le tomó el mando del cuerpo y de la mente. Tenía que ver el exterior.

—¡Suéltame, bárbaro! —Se retorció como si su vida dependiera de ello, lo pateó y lo mordió.

Tenía que saberlo. Pero él era como una montaña.

—No, no te dejaré huir.

—No quiero huir. Solo necesito ver dónde estoy. ¡Suéltame!

Estaba mintiendo. Si debía hacerlo, huiría. Sin dejar de sostenerle los brazos, él se puso de pie.

—No creas que te dejaré salir de mi vista ni por un instante.

Donna asintió con la cabeza. Él la soltó y se dirigió hacia la puerta para bloquearla. Seguía desnudo de la cintura para arriba, y Donna se quedó sin aliento al verle el cuerpo poderoso. Era el hombre más magnífico que había visto en la vida.

Con la cabeza, señaló hacia uno de los baúles.

—Allí hay prendas para ti. Las que tenías puestas no son apropiadas para este clima. Quizás sean perfectas para tu mundo… —con el dedo, señaló el cielorraso—, pero aquí, te congelarás. Oculté las armas de tus zapatos en un sitio seguro. No puedo confiar en ti.

Donna quería reírse. ¿Acaso creía que los tacones aguja eran armas? Qué idea más ridícula.

Se puso de pie con la manta de piel envuelta en el cuerpo para cubrirse la desnudez y caminó hacia los baúles. Abrió el que él le había indicado y encontró una túnica larga de lino, un vestido rojo con unos broches y unos suaves zapatos de cuero.

—Date la vuelta —le dijo.

Él arqueó las cejas.

—Date la vuelta, Sigurd —insistió.

—No te apartaré los ojos de encima, diosa. Primero, porque no confío en ti aún y, segundo, porque no me privaré del placer de ver tu cuerpo desnudo en mi propia casa.

Donna soltó un gruñido.

—Pero ¿cómo te atreves a tratarme como si fuera tu propiedad?

Sigurd se limitó a soltar un bufido.

—¡Date la vuelta, pedazo de hemorroide!

—¿Pedazo de qué?

—No me cambiaré bajo tu mirada.

—Como quieras. Quédate desnuda para siempre.

Donna alzó el mentón e hizo la ira a un lado. Tenía que ver dónde estaba. Tenía que decidir qué era más importante: si su orgullo o descubrir la verdad.

—Oh, ¿qué importa? ¿Quieres verme desnuda? De acuerdo. Ya lo has hecho. Tengo que ver qué hay afuera.

Las pieles se cayeron en una pila pequeña a su alrededor. Sigurd tomó una profunda bocanada de aire, y Donna ocultó una sonrisa. Sin mirarlo, pero con las mejillas sonrosadas, se vistió. Las prendas se sentían suaves y agradables contra la piel, y los zapatos le iban un poco grandes, pero eran cómodos.

—Vamos —dijo.

Sigurd se puso una túnica y tomó un hacha. Le sujetó el codo, y ella lo empujó.

—¡No me toques!

Él se limitó a reírse.

—Eso no es posible, diosa.

Le tomó el brazo con más firmeza, abrió la puerta y la condujo a una sala gigante. Donna observaba todo con la boca abierta. La sala era oscura, espaciosa y alargada. Había una pequeña plataforma con un trono gigante de madera. El fuego ardía en un hogar que ocupaba el centro de la habitación. A lo largo de las paredes, había bancos con gente que dormía sobre ellos. Las

columnas estaban decoradas con patrones vikingos que le recordaron al huso dorado. Olía a heno, cerveza y madera. Todo parecía tan real, que le empezaron a temblar las manos.

Atravesaron las puertas del salón y salieron al exterior. Estaba amaneciendo, y Donna vio varias casas de madera a su alrededor. Más allá de la aldea, pudo ver la superficie de un fiordo suave, varios barcos vikingos anclados en el muelle y unas montañas que se alzaban como murallas a lo largo de las orillas. El aire era fresco y casi sabía dulce.

Al parecer, por algún milagro, se encontraba en Noruega, en alguna especie de aldea medieval. Si hubiera creído en la magia, habría llegado a pensar que había viajado en el tiempo…

No. Era imposible. Tenía que tratarse de algún tipo de recreación. Pero ¿cómo había llegado allí y cómo haría para regresar a casa? ¿Era una prisionera allí? Se le oscureció la mirada y la tierra se movió bajo los pies. Con la mano, buscó algo a lo que aferrarse y le sujetó el brazo.

Se volvió hacia Sigurd, que la miraba a los ojos, y la fuerza sólida de su mirada gris la calmó.

—Tengo que regresar.

CAPÍTULO
CINCO

¿Qué acababa de decir que tenía que hacer?

La mano de Sigurd se puso rígida alrededor del codo de Donna, que parecía a punto de desmayarse, como si se encontrara en un sitio imposible. Había algo demasiado humano en esa reacción. En ese momento, no parecía para nada una diosa. Los ojos celestes reflejaban un ruego… así como también pánico y terror.

Sigurd apretó los dientes. Aún tenía los músculos empapados del sabor de su cuerpo contra el de él. No podía recordar haber deseado a una mujer tanto como la deseaba a ella. Todo lo que había sentido a su lado se aproximaba a lo divino. Había pensado que, por fin, los dioses le habían sonreído. Pero, si no tenía ninguna intención de encontrarse allí, ¿por qué los dioses se la habían enviado? Había dicho que tenía que regresar…

—¿A dónde?

—A Nueva York —respondió.

—¿Te refieres a Jorvik, en Northumbria, la ciudad que conquistó Ivar el Deshuesado?

Los ojos se le agrandaron aún más.

—¿Northumbria? ¿El reino antiguo que ya no existe? ¡Ya déjate de bromas! Todo el mundo ha oído de Nueva York.

Arqueó las cejas.

—Ya sabes, ¿Nueva York? ¿En los Estados Unidos de América?

Sigurd se rio.

—Tus palabras son más retorcidas que la barba enmarañada de Loki. ¿Dónde queda eso? Suena a un sitio en Irlanda, pero jamás oí hablar de él.

Donna gruñó exasperada y se miró el codo, que él seguía sujetando. Se debatió para liberarlo.

—¿Me puedes soltar? ¡Ni siquiera sabría a dónde correr!

Era pequeña, pero sabía dar batalla.

—¿Estás intentando tomarme el pelo, diosa?

Abrió y cerró la boca. Él sonrió. Inspirado por una idea, miró la pila de materiales de construcción que yacía al lado de la puerta alta de la casa. Había unas cuerdas y, sin soltarla, tomó una corta. Donna jadeó.

—¿No estarás pensando…?

Sin responderle, la atrajo hacia él, le soltó el codo y le envolvió los brazos con la cuerda que tenía en la mano. El cuerpo de ella quedó apretado contra él, y se le dilataron las pupilas y entreabrieron los labios. Su aroma dulce lo envolvió: olía a frutos del bosque, madera calentada al sol y aire fresco de la cima de la montaña… pero también a algo más: algo fuera de este mundo.

Sigurd le sujetó la cuerda por la cintura y le hizo un nudo. A ella se le agrandaron los ojos aún más, soltó un jadeo y comenzó a debatirse y empujarlo, pero él la mantuvo en su sitio. Tenía una cintura demasiado estrecha y frágil. El recuerdo de la piel sedosa bajo los dedos lo hizo tragar y sentir una descarga de deseo en el cuerpo.

—No te alejarás ni un paso de mí —le dijo con la voz ronca.

La soltó, y se tambaleó como si acabara de perder el equilibrio.

—¿Acaso soy una suerte de esclava para ti? ¡Suéltame de una vez! ¿Cómo te atreves?

Donna no podría parecer una esclava por más que lo intentara. En realidad, parecía la diosa de las tormentas, con las mejillas sonrosadas y los ojos destellando como relámpagos. Hasta parecía haber crecido en tamaño.

Pero no podía actuar en función de sus deseos. Tenía que construir la fortaleza, y tenía que saber si podía utilizar a la diosa de alguna manera. Sin decir más nada, caminó sobre el sendero de tierra hacia el arco y jaló de ella a sus espaldas. Sin embargo, ella clavó los pies en el suelo como una cabra terca.

—¿A dónde me llevas?

—Al arco de piedra donde apareciste. O el arco o tú tienen poderes especiales, y voy a averiguar la verdad.

Donna dejó de luchar. Sigurd miró hacia atrás y la vio observando todo con la boca y los ojos abiertos. Estaba pálida y apenas veía por dónde andaba. Pero si estaban pasando por delante de otras casas, ¿qué tanto había que mirar? ¿Quizás los tallados expertos de Floki sobre las vigas? Floki había tallado su diseño personal, que distinguía a la aldea de Vörnen de otras. Si bien eran dignos de admiración, Donna estaba mirando todo como si esperara que los troles y los gigantes de Jötunheimr salieran por las puertas y de detrás de las esquinas de las casas. Aún era temprano, de modo que solo había unas pocas personas que habían comenzado con las tareas matutinas del día.

—¿Estamos en un plató cinematográfico? —le preguntó.

—¿Un qué?

—¿Por qué las personas van vestidas como si estuviéramos en la época medieval? ¿Dónde están los postes de electricidad? ¿Por qué las casas no tienen ventanas? Y esos barcos… —señaló los *drakkars* que se encontraban en la playa, detrás de la fortaleza en construcción—. Tiene que haber alguna explicación lógica. ¿Acaso son parte de un culto? ¿O son una de esas comunidades como los *amish* pero en Noruega?

Sigurd frunció el ceño. Algunas de las palabras que decía no tenían ningún sentido.

—¿Estás intentando hacer un hechizo, diosa?

—¡Ya deja de tratarme de diosa, por favor! Déjame pensar. Soy una persona racional. Estaba en la corte de justicia con mis clientas y Daniel, y luego vi a la anciana… Aguarda. Acabas de decir que aparecí de la nada. Debajo de ese arco, ¿no? ¿Qué ocurrió exactamente?

¿Corte de justicia? ¿Clientas? Era como si fuera de otro mundo.

—Floki, su esposa Asa y yo estábamos construyendo la empalizada. Un poste se cayó sobre el arco, y luego apareciste.

Se acercaron al arco, que se encontraba a unos pasos de distancia de la última casa, oculto detrás de la arboleda. La piedra que casi la había matado aún yacía en el suelo, y Sigurd señaló en esa dirección.

—Allí es donde apareciste ayer.

Donna miró el arco con los ojos abiertos como platos.

—Pero está en el medio de la nada. Hasta el fiordo está alejado, de modo que no pude haber

llegado por mar. Hay algunos árboles alrededor, así que un helicóptero no podría haber aterrizado. ¿O me dejaron caer? Pero no siento dolor en ningún lado. ¿Cómo pude haber aparecido sin más?

¿Un helicóptero? ¿Qué tipo de dragón habría montado la diosa? Sigurd buscó algún indicio de magia que pudiera estar experimentando al encontrarse cerca del arco. Pero la única magia que sintió fue el latido acelerado de su corazón gracias a su presencia.

—¿Sientes algo?

—Siento que me estás lastimando. —Jaló de la soga alrededor de la cintura.

Sigurd le aflojó un poco el nudo, y los dedos se le derritieron al rozarle el cuerpo. ¿Por qué tendría ese efecto sobre él? Ardía por ella. Eso no era nada bueno. No podía concederle que tuviera ese poder sobre él. Tragó con dificultad e insistió.

—Pero ¿nada de magia? ¿Puedes alzar la piedra en el aire?

Donna soltó un bufido.

—¡Ay, pero por favor!

Se alejó de él hacia la piedra, y Sigurd se sintió desilusionado de que se hubiera apartado de su lado. Caminó alrededor de la piedra con pasos llenos de gracia y las curvas suaves moviéndose debajo de las prendas. La cuerda se alargó, pero él jaló de ella hacia él, y ella lo fulminó con la mirada.

Aunque Sigurd la había llevado allí, no quería que se acercara a las piedras. ¿Y si desaparecía de la misma manera en que había aparecido? O, peor aún, ¿y si tomaba una piedra para golpearlo mientras dormía?

—¿Qué estás buscando?

—No lo sé. Cualquier señal de una explicación lógica. Como una mordaza con cloroformo. Una puerta oculta. Una caja espejo. —Se paralizó y alzó la mirada para verlo—. Aguarda. ¿Has dicho que Asa se encontraba contigo? ¿Es anciana? ¿Tiene un huso dorado?

—¿Hablas de un huso de oro? Asa no tiene suficiente riqueza como para tener semejante tesoro. Ni siquiera yo tengo oro ya.

Un *jarl* necesitaba tesoros para mantener la lealtad de sus guerreros. Sigurd había entregado todo su oro para retener a los últimos guerreros fuertes luego de que su padre se enfermara, y, desde entonces, no había participado de ningún saqueo. El oro se había acabado, y solo le quedaba plata, que también desaparecía a paso acelerado mientras les pagaba a los hombres que le quedaban. Solo podía esperar que estuvieran en condiciones de saquear el año siguiente, cuando hubieran terminado de construir la fortaleza. Todos esos inconvenientes se debían a la traición de una mujer…

Sigurd frunció el ceño, algo de lo que había dicho Donna le llamó la atención. Un huso de oro. Una anciana… ¿Podría tratarse de…?

—¿Dónde viste a la anciana con el huso?

—En un tribunal de justicia en Nueva York. Se me acercó para decirme que había un hombre que me necesitaba y luego me pidió que le sostuviera el huso de oro. Tenía unos patrones tallados y parecían como los de las columnas de aquí. Estaba tejiendo una bufanda con un árbol.

—¿Un árbol? ¿Podría tratarse del Yggdrasil, el fresno del universo? El único ser que tiene un huso de oro es una de las tres nornas.

—¿Las tres nornas? ¿Quiénes son?

—Son quienes tejen los destinos de las personas y de los dioses. Definen cuándo nacemos, cuándo morimos y todo lo que nos pasa. Un escaldo visitó la aldea cuando mi padre aún era *jarl*, y con una de sus canciones nos contó la leyenda en la que las tres nornas tenían un huso de oro,

uno de plata y uno de bronce.

Donna frunció el ceño. Sigurd echó un vistazo hacia el arco. Siempre le había parecido más que una extraña colección de piedras apiladas juntas. Tenía que serlo. Ahora deseaba tener un sacerdote o una bruja en la aldea, que supiera de *seidr*, el arte de la magia y la hechicería. Ellos sabrían más acerca del arco.

Pero hasta Sigurd, que no era ningún hechicero, podía sentir algo poderoso más allá de las palabras en esas piedras. De modo que no le sorprendió que alguien como ella apareciera allí. Cuando completaran la fortaleza y recuperaran la fuerza como reino, sería el sitio perfecto para una arboleda sagrada. A los dioses les encantaría el arco. A la norna de seguro también le encantaba si había enviado a Donna allí.

Donna negó con la cabeza y se volvió para caminar hacia el arco. La cuerda se estiró, y Sigurd se sintió como un trol que acababa de atrapar un pez. Jaló de ella. No quería que tocara las piedras sagradas. El arco podría ser el portal por el que había llegado.

—No te acerques.

Donna se apretó las manos exasperada, pero lo miró con recelo.

—¿Por qué no?

—Porque yo te lo digo.

—No me creo estas tonterías. Soy una abogada de Nueva York, por el amor de Dios. No existen ni las nornas ni la magia.

Pero, a medida que hablaba, las palabras se le iban apagando. Sigurd se cruzó de brazos. ¿No creía en la magia? Mentía. La sujetó del codo y la hizo girarse para enfrentarlo.

Su rostro era una máscara de furia, tenía los senos apretados contra él y le hacía sentir calor en los músculos como el hidromiel más fuerte. La tenía tan cerca que inhaló el aroma dulce de su aliento. La necesidad de besarla le hizo dar vueltas la cabeza.

—Me importa un rábano lo que creas. Estás aquí porque el ser más poderoso de todos los mundos te quiere aquí. Conmigo. Ahora. ¡Así que deja de comportarte como una necia confundida y haz algo con la fortaleza!

CAPÍTULO

SEIS

—¡No puedo!

Donna no se había sentido de ese modo en toda su vida. La incredulidad ante la única explicación lógica, que era imposible, le desgarró la mente como una fiebre elevada. La montaña del cuerpo de Sigurd y su rostro lleno de furia la intimidaban a pesar de sus intentos de sentirse fuerte y llena de confianza. Tenía los músculos duros de él apretados contra el cuerpo y hacían que se le acelerara el corazón y le vibrara la piel con la más dulce anticipación. Se encontraba tan cerca de ella, que, si quisiera, podría besarla. Pero que la condenaran si permitía que volviera a ocurrir eso. Tenía que encontrar la manera de regresar. Tragó con dificultad.

—No soy una diosa. —No podía creer lo que estaba a punto de decir en voz alta—. Soy una mujer común y corriente. Del futuro.

Mientras oía sus propias palabras, le soltó un bufido contra el rostro. Él parpadeó, y Donna soltó una risita al verlo perplejo y comprender lo absurdo que era soltar un bufido en el rostro de un vikingo gigante y la ridiculez de los pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Y así, de repente, rompió a reír sin poder controlarse. Estaba histérica. De tanto reírse, se le tensó, le dolió y se le estremeció el vientre. Daba por seguro que había perdido la razón.

Sigurd la soltó y se limpió el rostro con la palma sin dejar de fruncir el ceño. Donna se dobló al medio intentando recuperar el aliento y calmarse, pero no pudo contener más carcajadas.

—¿Has terminado?

Donna respiró hondo para recuperar la compostura y asintió con la cabeza.

—Lo siento. —Con el dedo índice hizo un movimiento circular y le señaló el rostro.

En respuesta, recibió un gruñido.

—¿Por qué no estás perdiendo la cordura, Sigurd? Suena de lo más descabellado. Es lo más irracional que he dicho en toda mi vida.

Sintió el peso de los ojos de Sigurd en ella.

—Una mujer del futuro. —Le recorrió el cuerpo de arriba abajo con la mirada y, a pesar de sí misma, sintió una ola de calor y un cosquilleo en la piel—. ¿Cómo lo sabes?

La pregunta era tan ridícula que casi se atragantó.

—Las hachas, las casas de madera, la falta de electricidad, el modo en que van vestidos, los barcos, la tecnología… —señaló el poste que yacía en el suelo—. Todo esto es medieval. Además de que, por arte de magia, comencé a hablar y entender noruego… o lo que fuera el equivalente en esa época. —Frunció el ceño—. En esta época.

¿Quién iba a decirlo? Estaba debatiendo para el lado opuesto.

—¿En el futuro utilizan zapatos como armas?

Ella se rio.

—No, solo para caminar. Es un tema de belleza. El mundo es un lugar más pacífico dentro de mil años. Bueno, relativamente. La mayoría de las personas no necesitan armas. Mi madre y yo…

Oh, no. Su madre. Debía de estar muerta de preocupación. ¿Y quién iba a ayudar a las cuatro clientas de Donna? Su madre no podía lidiar con sus propios casos más el de ella, que era el más importante que había tenido su pequeña firma.

—No me crees, ¿no?

—Oh, claro que te creo. Las nornas son capaces de eso. Debe ser Skuld —le dijo, y Donna comprendió que era un nombre que significaba «lo que debería ser»—. Es la que rige el destino a través del tiempo. Lo que no entiendo es por qué te escogió a ti.

Donna arqueó las cejas. El hecho de que le creyera sin cuestionarla la estremeció, y lo recorrió con la mirada en busca de alguna señal de que estuviera bromeando. Un hombre moderno dudaría de sus palabras, pero él no era un hombre moderno. Eso le resultó como otro clavo en el ataúd de su esperanza.

—¡No lo sé! Se equivocó. No tengo ni idea de cómo ayudarte. ¡Pero necesito regresar, Sigurd!

—No puedes.

Las palabras la golpearon como piedras.

—¿Cómo has dicho?

Sigurd frunció el ceño.

—No hay forma de regresar si una norna te quiere aquí.

A Donna se le tensó el pecho. ¿No había forma de regresar? A pesar de que estaba al aire libre, se sentía atrapada en una caja de zapatos. A menudo, se sentía al borde de un ataque de pánico cuando se encontraba en espacios chicos, en elevadores o en el metro. Había lidiado con eso desde los cuatro años.

Una vez, Donna se había despertado en el medio de la noche con unos gritos y golpes de muebles contra las paredes. Su madre había estado discutiendo con su novio de ese entonces, Joseph, que era un fiscal en el prestigioso despacho de abogados en el que trabajaban ambos. A Donna se le había acelerado el corazón y había salido disparada hacia la puerta para buscar a su madre, pero la puerta estaba cerrada. Vivían en un departamento antiguo con puertas que tenían el pestillo del lado de afuera. Sin que su madre lo supiera, a su novio le gustaba cerrarle la puerta de su habitación con el pestillo para que no los molestara cuando se quedaba a dormir. Donna había pasado el resto de la noche acurrucada en un ovillo, con las manos pegadas a las orejas y los ojos cerrados para no escuchar ni ver cómo las paredes de la pequeña habitación en Manhattan se le venían encima. Muchos años después, Donna se enteró de que esa noche, Joseph le había contado a su madre que lo habían ascendido a socio minoritario.

Encontrarse atrapada allí se sentía como esa noche para Donna. Las manos le temblaban, y el pecho le empezó a doler. No. No podía tener un ataque de pánico. No en ese momento.

—Necesito regresar, Sigurd. Hay gente que depende de mí. Cuatro mujeres y sus hijos podrían perderlo todo… y probablemente acabar en la calle.

A él se le tensaron los músculos del mentón, pero señaló la zanja.

—Si no acabamos de construir la fortaleza, toda la aldea podría morir. Y estás aquí para evitar eso, aunque solo seas una mujer. Quizás si vienes el futuro, eres diferente. Así que disculpa, pero no tengo ninguna prisa por enviarte de regreso.

Donna soltó un jadeo.

—¿Solo una mujer? ¿Hablas en serio? Y, disculpa, ¿cómo es eso de que estoy aquí para

evitar que toda la aldea se muera?

—Estoy construyendo una fortaleza alrededor de la aldea. Tengo que terminarla antes de que acabe el verano, pero no estamos avanzando lo suficientemente rápido. ¿Qué puedes hacer? ¿Eres obrera?

Donna le echó un vistazo al poste.

—No.

—¿Sabes algún oficio?

—No.

—¿Al menos puedes luchar?

—Tomé una clase de defensa personal con una mujer brutal que tenía el rostro quemado. Y practico *krav magá* dos veces a la semana.

—¿Y en el *krav magá* se usan espadas y hachas?

—No.

—Entonces no nos ayudará en una batalla. ¿Cómo ayudarás?

Donna miró alrededor. Observó la zanja, el poste caído y el arco. La desesperación le hizo sentir los pies pesados y las manos débiles.

—¡No lo sé! Pregúntale a la norna.

—¿Y qué es lo que haces en tu época?

¿Siquiera tenían el concepto de abogacía los vikingos?

—Protejo los derechos de las mujeres que son maltratadas, que sufren a manos de los hombres, sus empleadores o el gobierno.

—Pero qué ridiculez. Si alguien le hace daño a una mujer, es el derecho y la obligación del marido, del padre o de los hermanos vengarla. Pero no es la tarea de otra mujer. Además, no se le puede confiar algo tan importante como la ley a ninguna mujer mortal. ¿Qué puedes saber al respecto?

La ira le ardió en el cuerpo, y Donna tomó una profunda bocanada de aire para calmarse. Se recordó que esa era una época de lo más salvaje.

—Pues, te informo que en un poco más de mil años, las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres. Bueno, oficialmente. Porque en la práctica a menudo las tratan como en tu época.

Sigurd se le acercó, y contuvo el aliento. Con las manos le desató el nudo de la cuerda alrededor de la cintura y le produjo unas olas de electricidad en toda la piel.

—No me sirves para la fortaleza. Mantente fuera del paso. Considerando que atravesaste el arco, debe ser el portal. Quizás puedas regresar por él. Tendremos que reconstruirlo porque es una parte importante de las defensas, no por ti. Y luego, si te quedas o te vas, no me puede importar menos. Pero no te atrevas a tocar nada. Mantente ocupada con tareas femeninas: ayudando en la cocina y limpiando. No hables con nadie. Regresa a la casa. Si tienes hambre, puedes comer. Si necesitas aliviarte, puedes usar la dependencia externa.

Donna soltó un jadeo de todos los insultos. Tareas femeninas… Mantenerse fuera del paso… ¡Como si fuera una esclava!

Sigurd se alejó hacia la aldea y la dejó sola.

—Regresa a mi recámara al atardecer. Aún no he terminado contigo allí —le arrojó por encima del hombro.

CAPÍTULO
SIETE

Donna se quedó de pie un momento abriendo y cerrando la boca sin emitir ni un solo sonido. La ira y la conmoción le hervían en el estómago como una tetera, pero había algo más, algo que se prohibió sentir. Los músculos internos le palpitaron cuando la imagen del cuerpo desnudo de Sigurd sobre ella le invadió la mente.

No. ¡No! No podía actuar sobre esos sentimientos. Si bien no podía negar que se sentía atraída hacia él, Sigurd y ella no tenían ningún futuro juntos. Él era exactamente el tipo de hombre del que había decidido mantenerse alejada desde Daniel. Y, más importante aún, no pertenecía a esa época y tenía que regresar a la suya. ¿Una abogada de Nueva York con un vikingo? Le pareció un disparate, pero el pensamiento no le sonaba tan absurdo como hubiera querido.

«¡Ya deja de pensar en él y pon manos a la obra!». Aunque Donna sabía que probablemente sería en vano, se acercó al arco y apoyó las manos sobre él. Las piedras estaban frías, ásperas y apagadas. Se obligó a cerrar los ojos con la esperanza de abrirlos en Nueva York, pero no ocurrió nada. «Maldición». De verdad estaba atrapada allí.

Miró alrededor y el pecho se le estrechó como si se lo apretara un tornillo de banco. Sintió como si los árboles comenzaran a ceñirse sobre ella como lo habían hecho las paredes en su habitación en Manhattan y corrió hacia la aldea.

Los habitantes estaban despiertos, la gente estaba ocupada con sus tareas matutinas y tenían expresiones serias. Los hombres caminaban hacia los laterales de la aldea, seguro para continuar construyendo la fortaleza. Las mujeres guiaban a las vacas, las ovejas y las cabras a los pastizales chasqueando la lengua y los niños las ayudaban cargando heno, vegetales y algunos baldes con agua. Las gallinas cacareaban, y los gansos graznaban. El olor a estiércol pendía en el aire dulce, pero no era molesto. Por algún extraño motivo, le resultaba reconfortante.

Desde la distancia, Donna vio a Sigurd salir de la casa. Esperaba que la viera, pero se alejó caminando hacia el centro de la aldea armado hasta los dientes con un escudo, un hacha de batalla y una espada. Se veía glorioso, como un jefe militar antiguo.

Al verlo, se quedó sin aliento. ¿A dónde iría? Si Donna quería regresar, el arco tenía que estar reparado. Y, para eso, necesitaba que Sigurd hiciera algo ya mismo, y no cuando le viniera en gana. Determinada, lo siguió.

Sigurd se había detenido en una pequeña plaza donde una decena de niños y adolescentes se enfrentaban unos a otros con escudos, hachas y espadas de madera. Sigurd gritó: «¡Muro de escudos!», y todos se acercaron para construir tres filas de escudos. A Donna se le tensó la garganta al pensar en esos adolescentes, esos niños, entrenando para la guerra. Sigurd ladraba órdenes, y ellos se agrupaban y reagrupaban, o se enfrentaban entre ellos y a él, que los corregía,

los elogiaba y, con el entrenamiento, los hacía amoratarse. Todos lo miraban como si fuera un dios. Y tenía el aspecto de uno. ¿Quién era el dios de la batalla? Thor, ¿no? Bueno, bien podría haberlo sido Sigurd.

Por primera vez desde que había llegado, tuvo un momento para pensar y preguntarse qué tipo de hombre era. Sin dudas, sería un gran guerrero, un hombre fuerte y un buen líder si le importaba tanto su gente como para arriesgarlo todo para construir la fortaleza. Trabajaba con sus propias manos junto a su gente. Le había dicho que había estado construyendo la empalizada con Floki y Asa cuando se apareció allí. Y ahora, estaba tomando cuidado personal para asegurarse de que esos niños tuvieran una posibilidad contra cualquier enemigo que los amenazara. Parecía un buen hombre. El corazón se le ciñó y se le expandió cierta calidez por todo el cuerpo. No, no debería albergar esos sentimientos. Todo eso era bueno, pero él seguía siendo discriminador, terco, arrogante…

Alguien la tomó de la muñeca y la hizo dar vuelta. Un vikingo que no había visto antes se ciñó sobre ella. Era más joven y más bajo que Sigurd, así como también menos corpulento. En el rostro tenía una expresión de curiosidad violenta que le hizo cerrar la garganta de temor.

—¿Eres la diosa que se cayó del cielo ayer?

Donna intentó liberar el brazo, pero el hombre era fuerte como un buey. Debería darle una patada en el trasero, pero no quería que la situación escalara.

—¡Suéltame!

Llevaba una túnica hecha en casa, más vieja que la de Sigurd, y apestaba a sudor.

—No pareces una diosa. Pareces la mujerzuela de Freyja.

Donna soltó un jadeo, y se le erizó el vello de la nuca y los brazos. Él la jaló contra su cuerpo.

—Será mejor que vengas conmigo —le susurró al oído—. Cumplirás tu destino.

Ya era suficiente. Donna perdió la paciencia y alzó el brazo que le estaba sosteniendo. El nórdico perdió la ventaja con la extremidad tan alta. Se valió de su confusión, le sujetó la muñeca con las dos manos, le torció el brazo en una línea derecha y lo hizo volverse de espalda hacia ella. Luego le tomó el brazo derecho y se cayó de rodillas al suelo gruñendo de dolor.

—¡Por los gusanos en el cráneo de Loki! —Donna oyó la voz de Sigurd tronar a sus espaldas.

Echó un vistazo hacia atrás y vio a Sigurd con una expresión de conmoción en el rostro que le resultó invaluable. Practicar defensa personal y *krav magá* había sido beneficioso. Si podía obligar a un vikingo a arrodillarse, podría lidiar con lo que sea que esa pesadilla de viaje en el tiempo tuviera en puerta para ella.

—Geirr, has puesto las manos sobre la mujer de otro hombre. Pero veo que no necesita que ningún hombre la proteja.

A Donna le cosquilleó la piel ante la mirada de respeto en los ojos de Sigurd.

—¡Suéltame, bruja! —gruñó Geirr—. *Jarl*, no sabía que tenía dueño.

Sigurd se detuvo a su lado.

—Tiene dueño. Soy yo.

Donna se quedó sin aliento. Un estremecimiento prohibido la recorrió entera. Sus palabras sonaban tan mal y primitivas, pero, por todos los cielos, quería arrojarse en sus brazos y mostrarle cómo le pertenecía.

—Suéltalo, Donna. No te hará daño. Nadie te hará daño.

Soltó a Geirr, que se puso de pie para observarlos por debajo de las cejas pobladas. Sigurd asintió con la cabeza.

—¿No deberías estar en la fortaleza?

El hombre dio un paso hacia atrás y desapareció detrás de la esquina de la siguiente edificación. Sigurd hizo que Donna se volviera. Se ciñó sobre ella como la montaña se ceñía sobre el fiordo con los ojos del mismo tono de gris. Sin embargo, no reflejaban deseo como Donna había esperado en secreto. Por el contrario, estaban llenos de furia.

CAPÍTULO
OCHO

Por Odín y Thor, ella sí que era un problema.

Había pensado que quizás las mujeres del futuro serían diferentes, más dignas de confianza. Era evidente que les habían dado más responsabilidades. Pero una pequeña mujer como Donna había hecho que uno de sus mejores guerreros se arrodillara ante ella con unos pocos movimientos efectivos.

Sigurd estaba furioso. No solo con ella, sino también con él mismo. Debería haber sido más cuidadoso, debería haberla encerrado y asignado centinelas que se aseguraran de que no anduviera caminando por la aldea confundiendo a los hombres, creando caos y distrayéndolo. Sin embargo, no tenía hombres de sobra ni tampoco tiempo que perder.

Donna se encontraba de pie a su lado con los ojos bien abiertos. Los labios suculentos y jugosos como cerezas maduras le rogaban que los besara. Su aroma lo envolvió.

Le había dicho a Geirr que le pertenecía. En ese momento, lo que más quería hacer era adueñarse de ella. Tomarla y hacerla suya, hundirse en su aroma como se sumergía en las aguas del fiordo y olvidarse de todo en sus brazos hasta encontrar el alivio en su profundidad.

Sigurd tragó con dificultad y alzó la mirada para distraerse. Necesitaba controlarla y regresar a trabajar en la fortaleza. Avanzó hacia el gran salón y la jaló tras él.

—Te he dicho que no hables con nadie.

A Donna se le abrieron los ojos de par en par.

—¡Él se me acercó! Me sujetó y…

Sigurd gruñó.

—Te dije que fueras a la casa. Que te quedaras ahí y no salieras.

Llegaron al gran salón, y Donna comenzó a debatirse, pero él la condujo hacia la recámara ignorando las miradas llenas de curiosidad que les dirigían los esclavos.

Cuando llegaron a la recámara, Donna se liberó el brazo y giró para enfrentarlo, con los ojos celestes llenos de furia en la oscuridad de la habitación.

—¡Eres peor que un dictador! No tienes ningún derecho a decirme qué hacer. ¿Y qué es eso de que eres mi dueño? Nadie… escúchame bien, ¡nadie es mi dueño! Me pertenezco a mí misma. Soy mi propia dueña. Soy…

Sigurd no comprendía ni la mitad de todo lo que decía. ¿Dictador? ¿Qué era eso?

—Tengo derecho a hacer lo que me parezca adecuado contigo. Estás bajo mi protección.

Donna lo fulminó con la mirada y se cruzó de brazos. Por Freyja y Frigg, sus labios se veían de lo más tentadores.

—Sé de utilidad y ayuda con la cocina y la limpieza como te dije.

Ella alzó el mentón.

—¿Y también quieres que te caliente la cama?

Él tragó con dificultad y miró al objeto en cuestión, que estaba lleno de pieles suaves y se veía de lo más apetecible.

—Sí, también quiero que calientes mi cama.

Donna tomó una profunda bocanada de aliento.

—Te puedes ir olvidando de eso.

Sigurd dio un paso hacia ella. ¿Acaso se iba a oponer a todo lo que decía?

—No creo que pueda. —Le llevó la mano al rostro para recorrerle la curva suave de la mejilla.

Tenía la piel de una diosa. Ninguna mujer que hubiera conocido tenía esa piel. Mientras la acariciaba, ella abrió los dulces labios. Podía decir lo que quisiera, pero estaba tan afectada como él.

Antes de que la voz en su cabeza pudiera rugirle que se detuviera y se alejara, bajó la cabeza hacia ella. Necesitaba reclamarla antes de que creara más caos. A pesar de que se convenció de eso, sabía que no era más que una excusa. El verdadero motivo era que sus labios rozaron los de ella, y ella le dio la bienvenida como si él fuera una parte de ella perdida hacía mucho tiempo. Soltó un gemido apenas audible, y apretó el cuerpo contra él. Sigurd inhaló su aroma mientras la devoraba con la lengua y el dulce sabor de su boca lo hacía desearla aún más.

La levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama. Se sentó en el borde, se la acomodó sobre el regazo y la hizo girar para que le envolviera las piernas por las caderas. Le apretó el cuerpo contra el suyo y sintió sus senos suaves, su vientre y su calor. Se miraron a los ojos que reflejaban el deseo y la voracidad que ambos sentían. Pero los de ella también albergaban la sombra de la duda. No, ya no habría nada de eso. Ni pensamientos, ni preguntas, ni dudas.

Le cubrió los labios con los suyos antes de que no hubiera retorno y la duda se apoderara de ella. Le pasó una mano por el cabello mientras permitía que la otra le recorriera la columna vertebral, le acariciara la redondez del trasero y se moviera por el muslo antes de deslizarla por debajo del vestido y rozarle la rodilla. Los dedos le recorrieron la piel aterciopelada.

Se sentía como una diosa, pero sabía que era solo una mujer… y qué mujer más obstinada. Le tomó el cabello en la mano y le echó la cabeza hacia atrás para dejar el cuello al descubierto y besárselo devorándole hasta el último centímetro de piel. Luego llegó a un punto debajo de su oreja y, cuando se lo mordió con delicadeza, Donna soltó un gemido de placer. Estaba conectada con él, no sabía cómo, pero sentía que lo que deseaba y lo que la haría sentir bien. Y estaba feliz de dárselo.

Sigurd le deslizó las manos por las caderas para sostenerla al tiempo que se ponía de pie. Se volvió hacia la cama y la arrojó sobre el colchón antes de unirse a ella. Tenía los labios llenos, la boca entreabierta y los párpados entrecerrados. Sigurd se inclinó sobre ella, y el colchón se hundió a ambos lados de sus hombros. Cuando se arrodilló entre sus piernas, la oyó soltar un gemido, y así las piernas quedaron abiertas a su merced. Donna se mordió el labio, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Sigurd bajó aún más y la clavó en el colchón. Le sujetó las muñecas con una mano y le acomodó los brazos por encima de la cabeza para acabar lo que habían comenzado esa misma mañana.

Donna se retorció un poco y se frotó contra él. La volvió a besar, y gimió contra su boca. Sigurd estaba completamente apoyado contra ella, y Donna podía sentir el miembro duro que le palpitaba contra el sexo. Le devoró la boca con la suya. Como si tuviera mente propia, su cuerpo comenzó a frotarse contra ella.

Sigurd le abrió los broches y le recorrió la pierna con la mano antes de volver a sujetarle el

vestido. Se apartó un momento para quitárselo por la cabeza. Contempló el cuerpo blanco leche que yacía debajo de él, los senos llenos, la cintura delicada y las caderas redondeadas. La piel… oh, cielos, esa piel… el triángulo de vello marrón claro en la entrepierna…

Sigurd soltó un gruñido. Y luego le sorprendió sentir las manos de ella en su cintura, jalando de su túnica en el intento de quitársela. Alzó la mirada hacia ella, que le susurró:

—¿Por qué tienes que hacer todo el trabajo?

La túnica cayó al suelo. Luego los dedos llegaron a la cuerda que le sujetaba los pantalones y le rozó la piel del estómago, cerca de la erección. Sigurd sintió una mezcla de electricidad y pánico, y se le estremeció el miembro. Jamás permitía que una compañera de cama le diera placer oral. No podía darle semejante control a una mujer. Tenía que proceder con cautela. ¿Qué iba a hacer?

Lo tocó con sus dedos y le produjo una intensa ola de placer. Sigurd apretó los puños e intentó recurrir a todas sus fuerzas para no arrojarse sobre ella y tomarla. La dejó explorarlo, recorrer su longitud y jugar con ella, pero supo que no duraría mucho. ¿Acaso sabía lo loco que lo volvía?

Donna alzó la mirada para verlo y se humedeció los labios al tiempo que se movía para bajar. Sigurd se alarmó y le colocó las manos sobre las de ella, que lo miró sorprendida mientras él volvía a llevarse las palmas al pecho.

Se imaginó su miembro en la boca de ella, su lengua provocándolo, deslizándose arriba y abajo, y se endureció aún más. Pero no lo iba a permitir. Solo sería eso: una fantasía.

La volvió a empujar sobre la cama y le apoyó el cuerpo contra el de ella, abriéndole las piernas mientras le depositaba un sinfín de besos en el cuello.

Se apartó un poco para mirarla antes de deslizarse en su interior. Estaba muy húmeda y cálida y era muy estrecha. Donna echó la cabeza hacia atrás mientras la penetraba y soltó un gemido de placer por lo bajo. Por Freyr, era tan hermosa que era difícil de creer que fuera una mortal.

Cuando quedó completamente dentro de su centro estrecho, tuvo la extraña sensación de haber llegado a casa. Si no hubiera estado tan excitado, se habría detenido. Pero no podía. Lo único que podía hacer ahora era moverse.

Se hundió en su interior y se retiró. Al principio se movía despacio, pero luego más rápido. Ella le pasó las piernas por la cintura para acercárselo aún más y hacerlo sentir como si fueran un solo ser. Luego gimió, gritó de placer y le rogó que no se detuviera jamás.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —le aseguró con un gruñido.

Se llevó un pezón a la boca y lo succionó al tiempo que arqueaba la espalda para brindarle mejor acceso.

Sigurd se fue moviendo cada vez más rápido, sabiendo que pronto llegaría a la cima del placer. A pesar de que no quería que eso acabara, ella también estaba cerca del orgasmo.

Con unas embestidas más, la sintió estremecerse y respirar entre jadeos al tiempo que soltaba los gritos de éxtasis más dulces que había oído. Lo hizo llegar al orgasmo y se derramó en su interior adueñándose de cada uno de sus rincones.

Mientras colapsaba encima de ella tras el orgasmo más intenso de su vida, Sigurd sintió los pechos que subían y bajaban al unísono y el cuerpo sedoso en sus brazos. Y, por primera vez, no quiso dejar ir a una mujer.

CAPÍTULO
NUEVE

Cuando Donna se despertó a la mañana siguiente, Sigurd se había marchado, y la cama le enfriaba la piel sin su calor. El día anterior, había experimentado lo que sin dudas había sido el mejor sexo de toda su vida. Su cuerpo se sentía satisfecho y vivo, como si cada célula del cuerpo se le hubiera despertado tras un largo período de sueño. Mientras se estiraba, un ritmo tranquilo y primitivo le latía en el pecho y le daba fuerzas y energía. No podía creer que hubiera cedido ante Sigurd, pero si lograba regresar a Nueva York, recordaría esa experiencia como una pequeña aventura, como algo que solo ocurría una sola vez en la vida.

Oh, cierto. Nueva York. Su hogar. Tenía que encontrar la manera de regresar. El pensamiento la hizo regresar al presente y comenzar a vestirse.

¿Acaso Sigurd seguía en alguna parte del gran salón? Donna abrió la puerta y pasó la mirada por el enorme gran salón, pero no lo vio. Debía de estar en la fortaleza. Vio mujeres con prendas sencillas que hacían las tareas del hogar: cocinaban frente al hogar, barrían el suelo o cosían. Todos cumplían con las reglas tradicionales del género. Donna negó con la cabeza, pero se recordó que esa no era su batalla. Por fortuna, vivía en el siglo XXI.

Cuando se acercó a una mujer que estaba cortando zanahorias y las arrojaba a un caldero que olía a estofado, se le hizo agua la boca. El estómago le rugió, y la mujer alzó la mirada para verla.

—Oh, diosa. —Hizo un ademán hacia un sitio en el banco al lado de ella—. Te ves mejor. ¿Quieres comer?

Donna frunció el ceño.

—No soy ninguna diosa.

La mujer la recorrió con la mirada. Tenía el rostro curtido, rojo y seco, y unas arrugas profundas. Sin embargo, los ojos hablaban de una persona joven, y el cabello le brillaba como el oro.

—Es cierto que pareces una mortal.

Donna se rio.

—Y, como mortal, te puedo asegurar que estoy famélica y muerta de sed. ¿Dónde puedo encontrar algo de comer?

La mujer miró alrededor de la habitación.

—¡Hilde! Tráele algo de comer a nuestra invitada. Y no te olvides del hidromiel.

Una joven con el cabello corto y prendas que le recordaron a una bolsa de patatas, asintió y se dirigió hacia el extremo opuesto de la sala.

—Me llamo Asa. —La mujer volvió a cortar las zanahorias—. ¿Cómo te llamas?

—Donna. ¿Tú eres la Asa que me vio aparecer en el arco?

—La misma. ¿Cómo llegaste aquí? El *jarl* cree que has venido a ayudarnos con la fortaleza.

Donna tragó con dificultad. ¿Qué querría Sigurd que supiera la gente de ella? ¿Qué sería seguro compartir con Asa, que parecía de lo más amigable?

—Es una larga historia.

Asa arqueó las cejas, pero no insistió, y Donna se sintió agradecida por eso. Miró alrededor. Notó que muchas mujeres trabajaban, y algunas parecían charlar mientras hacían sus tareas sin prisa. No había ni un solo hombre en el gran salón.

Hilde se le acercó con un cuenco y una taza de madera que olía a miel. Donna le agradeció y bebió el hidromiel. Era refrescante y delicioso. Dulce y frío, con una nota leve a alcohol. Chasqueó la lengua al sentir las pequeñas burbujas que le subieron por la garganta. La cabeza le zumbó. Comenzó a comer, pero la comida, una combinación de queso y yogur con avena, no le pareció demasiado apetitosa. Estaba algo salada y acre. A pesar de eso, era comida.

—¿Por qué no hay suficiente mano de obra? —preguntó Donna con la boca llena.

Asa se quedó petrificada con el cuchillo en la mano y luego reanudó la labor despacio.

—El ataque del año pasado acabó con la vida de muchos. Al menos la mitad de los hombres murieron, incluyendo al antiguo *jarl*. Pero el enemigo se retiró con el rabo entre las piernas. Y ahora cada uno de los hombres está trabajando en la fortaleza. Tenemos prisa de terminarla antes del final del verano para que la próxima temporada de saqueos tengamos protección contra nuestro mayor enemigo, aunque contemos con menos personas.

Donna sintió escalofríos en la columna vertebral. Esa era una época muy dura. Si bien la guerra, la muerte y la violencia aún desgarraban países y comunidades enteras en su propia época, hasta ese momento las había experimentado desde la distancia y a través de la televisión o las redes sociales. No se podía imaginar que la mitad de la población masculina de Brooklyn muriera de repente como les había ocurrido a los hombres de esa aldea. El pecho se le estrechó.

—Déjenme adivinar. Sigurd no emplea a mujeres para que trabajen en la fortaleza.

Asa miró a Donna a los ojos.

—No.

Donna se puso de pie, y una idea le iluminó el ánimo. Oh, ¿así que Sigurd no quería que las mujeres ayudaran? Pero no tenía suficientes hombres, y algunas mujeres no parecían tener cosas importantes que hacer.

—Pero les podría pedir ayuda a ustedes, ¿no? Eso le daría suficiente mano de obra, ¿no?

Asa la miró de reojo.

—Sí, claro.

Donna sabía por qué la norna la había enviado allí. La abogada especialista en casos de discriminación que llevaba dentro prácticamente cantó. Ella luchaba por la igualdad de derechos para las mujeres, y Sigurd las estaba discriminando.

—Asa, ¿por favor, puedes reunir a las mujeres aquí?

Asa frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque he venido a ayudar con la fortaleza.

Asa entrecerró los ojos y luego una sonrisa le dibujó unos hoyuelos en las mejillas. Asintió con la cabeza y dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar. Luego caminó por la habitación y llamó a todas las mujeres al tiempo que señalaba a Donna. En breve, todas se reunieron alrededor de ella. Debía de haber alrededor de unas treinta mujeres. Algunas habían venido de afuera, y todas la miraban con curiosidad.

A Donna se le estremeció el estómago. ¿Y si se equivocaba? ¿De verdad estaba asumiendo

que podía intervenir en la vida de los aldeanos? Era una forastera, alguien de otra época. Pero sí. Si podía aportar un cambio positivo, tenía que hacerlo. Se aclaró la garganta y se imaginó que se encontraba delante de un jurado, porque en general les caía bien a los miembros de los jurados.

—¿Cuántas de ustedes quieren ver a sus familias y vecinos sanos y salvos?

Todas las mujeres asintieron con la cabeza y cruzaron miradas mientras intercambiaban comentarios de aprobación entre susurros.

—¿Cuántas de ustedes creen que los hombres no lograrán terminar la fortaleza antes de la próxima temporada de saqueos?

A las mujeres se les agrandaron los ojos de temor, y las voces sonaron más fuertes.

—El *jarl* Sigurd necesita más manos. ¿Acaso el trabajo en las defensas no es más importante que refregar esa olla hasta sacarle brillo? ¿Sería tan malo dejar que el suelo acumule un poco de polvo si eso significa que sus hermanos, sus maridos y sus hijos estarán vivos el año que viene?

Miró alrededor de la sala y se detuvo a observar los ojos a cada una de las mujeres.

—Tengo una sugerencia. Todas las que tengan algunas horas de más para ir a ayudar a los hombres a construir la fortaleza, vengan conmigo.

Las mujeres guardaron silencio.

—El *jarl* Sigurd nos prohibió tocar la fortaleza —le dijo Asa.

—¿Y les ha dicho por qué?

—Dijo que las mujeres no pueden hacer tareas importantes bien.

Donna negó con la cabeza.

—¡Sigurd se equivoca! ¿Las mujeres no pueden hacer cosas importantes? ¡Mírense! ¡Es lo que hacen todo el día! Cocinan, cuidan a los niños y los animales, se aseguran de que todo esté en orden… Me gustaría ver a los hombres sobrevivir un día sin todo el trabajo que ustedes hacen.

Todas murmuraron.

—Si no los ayudamos, no lo hará nadie. Y si no lo hace nadie, no habrá alguien a quién proteger.

Asa asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Donna. Tenemos brazos fuertes. Cada una de nosotras puede ayudar mucho. Somos más que todos los hombres. El *jarl* debe verlo.

Las mujeres asentían y celebraban. Donna sonrió.

—¡Vamos! Asa, muéstranos el camino.

Caminaron por la aldea hacia el fiordo y fueron llamando a todas las mujeres que vieron en el trayecto para que se les unieran. Para cuando llegaron a la fortaleza que estaba al lado de la playa, se habían duplicado en número.

Los hombres estaban ocupados. Llevaban postes, cortaban ramas de los árboles, cavaban zanjas y afilaban troncos para hacer postes que clavarían en esas zanjas. La empalizada estaba cubierta de barro, y los postes que estaban incrustados en el suelo en un ángulo preciso le daban soporte por detrás. Una torre de observación de madera se encontraba a unos pocos metros a la izquierda, pero no tenía techo.

Cuando los hombres las vieron, detuvieron lo que estaban haciendo y las miraron con el ceño fruncido. Donna continuó avanzando.

—Asa, ¿quién está a cargo?

Asa señaló a un hombre.

—¡Thorsten! Hemos venido a ayudar con la construcción.

—¿Y el *jarl* ha aprobado esto? —preguntó el capataz al tiempo que se acercaba a ellas.

—El *jarl* necesita ayuda, y eso es lo que le daremos —repuso Asa.

Thorsten dudó unos instantes y arrojó varias miradas hacia la empalizada.

—El *jarl* me va a despellejar.

—Qué bueno, así entonces no tendrás que ver cómo violan y asesinan a tu esposa y tus hijas.

El rostro se le ruborizó y se le agrandaron los ojos. Donna intervino.

—Solo danos las tareas más simples.

Él la observó unos instantes y, al final, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Si la diosa lo cree, quizás el *jarl* cambie de parecer. Ustedes cinco corten las ramas de esos troncos. Ustedes tres afilen los bordes de esos postes. Amba, toma a seis mujeres y traigan barro y heno para mezclarlos…

Todas las mujeres asintieron y se apresuraron a seguir las órdenes de Thorsten. Los hombres las observaron con expresiones serias.

Asa y Donna se acercaron a dos guerreros que estaban de pie al lado de un poste y se pusieron en posición para levantarlo con ellos. A la cuenta de tres, lo alzaron, y el esfuerzo las dejó sin aliento. Estaba agradecida por las clases de *krav magá* que le brindaban fuerza y resiliencia.

El tiempo se pasó volando, y cuando oyeron el rugido de Sigurd cortar el aire, Donna se estremeció. Estaba cargando otro poste con tres mujeres más, pero se detuvieron con cautela y lo apoyaron en el suelo.

Donna se volvió. Los ojos de Sigurd recorrían la construcción con el ceño fruncido y las fosas nasales dilatadas. Oh, se veía glorioso con esa expresión amenazadora, esos músculos y esa pasión; le hizo sentir un estremecimiento en todo el cuerpo. De repente, la miró a los ojos, y la hizo sonrojar. Cuando él avanzó a grandes zancadas en su dirección como si fuera su presa, ignoró el impulso de darse la vuelta y correr a esconderse. Al detenerse delante de ella, la observó como si no existiera más nada ni más nadie, como lo había hecho la noche anterior estando en su interior. Donna entreabrió los labios al tiempo que el deseo de que la tomara le recorría las venas como lava.

—Que Loki me lleve al Helheim, ¿qué es todo esto? —gruñó Sigurd, y Donna tragó con dificultad.

¿Por qué era tan alto? Era demasiado difícil luchar contra él cuando se ceñía sobre ella de ese modo. Sin embargo, alzó el mentón.

—Vinimos a construir…

Él se acercó incluso más hacia ella, que se retiró un paso, pero al final los dos quedaron a medio centímetro de distancia, y el calor de su cuerpo le calentó la piel.

—¿Qué te dije? ¡No pongas un pie afuera de la casa! ¡No hables con nadie!

—¡Ay, si pudieras, me prohibirías todo! Pero estás convencido de que he venido a ayudarte a terminar la fortaleza a tiempo. —Hizo un ademán a su alrededor—. Allí tienes. Mi ayuda.

Sigurd la tomó del brazo, y el roce le produjo una ola de deseo en todo el cuerpo.

—Esto no me ayuda. Las mujeres no pueden construir una fortaleza.

Donna liberó el brazo, y una parte de ella se desilusionó de no sentir más el contacto. Pero solo una parte pequeña, porque estaba siendo de nuevo un patán obstinado, y solo lograría que todos acabaran muertos. Tenía que detenerlo. Con el dedo señaló la fortaleza.

—Pues es justo lo que están construyendo.

¡Si tan solo lograra verlo! Desde que las mujeres se habían unido al equipo de trabajo, el número de postes se había triplicado, la empalizada estaba cubierta con barro y los trabajadores más habilidosos no tenían que hacer tareas simples y podían comenzar a trabajar en el techo de la torre de observación.

Sigurd le mostró los dientes.

—Ahora hay que volver a revisar una y mil veces todo, y quizás hay que rehacerlo. Has duplicado la cantidad de trabajo para los hombres.

Donna soltó un jadeo. Sintió el impulso de asestarle una patada.

—¿Estás bromeando? Hemos hecho cosas simples… ¡Cualquiera puede hacerlo!

—¿Cuántas fortalezas has construido, Donna? ¿O tú, Asa? ¿O cualquiera de estas mujeres? Ninguna. —Se volvió hacia la construcción—. Se acabó. ¡Las mujeres no ayudarán más! Si una de ustedes toca la fortaleza, terminarán exiliadas de mi reino. ¿Me oyen? ¡Exiliadas! —Se volvió hacia Donna—. Y tú. —La perforó con la mirada, y el estómago le dio un vuelco—. Esta noche, lamentarás lo que has hecho.

CAPÍTULO
DIEZ

Sigurd soltó un gruñido de furia y frustración de camino a la recámara tras un arduo día de trabajo. Era bueno que hubiera hecho trabajo físico todo el día porque de lo contrario iba a necesitar buscar pelea de lo mucho que anhelaba castigar a alguien. Esa mujer terca lo volvía loco. Casi había organizado una resistencia abierta contra él. Pero, a pesar de todo, no pudo evitar admirar que se las hubiera ingeniado para poner a Asa y Thorsten de su lado y convencer a casi todas las mujeres de la aldea de actuar en contra del *jarl*. No se podía negar que tenía agallas. Agallas, cerebro y lengua. Ansiaba enseñarle una lección, pero la recámara estaba vacía.

La desilusión lo golpeó como un puñetazo en el vientre, y luego la preocupación lo hizo fruncir el ceño. ¿Dónde estaría? Salió al gran salón, pero no la vio por ningún sitio. Oyó unas risitas y gemidos amortiguados que provenían de rincones oscuros y supo que los guerreros se estaban divirtiendo con las esclavas en los bancos. Tanto las criadas como otras esclavas limpiaban el gran salón luego de la cena. No podría haber regresado a su época, ¿no?

Sigurd sintió un nudo en el estómago. ¿En dónde se habría metido ahora? Si uno de sus hombres quería repetir el error de Geirr… Apretó tanto los dientes y los puños que le dolieron los dedos. A la vez sintió que un calor abrasador le recorría el cuerpo de imaginársela en los brazos de otro.

Se aseguró de tener el hacha colgando del cinturón y salió al exterior. Seguía estando claro; los días de comienzos de verano duraban tanto como la canción de un escaldo sin talento. Recorrió la aldea casi llamándola a todo pulmón. Cuando la posibilidad de que se hubiera marchado se tornó demasiado real, el estómago se le retorció y una capa de sudor gélida le cubrió la piel. Aceleró el paso hasta casi trotar y cada vez que miraba detrás de una casa, se le aceleraba el pulso de la anticipación de encontrar su silueta. Pero cada vez que no la veía en el lugar esperado, el pecho se le ceñía aún más hasta el punto de causarle dolor.

Al cabo de un tiempo, terminó en la playa. A través de la parte que la empalizada no oscurecía, vio una silueta que miraba el agua. Era ella. La reconoció en la distancia. Lo inundó un profundo alivio y comenzó a respirar con más facilidad. Luego se acercó a ella y se detuvo a su lado.

—Te estaba buscando —le dijo pasados varios instantes.

—Oh, ¿y creíste que me encontrarías calentándote la cama?

Sigurd apretó los dientes.

—Es lo que te dije que hicieras.

Ella se volvió hacia él con el rostro tenso de ira.

—¿Ah, sí? Y, por supuesto, debo obedecer. ¿Por qué?

¿Era extraño pensar que se veía gloriosa estando tan enfadada? Los ojos le brillaban, tenía los

labios suculentos apretados y las mejillas sonrosadas. Si hubiera tenido una espada en la mano, podría haber parecido Brunilda, la legendaria doncella escudera.

Tuvo que reprimir el instinto de tomarla en sus brazos y cubrirle la boca con la suya. Se volvió a mirarla. ¿Le había preguntado por qué debía obedecerlo? Bueno, era obvio.

—Soy el *jarl*.

—No eres mi *jarl*. No eres nadie para mí. —A pesar de que las palabras eran ciertas, le dolieron. Ella continuó—: Oh, aguarda. Claro que sí. ¡Debo obedecerte porque soy una mujer!

Sigurd la estudió. Sonaba como su hermana. Vigdis a menudo se había quejado de que, si hubiera sido un hombre, ya hubiera participado de saqueos, negociaciones y cazas con reyes y *jarls* y de que hubiera recibido su propio barco.

Apretó los puños. Se encontraba en la misma playa en la que había descubierto la traición de Vigdis. La misma playa en la que su padre y muchos grandes guerreros habían perdido la vida por culpa de ella. Y ahora Donna… con las mismas palabras y la misma actitud.

Se pasó los dedos por el cabello.

—Una mujer —escupió—. De hecho, sí eres una mujer. He aprendido del peor modo que no se puede confiar en ellas. Creí que eras distinta porque la norna te había enviado a mí. —La recorrió con la mirada—. Pero estaba equivocado.

El dolor y la confusión le hicieron hacer una mueca.

—¿Cómo has dicho?

—Lo único que quieres es poder, ¿no? Quieres tener voz y voto en la gran mesa, tomar decisiones y gobernar.

—¿De qué hablas? Quiero tomar decisiones acerca de mí. Quiero estar a cargo de mi vida. Quiero igualdad de derechos con los hombres. Y que no me traten como si fuera una propiedad.

Sigurd negó con la cabeza.

—Y ¿qué estás lista para hacer para ganar esos privilegios?

Podía oír el veneno en su propia voz, que sonaba como la serpiente de Midgard, que se enroscaba alrededor del mundo. Donna lo estudió con el ceño fruncido.

—No deberían ser privilegios. Y estoy dispuesta a luchar por ello. A no darme por vencida.

—A traicionar, apuñalar por la espalda, mentir…

Sigurd cerró la boca antes de poder decir algo más que le abriera la herida. Gruñó. La ira y el dolor le hervían en la garganta y amenazaban con derramarse de él en un maremoto. Donna lo observó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Apuñalar por la espalda y mentir? Jamás… —Guardó silencio un instante, y él casi deseó que continuara, que le sacara la información como un diente podrido—. No estás hablando de mí, ¿no?

Su voz lo acarició como una piel. La ternura le daba más poder que cualquier fuerza. Tragó un nudo doloroso.

—No.

—¿Qué ocurrió?

La miró buscando la última excusa que lo empujara por el abismo y lo hiciera hablar. El deseo de contarle todo acerca de la experiencia más dolorosa de su vida le dolía como una vieja herida de batalla. ¿Por qué sentía que podía confiar en ella? ¿Por qué quería compartir ese dolor con ella? Quizás porque era una forastera. Y parecía una diosa. O quizás había algo en ella que le iluminaba el mundo y se lo llenaba de esperanza. Lo miraba como si estuviera esperando su siguiente paso. En sus ojos, vio un dolor que se parecía al suyo. Eso lo hizo soltarse.

—Mi hermana se casó con nuestro enemigo en lugar de negociar la paz. Le confié esa tarea,

a pesar de que mi padre siempre me dijo que no confiara en las mujeres. Como no quería creer que tenía razón, me resistí. Creí que quizás solo era él, que era su punto de vista anticuado. Mi padre solía decir que no podía depender de mi madre para nada. Tenía una salud débil y a menudo se encontraba en cama en lugar de administrar el hogar. Había perdido muchos embarazos, y él quería muchos hijos. Durante mucho tiempo, fui el único niño que tuvieron. A pesar de eso, creo que la amó. Le prohibió tener más hijos porque temía que muriera, y ella le prometió que no lo haría, que tomaría hierbas. Pero quería ser una buena esposa. Y una buena esposa le da muchos hijos a su marido.

Hizo una pausa y respiró hondo antes de seguir.

—Una vez, cuando mi padre se encontraba lejos, un comerciante adinerado vino a la aldea. Los vi en la lavandería… en esa época creí que estaban luchando. Pero al poco tiempo de que se marchó, mi madre comenzó a sentirse mal, como le ocurría siempre antes de que se le hinchara el vientre. Cuando mi padre regresó, se puso furioso con ella. No lo sabía entonces, pero ahora entiendo que rompió la promesa que le había hecho. Y se había embarazado de otro hombre, aunque esa parte él nunca la supo.

Sigurd echó un vistazo al fiordo, y se vio flotando en un bote de pesca con su padre. Recordó cómo Vigdis y él habían corrido en esa playa de niños juntando piedras. Recordó los *drakkars* que llegaban con velas de diferentes colores. Solía contener el aliento de anticipación ante la llegada de los invitados que traían anécdotas y mercaderías de otras tierras. Todo eso había desaparecido porque había confiado en las mujeres.

—Mi madre murió dando a luz a Vigdis.

Se volvió a mirar a Donna a los ojos, que los tenía abiertos de par en par y llenos de emociones.

—Mi hermana le provocó la muerte a mi gente. Mi padre murió en la batalla, al igual que la mitad de los hombres de nuestra aldea. Fui un tonto al confiar en ella. Todo fue mi culpa porque fui yo quien la envió a hablar con Fuldarr. Mi padre tenía razón: no se puede confiar en las mujeres.

Sigurd se volvió hacia el fiordo. A pesar de las palabras amargas, estaba sorprendido de sentirse bien luego de haber soltado todo el veneno, que era como pus en una herida podrida. El secreto del nacimiento de su hermana lo había carcomido y le había corroído la fe y la confianza.

Donna estaba tan inmóvil que bien podría haber sido una estatua. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba el fiordo. Era como si estuviera debatiéndose con su propio dolor interno. El aire estaba quieto y reinaba el silencio. En esa tranquilidad, la voz de ella le pareció un hechizo.

—Decir que ninguna mujer es digna de confianza es como decir que todos los gatos son negros.

Sigurd se rio. Sentía el corazón liviano, y tenía una sensación de paz en el pecho, como si los pulmones se le pudieran expandir en su totalidad por primera vez en años. Donna le apoyó la mano cálida en el antebrazo y le produjo una descarga de fuego. Por todos los cielos, tenía un efecto muy poderoso sobre su cuerpo. Quería tomarla en ese lugar y en ese momento, por equivocado que fuese.

—Puedes comenzar confiando en mí —le sugirió—. Soy una mujer.

Sigurd deseaba poder hacerlo.

Ese día había organizado a las mujeres como él jamás lo había hecho. A pesar de que les había gruñido y las había echado, había visto todo el buen trabajo que habían hecho. La construcción de la fortaleza había avanzado un montón gracias al trabajo de ellas. Donna no tenía malas intenciones, ¿no? Si la norna se la había enviado, debía de estar allí para ayudarlo. Porque

los dioses querían que tuviera éxito.

Además, era una forastera. Había algo muy diferente en ella… Y, aun así, era como si una parte de él la hubiera conocido toda su vida. Quizás desde antes también. Tenía que saberlo. Se volvió hacia ella y se la acercó al tiempo que la envolvía en sus brazos. Sintió como si perteneciera allí.

—¿Puedo confiar en ti?

Donna entreabrió los labios. Estaba tan afectada como él, pero asintió con la cabeza.

Sigurd tragó con dificultad.

—Muéstramelo.

CAPÍTULO
ONCE

Las palabras de Sigurd le resonaron en los oídos. Quería que le mostrara que podía confiar en él. La estaba poniendo a prueba. Y quería que ella diera el primer paso.

A Donna se le aceleró el pulso. A pesar de que Sigurd acababa de abrirle el corazón, no era el único atormentado. Sus palabras habían revuelto sus propios demonios, las máximas de su vida. A Sigurd lo habían lastimado mucho las mujeres más importantes de su vida. Al igual que los hombres la habían lastimado a ella y a su madre. A lo mejor, Sigurd y Donna no eran tan diferentes al final de cuentas. Tragó con dificultad.

Mientras le recorría el cuerpo con las manos a través de la túnica, sintió los músculos duros debajo de las yemas. Se le aceleró el aliento, y el pecho se le infló y desinfló más rápido. El aroma masculino de su cuerpo la volvió loca.

Le pasó las manos alrededor del cuello y se maravilló de lo alto que era al tiempo que se ponía en puntas de pie para besarlo. Cuando sus labios se rozaron, una ola de deseo la recorrió. El sabor de su boca la hizo querer saltarle encima, pero también le quiso mostrar ternura. Ese hombre fuerte acababa de abrirle las heridas más profundas a ella. Heridas con las que estaba demasiado familiarizada.

Y ahora le respondía con una dulzura similar a la de ella. Le apretó la boca con delicadeza, pero pronto profundizó el beso, y le deslizó las manos por la espalda. Le hizo sentir dicha en toda la piel. La lengua le separó los labios y se hundió en su interior, la acarició, le hizo dar vueltas la cabeza como un carrusel y le hizo olvidar la existencia del mundo.

Le pasó los dedos por el cabello sedoso, y él la envolvió en sus brazos cuando le depositó un beso delicado en los labios, la barba y los pómulos. Fue bajando por el cuello, sintió el latido violento del pulso, descendió por el colgante del martillo de Thor, que parecía una parte integral de él, y llegó al pecho.

Sin embargo, no la dejó continuar. Le apoyó las manos en las nalgas y la alzó en el aire como si no pesara nada. Donna le envolvió las piernas por la cintura.

—Te quiero solo para mí —le gruñó Sigurd mientras comenzaba a caminar por la costa para alejarse más de la aldea hacia el sotobosque que rodeaba la playa de gravilla, detrás del último *drakkar* encallado.

La dejó cerca de unos arbustos, que los protegían de la aldea y creaban una pared acogedora. Solo existían ellos, el fiordo, las montañas y el cielo.

Donna le desató los lazos del abrigo de pie y lo dejó caer sobre la playa. Sin dejar de mirarse a los ojos, permitió que alzara los brazos para quitarse la túnica y dejar al descubierto ese poderoso cuerpo. El corazón se le aceleró y le pasó los dedos por los músculos del pecho hasta llegar a su estómago. Al acercarse a la línea de los pantalones, lo oyó inhalar profundo. Comenzó

a depositarle besos suaves en el rastro que dejaban los dedos y se maravilló ante la belleza y la fuerza que emanaba de él. Adoró su cuerpo y lo amó con cada caricia.

Sigurd le enterró las manos en el cabello y se le petrificaron al sentir los labios de ella cerca de la línea de los pantalones. Comprendía que eso de dejarla tomar el liderazgo debía de ser nuevo para él. Pero en esta ocasión, a diferencia de la noche anterior, no la detuvo. A Donna se le infló el pecho hasta que casi le dolió.

—Estás en buenas manos —le susurró contra el ombligo, y se movió para arrodillarse delante de él sobre el abrigo que se había quitado antes.

Rodeados por las montañas que se alzaban hasta el cielo como murallas, con el espejo del fiordo y el bosque que los envolvía, con el mundo a su alrededor detenido y silencioso, sus palabras sonaron como un hechizo, como una promesa, y a Sigurd se le relajaron los dedos. A pesar de que apenas lo pudo percibir, el gesto se lo dijo todo.

Le desató los pantalones y los dejó caer. La erección salió disparada en toda su gloria. Le dio un beso en la punta y lo oyó gemir al tiempo que se estremecía.

Comprendió cuánta confianza estaba depositando en ella y lo frágil que era el hilo que los conectaba. Ese poderoso vikingo que podría sofocarla hasta la muerte y quebrarle los huesos si así lo deseaba, el guerrero que jamás se separaba de su hacha, estaba al mando de muchos hombres y protegía a toda su aldea, estaba estremeciéndose frente a ella y le mostraba su vulnerabilidad. Solo a ella. Y le estaba dando su confianza.

Le depositó otro beso húmedo en la punta de la erección, y lo volvió a sentir estremecerse. Eso también era nuevo para ella. En algunas ocasiones había practicado sexo oral, pero jamás lo había disfrutado porque siempre se había sentido inferior y utilizada. En cambio, ahora se sentía todo lo opuesto: poderosa, amante y generosa, como una diosa. Tenía un vikingo estremeciéndose a la espera de su siguiente movimiento. Era fuerte y frágil.

—Eres el hombre más magnífico que he visto en mi vida —le susurró y lo oyó contener el aliento. Luego le cerró los labios alrededor de la punta y lo albergó con delicadeza en la boca para darle la bienvenida con la lengua.

Lo oyó gruñir y sintió cómo se le tensaban los músculos de las caderas bajo los dedos. El miembro se le hinchó y le palpitó mientras se lo succionaba, y Sigurd soltó un gruñido. Alentada por esa reacción, se lo introdujo más y lo succionó con más fuerza. La sensación de la piel aterciopelada deslizándose en su boca y la dureza contra la lengua le encendió un calor en las venas que parecía fuego líquido.

—¿Qué me estás haciendo? —masculló apretando los dientes.

Ella se limitó a gemir contra su miembro.

—Tu boca… —Comenzó a embestirla con suavidad.

Donna lo albergó más y comenzó a succionarlo más rápido y más fuerte, ebria del poder que tenía sobre él y del placer que le estaba dando.

—Oh, Freyja… oh, dioses… —gimió—. No dudaré mucho…

Donna casi sonrió contra él. Quería que lo tuviera todo, quería mostrarle que estaba lista para dar sin querer nada a cambio. Pero él se tensó.

—Si no te detienes, voy a acabar, así que será mejor que te detengas ahora.

Donna se limitó a acariciarle toda la longitud con la lengua en respuesta. Sigurd jadeaba y gruñía sin decir nada. Aceleró las embestidas contra la boca hasta que casi se tornaron violentas, pero ella aceptó todo lo que le daba. Y, tras unas últimas embestidas, le derramó la semilla en la garganta, y la sintió salada y primitiva. Se le tensaron los músculos internos de sentirlo llegar a la cima.

—Donna… —gimió su nombre como una plegaria mientras ella atesoraba hasta su última gota.

Cuando terminó, echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, y él se cayó de rodillas sin dejar de aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio. Le apretó la frente contra la de ella, y respiró entre jadeos.

El cuerpo de Donna zumbaba de deseo insatisfecho, de la intensidad de la experiencia y del amor que radiaba de su corazón. Tenía a su vikingo, a ese hombre grande y poderoso, en sus manos. Al lado del corazón.

Sigurd le alzó el mentón para mirarla a los ojos. Los de él seguían nublados, pero brillaban con suavidad y algo nuevo. Confianza en sí mismo… o quizás paz. Se veía más joven, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

A Donna, la importancia de lo que acababa de ocurrir le derritió algo en el pecho. Había pasado la prueba. Él había comenzado a confiar en ella. Aunque solo fuera un poco. Y sabía que ahora debía confiar en él.

CAPÍTULO
DOCE

Donna tenía la cabeza apoyada contra su hombro, y el cuerpo plácido y suave apretado contra su lateral. Y, a pesar de sí mismo, a Sigurd lo embargó una sensación de paz que le recorrió los músculos en los puntos en que su piel conectaba, y jugó con su cabello dorado.

Lo que ella acababa de hacerle… lo que le había permitido hacerle… debía de ser cómo se sentían los dioses todos los días en Asgard: libres, elevados y ebrios. El momento en que se abrió a ella, como jamás se había abierto a nadie en todo el mundo, había sido como saltar al abismo. Y ella lo había atrapado.

La noche los ocultaba en la oscuridad, pero no duraría más que un par de horas. Aunque Sigurd no tenía pensado dormir mucho.

—No soporto a los hombres como tú —le dijo Donna de repente. Sigurd se quedó petrificado. La ira le circulaba por el cuerpo como una ola de calor, e intentó calmarse. ¿La había oído mal?

—¿Qué has dicho?

—Me enfrento a hombres como tú todos los días. Hombres a los que les gusta poner a las mujeres en su sitio, que les arrebatan el trabajo o no les dan empleo solo porque son mujeres. Hombres que no creen que las mujeres deberían tener papeles importantes, estar al mando y, que Dios no lo permita, hacer algo significativo.

No tenía idea de qué estaba hablando. De seguro, esos hombres tenían un motivo para desestimar a las mujeres. Él lo tenía. Los hombros le dolían de la tensión. Se movió para interrumpir el contacto visual y contradecirla, pero ella no lo notó y continuó.

—Pero también les temo a los hombres como tú —continuó con la voz baja, y él frunció el ceño. El temor no era algo menor que admitir—. Mi madre me crio sola. Es una mujer hermosa. Inteligente. Siempre quiso que fuera independiente, que pensara por mí misma y que ningún hombre me quebrara el espíritu… como se lo quebraron a ella.

Sigurd no se podía imaginar que nadie ni nada pudiera quebrarle el espíritu a Donna. Sus ojos brillaban bajo la luz de la luna y observaban la noche que tenía por delante.

—Se llamaba Joseph, y fue la única persona con la que mi madre tuvo una relación seria. Yo tenía seis años, y él me encerraba en mi habitación por la noche para que no molestara ni a mi madre ni a él. Ni siquiera podía ir al baño. Todavía lo recuerdo como a un hombre alto y grandote con el rostro serio que siempre le daba órdenes a mi madre y me decía que me fuera a jugar a mi habitación. Era un abogado en el despacho en el que también trabajaba mi madre. Tenía la misma experiencia y el mismo conocimiento, pero le dieron un ascenso porque era un hombre y a mi madre no, porque era una mujer. Luego la despidieron porque él la acusó de acoso sexual. En realidad, quería cubrirse la espalda porque los romances en la oficina estaban

prohibidos —a Donna se le quebró la voz—. Mi madre no volvió a encontrar trabajo en Manhattan. Tenía una gran carrera por delante y, de no haber sido por él, la hubieran nombrado socia de algún despacho hacía mucho tiempo.

Algunas de sus palabras no tenían sentido para Sigurd, pero comprendía que el hombre le había hecho algo similar a su madre a lo que Vigdis le había hecho a él y a su padre. La traición los unía a través del tiempo y la distancia.

—Hay personas que plantan semillas podridas en nosotros, y nosotros se los permitimos —dijo Sigurd—. Joseph te ha hecho eso.

Donna soltó el aliento al tiempo que se le formaban unas lágrimas en los ojos y lo miró fijo.

—Y Vigdis… te lo hizo a ti.

Él asintió con una amargura que se le retorció en el estómago. Donna continuó:

—Y Daniel me hizo lo que Joseph le hizo a mi madre.

Sigurd apretó los puños. No conocía a Daniel, pero estaba listo para arrancarle el corazón y arrojárselo a los cuervos. Donna también parecía dispuesta a hacerlo. Con el cabello dorado, el cuerpo tenso y el rostro ardiendo con una emoción que se asemejaba a la furia de una batalla, podría ser una valquiria.

—No me arrebató un ascenso ni nada por el estilo. Pero me hizo ver un futuro con él y casi me hizo abandonar todos mis valores, mi independencia, mi lucha por los derechos de las mujeres y la ley. Todo lo que es importante para mí. Y luego me desechó como un pañuelo sucio.

—Que Odín me ayude, pero ese hombre estaría muerto hace rato si lo hubiera conocido.

Donna soltó una mezcla de carcajada y llanto y se relajó un poco.

—Sí. Hubo momentos en que deseé lo mismo. Desde entonces, bueno, en realidad desde Joseph, pero en especial desde Daniel, no puedo mantener la calma si mi oponente me recuerda a uno de ellos. A un macho alfa. —Le echó un vistazo y se ruborizó—. Como tú.

El silencio pendió entre ellos.

—¿Me estás comparando con esas dos porquerías?

Donna se apoyó contra el codo. El pecho suave le rozó la piel, tan lleno y delicioso que le hizo sentir una ola de deseo en todo el cuerpo.

—¡No! Es decir, eres el mismo tipo de hombre. Das órdenes, esperas que todos se sobresalten con cada palabra que dices y, sin dudas, discriminas a las mujeres.

Sigurd apretó los dientes.

—Jamás en mi vida he traicionado a una mujer. De hecho, fui demasiado blando con Vigdis y protegí mucho a mi madre. Y todo lo que hago es proteger a mi gente, aunque les prohíba a las mujeres hacer ciertas cosas. Todo es por el bienestar de la aldea. No te atrevas a ponerme en la misma bolsa que a esos dos gusanos.

Donna le apoyó la mano en el pecho, y le produjo un cosquilleo donde le rozó la piel.

—No lo hago, Sigurd. Ya no.

Ya no lo hacía. A Sigurd se le dilataron las fosas nasales de pensar en que alguna vez había asumido algo semejante de él. Pero, a decir verdad, él también la había acusado a ella de otras cosas.

—Sigurd, jamás le conté esto a nadie. Creo que ni siquiera me lo admitía a mí misma.

La tensión en el vientre de Sigurd se suavizó. Se la acercó. Al encontrarse en el borde del fiordo, protegidos por las montañas y observados por el cielo, era como si los dioses quisieran que se unieran. Sigurd la deseaba. Y ahora la necesitaba. Ella le había abierto el corazón, como lo había hecho él, y quería demostrarle que el espacio vacío que llevaba dentro era seguro.

La besó, le recorrió la espalda con las manos, y la sintió arquearse como el *drakkar* más hermoso. La hizo rodar de espaldas y la cubrió con su cuerpo sin dejar de devorarle la boca. Un calor líquido emanó de ellos donde sus labios se rozaban, y las caricias suaves de su lengua lo hacían gemir contra su boca.

Pero cuando estaba a punto de concentrarse en sus senos, oyó la gravilla a su lado. Sigurd se apartó y llevó la mano al sitio donde había dejado el hacha, pero una bota se encontraba sobre el mango. Sigurd protegió a Donna, que soltó un jadeo. Enganchó el tobillo del hombre con un pie y lo pateó debajo de la rodilla con el otro. El hombre se cayó, y Sigurd lo clavó contra el suelo y le apretó el hacha contra la garganta.

—Donna, mantente alejada —ladró antes de volverse hacia el hombre—. ¿Quién eres?

—No vengo a hacerte daño, *jarl*. Me ha enviado tu hermana.

—El concepto de daño siempre está asociado con mi hermana.

—Me envió con un mensaje. —El hombre se debatió para moverse debajo de Sigurd, pero este lo sostuvo con fuerza—. Me ha dado algo para ti… Si me dejas extraerlo de la bolsa de viaje…

—¿Me estás tomando el pelo? No muevas ni un dedo.

Sigurd palpó al hombre con una mano. Al rozar una espada, un hacha y un *seax*, extrajo las armas y las arrojó lejos. Luego encontró una bolsa y se la entregó a Donna.

—Mira qué hay dentro.

Donna ya estaba vestida y atrapó la bolsa en el aire con los ojos bien abiertos. La abrió para revolverla y extrajo un morral de cuero y lo abrió. Dejó al descubierto una pequeña figura de madera.

—Creo que es un zorro.

—Muéstramelo —Sigurd estiró la mano, y Donna se apresuró a entregarle el objeto. De hecho, era la silueta de un zorro de madera que solía ser el juguete favorito de Vigdis. Sigurd se lo había tallado. Había sido su amuleto de buena suerte y bienestar. Un dolor le recorrió el pecho.

—¿Cuál es el mensaje?

—Fuldarr ya casi ha reunido un ejército. Atacará pronto. Muy pronto.

Sigurd se quedó sin sangre en el rostro y el cuerpo. ¿Tan pronto? No estaban preparados. La fortaleza no estaría terminada a tiempo.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—Me llamo Bjarni Bjarnison, *jarl*. Soy leal a tu hermana. Ella fue amable conmigo, y juré protegerla. —La voz del hombre se profundizó, y Sigurd vio ternura en sus ojos. ¿Sería que Bjarni estaba enamorado de su hermana? ¿Ella también lo amaría a él? Sigurd frunció el ceño y estudió al hombre.

—Los he visto con mis propios ojos —continuó Bjarni—. Han llegado cinco *drakkars*, todos llenos de hombres.

Una capa de sudor fría le recorrió la columna vertebral. Cinco *drakkars* podrían contener entre veinte y treinta docenas de guerreros, y él solo tenía cincuenta hombres. Estaban condenados.

Fuera el amante de Vigdis o no, no podía confiar en ese hombre. Podría ser un espía. Sigurd sujetó el borde de la túnica de Bjarni y le desgarró un trozo largo. Le sujetó las manos en la espalda y luego le amarró las piernas con otro trozo de tela.

—*Jarl*, no miento. Odín sabe que no deberías maltratar a un mensajero que podría acabar de salvarte.

Sigurd arrancó otro trozo de tela y se lo colocó en la boca.

—Cierra el pico y déjame pensar.

—Sigurd, debes… —comenzó Donna.

—¡Déjame pensar, Donna!

Ella cerró la boca y frunció el ceño. Que Odín lo ayudara, el hombre o acababa de llevarles noticias de una muerte certera o era un espía de Fuldarr.

¿Cuánto tiempo tenían? Cinco *drakkars* era un ejército. ¿Acaso Fuldarr estaba esperando más barcos o ya se encontraba en camino? Fuera como fuera, los cincuenta hombres de Sigurd no tenían ninguna posibilidad. Con el estado actual de la fortaleza, sería un matadero. No había tiempo que perder. Tenían que duplicar o triplicar sus esfuerzos. Debían construir de noche también. Y debían poner manos a la obra de inmediato.

Sigurd, apresurado, comenzó a subirse los pantalones. Iría a despertar a los hombres y comenzarían a construir otra vez.

—Sigurd, ¿qué planeas hacer? —le preguntó Donna.

—Construir una fortaleza, ¿qué más? —Le aflojó los amarres en los tobillos a Bjarni, lo sujetó del cuello y lo obligó a incorporarse. Tenía que encerrarlo—. No espiarás a nadie, Bjarnison.

El hombre masculló algo debajo de la mordaza. Sigurd lo empujó y emprendió el camino hacia la casa sin soltar el antebrazo de Bjarni. Era demasiado malo que se tratara de un espía. Sigurd habría podido contar con su ayuda para construir la fortaleza.

—Sigurd, debes dejar que las mujeres te ayuden —le dijo Donna a sus espaldas.

Sigurd apretó los dientes. Algo en él había cambiado. Confiaba en Donna, pero, a pesar de que las mujeres habían hecho un buen trabajo el día anterior, solo era cuestión de tiempo que cometieran errores. Y esos errores podrían acabar matándolos a todos.

—Eso está fuera de cuestión.

—¿Fuera de cuestión? ¡Sé razonable! No lo lograrás sin más trabajadores.

—Sí que lo lograremos. Construiremos de día y de noche, nos detendremos solo cuando esté demasiado oscuro para trabajar. Los jóvenes dejarán de entrenarse para la batalla y ayudarán a construir. Las mujeres traerán comida. Nos turnaremos para dormir y trabajaremos más rápido.

—¡No hablas en serio! Ese plan es completamente descabellado. No puedes funcionar de ese modo durante varios días.

—Le haremos un sacrificio a Odín y Tyr, el dios de la batalla, y les pediremos a los dioses que nos ayuden.

Donna soltó un bufido.

—¡Los dioses! No me hagas empezar. Aunque los dioses existan, ¿qué garantía hay de que te ayudarán? Para cuando Fuldarr llegue aquí, estarás exhausto. ¿Cómo lucharás?

Sigurd apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. El recordatorio de su confesión le hizo sentir calor en el rostro. Donna tenía razón. Debía de haber perdido la cordura un instante cuando algo lo llevó a contarle su mayor dolor. O quizás le había hecho algún hechizo. No debería haberle contado nada. Debía mantenerse fuerte y racional. Como había sido toda su vida. Donna era una distracción temporal, una interrupción que se marcharía pronto.

—¿Y tú qué sabes de nuestras costumbres? Eres una forastera.

Donna parpadeó con una expresión de perplejidad en el rostro. Con la voz casi quebrada, le dijo:

—¿Luego de todo lo que me contaste?

La culpa lo apuñaló. Sabía que debía de haberla lastimado, pero tenía que proteger a su gente.

—Mantente al margen. Basta de trucos y de causar revueltas entre las mujeres. Tráeme comida y agua de vez en cuando, como lo harán todas las mujeres con maridos que trabajan en la fortaleza. No hay nada más que puedas hacer.

Los ojos de Donna destellaron furiosos en la oscuridad.

—Obsérvame. —Se dio media vuelta y caminó hacia el gran salón sin esperarlo.

CAPÍTULO
TRECE

Mientras Donna marchaba hacia el hogar de Asa, echaba humo de la ira. No lo podía creer. ¡Qué hombre más terco! Se había abierto a ella, y había creído que había cambiado, pero ante la primera señal de problemas, había vuelto a su configuración por defecto. Y ahora la hacía a un lado. Pues, que así fuera.

Si creía que iba a observar cómo los hombres sufrían una muerte temprana mientras les llevaba comida como una criada obediente, era más tonto de lo que había pensado.

Donna se detuvo delante de la puerta de Asa e inhaló el olor a leña. A diferencia de muchas otras casas, la puerta de la de Asa no tenía huecos entre los tablones desgastados. De seguro, Floki los habría reparado bajo la supervisión de su esposa. Donna se sintió culpable de despertarla, pero si Sigurd quería actuar en ese momento, ella también lo haría.

Decidió no llamar a la puerta para no despertar a todos los residentes del hogar. En cambio, la abrió y se maravilló de que los nórdicos no se tomaran la molestia de cerrar sus hogares. Tras entrar sin hacer ni el más mínimo ruido, vio las brasas del hogar que brillaban en la oscuridad y apenas iluminaban las siluetas de los bancos que se extendían por las paredes. La gente respiraba profundo en sueños, y algunos hombres roncaban como motores.

Encontró a Asa acurrucada con Floki en el rincón más alejado de la habitación. Le tocó el hombro a la mujer y sintió el lino del camisón cálido. Asa se removió y metió la mano debajo de la almohada, probablemente buscando un arma.

—Asa, soy Donna.

Asa se congeló y entrecerró los ojos soñolientos.

—¿Qué sucede?

—Necesito tu ayuda. —Donna dudó. ¿Traicionaría a Sigurd si le contaba las noticias del ataque? Todos se enterarían en unas horas. Debía darse prisa—. Sigurd recibió un mensaje de Vigdis. Fuldarr ha reunido sus tropas y está a punto de atacarnos.

Asa se llevó la mano a la boca. Floki se incorporó con los ojos abiertos como platos, y Donna soltó una maldición por lo bajo por no haberle pedido a Asa de hablar afuera de la casa.

—Que me parta un rayo —susurró Floki.

Donna asintió con la cabeza.

—No hay tiempo que perder. Sigurd no dejará que las mujeres ayuden, pero debemos construir la fortaleza a como dé lugar.

Floki se puso serio.

—¿Quieres volver a desobedecer al *jarl*? Nos exiliará de la aldea.

Donna tragó con dificultad. ¿Estaría mal pedirles eso?

—Sí, pero si hacemos lo que él dice, no habrá aldea de la que exiliarnos.

Asa hizo una mueca. Floki le sostuvo la mirada a Donna un largo rato, y creyó que la volvería a contradecir, pero en lugar de hacerlo, se limitó a decir:

—Te ayudaré. Las mujeres van a necesitar un capataz con experiencia. El *jarl* tiene buenas intenciones, pero cualquiera se da cuenta de que sin más mano de obra acabaremos todos muertos.

Donna le apretó la mano agradecida. Al parecer, no todos los vikingos eran tan tercos como Sigurd. Floki continuó:

—Construiremos donde está el arco. El *jarl* no tiene planificado construir allí todavía. Es un espacio lo suficientemente pequeño como para que nos las ingeniemos solos.

Donna se percató de la tensión que había tenido en los hombros y se le comenzaba a aliviar. Le dijo:

—Nos limitaremos a trabajar. No lo haremos en secreto, pero tampoco lo gritaremos a los cuatro vientos.

Asa y Floki asintieron con la cabeza. Acto seguido, Asa despertó a algunas mujeres del hogar y les explicó el plan. Afuera, el sol comenzaba a salir, y los primeros rayos le calentaron las mejillas a Donna. Sin embargo, la atmósfera en la aldea era sombría, como si una nube de temor hubiera proyectado sombras oscuras sobre todo. Asa y Donna visitaron a mujeres de confianza de Asa. Sigurd ya había comenzado a despertar a muchas personas: los hombres se apresuraban a desayunar y emprendían el camino hacia la fortaleza con los rostros sombríos y los ojos llenos de preocupación.

Reunieron a una docena de mujeres. Cinco de ellas fueron a cortar árboles en el bosque. Comenzaron de a poco, pero tras tomar el ritmo de cortar troncos, extraer ramas, afilar los bordes y plantar postes en la zanja, el trabajo avanzó más rápido. Las mujeres comenzaron a cantar una canción de Brunilda, la doncella escudera. La melodía sonaba primitiva y antigua y, al cabo de un rato, Donna se les unió tarareándola porque no conocía la letra. La voz de Floki resonaba de fondo. La canción creaba un espacio, un domo invisible bajo el cual todos se unían y trabajaban como uno. Donna nunca había sentido ese tipo de conexión en su época y solo deseaba que Sigurd se encontrara allí con ellos, cantando.

Para su desconcierto, habían terminado la empalizada cuando comenzó a caer la noche. Se erguía de ambos lados, junto a las piedras del arco, y colgaban la puerta de las bisagras. Donna dio un paso hacia atrás para admirar el trabajo que habían hecho juntos. Los músculos le zumbaban exhaustos y los párpados le pesaban. Solo le quedaba una cosa por hacer: arreglar la piedra caída del arco.

Cuando el arco se encontrara reparado, ¿podría viajar en el tiempo cuando quisiera? La idea de abandonar a Sigurd la hacía arrastrar los pies.

Floki y una de las mujeres más altas alzaron a Donna por encima de sus hombros para que pudiera arreglar la piedra. Las manos le temblaban y se convenció de que era del agotamiento. La piedra encajó como si jamás se hubiera apartado del arco y se quedó allí como si estuviera pegada. Ni siquiera se veía una grieta.

Ahora que el arco estaba reparado, a Donna la embargó un sentimiento. Sabía, como sabía que el sol saldría por la mañana, que el arco estaba vivo… y tenía magia… y se la tragaría. Lo podía sentir como sentía el latido del corazón.

Los dedos de Donna se hundieron en los hombros sobre los que estaba sentada. La piel le cosquilleó como si la hubiera cubierto una red de hojas de afeitar. Algo le quitó todo el aire de los pulmones.

—Bájenme —susurró.

Cuando los pies tocaron el suelo, se cayó y se alejó gateando a toda prisa del arco. Unos brazos la envolvieron por detrás y se sintió a salvo, como protegida por una chalina cálida.

—Estás a salvo —le susurró Sigurd al oído, y se relajó—. No te dejaré ir aún.

Donna respiró con más facilidad y el calor de los brazos que la envolvían la tranquilizó. Con cautela, volvió la cabeza para mirarlo. El rostro atractivo pendía sobre ella y la miraba fijo. Todo dejó de existir mientras él la observaba preocupado.

—¿Estás enfadado? —le preguntó Donna.

La expresión de Sigurd se tornó en una de deseo y anhelo. Le acarició el antebrazo con los dedos, y a Donna le cosquilleó el estómago. Pero luego interrumpió el contacto visual para reparar en la empalizada, y pareció desgarrado entre sentimientos de alivio y enfado. Se puso de pie, y Donna lo siguió, sintiendo los pies más estables. Sigurd caminó hacia la muralla recién construida.

—Todos ustedes desobedecieron las órdenes de su *jarl* —comenzó—. Y sabían que habría consecuencias.

A Donna se le congeló la piel. ¿Acaso los iba a castigar? Sigurd se detuvo al lado de la empalizada y la estudió con detenimiento, pasando la mano por la pared. Abrió y cerró la puerta y alzó la mirada hacia el arco de piedra. Luego volvió la cabeza hacia Floki.

—Y tú has ayudado, Floki…

—*Jarl* —lo interrumpió Floki—. No estoy de acuerdo contigo. Las mujeres deberían ayudarnos. Las he supervisado y te puedo garantizar que no hay nada de malo con esta muralla. Nos protegerá. El trabajo está hecho y lo único que falta es bloquear la puerta.

La boca de Sigurd se curvó en una expresión de ira.

—Si no estuviéramos bajo la mayor amenaza de nuestra existencia, los habría enviado a todos al exilio. —Fulminó a Donna con la mirada—. Déjame adivinar, ¿tú has sido quien instigó esto?

Donna alzó el mentón.

—Sí, si debes castigar a alguien, castígame a mí. —Un escalofrío la recorrió entera al imaginarse lo que le podría hacer, pero lo desechó de inmediato—. Seguiremos construyendo, te guste o no. Mira. —Hizo un gesto hacia la empalizada—. ¿No te parece de gran utilidad? ¿No te hizo sentir algo mejor ver esta parte de la empalizada terminada?

Sigurd se cruzó de brazos y abrió la boca para hablar, pero un grito los hizo volver la cabeza.

—¡*Jarl*! —Un niño de no más de doce años corría por el sendero—. ¡Deprisa! Hubo un accidente.

El rostro de Sigurd perdió el color, y echó a correr tras el niño. Donna y el resto de los presentes los siguieron. Ya casi estaba oscuro. El cielo índigo destellaba con unos tonos dorados detrás de las montañas, hacia el oeste. Cuando llegaron a la parte de la fortaleza que limitaba con la playa, algunos hombres seguían trabajando, pero al menos una docena había formado un círculo y se ceñía sobre alguien.

Sigurd se inclinó sobre la silueta, y cuando Donna se acercó, vio a un hombre que yacía en el suelo y se aferraba la pierna. Tenía el tobillo torcido en un ángulo poco natural, y Donna sintió náuseas.

Uno de los hombres explicó:

—Colocamos el poste en el sitio equivocado por la oscuridad, y se cayó. Por lo general, lo hubiéramos sostenido, pero para ser sincero, *jarl*, no nos queda demasiada fuerza.

Asa se inclinó contra el hombre.

—Puedo acomodar el hueso, pero…

—Pero ¿qué? —gruñó Sigurd.

Le echó una mirada rápida.

—Este tipo de heridas… No sé si el hueso sanará de manera apropiada.

Sigurd se quedó congelado, y el rostro se le convirtió en una máscara carente de expresión.

—¿Quedará lisiado?

Donna cerró los ojos, y el temor le recorrió la columna vertebral como un témpano.

Asa estudió el tobillo quebrado en diferentes ángulos.

—Aún no lo sé.

—Pero ¿es una posibilidad?

—Sí, es una posibilidad.

Sin pensarlo, Donna le apoyó una mano en el hombro a Sigurd. La culpa debía de estar carcomiéndolo. Luego miró hacia la empalizada. Varias antorchas iluminaban pequeñas porciones de la muralla, pero en su mayoría, se encontraba sumergida en la oscuridad, y Donna se preguntó cómo podían seguir trabajando los hombres en esas condiciones. La fortaleza había avanzado bastante desde la noche anterior, pero al ver lo que faltaba construir, el progreso parecía desalentadoramente lento. Los martilleos y los gritos de órdenes e insultos resonaban en el aire. Pero los insultos no parecían bromas entre amigos. Estaban llenos de resentimiento. Ese sitio de construcción distaba mucho de la parte del arco de la fortaleza, donde las mujeres y Floki habían cantado al unísono.

Asa les pidió a algunos hombres que llevaran al herido a su casa y partió con ellos. Sigurd los siguió con una expresión compungida en el rostro, y luego se volvió hacia los hombres.

—¡Dejen de construir! —rugió—. Vayan a casa y descansen. Regresen mañana con la primera luz del alba.

Los hombres dejaron lo que estaban sosteniendo en el suelo, se bajaron de las torres y se marcharon a casa con expresiones exhaustas en los rostros. Sigurd permaneció de pie inmóvil, con las manos apoyadas en las caderas y la mirada clavada en el suelo.

—Sigurd… —lo llamó Donna con suavidad, pero él la interrumpió.

—Ya lo sé. Tengo que permitir que las mujeres construyan.

La miró a los ojos con una expresión distorsionada que anunciaba una batalla interna. Donna sintió pena por su encantador guerrero que era tan valiente y tan fuerte. La herida que había sufrido el hombre debía de estar torturándolo. Podría haber detenido el trabajo antes. Podría haber recurrido a la ayuda de las mujeres. Y, a pesar de que todo eso era cierto, Donna no lo culpaba. Esperaba que él tampoco se culpara, aunque estaba segura de que lo hacía.

—Lo haré —agregó con la voz quebrada.

Donna sintió alivio de los pies a la cabeza. Se acercó a él y lo abrazó. Él la envolvió también en sus brazos y se la apretó contra el cuerpo. El calor se le expandió por el pecho como si acabara de encenderle una vela en el corazón. Y, por primera vez desde que llegó, la esperanza floreció en ella.

CAPÍTULO

CATORCE

Que Odín lo perforara con su lanza, Donna tenía razón.

Las fuerzas combinadas de todos en la aldea les habían permitido progresar como nunca antes. Al cabo de tan solo una semana, la empalizada frente al mar estaba erguida, y el aroma a madera tallada pendía en la aldea. Dejaron un hueco en el centro para la puerta. Hacía poco habían terminado la primera torre de defensa, la segunda estaba avanzada y acababan de comenzar la tercera. El viento del sur acarreaba el aroma al mar junto al recordatorio de la amenaza de Fuldarr.

Para su sorpresa, Sigurd se sentía balanceado de trabajar en equipo con una mujer. Estaba comenzando a acostumbrarse a ella. Verla tan cerca durante el día mientras mezclaba arcilla o cargaba troncos con otras mujeres le hacía sentir paz en el centro del ser. En varias oportunidades, se descubrió admirando el modo en que los senos le rebotaban bajo la tela del vestido al caminar o el modo en que mecía las caderas. Esperaba con ansias las noches cortas en las que se entregaba a él con impaciencia y su cuerpo cantaba en sus brazos.

La norna era buena casamentera. Si Donna hubiera nacido en su época, hubiera puesto el mundo al revés para casarse con ella y hacerla suya para siempre. Era la criatura más hermosa que había visto. Al ser hermosa, determinada y honesta, era digna de ser la esposa de un *jarl*.

Así debió de haberse sentido Freyr, el dios del sol y la fertilidad, cuando vio a la hermosa Gerdur y estuvo dispuesto a renunciar a su espada invencible para casarse con ella. Sigurd estaba dispuesto a hacer el mismo sacrificio, si hubiera contado con semejante espada. Sin embargo, la decisión de renunciar a algo no era de él, sino de ella. Y la probabilidad de que ocurriera eso no estaba a su favor.

Se deshizo de esos pensamientos como si constituyeran una horda de ratas. Incluso evitó mirar hacia el arco terminado y se volcó en el trabajo. Con el transcurrir de los días, comenzó a notar que un grupo de hombres desaprobaban abiertamente que las mujeres trabajaran a la par de ellos. El mismo Sigurd no había hecho las paces con eso, pero el trabajo se hacía y, en general, se hacía bien.

Hacia el final de la primera semana, el grupo que trabajaba frente al mar había comenzado a arder de ira. Geirr, el mayor oponente, mangoneaba a las mujeres y las regañaba si hacían algo mal o si una se detenía a recuperar el aliento.

Esa mañana, todos trabajaban en la construcción de las torres. Sigurd oyó una discusión y se le tensó el vientre al ver la silueta de Donna en el centro de una pequeña multitud de gente que hacía gestos y hablaba en tonos acalorados.

—¿Qué sucede aquí? —ladró Sigurd al acercarse.

Donna alzó la cabeza para mirarlo. El alivio le relajó los rasgos, y Sigurd respiró más

tranquilo.

—Sigurd, qué bueno que estás aquí. Debes detener esta tontería.

—¡*Jarl*, las mujeres no deberían hacer trabajo cualificado! —la interrumpió Geirr—. Brama subió a la torre y tomó mi martillo para comenzar a clavar los tablones cuando me alejé un minuto…

—¿Y qué has hecho, Geirr? —Brama, una mujer mayor, se sostenía el hombro con la mano derecha—. Me empujó, *jarl*, y me caí por la rampa.

—¡No quería que se cayera! ¿Quién le dijo que hiciera algo en la torre?

A Sigurd se le dilataron las fosas nasales. Una mujer no debería hacer trabajo cualificado en una obra en construcción, pero hacerle daño a una mujer era vergonzoso. Antes de que pudiera decir algo, su hermosa escudera de la justicia volvió a hablar.

—¿Sabes qué? Ese es precisamente el punto. No es la primera vez que a las mujeres las empujan y las amenazan en esta construcción. Creo que es hora de que aprendan a defenderse contra esa amenaza y cualquier otra que pueda venir. —Miró a Geirr de arriba abajo—. En especial si alguien asume que tiene derecho a tocarlas.

Geirr le mostró los dientes, y Sigurd apretó los puños. Dio un paso hacia el hombre, pero Donna continuó, y todos le prestaron atención.

—El enemigo está en camino. ¿No sería bueno que las mujeres supieran defenderse?

Las mujeres asintieron con la cabeza. Sigurd observó los labios llenos que se movían y no le podía dar crédito a sus oídos. ¿Había sugerido que las mujeres lucharan? ¿Mujeres comunes y corrientes que no eran escuderas? Loki debió de haberle nublado el juicio a Donna.

—Eso no ocurrirá.

Donna lo fulminó con la mirada y se le sonrosaron las mejillas.

—Tiene sentido, Sigurd. La fortaleza está avanzando bien. En lugar de que observen a idiotas como Geirr intentando pelear con ellas, permíteles aprender a defenderse. Si pudimos ayudar con la construcción, quizás podamos ayudar a luchar.

Geirr se rio.

—*Jarl*, ¿estoy oyendo bien? Puede que tenga algas en las orejas…

Sigurd alzó la mano para acallarlo.

—Ni una palabra más, Geirr. —Se volvió hacia Donna y las mujeres que lo observaban con el ceño fruncido—. El combate es brutal. Requiere de hachas, espadas y escudos. Implica huesos rotos, entrañas derramadas y sangre. Muy pocas mujeres aprenden a luchar bien y se convierten en escuderas. Pero el combate requiere entrenamiento duro y no tenemos tiempo para eso.

—Pero al menos podrían aprender a protegerse de una violación. —Donna miró hacia Geirr, que le dirigía una mirada mortal.

—Ni los codos ni las rodillas harán nada contra un guerrero armado hasta los dientes y ardiendo de deseo por una mujer.

Donna apretó los labios y se cruzó de brazos a la altura del pecho haciendo que la tela se le estirara y le abrazara los senos. A Sigurd, la necesidad de tocarla le produjo una descarga de calor en la entrepierna. Maldito fuera Loki. ¿Cómo podía seguir reaccionando de ese modo ante ella en el medio de una construcción?

Sigurd apretó los dientes y miró a la gente que lo rodeaba.

—La defensa personal no hará nada para ayudarlas —les dijo—. Cuando el enemigo llegue, si las mujeres luchan en el campo de batalla, los guerreros tendrán que distraerse de la lucha para protegerlas mientras se enfrentan a sus contrincantes, y acabaremos perdiendo.

No podía creer lo que estaba a punto de decir. Estaba seguro de que los hombres iban a

protestar. Las mujeres podían creer que un espíritu se había apoderado de su cuerpo.

—Sin embargo, hay algo que las mujeres pueden hacer para proteger la aldea desde la distancia. La arquería.

A Donna se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! Es una idea brillante, Sigurd. —Le sujetó la mano con las dos suyas y le produjo un zumbido agradable por la piel. Al ver su aprobación y su felicidad, el cuerpo le radió una calidez, y el corazón se le aceleró en el pecho. Quería hacerla sentir así todos los días de su vida… Si sobrevivían.

Sigurd continuó:

—Eso no significa que estarán fuera de peligro. Los arqueros enemigos les apuntarán, pero estarán en las torres de observación.

Las mujeres no parecían nada asustadas. Lo observaban con algo que parecía honra, y el pecho se le llenó de confianza y orgullo por esas mujeres. Asa habló, y supo que expresaba las voces de muchas otras.

—*Jarl*, nos lo deberías haber pedido hace mucho tiempo.

Sigurd asintió con la cabeza.

—Halfdan es el mejor arquero. Él les enseñará. Reúnanse frente al arco de piedra. —El arco de piedra… Los ojos se posaron sobre Donna, pero apartó la mirada de inmediato. Debía mirar cualquier otro sitio—. Está lo suficientemente alejado como para que no hieran a nadie mientras entrenan.

Geirr dio un paso hacia Sigurd.

—*Jarl*, ¿te parece sabio?

—Sí, Geirr. Es sabio hacer todo lo posible para protegerse y proteger a tu familia y a todos en la aldea.

Donna alzó el mentón.

—Yo también aprenderé.

A Sigurd le temblaron los músculos del estómago y se le aceleró el pulso.

—No.

—No me puedes decir qué hacer…

Sigurd sintió los ojos de todos sobre él. Tomó a Donna del codo y la alejó.

—No te atrevas a socavar mi autoridad delante de mi gente —gruñó.

—Pero…

—No aprenderás arquería.

Cuando se detuvieron detrás de una edificación y quedaron ocultos de todos los ojos, le envolvió los brazos por la cintura, algo que había deseado hacer durante todo el día. De repente, se sintió en casa.

—No puedo poner tu vida en riesgo.

—Y yo no puedo quedarme de pie y ver cómo todos los demás mueren.

Le dio un beso en los labios, y la suavidad le despertó un incendio en la entrepierna.

—¿Alguna vez estuviste en una batalla?

Se sonrojó.

—No.

—¿Alguna vez viste la muerte?

—No.

—Entonces no tienes idea de lo que te espera.

Donna se puso pálida, y la piel casi pareció translúcida. La terquedad le endureció los ojos, y

se volvieron tan celestes como el mar profundo en pleno verano.

—Tienes razón. No tengo ni idea. Pero voy a aprender a disparar un arco con las mujeres de tu aldea, Sigurd. Y si crees que me puedes detener, no tienes ni idea de quién soy. Y, si ese es el caso, quizás sería mejor que detengamos lo que sea que está ocurriendo entre nosotros.

Sigurd tragó con dificultad, y el pánico lo invadió como un rayo. No quería terminar eso, en especial ahora que se había derretido en sus brazos y la sentía suave y deliciosa. Pero Donna tenía razón. Tenía el corazón de una guerrera. Verla arriesgar la vida lo hacía querer arrancarse el corazón con tal de protegerla de cualquier daño. Pero lo peor sería tenerla completamente desprevenida y verla morir a causa de su temor. Tenía que confiar en que aprendería a luchar y podría protegerse. Tenía que confiar en ella como confiaba en sus guerreros.

—Te conozco, Donna. Te conocí desde el momento en que te vi. A través del tiempo, a través de cientos de años. Eres una escudera y, aunque tus armas son las palabras y los argumentos, parece que es hora de que aprendas a luchar con acero y madera.

CAPÍTULO
QUINCE

Una semana después…

EL RUGIDO de un cuerno de guerra desgarró el aire mientras Donna y Sigurd desayunaban en la mesa larga con los brazos y las caderas apretados como si fueran dos adolescentes.

Desde que Donna había comenzado a entrenar con el arco, no se veían durante la mayor parte del día, pero las noches que compartían estaban llenas de pasión. Cuando se encontraban separados, Donna sentía como si tuviera un peso sobre los hombros, pero al regresar a la recámara lograba respirar con calma. Estaban atraídos el uno al otro como las olas a la orilla, y se abrazaban hasta el alba, cuando llegaba la hora de separarse.

No hablaban mucho, sino que susurraban contra la piel del otro mientras hacían el amor. Y en una o dos ocasiones, cuando él estaba enterrado en lo más profundo de ella, y le producía grandes olas de éxtasis, se había contenido de soltar un «te amo» que se le quería escapar como un prisionero en busca de la libertad. Eran palabras que le nacían en el pecho y le subían por la garganta como una burbuja, pero sus dientes las detenían. ¿Cómo haría para marcharse? ¿Cómo lograría vivir sin él?

El cuerno siguió sonando con un ruido desgarrador, y se miraron a los ojos. La muerte venía a llamar a su puerta. Donna sintió un temor que le caló hasta los huesos. Daría cualquier cosa con tal de no ver a Sigurd herido.

—No te atrevas a morir. —Tenía los labios duros como la madera y apenas se le movieron.

Varias lágrimas se le acumularon en los ojos, pero se prohibió derramarlas. Sigurd le acarició la nuca y le dio un beso en la boca. Tenía el sabor amargo de un adiós y le hizo sentir un millón de dagas en el vientre.

Sigurd se puso de pie, tomó el hacha, que yacía al lado del banco, y gritó:

—¡El enemigo ha llegado! ¡A sus puestos!

Llamó a uno de los adolescentes para que lo ayudara a colocarse la armadura, y partieron hacia la recámara. Donna lo siguió para tomar el arco y las flechas, y Sigurd le ordenó que se pusiera su armadura de cuero mientras él se colocaba su *brynja*, que brillaba con cadenas y debía de ser tan pesada como medio coche.

Luego se apresuraron hacia las torres de observación sin soltarse las manos. Los hombres ya se encontraban armados, y las arqueras se habían acomodado en sus puestos.

La fortaleza aún no estaba terminada. La parte de la empalizada que daba al mar tenía un hueco en el lateral derecho, donde Donna y Sigurd habían hecho el amor hacía dos semanas. La

pared este seguía en construcción, pero Fuldarr no lo sabía. La única parte terminada era el arco de piedra y las dos torres de observación. Una tercera torre solo tenía los pilares de soporte y, por ende, no se podía utilizar. Bajo la guía de Thorsten, los aldeanos se apresuraban a apilar tierra al lado del hueco y a plantar unas lanzas alargadas en un ángulo específico. Las arqueras aguardaban juntas con dos docenas de guerreros armados.

La puerta seguía abierta, y lo que vio Donna hizo que le diera un vuelco el corazón. Ocho *drakkars* se deslizaban hacia ellos a toda velocidad, y los remos subían y bajaban. Cinco o seis navíos tenían unas velas rojas y azules, mientras que el resto tenían velas de diferentes colores: verdes, amarillas y blancas.

—Encontró aliados —escupió Sigurd—. Vigdis no mintió.

Donna pensó en la violencia y las muertes que traerían esos barcos. Tenía que intentar encontrar una solución pacífica.

—Sigurd, déjame ir a negociar. Es a lo que me dedico. Puedo…

—Has perdido la razón si crees que te dejaré ir a negociar. No eres nadie para Fuldarr y no tienes ningún poder de negociación. ¿Qué lo detiene de matarte en cuanto te vea o de tomarte de rehén?

Donna apretó los puños. Temía por él y no podía quedarse sentada a aguardar a que lo mataran.

—Vamos juntos. Seré útil. Soy del futuro, ¿recuerdas? Conozco algunos trucos. Quizás podamos resolver esto de manera pacífica para que nadie tenga que morir.

Sigurd le mostró los dientes y miró los navíos que se acercaban por debajo de las cejas.

—Hay más chances de que Loki se deje de conspiraciones. No, Donna, no habrá paz hoy. Se derramará sangre… la de Fuldarr. —Se tocó el pendiente con el martillo de Thor que llevaba en el cuello y buscó la protección del dios—. Pero tienes razón. Podemos ganar tiempo para que la gente pueda terminar con los preparativos de último momento. Prepara tus trucos, escudera de la justicia.

Sigurd tomó a Floki y cinco de sus guerreros más fuertes para que los acompañaran. Los ocho se detuvieron en la playa a aguardar la llegada de los barcos.

A Donna le temblaron las rodillas mientras los barcos se aproximaban. El corazón se le aceleró, una capa de sudor le cubrió la piel, y el temor le derritió los huesos. Jamás había tenido tanto miedo en toda su vida. Todos decían que Nueva York era una ciudad peligrosa, pero no se comparaba en nada con esa época. Una guerra se acercaba a ellos con la velocidad de un tren. Y no podía hacer nada para detenerla.

Solo podía huir. Sí, esa era una opción. Podía huir en ese mismo instante y desaparecer por el arco para regresar a la calidez y la seguridad del siglo XXI. Pero que la condenaran si hacía eso. Porque el hombre por el que le latía el corazón se encontraba de pie a su lado. Era el hombre más fuerte y valiente que había conocido. Era la persona a la que más quería, y le pertenecía en cuerpo y alma. Tenía que ser fuerte y valiente por él. Debía ser alguien en quien pudiera apoyarse, tanto él como su gente. Donna alzó el mentón y se aferró al arco hasta que las uñas se le clavaron en la piel.

Los primeros barcos llegaron y, por un instante, nadie dijo nada. Los guerreros a bordo de los barcos ya habían construido una muralla de escudos.

—¡Fuldarr, da la cara! —le gritó Sigurd—. Hablemos.

Un hombre alto y con el cabello largo y negro apareció. Algo en él le recordó a Donna a esa noche en la habitación de Manhattan y a Joseph, que había pasado por la vida de su madre y de ella como un tornado para dejarlas rotas y vacías. El pecho se le tensó, y la mente se le nubló.

—¿De qué quieres hablar, Sigurd? Estoy a punto de terminar lo que comencé el año pasado.

Hizo un gesto para señalar a una mujer que apareció a sus espaldas. Se veía pálida y delgada, tenía el cabello rubio reunido en un tocado elaborado. Debía de ser Vigdis.

—¿Quizás quieres ver a tu hermana? De acuerdo. Bajemos, esposa. —Saltó al agua, y varios guerreros lo siguieron. Uno de ellos empujó a Vigdis para que los siguiera.

Cuando el grupo de Fuldarr se encontró a unos pocos metros de distancia, Donna comprendió por qué Fuldarr quería ir con Vigdis. Quería que Sigurd la viera en todo detalle. Era una jugada clásica para lograr tocar una fibra sensible en un oponente y hacerlo actuar de manera precipitada. A Donna se le congelaron los pies al ver el rostro de Vigdis. Tenía un párpado púrpura y tan hinchado que estaba completamente cerrado. La sangre seca le cubría una ceja, un cardenal se le extendía por una mejilla y tenía un corte en el labio inferior. Donna le echó una mirada de reojo a Sigurd, que tenía el rostro tallado en piedra, y supo que estaba furioso. Se le acercó y enderezó la espalda. Si él estaba a punto de perder la razón, ella debería mantener la cabeza despejada.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —gruñó Sigurd.

—Eso es entre mi esposa y yo. Pero te aseguro que se lo merecía. No eres el único al que ha traicionado. Al parecer, no lo puede evitar.

Donna vio por el rabillo del ojo que a Sigurd le empezaba a temblar la mano, y los huesos se le tensaban tanto de la fuerza con la que sostenía el mango del hacha que temió que se le fueran a quebrar. Debía intervenir. De lo contrario, Sigurd iba a explotar.

—¿Qué hará falta para que te marches de manera pacífica? —le preguntó.

Los ojos de Fuldarr se apoyaron sobre ella, que alzó la cabeza.

—¿Y ella quién es, Sigurd? ¿Una nueva esposa?

Donna sintió la mirada de Vigdis sobre ella y se sonrojó. De repente, deseó agradarle a la única pariente de Sigurd. Qué tontería.

—No es mi esposa.

A pesar de que eso era cierto, a Donna le dolió un poco.

—Entonces, ¿por qué debería hablar contigo, mujer?

Sigurd estaba a punto de decir algo, pero Donna intervino.

—Porque vengo del futuro.

Todos los ojos se posaron sobre ella. A Fuldarr se le tensó el cuerpo, y la miró fijo.

—¿Cómo has dicho?

—Una norna me envió aquí desde hace más de mil años en el futuro.

—¡Donna! —la voz de Sigurd la azotó.

Sin embargo, estaba muy concentrada en su plan. Tenía que asegurarse de asustar a Fuldarr, de intimidarlo, para volverlo inseguro y sensible.

—Y ya le conté a Sigurd todos los secretos acerca de las tecnologías y las innovaciones que necesita conocer.

A juzgar por el lenguaje corporal de Fuldarr, el plan estaba funcionando. Tenía el ceño fruncido, los ojos agrandados de sorpresa y de un temor apenas perceptible. Donna continuó:

—Detrás de esa empalizada, hay máquinas que escupen fuego y guerreros hechos de hierro que luchan solos.

—Mientes —gruñó Fuldarr, pero la voz había perdido toda confianza—. No eres más que una embustera.

—Estoy diciendo la verdad…

—¡Donna, detente! —la interrumpió Sigurd.

Fuldarr pasó la mirada de uno a otro y una sonrisa de satisfacción le asomó a los labios.

—¿Qué ocurre, Sigurd? El año pasado me enviaste a tu hermana, y ahora te ocultas tras las faldas de otra mujer. ¿Dónde perdiste los testículos?

Donna se quedó sin aliento. No había vivido mucho tiempo con los vikingos, pero sabía que el peor insulto que se le podía hacer a un nórdico era ofender su masculinidad. Sigurd ya estaba conmocionado de antes, pero ahora estaba a punto de explotar. El recordatorio del error que había cometido con Vigdis y lo que le había costado a su familia fue demasiado. El rostro se le retorció, la boca se le curvó en una mueca y los pies le temblaron como si estuviera listo para lanzarse contra Fuldarr… y morir.

Fuldarr también se percató de ello, y se le formó una sonrisa sutil en el rostro. Alzó una mano y estaba a punto de hacerles una señal a sus guerreros. El rostro de Vigdis reflejó desesperación al tiempo que los guerreros de Sigurd adoptaban sus posiciones.

Donna no tenía tiempo que perder y antes de que los nórdicos se lanzaran a la masacre, arrojó el arco al suelo y dio un paso hacia Fuldarr.

—¡Aguarda!

Todos se quedaron petrificados y le clavaron la mirada. Qué bueno. Los había tomado de sorpresa. Lo que venía a continuación, le daría a Sigurd más ganas de derramar sangre.

—Fuldarr, si dejas que Sigurd y sus hombres regresen a la fortaleza, me entregaré a ti. Te contaré todos los secretos del futuro.

No quería ver el rostro de Sigurd. No podía hacerlo. Debió de haber sentido mucho dolor de que otra mujer lo traicionara luego de que le contara su mayor sufrimiento, hubiera cambiado por ella y hubiera comenzado a oír sus consejos. Debió de haberle clavado una daga en el corazón. Pero eso era mejor a que él y todos los residentes de la aldea acabaran asesinados.

Fuldarr miró a Sigurd y, a juzgar por la mirada de triunfo en el rostro del enemigo, Donna no necesitaba ver a su hombre para saber que tenía una expresión de dolor en el rostro. Fuldarr asintió con la cabeza y, con el corazón hundido, Donna corrió hacia él y se detuvo a su lado, entre él y Vigdis. Cuando se volvió para mirar a Sigurd, la sangre se le congeló en las venas. Parecía como si alguien acabara de clavarle una daga en el vientre, pero seguía de pie y listo para atacar a Fuldarr. Tenía que hacer algo.

—Me estoy uniendo al equipo ganador.

A Sigurd se le agrandaron los ojos, y el rostro se le ruborizó como si estuviera ahorcándolo. Unas lágrimas le nublaron la vista a Donna.

—Fuldarr, jamás conocí a un hombre con un ejército tan grande, ni siquiera en mi época —le confesó con la voz temblorosa. Se detestaba, pero el plan estaba funcionando. A Fuldarr se le infló el pecho de orgullo como si creyera que estaba de su lado. Pero Sigurd también lo había creído. Ahora, se le había endurecido el rostro y, sin decir más nada, se dio vuelta y se alejó a grandes zanjadas con la cabeza en alto como si ella no existiera.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

—¡Arqueras, prepárense! —gritó Sigurd al tiempo que se cerraban las puertas de la fortaleza con un sonido seco a sus espaldas. Subió la rampa a una de las torres de vigilancia. Las mujeres ya habían adoptado sus posiciones y tensaron las cuerdas de los arcos—. ¡Disparen! —La primera lluvia de flechas salió volando hacia el enemigo.

Obligó a la mente a no pensar en lo que Donna había hecho, pero el recuerdo le hundió las garras. El pecho le palpitaba por dentro como si se lo estuvieran triturando como a la carne. Al otro lado de la playa, Donna se encontraba de pie donde la había dejado. Podía sentir su mirada sobre él, aun desde la distancia. Fuldarr hizo un movimiento para enviar a los guerreros hacia la fortaleza. Se bajaron de los barcos como el grano que se vuelca de las bolsas y formaron paredes de escudos.

«Odín, no permitas que nuestras flechas toquen a esas dos mujeres».

Todo lo que Donna acababa de hacer era una traición. La traición parecía crecer en esa playa como el musgo. Primero la de Vigdis y ahora la de Donna. El mismo sitio y el mismo enemigo. El pensamiento hizo que se le retorcieran las entrañas.

El enemigo comenzó a dispararles flechas. Las mujeres a su alrededor se agacharon bajo los escudos, y las flechas se hundieron en la madera y en la torre, pero Sigurd se quedó de pie como si nada estuviera ocurriendo a su alrededor.

Donna lo miró a los ojos desde el otro lado del campo enemigo. Lo miraba a través de la muralla y a través del tiempo. La mujer que lo había traicionado se encontraba en peligro.

Sigurd soltó un rugido. La furia lo recorrió desde los pies hasta la cabeza como un incendio purificador. Lucharía, claro que lucharía. Lucharía por su padre, por su gente y por la mujer que amaba. Tenía que ir al sitio en que su gente quedaba más vulnerable: la parte sin terminar de la fortaleza. Determinado, bajó la rampa.

—¡Odín! —gritó Sigurd mientras alcanzaba la cima de las lanzas apiladas, muchas de las cuales tenían guerreros enemigos plantados. Pero seguían llegando, y Sigurd se volcó en la batalla—. ¡Odín! —lo volvió a llamar mientras mataba al primer enemigo.

Las flechas de su gente como las del enemigo no dejaban de volar por doquier y encontrar objetivos de carne y hueso. La gente gritaba, resultaba herida y moría. Las paredes de escudos del enemigo se debilitaron mientras las mujeres continuaban disparando y asestando en el blanco. Sigurd sintió una profunda gratitud como hidromiel cálido de pensar que, sin la ayuda de las mujeres, todos habrían terminado masacrados para ese momento. Sin la ayuda de Donna.

Las líneas delgadas del enemigo llegaron a la empalizada y comenzaron a intentar saltar la muralla. A pesar de que las flechas acabaron con muchos guerreros, muchos aterrizaron del otro lado para enfrentarse a las espadas y hachas de los hombres de Sigurd.

El acero resonó, varias astillas de madera salieron volando, unos huesos se rompieron y la carne se abrió. La fortaleza permaneció de pie. La mayoría de los hombres del enemigo que habían pasado al otro lado de la empalizada murió, pero al mismo tiempo también comenzaron a morir algunos de los hombres de Sigurd. Fuldarr tenía demasiados hombres. Y Donna no tenía ninguna oportunidad de vencerlo. Se encontraba a la merced del enemigo.

En la furia de la batalla, todo se reducía a la esencia de las cosas: acuchillar o huir, agacharse o quedarse de pie, vivir o morir. Y algo le quedó claro a Sigurd. Donna no tenía ningún motivo para pasarse del lado de Fuldarr a diferencia de Vigdis. Quería regresar a su propia época, y ahora se encontraba aún más lejos que antes de lograr esa meta. De hecho, se había puesto en más peligro de lo que podía imaginar. Ya no tenía dudas de que no lo había traicionado. Por el contrario, se había sacrificado. Lo había hecho por él. Por su gente. Solo había algo por hacer. Si mataba a Fuldarr, todo se detendría. Ni Donna ni su gente sufrirían más daños.

Necesitaba a sus mejores guerreros. Se lanzarían contra Fuldarr y, si usaban la puerta oeste, el arco que hasta donde sabía se encontraba libre, y se acercaban por el lateral con cautela tenían una posibilidad de derrotarlo.

Sigurd buscó a Floki y cinco guerreros más, les explicó el plan, y todos salieron corriendo hacia el arco. Atravesaron la puerta en silencio y cruzaron el bosque hacia la parte oeste del fiordo donde los barcos no podían anclar por las piedras, y el enemigo no sabría qué yacía en el bosque.

Cuando Sigurd y sus hombres salieron del bosque para dirigirse a la playa, primero trotaron sin protegerse con los escudos para no parecer sospechosos y que el enemigo no los reconociera desde la distancia. La mayoría de los hombres de Fuldarr luchaban en la fortaleza, y solo un puñado de ellos había permanecido allí. Cuando se encontraron lo suficientemente cerca, Sigurd y sus guerreros comenzaron a avanzar hacia Fuldarr, cuya atención se concentraba en la fortaleza.

Fue una pelea difícil; el enemigo los duplicaba en número. Al cabo de un tiempo, Floki soltó un grito y cayó con una espada en el pecho. Sigurd soltó un gruñido de dolor al perder a su hermano de armas, pero el sentimiento pronto se transformó en un frenesí de venganza. Cortó y apuñaló a todos los que se le atravesaban mientras se abría paso hacia Fuldarr. Pero al poco tiempo, vio a todos sus hermanos de armas en el suelo.

Todo se redujo a Sigurd y Fuldarr, que aún contaba con su ejército. Donna y Vigdis se encontraban de pie a su lado con los ojos abiertos de par en par y llenos de horror.

Sigurd tenía que acabar con él. Se encontraba muy cerca de lograrlo. Se lanzó contra él ignorando al resto de los guerreros, que se movieron para frenarlo. Sin embargo, Fuldarr los detuvo con un ademán.

Acto seguido, extrajo la espada al tiempo que el hacha de Sigurd se chocaba contra el metal. El rostro de Fuldarr estaba lleno de ira. A Sigurd le dolían los músculos y estaba casi sin aliento. Las horas de batalla lo habían dejado exhausto y le habían producido un dolor en todo el cuerpo, mientras que Fuldarr acababa de empezar. Le rogó a Odín que le diera fuerzas y, reuniendo todo el poder que le quedaba, lo empujó hacia atrás y lo atacó con el hacha que destellaba en el aire. Sigurd soltó varios gruñidos con cada ataque, y el hacha resonó al encontrarse contra la espada como el martillo de un herrero.

Pero Sigurd se había sobrestimado. Los brazos le vibraban exhaustos, y le tomó más tiempo del pensado asestar cada golpe. Como Fuldarr se valió de la duda para recoger el escudo y usarlo, el hacha de Sigurd dio contra la madera, y su enemigo le clavó la espada en el lateral. Sigurd sintió una explosión de dolor en el cuerpo y se cayó de rodillas, pero la *brynja* de su padre

no dejó que la espada lo atravesara.

Ahora que no tenía el hacha, extrajo el *seax*. La daga larga y mortal era un arma débil contra la espada y el escudo de Fuldarr, pero era lo único que tenía. Recurrió a las últimas fuerzas que le quedaban en el cuerpo y el alma, y dibujó un arco para apuntar hacia el muslo de Fuldarr. Sin embargo, la hoja solo cortó el aire. La espada de Fuldarr le apuntó al hombro, pero como él tenía el arma alzada, logró esquivar el golpe con el *seax*. Fuldarr presionó contra Sigurd, que tuvo que sostener el mango del *seax* con la otra mano para protegerse el cuello. La hoja del enemigo le abrió la piel en la palma de la mano y lo cortó.

A Sigurd le temblaron las manos al tiempo que la espada de Fuldarr empujaba el *seax* cada vez más contra su cuello. Soltó un rugido y lo embistió, pero Fuldarr se limitó a aplicar más presión al tiempo que los ojos se le abrían para reflejar el triunfo de la victoria inminente.

La hoja estaba cada vez más cerca del cuello de Sigurd. La furia y la desesperación le hervían por dentro, pero no le quedaban demasiadas fuerzas. No quería morir. Si moría, toda la aldea moriría con él. ¿Y qué sería de Donna y Vigdis? Estaba perdiendo y lo sabía. «Así no, Odín».

De repente, oyó un grito femenino de algún punto detrás de Fuldarr seguido de un golpe seco y sintió que la presión cedía. La pierna de Fuldarr se movió, y el enemigo cayó de rodillas. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Sigurd le insertó el *seax* en el ojo.

Fuldarr soltó un grito al tiempo que soltaba la espada y el escudo, y las manos se le aferraban a la hoja. Sin embargo, la vida lo abandonó y se cayó de lado al tiempo que su sangre se derramaba sobre la gravilla.

A sus espaldas, se encontraba Vigdis, que jadeaba y no despegaba la mirada del cuerpo de Fuldarr, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de hacer. En el rostro tenía una máscara de odio y lo escupió. Luego miró a Sigurd a los ojos y cayó de rodillas a su lado con lágrimas rodándole por el rostro.

Donna corrió hacia él. La levantó en sus brazos, el corazón le latió acelerado en los oídos. Tenía el rostro húmedo y le apretó la mejilla contra el rostro cubierto de sangre.

—Gracias a Dios estás vivo —le susurró al oído.

De repente comprendió que había vencido. A pesar de que seguía respirando entre jadeos, alzó los puños en el aire y soltó un rugido. Los guerreros de Fuldarr corrían hacia los barcos, pero la batalla en la fortaleza continuaba, porque la gente no sabía qué acababa de ocurrir en la playa.

—¡He matado a su *jarl*! —rugió Sigurd como si su voz fuera un cuerno de guerra—. ¡No tienen más *jarl*!

—¡Detengan la batalla! —gritó Vigdis—. ¡Alto!

Sigurd alzó la mirada hacia ella para verla sorprendido. Ahora ella era la *jarl* y podía instruirles a los guerreros que continuaran luchando. Pero Sigurd dudaba de que tuviera poder alguno sobre ellos. Dudaba también que quisieran arriesgar la vida por ella.

Cuando Vigdis lo miró, un temor que jamás había visto en su hermana le desfiguró el rostro. Se puso de pie para correr hacia uno de los barcos, pero Sigurd se lanzó sobre ella y le pasó los brazos alrededor del cuello. Donna soltó un alarido.

—Esta vez, no, Vigdis —le susurró al oído—. Dios sabe que todo esto es por tu culpa y debes ser castigada por la traición.

Se sorbió.

—Por favor, Sigurd, intenté ayudar…

Sigurd la sacudió y le colocó la mano ensangrentada contra la boca.

—Cierra el pico. Donna, dame el *seax*.

Donna asintió con el rostro lleno de preocupación y alivio. Cuando lo hizo, le apoyó la hoja contra el cuello de Vigdis para que los guerreros no decidieran luchar por ella y no le sorprendió ver que no lo hacían.

El ejército de Fuldarr comenzó a retirarse. En la playa se oyeron los sonidos de las piedras bajo los zapatos. Los hombres le arrojaban miradas sombrías a Sigurd antes de subirse a los *drakkars*.

—Supongo que no querían luchar por una *jarl* que recurre a la traición como al desayuno —le susurró a Vigdis al oído. Su hermana cerró los ojos sollozando.

Los guerreros muertos y heridos yacían en el suelo, y había cuerpos por toda la orilla donde Sigurd y sus seis guerreros se habían enfrentado a Fuldarr. Sus hermanos de armas yacían allí, y más pilas de cuerpos yacían también a los pies de la fortaleza. El sabor cobrizo de la sangre pendía en el aire.

Sigurd sintió la mano de Donna en el antebrazo, y una ola de calor y bienestar lo recorrió entero. Le dio un beso en la frente y la presencia de ella sana y salva le llenó el cuerpo de vida como una poción mágica. Había vencido.

Nadie dijo nada, solo los heridos gimieron de dolor. Y mientras los últimos enemigos se alejaban de la playa, la brisa del fiordo acarreó los susurros de las olas que rompían contra los *drakkars*, y Sigurd se preguntó si oía las alas de las valquirias que habían ido a llevarse a los mejores guerreros al Valhalla.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Sigurd se movió en la cama. Sentía la mirada de Donna como si lo estuviera acariciando con una piel. Abrió un ojo.

—Ya es suficiente. Puedo sentir tus ojos encima.

Por todos los cielos, era la cosa más hermosa que había visto en su vida, incluso cuando acababa de despertarse y tenía los ojos hinchados y el cabello enmarañado. Pero una sombra en lo profundo de sus ojos revolvió el gusano oscuro de la preocupación en el vientre. Era lo único que podía obstruir su felicidad ahora, tras la derrota del enemigo y tras ver que la fortaleza había resistido. Ya no había más nada que le impidiera regresar a casa. «Todavía, no, dioses. Todavía no».

Solo conocía una manera de hacerla olvidar. La abrazó contra el pecho, y el contacto de los senos desnudos contra la piel le produjo un ardor en la entrepierna. Buscó la boca con la suya, la deseó como un hombre sediento desea un vaso de agua durante una sequía. La envolvió y le enterró las manos en la piel aterciopelada con desesperación.

Ella no protestó. Le respondió con la misma desesperación y le devoró la boca como si fuera la última vez. Algo húmedo le recorrió la mejilla, y saboreó sal en la lengua. Sigurd se volvió y la clavó contra las pieles que tenían debajo. Donna estaba llorando.

—¿Te hice daño?

Ella negó con la cabeza y lo besó mientras se lo acercaba aún más. No, no le había hecho daño. Pero ese día lo iba a dejar. Sigurd lo supo con la misma certeza que sabía su nombre. Lo sentía en el cuerpo que yacía debajo del suyo. «¡No!».

Tenía que lograr que cambiara de parecer. La piel sedosa bajo las manos le produjo un estremecimiento de deseo. Le acarició los senos llenos, como si fueran un tesoro. Ella gimió y arqueó la espalda contra él, que continuó descendiendo hacia el vientre suave y el triángulo de vellos enrizados. Le acarició los pliegues con los dedos sin dejar de darle besos suaves y húmedos. Donna arqueó la espalda contra él y soltó varios gemidos de placer. Sí, la haría olvidarse de Nueva York. Al menos por el momento.

Con los dedos le acarició los pétalos del sexo y se deslizó en su calidez. Al encontrar el punto más dulce, le dibujó círculos suaves con el dedo y aplicó la presión necesaria para que Donna le clavara las uñas contra los hombros mientras se le escapaban gemidos de la boca.

Se inclinó hacia abajo y selló la boca contra su sexo. Con la lengua le acarició el punto más dulce. Tanto su sabor como su esencia le hacían dar vueltas la cabeza y endurecer más el miembro. Estaba ansioso de hundirse en su interior y de sentirla tensarse a su alrededor. De sentir que era suya.

Quería darle el mayor placer que había tenido, algo que la uniera a él y le ayudara a ganar la

batalla contra el tiempo. El alma le dolía ante la idea de perderla, y continuó con ese juego hasta que la oyó suplicarle:

—Por favor, Sigurd, por favor… te necesito dentro.

Las palabras le sabían dulce como la miel, pero quería ver cuán lejos podía llevarla.

—Aún no —le murmuró, y ella soltó un gruñido.

La adoró hasta que gimió, como lo hacía cada vez antes de acabar, y luego se apartó. Donna soltó un gruñido de frustración mientras se acostaba a su lado, y la piel le cantaba al lado de la de ella. Con las manos le acarició los senos y con la boca le provocó la oreja.

—Sigurd, por favor —se volvió hacia él para frotarse contra su cuerpo.

—Aún no.

Con las manos buscó los sitios que la harían estremecer de dicha. Los dedos se le deslizaron contra la piel y el estómago hacia la erección, y Sigurd tomó una profunda bocanada de aire al sentirla acariciarle el miembro. No le faltaba mucho para explotar, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no separarle los pliegues y los muslos y hundirse en su calidez.

En cambio, regresó a la posición de antes para volver a torturarla con la lengua. Y, una vez más, cuando sintió que el sexo se le tensaba y soltaba los gemidos que tanto anhelaba oír, se apartó.

Al cabo de unos instantes, se recostó de espaldas y la colocó sobre él. Le encantaba verla montarlo. Donna tenía la respiración agitada y se movía contra él.

—Por favor, Sigurd.

No necesitó oír más nada. La levantó y se la colocó encima. Se sintió como regresar a casa tras un saqueo largo y exitoso. Donna gimió y comenzó a moverse sobre él, que se hundía en el océano de placer con cada embestida y llenaba con ella cada pequeña parte de él, cada cabello de su cuerpo y cada gota de sangre.

La movió hacia arriba y abajo con los brazos y la embistió. Donna estaba a punto de acabar: sus gemidos eran cada vez más altos y le resonaban contra el pecho. Además, los músculos internos se le tensaban mientras lo montaba, y resistió lo más que pudo, pero, al final, llegó al borde del abismo con ella.

Llegó al orgasmo y se deshizo dándole hasta la última gota de su semilla. Ella gimió y gritó su nombre de éxtasis que pareció sentir como olas durante un instante prolongado.

Cuando Sigurd quedó vacío, Donna se dejó caer sobre él y respiró entre jadeos. Se quedaron así durante varios minutos, abrazados, respirando al unísono y con los corazones latiendo al ritmo de uno solo.

Pero de repente algo se rompió. Sigurd sintió el temor y la tensión de Donna, que se hizo a un lado con el ceño fruncido. A Sigurd se le congeló el vientre. No quería irse con vueltas. Quería saberlo.

—Me vas a dejar, ¿no?

Donna tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí.

—No. —El congelamiento se le extendió al estómago y le llenó los vasos sanguíneos—. ¿Por qué ahora? Por el amor de Loki.

—He cumplido mi objetivo. No hay nada más para mí aquí. No tengo ningún motivo para quedarme.

El congelamiento le llegó al corazón.

—¿Ninguno?

La vena del cuello le palpitó más acelerada.

—¿Me equivoco?

—Si te pido que te quedes… —tragó con dificultad—, ¿lo harías?

—No puedo, Sigurd.

—¿Entonces no soy motivo suficiente?

Le tomó las manos entre las suyas, y el calor se le expandió por la piel. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¡Maldita sea, Sigurd! Ya anoche sabía que me tenía que marchar lo antes posible. Quería pasar una noche más contigo, pero si no me marcho hoy… Si no me marcho ahora mismo… —la voz casi se le redujo a un susurro—, jamás podré dejarte. Con cada segundo que paso contigo, se me hace más difícil irme.

—¡Entonces quédate!

Las palabras quedaron flotando en el aire como una vela en un mástil.

—No puedo, Sigurd. Mis clientas… Mi madre… Nuestro despacho… No podré vivir conmigo misma si esas cuatro mujeres y sus niños acaban en la calle porque no regresé.

Sigurd apretó la boca para formar una línea delgada.

—Cambia de parecer. La noche en el fiordo… Lo que compartimos solo ocurre una vez en la vida.

Ella le apretó la mano con delicadeza.

—Sí, y me has cambiado.

—Y tú a mí.

A Sigurd le ardió el pecho. Estaba cansado de ocultarse detrás de una fachada de no sentir nada y no preocuparse por nada. Si dejar el alma al descubierto no lograba convencerla, nada lo haría.

—Eres un tesoro para mi reino. Cásate conmigo, Donna. Sé mi par en todo, como sé que deseas. Puedes estar al mando de las mujeres, aprender arquería e ir a saquear conmigo. ¿Qué dices?

Donna escuchó con la boca abierta. Se inclinó hacia él, con una sonrisa ancha en el rostro. Durante un instante, pensó que diría que sí, y la esperanza le floreció en el pecho. Pero Donna se deshizo de la felicidad como el agua y miró alrededor con una expresión preocupada.

—No puedo. ¿Dónde están las prendas que tenía puestas cuando llegué?

El pánico le invadió la sangre como el hierro líquido. La estaba perdiendo.

—No te marches.

Donna cerró los ojos.

—Por favor.

El deseo de tomarla y encerrarla bajo su cuerpo en la cama para no permitirle alejarse ni un paso de él le ardía en los músculos, y apretó los puños para evitar abalanzarse sobre ella.

—De acuerdo, las encontraré sola.

Acto seguido comenzó a abrir los baúles y hurgar en su interior. Al final, encontró sus pertenencias y se vistió sin mirarlo. Sigurd observó cada uno de sus movimientos, así como también el modo en que los músculos se le movían bajo la piel, las deliciosas curvas de los senos y de las nalgas y la preciosa cintura delgada. Quería quemar el recuerdo de ella en su alma para siempre.

Al verla vestida con las mismas prendas extrañas con las que la había conocido hizo que le doliera el pecho. Sigurd se colocó los pantalones y tomó el hacha. Señaló la puerta abierta. En el gran salón, los criados limpiaban los restos del banquete de victoria del día anterior y alzaron la mirada sorprendidos de ver a Donna con sus propias prendas. Aún tenía los ojos llenos de

lágrimas mientras miraba alrededor con la esperanza de ver a Asa.

Afuera, la gente cuidaba de los animales, el herrero martilleaba contra un yunque y los pescadores ahumaban pescado. Pero la atmósfera estaba ensombrecida con los preparativos para el funeral. La gente llevaba leña y pertenencias personales de los fallecidos a la pira funeraria. Floki y muchos grandes guerreros más habían caído el día anterior defendiendo al *jarl* y a sus seres queridos, y Sigurd le había rezado a Odín para que les permitiera entrar en el Valhalla y lo aguardaran allí.

Sigurd le sujetó la mano a Donna.

—Te quiero acariciar hasta el último momento que te tenga.

Donna le apretó la mano, y Sigurd absorbió el cosquilleo que siempre sentía al tenerla cerca.

Cuando llegaron al arco, las piedras parecían tan duras e implacables como antes, y no había rasgos de los arreglos que habían hecho para pegar la piedra que se había caído. La empalizada olía a madera fresca y alquitrán de pino y parecía una estructura sólida.

Por fin se volvió hacia él. Las lágrimas se le habían acumulado en los ojos. Sigurd se la acercó y le devoró la boca, pero Donna lo detuvo.

—Me tengo que ir. Hemos salvado a tu gente, y ahora debo salvar a la mía. De todas las personas, tú sabes muy bien lo que es el deber.

Sigurd le apoyó la frente contra la suya. ¿Cómo era posible que lo conociera mejor que nadie?

—Sí —le dijo casi sin aliento.

Donna se movió para apartarse, pero él la mantuvo allí. La apretó con tanta fuerza, que los huesos debieron de quebrarse. Luego la besó con tanta fuerza que casi la muerde.

Al final la soltó y dio un paso hacia atrás. El suelo se movió bajo sus pies, como si Donna acabara de patear una viga de soporte y lo hubiera dejado sin balance para siempre, como una casa torcida.

Donna se secó las lágrimas.

—Adiós, Sigurd —susurró—. Trata bien a las mujeres.

Se volvió para avanzar hacia el arco, pero la mano de Sigurd la sujetó y la hizo girar para enfrentarlo. Se quitó el colgante del martillo de Thor del cuello y se lo entregó. Quizás le estaba regalando su suerte, pero se sentiría mejor sabiendo que tenía una parte de él con ella. Esperaba que pudiera protegerla.

—Te llevas mi corazón contigo, diosa. —El aliento cálido le besó la mejilla—. Trátalo bien.

Donna se dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta. Sigurd tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no detenerla y no tomar un mazo y reducir el arco a polvo.

Cuando Donna llegó a la puerta, la abrió y la atravesó. Luego se volvió hacia él y lo miró a los ojos por última vez. Una eternidad los conectaba, y pensó que su corazón iba a explotar de amor y angustia como una ola que una tormenta arroja contra una piedra.

Y, de repente, Donna desapareció.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

A Donna le dolía el cuerpo. Se dio cuenta de que yacía sobre algo frío y duro. Necesitaba abrir los ojos, pero sentía los párpados pesados y pegados. Una lámpara fluorescente zumbaba en la distancia y el aire olía a café de mala calidad.

Donna abrió los ojos y el corazón se le hundió a pesar de que ya sabía la verdad. Estaba de regreso en Nueva York. Se sentó erguida sobre el suelo de mármol del pasillo del juzgado. Unas voces amortiguadas hablaban desde detrás de unas puertas de madera a la izquierda del pasillo. El cristal de las puertas incombustibles del final del pasillo brillaba por la luz grisácea que se colaba por las ventanas.

Sigurd… ¿habría existido o se había golpeado la cabeza al caerse? ¿Habría sido todo un sueño? Sintió los bordes de algo que se le incrustó contra la piel de la palma derecha y abrió la mano. Vio el pendiente del martillo de Thor, que se sentía cálido en la piel y brillaba bajo la luz tenue. Sigurd… se le abrió una herida gigante como un agujero negro en el pecho. No, no era un sueño. Su cuerpo se sentía roto, como si le hubieran quitado un órgano vital y ahora tuviera que vivir incompleta, medio muerta, porque él no se encontraba en ese mundo.

Donna fue a casa. Probablemente había llamado a un taxi, aunque no lo recordaba. Nueva York la había agobiado con las bocinas y los gritos. Se dio una ducha, y el agua caliente se sintió como una bendición tras haberse bañado en el río durante algunas semanas. Ahora debía aprender a vivir sin Sigurd.

Donna acababa de cerrar el grifo cuando alguien comenzó a golpear la puerta de entrada. Su madre debió de haber oído el agua porque vivía en un apartamento en la misma planta. Donna sintió un aguijonazo de culpa, se colocó una bata de baño y se acercó a abrir la puerta.

Vio a su madre con los ojos abiertos de par en par. La abrazó fuerte, y el aroma familiar del perfume Chanel N.º 5 la envolvió.

—Creí que te había perdido —le susurró contra el cabello húmedo—. ¿Dónde diablos te habías metido?

Donna cerró los ojos, y las lágrimas le cayeron por el rostro.

—Viajé en el tiempo.

Su madre soltó una carcajada, la apartó de su cuerpo y la estudió a un brazo de distancia.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. —Donna la dejó entrar y se dirigieron a la sala de estar.

—¿Tomaste un viaje introspectivo o algo similar por culpa de Daniel?

—Algo así.

—Tú no eres así, pero lo entiendo. Luego de Joseph, tuve que reunir los restos de mi vida. Pero ¿por qué no me llamaste? ¿Cómo pudiste abandonar tu caso de ese modo? Tuve que

administrar el despacho sola. La policía por fin te empezó a buscar. ¡Has estado desaparecida durante nueve días!

Donna arqueó las cejas. Luego de todas las cosas disparatadas que había atravesado, no debería estar sorprendida de que el tiempo se moviera a diferentes velocidades. Había pasado dos semanas y media con Sigurd, y, sin embargo, solo habían transcurrido nueve días en su época.

—Lo siento, mamá. Los llamaré para explicarles todo. ¿Qué pasó con el caso?

—Logré detenerlo, pero ya sabes que las clientas necesitan que ganemos.

—Y eso mismo haremos. —Aunque Donna había dicho eso, no se sentía como una guerrera abogada en lo más mínimo. Lo único que quería hacer era encontrar a la norna y regresar con Sigurd. Pero no podía dejar a esas cuatro madres solteras en la pobreza.

—¿Cuándo es la siguiente audiencia?

—En una semana.

Donna se frotó el rostro con las palmas. Lo único que sentía era cansancio.

—En serio, ¿dónde te habías metido? —Su madre la miró de cerca.

Si le decía la verdad y repetía lo que le había dicho acerca de viajar en el tiempo de manera seria, su madre la llevaría a una guardia psiquiátrica.

—Tú misma lo has dicho. Necesitaba un tiempo a solas. Estaba en Vermont.

—Pero podrías haber enviado un correo electrónico o un mensaje de texto o algo.

—Conocí a un hombre que me ha dado vuelta el mundo. —Oh, qué bien se sentía contárselo a alguien—. Y necesitaba ayudarlo con algo, pero perdí la noción del tiempo.

—¿Quién es?

—Es de muy lejos, y jamás volveré a verlo.

Las lágrimas le recorrieron las mejillas, y una herida del tamaño de un balón de baloncesto se le abrió y le sangró en el pecho. Su madre la abrazó y la calmó lo mejor que pudo.

—Oh, cariño, deberíamos mantenernos alejadas de los hombres. Te crie para que fueras independiente. Esto es justamente lo que hacen: romperte el corazón, destrozar tu espíritu y…

Donna se sentó derecha. Antes de Sigurd, hubiera estado de acuerdo con su madre, pero ahora sentía que no podía estar más equivocada.

—Ya basta. —Recordó lo que Sigurd le había dicho—. Algunas personas plantan semillas podridas en nuestro interior, y nosotros se los permitimos. Lo amo. Es motivado, mandón y terco, pero también es el hombre más fuerte y más amable del mundo. —«Y es un *jarl* vikingo», quiso añadir, pero se contuvo—. Me ha cambiado, mamá. No creo que todos los hombres sean malos. Ni tampoco todos los machos alfa. Simplemente lidian con su propio dolor, como todo el mundo, como pueden.

Su madre la miró con el ceño fruncido.

—Cariño, te ves diferente.

Alzó el mentón.

—Ya no les tengo miedo.

Al día siguiente volvió a trabajar y se sumergió de lleno en el caso para olvidarse de Sigurd. Había esperado que le resultara más fácil con el paso del tiempo, pero solo se volvió más difícil. La angustia que sentía por él se intensificaba con el correr de los días. Lo único que la mantenía a flote era la necesidad de ayudar a sus clientas.

Una semana entera transcurrió, y el dolor de perder a Sigurd fue como una úlcera. Al cabo de un mes, Donna apenas se reconocía. Cuando se encontraba a solas o tenía un segundo de paz, la sensación de pérdida la empapaba como un aguacero.

MIENTRAS DONNA TRABAJABA sin cesar en el caso, Marta dio a luz a su bebé, Juan, y Helena a su hija, Eloisa. A pesar de todas las dificultades, los bebés recibieron mucho amor y no necesitaron nada gracias a la pequeña comunidad del Bronx que a Donna le recordaba al espíritu de Vörnen.

Con dos personas nuevas a las que proteger, Donna triplicó sus esfuerzos. No podía permitirse perder. Tenía mucho en juego. Había sacrificado mucho para estar allí.

La audiencia final llegó a los tres meses de su regreso a Nueva York. Daniel la encontró en la sala de espera de la corte con su sonrisa arrogante de siempre y la recorrió con la mirada. Antes, eso habría bastado para que le ardieran las mejillas, pero ahora le parecía algo gracioso.

En el juzgado, hizo de todo para intimidarla y tocarle las teclas más sensibles, pero a Donna no le importó. Algo había cambiado en ella. Era como si Sigurd se encontrara con ella y le diera fortaleza interna encendiéndole el espíritu vikingo. Sus clientas la observaban con los ojos abiertos como platos y llenos de esperanza.

En ese momento, llamaron al gerente de Cinderellas Inc., Pedro Ferreira, al estrado para dar su testimonio tras haberlas despedido. Donna comenzó la interrogación y, al cabo de un tiempo, supo que se encontraba cerca de la victoria.

—¿Por qué despidió a mis clientas, señor Ferreira?

—Porque no hacían bien su trabajo.

—¿Y eso es todo?

—Se volvieron lentas y perezosas.

Una ola de triunfo la invadió entera.

—¿Se «volvieron» lentas y perezosas?

El señor Ferreira perdió el color en el rostro. Daniel se puso de pie, pero solo logró abrir y cerrar la boca.

—¿Las cuatro?

El gerente guardó silencio.

Donna les llevó algunos papeles a Daniel y al juez.

—Señoría, estos son los historiales médicos de mis clientas. Durante sus embarazos, la señorita Hernández tenía alta presión sanguínea. La señorita García sufrió de hiperémesis gravídica, que es un exceso de vómitos. Y las señoritas González y Ramos por fortuna tuvieron embarazos saludables, pero estaban más cansadas que antes, lo que constituye un síntoma normal del embarazo. De modo que está claro cómo su estado las ralentizaría cuando limpiaban las casas. Las fechas en los historiales médicos concuerdan con la fecha de despido.

—¿Me permite acercarme al estrado, señoría? —preguntó Daniel.

El juez asintió con la cabeza, y Donna y Daniel se acercaron. Detrás de una fachada de tranquilidad, los ojos de Daniel reflejaban enfado. Había perdido, y los tres lo sabían.

—Me gustaría invitar a la abogada de la oposición a discutir un acuerdo.

Un buen acuerdo era exactamente lo que Donna y sus clientas querían. En la sala de negociaciones, Daniel comenzó la oferta con cien mil dólares, pero Donna logró que la subiera a medio millón. Lo observó con triunfo mientras se acariciaba el colgante con el martillo de Thor que le había dado Sigurd como si, de alguna manera, pudiera tocarlo a él. Le dijo:

—Quinientos mil dólares y una disculpa pública de tu cliente hacia las víctimas acompañada de una política antidiscriminatoria en el lugar de trabajo. Quiero que el señor Ferreira acuda a talleres en contra de la discriminación y que los imparta en Cinderellas Inc.

Daniel puso los ojos en blanco, pero estiró la mano para cerrar el trato.

—Voy a hablar con mi cliente.

Cuando firmaron el acuerdo al cabo de una hora, Donna sintió el triunfo como explosiones de fuegos artificiales. ¡Había ganado! Sus clientas ahora podrían comenzar una nueva vida sin preocuparse de poder alimentar a sus hijos. Volvió a acariciar el colgante de Sigurd, y sintió una ola de angustia.

Lo que quería más que nada en el mundo era compartir esa victoria con la única persona que no podía estar a su lado. El hombre al que amaba más que a nadie. Sigurd.

Donna sintió como si se estuviera encogiendo. ¿Acaso esa sería su vida? Cada vez que tuviera éxito o fracasara o le ocurriera algo importante, iba a querer compartirlo con Sigurd. Había cumplido con su obligación hacia sus clientas. ¿Había algo más que la retuviera allí? Estaba su madre…

Donna quería a su madre, pero no podía sacrificar su felicidad por ella. Tenía que vivir su vida y a pesar de que la echaría de menos, de seguro lo entendería. No obstante, su madre necesitaba ayuda con el despacho. ¿Cómo podía dejarla para que se las ingeniara sola?

De repente, alzó la mirada hacia Daniel, que le pasaba por delante de camino a la puerta. Sigurd había cambiado. Quizás le debía a Daniel una oportunidad.

—Daniel, me marcharé de Nueva York —le dijo—, y quiero ofrecerte mi parte de la sociedad.

Él se volvió a mirarla con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo has dicho?

Cuando eran más allegados, Daniel le había dicho que le encantaría abrir su propio despacho de abogados de cero, de modo que tenía que hacerle ver lo que le estaba ofreciendo. Tras una larga conversación, Donna lo vio considerándolo.

—Solo son dos mujeres, ¿no? ¿Tu madre y tú?

—Sí, pero tenemos más casos de los que podemos manejar. En Nueva York siempre habrá demandas por discriminación, y nos estamos creando una buena reputación. Pero si un abogado con ambición se uniera, teniendo en cuenta la experiencia de mi madre, el despacho se volvería legendario. —Se golpeó el labio con el dedo índice—. Si tan solo pudiera encontrar a ese abogado…

Daniel se rio.

—Ya sé lo que estás haciendo.

—Sí, lo sabes, pero ¿cómo crees que se sentiría tu padre si tu despacho derrotara a los gigantes para los que esperaba que trabajaras? ¿Te respetaría aún más?

Daniel bajó la mirada y respondió casi en un susurro doloroso.

—Nunca tuve la intención de ofenderte. Ni a ti, ni a ninguna mujer. Cuando me acusaste de haberle quitado el asiento a Marta, sentí como si me hubieran asestado una patada en el rostro. Nunca me quise convertir en esta persona. Esta actitud hacia las mujeres es como si… como si fuera parte de la descripción de mi trabajo.

Donna le sonrió.

—Entonces, renuncia al trabajo.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

A Donna se le ciñó el corazón de la anticipación al ver que se aproximaba al extremo del fiordo con hermosas y coloridas casas escandinavas desparramadas por las colinas. Estaba en Vörnen.

No había ninguna fortaleza de madera a la vista, ni tampoco casas medievales o *drakkars*. Pero se quedó sin aliento cuando vio las mismas montañas altas, la playa de piedras y el sotobosque grisáceo del otoño en el que ella y Sigurd habían hecho el amor.

El barco ancló, y los turistas se bajaron. Donna aguardó hasta que todos hubieran descendido. Luego saboreó el momento en que los pies tocaron tierra firme. Cada piedra y grano de arena estaba empapado con la presencia de Sigurd.

Dos días antes, había ganado el caso, y la necesidad de encontrar a Sigurd se había vuelto más poderosa que la de respirar. A Donna la preocupaba que él se hubiera olvidado de ella al no saber cuánto tiempo había transcurrido en su época. ¿Se habría casado? ¿Tendría algún hijo? El pensamiento hizo que se le cubriera la piel de sudor y el pecho se le tensara hasta dolerle.

Lo bueno era que Daniel había accedido a convertirse en socio del despacho. A su madre le había costado procesar la idea, a pesar de que la oferta que había hecho había sido de lo más impresionante.

Donna tenía la conciencia limpia. Le había dicho a su madre que era probable que jamás regresara y que no podría estar en contacto con ella por motivos que le escapaban, pero que se encontraría feliz con el hombre que amaba. La mañana en que se tenía que marchar, su madre la había llevado al aeropuerto, pero no había querido entrar. Había guardado silencio durante unos instantes, y luego miró a Donna con los ojos enrojecidos.

—Eres valiente, Donna. Estás haciendo algo que yo no me habría atrevido a hacer. No luego de Joseph.

Donna le apretó la mano.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho. —La abrazó y se alejó del coche con el corazón hundido. Su madre bajó la ventanilla para decirle:

—Yo también seré valiente y aceptaré a Daniel.

El aire en Vörnen no sabía tan dulce como lo recordaba, pensó mientras arrastraba el equipaje de mano por el pavimento frío. Se puso las prendas más prácticas que se le habían ocurrido: unos vaqueros, un suéter grueso y las botas más cálidas y duraderas que había podido encontrar. En la maleta llevaba medicamentos, más prendas cálidas, algunos productos de higiene y libros. Iba a echar de menos los libros. A pesar de que también iba a echar de menos a su madre, se sentía en paz. Se había despedido de ella.

Donna no había reservado ningún hospedaje en Vörnen. Con las palmas cubiertas de sudor y

el corazón latiéndole desbocado, caminó hacia el arco casi sin reconocer hacia dónde debía ir. ¿Se encontraba en el lugar indicado? Era como si no se encontrara en la misma aldea en la que había vivido en el pasado. No había ni gallinas, ni cabras, ni hombres con hachas, ni mujeres con vestidos medievales. En cambio, oyó los motores de los coches que circulaban por las calles asfaltadas, olió el aroma a vainilla de una panadería y vio los rostros sombríos de la gente que salía de un banco. Todo parecía demasiado normal, demasiado real, como si Sigurd, la fortaleza y su gente jamás hubieran existido.

Se tragó el doloroso nudo que se le había formado en la garganta. Tenían que haber existido, ¿no? Las botas resonaron contra el asfalto cuando apretó el paso hasta echar a correr hacia el oeste, donde vio el bosque detrás de los tejados de las casas. Allí debió de ser donde había estado el arco.

A Donna se le aceleró el pulso en la sien al tiempo que la última casa roja de la aldea revelaba dos paredes de piedra y un sendero desgastado. La empalizada y el arco brillaban por su ausencia. Donna apartó la mano de la maleta y echó a correr hacia las piedras sintiendo los pies pesados. «No, no, no. No puede ser».

Tenía las manos pegadas contra la pared de piedra, desesperada por sentirse absorbida, pero no pasó nada. No quedaba magia alguna en la superficie fría y áspera. Se trataba lisa y llanamente de piedras.

Durante un instante, se le apagó la vida. El corazón le dejó de latir y la mente se le puso en blanco mientras una sensación de desasosiego la empapaba como un balde de agua helada. Tras recomponerse, golpeó las piedras con las dos palmas.

—¡Maldita sea! ¡Llévenme de regreso! —Las partes afiladas le perforaron la piel, pero el dolor no le importó. Se deslizó contra la piedra y se quedó sentada. El sol comenzó a ponerse y parpadeó cuando la luz le produjo un cosquilleo en los ojos al colarse por entre las ramas de los árboles.

Todo había acabado. No volvería a ver más a Sigurd. Nunca más. El estómago le dolía como si tuviera una herida infectada en el centro del cuerpo.

Las lágrimas le comenzaron a arder en los ojos y no intentó contenerlas. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Podría recuperarse de eso? ¿Valía la pena vivir una vida sin Sigurd?

Donna caminó hacia la maleta que había dejado en el sendero. La recogió y la arrastró hacia la aldea. La realidad era que ahora tendría que encontrar un sitio donde pasar la noche, aunque no le importaba acabar durmiendo debajo de un puente.

Al pasar por delante de unas casas, un destello dorado le llamó la atención y volvió la mirada. Sobre el techo de paja de una casa, vio a una anciana que tejía y la saludaba con la mano. Al ver las agujas y reconocer a la norna, sintió un cosquilleo en la piel.

Donna se apresuró al edificio al tiempo que la norna comenzaba a hablar en un idioma extranjero que, curiosamente, le resultaba familiar. Al ver que Donna no la entendía, le habló en inglés.

—Oh, me olvidé que no hablas el antiguo idioma nórdico en este siglo. Quería decirte que me sorprendió que dejaras a Sigurd.

El huso de oro estaba apoyado al lado de ella, y a Donna se le secó la boca como una lija.

—Envíame de regreso. —La esperanza le floreció en el pecho, pero intentó contenerla. Era demasiado pronto para tener esperanza. Las palmas se le llenaron de sudor.

La norna le sonrió como una buena abuela.

—Tu tapiz brillaba estando en el pasado con Sigurd.

—Entonces, ¿me enviarás de regreso?

—Si lo hago, no podrás regresar. No tendrás más oportunidades.

A Donna se le tensó la garganta.

—Estoy lista.

La norna se bajó del techo de un salto como una niña. Con una sonrisa, le entregó el huso de oro.

—No te olvides el equipaje. —Le guiñó un ojo.

Donna tomó el mango de la maleta e inspiró hondo.

—Sigurd, ya voy en camino —susurró antes de tomar el huso. La norna y las casas escandinavas desaparecieron. Donna sintió un dolor como si le estuvieran absorbiendo toda la sangre y comenzó a girar como el huso dorado.



SIGURD REGRESABA de cazar con el cuerpo de un ciervo sobre los hombros. No había mucho más para hacer en el invierno, excepto cazar, pescar, beber y contar historias que hacían que los dioses, las nornas y los gigantes cobraran vida. El invierno estaba lleno de canciones que cantaban juntos en el aire lleno de humo de las casas comunales. Estaba alrededor de los hogares que destellaban en medio de la oscuridad de las noches largas y en el crujido de la nieve bajo los zapatos de las personas que iban de una casa a otra en busca de más historias o de un cuerno de hidromiel.

Al atardecer, la puerta occidental se oscureció delante de él. Cada vez que tenía que atravesarla, se estremecía al sentir el fantasma de Donna que lo torturaba. Evitaba mirarla y se deshacía de cualquier indicio de esperanza de verla allí. La desesperación se aferraba a su corazón como un lince hambriento.

En una ocasión, había ido al arco para intentar buscar el modo de viajar en el tiempo e ir al futuro para estar con Donna, pero no había pasado nada. Y no pasaría nada tampoco. Simplemente iba a tener que aprender a vivir con el dolor.

Abrió la puerta para caminar hacia la aldea y vio una silueta de pie que le daba la espalda. Iba vestida con prendas muy extrañas, tenía el largo cabello de color dorado y tenía la misma altura y contextura física que su diosa. El corazón se le detuvo por temor a seguir latiendo. Cuando se volvió, el tiempo se congeló. Era Donna.

Se miraron a los ojos. Sigurd dio un paso hacia ella, pero se cayó de rodillas y el cuerpo del ciervo rodó hacia la nieve. Ella brillaba como si las estrellas del cielo hubieran descendido para llenarle el cuerpo con su luz. ¿Acaso su mente le estaba mostrando lo que se había imaginado durante tanto tiempo?

—¿Eres tú? —Una nube de condensación se le escapó de la boca, y las palabras fueron casi un jadeo.

Donna se apresuró a su lado con las mejillas sonrosadas del frío y el cabello cayéndole como una cascada dorada. Se arrodilló delante de él y le tomó las manos enguantadas con las suyas.

—He regresado.

Se quitó los guantes de gamuza, y le acarició las manos para verificar que estaba allí. La piel le ardió al sentirlas frías. Debió de haber pasado mucho tiempo en el exterior.

Donna se acercó para besarlo, pero Sigurd se apartó. Antes de poder creer que se encontraba allí, tenía que saber algo.

—¿Por qué? —le preguntó examinándole el rostro en busca de algún indicio de la respuesta que anhelaba oír.

—Porque te amo. —A Donna le brillaron los ojos como el mar debajo del sol de verano.

Si Thor lo hubiera partido con un rayo, no podría estar más afectado. Una vibración le atravesó el cuerpo como si fuera la cuerda de una lira. Las lágrimas le ardieron en los ojos.

—Y yo a ti… con todo mi ser, diosa.

Luego la besó, y el sabor de ella le supo familiar y dulce. Era el sabor que hacía que su mundo girara como si acabara de beber el hidromiel que solo servía Odín en el Valhalla.

—Mañana mismo rompo ese arco —le gruñó contra la boca—. Estás atrapada conmigo para siempre.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo por todos los dioses.

CAPÍTULO
VEINTE

Vörnen, 872 d. C.

SIGURD SE ENCONTRABA de pie en el muelle con un brazo alrededor de Donna. Vigdis estaba delante de él. Las olas rompían contra el casco del barco que se mecía detrás de su hermana. Una brisa suave inflaba la vela; el *drakkar* estaba listo para zarpar. Al parecer, Njord, el dios del mar y el viento, iba a favorecer el viaje de Vigdis.

Su diosa se veía radiante y saludable con el vientre hinchado. Aún no se habían casado porque Sigurd quería hacer un banquete legendario para celebrar la boda durante el festival de la cosecha. Había invitado a todos los *jarls* y reyes vecinos para fortalecer los vínculos y comenzar a hacer nuevas alianzas comerciales. Había aprendido de la peor manera el precio de aferrarse a las rivalidades.

La fortaleza estaba terminada y era muy fuerte. Las mujeres habían ayudado a terminarla el año anterior, luego de que Donna se marchara. Pero desde que había regresado en el invierno, se las había ingeniado para involucrarlas cada vez más en todos los aspectos de la vida, y la aldea había comenzado a prosperar como nunca antes. Las mujeres tejían velas, cazaban y pescaban. Durante el invierno, habían hecho muebles, aprendido a fabricar joyas y tallar patrones hermosos sobre la madera. Algunas de las que habían construido la fortaleza también ayudaban ahora a construir nuevos barcos, y los marcos de tres *drakkars* se iban desarrollando día a día frente al fiordo.

Las noticias de la fortaleza de Vörnen y la victoria de Sigurd se habían esparcido rápido, y nuevos guerreros habían llegado para servirle al *jarl*. Al cabo de algunas semanas, iría a saquear para lograr reponer el tesoro y poder mantener la lealtad de sus guerreros. Sin dudas, nada de eso habría sido posible sin Donna y las mujeres de su reino.

El barco se mecía con suavidad al lado del muelle.

—Debería haber suficiente plata como para comprar una granja en Islandia —le aseguró Sigurd.

Vigdis asintió con la cabeza. A bordo, llevaban varias bolsas con provisiones y cofres con comida, prendas, herramientas y suficiente plata como para comenzar una nueva vida. Bjarni Bjarnison, el hombre que había llevado el mensaje de advertencia del ataque de Fuldarr, aguardaba a Vigdis en el *drakkar*, junto con una docena de guerreros que les había dado Sigurd para remar y protegerlos. Vigdis echó un vistazo hacia la playa.

—Aquí es donde comenzó todo. —El dolor le atravesó el rostro—. Aquí es donde murió.

Sigurd negó con la cabeza.

—Comenzó mucho antes de eso. Pero ¿terminará ahora?

—Ahora que he visto las consecuencias de mis actos, no quiero ser *jarl*. Lo único que siempre deseé fue tener poder sobre mi propia vida y algo de influencia en nuestra casa. Nuestro padre jamás me dio la oportunidad, y el deseo creció en mí como una herida putrefacta. Creí que quería ser parte del mundo de reyes y *jarls*, pero esto… —Dibujó un círculo con la mano que abarcó la playa—. No quiero tener nada que ver con esto. Quiero una granja, un buen esposo y un niño —añadió mirando a Bjarni sonrosada. Luego le ofreció una sonrisa a Donna—. Eso será suficiente. Tendré muchas cosas que administrar. El reino de Fuldarr es tuyo, hermano. Luego de que sus guerreros te vieron en la batalla, supieron que no encontrarán a un *jarl* más fuerte. De modo que no encontrarás ninguna resistencia si visitas esas tierras.

—¿Me das tu palabra de que no decidirás reclamar el reino?

—Te lo juro, hermano —le aseguró casi en un susurro, como si una bestia durmiera cerca y temiera despertarla si alzaba la voz.

—De acuerdo.

Cuando lo abrazó, el aroma de ella le rozó el rostro y, por un instante, le recordó a su madre. El corazón se le ciñó. Vigdis se secó las lágrimas, se volvió hacia el barco, y Bjarni la ayudó a abordar. Mientras los hombres comenzaban a remar alejándose del muelle, Donna le dijo:

—Vendrán a la boda, ¿no?

A Vigdis se le iluminó el rostro.

—El viaje solo debería llevarnos unas semanas. En tres meses, estaremos asentados. Vendremos a la boda.

Sigurd asintió con la cabeza. Esperaba con ansias la abundancia del festival de la cosecha. Las mesas estarían llenas de verduras frescas, carne asada de jabalí, liebre y ciervo, salmón ahumado e hidromiel. Se sentiría en casa y en familia. Estaría con su familia.

—¡Adiós! —exclamó Vigdis mientras el *drakkar* se alejaba en la distancia.

Una sensación de paz se extendió por el pecho de Sigurd como una ola fría en un día cálido. Bjarni le apoyó el brazo en el hombro a Vigdis como Sigurd se lo apoyaba a Donna, y los saludó con la mano.

—¿Le crees? —le preguntó Donna.

Sigurd entrecerró los ojos por el reflejo del sol sobre la superficie del fiordo y siguió al barco con la mirada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ha cambiado. No solo vio los resultados de su traición, sino que también se ha enamorado. Lo veo con la misma claridad con que te veo a ti. Bjarni la ha cambiado. —Besó a Donna con delicadeza, y el cuerpo comenzó a hervirle de deseo—. Tú también me has cambiado a mí. Hasta puedo comprender por qué se puso del lado del enemigo. Todas las personas necesitan sentirse valoradas y útiles, y ella jamás se sintió así. Pero espero que tú sí. Estoy agradecido de tener mujeres tan fuertes en mi reino y, en especial, a mi lado.

Donna le sonrió y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Jamás podría haber soñado con tener a un hombre tan fuerte a mi lado.

El *drakkar* desapareció detrás de una montaña, y Sigurd y Donna regresaron a casa. La sensación de paz que le reinaba en el pecho se le expandió por todo el cuerpo. Al acercarse a la fortaleza, detuvo a Donna al lado de la puerta abierta. Mientras miraba la edificación que la había llevado a su época, lo embargó una sensación de plenitud que le reparó las heridas del alma

como un bálsamo sanador.

Se arrodilló delante de Donna y le apoyó las manos sobre el vientre. Los dedos sintieron una patada, y le depositó un beso. Sin incorporarse, alzó la mirada a Donna, abrumado por el amor que crecía en cada músculo de su cuerpo y que veía reflejado en sus ojos.

—La norna está tejiendo un hermoso tapiz para mi vida —le dijo—. Porque es todo lo que siempre podría haber deseado. Tú, un hijo y algo que construimos juntos. —Donna le enterró los dedos en el cabello y le produjo un cosquilleo en la sien—. La fortaleza del tiempo.

~

GRACIAS POR LEER LA CAUTIVA DEL VIKINGO. Este es el último libro de la serie **Al tiempo del vikingo**. Cuando una puerta se cierra, otra se abre...

¿TE APETECE UN HIGHLANDER?

SI TE GUSTAN los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER.**



IMPRESIONANTE, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

⭐⭐⭐⭐⭐ *"¡UNA de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

LEE LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O SIGUE LEYENDO para un primer extracto de **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER.**



LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER*, *Capítulo 1

CASTILLO DE INVERLOCHY, Escocia, noviembre de 2020

AMY MACDOUGALL se apoyó contra el muro del castillo y cerró los párpados. Después de tres días de lluvia helada, sintió la calidez del sol de noviembre en la piel.

Su hermana, Jenny, se acercó a ella y se sentó en la roca de al lado.

—¿Va todo bien con los rebeldes? —le preguntó Amy.

—Ya lo veremos —Jenny lanzó una mirada dudosa alrededor del patio cubierto de hierba, donde un grupo de adolescentes caminaba, reía, corría y se tomaba *selfies*—. Zach amenazó con subir a esa torre y cantar *The Star-Spangled Banner*. —Jenny señaló con la cabeza las ruinas de una torre desmoronada que había al otro lado del patio—. Se está luciendo para Deanna, por supuesto. Tú estás en una posición estratégica para atrapar a Gigi si decide ir a ver si hay esqueletos en las mazmorras de la torre este.

Jenny asintió a su izquierda, y Amy frunció el ceño al ver la entrada negra y profunda de la torre. Un pequeño escalofrío le recorrió la columna vertebral al imaginarse el confinamiento de las paredes de dos metros de espesor y el antiguo techo que podría colapsar en cualquier momento.

La sonrisa de Jenny se desvaneció.

—Solo estaba bromeando, cariño —dijo Jenny—, nada de calabozos para ti.

Amy movió la cabeza y forzó una sonrisa.

—Está bien, vamos. Estoy bien. Puedo entrar en un calabozo. Después de todo, mi trabajo es ir a lugares peligrosos. ¿Acaso no me pediste que viniera para eso?

—Bueno, esperemos que no pase nada. Es bueno tener una oficial de búsqueda y rescate como apoyo en un viaje escolar, pero no es por eso que te invité a reemplazar a Brenda. Simple y sencillo: quería pasar tiempo con mi hermana.

Amy apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Sí? ¿Y cuándo comienza esa parte del programa? Porque pensé que habría más *whisky*, más *highlanders* apuestos y menos drama de adolescentes.

—Bueno, lo siento. Yo también pensé eso. Brenda tiene mucha más autoridad sobre ellos porque los gobierna con mano de hierro. Ellos creen que yo soy débil. Oh, cielos, ¿crees que pueden oler el miedo, como los perros?

Amy se rio.

—Sí, hasta yo puedo oler tu miedo.

Ambas rieron, y Amy apoyó la cabeza en el hombro de su hermana. ¿Cuándo fue la última vez que rieron juntas con tanto entusiasmo? Tanto Carolina del Norte como Vermont estaban llenos de recuerdos, saturados del asqueroso sabor al miedo y el rechazo.

Pero aquí no había nada de eso. Aquí había aire fresco y frío, paredes gruesas y antiguas y la belleza impresionante y brutal de las Tierras Altas de Escocia. Aquí reinaban los colores del otoño, como si las mismas rocas se hubiesen oxidado; el musgo crecía por todas partes, y las hojas siempre estaban envejecidas. Había tanta historia, cientos y miles de años de historia; y una parte de ella también pertenecía a este sitio.

—¿Crees que alguno de nuestros antepasados vivió aquí? —preguntó Amy.

Jenny se encogió de hombros.

—Tal vez. El abuelo lo hubiera sabido.

—Sí, es cierto.

—Incluso papá, probablemente... —Jenny se calló de repente, pero aún tenía la boca abierta.

—No te preocupes —le contestó—. Puedes mencionar a papá. ¿Cómo está?

Jenny tragó con dificultad y se miró las manos.

—Bien. Pregunta por ti.

Amy frunció los labios y sintió que se le comenzaba a cerrar la garganta.

—Bueno, yo también estoy preguntando por él, ¿ves? ¿Sigue sobrio?

—Sí. Aguantando.

—Bueno, eso está bien.

—Sí. Gracias de nuevo por el dinero, por cierto.

—No es nada. No puedes mantenerlo sola con tu salario de maestra.

Era difícil hablar de su papá. Para distraerse del ardor que sentía en la garganta y evitar ver la expresión de agradecimiento en el rostro de Jenny, Amy estudió un arbusto casi pelado que crecía junto a la pared a su derecha.

—No estoy sola. Tengo a Dave… —los ojos de Jenny se agrandaron al mirar al otro lado del patio—. ¡Oye! ¡Zach! ¡Basta, bájate de ahí ahora mismo!

Sin embargo, Zach ya estaba a medio camino a la pila de piedras desmoronadas, dirigiéndose a la cima de la torre, y no disminuía el paso. Jenny se incorporó de un salto y corrió tras él, agitando los brazos y ordenándole a gritos que se detuviera. Amy se sentó más derecha, en posición alerta, por si acaso. Rozó la mochila con la mano y sintió la forma familiar del botiquín de primeros auxilios que tenía en el interior.

—Qué lindo grupito de niños —dijo una voz femenina y cadenciosa.

Amy elevó la mirada y volteó el rostro hacia la derecha. Una mujer joven se hallaba de pie junto al arbusto pelado que había estado estudiando hacía tan solo un momento. El aire se llenó de aroma a lavanda y césped recién cortado. Qué extraño. Un escalofrío la recorrió entera. Amy recordaba haber tenido esa misma sensación cada vez que Jenny y ella se contaban historias de fantasmas: de repente, las sombras se tornaban más oscuras en los rincones de su habitación, y ella casi podía ver formas que no había notado antes.

La mujer era bonita, tenía rasgos delicados, piel translúcida y unas pecas diminutas que le salpicaban la nariz y las mejillas como canela. Una capa de lana de color verde oscuro le colgaba de los hombros y la capucha le cubría el brillante cabello cobre.

—Sí —asintió Amy. Sospechaba que había perdido la capacidad de cerrar la boca.

Estudió la entrada norte que se encontraba a unos diez metros de distancia. ¿Acaso la mujer había entrado por allí para que ella no la notara?

—Son un lindo… grupito —llegó a agregar.

Para entonces, Zach había llegado a la cima y comenzó a cantar:

—«Amanece: ¿lo ves a la luz de la aurora...?»

—¿Qué está cantando? —preguntó la mujer—. Me gusta esa canción… —Movió la cabeza

de un lado a otro al ritmo desafinado de los bramidos de Zach.

—Eh… Es el himno nacional de los Estados Unidos… —le respondió.

—Oh. El himno nacional de los Estados Unidos. Recordaré esa canción.

Amy sonrió educadamente. ¿Quién era esa mujer? Bajo la capa, parecía estar vestida con un atuendo histórico, pues llevaba una larga falda de lana verde y una camisa blanca que se asomaba por debajo del dobladillo.

—Me gusta tu disfraz —comentó Amy—. ¿Eres una guía turística?

—¿Una guía turística? —La mujer rio—. Supongo que se podría decir que sí. Mi nombre es Sìneag. Y tú, ¿quién eres?

—Amy.

Zach continuó cantando a los gritos:

—«Fulgor de cohetes, de bombas estruendo...»

El niño dio un paso atrás y, como perdió un poco el equilibrio, la pequeña multitud de sus compañeros, liderados por Jenny, gritó.

—¡Baja de ahí, Zach! ¡Ahora mismo! —le ordenó Jenny—. O no podrás usar el teléfono hasta el final del viaje.

Pero Zach solo tenía ojos para Deanna, quien cantaba con él.

—Oh, parece que está enamorado —señaló Sìneag.

Amy se rio.

—Dudo que eso sea «amor». Solo busca atención, como todos los chicos de su edad, eso es todo.

—Oh, ¿sí? Y tú, ¿conoces el amor?

Amy se cruzó de brazos. No cabían dudas de que Sìneag era de ese país, de modo que tal vez allí era normal saltarse las charlas superficiales y abordar sin preámbulos los temas profundos.

—¿Que si conozco el amor? Pues, sí, he estado enamorada. ¿Quién no lo ha estado?

—Pero aún no has conocido a tu hombre… —señaló Sìneag despacio y se frotó la barbilla.

—¿Mi «hombre»? —Amy rio.

—Sí, el único hombre al que amarás de verdad. Aquel por el cual cambiarías. Aquel con el que querrás morir el mismo día. Aquel por el que estarías dispuesta a cruzar países, océanos, montañas… incluso el río del tiempo.

Amy suspiró y sonrió.

—Sìneag, eres toda una romántica. Puedo asegurarte de que no tengo un hombre así y nunca lo tendré. La relación que describes no existe.

Sìneag inclinó la cabeza.

—¿Por qué estás tan segura, Amy?

—Porque ya he estado casada y ahora estoy divorciada. Pensaba que él era mi alma gemela. Así que créeme, sé que lo que describes es imposible.

Sìneag, pensativa, la estudió.

—¿Sabes cómo se construyó este castillo?

—Lo leí en el tablero de información que está ahí mismo: «construido por el poderoso clan Comyn en el siglo XIII».

—Sí, ¿pero sabes que fue construido sobre una fortaleza de los pictos?

Amy alzó las cejas.

—No, no lo sabía.

—Pues, así es. Y esos pictos usaban magia muy poderosa. Podían abrir el río del tiempo y construir un túnel secreto debajo de él para ayudar a la gente a atravesarlo.

Amy volvió a sonreír. Sìneag era tan adorable, aún le gustaban los cuentos de hadas.

—¿Hablas de viajes en el tiempo?

—Sí.

—Nunca escuché un cuento de hadas sobre viajes en el tiempo. ¿Me lo cuentas?

—Bueno, el castillo se construyó sobre una piedra que puede abrir un túnel como ese, y solo una persona que tenga un propósito puede volver a abrirlo y viajar.

La sonrisa de Sìneag adquirió un matiz travieso, y Amy arqueó las cejas.

—Había una vez un *highlander* aquí, un tal Craig Cambel. Era un poderoso guerrero y un hombre de honor. ¿Has oído hablar del rey Roberto I de Escocia?

Amy se preguntaba por qué Sìneag no le contaba el cuento de los viajes en el tiempo sin más dilaciones, pero tal vez llegaría a eso en algún momento.

—Estás hablando de las guerras de independencia de Escocia, ¿no? —preguntó—. En el tablero de información decía que el rey tomó el castillo de Inverlochy que antes le pertenecía a los Comyn.

—Sí. Los Cambel, que en la actualidad se llaman Campbell, eran aliados del rey. Roberto I le había pedido a Craig que protegiera el castillo contra sus enemigos.

Amy se rio.

—Ese Craig habrá sido un hombre importante.

—Sí, era un hombre de grandes logros, pero tenía una profunda pena en el corazón. El clan MacDougall lo traicionó, tanto a él como a su familia, y eso lo marcó de por vida. Craig juró que nunca volvería a confiar en nadie con tanta facilidad.

—Menos mal que nunca me conocerá. Yo soy una MacDougall.

Los ojos de Sìneag se iluminaron.

—¿De verdad?

—Bueno, sí. Mis abuelos emigraron de Escocia a los Estados Unidos, así que soy estadounidense. Pero mi apellido es MacDougall.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Qué bueno! —La voz de Sìneag temblaba un poco de emoción.

Amy frunció el ceño, algo en esas palabras la puso en guardia.

—En fin. ¿Qué hay de este Craig? ¿Viajó en el tiempo o qué?

—No, no viajó en el tiempo. Se casó con una buena muchacha para consolidar una alianza entre dos clanes, pero nunca fue feliz. Vivió su vida siendo un buen hombre. Un hombre bueno, pero siempre solitario.

Amy apretó los labios para luchar contra la extraña ola de emoción, tristeza y soledad que las palabras de Sìneag le habían provocado. Conocía demasiado bien la desesperación de sentirse sola y abandonada.

—Sí —acordó Amy—. Algunas personas nunca superan las heridas más profundas.

Los ojos de Sìneag brillaron con comprensión y empatía.

—Sí. Y, ¿qué pasa cuando la persona que puede curarlas vive al otro lado del río del tiempo?

—Entonces supongo que necesitan usar ese túnel picto.

—¡Sí, Amy! Eso es muy cierto. —Sìneag aplaudió como una niña entusiasmada—. Tú misma lo has dicho.

De pronto, un movimiento llamó la atención de Amy. Zach estaba bajando apresurado el montón de piedras para correr hacia Deanna.

—¡Cuidado! —gritó Jenny.

En cuanto Zach estuvo en el suelo, Deanna soltó un chillido y se alejó corriendo de él. Zach soltó un grito que se parecía a una llamada a batalla y al sonido de un chimpancé en celo y la

siguió.

Eso no terminaría bien. Amy se olvidó de Sìneag y siguió cada movimiento de los niños con la mirada. Deanna daba vueltas alrededor del patio para evadir los intentos de Zach de darle un abrazo de oso. De improvisto, se lanzó a toda velocidad hacia Amy, que ya se había preparado para atajar a la niña y detenerla. Sin embargo, en el último momento, Deanna echó a correr hacia la torre este.

Siguiendo un instinto, Amy dio un paso hacia adelante.

Deanna empujó la reja de seguridad y, cuando se escabulló hacia el interior, la enorme oscuridad de la entrada se la tragó. Dio un paso más, gritó y se cayó.

A Amy se le detuvo el corazón.

—Maldita sea —masculló Amy y echó a correr hacia la torre—. ¡Que ni se te ocurra! —le gritó a Zach, que se había detenido frente a la reja con el rostro pálido y lleno de preocupación.

Tomó la linterna de su mochila. El césped se hundía bajo sus pies mientras corría para llegar a la rejilla y cruzarla. Amy se detuvo en la entrada de la torre. La luz de la linterna alumbró las escaleras precarias y desmoronadas que descendían y la plena penumbra que las rodeaba.

—Malditos adolescentes —resopló por lo bajo y comenzó a descender los escalones rotos tan rápido como podía sin romperse el cuello.

Algunas piedritas se desprendían y caían rodando bajo sus pies. Mientras que faltaban algunos escalones, otros se habían desgastado a tal punto que se habían reducido a rampas planas. El lugar olía a tierra mojada y piedras húmedas, a hojas en descomposición y a otras cosas en las que ella no quería ni pensar. De milagro, llegó hasta abajo. La luz del exterior no llegaba hasta allí; solo se podía valer de la de la linterna. Era como si no existiera nada más allá del subsuelo. Amy sintió un estremecimiento porque los recuerdos comenzaban a llamar a la puerta de su mente, una puerta que había cerrado herméticamente hacía ya mucho tiempo.

Se recordó a sí misma que ya había aprendido a lidiar con la oscuridad y con los espacios confinados. Debía ser fuerte para Deanna.

—¡Deanna! —gritó mientras recorría las paredes de piedra áspera que la rodeaban con la linterna —. ¡Deanna!

Las palabras hacían eco en el silencio, como si estuviera sola. Como si Deanna hubiera desaparecido.

Amy elevó la mirada, pero allí solo había un techo rocoso y el hueco por el que había entrado. En cuestión de segundos, se le congelaron tanto los brazos como las piernas, y le comenzaron a temblar las manos.

«De prisa. Encuentra a Deanna, ayúdala y lárgate de aquí».

—¡Deanna!

Amy miró todo lo que la rodeaba con la ayuda de la linterna y descubrió la entrada a otra habitación. Temblando, con las piernas tan pesadas como el mismo plomo, se dirigió hacia ella.

Era muy simple: no podía dejar a nadie a solas en la oscuridad. Tenía que hacerles saber a las personas que estaba rescatando que no habían sido abandonadas. Que alguien siempre iba a ir en busca de ellas. Ese alguien era ella.

—Deanna —llamó Amy al entrar en la recámara, y su voz resonó contra las paredes de piedra.

Era una habitación pequeña; de hecho, ni siquiera era una habitación, sino más bien una cueva. Buscó por el suelo. No vio a nadie.

¿Habría alguna otra salida o más puertas? No.

—¿Dónde estás? —gritó Amy, aunque no sabía si se la pregunta iba dirigida a Deanna o a

ella misma.

—Aquí —respondió la niña.

Movió la luz y la vio. Deanna se encontraba de pie, abrazándose, con los ojos abiertos y el pelo enmarañado. Amy sintió una oleada de alivio, y la tensión que le comprimía el pecho comenzó a desvanecerse.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¿Estás herida?

—Solo me golpeé un poco la cabeza.

—De acuerdo, salgamos de aquí ya mismo. Te examinaré la cabeza cuando estemos arriba. Toma, ten la linterna. Tengo otra.

Le entregó la linterna a Deanna y sacó otra de su mochila. Deanna apuntó a todos lados con la linterna hasta que la luz cayó sobre algo, y Amy frunció el ceño.

Era una piedra grande y plana. Tenía un gran tallado esculpido en la parte superior: una cinta ancha con tres líneas onduladas. Parecía un río en forma de círculo a través del cual corría la amplia línea de un camino.

—Me estoy congelando —dijo Deanna dirigiéndose hacia la entrada.

—Espérame —ordenó Amy, pero de pronto se detuvo, con la vista clavada en la piedra.

¿Estaba alucinando o ese grabado estaba resplandeciendo un poco, iluminando el azul del río y el marrón del camino? Junto al tallado, justo en el centro de la piedra, vio la huella de una mano.

Advirtió que la luz de la linterna de Deanna ya había llegado hasta la primera habitación. La niña iba a estar bien. Amy sintió curiosidad y se acercó a la piedra.

El resplandor se hizo más intenso, parecía como si el tallado se estuviera moviendo: las olas del río parecían fluir y daba la impresión de que una pequeña nube de polvo se elevaba sobre el camino. Era muy bonito.

¿Acaso se trataba de la huella de una mano picta?

Una mano solitaria… Un hombre solitario…

¿Sería la huella de Craig Cambel? ¿Tocaría los dedos de Craig si presionaba los de ella contra la huella? Contuvo la respiración y trazó la huella con las yemas. Estaba fría y húmeda. ¿También habría estado fría y húmeda cuando Craig vivía allí?

Amy colocó los cinco dedos sobre la huella. Un zumbido la sacudió entera, como una ola de emoción antes de emprender un viaje o una aventura. Se le aceleró el corazón y sintió cómo le martillaba el pulso contra la sien, las venas del cuello, las muñecas y los dedos. Luego volvió a sentir miedo en la garganta y los hombros, se le cerraron las vías respiratorias a tal punto que pronto tuvo dificultades para respirar.

Trató de retirar la mano, pero no pudo. La piedra tiró de su palma como si fuera un imán. La fría superficie se sentía húmeda, como si de ella manara agua. Finalmente, la palma de la mano le quedó apoyada en su totalidad contra la piedra, y Amy comenzó a hundirse en ella como si fuese un río. Primero la mano, seguida del resto del brazo y luego el hombro.

—¡Ay! —Amy escuchó su propio grito.

Agarró la piedra con la otra mano y clavó los pies en el suelo, pero al final no pudo evitar desaparecer.

Desapareció íntegra dentro de la piedra… y todo el mundo se oscureció…

LEE LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Otras obras de Mariah Stone

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

